



Materiali e documenti

Studi latinoamericani



Andrés Iduarte Foucher **En el alma** **de nuestro pueblo**

Artículos y reseñas
en la Revista Hispánica Moderna

edición de Manuel López Forjas



University Press



SAPIENZA
UNIVERSITÀ EDITRICE

Collana Materiali e documenti 116

Studi latinoamericani

Andrés Iduarte Foucher En el alma de nuestro pueblo

*Artículos y reseñas en la Revista
Hispánica Moderna
(Instituto de las Españas, Columbia
University, Nueva York) 1939-1968*

edición de Manuel López Forjas



SAPIENZA
UNIVERSITÀ EDITRICE

2025



This project has received funding from the European Union's Horizon 2020 research and innovation programme under grant agreement N°101034324.

Copyright © 2025

Sapienza Università Editrice

Piazzale Aldo Moro 5 – 00185 Roma

www.editricesapienza.it

editrice.sapienza@uniroma1.it

Iscrizione Registro Operatori Comunicazione n. 11420

Registry of Communication Workers registration n. 11420

ISBN 978-88-9377-376-8

DOI 10.13133/9788893773768

Pubblicato nel mese di aprile 2025 | *Published in April 2025*



Opera distribuita con licenza Creative Commons Attribuzione –
Non commerciale – Non opere derivate 3.0 Italia e diffusa in modalità
open access (CC BY-NC-ND 3.0 IT)

Work published in open access form and licensed under Creative Commons Attribution – NonCommercial – NoDerivatives 3.0 Italy (CC BY-NC-ND 3.0 IT)

In copertina | *Cover image: “Andrés Iduarte”. La voz: Diario Democrático Avanzado. Nueva York, p. 12. 1938-8-10. Articolo: “La mujer española en la guerra civil”, di Andrés Iduarte. (Gracias a Ann Girona Sitkin y a Ilse Girona, hijas del pintor Julio Girona, por permitir publicar este dibujo.)*

Índice

Introducción	55
1939	69
1. “Eusebia Cosme”. [Año 5, No. 1 (Enero, 1939), pp. 85-86. Texto firmado por: Andrés Ituarte]	71
2. Alfonso Reyes. <i>Las Vísperas de España</i> . Ediciones «SUR», Buenos Aires, 1937, 280 págs. [Año 5, No. 2 (Abril, 1939), pp. 124-125. Texto firmado por: A. I.]	73
3. Jorge Carrera Andrade. <i>Guía de la joven poesía ecuatoriana</i> . Ediciones «Asia-América». Tokio, 1939, 28 págs. [Año 5, No. 3, Jul., 1939, p. 230. Texto firmado por: A. I.]	74
4. Luis Felipe Rodríguez. <i>Relatos de Marcos Antilla. La tragedia del cañaveral</i> . Impresora Cubana, S. A. Luz y Compostela. Habana, 1939. [Año 5, No. 3 (Jul., 1939), p. 231. Texto firmado por: Andrés Iduarte]	75
5. Luis Alberto Sánchez. <i>La literatura del Perú</i> . (Primer tomo de «Las Literaturas Americanas» de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Cultura Latinoamericana. Director: Arturo Giménez Pastor) Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1939. [Año 5, No. 3 (Jul., 1939), pp. 237-238. Texto firmado por: Andrés Iduarte].	76
6. <i>Eugenio María de Hostos (1839-1903)</i> . REBELDÍA Y DISCIPLINA EN HOSTOS. [Año 5, No. 4, Oct., 1939, (pp. 289-300). Texto firmado por: Andrés Iduarte]	78
7. <i>Pablo Neruda entre nosotros</i> . Montevideo. Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (A. I. A. P. E.), 1939. 62 páginas. [Año 5, No. 4, Oct., 1939, (pp. 327-328). Texto firmado por: A. I.]	96

8. Moisés Sáenz. *México Íntegro*. Carátula de José Sabogal, con motivos de un sarape mexicano. Imprenta Torres Aguirre, Lima, Perú, 1939. [Año 5, No. 4 (Oct., 1939), p. 329. Texto firmado por: Andrés Iduarte.] 96

1940

9. César Garizurieta. *Resaca*. (Novela). Editorial Dialéctica, México, D. F., 1939, portada de Xavier Guerrero, 200 págs. [Año 6, No. 1, Enero, 1940, (p. 25). Texto firmado por: A. I.] 101
10. *América y Hostos. Colección de ensayos acerca de Eugenio María de Hostos, recogidos y publicados por la comisión pro celebración del centenario del natalicio de E. M. de H.* Edición conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico. Habana, Cultural, 1939, 391 págs. [Año 6, No. 1, Enero, 1940, (p. 30). Texto firmado por: A. I.] 101
11. Eugenio María de Hostos. *Obras completas*. Edición conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico. Habana, Cultural, 1939. [Año 6, N. 1, Enero, 1940, (pp. 30-32). Texto firmado por: Andrés Iduarte.] 102
12. Juan de la Encina, *El mundo histórico y poético de Goya. Conferencias*. La Casa de España en México, México, D. F., 234 págs. [Año 6, No. 1, Enero, 1940, (pp. 32-33). Texto firmado por: A. I.] 104
13. Arturo Aldunate Ph. *Nuevo arte poético y Pablo Neruda*. Apuntes de una charla dada en la Universidad de Chile. Santiago, Nascimento, 1936. 72 págs. [Año 6, No. 2, Abril, 1940, (p. 119). Texto firmado por: Andrés Iduarte.] 105
14. Jorge Carrera Andrade. *Latitudes. Viajes, hombres, lecturas*. Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1934, 282 págs. [Año 6, No. 2, Abril, 1940, (p. 120). Texto firmado por: Andrés Iduarte.] 105
15. Alejandro Quijano. *En la tribuna*. Conferencias y discursos. Segunda edición. México, Ediciones Botas, 1935. 157 págs. [Año 6, No. 2, Abril, 1940, (p. 120). Texto firmado por: A. I.] 106
16. Rubén Martínez Villena. *La pupila insomne*. Habana, 1936, 190 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 279-280). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 106
17. Juan de la Cabada. *Paseo de mentiras*. México, D.F., Editorial Séneca. Colección Lucero, 1940. 224 pgs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 281-282). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 107

18. Gerardo Gallegos. *El embrujo de Haití*, Novela. La Habana, Carasa y Compañía, 1937. 142 pgs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (p. 282). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 108
19. José Moreno Villa. *Cornucopia de México*. La Casa de España en México, 1940, 110 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 284-285). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 109
20. Alfonso Reyes. *Aquellos días*. (1917-1920). Prólogo de Alberto Gerchunoff. Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1938, 180 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (p. 285). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 110
21. Francisco Castillo Nájera. *Una voz de México en el extranjero*. México, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1936, 140 pgs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (p. 287). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 111
22. Félix Lizaso. *Pasión de Martí*. La Habana. (Imprenta Ucar, García y Cía. 1938, 208 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (p. 290). Texto firmado por: A. I.] 111
23. *En memoria de José Martí*. Comisión central pro-monumento, República de Cuba. La Habana, 1939, 224 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 290-291). Texto firmado por: A. I.] 112
24. Jorge Mañach. *Pasado vigente*. Habana, Editorial Trópico, 1939, 272 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 291-292). Texto firmado por: Andrés Iduarte.] 112
25. Ángel Lázaro. *La Verdad del Pueblo Español*. Puerto Rico, Edición de «Alerta», 1939, 158 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (p. 292). Texto firmado por: A. I.] 114
26. Pío Jaramillo Alvarado. *El indio ecuatoriano*. Quito, 1936, 592 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 292-293). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 114
27. Verna Carleton Millán — *Mexico Reborn*. Boston. Houghton Mifflin Company, 1939. 312 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 299-300). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 115
28. Rhea Marsh Smith. *The day of the liberals in Spain*. Philadelphia, University of Pennsylvania press; London Humphrey Milford, Oxford University Press, 1938. 341 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 301-302). Texto firmado por: A. I.] 116

1941

29. Manuel G. Prada. *Literarias*. París, Tipografía de Louis Bellenand et Fils, 1938, 152 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 82). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 119
30. González Prada. *Antología poética*. Introducción y notas de Carlos García Prada. Colección Clásicos de América. México, Editorial Cultura, 1940, 372 págs. (Ediciones del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.) [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 82). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 119
31. Jorge Carrera Andrade. *Microgramas*. (Precedidos de un Ensayo y seguidos de una selección de haikais japoneses.) Tokio, Ediciones "Asia América", Colección del Pacífico, 1940, 87 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 82-83). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 120
32. Jorge Carrera Andrade. *La hora de las ventanas iluminadas* (Poesías). Selección precedida de un ensayo sobre el "Sentido evolutivo" de la lírica en Carrera Andrade por R. Olivares Figueroa. Santiago de Chile, Ercilla, 1937, 70 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero- Abril, 1941, (p. 83). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 121
33. Jorge Carrera Andrade. *Antología poética de Pierre Reverdy*. Versión libre, selección y notas. Tokio, ediciones "Asia América", 1940, 48 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero- Abril, 1941, (p. 83). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 121
34. César Vallejo. *España, aparta de mí este cáliz. 15 poemas. Profecía de América* (palabras preliminares por Juan Larrea). México, Séneca, 1940. 102 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 83-84). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 122
35. Regino Pedroso. *Antología poética (1918-1938)*. La Habana, Imp. Molina y Cía., 1939, 141 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 84). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 122
36. Guillermo Stock. *Bandera Soñada*. Buenos Aires, 1939, 95 páginas. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 84). Texto firmado por: A. I.] 123
37. Romualdo Brughetti. *18 poetas del Uruguay. Montevideo, Amigos del Libro Rioplatense*, 1937, 168 págs. (Ediciones de la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense, Montevideo-Buenos Aires,

- volumen XL.) [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 84-85).
 Texto firmado por: A. I.] 123
38. José de la Cuadra. *Los Sangurimas*. Novela montuvia ecuatoriana. Madrid, Editorial Cenit, 1934, 170 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 85). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 124
39. Jorge Icaza. *En las calles*. Premio nacional de novela 1935. Quito, Imprenta nacional, 1935, 278 págs. 4 sucres. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 85). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 124
40. Jorge Icaza. *Cholos*. Novela. Quito, Sindicato de Escritores y Artistas, 1938, 244 págs. \$6.00 m/n. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 85-86). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 125
41. Francisco Monterde. *Galería de espejos*. México, Botas, 1937, 206 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 86). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 125
42. Rafael Arévalo Martínez. *Los Duques de Endor*. Drama en tres actos y en verso. Guatemala, Centro Editorial, S.A., 1940, 52 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 90-91). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 126
43. José Martí. *Espíritu de América*. Cuadernos de cultura. Tercera serie. Publicaciones de la Secretaría de Educación. Dirección de Cultura, La Habana, 1937, 180. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 93). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 127
44. Domingo Brunete. *La angustia contemporánea*. Buenos Aires, Atelier de Artes Gráficas «Futura», 1936, 176 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 93). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 127
45. Alfonso Junco. *Gente de Méjico*. Méjico, Ediciones Botas, 1937, 228 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril 1941, (p. 95). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 128
46. Estuardo Núñez. *Panorama actual de la poesía peruana*. Carátula de José Sabogal. Lima, Editorial Antena, 1938, 146 págs. \$2.50 m/n. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 95-96). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 128
47. Rafael Alberto Arrieta. *Estudios entre literaturas*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1939, 176 págs. \$2.00 m/arg. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 96-97). Texto firmado por: A. I.] 129

48. Carlos B. Quiroga. *El paisaje argentino en función de arte*. Buenos Aires, Ediciones argentinas Tor, S. A., 188 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 97). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 130
49. Teodoro Torres. *Periodismo*. México, Ediciones Botas. 1937. 282 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 98). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 130
50. M. González Prada. *Propaganda y ataque*. Buenos Aires, Imán, 1939, 232 págs., \$1.50 m/n. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 99). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 131
51. Andrés E. De La Rosa. *Firmas del ciclo heroico. Documentos inéditos para la historia de América*. Lima, Impr. Torres Aguirre, 1938, 480 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 101). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 131
52. *Breve antología del 10 de octubre*. Discursos y artículos de Carlos Manuel de Céspedes, José Manuel Mestre, Enrique Piñeyro, Antonio Zambrana, Eugenio María de Hostos, José Martí, Manuel Sanguily y Enrique José Varona. La Habana, Publicaciones de la Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, 1938, 160 págs. (Cuadernos de Cultura. Cuarta Serie. 6.) [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 102). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 132
53. Luis Cuervo Márquez. *Independencia de las colonias hispano-americanas. Participación de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos. Legión Británica*. Bogotá, Editorial Selecta, 1938, 2 vols. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 102-103). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 132
54. Gerardo Gallegos. *El puño del amo. Un reportaje de la realidad venezolana bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez*. Habana, Cultural, S. A., 1938, 248 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 106-107). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 133
55. José Z. González Del Valle. *La vida literaria en Cuba*. (1836-1840.) La Habana, Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, 1938. 180 págs. (Cuadernos de Cultura. Cuarta Serie. 5.) [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 109). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 134

56. Alfonso Reyes. *Capítulos de literatura española*. (Primera Serie.) México, La Casa de España, 1939, 320 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 110). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 134
57. Pedro Henríquez Ureña. *Plenitud de España*. Estudios de Historia de la Cultura. Buenos Aires, Losada, 1940. 180 págs. \$1.50 m/arg. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 110). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 135
58. *Cien de las mejores poesías castellanas*. Selección de Pedro Henríquez Ureña. Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1939, 308 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 110-111). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 136
59. *Biblioteca Boliviana*. Publicaciones del Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas. Director: Gustavo Adolfo Otero. La Paz, Editorial Artística. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 112). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 136
60. *Biblioteca venezolana de cultura*. Caracas. Ediciones del Ministerio de Educación. Dirección de cultura. Escuela Técnica Industrial, Talleres de Artes Gráficas. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 112-113). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 137
61. *Grandes escritores de América*. Colección dirigida por Pedro Henríquez Ureña. Buenos Aires, Editorial Losada, S.A., 1939. (Volumenes publicados: José Hernández: *Martín Fierro*; E. M. Hostos: *Moral Social*; y José Martí: *Nuestra América*.) [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 114). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 138
62. Fermín Estrella Gutiérrez y Emilio Suárez Calimano. *Historia de la literatura americana y argentina*. Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1940, 458 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 114-115). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 139
63. Ermilo Abreu Gómez. *Semblanza de Sor Juana*. México, Ediciones Letras de México, 1938, 72 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 115-116). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 140
64. Julio Jiménez Rueda. *Antología de la prosa en México*. Segunda edición corregida y aumentada. México, Botas, 1938, 508 páginas. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 116). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 141

65. Fernando Díez De Medina. *El arte nocturno de Víctor Delhez. Biografía poética con 64 grabados del artista*. Buenos Aires, Losada, 1938, 272 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 118-119). Texto firmado por: A. I.] 141
66. Ciro Mendía. *El libro sin nombre. Poemas. Canciones de Aidamaro. Sonetos*. Pról. de B. Sanín Cano. Medellín, Colombia, Tipo Foto Club, 1929, 152 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul. - Oct., 1941, (pp. 244-245). Texto firmado por: A. I.] 143
67. Gastón Figueira. *Mi deslumbramiento en el Amazonas*. Buenos Aires, Cabaut y Cía., 1935, 148 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul. - Oct., 1941, (p. 245). Texto firmado por: A. I.] 143
68. Gastón Figueira. *Para los niños de América*. Buenos Aires, "Librería del Colegio", 1937, 148 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul. - Oct., 1941, (p. 245). Texto firmado por: A. I.] 143
69. Gastón Figueira. *Quetzalcoatl. (Motivos mexicanos)*. Buenos Aires, "Librería del Colegio", 1938, 28 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul. - Oct., 1941, (p. 245). Texto firmado por: A. I.] 144
70. Luis Cané. *Romancero del Río de la Plata*. Buenos Aires, Talleres Gráficos de Porter Hnos., 1936, 96 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul. - Oct., 1941, (pp. 245-246). Texto firmado por: A. I.] 144
71. José Hernández. *Del amor clandestino y otros poemas incorporados*. Lima, Talleres de Enrique Bustamante y Ballivian, 1936. 12 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul. - Oct., 1941, (p. 246). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 144
72. Efraín Huerta, *Línea del alba*. México, Taller Poético, 1936, 44 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 246). Texto firmado por: A. I.] 144
73. Jaime Torres Bodet. *Cripta*. México, Ediciones Loera y Chávez, 1937, 78 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 246). Texto firmado por: A. I.] 145
74. Luis Cardoza y Aragón. *El sonámbulo*. México, Ediciones Taller Poético, 1937, 30 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 246). Texto firmado por: A. I.] 145
75. Aurelio Espinosa Polit, S. J. *Alma adentro*. Quito, Editorial Ecuatoriana, 1938, 128 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 246-247). Texto firmado por: A. I.] 145

76. Ciro Mendía. *Escuadrilla de poemas*. Medellín, Colombia, Tipografía Foto club, 1938. 60 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 247). Texto firmado por: A. I.] 145
77. Claudio Indo. *Un hombre apunta a su imagen*. Tomo I. Lakeland, Florida, Southern Printing Company, 1939. 174 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 247). Texto firmado por: A. I.] 145
78. Gabriel Mercado Ramírez. *Extasis*. Guadalajara, México, Ediciones Voz para la Poesía, 1939. 20 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 247). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 146
79. "Biblioteca América" de las Ediciones Ercilla: *Índice de la poesía uruguaya contemporánea*. Selección y estudio preliminar de Alberto Zum Felde. Santiago de Chile, 1935, 252 págs. \$20 m/n.- *Índice de la poesía argentina contemporánea*, por José González Carbalho. Santiago de Chile, 1937, 420 págs. \$30 m/n.- *Índice de la poesía chilena, contemporánea*, por Hernán del Solar. Santiago de Chile, 1937, 300 págs. \$28 m/n.- *Índice de la poesía ecuatoriana contemporánea*, por Benjamín Carrión. Santiago de Chile, 1937, 172 págs. \$16 m/n.- *Índice de la poesía peruana contemporánea (1900-1937)*, por Luis Alberto Sánchez. Santiago de Chile, 1938, 364 págs. \$33 m/n. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 249-250). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 146
80. *Antología de la moderna poesía venezolana*. Selección y compilación de Otto D'Sola. Caracas, Editorial Impresores Unidos, 1940. Tomo I, 325 págs. Tomo II, 464 págs. (Colección "Antologías". Biblioteca venezolana de cultura.) [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 250). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 147
81. *Las cien mejores poesías mexicanas modernas*. (De Manuel Gutiérrez Nájera a nuestros días.) Selección y estudio de Antonio Castro Leal. México, Porrúa Hnos. y Cía., 1939, 228 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 251). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 148
82. Mariano Azuela. *San Gabriel de Valdivias*. Santiago de Chile, Ercilla, 1938, 144 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 251). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 148
83. Rafael Arévalo Martínez. *El mundo de los maharachías*. Guatemala, Unión Tipográfica de Muñoz Plaza y Cía., 1938, 128

- págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 252).
 Texto firmado por: Andrés Iduarte] 149
84. Rafael Arévalo Martínez. *Viaje a Ipanda*. Guatemala, Centro Editorial, S. A., 1939, 228 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 252-253). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 150
85. Rubén Martínez Villena. *Un nombre y otras prosas*. La Habana, Ucar García y Cía., 1940, 166 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 254). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 152
86. Lorenzo Turrent Rozas. *Jack*. Cuentos. Grabados en madera de Julio Prieto. México, Editorial "Mundo Nuevo", 1940. 74 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 256).
 Texto firmado por: Andrés Iduarte] 153
87. Jorge Ferretis. *El Sur quema*. Tres novelas de México. México, Botas, 1937. 227 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 256). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 153
88. Óscar Castro Z. *Huellas en la tierra*. Santiago de Chile, Zig-zag, 1940, 160 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 258).
 Texto firmado por: Andrés Iduarte] 154
89. Lydia Cabrera. *Cuentos negros de Cuba*. Prólogo de Fernando Ortiz. La Habana, Imprenta La Verónica, 1940, 282 págs. \$1 m/n. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 258).
 Texto firmado por: Andrés Iduarte] 154
90. Germán Arciniegas. *Diario de un peatón*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1936. 276 págs. (Suplemento a la Revista de las Indias.) [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 260). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 155
91. Germán Arciniegas. *El estudiante de la mesa redonda*. Santiago de Chile, Ercilla, 1937, 232 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 260). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 155
92. José Martí. *Apuntes de un viaje*. La Habana, Publicaciones de la Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, 1938, 96 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 261).
 Texto firmado por: Andrés Iduarte] 155
93. Mariano Picón-Salas. *Un viaje y seis retratos*. Cuadernos literarios de la "Asociación de Escritores Venezolanos". Caracas, Editorial Elite, 1940, 96 págs., Bs. 0.50. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 261). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 156

94. Augusto Mijares. *Hombres e ideas en América*. Ensayos. Caracas, Escuela Técnica Industrial, Talleres de Artes Gráficas, 1940. 232 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 261-262).
Texto firmado por: Andrés Iduarte] 156
95. González Prada. *Pensamientos*. Selección y prólogo de Campio Carpio. Buenos Aires, Talleres Gráficos América Lee, 1941, 52 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 262-263).
Texto firmado por: A. I.] 157
96. César Miró. *Hollywood, la ciudad imaginaria*. Hollywood, California, 1939, 208 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 263). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 157
97. Roberto Núñez y Domínguez. (ROBERTO EL DIABLO). *Semáforo*. Luces de aquí y de allá. México, Ediciones Botas, 1938, 301 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 264).
Texto firmado por: A. I.] 158
98. Moisés Arroyo Posadas. *La multitud y el paisaje peruanos en los relatos de José María Arguedas*. Lima, Compañía de Impresiones y Publicidad, 1939, 41 págs. (Cuadernos de crítica literaria y social, número I.) [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 264).
Texto firmado por: A. I.] 158
99. Carlos María Onetti. *Cuatro clases sobre Sarmiento escritor*. Tucumán, Edición de la Universidad Nacional de Tucumán, 1939, 136 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 264).
Texto firmado por: Andrés Iduarte] 158
100. Silverio Boj. *Ubicación de don Segundo Sombra y otros ensayos*. Tucumán, 1940, Benito S. Paraván, editor, 112 págs. \$2.00 m/arg. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 264-265). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 159
101. Armando de María y Campos. *Crónicas de teatro de "Hoy"*. México, Botas, 1941, 254 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 265). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 159
102. Andrés de Piedra-Bueno. *Martí. Mensaje biográfico*. Habana, Ediciones del Instituto Cívico-Militar, 1939, 76 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 266). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 160
103. Óscar Efrén Reyes. *Vida de Juan Montalvo*. Quito, edición del Grupo América, Talleres Gráficos Nacionales, 1935, 424

- págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 266). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 160
104. Luis Alberto Sánchez. *La Perricholi*. Santiago de Chile, Ercilla, 1936. 176 págs. \$6 m/n. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 266-267). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 161
105. Eduardo de Ontañón. *Desasosiegos de fray Servando*. México, Ediciones Xóchitl, 1941, 190 págs. (Colección Vidas Mexicanas.) [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 267). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 161
106. Humberto Salvador. *Noviembre*. Novela. Quito, Editorial L. I. Fernández, 1939. 380 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 268). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 162
107. Hugo Fernández Artucio. *Nazis en el Uruguay*. Prós. del Dr. José P. Cardoso y Vicente Basso Maglio. Montevideo, Talleres Gráficos Sur, 1940, 160 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 268). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 162
108. Jorge García Granados. *Los veneros del diablo*. México, Editorial Popular, 1941. 212 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 268-269). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 162
109. Augusto Mijares. *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*. Caracas, Cooperativa de Artes Gráficas, 1938, 88 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 269-270). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 163
110. Ricardo Delgado. *Las monedas jaliscienses durante la época revolucionaria*. Guadalajara, México, Talleres "Gráfica", 1938, 286 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 270). Texto firmado: A. I.] 165
111. *La primera universidad de América. Orígenes de la Antigua Real y Pontificia Universidad de México*. XXX aniversario de su restablecimiento como Universidad Nacional de México. México, Imprenta Universitaria, 1940. 32 págs. de texto, 12 de facsímiles e ilustraciones. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 271-272). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 165
112. José G. Montes de Oca. *Tasco*. Segunda edición. México, Talleres tipográficos de Manuel León Sánchez, 1937, 128 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 273). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 167

113. Ermilo Abreu Gómez. *Clásicos, románticos, modernos*. México, Botas, 1934, 220 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 273-274). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 167
114. Juan Montalvo. *El libro de las pasiones*. Habana, Cultural, S. A., 1935, 332 págs. (Publicaciones de la Revista de la Universidad de la Habana, Tomo III; Colección de escritores hispanoamericanos, Tomo I.) [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 274). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 167
115. Aurelio Espinosa Polit. *Los clásicos y la literatura ecuatoriana*. Quito, Editorial Ecuatoriana, 1938, 52 págs. [Segunda edición. Publicaciones de la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Española.] [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 274). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 168
116. José María Arguedas. *Canto kechwa*. Con un ensayo sobre la capacidad de creación artística del pueblo indio y mestizo. Dibujos de Alicia Bustamante, Lima, Bustamante y Ballivián, 1938. 68 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 275). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 168
117. *Obras completas de Bartolomé Mitre*. Edición ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina. Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1938, Vol.s I a V. Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 275). Texto firmado por: A. I.] 169
118. Emilio Rodríguez Demorici. *El cantor del Niágara en Santo Domingo*. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1939, 32 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 276). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 170
119. Aída Cometta Manzoni. *El indio en la poesía de la América Española*. Buenos Aires, Editor Joaquín Torres, 1939, 290 págs. \$4.00 m/n. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 276). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 170
120. Enrique Fernández Ledesma. *Historia crítica de la tipografía en la ciudad de México*. México, Ediciones del Palacio de Bellas Artes, 1934-35, 188 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 277). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 170
121. J. B. Trend. *México, A New Spain With Old Friends*. Cambridge: at The University Press, New York: The MacMillan Company, 1940. 186 págs. \$2.50 [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 283-284). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 171

1942

122. Manuel G. Prada. *Baladas*. París. Tipografía de Louis Bellenand et fils, 1939, 428 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 60-61). Texto firmado por: A. I.] 175
123. E. Ballagas. *Antología de la poesía negra hispanoamericana*. Madrid, Aguilar, 1935, 188 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 65-66). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 175
124. R. Olivares Figueroa. *Antología infantil de la nueva poesía venezolana*. 2a. edición. Santiago de Chile, Ercilla, 1939. 112 págs. \$9 m/n. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 66). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 175
125. *Antología del cuento moderno venezolano*. (1895-1935.) Selección de Arturo Uslar Pietri y Julián Padrón. Caracas, 1940. (Biblioteca venezolana de cultura, colección «Antologías».) [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 66). Texto firmado por: Andrés Iduarte.] 176
126. César Garizurieta. *El apóstol del ocio*. Cuentos. México, Edit. Mundo Nuevo, 1940, 70 págs. \$1.50 m/n. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 68-69). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 177
127. Raúl E. Baethgen. *El error del profesor Bodhel*. Montevideo, Claudio García y Cía., 1940, 196 págs. \$0.50 m/n. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 69-70). Texto firmado por: A. I.] 177
128. Juan Uribe Echevarría. *La novela de la revolución mexicana y la novela hispanoamericana actual*. Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1936, 96 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 71). Texto firmado por: A. I.] 177
129. Arturo Torres Rioseco. *Grandes novelistas de la América Hispana*. Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1941, 280 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 71). Texto firmado por: A. I.] 178
130. Arturo Torres Rioseco. *Novelistas contemporáneos de América*. Santiago, Edit. Nascimento, 1939, 424 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 71-72). Texto firmado por: A. I.] 178
131. M. González Prada. *Prosa menuda*. Buenos Aires, Ediciones Imán, 1941, 252 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 72). Texto firmado por: A. I.] 179

132. Mauricio Magdaleno. *Rango*. Buenos Aires, Editorial Americalee, 1941, 324 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 74-75). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 180
133. Emeterio S. Santovenia. *Genio y acción: Sarmiento y Martí*. La Habana, Editorial Trópico, 1938, 270 págs. \$1.00 m/n. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 77). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 180
134. Gustavo Otero Muñoz. *Semblanzas Colombianas*. Publicación de la Academia Colombiana de Historia, en homenaje a la ciudad de Bogotá en el IV centenario de su fundación. Bogotá, Editorial ABC, 1938. Dos vols., 420 y 322 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 77). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 181
135. Rafael Esténger. *Don Pepe. Retrato de un maestro de escuela*. La Habana, Edit. Alfa, 1940, 112 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 79). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 182
136. Antonio Arráiz. *Culto bolivariano*. Publicado bajo los auspicios del Ministerio de Educación Nacional. Caracas, Editorial Cóndor, 1940, 232 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 79). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 182
137. Mauricio Magdaleno. *Fulgor de Martí*. México, Quetzal, 1940, 284 págs. 5 pesos. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 80). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 182
138. Domingo Amunátegui Solar. *Estudios históricos*. Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile. 1940, 156 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 82). Texto firmado por: A. I.] 184
139. Domingo Amunátegui Solar. *Pipiolos y pelucones*. Santiago de Chile, Imprenta y Litografía Universo, 1939, 292 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 82). Texto firmado por: A. I.] 184
140. Domingo Amunátegui Solar. *Recuerdos del Instituto Nacional*. Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, 1940, 118 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 82-83). Texto firmado por: A. I.] 184
141. Mariano Picón-Salas. 1941. *Cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana*. Caracas, Editorial Impresores Unidos,

- 1940, 144 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 83).
 Texto firmado por: A. I.] 185
142. *América ante la guerra*. Ciclo de conferencias ofrecido por los doctores Pastor del Río, Juan Clemente Zamora, Raúl Maestri y César Salaya, en el Instituto Nacional de Previsión y Reformas Sociales los días 8, 11, 15 y 18 de julio de 1941. La Habana, Editorial «La Mercantil», 1941, 96 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 84-85). Texto firmado por: A. I.] 185
143. Casto Fulgencio López. *La Guaira*. Causa y matriz de la independencia hispanoamericana. Caracas, Ateneo, 1941, 176 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 85).
 Texto firmado por: A. I.] 185
144. Francisco J. Santamaría. *La poesía tabasqueña*. Antología y semblanzas literarias. México, Ediciones Santamaría, 1940, 304 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 87).
 Texto firmado por: A. I.] 186
145. Irma Wilson. *México. A Century of Educational Thought*. New York, Hispanic Institute in the United States, 1941, 376 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 87).
 Texto firmado por: A. I.] 186
146. Armando de María y Campos. *Los payasos, poetas del pueblo*. (El circo en México.) Crónica. México, Ediciones Botas, 1939, 262 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 88).
 Texto firmado por: Andrés Iduarte] 186
147. Rafael Esténger. *Hacia un Heredia genuino*. Conferencia pronunciada en el Instituto «América», Santiago de Cuba, Imprenta «Renacimiento», 1939, 24 págs. [Año 8, No. 1/2 (Jan. - Apr., 1942), (p. 88). Texto firmado por: A. I.] 187
148. Roberto Meza Fuentes. *De Díaz Mirón a Rubén Darío*. Un curso de la Universidad de Chile sobre la evolución de la poesía hispanoamericana. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1940, 354 págs. \$20. m/n. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 89). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 187
149. *Archivo José Martí*. La Habana, publicado por el Consejo Corporativo de Educación, Sanidad y Beneficencia, 1940, 88 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 89).
 Texto firmado por: Andrés Iduarte] 188

150. *Libro jubilar de homenaje al Dr. Juan M. Dihigo y Mestre en sus cincuenta años de profesor de la Universidad de la Habana.* 1890-1940. Revista de la Universidad de la Habana, número extraordinario. La Habana, 1941, 464 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 90). Texto firmado por: A. I.] 188
151. *Epistolario de Miguel Antonio Caro. Correspondencia con Don Rufino J. Cuervo y Don Marcelino Menéndez y Pelayo.* Introducción y notas por Víctor E. Caro. Bogotá, Editorial Centro, 1941, 304 págs. (Publicaciones de la Academia Colombiana, correspondiente de la Española.) [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 90-91). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 189
152. Rufino J. Cuervo. *Cartas de su archivo.* Volumen I. (Edición hecha bajo la vigilancia y dirección de la Biblioteca Nacional.) Bogotá, Imprenta Institución Gráfica, 1941, 266 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 93-94). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 190
153. *Antología de la literatura hispanoamericana.* Selección, comentarios, notas y vocabulario de Arturo Torres Rioseco. New York, Crofts, 1939, 226 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 95). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 191
154. MARTÍ. [Año 8, No. 3, Jul., 1942, (pp. 193-204). Andrés Iduarte] 192
155. Ramón Guirao. *Orbita de la poesía afrocubana, 1928-37* (Antología). La Habana, Úcar, García y Cía., 1938, 202 págs. [Año 8, No. 3, Jul., 1942, (p. 224). Texto firmado por: A. I.] 207
156. Salvador Díaz Mirón. *Poesías completas. 1876-1928.* México, D. F., Porrúa Hnos. y Cía., 1941, 331 págs. (Clásicos Mexicanos.) [Año 8, No. 3, Jul., 1942, (p. 224). Texto firmado por: A. I.] 207
157. Ramón J. Sender. *Proverbio de la muerte.* Novela. México, Ediciones Quetzal, 1939. 254 págs. 5 pesos mexicanos. — *Hernán Cortés. Retablo en dos partes y once cuadros.* México, Quetzal, 1940. 170 págs. 3 ps. ms. — *Mexicayotl. Viñetas de Darío Carmona.* México, Quetzal, 1940. 256 págs. 5 ps. ms. Dlls. 1.50. — *Epitalamio del prieto Trinidad.* México, Quetzal, 1942. 318 págs. 5 ps. ms. [Año 8, No. 3, Jul., 1942, (pp. 225-226). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 208
158. Arturo Aldunate Phillips. *Matemática y poesía (ensayo y entusiasmo).* Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1940, 132 págs.

- [Año 8, No. 3, Jul., 1942, (pp. 227-228). Texto firmado por:
Andrés Iduarte] 210
159. Roberto F. Giusti. *Literatura y vida*. Buenos Aires, Edición de
Nosotros, 1939, 374 págs. [Año 8, No. 3, Jul., 1942, (p. 229).
Texto firmado por: Andrés Iduarte] 211
160. Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino
Fernández. *Planos de la ciudad de México. Siglos XVI y XVII.*
Estudio histórico, urbanístico y bibliográfico. XVI^o. Congreso
Internacional de Planificación y de la Habitación. México,
Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad
Nacional Autónoma, 1941, 206 páginas. [Año 8, No. 4, Oct.,
1942, (pp. 325-326). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 211
161. *Poetas gauchescos: Hidalgo. Ascasubi. Del Campo*. Edición con
estudio y notas de Eleuterio F. Tiscornia. Buenos Aires, Edit.
Losada, 1940, 368 págs. [Año 8, No. 4, Oct., 1942, (p. 328).
Texto firmado por: A. I.] 212
162. *An Outline History of Spanish American Literature*. Prepared
under the auspices of the Instituto Internacional de Literatura
Iberoamericana by a Committee consisting of E. Herman
Hespelt, Chairman and Editor, Irving A. Leonard, John E.
Englekirk, John T. Reid and John A. Crow. New York, F. S.
Crofts and Co., 1941. 172 págs. \$1.60. [Año 8, No. 4, Oct., 1942,
(pp. 329-330). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 212
- 1943**
163. Ricardo Rojas. *El pensamiento vivo de Sarmiento*. Buenos Aires,
Losada, 1941. 256 págs. \$3 m/arg. [Año 9, No. 1/2, Enero -
Abril, 1943, (pp. 68-69). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 217
164. Emil Ludwig. *Bolívar. El caballero de la gloria y de la libertad*.
Buenos Aires, Losada, 1942. 394 págs. \$6 m/arg. [Año 9, No. 1/2,
Enero - Abril, 1943, (pp. 71-72). Texto firmado por:
Andrés Iduarte] 217
165. J. M. Miquel y Vergés. *La independencia mexicana y la prensa
insurgente*. México, El Colegio de México, 1941. 344 págs.
[Año 9, No. 3, Jul., 1943, (p. 233). Texto firmado por:
Andrés Iduarte] 219
166. Alfredo González Prada. *Un crimen perfecto. El asesinato del Gran
Mariscal Don Agustín Gamarra, Presidente del Perú*. New York, H.

- Wolff Book Manufacturing Company, 1941, 64 págs. [Año 9, No. 3, Jul., 1943, (pp. 234-235). Texto firmado por: A. I.] 220
167. Ignacio Agramonte Loynaz. *Patria y mujer*. La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación, 1942. 175 págs. (Cuadernos de Cultura, Quinta Serie, 5.) [Año 9, No. 3, Jul., 1943, (p. 237). Texto firmado por: A. I.] 221
168. Félix Restrepo. *La cultura popular griega a través de la lengua castellana y otros discursos*. Bogotá, Ediciones de la Revista Javeriana, 1938, 244 págs. [Año 9, No. 3, Jul., 1943, (p. 239). Texto firmado por: A. I.] 221
169. Elizabeth Waugh. *Simón Bolívar: A Story of Courage*. New York, The Macmillan Company, 1941, 326 págs. \$2.50. [Año 9, No. 3, Jul., 1943, (p. 241). Texto firmado por: A. I.] 222
170. Charles Carrol Griffin. *La opinión pública norteamericana y la independencia de Hispanoamérica. (1810-1822)*. Caracas, Tipografía americana, 1941, 24 págs. [Año 9, No. 3, Jul., 1943, (pp. 241-242). Texto firmado por: Andrés Iduarte.] 222
171. Carlos M. Grünberg. *Mester de judería*. Prólogo de Jorge Luis Borges. Buenos Aires, Editorial Argirópolis, 1940, 154 págs. [Año 9, No. 4, Oct., 1943, (p. 318). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 223
172. Valentín de Pedro. *La vida por la opinión. Novela del asedio de Madrid*. Buenos Aires, Imprenta Aniceto López, 1942, 244 págs., \$3.00 m/n. [Año 9, No. 4, Oct., 1943, (p. 319). Texto firmado por: A. I.] 223
- 1944**
173. Juan Rejano. *Fidelidad del sueño y La muerte burlada*. México, Ediciones Diálogo, 1943, 162 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (pp. 38-39). Texto firmado por: A. I.] 227
174. Jorge de Alba M. *Primeros poemas*. México, 1942, 52 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944 (p. 45). Texto firmado por: A. I.] 227
175. Ciro Alegría. *La serpiente de oro*. (Premio Nascimento 1931). Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1935, 244 págs...
— *Los perros hambrientos*. Santiago de Chile, Editorial ZigZag, 1939, 172 págs. — *El mundo es ancho y ajeno*. (Primer premio

- en el concurso de novelas latinoamericanas de 1941). Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, 512 págs. — *Broad and Alien is the World*. Translated from the Spanish by Harriet de Onís. New York-Toronto. Farrar & Rinehart, 1941, 436 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (pp. 47-48).
 Texto firmado por: Andrés Iduarte] 228
176. Mariano Azuela. *Nueva burguesía*. Novela. Buenos Aires, Club del Libro A.L.A., 1941, 192 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (p. 49). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 230
177. José Calero. *Cruces y alambradas. La tragedia europea vivida por un mexicano*. México, D. F., 1942, 272 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (p. 52). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 231
178. Andrés de Piedra-Bueno. *Evocación de Byrne y Martí americanista*. La Habana, Escuela Tipográfica de la Institución Inclán, 1942, 76 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (p. 56).
 Texto firmado por: A. I.] 232
179. Luis Alberto Sánchez. *Una mujer sola contra el mundo*. (Flora Tristán, la Paria.) Buenos Aires, A. L. A. Club del Libro Amigos del Libro Americano, 1942, 248 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (pp. 56-57). Texto firmado por: A. I.] 232
180. F. Gómez de Orozco. *Doña Marina, la dama de la conquista*. México, Ediciones Xóchitl, 1942, 190 págs. (Vidas Mexicanas.) [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (p. 57).
 Texto firmado por: A. I.] 233
181. Mariano Azuela. *El padre Agustín Rivera*. México, Ediciones Botas, 1942, 200 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (p. 57). Texto firmado por: A. I.] 233
182. Rosa Arciniega. *Francisco Pizarro. Biografía del conquistador del Perú*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1941, 506 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (p. 58).
 Texto firmado por: A. I.] 234
183. Roque Esteban Scarpa. *Lecturas clásicas españolas*. Santiago de Chile, Editorial Ziz-Zag, 1941, 752 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (p. 69). Texto firmado por: A. I.] 234
184. J. Ignacio Rubio Mañé. *La casa de Montejo en Mérida de Yucatán*. Con un estudio de Manuel Toussaint. México, 1941, 126 págs. (Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de

- Investigaciones Estéticas.) [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (pp. 69-70). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 234
185. Maximilian von Loewenthal. *Bolívar. Unidad del pensamiento americano*. San José de Costa Rica, Edit. Trejos Hermanos, 1941, 182 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (pp. 75-76). Texto firmado por: A. I.] 235
186. César Garizurieta. *Un trompo baila en el cielo*. México, Ediciones Botas, 1942. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 270). Texto firmado por: A. I.] 235
187. Arturo Aldunate Phillips. *Estados Unidos, gran aventura del hombre*. Santiago de Chile, Nascimento, 1943, 384 págs. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, pp. 271-272. Texto firmado por: Andrés Iduarte] 236
188. Alfonso Reyes. *La experiencia literaria*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1942, 244 págs. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 273). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 237
189. *Vidas mexicanas*. Ediciones Xochitl, México, D.F.: Benjamín Jarnés. Manuel Acuña. *Poeta de su siglo*. 1942. — B. Ortiz de Montellano, *Figura, amor y muerte de Amado Nervo*. 1943. — Eduardo Enrique Ríos. *Felipe de Jesús, el santo criollo*. 1943. — Pablo Herrera Carrillo, *Fray Junípero Serra, conquistador de las Californias*. 1943. — Manuel Romero de Terreros. *El Conde de Regla. Cresco de la Nueva España*. 1943. — Rafael Heliodoro Valle. *Iturbide, varón de Dios*. 1944. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 274). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 238
190. Pablo Herrera Carrillo. *Fr. Junípero Serra, civilizador de las Californias*. México, Ediciones Xochitl, 1943, 233 págs. (Vida Mexicanas, 8.) [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 274). Texto firmado por: A. I.] 239
191. Manuel Arocha. *Iconografía ecuatoriana del Libertador*. Quito, 1943. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 276). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 239
192. Guillermo de Torre. *Menéndez Pelayo y las dos Españas*. Buenos Aires, Publicaciones del Patronato hispanoargentino de cultura, 1943, 100 págs. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 278). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 240

193. J. Marino Incháustegui. *Cristóbal Colón y la Isla Española*. Santiago, República Dominicana, Editorial El Diario, 1942, 175 págs. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 279).
 Texto firmado por: A. I.] 241
194. *Cartas de Santander*. Homenaje a la memoria del ilustre prócer General Francisco de Paula Santander. Obra formada por Vicente Lecuna con la colaboración de la señorita Esther Barret de Nazaris. Caracas, Edición del Gobierno de Venezuela, 1942, 3 vols. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 279).
 Texto firmado por: Andrés Iduarte] 242
195. R. Blanco-Fombona. *El pensamiento vivo de Bolívar*. Buenos Aires, Losada, 1942, 232 págs. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 281). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 242
196. José Juan Arrom. *Historia de la literatura dramática cubana*. New Haven, Yale University Press, 1944, 134 págs. \$2.50. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (pp. 281-282). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 243
197. Alberto Ghiraldo. *El archivo de Rubén Darío*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1943, 508 págs., 18 pesos m/arg. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 283). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 244
198. *La educación en los países de América Latina*. Editado por I. L. Kandel. Nueva York, Bureau of Publications, Teachers College, Columbia University, 1942, 442 págs. (Anuario educacional del Instituto Internacional del Teachers College, Columbia University.) [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (pp. 288-289).
 Texto firmado por: A. I.] 244

1945

199. Horacio Quiroga. *Sus mejores cuentos*. México, Editorial Cultura, 1943, 292 págs. (Colección Clásicos de América. Ediciones del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.) [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 68). Texto firmado por: A. I.] 249
200. Juan Ramón Jiménez. *Españoles de tres mundos*. Buenos Aires, Editorial Losada, 172 págs., \$4 m/n. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 74). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 249

201. *Vidas mexicanas*. México, D. F., Ediciones Xóchitl, 1944-1945.
[Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 78). Texto firmado
por: Andrés Iduarte] 249
202. Ofelia M. B. de Benvenuto. *José Martí*. Montevideo, Editores:
González Panizza Hnos., 1942, 224 págs., \$1.50 m/n. [Año 11,
No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 79). Texto firmado por: A. I.] 250
203. Carlos Márquez Sterling. *Martí, maestro y apóstol*. La Habana
(Seoane, Fernández y Cía., 1942, 686 págs., \$3 m/n. [Año 11,
No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 79). Texto firmado por: A. I.] 251
204. Pedro de Cieza de León. *Del Señorío de los Incas*. Buenos Aires,
Ediciones Argentinas Solar, 1943, 344 págs. \$9 m/n. [Año 11,
No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 82). Texto firmado por: A. I.] 251
205. Emeterio S. Santovenia. *Huellas de Gloria*. Segunda edición.
La Habana, Editorial Trópico, 1944, 272 págs. [Año 11, No. 1/2,
Enero - Abril, 1945, (p. 82). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 251
206. Rafael Soto Paz. *La falsa cubanidad de Saco, Luz y Del Monte*.
La Habana, Editorial Alfa, 1941, 140 págs., \$1.00 m/n. [Año 11,
No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (pp. 87-88. Texto firmado por: A. I.] 252
207. Domingo Faustino Sarmiento. *Obras selectas. Tomo 2. Política de
educación y trabajo*. Buenos Aires, Editorial «La Facultad», 1944,
440 págs. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 88). Texto
firmado por: A. I.] 253
208. Domingo Faustino Sarmiento. *Obras selectas. Edición ordenada,
revisada y precedida de un estudio preliminar por Don Enrique
de Gandía. Tomo 1. Páginas del ostracismo y defensa de la
libertad*. Buenos Aires, Editorial «La Facultad», 1944, 368 págs.
[Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 88). Texto firmado por:
Andrés Iduarte] 253
209. *Vida y pensamiento de Martí*. Homenaje de la ciudad
de La Habana en el cincuentenario de la fundación del Partido
Revolucionario Cubano. 1892-1942. La Habana, Municipio
de La Habana, 1942, 2 vols. (Colección Histórica Cubana
y Americana, 4.) [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 89).
Texto firmado por: Andrés Iduarte] 254
210. Emeterio S. Santovenia. *Martí legislador*. Buenos Aires,
Editorial Losada, 1943, 162 págs., \$3.50 m/n. [Año 11, No. 1/2,
Enero - Abril, 1945, (p. 89). Texto firmado por: A. I.] 255

211. Félix Lizaso. *Martí y la utopía de América*. La Habana, Úcar, García y Cía., 1942, 48 págs. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 89). Texto firmado por: A. I.] 255
212. Manuel Piedra Martel. *Mis primeros treinta años. Memorias*. Segunda edición. La Habana, Editorial Minerva, 1944, 510 págs. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (pp. 89-90). Texto firmado por: A. I.] 256
213. Casto Fulgencio López. *Relación muy breve y elogiosa de la vida y la obra de Garcilaso Inca de la Vega*. Caracas, Artes Gráficas, 1943, 88 págs. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 90). Texto firmado por: A. I.] 256
214. Norberto Pinilla. *La polémica del romanticismo en 1842*. Buenos Aires, Editorial Americalee, 1943, 146 págs., \$2.50 m. n. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (pp. 90-91). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 256
215. Cecilia Hz. de Mendoza. *El estilo literario de Bolívar*. Bogotá, Editorial Cromos, s. f., 160 págs. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 91). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 257
216. *Anuario de la Academia Colombia*. Tomo VIII. 1940-1941, Bogotá, Escuelas Gráficas Salesianas, 1941, 556 páginas. Tomo IX, 1941-1942, Bogotá, Escuelas Gráficas Salesianas, 1943, 568 páginas. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 93). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 258
217. Armando de María y Campos. *Andanzas y Picardías de Eusebio Vela, autor y comediante mexicano del siglo XVIII*. México, Compañía de ediciones populares, 1944, 240 páginas. \$5.00 m. n. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 94). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 259
218. Ricardo Rojas. *Un titán de los Andes*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1939, 192 págs. \$2.50 m. n. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (pp. 94-95). Texto firmado por: André Iduarte] 259
219. Isidoro Ruiz Moreno. *El pensamiento internacional de Alberdi*, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1945, 140 págs. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (pp. 96-97). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 260
220. Cecilia Hz. de Mendoza. *Miguel Antonio Caro. Diversos aspectos de un humanista colombiano*. Bogotá, Prensas de la Biblioteca

- Nacional, 1943, 90 páginas. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 97). Texto firmado por: A. I.] 261
221. Henry Alfred Holmes. *Contemporary Spanish Americans*. New York, F. S. Crofts and Co., 1942, 252 págs., \$1.75. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 105). Texto firmado por: A. I.] 261
222. Waldo Frank. *Viaje por Suramérica*. México, Cuadernos Americanos, 1944, 448 págs., 7 pesos. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (pp. 107-108). Texto firmado por: A. I.] 261
223. Enrique González Martínez. *El hombre del búho. Misterio de una vocación*. México, Cuadernos Americanos, 1944, 224 págs. \$1.60. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 241). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 262
225. Ricardo Palma. *Flor de tradiciones*. Introducción, selección y notas de George W. Umphrey y Carlos García Prada. México, Editorial Cultura, 1943, 276 págs. (Clásicos de América. Ediciones del Instituto Internacional de Literatura Ibero Americana). — José Joaquín Fernández de Lizardi. *Don Catrín de la Fachenda y fragmentos de otras obras*. Introducción, selección y notas de Jefferson Rea Spell. México, Editorial Cultura, 1944, 294 págs. (Clásicos de América, Ediciones del Instituto Iberoamericano de Literatura). [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 247). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 263
226. Alfredo Pareja Díez-Canseco. *La hoguera bárbara*. (Vida de Eloy Alfaro.) México, Compañía General Editora, 1944, 316 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 247). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 264
227. Jorge Icaza. *Media vida deslumbrados*. Quito, Editorial Quito, 1942, 238 páginas. \$10.00 m/n. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 248-249). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 264
228. Enrique Anderson Imbert. *Las pruebas del caos*. Buenos Aires, Editorial Yerba Buena, 1946, 186 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 255-256). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 265
229. Emilio Oribe. *El pensamiento vivo de Rodó*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1944, 226 págs. \$3.00 m.n. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 258). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 266
230. Juan de la Cabada. *Incidentes melódicos del mundo irracional*. (40 grabados originales de Leopoldo Méndez.) México, Editorial

- «La Estampa Mexicana», 1944, 60 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 259-260). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 267
231. Luis Cardoza y Aragón. *Apolo y Coatlicue. Ensayos mexicanos de espina y flor*. México, Ediciones de «La serpiente emplumada», 1944, 206 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 261-262). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 267
232. Rafael Arévalo Martínez. *Nietzsche el conquistador (La doctrina que engendró la segunda guerra mundial)*. Guatemala, Tipografía Sánchez y de Guise, 1943, 170 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 263-264). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 268
233. Eduardo Villaseñor. *De la curiosidad y otros papeles*. México, Letras de México, 1945, 140 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 264). Texto firmado por: A. I.] 269
234. Erly Danieri. *Esta tierra de América. Siete ensayos americanos*. Buenos Aires, Instituto de Cultura Latinoamericana, 1943, 112 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 269). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 269
235. José Luis Sánchez Trincado. *Stendhal y otras figuras*. Buenos Aires, Imprenta López, 1943, 128 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 270). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 270
236. Juan Marinello. *Actualidad americana de José Martí*. La Habana, Arrow Press Inc., 1945, 30 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 270-271). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 270
237. *Vidas mexicanas*. México, Ediciones Xóchitl, 1945. 18. F. Ibarra de Anda. *Carlota. La Emperatriz que gobernó*. 19. José de J. Núñez y Domínguez. *Don Antonio de Benavides. El incógnito «Tapado»*. 20. J. M. Miquel i Vergés. *Mina. El español frente a España*. 21. C. A. Echánove Trujillo. *Leona Vicario. La mujer fuerte de la Independencia*. 23. José Rojas Garcidueñas. *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Erudito barroco*. 24. Gral. Francisco L. Urquiza. *Morelos. Genio militar de la Independencia*. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 271-272). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 271
238. Félix Lizaso. *Martí, místico del deber*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1942, 330 págs. \$4.50 m.n. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 272). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 272

239. M. Isidro Méndez. *Martí. Estudio critico-biográfico*. La Habana, P. Fernández y Cía., Impresores, 1941, 312 páginas. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 272). Texto firmado por: Andrés Iduarte.] 273
240. Vicente Sáenz. *Opiniones y comentarios de 1943*. México, Ediciones Liberación, 1944. 272 págs. \$5.00 m. mexicana. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 274). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 273
241. *El pensamiento vivo de Mariano Moreno*, presentado por Ricardo Levene. Buenos Aires, Editorial Losada, S. A., 1942, 238 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 274). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 273
242. Vicente Sáenz. *Centro América en pie*. México, Ediciones Liberación, 1944, 248 págs. En México, 8 pesos, en el exterior, Dls. 2.00. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 275). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 274
243. Juan Antonio Correjter. *El Buen borincano*. Nueva York, Biblioteca Bohique, 1945, 94 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 275). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 274
244. Luis Sánchez Pontón. *México y la postguerra. 4 conferencias*. México, 1945, 110 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 275). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 275
245. Melchor Fernández Almagro. *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española*. Madrid, Hispánica, 1944, 134 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 277). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 275
246. Edmundo O'Gorman. *Fundamentos de la Historia de América*. México, Imprenta Universitaria, 1942. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 278). Texto firmado por: A. I.] 275
247. Antonello Gerbi. *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo*. Lima, Banco de Crédito del Perú, 1944, 164 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 278). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 276
248. Arturo Capdevila. *El pensamiento vivo de San Martín*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1945, 182 págs. \$3.00 m/n. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 278-279). Texto firmado por: A. I.] 276

249. Rodolfo Rivarola. *Ensayos históricos*. Publicación de homenaje dispuesta por la Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora «Coni», 1941, 500 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 279). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 277
250. *The Green Continent. A comprehensive view of Latin America by its leading writers*. An anthology selected and edited by Germán Arciniegas. Translated from the Spanish and Portuguese by Harriet de Onís and others. New York, Alfred A. Knopf, 1944, 536 páginas. \$ 3. 50 net. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 281-282). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 277
251. Carlos Castillo. *Antología de la literatura mexicana*. Introducción, selecciones y crítica de Carlos Castillo con un apéndice bibliográfico de Luis Leal. Chicago, The University of Chicago Press, 1944, 424 págs., \$3.50. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 283-284). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 278
252. *Obras completas de Bartolomé Mitre*. Edición ordenada por el H. Congreso de la nación argentina. Volumen IX. Buenos Aires, Guillermo Kraft Ltda., 1941, 592 págs. Volumen X, Buenos Aires, Guillermo Kraft Ltda., 1942, 736 páginas. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 284). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 278
253. *Memoria del Tercer Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana*. New Orleans, Tulane University Press, 1944, 254 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 284). Texto firmado por: A. I.] 279
254. Arturo Torres-Rioseco. *La gran literatura iberoamericana*. Buenos Aires, Emecé Editores, S. A., 1945, 320 págs. \$10 m/n. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 287-288). Texto firmado por: A. I.] 279
255. *Obras inéditas de Gutiérrez Nájera. Crónicas de «Puck»*. Recogidas y editadas por E. K. Mapes. Nueva York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1939, 224 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 288). Texto firmado por: A. I.] 279
256. Ángel M. Mergal. *Federico Degetau, un orientador de su pueblo*. New York, Hispanic Institute, 1944. 202 págs. \$2.80. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 288-289). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 280

257. David Alfaro Siqueiros. *No hay más ruta que la nuestra. Importancia nacional e internacional de la pintura mexicana moderna.* México, Talleres Gráficos Núm. 1 de la S. E. P., 1945, 130 páginas. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 290). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 281
258. Rufino J. Cuervo. *Obras inéditas.* Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, Editorial Librería Voluntad, S. A. 1944, 496 páginas. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 291). Texto firmado por: A. I.] 282
259. María Rosa Lida. *El cuento popular hispanoamericano y la literatura.* Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura Latinoamericana, 88 páginas. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 291-292). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 282
- 1946**
260. JOSÉ RUBÉN ROMERO: RETRATO. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (pp. 1-6). Andrés Iduarte] 285
261. Lino Novás Calvo. *La luna nona y otros cuentos.* Buenos Aires, Nuevo Rovo Romance, 1942, 238 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 63). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 291
262. Agustín Loera y Chávez. *El viajero alucinado.* Crónicas de España. México, Editorial Cultura, 1945, 138 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 64). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 292
263. Enrique Molina. *Discursos universitarios.* Segunda edición aumentada. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1945, 220 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 64). Texto firmado por: A. I.] 293
264. Enrique Labrador Ruiz. *Manera de vivir.* La Habana, Talleres de «La Mercantil», 1941, 110 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 65). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 293
265. José G. Montes de Oca. *Mirador.* México-Tenochtitlán, Imprenta Moderna, 1936, 148 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 65). Texto firmado por: A. I.] 293
266. Rafael Heliodoro Valle. *Visión del Perú.* México, Ediciones Llama, 1943, 64 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (pp. 65-66). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 294

267. Medardo Vitier. *Estudios, notas y efigies cubanas*. La Habana, Editorial Minerva, 1944, 264 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 67). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 295
268. Norberto Pinilla. *Biografía de Gabriela Mistral*. Santiago de Chile, Editorial Tegualda, 1946, 132 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 67). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 295
269. Concha Meléndez. *Asomante. Estudios hispanoamericanos*. San Juan de Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, 1943, 160 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 68). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 296
270. Emeterio S. Santovenia. *Los presidentes de Cuba libre*. Segunda edición. La Habana, Editorial Trópico, 1943, 106 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 70). Texto firmado por: A. I.] 297
271. Ángel Rosenblat. *La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad*. Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1945, 300 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (pp. 70-71). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 297
272. Juan Friede. *El indio en lucha por la tierra. Historia de los resguardos del macizo central colombiano*. Bogotá, ediciones Espiral, 1944, 212 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 71). Texto firmado por: A. I.] 299
273. Luis Alberto Sánchez. *El pueblo en la revolución americana*. Buenos Aires, Editorial Americalee, 1942, 230 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 72). Texto firmado por: A. I.] 299
274. Medardo Vitier. *La lección de Varona*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociales, 1945, 72 págs. (Jornadas 31.) [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 73). Texto firmado por: A. I.] 300
275. *Archivo José Martí*. Núm. 8. La Habana, Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1945, 152 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 73). Texto firmado por: A. I.] 300
276. Arturo Torres-Rioseco. *The epic of Latin American Literature*. New York-London-Toronto, Oxford University Press, 1942, 282 págs. \$2.25. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (pp. 73-74). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 301

277. Arturo Giménez Pastor. *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires, Editorial Labor, 1945. Tomo I, págs. 1-297; Tomo 11, 298-574. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 74). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 302
278. José Asunción Silva. *Poesías completas y sus mejores páginas en prosa*. Buenos Aires, Editorial Elevación, 1944, 232 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 74). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 302
279. Julio Jiménez Rueda. *Historia de la literatura mexicana*. México, Ediciones Botas, 1946, 350 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (pp. 74-75). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 303
280. José Martí. *Obras completas*. Edición conmemorativa del cincuentenario de su muerte. Vol. I. La Habana, Editorial Lex, 1946, 2164 págs. \$20.00. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 75). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 303
281. Antonio Pagés Larraya. *La iniciación intelectual de Mitre*. Trabajos literarios de 1837. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina, 1943, 200 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 75). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 304
282. José Martí. *Obras completas*. Edición conmemorativa del cincuentenario de su muerte. Vol. II. La Habana, Editorial Lex, 1946, 2064 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 76). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 304
283. Arturo Berenguer Carisomo. *Los valores eternos en la obra de Enrique Larreta*. Buenos Aires, Editorial Sopena Argentina, 1946, 264 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 76). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 305
284. Juan J. Remos y Rumo. *Historia de la literatura cubana*. La Habana, 1945, Cárdenas y Cía., Vol. I, 318 págs.; Vol. II, 736 págs.; Vol. III, 588 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 77). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 306
285. María Robles y G. de Cosío. *La poesía de Salvador Díaz Mirón*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1941, 175 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 78). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 306

286. Julio Jiménez Rueda. *Santa Teresa y Sor Juana. Un paralelo imposible*. México, 1943, 56 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 79). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 307
287. Andrés Iduarte. *Martí, escritor*. México, Cuadernos Americanos, 9, 1945, 402 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (pp. 79-80). Texto firmado por: Eugenio Florit] 308
288. Pedro Grases. *Andrés Bello. El primer humanista de América*. Buenos Aires, Ediciones del Tridente, 1946, 160 págs. \$4.00 m/n. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 81). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 309
289. Rufino J. Cuervo. *Cartas de su archivo*. Bogotá, Imprenta del Instituto Gráfico Ltda., 1943. Tomo III, 240 págs.; tomo IV, 252 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 83). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 310
290. Norberto Pinilla. *La controversia filológica de 1842*. Santiago de Chile. Prensas de la Universidad, 1945, 120 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (pp. 83-84). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 311
291. Lino Novás Calvo. *En los traspacios*. La Habana, Páginas, S. A. 1946, 72 págs. (Cuadernos Cubanos 1). [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 276). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 312
292. Margarita Urueta. *Ave de sacrificio*. México, ediciones Letras de México, 1945. 132 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (pp. 278-279). Texto firmado por: A. I.] 313
293. Xavier Villaurrutia. *Autos profanos*. México, ediciones Letras de México, 1943. 216 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 281). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 313
294. *Instituto Nacional de Estudios de Teatro*. Biblioteca teatral. Tomos I a VI, Buenos Aires, 1942-1945. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 281). Texto firmado por: A. I.] 314
295. Enrique Anderson Imbert. *Ensayos*. Tucumán, Talleres Gráficos Miguel Violetto, 1946, 128 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 282). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 315
296. Emilio Rodríguez Demorizi. *Dominicanidad de Pedro Enríquez Ureña*. Ciudad Trujillo, Pol Hermanos, 1947, 86 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 283). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 315

297. Augusto Arias. *Vida de Pedro Fermín Cevallos*. Quito, Editorial Escuela Central Técnica, 1946, 104 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 284). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 316
298. Laureano Villanueva. *Vida de don Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, 1945, 540 pgs. (Biblioteca venezolana de cultura. Colección «Andrés Bello».) [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (pp. 284-285). Texto firmado por: A. I.] 316
299. Eva Mouriño Hernández. *El juego en Cuba. Sus factores. Su desenvolvimiento histórico en la época colonial*. La Habana, Úcar, García y Cía., 1947, 352 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 285). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 317
300. Rodolfo Barón Castro. *Españolismo y antiespañolismo en la América Hispana. La población hispanoamericana a partir de la Independencia*. Madrid, Ediciones Atlas, 1945, 120 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (pp. 285-286). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 317
301. Máximo Soto-Hall. *La niña de Guatemala. El idilio trágico de José Martí*. Guatemala, Tipografía Nacional, 1942, 170 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 290). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 318
302. Max Henríquez Ureña. *Panorama histórico de la literatura dominicana*. Río de Janeiro, Compahia Brasileira de Artes Gráficas, 1945, 340 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 291). Texto firmado por: A. I.] 318
303. Carlos García-Prada. *Estudios Hispanoamericanos*. México, El Colegio de México, 1945, 342 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 291). Texto firmado por: A. I.] 319
304. José Martí. *Ideario separatista. Recopilación y prólogo de Félix Lizaso*. La Habana, Publicaciones del Ministerio Educación, Dirección de Cultura, 1947, 188 págs. (Cuadernos de Cultura, séptima serie, 4.) [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (pp. 291-292). Texto firmado por: A. I.] 319
305. *Biblioteca de autores cubanos*. La Habana, Editorial de la Universidad de la Habana, 1944-1947. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 292). Texto firmado por: A. I.] 320

306. Roberto F. Giusti. *Lecciones de Literatura argentina e hispanoamericana y Antología comentada y anotada*. Buenos Aires, Ángel Estrada y Cía., 1947, 514 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 292). Texto firmado por: A. I.] 321
307. Ventura García Calderón. *Páginas escogidas*. Madrid, Javier Morata, editor, 1947, 1174 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 293). Texto firmado por: A. I.] 321
308. Diego Manuel Sequeira. *Rubén Darío criollo o Raíz y médula de su creación poética*. Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft Ltda., 1945, 318 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 294). Texto firmado por: A. I.] 322
309. *An Anthology of Spanish American Literature*. Prepared under the Auspices of the Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana by a Committee consisting of E. Herman Hespelt, Chairman and Editor; Irving A. Leonard; John T. Reid; John A. Crow, John E. Englekirk. New York, F. S. Crofts & Company, 1946, 826 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 297). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 322

1947

310. «TERCERA RESIDENCIA», DE PABLO NERUDA. [Año 13, No. 1/2, Enero-Abril, 1947 (pp. 42-43). Andrés Iduarte] 327
311. Mariano Azuela. *La mujer domada*. México, El Colegio Nacional, 1946, 200 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero-Abril, 1947, (pp. 59-60). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 329
312. Ventura García Calderón. *La venganza del cóndor*. París, Casa Editorial Garnier Hermanos, [1948]. [Año 13, No. 1/2, Enero-Abril, (p. 65). Texto firmado por: A. I.] 330
313. Victoria Ocampo. *Testimonios*. Tercera serie. Buenos Aires, Editorial Suramericana, 1946, 300 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (p. 66). Texto firmado por: A. I.] 331
314. Ramiro de Maeztu. *Ensayos*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1948, 400 págs. \$8.00 m/n. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (pp. 66-67). Texto firmado por: A. I.] 332
315. José Gabriel. *Walt Whitman. La voz democrática de América*. Montevideo, Ediciones Ceibo, 1944, 280 págs. \$2.50 m/n. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (p. 68). Texto firmado por: A. I.] 332

316. Leandro J. Cañizares. *Don Porfirio. El gobernante de mente lúcida corazón de patriota y mano de hierro*. La Habana, Editorial Lex, 1946, 344 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (pp. 69-70). Texto firmado por: A. I.] 333
317. José Luis Romero. *Las ideas políticas en la Argentina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1946, 240 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (pp. 70-71). Texto firmado por: A. I.] 333
318. María Cadilla de Martínez. *Rememorando el pasado heroico*. Arecibo, Puerto Rico, Imprenta Venezuela, 1946, 676 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (p. 73). Texto firmado por: A. I.] 335
319. Feliciano Cereceda, S. J. *Diego Laínez en la Europa religiosa de su tiempo. 1512-1565*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, Tomo I, 1945, 634 págs. Tomo 11, 1946, 586 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (p. 73). Texto firmado por: A. I.] 335
320. Pablo E. Cárdenas Acosta. *Los comuneros. (Reivindicaciones históricas y juicios críticos documentalmente justificados.)* Bogotá, Editorial Minerva, 1945, 308 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (p. 74). Texto firmado por: A. I.] 336
321. Pablo E. Cárdenas Acosta. *Del vasallaje a la insurrección de los comuneros. (La provincia de Tunja en el Virreinato.)* Tunja, Colombia, Imprenta del Departamento, 1947, 444 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (pp. 74-75). Texto firmado por: A. I.] 336
322. J. Luis Trenti Rocamora. *La cultura en Buenos Aires hasta 1810*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1948, 156 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (p. 75). Texto firmado por: A. I.] 336
323. *Archivo José Martí*. La Habana, Ministerio de Educación, Número 11, 1947, Número 12, 1948. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (p. 77). Texto firmado por: A. I.] 337
324. José Moreno Villa. *Lo mexicano en las artes plásticas*. México, El Colegio de México, 1948, 176 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (pp. 78-79). Texto firmado por: A. I.] 337
325. UN LIBRO SOBRE JUAN MONTALVO. [Año 13, No. 3/4, Jul. - Oct., 1947 (pp. 274-276). Andrés Iduarte] 339

326. Martí. *Documentos para su vida*. La Habana, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, 1947, 126 págs. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947 (p. 291). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 342
327. Juan José Arévalo. *Escritos políticos*. Segunda edición. Guatemala, Tipografía Nacional, 1946, 208 págs. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947, (pp. 291-292). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 342
328. Ramón Iglesia. *El hombre Colón y otros ensayos*. México, El Colegio de México, 1944. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947, (p. 292). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 343
329. Rómulo D. Carbia. *Historia de la Leyenda Negra hispanoamericana*. Madrid, Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, 1944, 264 págs., 25 ilustraciones. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947, (pp. 293-294). Texto firmado por: A. I.] 344
330. Bartolomé Galíndez. *Historia política argentina. La revolución del 80*. Buenos Aires, Imprenta y casa editora «Coni», 1945, 390 págs. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947, (p. 294). Texto firmado por: A. I.] 345
331. Juan Probst. *Juan Baltazar Maziell, el maestro de la generación de mayo*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1946, 488 págs. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947, (pp. 294-295). Texto firmado por: A. I.] 345
332. B. Sanín Cano. *Letras colombianas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944, 216 págs. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947, (pp. 295-296). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 345
333. Emilia Romero. *Juegos del antiguo Perú*. México, Ediciones Llamas, 1943, 40 págs. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947, (p. 299). Texto firmado por: Andrés Duarte] 346

1948

334. Miguel Ángel Asturias. *El señor Presidente*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1948, 276 págs. [Año 14, No. 1/2, Jan. - Apr., 1948, (pp. 103-104). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 349
335. Clemente Pereda. *Rodo's main sources*. San Juan, Puerto Rico, Imprenta Venezuela, 1948, 254 págs. [Año 14, No. 1/2, Jan. - Apr., 1948, (p. 107). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 350

336. José Enrique Rodó. *Obras completas. I. Los escritos de «La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales». Poesías dispersas.* Edición oficial al cuidado de José Pedro Segundo y Juan Antonio Zubillaga. Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1945, XXX-286 páginas. [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 107). Texto firmado por: A. I.] 350
337. Juan Oropesa. *4 siglos de historia venezolana.* Caracas, Librería y Editorial del Maestro, 1947, 246 págs. [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 111). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 351
338. Vicente Lecuna. *Cartas del Libertador.* Tomo XI: 1802-1830. New York, The Colonial Press Inc., 1948, 444 págs. [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 113). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 351
339. Emeterio S. Santovenia. *Lincoln en Martí.* La Habana, Editorial Trópico, 1948, 160 págs. [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 115). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 352
340. Luis de Tejeda. *Libro de varios tratados y noticias.* Lección y notas de Jorge M. Furt. Buenos Aires, Coni, 1947, 370 págs. (Colección de textos y estudios literarios.) [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 116). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 353
341. José Toribio Medina. *Vida de Escilla.* México, Fondo de Cultura Económica, 1948, 496 págs. (Biblioteca Americana, 6.) [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 116). Texto firmado por: A. I.] 353
342. Joaquín de Entrambasaguas. *Estudios sobre Lope de Vega.* Madrid, Consejo de Investigaciones Científicas, 1946-1947, 2 vols. [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (pp. 118-119). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 354
343. Manuel José Andrade. *Folklore de la República Dominicana.* Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1948, 2 vols. (Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo). [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 121). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 354
344. Ernesto Schafer. *El Consejo Real y Supremo de las Indias. Su historia, organización y labor administrativa hasta la terminación de la Casa de Austria.* Traducción castellana hecha por el autor. Sevilla, 1935-1947, 2 vols. (Universidad de Sevilla. Publicaciones del Centro de Estudios de Historia de América). [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 123). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 355

345. JORGE CARRERA ANDRADE: ROSTROS Y CLIMAS,
[Año 14, No. 3/4, Jul. - Oct., 1948, (pp. 285-287). Andrés Iduarte] 355
346. Roberto Agramonte. *Sociología de la Universidad*. México,
Universidad Nacional, 1948, 152 págs. (Biblioteca de ensayos
sociológicos.) [Año 14, No. 3/4, Jul. - Oct., 1948, (p. 300).
Texto firmado por: Andrés Iduarte] 358
347. Rafael Alberto Arrieta. *La literatura argentina y sus vínculos
con España*. Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1948,
170 págs. [Año 14, No. 3/4, Jul. - Oct., 1948, (p. 306).
Texto firmado por: Andrés Iduarte] 358
348. Luis Santullano. *Las mejores páginas del «Quijote»*.
Madrid-México-Buenos Aires, 1948, 348 págs. [Año 14,
No. 3/4, Jul. - Oct., 1948, (pp. 307-308). Texto firmado por:
Andrés Iduarte] 359
349. Avelino Herrero Mayor. *Presente y futuro de la lengua española
en América*. Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1943,
128 págs. [Año 14, No. 3/4, Jul. - Oct., 1948, (pp. 309-310).
Texto firmado por: Andrés Iduarte] 360

1949

350. Unión Panamericana, Departamento de Asuntos Culturales,
División de Filosofía, Letras y Ciencias. *Pensamiento de América:
La filosofía latinoamericana contemporánea*. Selección y prólogo
de Aníbal Sánchez Reulet. — *Escritores de América: Justo Sierra:
Educación e historia*. Selección, prólogo y notas de Ermilo Abreu
Gómez. — *Carlos Arturo Torres: Hacia el futuro*. Selec. pról. y notas
de E. A. G. — *Precursores del Modernismo*. Selec., pról. y notas
de Arturo Torres-Rioseco. — *Machado de Assis, romancista*.
Sel., pról. y notas de Armando Correa Pacheco. — *Justo
Arosemena: Ensayos morales*. Selec. pról. y notas de E. A. G.
Washington, Unión Panamericana, 1949. [Año 15, No. 1/4,
Enero - Diciembre, 1949, (pp. 128-130). Texto firmado por:
Andrés Iduarte] 363
351. *Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas*. (1839-1898). Serie I.
Despachos generales. I. 1839-1841. México, El Colegio de México,
1949, 384 págs. [Año 15, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1949,
(pp. 134-135). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 364

352. Marcelino Menéndez y Pelayo. *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1949, 6 vols. (Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez y Pelayo dirigida por Ángel González Palencia). [Año 15, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1949, (p. 136).
Texto firmado por: A. I.] 365
353. Arturo Torres-Rioseco. *New World Literature. Tradition and revolt in Latin America*. Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1949, 250 págs. [Año 15, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1949, (pp. 137-138).
Texto firmado por: Andrés Iduarte] 366
354. *Vidas mexicanas*: Alberto María Carreño. *Bernal Díaz del Castillo, descubridor, conquistador y cronista de la Nueva España*. — Sara García Iglesias. *Isabel Moctezuma, la última princesa azteca*. México, Ediciones Xochitl, 1946, 2 vols. [Año 15, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1949, (p. 139). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 367
355. F. Rand Morton. *Los novelistas de la Revolución mexicana*. México, Editorial Cultura, 1949. 272 págs. [Año 15, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1949, (pp. 139-140). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 368
356. *El pensamiento vivo de Giner de los Ríos*, presentado por Fernando de los Ríos. Buenos Aires, Editorial Losada, 1949, 274 págs. [Año 15, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1949, (p. 141).
Texto firmado por: A. I.] 369
357. José Manuel Rivas Sacconi. *El latín en Colombia. Bosquejo histórico del humanismo colombiano*. Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1949, 488 págs. [Año 15, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1949, (pp. 142-143). Texto firmado por: A. I.] 370

1950

358. Enrique A. Laguerre. *La resaca (bionovela)*. San Juan de Puerto Rico, Biblioteca de autores puertorriqueños, 1949, 456 págs. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 148-149).
Texto firmado por: Andrés Iduarte] 373
359. Daniel Cosío Villegas. *Extremos de América*. México, Tezontle, 1949, 334 págs. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (p. 159). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 374

360. Jesús Silva Herzog. *Meditaciones sobre México, ensayos y notas*. México, Cuadernos Americanos, 1948, 272 págs. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 159-160). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 375
361. Clásicos Jackson. Segunda serie: Tomo 27, *Historiadores de Indias*. Selección estudio preliminar y notas por Germán Arciniegas. Tomo 28, *Escritores místicos españoles*, Sel., Pról. y notas por José Gaos. Tomo 29, *Poetas dramáticos españoles*, I. Estudio preliminar y edición a cargo de Rafael Alberti. Tomo 30, *Poetas dramáticos españoles*, II. Estudio preliminar y edición a cargo de Jacinto Grau. Tomo 39, *Grandes cuentistas*. Selección, estudio preliminar y notas por Julio Torri. Tomo 40, *Literatura epistolar*. Selección de Ricardo Baeza y Alfonso Reyes. Estudio preliminar por Alfonso Reyes. Buenos Aires, W. M. Jackson, 1949. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 166-167). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 375
362. Félix Lizaso. *El Pensamiento vivo de Varona*. Buenos Aires, Losada, 1949, 218 págs. \$7.00 m/n. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (p. 167). Texto firmado por: A. I.] 376
363. Alfonso Reyes. *The position of America and other essays*. Translated from the Spanish by Harriet de Onís. Foreword by Federico de Onís. New York, Alfred Knopf, 1950, 176 págs. \$5.00. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 144-146). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 376
364. Octavio Paz. *El laberinto de la soledad*. México, Cuadernos Americanos, 1950, 198 págs. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 146-147). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 378
365. Rafael Sánchez Ocaña. *Confesiones de un desvelado*. México, Ediciones Iberoamericanas, 1943, 420 págs. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre., 1950, (p. 148). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 380
366. Federico Córdova. *Vida y obra de Germán Arciniegas*. La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación, 1950, 416 págs. (Contemporáneos, I). [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (p. 149). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 380
367. Ermilo Abreu Gómez. *Semblanzas literarias*: I. Cecilia Acosta; II. Horacio Quiroga. Washington, Unión Panamericana, 1951,

- 2 vols. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 153-154).
 Texto firmado por: A. I.] 381
368. Agustín Yáñez. *Don Justo Sierra. Su vida, sus ideas y su obra.*
 México, Universidad Nacional de México, Centro de Estudios
 Filosóficos, 1950, 222 págs. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre,
 1950, (pp. 154-155). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 381
369. Alberto Ravell. *Humanidad.* 2ª ed. Caracas, Avila Gráfica, 1950,
 256 págs. (Colección Los Combatientes, 1 y 2). [Año 16, No. 1/4,
 Enero - Diciembre, 1950, (p. 156). Texto firmado por: Andrés
 Iduarte] 382
370. Vicente Lecuna. *Crónica razonada de las guerras de Bolívar.*
 New York. The Colonial Press, 1950, 3 vols. [Año 16, No. 1/4,
 Enero - Diciembre, 1950, (pp. 157-158). Texto firmado por:
 Andrés Iduarte] 383
371. Ramón Roa. *Con la pluma y el machete.* Compilación, prólogo
 y notas de Raúl Roa. La Habana, Academia de la Historia
 de Cuba, Edición auspiciada por el Ministerio de Educación,
 1950, 3 Vols. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (p. 158).
 Texto firmado por: Andrés Iduarte] 383
372. José Martí. *Cartas a una niña.* La Habana, Úcar García y Cía.,
 1950. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 165-166).
 Texto firmado por: André Iduarte] 384
373. *Archivo José Martí.* Nos. 14 y 15. Publicado por el Ministerio
 de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1950.
 [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (p. 166).
 Texto firmado por: A. I.] 385
374. Bernice T. Matlowsky. *Antologías del cuento americano. Guía
 Bibliográfica.* Washington, Unión Panamericana, 1950, 47 págs.
 (Monografías bibliográficas, III.) [Año 16, No. 1/4,
 Enero - Diciembre, 1950 (p. 169). Texto firmado por: A. I.] 385
375. Manuel Pedro González. *Fuentes para el estudio de José Martí.*
Ensayo de bibliografía clasificada. La Habana, Publicaciones
 del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1950, 520
 págs. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 169-170).
 Texto firmado por: Andrés Iduarte] 386
376. José Bernardo Couto. *Diálogo sobre la historia de la pintura
 en México.* México, Fondo de Cultura Económica, 1947,

168 págs. (Biblioteca Americana. Serie de Literatura Moderna, Pensamiento y Acción.) [Año 16, No. 1/4, Enero – Diciembre, 1950, (p. 170). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 387

377. Ralph Roeder. *Juárez and his Mexico. A biographical history.* New York, The Viking Press, 1947, 2 vols. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (p. 183). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 387

1952

378. JOSÉ MARTÍ. PROSA. [Año 18, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1952, (pp. 71-83). Por Andrés Iduarte] 391
379. JOSÉ MARTÍ. 4. AMÉRICA, [Año 18, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1952, (pp. 83-113). Por Andrés Iduarte] 407
380. UNA NUEVA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA, [Año 18, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1952, (pp. 162-164). Andrés Iduarte] 447

1954

381. Alfonso Reyes. *Verdad y mentira.* Madrid, Aguilar, 1950, 440 págs. [Año 20, No. 1/2, Enero - Abril, 1954, (p. 85). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 453
382. Baltasar Dromundo. *Mi barrio de San Miguel.* México, Antigua Librería Robredo, 1951, 138 págs. [Año 20, No. 3, Jul., 1954, (pp. 235-236). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 453
383. José Moreno Villa. *Los autores como actores y otros intereses literarios de acá y de allá.* México, El Colegio de México, 1951, 282 págs. [Año 20, No. 3, Jul., 1954, (pp. 236-237). Texto firmado por: A. I.] 454

1956

384. Medardo Vitier. *Martí. Estudio integral.* Premio del Centenario. La Habana, Publicaciones de la Comisión Nacional Organizadora de los actos y ediciones del Centenario y del Monumento a Martí, 1954, 338 págs. [Año 22, No. 2, Abril, 1956, (pp. 158-159). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 459

385. Andrés Iduarte. *Veinte años con Rómulo Gallegos*. México, Ediciones Humanismo, 1954, 81 págs. [Año 22, No. 2 (Abril, 1956), p. 159. Texto firmado por: Gregory Rabassa.] 459
386. Fermín Peraza y Sarausa. *Bibliografía martiana. 1853-1953*. Edición del Centenario. La Habana, Comisión Nacional Organizadora de los actos y ediciones del Centenario y del Monumento de Martí, 1954, 692 págs. [Año 22, No. 2 (Abril, 1956), (pp. 164-165). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 460
387. Alfonso Reyes: *Vida y Obra*. I. EL HOMBRE Y SU MUNDO. (pp. 197-248), [Año 22, No. 3/4, Jul. - Oct., 1956. Andrés Iduarte.] 461
388. *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*. [Año 22, No. 3/4, Jul. - Oct., 1956. (pp. 311-312). Texto firmado por: Andrés Iduarte.] 498
389. Roberto Fernández Retamar. *La poesía contemporánea de Cuba (1927- 1953)*. La Habana, Orígenes, 1954, 132 págs. [Año 22, No. 3/4, Jul. - Oct., 1956, (p. 317). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 501
390. Baldomero Sanín Cano. *El humanismo y el progreso del hombre*. Buenos Aires, Losada, 1955, 266 págs. [Año 22, No. 3/4, Jul. - Oct., 1956, (p. 321). Texto firmado por: Andrés Iduarte.] 502
391. Eugenio María de Hostos. *España y América*. París, Ediciones literarias y artísticas, 1954, 630 págs. — *Peregrino del ideal*. París, Ediciones literarias y artísticas, 1954, 464 págs. [Año 22, No. 3/4, Jul. - Oct., 1956, (p. 322). Texto firmado por: Andrés Iduarte.] 502
392. *Diccionario de literatura española*. (Segunda edición). Madrid, Revista de Occidente, 1953, 928 págs. [Año 22, No. 3/4, Jul. - Oct., 1956, (p. 330). Texto firmado por: Andrés Iduarte.] 503

1957

393. José Zorrilla. *México y los mexicanos (1855-1957)*. México, Studium, 1955, 160 págs. (Colección Studium, 9). [Año 23, No. 1, Enero, 1957, (p. 60). Texto firmado por: A. I.] 507
394. Pedro Grases. *Temas de bibliografía y cultura venezolanas*. Buenos Aires, Editorial Nova, 1953, 228 págs. *La primera versión castellana de Atala*, Caracas, Cromotip, 1955, 44 págs. *La primera editorial inglesa para Hispanoamérica*. Caracas, Cromotip, 1955, 32 págs. *Tres empresas periodísticas de Andrés Bello*,

- Caracas, Cromotip, 1955, 68 págs. [Año 23, No. 1, Enero, 1957, (p. 60). Texto firmado por: A. I.] 507
395. *Textos de Orozco*. Con un estudio y un apéndice por Justino Fernández, México, Instituto de investigaciones estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1955, 160 págs. (Estudios y fuentes del arte en México, IV). [Año 23, No. 1, Enero, 1957, (p. 61). Texto firmado por: A. I.] 508
396. EL ENSAYO DE ALFONSO REYES. [Año 23, No. 2, Abril, 1957 (pp. 162-163). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 508
397. José Martí. *Sección constante*. Historia, letras, biografía, curiosidades y ciencia. Artículos aparecidos en *La Opinión Nacional* de Caracas desde el 4 de noviembre de 1881 al 15 de junio de Pedro Grases. Caracas, 1955, 451 págs. [Año 23, No. 2, Abril, 1957, (pp. 171-172). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 510
398. Francisco Sánchez Flores. *La vida y la muerte entre los tlajomulcas*. Guadalajara [Jalisco, México], Instituto Tecnológico de la Universidad de Guadalajara, 1956, 124 págs. (Biblioteca de autores jaliscienses modernos). [Año 23, No. 2, Abril, 1957, (pp. 177-178). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 510
399. LA ESPAÑA Y EL MUNDO DRAMÁTICOS DE SERRANO PONCELA [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (pp. 320-322). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 511
400. Félix Pita Rodríguez. *Tobías*. La Habana, Editorial Lex, 1955, 144 págs. [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (pp. 331-332). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 514
401. Alfonso Méndez Plancarte. *Cuestiúnculas gongorinas*. México, Ediciones De Andrea, 1955, 98 págs. (Colección Studium, 8.) [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (p. 335). Texto firmado por: A. I.] 515
402. *Repertorio bibliográfico de la literatura latinoamericana*, dirigido por Luis Alberto Sánchez. Santiago, Universidad de Chile, Fascículo IV del Tomo I, 1955, 126 págs. [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (pp. 335-336). Texto firmado por: A. I.] 516
403. Manuel Pedro González. I. *Iniciación de Rubén Darío en el culto a Martí*. II. *Resonancias de la prosa martiana en la de Darío*. Publicación de la Comisión Nacional Organizadora de los actos

- y ediciones del Centenario de José Martí. La Habana, Úcar García, S. A., 1953, 68 págs.-*José Martí, anticlerical irreductible*. México, Ediciones Humanismo, 1954, 80 págs. *Aspectos inexplorados en la obra de José Martí. Tirada aparte de Cursos y Conferencias*. Buenos Aires, 1955, 16 págs. [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (pp. 336-337). Texto firmado por: A. I.] 517
404. Roberto F. Giusti. *Ensayos*. Buenos Aires, Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino, 1955, 360 págs. [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (pp. 337-338). Texto firmado por: A. I.] 517
405. Roberto Esquenazi Mayo. *Ensayos y apuntes*. La Habana, Editorial Selecta, 1956, 208 págs. [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (p. 338). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 518
406. Robert G. Mead Jr. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, México, Ediciones De Andrea, 1956, 144 págs. (Manuales Studium; 3.) [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (pp. 339-340). Texto firmado por: A. I.] 519
407. *Toma de razón. 1810 a 1812. Registro de nombramiento y actos oficiales emanados de la Primera Junta Patriótica y de la Primera República de Venezuela*. Caracas, Casa natal del Libertador, Ministerio de Relaciones Interiores, Imprenta Nacional, 1955, 508 págs. [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (p. 341). Texto firmado por: A. I.] 520
408. "INSTITUTO HISPÁNICO. HOMENAJE A GABRIELA MISTRAL. (Celebrado el 8 de abril de 1957). *Palabras de Andrés Iduarte*." [Año 23, No. 3/4 (Jul. - Oct., 1957), pp. 388-390.] 520

1958

410. LAS OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES, [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (pp. 52-53). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 529
411. Frank Dauster. *Breve historia de la poesía mexicana*. México, Ediciones de Andrea, 1956, 200 págs. (Manuales Stadium, 4). [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (pp. 61-62). Texto firmado por: A. I.] 530
412. José Ramón Medina. *Examen de la poesía venezolana contemporánea*. Caracas, Ministerio de Educación, 1956, 56 págs. (Colección Letras Venezolanas, 4). [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (p. 62) Texto firmado por: A. I.] 531

413. Willis Knapp Jones. *Breve historia del teatro latinoamericano*. México, Ediciones De Andrea, 1956, 240 págs. (Manuales Studium, 5). [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (pp. 66-67). Texto firmado por: A. I.] 531
414. Luis Reyes de la Maz. *El teatro en 1857 y sus antecedentes (1855-1856)*. Prólogo de José Rojas Garcidueñas. México, Imprenta Universitaria, 1956, 438 págs. [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (p. 67). Texto firmado por: A. I.] 532
415. Francisco Monterde. *Díaz Mirón. El hombre. La obra*. México, Ediciones De Andrea, 1956, 110 págs. (Colección Studium, 14). [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (p. 68). Texto firmado por: André Iduarte] 532
416. *El Colegio Nacional a Alfonso Reyes* (Uno de sus miembros fundadores) en su cincuentenario de escritor, [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (p. 73). Texto firmado por: A. I.] 533
417. Ramón Díaz Sánchez. *Evolución de la historiografía en Venezuela*. Caracas, Ministerio de Educación, 1956, 20 págs. (Colección Letras Venezolanas, 3). [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (pp. 74-75). Texto firmado por: A. I.] 534
418. Ángel Grisanti. *El archivo del Libertador*. Vol. I. Índice, Colección O'Leary. Vol. II: Índice, Colección de Documentos obtenidos en el Archivo Nacional y procedentes de otras fuentes. Caracas, Casa Natal del Libertador, Imprenta Nacional, 1956, 234 págs. y 108 págs. [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (p. 75). Texto firmado por: A. I.] 534
419. Carl Van Doren. *Benjamín Franklin*. Buenos Aires, Ediciones Antonio Zamora, 1956, 704 págs. [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (p. 77). Texto firmado por: A. I.] 534
420. Claudio Linati. *Trajes civiles, militares y religiosos de México. (1828)*. México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma, 1956, 68 págs. 48 textos y láminas de Linati. [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (pp. 77-78). Texto firmado por: A. I.] 535

1959

421. Carlos Fuentes. *La región más transparente*. México, Fondo de Cultura Económica, 1958, 464 págs. (Colección Letras

- Mexicanas núm. 38). [Año 25, No. 1/2, Enero - Abril, 1959, (pp. 110-111). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 539
422. *Teatro gauchesco primitivo*. Buenos Aires, Ediciones Losange, 1957, 128 págs. (Colección teatro argentino). [Año 25, No. 1/2, Enero - Abril, 1959, (p. 114). Texto firmado por: A. I.] 540
423. *La cultura y la literatura iberoamericanas*. Memoria del Séptimo Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Barkeley and Los Angeles, University of California Press, y México, Ediciones De Andrea, 1957, 240 págs. (Colección Studium Núm. 16.) [Año 25, No. 1/2, Enero - Abril, 1959, (p. 121). Texto firmado por: A. I.] 541
424. Alberto Ruz Lhuillier. *La civilización de los antiguos mayas*. Santiago de Cuba, Universidad de Oriente, Departamento de Extensión y Relaciones Culturales, 1957, 198 págs., 33 ilustraciones. [Año 25, No. 1/2, Enero - Abril, 1959, (p. 122). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 542

1960

425. Miguel Ángel Calcagno. *El pensamiento de González Prada*. Montevideo, Universidad de la República, 1958, 40 págs. [Año 26, No. 3/4, Jul. - Oct., 1960, (pp. 169-170). Texto firmado por: A. I.] 547

1961

426. Juan Larrea. *César Vallejo o HispanoAmérica en la cruz de su razón*. Córdoba, Argentina, Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, 1958, 284 págs. — Xavier Abril. *Vallejo*. Buenos Aires, Front, 1958, 264 págs. (Colección Ensayos, núm. 1: Poetas de hoy y de siempre). —Saúl Yurkievich. *Valoración de Vallejo*. Buenos Aires, Universidad Nacional del Nordeste, Escuela de Humanidades, 1958, 76 págs. [Año 27, No. 1, Enero, 1961, (pp. 45-46). Texto firmado por: A. I.] 551
427. Luis Córdova. *Lupe Lope y otros cuentos*. México, de Andrea, 1959, 70 págs. (Colección Los Presentes, 72.) [Año 27, No. 1, Enero, 1961, (pp. 49-50). Texto firmado por: A. I.] 552

428. Octavio Paz. *El laberinto de la soledad*. Segunda edición revisada y aumentada. México, Fondo de Cultura Económica, 1959, 196 págs. (Colección Vida y pensamiento de México.) [Año 27, No. 1, Enero, 1961, (pp. 53-54). Texto firmado por: A. I.] 553
429. *Cartas del Libertador*. Tomo XII (1803-1830) Compilación y notas de Manuel Pérez Vila. Caracas, Fundación John Boulton, 1959, 470 págs. [Año 27, No. 2, Abril, 1961, (p. 173). Texto firmado por: A. I.] 553
430. Ángel Bassols Batalla. *Mi teniente Ambrosio y otros relatos*. México, De Andrea, 1960, 80 págs. (Los Presentes, 78). [Año 27, No. 3/4, Jul. - Oct., 1961, (p. 355). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 554
431. Frederik S. Stimson. *Orígenes del hispanismo norteamericano*. México, De Andrea, 1961, 136 págs., (Colección Studium, 29). [Año 27, No. 3/4, Jul. - Oct., 1961, (p. 361). Texto firmado por: A. I.] 554
432. Fernando Alegría. *Breve historia de la novela hispanoamericana*. México, De Andrea, 1959, 280 págs. (Manuales Studium, 10.) [Año 27, No. 3/4, Jul. - Oct., 1961, (p. 364). Texto firmado por: Andrés Iduarte] 555
433. *Los toros en la literatura contemporánea*. Madrid, Taurus, 1959, 312 págs. [Año 27, No. 3/4, Jul. - Oct., 1961, (p. 365). Texto firmado por: A. I.] 555
434. Daniel Moreno. *Figuras de la Revolución Mexicana*. México, De Andrea, 1960, 112 págs. (Biblioteca Mínima Mexicana, 33.) [Año 27, No. 3/4, Jul. - Oct., 1961, (p. 370). Texto firmado por: A. I.] 556

1963

435. Arturo Usler Pietri. *La ciudad de nadie*. Buenos Aires, Losada, 1960, 172 págs. [Año 29, No. 1, Enero, 1963, (p. 76). Texto firmado por: A. I.] 559
436. *Algunos aspectos de la cultura literaria de Mayo*. Buenos Aires, Universidad Nacional de la Plata, 1961, 312 págs. [Año 29, No. 1, Enero, 1963, (p. 79). Texto firmado por: A. I.] 559
437. Carlos B. Quiroga. *Sarmiento (hacia la reconstrucción del espíritu argentino)*. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1961, 292 págs. [Año 29, No. 1, Enero, 1963, (p. 79). Texto firmado por: A. I.] 559

438. *Antología crítica de José Martí*. Recopilación, introducción y notas de Manuel Pedro González. México, Publicaciones de la Editorial Cultura, 1960, 546 págs. *José Martí, esquema ideológico*. Selección, prefacio, glosas y notas por Manuel Pedro González e Iván A. Schulman. México, Publicaciones de la Editorial Cultura, 1961, 556 págs. [Año 29, No. 1, Enero, 1963, (pp. 79-80). Texto firmado por: A. I.] 560

439. Juan Liscano. *Rómulo Gallegos y su tiempo*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961, 269 págs. (Biblioteca de Cultura Universitaria, No. 5). [Año 29, No. 1, Enero, 1963, (p. 81). Texto firmado por: A. I.] 561

1964

440. Demetrio Aguilera Malta. *La caballeresa del sol. El gran amor de Bolívar. Novela histórica. Episodios americanos I*. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1964, 416 págs. [Año 30, No. 3/4, Jul. - Oct., 1964, (p. 309). Texto firmado por: A. I.] 565

441. Julio César Chaves. *Unamuno y América*. Edición de homenaje del Instituto de Cultura Hispánica a Don Miguel de Unamuno en el primer centenario de su nacimiento. Prólogo de Joaquín Ruíz-Giménez. Madrid, Talleres sucesores de Rivadeneyra, 1964, 572 págs. [Año 30, No. 3/4, Jul. - Oct., 1964, (p. 315). Texto firmado por: A. I.] 565

442. Emilio Bobadilla (Fray Candil). *Selección de poemas*. La Habana, Universidad de La Habana, 1962, Vol. I, 330 págs.; Crítica y sátira. 1964, Vol. II, 372 págs. (Biblioteca de Autores Cubanos.) [Año 30, No. 3/4, Jul. - Oct., 1964, (p. 316). Texto firmado por: A. I.] 566

1965

443. CON RÓMULO GALLEGOS EN ESPAÑA. [Año 31, No. 1/4, Enero - Octubre, 1965, Homenaje a Ángel del Río, (pp. 230-235). Andrés Iduarte] 569

1968

444. DON FEDERICO DE ONÍS EN VIDA Y EN MUERTE. [Año 34, No. 1/2, Enero - Abril, 1968, Homenaje a Federico de Onís (1885-1966) Volumen I, (pp. 20-24). Andrés Iduarte] 579

Introducción

1. Explicación del proyecto de investigación

El proyecto de investigación postdoctoral “Cultural commitment and knowledge-for-living in Andrés Iduarte’s literature: a study from the life sciences” ha sido cofinanciado por la alianza de universidades CIVIS a través del programa *Horizon 2020* y de las acciones *Marie Skłodowska Curie* de la Comisión Europea con el número de acuerdo 101034324. Como su propio título afirma, el proyecto consiste en dar luz sobre el compromiso cultural y saber para vivir en la literatura del escritor mexicano Andrés Iduarte Foucher (1907-1984), siendo un estudio desde el marco teórico de las ciencias de la vida. Esto implica abordar la literatura, en este caso la literatura hispanoamericana, como un saber que trasciende la esfera teórica o estética, profundizando así en un conocimiento para saber vivir, dando lugar a un conocimiento que nos permita sobrevivir y finalmente que nos pueda ayudar a vivir juntos, es decir, un saber de convivencia.

Así se ha entendido la teoría del filólogo alemán Ottmar Ette, quien desde su trabajo como teórico y como estudioso de la literatura de América Latina, ha conectado con claridad el problema de la identidad social y cultural con la creación artística. En la misma órbita del escritor cubano José Martí y del uruguayo José Enrique Rodó, la teoría propuesta por Ette sobre la “filología como ciencia de la vida” ha sido central para profundizar en la obra ensayística de Andrés Iduarte; quien a su vez se reconocía seguidor de las propuestas hispanoamericanistas de Martí y de Rodó. La idea fundamental es reconocer en el mismo justo y alto valor la literatura y la cultura de América Latina y la de España, trascendiendo así las esferas de conflicto debido a la

conquista de América por parte de la monarquía española y el establecimiento de un sistema virreinal que privilegiaba el bienestar de la metrópoli como sede fija de la casa real. En suma, es un hispanoamericanismo moderno, de corte democrático, que intenta establecer un diálogo conciliador entre los ciudadanos españoles e hispanoamericanos, partiendo de un punto de vista literario, pero con una fuerte impronta reflexiva e histórica.

Es un hispanoamericanismo que sigue también la línea del escritor mexicano José Vasconcelos, quien en la década de 1920, terminada la Revolución Mexicana, llevó a cabo un gran impulso de la educación en México; no solo atendiendo el analfabetismo en el ámbito rural y urbano, sino que al mismo tiempo promovió en todo el continente americano varias campañas de unidad cultural y literaria para aspirar a una unidad social, basada en el conocimiento de la lengua española en ambos hemisferios. Iduarte, a diferencia de su maestro, apoyó solamente una sección de España como interlocutora con Hispanoamérica: la parte republicana y democrática, dejando a un lado el sector conservador o monárquico. A su vez, él agregó su propio cariz al hispanoamericanismo, inclinándose por las clases obreras, tanto en México como en España, como los propios braceros mexicanos en los Estados Unidos. Además, agregó el elemento indigenista como un eje crucial para la democracia.

Para desarrollar este proyecto, la alianza CIVIS ha provisto una estructura de triple supervisión, que incluye un carácter internacional, con un elemento interdisciplinario e intersectorial. Como tutor principal del proyecto, se encuentra el Profesor Stefano Tedeschi de la Università "La Sapienza" di Roma, quien es un experto en literatura hispanoamericana estudiada a través de la interculturalidad y la justicia social. Como cotutor académico, tenemos al Profesor Nathaniel Eli Gardner de la University of Glasgow, quien ha sido reconocido como "mexicanista por la Universidad de California" y que trabaja la literatura no ficcional de América Latina en relación con la cultura visual. Finalmente, se debe agradecer a la Profesora Beatriz Gutiérrez Mueller, esposa del Presidente de México e investigadora del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélaz Pliego" de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, quien nos ha permitido el acceso a una importante documentación alojada en diversos archivos de México que han sido claves para profundizar en el proyecto cultural de Andrés Iduarte.

2. Semblanza de Andrés Iduarte

Andrés Iduarte Foucher nació en San Juan Bautista, hoy Villahermosa, capital del estado mexicano de Tabasco el 1 de mayo de 1907. Como él mismo cuenta en su novela autobiográfica *Un niño en la revolución mexicana*, su infancia transcurrió entre Tabasco y Campeche durante los acontecimientos bélicos que movilizaron a todo el país tras el derrocamiento del dictador Porfirio Díaz Mori. Su familia se estableció en la Ciudad de México, donde fue estudiante de la prestigiosa Escuela Nacional Preparatoria, ubicada en el Antiguo Colegio de San Ildefonso. Allí se benefició de toda la renovación cultural que supuso la posrevolución, aprendiendo directamente de varios integrantes del Ateneo de la Juventud Mexicana, como el propio José Vasconcelos y el filósofo Antonio Caso.

A la postre, él mismo se volvió profesor en San Ildefonso, donde tuvo entre sus alumnos a un joven Octavio Paz, del que ya hablaba con el maestro Don Pedro de Alba que sería una personalidad importante en la cultura del país. Iduarte terminó los estudios de Derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y partió de 1928 a 1930 a París, donde llegó a seguir unos cursos de literatura en la famosa Universidad de La Sorbona. Tal vez más que esta parte institucional, su experiencia en la ciudad luz fue crucial para asentar plenamente su hispanoamericanismo, al formar parte de las federaciones y grupos de estudiantes y escritores provenientes de varios países de Latinoamérica. Ellos se plantearon de forma unida, haciendo eco del arielismo rodoniano, una nueva lucha contra el imperialismo norteamericano -como el caso del argentino Manuel Ugarte- y una afirmación de las potencialidades de América Latina frente a una Europa que acababa de sobrevivir a los estragos de la Primera Guerra Mundial.

Fue en París, paradójicamente, donde conoció al reconocido poeta también tabasqueño Carlos Pellicer, así como a figuras que serían clave en la literatura hispanoamericana como Miguel Ángel Asturias y Gabriela Mistral. A la primera escritora latinoamericana galardonada con el Premio Nobel de Literatura la conoció precisamente a través de Carlos Pellicer. Ella lo hospedó durante cuatro meses en su casa de verano en Bédarrides en la Provenza francesa, la cual se convirtió un centro de diálogos que continuaron alimentando su hispanoamericanismo, ya sea con la propia escritora chilena que había estado en México en las misiones culturales organizadas por Vasconcelos, o también con el

escritor ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, de cuyas obras de madurez Iduarte sería un gran lector.

El escritor tabasqueño volvió a México por un lapso breve de dos años, de 1930 y 1932, tiempo en el que fue director de la *Revista de la Universidad* y después regresó a Europa, esta vez a Madrid con una doble función: estudiar la Licenciatura en Derecho en la Universidad de Madrid y enviar notas periodísticas a México de los avances de la Segunda República Española que se constituyó en 1931. En esta época, estuvo más conectado con el filósofo Vicente Lombardo Toledano -líder de la Confederación de Trabajadores Mexicanos y director de la Universidad Obrera de México- que con José Vasconcelos, quien se desconectó de su proyecto hispanoamericanista tras perder las elecciones presidenciales en México y sufrir profundamente por el suicidio de su amada Antonieta Rivas Mercado en la catedral de Notre Dame de París. Iduarte envió diversas colaboraciones sobre la República y eventualmente de la Guerra Civil Española a la revista *Futuro*, que era uno de los órganos principales de carácter socialista que Toledano dirigía, así como al diario *El Popular*.

La experiencia en Madrid sería fundamental para tejer lazos de amistad y diálogo de reciprocidad y justicia social entre España y América Latina. Iduarte estuvo en la península desde 1932 hasta 1938 y en este periodo consiguió la Licenciatura en Derecho, terminó los estudios del Doctorado y la tesis, pero no pudo presentarla debido a la Guerra Civil. Conoció a los principales miembros de la Generación de 1927, particularmente a Federico García Lorca y a Rafael Alberti y también llegó a tener un diálogo breve con Miguel de Unamuno sobre las diferencias entre españoles e hispanoamericanos. Llegó a ser el Secretario de la Sección Iberoamericana del Ateneo de Madrid y viajó por toda la península. No solo frecuentó los círculos intelectuales, sino que conservó la sensibilidad social que había desarrollado en su infancia tras ser testigo del movimiento revolucionario en Tabasco y en Campeche; así es que visitaba y dialogaba con los ganaderos y pescadores en Galicia, tal como lo había hecho en el puerto de Marsella en su paso por Francia.

Su compromiso con la República Española fue total, participando en varias gestiones para ayudar a salir a los refugiados a Francia. Solicitó el permiso al gobierno mexicano para que lo enviaran a apoyar al consulado en Valencia, el cual le denegaron, pero sí consiguió ir a Málaga, donde fue testigo del inicio de la marcha que daría lugar a “la desbandá”, la masacre de milicianos por parte de los sublevados en la

carretera de Almería. Estas vivencias las dejó escritas en un volumen compilado que intituló precisamente *En el fuego de España*. Además de no conseguir el título de Doctor, o mejor dicho, no haber podido aspirar a su defender su tesis, su participación en el lado republicano generó que la policía franquista emitiera una orden de detención en el caso de que Iduarte ingresara por cualquier vía a España. Por este motivo, solicitó para su esposa y para él la salida en los barcos que estaban organizando los republicanos y finalmente es así como llegó a Nueva York en 1938.

El motivo por el que no regresó directamente a México, además de que tenía un visado de 10 días, fue que tiempo atrás, antes de que saliera a Madrid, tuvo un duelo con un amigo y en el desarrollo del mismo, este salió gravemente herido y no consiguió recuperarse en el hospital. Su familia abrió un proceso legal contra Iduarte y lo mejor para él, en ese momento, a pesar del dolor que le causaba la pérdida involuntaria de su compañero, era salir del país. Nunca perdió el contacto con México y, de hecho, llegó a recibir alguna propuesta para ocupar un puesto diplomático en el extranjero, pero aquí entra ya la verdadera consolidación de su hispanoamericanismo: cuando esos diez días previstos en Estados Unidos se convirtieron en un periodo de 35 años, con una interrupción de un par de años.

Iduarte se estableció en Nueva York a través de unas amistades de su esposa, Graciela Frías, quienes lo hospedaron y lo ayudaron a entrar en la dinámica de la Gran Manzana. Después conoció al escultor y pintor cubano Julio Girona, con quien compartiría un apartamento, así como con el escritor oaxaqueño Andrés Henestrosa. Desde México, Lombardo Toledano le encomendó que siguiera las noticias de la comunidad española de Nueva York que había llegado refugiada de la Guerra Civil, para que continuara escribiendo artículos. Así lo hizo en el periódico republicano *La Voz*. En este ambiente, encontró el filósofo cubano Jorge Mañach, quien hasta el año de 1939 era profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Columbia, en el Instituto de “Las Españas” que dirigía el profesor y lingüista salmantino Federico de Onís.

Mañach volvió a Cuba en ese año e Iduarte se matriculó en el Doctorado en Filosofía y Letras bajo la dirección de Don Federico, graduándose en 1944 con una tesis sobre uno de sus pilares hispanoamericanistas de su juventud: *Martí, escritor*. Ya con el título de PhD, Iduarte ocupó la cátedra de literatura hispanoamericana en Columbia,

donde formó parte del prestigioso Instituto que dirigía Onís, con los profesores españoles Francisco García Lorca -hermano del escritor-, Ángel del Río, Emilio González López y Tomás Navarro Tomás, los estadounidenses James Shearer, Maír José Bernadete, Antonio Tudisco y Frank Tannenbaum -quien había colaborado con el presidente mexicano Lázaro Cárdenas en la reforma agraria que promovió de 1934 a 1940- y los hispanoamericanos Susana Redondo de Feldman, Arturo Torres-Rioseco, Eugenio Florit y Germán Arciniegas.

Era el departamento donde en 1933 había enseñado la propia Gabriela Mistral, quien ya le había hablado de Federico de Onís en Francia. Iduarte primero fue profesor de español en el Barnard College, un colegio femenino dependiente de la misma Universidad de Columbia, donde lo sustituyó el cubano Eugenio Florit; mientras que él se desplazaba a un despacho en el Philosophy Hall en el campus central de la universidad; donde dirigió varias tesis de licenciatura y doctorado sobre literatura hispanoamericana, la cual no había sido predominante ni muy prestigiosa en las universidades de los Estados Unidos antes de 1940. Sumado a esta labor que adquirió un carácter altruista, Iduarte continuó con su preocupación por la justicia social y colaboró con la Embajada de México dando asistencia a los braceros, sobre todo del sector agrícola y ferrocarrilero.

En 1952 fue nombrado Director del Instituto Nacional de Bellas Artes de México, exactamente el último año en la Presidencia del país de Miguel Alemán Valdés, quien había sido su compañero en sus tiempos estudiantiles en San Ildefonso y con quien mantuvo una gran amistad. En este periodo, entre sus gestiones destaca el haber hecho posible la primera muestra de arte mexicano en el Reino Unido: una exhibición realizada en la Tate Gallery de Londres en 1953, lo cual le valió el reconocimiento de la Reina Isabel II para nombrarlo Comendador del Imperio Británico -siendo el primer y único ciudadano mexicano hasta la fecha en recibir este grado-.

Sin embargo, lo que parecía una victoria personal donde finalmente podía desarrollar su carrera en México duró hasta 1954. En primer lugar, su nombramiento de Inglaterra debía ser aprobado por el Congreso en México, donde resurgió la polémica que lo había mantenido lejos del país por varios años sobre la muerte de su amigo en el duelo que tuvieron en su juventud. Sobre todo, su salida de México se precipitó porque en los funerales de Frida Kahlo, le habían solicitado su permiso para velarla en el Palacio de Bellas Artes. Él aceptó, pero un sector del

Partido Comunista colocó la bandera de la hoz y del martillo sobre el féretro, lo que escandalizó a un sector de la población, incluyendo al nuevo Presidente de México, Adolfo Ruiz Cortines, quien no era su amigo a diferencia de Miguel Alemán o Adolfo López Mateos, por lo que al día siguiente fue cesado.

Consiguió reincorporarse a la Universidad de Columbia, donde completó su carrera docente hasta su jubilación y ser nombrado Profesor Emérito en 1975. En este periodo fue nombrado Presidente del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, de 1957 a 1960, donde ya había participado anteriormente en los primeros Congresos de Catedráticos de Literatura Iberoamericana. También colaboró con el órgano del Instituto, la *Revista Iberoamericana*. Después de ser homenajeado por los colegas de su Departamento -la Casa Hispánica, como le llamaban al Instituto que había fundado Onís había sido clausurada años atrás-, decidió volver a México para poder atender los problemas de salud que agobiaban a su esposa. Falleció en la Ciudad de México el 15 de abril de 1976 y, tal como lo había pedido, sus cenizas fueron depositadas entre el Río Hudson de Nueva York y el Río Grijalva en Tabasco.

3. Origen de su colaboración con la Revista Hispánica Moderna

Dentro de la eminente producción escrita de Andrés Iduarte, que consiste en su mayor parte en ensayos que posteriormente recopiló en libros, se encuentra un gran número de reseñas de libros; lo que señala también su gran vocación como lector. En la todavía vigente y muy apreciada *Hemerografía* que va de 1921 a 1963 recopilada por el profesor Carlos J. Sierra, el mismo compilador advierte en la última página que no le fue posible sumar “toda la parte bibliográfica que ha escrito para la “Revista Hispánica Moderna”, de Nueva York, de 1939 a la fecha [1965], y en donde se registran su comentarios, observaciones y críticas a libros y revistas latinoamericanas en su mayoría”¹ a las 424 entradas que llegó a sumar.

Gracias al proyecto previamente descrito, se considera que esa recopilación era más que necesaria para aportar al hispanoamericanismo de Andrés Iduarte; entendiéndolo como un enorme proyecto de com-

¹ Carlos J. Sierra. *Andrés Iduarte. Hemerografía (1921-1963)*. México, Sobretiro del Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, N. 318, 1 de mayo de 1965, p. 41.

promiso cultural y al mismo tiempo como un saber de supervivencia desde su trabajo neoyorkino. Si Carlos J. Sierra enlistó 424 textos, hemos podido sumar otras 443 entradas que van de 1939 a 1968 en la *Revista Hispánica Moderna* de Nueva York. Es verdad que varias de ellas consisten en un solo párrafo dedicado a un libro de al menos cien páginas; pero también hay varios artículos largos o incluso algunas reseñas con una extensión importante. Lo cierto es que, desde su génesis, esta producción masiva de textos era un ritual más del Instituto de Las Españas que dirigía Federico de Onís. Gregory Rabassa, discípulo cubanoamericano de Iduarte en Columbia y quien fuera uno de los principales traductores de la literatura del *boom* al inglés, dejó su testimonio de este proceso:

También había los miércoles por la noche con las sesiones de reseñas para la *Revista Hispánica Moderna* hasta las muy altas horas en el cuarto piso de la Casa. Los fieles eran Emilio González López, Andrés Iduarte y yo con la participación de clero visitante de vez en cuando, escribiendo sobre toda clase de libro en las muy rubendarianas libretas de la Casa Hispánica donde el color azul dominaba en el papeleo. A eso de las nueve y media se oía el crujir de la escalera anunciando la llegada de don Federico después de su clase. Me acuerdo también que durante aquella licencia del jefe el sistema funcionaba perfectamente. Cada miércoles llegábamos para hacer reseñas, porque Andrés, con una visión muy orwelliana, decía que “El viejo nos está mirando, de donde quiera que esté en Hispanoamérica. Su espíritu habita esta Casa”².

Este trabajo como reseñista comenzó al mismo tiempo en el que se incorporó a la Universidad de Columbia como estudiante de doctorado y como profesor de español en el Barnard College, en 1939. Jorge Mañach lo invitó a dar una conferencia en el Instituto de las Españas y en su encuentro con Don Federico de Onís, quien lo introduciría a la *Revista Hispánica Moderna*, que había fundado en 1934. Cuando Iduarte llegó a Nueva York, ya habían publicado 16 números. Contenían artí-

² Gregory Rabassa, “¡Ay, Tabasco, no te rajes!: una memoria” en Roland Grass (ed.) *Andrés Iduarte: Un Homenaje al Escritor y Maestro Ofrecido por Amigos y Discípulos* [*Andrés Iduarte: A Tribute to the Writer and Teacher Offered by Friends and Disciples*]. Western Illinois University, Macomb, Illinois, 1975, (pp. 59-66), pp. 62-63. En estas veladas participaba también el escritor chihuahuense Alberto Rembao. Andrés Iduarte, *Diez estampas mexicanas*. México. Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1971, p. 79; así como Ángel del Río, Eugenio Florit y Susana Redondo. Andrés Iduarte, *Semblanzas*. México, Joaquín Mortiz, 1981, p. 248.

culos y reseñas dedicadas a la cultura española e hispanoamericana, con una gran cantidad de libros y material a disposición. El propio Iduarte describió su incorporación a esta labor:

La noche de mi conferencia me invitó don Federico a visitar frecuentemente el Instituto, a utilizar su biblioteca particular y colaborar con artículos y reseñas de libros en su prestigiosa *Revista Hispánica Moderna*. Acepté con entusiasmo porque su invitación me permitió disponer de buenas obras de consulta y acompañarme, en mis apartamentos de Greenwich Village y luego en mi apartada casa de Staten Island, de muy buenos libros españoles e hispanoamericanos. En septiembre de 1939, al abrirse el nuevo curso, don Federico de Onís me llamó para que sustituyera yo a Jorge Mañach, que en mayo había retornado a Cuba, en la sección hispanoamericana del Instituto, y para que trabajara en su *Revista Hispánica Moderna* como secretario de redacción³.

Para escribir las reseñas, que el mismo Iduarte dijo que eran innumerables, ya fueran buenas o malas, hay que reconocer la centralidad metropolitana en la que Nueva York se convirtió hacia 1939, en este caso a nivel universitario y bibliográfico. El sistema bibliotecario estadounidense consiguió desde entonces una estructura académica y económicamente envidiable, con una capacidad que hasta la fecha les ha permitido conseguir las novedades bibliográficas de un modo simultáneo al de su publicación:

El fervor era igual que en los capítulos juveniles, y lo enriquecían el marco de una ciudad cosmopolita, la cercanía de Hispanoamérica, la biblioteca de la Universidad y la Pública de Nueva York. Allí nos encontramos, en sus anaqueles, con los libros de nuestra juventud y, cuando no, el canje nos los traía de los más distantes lugares, así como otros muchos que sólo de nombre conocíamos.⁴

Iduarte no era el único que escribió una cantidad ingente de reseñas, pues fue una tarea donde destacaron también Eugenio Florit, Ángel del Río y Emiliano González López. No solo le correspondían las reseñas de temática hispanoamericana, sino también de historia de España e incluso alguna sobre historia de los Estados Unidos. En este

³ Andrés Iduarte, *Hispanismo e hispanoamericanismo*, México, Joaquín Mortiz, 1981, pp. 33-34.

⁴ Andrés Iduarte, en AA.VV. *Conocimiento y desconocimiento de América*, Washington, Unión Panamericana, 1958, p. 120.

caso solo nos hemos focalizado en sus reseñas, semblanzas y artículos, pero sabemos que además participó en una sección dedicada a resumir las conferencias de escritores y profesores invitados que pasaban por el Instituto Hispánico de Columbia. No se han incluido, sobre todo, porque como él mismo escribió, las crónicas escritas por él y por Onís no tenían firma⁵, pero dejamos el apunte de su carácter trimestral para futuras ocasiones. La única de ellas que hemos agregado es el homenaje a Gabriela Mistral tras su fallecimiento, debido al carácter importante que le confirió a su labor como escritora y como hispanoamericanista.

4. El hispanoamericanismo como difusión de la cultura

En este volumen se presenta un total de 443 textos. 441 provienen de la autoría de Iduarte, mientras que los otros dos son reseñas hechas sobre dos obras suyas: la primera fue escrita por Eugenio Florit sobre la primera edición de su *Martí, escritor*; mientras que la segunda estuvo a cargo de Gregory Rabassa de su libro *Veinte años con Rómulo Gallegos*. De los 441 escritos de Iduarte, 431 son reseñas de libros, uno más es la transcripción de sus palabras en el Homenaje a Gabriela Mistral en 1957 y los otros 9 son semblanzas en forma de artículos dedicadas a personajes destacados en su vida, como Alfonso Reyes, Federico de Onís y Rómulo Gallegos. También dedicó un texto breve a la afrocubana Eusebia Cosme y al escritor y diplomático y mexicano José Rubén Romero. Los ensayos más largos, que trascienden la semblanza biográfica y llegan a ser ensayos literarios están dedicados a José Martí y a Eugenio María de Hostos. Aunque el texto sobre Reyes es también extenso, se ha optado por dejar solamente la parte de su autoría, sin agregar el ensayo complementario de Eugenio Florit.

Como título de presentación a estos textos se ha elegido la frase “En el alma de nuestro pueblo”, con la cual Iduarte concluye su reseña a la segunda edición de *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz; indicando que esta obra -para él- consiguió resistir los nueve años que distan de su primera edición (1950) y, releyéndolos, permiten a los lectores mexicanos hacer una reflexión profunda en la búsqueda que han emprendido, no navegando, sino “buceando” en “el alma de nuestro pueblo”. Tanto la segunda como la primera reseña es positiva, aunque

⁵ Andrés Iduarte, *Familia y Patria*, México, Secretaría de Comunicaciones y Transportes, 1975, p. 190.

en la primera el tabasqueño no dejó de señalar al final del texto que él no compartía todos los puntos tratados por el autor que creció en el barrio de Mixcoac en la ciudad de México. Era muy consciente del perfil interpretativo que estaba de moda en los estudios humanísticos en México, a partir de la corriente que estudiaba precisamente la “psicología del mexicano” a partir de la introducción del marco teórico de Adler sobre el inconsciente colectivo y la aplicación que varios intelectuales hicieron de México sobre el “síndrome de inferioridad del mexicano”.

Iduarte no utilizó como tal las categorías literarias comunes para encasillar a las obras literarias o a sus autores. Es más, tampoco hizo una división tajante entre literatura, historia, filosofía o psicología, como en este caso. Por el contrario, parece que se anticipa a la interdisciplinariedad de los actuales “estudios hispánicos”, extrayendo los núcleos principales de cada obra para abonar a su propia búsqueda sobre el hispanoamericanismo y la identidad de la cultura en lengua española. No había una consistencia en la división de los textos entre sus colegas, sino que debían reseñar en muchas ocasiones varios libros para un solo número de la revista o, incluso, para una sola entrada. Es así como a veces aglutinaba una colección de libros en un solo texto, o bien, presentaba varias reseñas pequeñas de temática dispar, y a veces sin mucha relación, una detrás de otra. El objetivo era claro: dar la más completa difusión de las novedades bibliográficas de todo el mundo hispano, incluyendo los trabajos académicos que se comenzaban a realizar en los Estados Unidos, varios de ellos dirigidos por él mismo.

Colección de poesías, de ensayos, de crónicas, novelas, estudios literarios, estudios históricos o antropológicos: todos estos géneros encontraban acogida en las páginas de la *Revista Hispánica Moderna* desde la óptica de Andrés Iduarte, cuyo conocimiento no se reducía al ámbito literario, sino que da cuenta de todo su acervo cultural acuñado en sus diferentes viajes y estancias europeas y con el conocimiento directo de varios de los autores sobre los que escribía. A algunos los había conocido en San Ildefonso, como el autor de una de las novelas de la revolución mexicana más conocidas en la literatura hispanoamericana *Los de abajo*, de Mariano Azuela; que no la reseñó él, sino Luis Imbert en el número del año 6, n. 2, de abril de 1940, p. 122 firmado solo con sus iniciales L.I. Esta obra de Azuela, no obstante, sirvió a Iduarte como referencia para introducir a los lectores a obras menos conocidas, pero seguramente de igual importancia,

como *San Gabriel de Valdivias*, *Nueva burguesía*, *El padre Agustín Rivera* o *La mujer domada*.

Esa fue exactamente una de las virtudes de Iduarte que tuvo en su carrera anfibia como académico y escritor: el poder narrar la historia y explicar la literatura hispanoamericana a partir de sus propias vivencias acumuladas. En la Universidad de Columbia, por ejemplo, cuando le tocaba explicar la novela de la revolución mexicana, además de Azuela, podía hablar tranquilamente sobre Martín Luis Guzmán y cómo concibió su obra *El águila y la serpiente*. O el caso ya mencionado de Octavio Paz, a quien le tocó dar clases en la Escuela Nacional Preparatoria, a él y al grupo literario que fundó la revista *Barandales* y luego pudo explicar sus obras en clase o reseñarlas en la *Revista Hispánica Moderna*.

Siguiendo con la literatura mexicana, además de Octavio Paz y la novela de la revolución, hay que destacar la reseña que hizo de *La región más transparente*, de Carlos Fuentes, presentándola al público como una obra tan versátil y útil para todos los estudiosos de las humanidades, y al mismo tiempo, dando cuenta del autor como uno de los mejores escritores -jóvenes en 1959-, llegando incluso a defenderlo de ciertas críticas por reflejar de forma muy directa la cruda realidad mexicana. Por otra parte, dio a conocer a otros escritores que, sin embargo, han pasado desapercibidos por la crítica, como el joven veracruzano César Garizurieta, de quien presentó tres de sus novelas.

A nivel hispanoamericano, se debe resaltar la aguda crítica filológica de Iduarte, para abordar grandes obras como lo es *El señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias de 1946, en su reedición en la editorial Losada en 1948. Iduarte la coloca como una novela fundadora, que ha resistido a la crítica y que madura la producción literaria del Premio Nobel guatemalteco. Al mismo tiempo, se puede notar su lectura del ecuatoriano Jorge Icaza, de quien opina que su novela *Cholos* es más determinante y ejemplar de la identidad latinoamericana que su novela indigenista más famosa: *Huasipungo*. Sobre otro Premio Nobel, Pablo Neruda, por su parte, quiso destacar su conexión, tal vez menos percibida por la crítica del momento, entre poesía y política. A nivel ensayístico, no se puede dejar de mencionar la difusión que le permitió al escritor colombiano Germán Arciniegas, quien llegaría a compartir con él las aulas de la Universidad de Columbia en Nueva York como profesor de literatura hispanoamericana.

No es distinto su espíritu conciliador y de primera mano con las obras que comentó de algunos refugiados españoles, como fue el caso de José

Moreno Villa y de Juan Rejano, a quien conoció en Málaga en la calle Larios cuando acababa de estallar la Guerra Civil en 1936; apreciando la interculturalidad que desarrollaron entre España y México. También pudo hablar de los *Españoles de tres mundos* de Juan Ramón Jiménez y de Fernando de los Ríos y su antología dedicada a *El pensamiento vivo de Giner de los Ríos*, hablando de ideales y del humanismo que esa generación heredó del liberalismo republicano español. Este es el espíritu que conjuga con su visión revolucionaria de México y de Hispanoamérica y que reluce en el tono crítico de cada uno de sus textos.

5. Criterios de presentación de los textos

Los 441 textos escritos por Andrés Iduarte, sumados a las dos reseñas sobre sus obras, son presentados respetando estrictamente el orden de aparición a lo largo de los treinta años incluidos de la *Revista Hispánica Moderna*. Las reseñas, como era el formato de la revista, no tenían otro título más que la referencia bibliográfica de los libros presentados; así que se ha respetado el formato de citación original.

Para el rescate de los textos y la ordenación de estos, se realizó la búsqueda pormenorizada en los ejemplares de la *Revista Hispánica Moderna*; pero como también sucede con otros autores que eran compañeros de Iduarte en el Instituto Hispánico, en muchas ocasiones no firmaban los textos con su nombre completo y apellidos, sino que dejaban simplemente sus iniciales. Se ha señalado cuándo nuestro autor ha firmado como Andrés Iduarte o como A. I., o también cuando hubo alguna errata y modificaron su apellido como Ituarte.

En este sentido, se ha seguido el orden cronológico de aparición de los textos, más allá de la forma en la que venían firmados. La comprobación empírica fundamental que nos permitió asegurar que A.I. se tratara de él, además de ser el único, fue que firmó como “Andrés Iduarte” su reseña a la primera edición de *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, mientras que la reseña a la segunda edición la firmó “A.I.” y en la primera línea del texto advierte que “Nueve años después de la primera edición reaparece esta obra, cuya trascendencia señalamos entonces en estas mismas páginas”. De este modo, fue posible reorganizar todo el corpus de textos.

Al tratarse de textos que fueron escritos entre 1939 y 1968, se encuentran los monosílabos acentuados, que con las reglas actuales de la Real Academia Española deberían suprimirse. Sin embargo, se ha optado por mantenerlos de manera consciente para mostrar el lengua-

je original del mundo de Iduarte y notar así una diferencia que con los años no será recordada en la evolución del español, a menos que precisamente se señale como en este caso. Con el mismo espíritu de mantener lo más intacto posible el texto original, se dejaron los guiones largos o “rayas” y las comillas españolas que utilizaban en la edición de la Revista Hispánica Moderna.

También se mantuvieron las cursivas utilizadas por el autor, así como las notas a pie de página que aparecen sobre todo en sus ensayos largos. Cuando se ha considerado necesario efectuar algún apunte, se ha procedido también a usar las notas a pie de página, distinguiendo que se trataba de una nota del autor de esta recopilación e introducción y no del propio Iduarte. Para evitar dudas posteriores, se ha identificado con su nombre entre corchetes cada nota al pie presente en los textos originales del escritor tabasqueño.

Cuando se ha detectado que algún texto fue publicado por Iduarte en otra revista, periódico o libro, se ha procurado señalar su referencia completa como nota al pie de página. Normalmente, las imágenes que aparecen en sus textos en la Revista Hispánica Moderna, no se suelen incluir en las reediciones de los mismos; pero aquí se ha optado por mantener esa parte gráfica como testimonio y trabajo del propio Iduarte o de su equipo de edición -cuando no era él el secretario de la revista-.

Finalmente, pero no siendo lo menos importante, se debe ofrecer un agradecimiento sincero a la *Revista Hispánica Moderna* y dirigida actualmente por la Profesora Elvira Blanco, a su antiguo director Hernán Díaz, quien amablemente revisó los archivos de la Revista para buscar si había algún contrato firmado entre la Universidad de Columbia e Iduarte, en el caso de existiera alguna cláusula que impidiera extraer los textos para realizar esta recopilación. Confiamos en que las reflexiones de Iduarte permitan retomar su proyecto hispanoamericanista, en la lucha por los valores que la propia alianza CIVIS 3I defiende hoy, sobre los valores éticos de la investigación y de la actividad científica, que incluye -y ojalá siga así- a los estudios literarios y humanísticos.

1939

1. "Eusebia Cosme"¹. [Año 5, No. 1 (Enero, 1939), pp. 85-86.

Texto firmado por: Andrés Ituarte]



Eusebia Cosme

Si en ocasiones la recitación ha sido elevada al rango de un verdadero arte, el caso de Eusebia Cosme tiene que señalarse en primerísimo término. En muy pocos casos la recitación ha alcanzado como en esta joven cubana el rango de perfecta interpretación de la poesía y aun de superación de la obra de los mismos poetas.

Como toda obra interpretativa, la recitación es arte difícil y peligroso. El traductor, según el juego de las dos palabras italianas está siempre en peligro de convertirse en un traidor del pensamiento traducido. El actor y la recitadora aun más: pueden ser, y son a menudo, los falseadores de la poesía y del teatro. Cuando la frivolidad y la ignorancia entran a saco en la obra de la sensibilidad y del talento, hay derecho a temblar. No pocas obras han tenido la desgracia de ser despedazadas por el mal intérprete. La sensación que a menudo producen al espectador inteligente la recitadora o el actor malos, es exactamente la misma

¹ [Nota del editor]. Este texto fue publicado posteriormente en el libro Andrés Iduarte. *Semblanzas*. México, Joaquín Mortiz, 1984, pp. 273-274.

de pánico y angustia que les produciría ver un toro en una tienda de jarrones chicos, según nos sugiere la gráfica expresión inglesa.

Por estos caminos difíciles de la interpretación de la obra ajena ha andado en los últimos años Eusebia Cosme, en ascenso y sin tropiezo. Y no sólo ha entendido la poesía doliente y honda, sensual y vibrante de Nicolás Guillén, de Emilio Ballagas, de Palés Matos, de Andrés Bello y algunos más, sino ha dado calor y una fuerza inesperada a la de otros muchos que estaban en segunda fila, oscurecidos y apagados, y aun ha logrado hacer pequeñas obras maestras de poemas que siempre nos parecieron pobres. Verdadera artista, la joven cubana no sólo ha sabido interpretar, sino ha creado un nuevo género, y es, junto a quienes escribieron los poemas que recita, la autora de una nueva emoción. Es la descubridora, en la poesía hispanoamericana, de un nuevo estremecimiento. Esta era la condición que el poeta francés señalaba como el atributo del artista genial.

El dolor de la raza esclavizada, la fusta de sus capataces, el lamento de la negrada, el horror de la cala de los barcos negreros, el ulular de las tribus africanas perseguidas, todo eso sugiere la voz espesa de esta cubana mulata. Pero Eusebia Cosme tiene, como su raza, además del timbre dramático, otros tonos: la sensualidad de la rumba, el misterio del ñañiguismo, la brujería del culto yoruba que sin duda conoció en su infancia, la ternura de la madre negra, la indignación y el arrebato y la alegría jacarandosa de los mercados cubanos. Su risa contagiosa muestra la raya blanca de sus dientes en la cara graciosa y morena.

Eusebia Cosme es, sencillamente, una mulata cubana que siente a la raza negra desde sus tristezas hasta sus alegrías, desde sus quejas hasta sus carcajadas, desde su soterrada angustia hasta su danza lujuriosa. Por primera vez la poesía de tema negro ha tenido una intérprete tan auténtica, una intérprete que es a la vez la divulgadora. La lengua española ha sido afortunada, porque la lengua inglesa, que cuenta con poetas negros de tanta categoría como Langston Hughes, no tiene ninguna de la altura de Eusebia Cosme.

La poesía antillana sale de sus labios en un español típicamente cubano, en un deseo alegre y vivo, con unas vocales abiertas, unas jotas imperceptibles y unos finales de palabra y de frase desmayados, con un ritmo nuevo que es la aportación del negro y del mulato a la lengua castellana. No únicamente es Eusebia Cosme muy dueña del espíritu de los poemas de tema negro que recita sino, dentro del acento y la cadencia cubana, un ejemplo de la dicción del español en las Antillas.

No sería fácil decir si Eusebia Cosme es superior en las interpretaciones trágicas o en las picarescas. Es extraordinaria, sencillamente, siempre que su naturalidad y su sencillez atrapan en la poesía antillana cualquier cuerpo dramático o picante de un mundo al que ella pertenece de cuerpo entero. El Instituto de las Españas la ha recibido en su seno, la colonia hispánica de Nueva York la ha aclamado y el mejor éxito ha consagrado a Eusebia Cosme como la embajadora legítima de la poesía antillana.

Andrés Ituarte

2. Alfonso Reyes. *Las Vísperas de España*. Ediciones «SUR», Buenos Aires, 1937, 280 págs. [Año 5, No. 2 (Abril, 1939), pp. 124-125. Texto firmado por: A. I.]

«El material de este libro—dice en la «Noticia» el mismo Reyes—pertenece todo a una época anterior a la guerra española, época que abarca más o menos mis diez años de Madrid, desde 1914 hasta 1924; desde los comienzos de la guerra europea hasta los comienzos de la dictadura militar; período que podría designarse con el título de un libro de Luis Araquistain, «entre la guerra y la revolución». Buena parte de estas páginas ha aparecido antes en folletos de edición limitada. Mi propósito ha sido el reunir en un volumen de fácil acceso todo el material heterogéneo—estampas, memorias y viajes más o menos que anda disperso y a riesgo de perderse en pequeñas ediciones de muy escasa circulación, añadiendo a la vez algunos capítulos inéditos. Dejo fuera de este volumen toda aquella parte de mi labor madrileña que forma ciclos bien definidos y ha de ser objeto de otros volúmenes: «Visión de Anáhuac», «El Suicida», «El Cazador», «Calendario», «El Plano Oblicuo» ..., las cinco series de «Simpatías y Diferencias», los «Retratos Reales e Imaginarios» y demás papeles afines de periodismo literario.»

La obra contiene los «Cartones de Madrid», «En el Ventanillo de Toledo», «Horas de Burgos», «La Saeta», «Fuga de Navidad», «Fronteras», «De Servicio en Burdeos» y «Huelga», en los que encontramos desde la stampa popular madrileña o sevillana hasta el estudio erudito. España desfila por estas páginas amorosas, desde Góngora a Goya, y hasta la generación con la cual convivió el escritor mexicano: Juan Ramón Jiménez, Tomás Navarro Tomás, Ortega y Gasset, Federico de Onís, Valle Inclán... Los diez años de Alfonso Reyes en España, impor-

tantes por la obra realizada como por la calidad del escritor y del hombre, lo son también porque presentan diez años de la cultura española, a la cual quedó incorporado el propio Reyes. Una referencia cuidadosa y justa de esta importante y evocadora colección de los trabajos de Reyes merecen un ensayo que no cabe en esta sección.

No obstante, el autor declara que su propósito al hacer estos recuerdos «no es trazar el cuadro completo de la vida literaria que presencié en Madrid (mucho más habría que contar), sino sólo explicar las principales circunstancias de la elaboración de este libro».

«Devuelto por 1920 al servicio exterior de mi país—termina la «Noticia»—, aunque tuve que alejarme un poco de la literatura militante, nunca perdí mis contactos. La expresión de mi gratitud para mis compañeros de España—en que asocio a muchos que no tengo tiempo de nombrar—sería inagotable. Ellos saben que ninguno de sus actuales dolores puede serme ajeno y que siempre iluminará mi conciencia el recuerdo de aquellos años, tan fecundos para mí en todos sentidos. Aprendí a quererlos y a comprenderlos en medio de la labor compartida, en torno a las mesas de plomo de las imprentas madrileñas. La suerte me ha deparado el alto honor de encarnar, para la España nueva, la primera amistad del México nuevo, aunque la más modesta sin duda. Este honor no lo cederé a ninguno.»

Embajador de México en Buenos Aires cuando escribió estas páginas, Alfonso Reyes lo era también de la cultura española. — A. I.

3. Jorge Carrera Andrade. *Guía de la joven poesía ecuatoriana*. Ediciones «Asia-América». Tokio, 1939, 28 págs. [Año 5, No. 3, Jul., 1939, p. 230. Texto firmado por: A. I.]

El joven poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, Cónsul General del Ecuador en Yokohama, edita en el lejano país esta *Guía de la joven poesía ecuatoriana*. La Editorial «Asia-América», anuncia en el mismo volumen la próxima publicación de un libro de Carlos Rodríguez Jiménez y otro de Juan Marín. La formación de este grupo hispánico en tierras de Oriente tiene que ser acogida con alegría y el mejor aplauso. El primer capítulo, «Perspectiva de tres siglos», es una vista a ojo de pájaro sobre la graciosa y fina producción ecuatoriana; en «Nuevos Constructores», el poeta se refiere a Jorge Reyes, el agudo autor de «Treinta Poemas de mi Tierra» y de «Quito, arrabal del cielo» y a Miguel Ángel León; en «Linderos de la épica» habla de Gonzalo Escudero, «recio tempe-

ramento artístico y cultura de paciente acarreo» en el capítulo «Poesía Rusticana» al ascético Remigio Romero y Cordero, que hace la glosa de la vida agraria; en «Más cerca de Europa» a Alfredo de Gangotena, a Rumazo González; en «Más Cerca de los Indios» a G. Humberta, y en «Plano del nuevo Ecuador» menciona a los más jóvenes poetas. «Todos estos nuevos valores—dice Carrera—preparan el campo al futuro realizador, llamado a incorporar a la poesía la realidad autóctona: la promisoría alegría de las tierras calientes, el gesto ceñudo de la Sierra, la vida del indio...»

Este pequeño volumen, rápido pero amoroso repaso de la literatura ecuatoriana en la cual el mismo Carrera tiene ya un puesto de relieve, revela las cualidades de talento, sensibilidad y juicio crítico que sin duda dedicará más tarde a un necesario ensayo, amplio y completo, sobre el tema hoy iniciado. —A. I.

4. Luis Felipe Rodríguez. *Relatos de Marcos Antilla. La tragedia del cañaveral*. Impresora Cubana, S. A. Luz y Compostela. Habana, 1939. Año 5, No. 3 (Jul., 1939), p. 231. Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Luis Felipe Rodríguez ha remozado sus relatos de Marcos Antilla. En una breve nota nos declara que su deber es el de trabajar en ellos mientras encuentre posibilidades de superación.

Pocos trabajos, sin embargo, hechos con tan perfecto conocimiento del tema y con tan segura pluma. Marcos Antilla es el resumen de la cubanidad por la gracia y la fantasía del personaje por su aire rebelde y libre, por la frase zumbona llena de intención. Marcos Antilla es —el autor lo dice— «un criollo interesante de la penúltima generación, que ha visto el mundo por más de un agujero...». A través del ojo zahorí, alegre y filosófico de Marcos Antilla, Luis Felipe Rodríguez nos da cuenta del drama cubano.

Estos renglones del relato de «La Guardarraya» sintetizan el tema y el tono del libro «Enciende tu imaginación como un farol de guardavía y ven conmigo, en espíritu. Quiero que veas y oigas de nuevo, a tu propia luz, esa brecha abierta en la entraña viva del cañaveral. Yo, Marcos Antilla, hijo espontáneo de este terrón insular y con todos los defectos y virtudes del criollo auténtico, voy a relatarte el cuentecillo de la guardarraya que, echándole en galgo a la liebre del determinismo histórico, quiere decir: colonización, según el leal saber y entender de la época; trata de esclavos, sudor barato, bocoyes de alcohol,

pailas de miel, pan de azúcar, sebo de carreta y látigos de oro y sol. Más tarde, política criolla y capital extranjero... Pero no cojas ese aire de perro apaleado, muchacho. Esto que te he dicho y lo que te voy a decir, no es más que un cuento de camino, entre buenos compatriotas y mejores compadres.»

No se podría decir cuál es el mejor de los relatos de Marcos Antilla. La muerte del capataz en la chimenea; el horror de los hospitales de trabajadores; el misterio socarronamente resuelto de los fantasmas del cañaveral; la fuerza tiránica del sol isleño; el obrero español que encabeza una rebeldía; la familia de los Almarales tragada por el molino extranjero; el retrato de los subalternos cubanos de la fábrica; el adulterio y la sangre en la tierra sensual, el viejo ebrio a quien el alcohol recuerda la danza lucumí, y el nacimiento del niño inteligente, para asombro y orgullo de la familia rural, que no quiere ser «dotor», sino defensor de los pobres...

No sin razón Luis Felipe Rodríguez ha insertado en su libro el brillante trabajo de Juan Marinello sobre americanismo y cubanismo. Su libro es americano y cubano, sin que atropelle la fuerte prosa castellana ni reduzca a la provincia su aliento universal de reivindicación y justicia. — ANDRÉS IDUARTE.

5. Luis Alberto Sánchez. *La literatura del Perú*. (Primer tomo de «Las Literaturas Americanas» de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Cultura Latinoamericana. Director: Arturo Giménez Pastor) Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1939. [Año 5, No. 3 (Jul., 1939), pp. 237-238. Texto firmado por: Andrés Iduarte].

El Instituto de Cultura Latinoamericana de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires inicia, con la publicación de este libro, «la serie de los que editara sucesivamente, cumpliendo la misión de órgano de relaciones intelectuales entre los pueblos iberoamericanos que le atribuye su ordenanza fundadora», dice en el primer párrafo de sus «Palabras de Introducción» el doctor Giménez Pastor.

Nos da también cuenta de cómo, por la sugestión del escritor brasileño Osorio Estrada, fué fundada la cátedra de Literatura Iberoamericana «que hoy, cumplido aquel voto, funciona adjunta al Instituto», así como del origen y desarrollo de este último, nacido al calor de un discurso del Embajador del Perú, Dr. Albertini, en el cual «encareció

la necesidad de estrechar los vínculos intelectuales entre países iberoamericanos de origen común».

Un empeño de tal aliento, iniciado con el interesante libro del profesor Luis Alberto Sánchez, no puede ser recibido sino con la más caurosa cordialidad.

Una noticia biográfica nos informa de la vida y la obra del profesor Sánchez, muy ricas a pesar de su juventud.

El primer capítulo, dedicado a «Indios, españoles y los demás», informa y comenta el paisaje del Perú, alude a la etapa incaica y se refiere, en palabras llenas de originalidad, a los primeros días españoles del Perú. Les niega, sin embargo, un poco exageradamente, su carácter épico: «la conquista de América no fué, como la reconquista de España por los visigodos y los iberos, una tarea orgánica... Al revés: implicó la captación de un pueblo cuajado de tradiciones, por un puñado de *asal-tantes*. La epopeya encierra en su ritmo viril angustia indecisa, trocada en anatema y reto... *El conquistador español fué un inmigrante a la jineta*. No halló la resistencia proporcionada que hace saltar la chispa... Su conquista fué paseo inquieto; pero paseo al cabo. El turismo carece de épica... Y como no hay epopeya del turismo, y como el conquistador fué turista de arcabuz y tizona, la Conquista, empresa épica al parecer, careció de epopeya.» La ausencia de mujer—dice— evitó también la lírica: la india no era sino la hembra a quien el conquistador tumbaba cuando quería. La ternura aparece con el hijo mestizo y, más tarde, con la mujer mestiza. Trata después de las crónicas de la Conquista, y el final del capítulo se enriquece con la figura de Garcilaso Inca de la Vega, «el primer criollo» según Vasconcelos, autor de los maravillosos «Comentarios Reales».

«Bajo el imperio de la fórmula», se llama el segundo, en que alude a la primera imprenta y a la primera universidad, en el cual examina desde «la trunca epopeya a la crónica rimada» y el gongorismo imitado, y más que imitado, sentido en el Perú. Porque «ya había retorcimiento, acertijo, laberinto, anagrama, retruécano en la expresión literaria de Lima». Como en México —decimos nosotros—, país que, por su opulento pasado indígena y su vida virreinal exquisita, tantos puntos de contacto tiene con el Perú.

A la vida colonial no le falta la picaresca de Caviedes, ni la intriga de la Perriccoli, ni el asomo indígena de Melgar, ni la influencia rousseauniana. El análisis de la Colonia ha sido completo y minucioso, erudito y ameno.

La independencia y sus disputas criollistas y anticriollistas, el estudio de Olmedo, de Gamarra y de Aliaga, el «romanticismo frustrado» y otros temas son tratados con igual conocimiento que amor. No falta nunca la comparación con las literaturas vecinas de Sudamérica, que orienta al lector no peruano y que aclara la materia. Así se llega insensiblemente hasta Ricardo Palma, padre de un brillante género literario.

Desde el capítulo quinto estamos, con el González Prada de 1895, en el Perú inquieto y definitivamente despierto, cargado de ansias y rebeldías tras de la imposible máscara del indio. Chocano desfila con sus frases sonoras y viriles. Se estudia la influencia rusa y la francesa, el criollismo y el modernismo. Los García Calderón —Francisco en sus intentos sociológicos, Ventura «bajo la carga de sus melodías»— merecen varias alusiones. También se trata de la juventud, la lozanía y la pureza de José Gálvez. Es imposible mencionar a cada uno de los valores certeramente tratados en este pequeño libro. Los poetas modernistas ceden luego el paso a la brillante juventud peruana, orientada por el talento de Mariátegui, el brío de Haya de la Torre, la ternura india de César Vallejo. Una literatura rica, delicada como el virreinato, soterrada y profunda como el alma indígena, ha tenido un buen investigador y un insuperable comentarista en don Luis Alberto Sánchez. A su sensibilidad y al conocimiento del tema, agrega felizmente el profesor Sánchez «la fuerza de su sangre y el ardor de su juventud». Termina el libro con una útil «Bibliografía elemental de la literatura peruana). — ANDRÉS IDUARTE.

6. *Eugenio María de Hostos (1839-1903). REBELDÍA Y DISCIPLINA EN HOSTOS.* [Año 5, No. 4, Oct., 1939, (pp. 289-300). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El calendario ha venido a poner ante los ojos americanos el culpable descuido de quienes olvidaron por varios lustros tanta virtud, tan rara categoría moral. La existencia y la labor de Hostos —más disciplinadas que las de José Martí, menos violentas que las de Sarmiento, más emocionadas que las de Andrés Bello— son parte principal de la primera piedra en que ha de asentarse el edificio intelectual y ético del Continente americano.

Las comparaciones, aunque se diga que son siempre odiosas y aunque ciertamente nos dejen mal sabor en la boca, se imponen cuando se trata de hacer justicia histórica. Para medir la gran obra no basta el do-

ble decímetro, sino la necesaria utilización del punto de referencia. Por esto nosotros tenemos que insistir en el parangón que ya casi consumieron la brillante pluma de Rufino Blanco-Fombona, la documentada del puertorriqueño Pedreira, las devotas de muchos otros escritores hispanoamericanos.



Hostos a los quince años

No han bastado estos y otros autorizados trabajos, sin embargo, para producir toda la luz que merece la excepcional figura. Y es que, desgraciadamente, sobreviven las circunstancias que lo postergaron ayer. Son, en primer término, el medio olvidado en que le tocó actuar y la causa infortunada por la que luchó. Ya Pedro Henríquez Ureña ha hablado de las limitaciones del escenario —Santo Domingo— en que Hostos llevó a cabo por diez años su trascendental obra pedagógica. A ellas nos referimos nosotros, así como a la brega por la independencia de Puerto Rico.

La causa de la independencia de Puerto Rico apenas se asomó en el Grito de Lares, ahogado casi en horas, y quedó al fin soterrada por el Tratado de París. Le tocó a Puerto Rico la peor suerte, que fué la de morir sin ruido y sin sangre. Cuando se guardan las formas, la justicia tiene un pañuelo metido en la boca, y los oídos cerrados para toda protesta y para todo gemido. El hombre se conmueve menos ante la silla eléctrica que ante el pelotón del fusilamiento, en el que hay san-

gre, olor a pólvora y un hombre en pie. El mundo puso poca atención. Puerto Rico, la isla de que fué hijo, y Santo Domingo, la isla de que fué maestro, no ocupan gran espacio ni son el más visible cuerpo de la tragedia americana.

Hostos, por otra parte, fué un talento recogido en sí, volcado hacia dentro, ensimismado. No tuvo el verbo arrebatado de José Martí, careció del arranque épico del gran cubano, estaba muy lejos de vestir su chaleco romántico. La misma virtud de Hostos, su dominio sobre las pasiones que desbordan el corazón humano, quitan a su vida y a su obra el magnetismo de las de Martí, poeta y orador centelleante, provista caudaloso, amante apasionado y sensual, esposo rebelde a la coyunda, revolucionario activo, estampa clásica de la libertad sobre el caballo galopante que lo llevó a la muerte en la batalla de Dos Ríos. Sólo en la primera juventud tuvo Hostos el fuego, el arrebató, el estallido; pero incluso en ella se muestran “la razón y la conciencia”, sobre las cuales edificaría más tarde su sistema moral, y cuyo imperio se ejercería sobre sus pasos y sus letras. No rehuyó Hostos el deber, incluso el político, para el que le faltaba ductilidad, ni el guerrero, para el que le faltaba pasión y fe; pero no sólo el deber traza la vida, sino también, y quizá en primer término, el temperamento. En una ocasión lo puso su deber a un metro de la guerra; pero su temperamento, y no sólo las circunstancias adversas, lo alejaron cada día más de la pelea sangrienta. En Martí, gracias al deber y al temperamento, armoniosamente conjugados, coinciden el hombre y la circunstancia trágica. Este es el ritornelo de su vida. Esta fraguada en el deber, como la de Hostos, pero al mismo tiempo en el ímpetu y la euforia. Los sesenta y cuatro años de lucha tesonera y altruista de Hostos brillan menos, teniendo semejante volumen de ser vicio social, que los cuarenta y dos en que Martí fué un ascua viva en el espíritu y en la carne.

Cosa parecida puede decirse de Sarmiento, apóstol como Hostos de la pedagogía, pero cuya tarea escolar estuvo acompañada y sacudida por las tormentas políticas.

Mas se parece la vida de Hostos a la de Bello en el equilibrio y el orden. Bello, sin duda, lo gana en gusto y sapiencia literarios; pero Hostos tiene como centro de su obra y de su vida el amor al bien y a la verdad, que lo alzan encima de la condición específicamente académica del venezolano.

La posibilidad de comparación con estos tres grandes hombres nos subraya ya la calidad que Hostos tiene como compendio de virtudes.

Hostos fué al mismo tiempo un revolucionario y un ordenador, un combatiente y un constructor. Como nadie en América juntó al amor por la justicia el amor por el trabajo, la rebeldía y la disciplina.

En un ensayo siempre actual Federico de Onís decía hace años a sus discípulos que es del ensamble de estas dos esenciales categorías de donde brota la personalidad señera y la obra valiosa. «Sin espíritu de disciplina, es decir, sin amor, sin admiración, sin sumisión y respeto a la ley de cada cosa, a la ley de todas las cosas, no hay espíritu de rebeldía, conciencia de la propia ley; hay sólo, con apariencia de tal, un castillo roquero, sin puertas ni ventanas, que encierra el aire podrido de la hostilidad, de la envidia y el rencor. Sin espíritu de rebeldía, en cambio, no hay disciplina; hay sólo, apariencia de tal, la innoble sumisión a los poderes externos». Las dos van bien soldadas en la madurez de Hostos. Mientras no cuajen, esto es, antes de que coja el carril pedagógico que era en realidad el suyo, el joven Hostos no hallará explicación a su vida «sin objeto». Cuando se cristalizan en su cátedra y en su escuela, Hostos no es feliz, porque sufre la llaga viva de Puerto Rico, pero se siente ya en su función humana de servicio público.

Nació Hostos el once de enero de 1839 «a una milla de la ciudad de Mayagüez y en una hacienda del barrio de Río Cañas». Era biznieto de un español que fué a Cuba, pasó luego a Santo Domingo y echó raíces en Puerto Rico. La estirpe ibérica está ampliamente americanizada: hasta la ortografía de su apellido ha sido reformada con una *H* caprichosa. Hay en el árbol genealógico, además, una abuela dominicana. Pero a los doce o trece años saldrá Hostos hacia España a beber al pie de la fuente ancestral.

Estudia el Bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de Bilbao. A los diecisiete años pasa a Madrid a seguir la carrera de Derecho por disposición de su padre contra su voluntad, pues él deseaba ser artillero. ¿Se asoma aquí ya su amor a la disciplina y se contradice su amor a los hombres? Acaso nada pueda asegurarse: estaba en la nebulosa de la adolescencia. Lo que sí se sabe es que en el Madrid estudiantil y rebelde se formó su amor a la justicia y tomó cuerpo su amor a Puerto Rico. La preocupación política llega a extremos que lo hacen abandonar estudios que no le interesaban y abominar de un sistema de enseñanza que combatiría durante toda su vida. Buen estudioso y mal estudiante, Hostos no termina su carrera y se queda para siempre sin títulos académicos. Vive en Madrid junto al patriota puertorriqueño Ruiz Belvis y así acrisola sus ideas autonomistas; se sumerge en la vida

española y un día se encuentra ya dentro de las luchas sociales de su época. Su pasión de hombre justo y de puertorriqueño herido lo vinculan al movimiento republicano, en el que figuran hombres tan brillantes como Castelar y Pi Margall. Hostos queda sumado a la juventud escolar española que conspira contra la monarquía y es, en consecuencia, uno de los precursores de la revolución del año sesenta y ocho.

En este tiempo elabora y escribe *La Peregrinación de Bayoán*, su primer libro, publicado en Madrid en 1863. *La Peregrinación de Bayoán* no es, en rigor, una novela, sino «un grito sofocado de independencia por donde comenzó su vida pública en aquella época en que los imposibles se ven posibles en la imaginación y el ensueño», según dijo el mismo Hostos años más tarde. Es la época en que Pi y Margall defendía el socialismo y la república federal y en que Castelar cantaba a la República. Es la época en que el ilustre Pi lanzaba sus invectivas serenas y enjundiosas contra la Monarquía e intentaba enderezar la criminal y necia política ultramarina no sólo con la mención del deber y de la justicia, que a la reina chulapa la tenían sin cuidado, sino con el anuncio clarividente de la derrota y la humillación.

Es también entonces cuando Hostos tiene contacto con la violencia. Castelar publicó en «La Democracia» un artículo titulado «El Rasgo». El Gobierno de Isabel II ordenó al Rector, don Juan Manuel Montalbán, que suspendiese empleo y sueldo al que era ya prestigioso catedrático. Presentó su renuncia el Rector y fué nombrado en su lugar el Marqués de Zafra. Los estudiantes quisieron, naturalmente, echar su cuarto a espadas, y pidieron y obtuvieron permiso gubernativo para dar una serenata al Rector saliente. Era el 8 de abril de 1865. Cuando ya estaban reunidos los estudiantes el Gobierno entendió, al verlos seguidos de pueblo madrileño, el sentido político del acto, y la guardia dió algunas cargas en las calles de Santa Clara. Los estudiantes se desbandaron reservándose para el segundo acto de la función, esto es, para la toma de posesión del nuevo Rector, que se celebraría dos días después, el lunes 10. En las calles de Noviciado fué recibido por los estudiantes con los inevitables silbatos, trompetillas, pelotillas de papel y huevos frescos. El nuevo Rector se refugió en un Ministerio, pero la protesta estudiantil, alimentada por el descontento popular, subió de punto, y por el natural camino de la Calle Ancha de San Bernardo llegó al histórico palenque que es la Puerta del Sol. Allí los esperaba el espadón en turno y la pluma covachuelera al servicio del espadón. Narváez montó en cólera y González Bravo lanzó sobre los manifestantes la guardia

veterana y la indefectible guardia civil. Fueron el escenario de los sangrientos sucesos la Puerta del Sol y las calles inmediatas, donde no era la primera ni la última vez que la guardia civil acallaba a fogonazos y a sablazos el sentimiento popular: la calle de Sevilla, el callejón de los Gitanos, la calle de Carretas, la de los Negros, la de Montera... Y es en la de Montera donde Benito Pérez Galdós vió a Hostos.

En 1868 va a Barcelona a encargarse del diario «El Progreso», que es suprimido poco después por disposición del Capitán General de Cataluña, Conde de Cheste. La emigración de políticos amigos hacia Francia lo decide a hacer el viaje. Allí trata de frecuentar el cotarro de revolucionarios españoles, sin que lo acoja la estimación ni la cordialidad. La miseria, que ha de perseguirlo durante largos años, ya le rompe las ropas y le desgarrar el alma. Castelar lo anima a volver a España. Hostos cree que algo podrá conseguirse en favor de Puerto Rico con la revolución probablemente vencedora; pero la falta de recursos lo arraiga en París. Logra, al fin, salir: su retorno coincide con la noticia de la victoria de Serrano en la batalla de Alcolea. Madrid también se ha sublevado y don Nicolás María Rivero ha lanzado al pueblo, desde los balcones de la Casa de la Villa, el retrato de Isabel II. Hostos, en una España libre de la reyezuela, va a redoblar sus gestiones en favor de su isla. En «Las Antillas» de Barcelona, en «El Universal» y en «La Voz del Siglo» de Madrid lleva al máximo tomo la propaganda que antes había realizado en «La Iberia», «La Soberanía Nacional», «La Nación» y «El Progreso». Sus cartas a Olózaga, a Sagasta, a Rivero, a Salmerón, a Espartero, a Prim, son el mejor alegato en favor de Cuba y Puerto Rico, y se acercan ya al rompimiento.

En el mismo año de 1868, en los meses de septiembre y octubre, con una diferencia de diecisiete días y muy diferentes consecuencias, Puerto Rico ha pedido su libertad con el Grito de Lares y Cuba con el de Yara. No sólo los antillanos que viven en España, sino los pueblos de las Antillas coinciden en su protesta con la de Cádiz. ¿Entenderá la situación de las colonias el nuevo régimen? ¿Se ocupará sólo de arreglar los problemas cercanos y dejará en pie los ultramarinos?

El ánimo de Hostos, herido por la injusticia, exasperado por la pobreza, estalla. El 20 de diciembre de 1868 pronuncia en el Ateneo de Madrid un discurso que cierra su etapa autonomista y lo hace entrar a la separatista: «Señores: las colonias españolas están hoy en un momento crítico. Víctimas de un despotismo tradicional, una y mil veces engañadas—jengañadas, sí señores, lo repito!—no pueden, no deben seguir sometidas a la unidad absurda que les ha impedido ser lo que

debieran ser, que les impide vivir... España no ha cumplido en América los fines que debió cumplir y, una tras otra, las colonias del Continente se emanciparon de su yugo. La Historia no culpará a las colonias.»

Unos días después, el 19 de enero de 1869, inicia junto con otros puertorriqueños sus entrevistas con el General Serrano, jefe del gobierno provisional. Es seguro que el Duque de la Torre sabía con quien hablaba. En la segunda entrevista creyó ver² en las palabras de Hostos «una declaración de republicanismo... y se abandonó imprudentemente a una exaltación inmotivada... acusó al señor Hostos de atacar directa y personalmente al Gobierno provisional... habló de su dignidad personal y negó temerariamente que nadie pudiera quejarse en nombre de la dignidad de las Antillas.»

El jefe de la revolución de septiembre tenía un concepto tan imperialista como Isabel II. Y es que hasta en el propio seno del Ateneo hubo quienes sintieron herido su celo patriótico por las verdades que dijo el puertorriqueño. Cuando Hostos terminó su histórico discurso don José Moreno Nieto, Presidente del Ateneo, hombre nada tenía de esclavista, lo estrechó en sus brazos y le dijo: «Señor Hostos, lo hemos perdido.» Así nublabla el sentimiento la clara visión de las cosas. «Me habéis ganado», contestó el rebelde.

En realidad, no lo perdió nunca la España auténtica; pero sí la que, aun siendo liberal, jamás vió con buenos ojos el problema de América. Aquella actitud superior y despectiva hacia las colonias no envenenó nunca al pueblo español, pero sí a los parásitos de espadón o de levita y a no pocos de sus intelectuales. Muchas heridas debe haber recibido Hostos cuando llegó al extremo de condenar al propio Pi. Sólo algunos espíritus selectos supieron en España ver con atención e interés a América: lo usual fué hablar de las colonias como de una propiedad, considerar al insurgente un salteador y al hispanoamericano en general un español de segunda mano, de sangre licuada, de estatura intelectual y moral infaliblemente inferior a la del hombre de la Península. El pueblo español, pueblo sin prejuicios, pueblo con historia y con filosofía,

² [Nota del editor]. En el texto original de la Revista Hispánica Moderna existe un error de edición sobre el texto en esta y en otras partes que señalaremos, que después se corrige en el texto incluido en el libro *Hostos hispanoamericanista*. Colección de Ensayos acerca de Eugenio María de Hostos. Recogidos y publicados por Eugenio Carlos de Hostos. Madrid, Imprenta, Litografía y Encuadernación Juan Bravo, 3, 1952, pp. 121-140. En la RHM después de “creyó ver en” al final de la página 292, se deja la frase incompleta y en la página 293 inicia con otro párrafo “Es en este viajar sobre el Caribe cuando Hostos”.

no compartirla la actitud altanera ni cobijaría prejuicios imperiales; pero Hostos no vivía entre el pueblo...

Para ir a luchar por la independencia de Cuba como primer y necesario paso hacia la independencia de Puerto Rico y hacia la formación con Santo Domingo de una Confederación Antillana, salió Hostos de España a mediados de 1869. «Si en la Constitución de España no cabe mi patria—precisó Hostos poco después—donde no cabe mi patria no quepo yo.»

Hostos³ no ha dejado de ser un rebelde, pero su rebeldía se disciplina. Siempre fué un temperamento receptivo e introvertido: quien lo conoció antes de los veinte años dice que Hostos parecía un hombre de cuarenta. Parecía... A los treinta es ya un hombre hecho y derecho. El muchacho descontento ha hecho un haz de sus ideas y sustenta una teoría revolucionaria: «Cuando todo se ha destruido, malo y bueno, empieza la tarea de la reconstrucción. Se sacan de los escombros los materiales buenos que cayeron, se ligan a los buenos y también a los malos que ha traído el nuevo plan, y se reconstruye laboriosamente el edificio.»

A España la juzga «sin odio ni pasión», pero no hace muchos ni muy precisos distintos entre España y monarquía española, entre pueblo español y gobierno de España, que no son la misma cosa. Sus dictérios son, naturalmente, de hombre de casa, de hijo de la familia; su cultura es, por supuesto, profundamente española, y sus raíces estarán siempre hincadas en su pecho, y se asomarán a sus libros y a su pedagogía; pero Hostos atacaba al Imperio español sin establecer las necesarias diferencias entre opresores culpables y oprimidos inocentes del crimen ultramarino. En más cantidad y sin duda más emocionadamente las estableció José Martí.

Hostos llega a Nueva York y al poco tiempo es director del periódico «La Revolución». Revolución es, para un espíritu responsable, la búsqueda de la justicia para⁴ los oprimidos⁵ y la superación moral del hombre. Esta postura no la abandonó nunca el hombre honrado, estuviera en el periódico rebelde o en la cátedra orientadora.

Pero el contacto con la acción revolucionaria reservaba a Hostos más sinsabores que los de España. La lucha entre los hombres no era tan

³ [Nota del editor]. En el texto de la RHM este párrafo se encuentra hasta la página 296.

⁴ [Nota del editor]. Igualmente en la RHM para el inicio de la página 297 se alteró el orden de los párrafos.

⁵ [Nota del editor]. “los oprimidos” en la RHM inicia en la página 294.

limpia como él lo deseara, ni el combate abierto carecía de horrores. La arcilla humana tenía una base de fango y en la liza se usaban armas que no siempre eran las legítimas. Hostos era un revolucionario, pero un revolucionario estático. Es lo que a cada momento se llama un intelectual revolucionario. Estaba muy lejos de ser un líder revolucionario, un revolucionario de acción. La dinámica de la revolución exige la fe en el triunfo y el alistamiento bajo una bandera, la gota mística y la renuncia o la supeditación del juicio personal. Su descontento produjo un hombre bueno, enemigo del sistema social defectuoso, ajeno al crimen social, pero encadenado —en cuanto a la acción— a dudas irremediables. Estamos ya, sin que él mismo lo sepa, ante el profesor que aconseja y guía, no ante el líder que oye, mira, tolera, ensambla voluntades y acomete.

La guerra de Cuba ardía y Hostos la ayudaba desde Nueva York. Pero un hombre de su temperamento más podía ayudarla poniéndose a predicar sólo por el mundo que a reñir en los clubs revolucionarios. Siempre había tenido el proyecto de ir a la América española a buscar ayuda para las hermanas menores en guerra. Ha soñado con una peregrinación continental. Además, su situación económica es tan dura en Nueva York como lo fué por varios años en España. Es un hombre equilibrado en un atormentador desequilibrio. En Colombia se aprueba en 1870 un proyecto para auxiliar la independencia de Cuba y Puerto Rico. Se presenta, también, un suceso personal que empuja hacia el cauce deseado: una niña colombiana ha dejado Nueva York y se ha ido a su Cartagena. Y es entonces cuando emprende el viaje que ha de darle, como a José Martí, la ciudadanía hispanoamericana: «Yo no tengo patria—ha de decir a la hora del retorno— en el pedazo de tierra en que nació mi cuerpo; pero mi alma se ha hecho de todo el Continente americano una patria intelectual, que amo más cuanto más la conozco y compadezco.»

De Cartagena siguió al Perú. Un año estuvo en Lima, durante el cual fundó con un peruano el periódico «La Patria» ; condenó en él la muerte del Presidente Balta; defendió a los chinos explotados; combatió una concesión ferrocarrilera piratesca del extranjero Meiggs y le rechazó el cohecho que éste le ofreció con el adorno de que era para la causa de la independencia de Cuba; fundó una Sociedad de Amantes del Saber para tratar de organizar la instrucción primaria y secundaria; levantó el entusiasmo por la causa que representaba y dejó fundada la Sociedad de Auxilios para Cuba. Pasó a Chile y en sus dos años de estancia en Valparaíso y Santiago realizó una labor aún más fecunda que la del Perú: publicó la segunda edición de *La Peregrinación de Bayoán*; la *Biografía crítica de Pláci-*

do, páginas de gran talento sobre el poeta cubano fusilado en la Habana en 1842 ; la memoria sobre la Exposición Nacional de Artes e Industrias; sus conferencias sobre la enseñanza científica de la mujer, en que acomete contra un pasado oscurantista; su *Ensayo crítico sobre Hamlet*, obra de profundo análisis en que, según Fombona «desmonta la maquinaria shakespiriana» y fundó, como en el Perú, la Sociedad de Auxilios para Cuba. Clases particulares, con las que se gana el pan, lo inician en la enseñanza. En 1872 pasó, «doblando la punta de Patagonia», a la Argentina, donde sostuvo una violenta polémica sobre la cuestión antillana y estuvo a punto de ir a un duelo —cerca del duelo anduvo en varias ocasiones—, fundó la Sociedad Pro Independencia de Cuba, abogó por la construcción del ferrocarril trasandino, conoció a Mitre y fué su huésped, y rechazó la cátedra de Filosofía que le ofreció la Universidad, diciendo que su deber le imponía ir a «ser brazo de una idea de la que he sido cabeza y corazón». Pasa por Rio de Janeiro y llega a Nueva York en abril de 1874.

Culmina la vida del propagandista: el 29 de abril de 1871 se embarca en Boston en el «Charles Millers» con el General Francisco V. Aguilera, proa hacia la guerra cubana. Pero el azar mismo contribuye a separar a este hombre de la guerra: la embarcación, a punto de naufragar, tiene que recalar en la costa de Rhode Island. La marcha hacia la guerra ha sido, además del cumplimiento de su palabra, un deseo de alejamiento de la intriguilla y el tejemaneje político tan ajenos a su temperamento.



Hostos (Óleo, museo de Santo Domingo)

«He dicho que sí. Voy preparándome para salir pasado mañana. Será una locura, pero es preferible ser loco a vivir entre esta gente» escribe en su diario.

No, no es la euforia de José Martí. José Martí soportó en Nueva York, durante catorce años, el mordisqueo y la calumnia. Se le llamó «el Capitán Araña». El cubano Collazo puso hiel sobre sus horas. Sin embargo, a pesar de su naturaleza nerviosa, aguantó y «alzó el mundo». A Hostos le sobra buen juicio. Su convicción y su honradez le hacen aceptar y buscar la guerra, pero no va al sacrificio en el estado de beatitud del enfebrecido cubano. Son dos temperamentos distintos entregados con igual honradez a la misma causa.

Como de Nueva York no salían expediciones se dirigió a Saint Thomas y a Puerto Plata, donde varios patriotas «organizaban otra... a Puerto Rico». Fracasó esta conspiración y Hostos fundó «Las Tres Antillas, periódico de combate. Pero cada día se asoma más el pedagogo y habla de la necesidad, por entonces obstaculizada, de crear en Santo Domingo un Colegio Normal. Va a Nueva York y de Nueva York a Caracas.

Es en este viajar sobre el Caribe cuando Hostos, hombre ya de treinta y cinco años, empieza a sentir más imperiosamente que nunca la necesidad de hallar puerto a su energía y a sus angustias. Esta en «esa hora grave y melancólica que señala la mitad del camino de la vida. Es un escritor, pero desprecia la profesión literaria: «Las letras —dirá años después— son el oficio de los ociosos o de los que han terminado ya el trabajo de su vida». Su preocupación ética, que a sus contemporáneos debe haberles parecido una monomanía, le rompe el gusto literario. Elogia por hombres buenos a algunos escritores mediocres, y cuando alaba a los buenos poetas es porque su credo político coincide con el suyo. No es que le falte sensibilidad, sino que está embarazada por su moralismo. En la vida diaria es aún más riguroso e intolerante, y desconfía de los hombres cuando no los desprecia. Le falta ya lo principal para ser un guía político: querer serlo. El mismo reconocía en Santiago, en 1872, sus limitaciones: «Cuando se trata de resistir, soy fuerte. Puede ser que no haya habido nadie que se haya sacrificado más por sus ideas; pero cuando se trata de actuar, soy débil.» «Estoy descarriado —confesaba a su libro y lo veo—. Este es el comienzo de una crisis. Está muy bien. Mas allá de la crisis me espera un carácter definitivo. Que sea bienvenido.» Efectivamente, bienvenido fué su carácter de maestro.

El ancla del propagandista sigue bajando hacia el mar. En Caracas es vicerrector de un Colegio. A pesar de sus dificultades con el Direc-

tor, se siente feliz enseñando y ganándose el sustento. Sale de ahí, y va a dirigir un Liceo de provincias. Y en julio de 1877 se casa. Ha rehuído siempre los compromisos, no sólo los legales: malogró un amor romántico en Cartagena, cortó con una gran pasión en el Perú, renunció a un lazo de mayor importancia social en Chile. Al casarse en Caracas con Belinda Otilia de Ayala, hija de un refugiado cubano, le escribe en la primera página de un libro de Washington Irving: «Colón quiso llegar a Guanahaní: amparémonos en su noble vida aprendamos en ella a llegar al término del viaje. Yo estaré siempre contigo, Inda mía. Apóyate bien en mi brazo y en mi seno, y llegaremos.» Hostos se casa en el mismo mes y año que José Martí. ¿No vive la causa antillana días de desesperanza? El hombre formado y un poco desiluso de treinta y ocho años, y el muchacho explosivo que era entonces Martí, se casan por los mismos días y están entregados los dos a la enseñanza, el uno en Caracas, el otro en Guatemala.

El deber patriótico, de todos modos, está siempre primero: Hostos vuelve a las andadas. Su mujer va a Mayagüez para estar a la sombra del padre de Hostos, mientras el hijo prosigue la lucha. En Saint Thomas recibe Hostos la noticia de la Paz del Zanjón. Ahora sí coinciden hombre y circunstancia. Otro es el deber ahora: el apartamiento, la enseñanza, el maridaje de rebeldía y disciplina en «la revolución educativa».

* * *

Desde su llegada a Caracas Hostos está ya de salida de la vida política. En Nueva York, poco antes, ha dicho que «vive con la idea de que se equivoca». Repasa con los ojos su expedición por América y dice que «ha hecho durante tres años el papel de misionero político, de apóstol, de filósofo, de propagandista, de mártir, y no el que yo hubiera podido con mayor ventaja para la patria y para mí... La acción ha sido siempre la de un hombre que se contenta siguiendo los consejos de la virtud...» «Me he equivocado —confiesa—. ¿Es todavía tiempo de reparar los errores?»

Con su iniciación en la enseñanza en Caracas, con su casamiento y con la paz de Cuba entramos a otra fase de la existencia de Hostos en que los hechos van a ser ya en tono menor⁶ y en menor número; pero

⁶ [Nota del editor]. En el texto de la RHM “en tono menor” inicia en la página 297,

en la que la vida interior es más rica que nunca y en la que su contribución al beneficio social llega al pináculo. Su vida adquiere al fin la estabilidad vital de la llama.

En 1879 funda la Escuela Normal de Puerto Rico⁷. A partir de 1880 es catedrático de Derecho Constitucional, Internacional y Penal, y de Economía Política en el Instituto Profesional. En 1881 se funda el Instituto de Señoritas dirigido por Doña Salomé Ureña de Henríquez, la ilustre mujer que coincidió con Hostos en la elevación de América. En ese mismo año publica Hostos *Los frutos de la Normal*, breve recapitulación de su labor. Dicta a sus discípulos apuntamientos que harán futuros libros: el *Manejo de globos y mapas*, la *Historia de la Pedagogía*, las *Nociones de la ciencia de la pedagogía* y las *Nociones de Prehistoria*. Al mismo tiempo lleva su aliento a una serie de sociedades culturales y de centros educativos. En 1882 dicta a sus discípulos su curso de Derecho Constitucional, que producir a uno de sus más enjundiosos tratados. Dicta sus *Nociones de economía política*, las de *Derecho Penal* y los *Comentarios de Derecho Constitucional*, en 1883. En 1884 su *Tratado de moral*, sus *Vidas ejemplares* y sus *Nociones de Crítica General*. La vida estudiosa no carece de contratiempos ni de tempestades: Hostos ha declarado la guerra al empirismo. El positivismo de Comte preside su enseñanza. No es fácil señalar en un trabajo de conjunto las influencias que muestra ni los derroteros que marca su obra pedagógica, variada y profusa. Los enemigos sectarios, como el presbítero Billini, tendrán que reconocer su vida pura y su prédica sincera, pero al día siguiente repetirán la artera ofensiva. Su recuerdo sobrevive en Chile, que inicia la marcha hacia el liberalismo, y desde allá se le invita a proseguir la obra escolar. Hostos, sin embargo, se niega a dejar su trinchera de Santo Domingo, a pesar de que el cielo amenaza despotismo. Se multiplica. En 1886 dicta a sus discípulos su *Tratado de Lógica* y su *Geografía Política e Histórica*. El hombre solitario y tierno, huraño y cariñoso tiene ya lo que le faltó durante muchos lustros: escuela y hogar. El maestro es padre. Su ternura se vuelca en tres comedias escritas para sus niños en 1886. *El Naranja*, *El Cumpleaños*, *¿Quién preside?*, y *La Enfermita*, que escribirá en Chile tres años después. En 1887 publica sus famosas *Lecciones de*

cuando en verdad debería abrir la página 294.

⁷ [Nota del editor]. En la RHM dice que funda la Escuela Normal de Puerto Rico, pero ya en el texto de Hostos Hispanoamericanista corrige este error y dice, la "Escuela Normal de Santo Domingo".

Derecho Constitucional. En 1888, cuando el ataque contra su enseñanza ha arreciado y las dificultades con el tirano Ulises Hereaux son ya invencibles, sale a la calle su *Moral Social*, por petición de sus alumnos. Se alza encima de la realidad que lo rodea y dicta ese mismo año sus *Nociones de Astronomía*. Se ocupa de las cosas de la tierra y de las del cielo, en el mejor de los sentidos. Cuando considera imposible e inútil la lucha contra la fuerza bruta del cacicazgo de *Lily* acepta la invitación que le hace el Presidente chileno Balmaceda, también liberal y reformador, enfrentado al escolasticismo del Sur. En 1889 Hostos pasa a Chile a continuar la obra que la ignorancia y el oscurantismo le cortaron en Santo Domingo.

Hostos es ya lo que deseaba: un hombre socialmente útil. Ha dejado de creer en la revolución como manera de superar al hombre y de corregir la injusticia, pero no se conforma ni se resigna a la injusticia. «Todas las grandes revoluciones—escribe—, justas en su punto de partida, han tenido por punto de término una injusticia, pues cuando menos han burlado su propósito jurídico: la revolución en Inglaterra empieza en la lucha por la libertad de conciencia y acaba en Cromwell; la revolución francesa empieza en la demolición de todos los privilegios y acaba en Napoleón I; la revolución en España empieza en la lucha por la Independencia y acaba en Fernando VII.» Pero esta observación amarga no lo ha convertido en cómplice de situaciones injustas, ni en cínico, ni en nihilista. Con palabra indignada denuncia los atentados de su tiempo: «Así—dice en su *Moral Social*—por esa inmoralidad de nuestra civilización, es como ha podido ella consentir en la renovación de las persecuciones cobardes de la Edad Media europea, dando Rusia, Alemania, los Estados Unidos, los mismos Estados Unidos (¡qué dolor para la razón, qué mortificación para la conciencia!) el escándalo aterrador de perseguir los unos a los judíos, de perseguir los otros a los chinos. Así, y por esa inmoralidad constitucional del progreso contemporáneo, es como se ha perdido aquel varonil entusiasmo por el derecho que a fines del siglo XVIII y a principios del siglo XIX hizo de las colonias inglesas que se emanciparon en América el centro de atracción del mundo entero; de Francia redimida de su feudalismo el redentor de los pueblos europeos; de España, reconquistada por sí misma, la admiración y el ejemplo de los demás pueblos pisoteados por el conquistador; de las colonias libertadas por el derecho contra España, inesperados factores de civilización; de Grecia muerta, un pueblo vivo. Ese entusiasmo por el derecho ha cesado por completo,

y Polonia, Puerto Rico, Irlanda viven gimiendo bajo un régimen de fuerza o de privilegio, sin que sus protestas inermes o armadas exciten a los pueblos que gimieron como ellas.»

Chile pone en sus manos el Liceo de Chillán y oye ese mismo año inicial su docta palabra sobre *La reforma de la enseñanza del Derecho*. El estudiante rebelde a la enseñanza de Madrid dice ahora a la América cómo ha de estudiarse. Un año después, en reconocimiento al mérito, Chile lo lleva a su capital como Rector del Liceo Miguel Luis Amunátegui. Es también Profesor de Derecho Constitucional de la Universidad de Chile, Director de su Congreso Pedagógico y del Ateneo de Santiago. Repite en 1890 su práctica dominicana con su Gramática general, dictada a sus alumnos. No es Hostos el profesor que repite; es el maestro que estudia, juzga, digiere y produce síntesis y soluciones. Su prosa es pedagógica sin machaconería, sus enseñanzas son respetuosas de la tradición pero con atisbos originales, sus tesis jurídicas y sociológicas se asientan en los grandes maestros pero no son nunca una copia servil. Pone su atención sobre el país que lo acoge y escribe en 1891 su *Crisis Constitucional de Chile*. En 1892 dicta sus *Lecciones de Geografía Física* y sus *Prolegómenos de la Ciencia de la Historia*. El mundo antillano anida en su pecho: Quisqueya, su sociedad y algunos de sus hijos es la prueba. En 1893 sus Programas de Castellano y de Historia y Geografía obtienen el primer premio oficial. Ese mismo año dicta a sus alumnos su *Gramática Castellana* y la tercera y cuarta parte de su *Geografía Evolutiva*. En 1894 dicta sus *Prolegómenos de Psicología*, su *Ensayo sobre la historia de la lengua castellana* y su *Historia de la civilización antigua*. En 1895 publica su *Geografía evolutiva* y dicta a sus alumnos sus *Lecciones de literatura*, su *Programa de Higiene* y sus *Nociones de historia de la Edad Media*. Al mismo tiempo ha fundado la «Société Scientifique du Chili», es miembro de Ateneos y Sociedades y no limita su vida al claustro escolar. El profesor no ha matado al patriota y en 1891 se le nombra socio correspondiente del «Centro Propagandista Cubano Martí de Caracas, y agente del «Partido Revolucionario de Cuba y Puerto Rico» de Nueva York. En 1897 publica las *Cartas Públicas acerca de Cuba*. Se escribe con los líderes de la revolución cubana, recibe y guía al representante de la isla rebelde, informa y orienta a don Tomás Estrada Palma. Sabe que el pueblo de Chile apoya su causa, pero que el Gobierno que ha caído en las caducas manos que venció un día Balmaceda—está ocupado en planes bélicos respecto a la Argentina, que amargan el corazón

del hispanoamericano. Los hijos y la esposa, además, siguen mirando hacia la isla verde de Quisqueya. El Gobierno de Chile no quiere perderlo para siempre y lo comisiona para que estudie los Institutos de Psicología Experimental en los Estados Unidos.

* * *

Este es, en verdad, el canto del cisne. Vuelve a la lucha — dice — «para aprovechar la última ocasión de conseguir la independencia de Puerto Rico» y porque el trópico antillano tira de él de modo imperioso. El ambiente de Chile es cordial y ordenado, es placentero y propicio para el estudio; pero de las Antillas llaman el deber y el amor.

Deja a su familia cerca de Caracas. Sigue a Nueva York con la representación de los Comités y las organizaciones independentistas de Cuba, Perú, Colombia y Venezuela, muchas de las cuales él había fundado. El viaje es largo y la desgracia pronta: cuando él llega a los Estados Unidos la expedición del General Miles ya está camino de Puerto Rico. Guánica es ocupada el 25 de julio de 1898.

La realidad lo golpea pero no lo sorprende: la había previsto. El maestro y el padre deseaba, además, encontrar modo de proseguir su labor donde los hijos pudieran formarse. No dejaba de lado sus deberes de rebelde; pero acariciaba su hogar y su escuela. Tenía casi sesenta años.

En Nueva York funda la Liga de Patriotas Puertorriqueños con los elementos de la Sección Puerto Rico del Partido Revolucionario Cubano. Sus puntos principales de lucha son el derecho de Puerto Rico a gobernarse por sí solo y la organización de la enseñanza en la isla. Pero no se hace muchas ilusiones. «El inglés—escribe a su hijo Eugenio Carlos—te va a ser indispensable para la vida privada, porque esa va a ser la lengua definitiva de las Antillas.» Mi propósito—escribe a su mujer el 4 de agosto de 1898—«consiste en aceptar un Protectorado de algunos años, al cabo de los cuales quede establecida como nación independiente la República de Puerto Rico. Para esto se ha fundado la Liga». Los estatutos de ésta son publicados por la misma época.

Va a Puerto Rico, después de treinta y cinco años de ausencia, y en Juana Díaz funda la Liga de Patriotas Puertorriqueños. Vuelve a Nueva York como representante para abogar por la suerte de su isla. Él y sus compañeros ven al Presidente McKinley el 21 de enero

de 1899. «De los once trabajos que los comisionados le presentaron ocho eran obra de Hostos,» sin duda los más importantes, los referentes a gobierno y enseñanza. Poco después se traslada a Puerto Rico para presentar sus alegatos ante la Comisión Civil Norteamericana. El Ayuntamiento de su pueblo, Mayagüez, le da gracias públicas por sus gestiones cívicas. Publica *El caso de Puerto Rico*, en inglés, en que se resumen las gestiones de la Comisión que fué a Washington. Pero la desilusión y el hecho consumado lo hacen atender un llamamiento oportuno y cariñoso de sus antiguos y fieles discípulos de Santo Domingo.

El 6 de enero vuelve a la segunda patria. Es nombrado Inspector General de Enseñanza Pública. Poco después, Director General. Las sociedades dominicanas lo hacen miembro de honor. Los pueblos lo reciben con emoción reverente. En Moca funda dos escuelas graduadas, en Puerto Plata una escuela de comercio y otra en Santiago de los Caballeros. En 1901 publica su *Proyecto general de enseñanza*. En 1901 dicta a sus alumnos sus *Nociones de historia de la pedagogía* y en 1902 sus *Nociones de Derecho Constitucional*. Sin terminar se queda su trabajo sobre el Kindergarten.

¿Pero qué fe puede tener ya este creyente del derecho y la moral si en el mundo impera la violencia, este amante de la educación si ha sido y es víctima la suya de la peor ofensiva con el remoquete de «escuela sin Dios?»... Sí tiene una: la de la enseñanza. No la ha perdido ni la perder a nunca. Escribe a su hermana: «Aquí ahí, en Cuba, en toda la América Española el porvenir será de la nueva organización de la enseñanza, si es que llega día en que vean que todo depende de la razón bien educada.»

El «si» condicional se lo saca del pecho todo lo que le rodea. «¡Ya estos benditos han empezado otra revolución!», dice en una carta a su hermana. Efectivamente la riña prospera y él y su familia tienen que embarcar en el «Atlanta», refugiarse en la Estación Meteorológica de Santo Domingo, pedir protección como puertorriqueños a los norteamericanos, vivir entre descargas, incendios, atropellos, depredaciones... A un hijo suyo le hacen tres disparos de revólver desde una cerca; sus discípulos mueren o matan, unidos a tal o cual partido; y el acontecimiento trágico diario le crispa los nervios, le impide continuar su obra y hasta ganarse el sustento. En estos días anota en su diario: «...y en cuanto a los hechos particulares, por ahí acaban de pasar el cadáver de Cordero, el joven animoso, resuelto y desviado que

yo no pude contener en los bancos de la clase de Sociología, y a quien lloro como a un extraviado y un desventurado. No es él sólo: también Aquiles Álvarez ha caído...» Días después, refiriéndose al mismo discípulo: «Hablamos de Cordero, por quien a todos pregunto, porque se mezclan de continuo en mi recuerdo de esa desventurada víctima de las malas pasiones nacionales, junto con una tristeza verdadera, un como doloroso resentimiento por el completo olvido en que puso mis doctrinas y mis consejos.» Quiere dejar Santo Domingo; pero lo retiene el ruego de muchos de sus alumnos y del mismo Gobierno que, en realidad, supera en mucho a las miradas torvas que a veces Hostos cree ver en la calle. Y lo enraíza el amor al paisaje tropical, que en su diario describe con entusiasmo y ternura. Recorre los sitios de la reyería política y apunta «el aire de dolor que hay en la atmósfera urbana, y el aire de imperturbable orden que hay en la atmósfera del mar y la campiña. A la verdad, no se comprende que se pueda vivir entre tantos fermentos de mal, cuando a dos pasos se tienen las piadosas sugerencias de la naturaleza». En ellas se refugia, y especialmente en el mar de las Antillas, cuyos tonos y cuyos rumores lo ocupan a diario. Piensa, como conciliación, mandar fuera a la familia y quedarse él. Quedarse definitivamente. En carta a su hermana, anterior a los más sangrientos sucesos que le tocó vivir, ya ha hablado de un sitio del cementerio de Mayagüez en donde quisiera ser enterrado, aunque su mayor deseo sería que «de no reducirlo a cenizas le dieran por tumba el hondo mar». «Desimpresiónate—ha escrito a su hermana—yo no me ocupo de mi muerte sino como nos ocupamos de un viaje cuando no estamos acostumbrados a viajar... Como nada de esto es subsistente—habla de la patria, de la esperanza en su casta—ni siquiera tengo ya entusiasmo: no tengo más que deber.»

El deber, siempre el deber, lo sigue sosteniendo en pie. Empieza a quejarse de su salud. «Resisto—dice en abril de 1903 en carta su hermana—con repugnancia y fastidio.» Habla en su Diario del «desgano razonado de mal humor con que hace todo». Y cinco días antes de su muerte pone las últimas letras en su libro de confesiones: «...Mi cerebro, tan poseído ya también del fastidio de la vida.» La brega, en verdad, ha sido larga y dura.

Contemplando el mar encrespado de las Antillas, en cuyo seno quería reposar, rindió la vida el 11 de agosto de 1903.

COLUMBIA UNIVERSITY

7. Pablo Neruda entre nosotros. Montevideo. Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (A. I. A. P. E.), 1939. 62 páginas. [Año 5, No. 4, Oct., 1939, (pp. 327-328). Texto firmado por: A. I.]

Contiene tres trabajos—de Emilio Oribe, Juan Marinello y Pablo Neruda—leídos por sus autores el 24 de marzo de 1939 en el Teatro Mitre, de Montevideo, en ocasión de la recepción que la AIAPE hizo al gran poeta chileno; y un pequeño ensayo sobre Quevedo que el mismo Neruda leyó en otra ocasión por radio.

En la calurosa presentación que Oribe hizo de Neruda, dijo que «su presencia es sólo comparable en nuestra vida ciudadana a la visita que hace años nos hizo Rubén Darío y hace poco Gabriela Mistral».

El cordial estudio crítico de Juan Marinello, «Palabras en el Homenaje a Pablo Neruda», completa y modifica en parte el que hizo hace cuatro años sobre el mismo tema.

«España no ha muerto», tituló Neruda su preciosa conferencia. En este documento público—cosa extraordinaria—está entero Neruda: su profundidad poética y su devoción política en una pieza. Es, en prosa, una repetición más hilvanada—pero sin que el hilván destruya la lozanía—de sus versos al Barrio de las Flores, al madrileño barrio de Argüelles, publicados en «España en el Corazón».

En «Quevedo adentro» el poeta medita sobre el soneto «Cerrar podrá mis ojos la postrera...», haciendo hincapié en sus dos últimos versos: «serán ceniza, mas tendrá sentido—polvo serán, mas polvo enamorado». El poeta lo aplica a los héroes de España. —A. I.

8. Moisés Sáenz. México Íntegro. Carátula de José Sabogal, con motivos de un sarape mexicano. Imprenta Torres Aguirre, Lima, Perú, 1939. [Año 5, No. 4 (Oct., 1939), p. 329. Texto firmado por: Andrés Iduarte.]

El Profesor Moisés Sáenz, Embajador de México en Lima, ha publicado en la virreinal ciudad este interesante volumen. Contiene una serie de trabajos aparecidos en distintas revistas y en épocas diversas; pero la unidad del libro está garantizada porque todos ellos fueron escritos sobre el mismo tema y con un bien definido propósito.

La integración cultural de México es examinada sin pasión, con amor y con conocimiento por el Profesor Sáenz. Abanderado de la edu-

cación del indio, el señor Sáenz nos da cuenta de sus peregrinaciones por el territorio mexicano. Es la obra de un experimentado educador y la de un observador lleno de sencillez y de modestia.

Este párrafo podría resumir algunas de las ideas del profesor mexicano sobre la integración de México y el problema del indio: «Ni por un instante deseo que se me crea defensor de la segregación del indio. Tampoco soy partidario de la política de paternalismo benevolente (que es, las mis de las veces, paternalismo convenenciero, pura y simplemente); ni estoy con los que, postulando la incapacidad del indio, pretenden colocarlo en la categoría de un menor. Por otra parte, no soy de los que con exaltación romántica desearan convertir a México en un paraíso indígena de penachos, macanas, teocalis, ni se me ha ocurrido sustituir a Noel por Quetzalcóatl o enseñar el náhuatl en vez del castellano. Pretendo, sencillamente, que el indio sea considerado como un dato, como un factor real e importante de la integración de México. Soy partidario ferviente de la incorporación del indio a la familia mexicana, si esto quiere decir, en lo biológico, el proceso natural del mestizaje; en lo político, dar al indio cabida libre, con un criterio igualitario y democrático, al campo de la ciudadanía, y en lo cultural, una amalgama consciente y respetuosa, a la vez que inteligente y selectiva, de los rasgos y valores autóctonos...». «El caso es simple —dice en otra parte—. Repite el bien conocido proceso histórico de una cultura invasora que, hasta cierto punto, resulta capturada y modificada por la del pueblo subyugado. Pero ya no se trata de conquistadores y conquistados. Políticamente, España salió ya de América; culturalmente, jamás abandonará la escena de su magnífico dominio americano. España engendró en suelo indio. La cultura mexicana, como toda la de la América Hispánica, no es un atenuado reflejo de la española, menos aún su aborto. Tampoco es un vestigio indígena, ni un renacimiento vernáculo. Es una creación singular, con su manera propia y con especial destino...».

Pero no sólo en el aspecto sociológico y pedagógico tiene importancia este libro. La descripción que el señor Sáenz hace de las tierras aisladas de Quintana Roo, de los pueblos sedientos de San Luis Potosí, de los de la Sierra de Puebla, tiene un valor literario indudable. Las páginas sobre Janitzio y la vida de sus indios están llenas de poesía. Hay un capítulo, el dedicado a Chile Caro» —un típico chiclero a quien el Profesor Sáenz conoció en su visita a las regiones desoladas de Quintana Roo—, que podría figurar en la mejor novela americana. Su amor por el indio y su conocimiento de la tierra de México produjeron este magnífico libro, que todo hispanoamericano debe conocer. — ANDRÉS IDUARTE.

1940

9. César Garizurieta. *Resaca*. (Novela). Editorial Dialéctica, México, D. F., 1939, portada de Xavier Guerrero, 200 págs. [Año 6, No. 1, Enero, 1940, (p. 25). Texto firmado por: A. I.]

El libro del joven mexicano no es precisamente una novela, sino la presentación un poco caprichosa de imaginarios tipos en un escenario pueblerino. En una pequeña ciudad tropical, probablemente de Veracruz o Tamaulipas, el autor descubre a varios personajes: el loco Alfonso, que cobra a los vecinos por la luz del sol; Pedro Pablo o «Tlacuache», figura de campesino y apóstol por iluminación súbita; el Licenciado Guzmán, ducho en trampas y robos legales; y el Doctor Erasmo Medellín, que habla, según el autor, en «frases absurdas». En el mismo idioma hablan todos los personajes. La acción, nula al principio de la novela, se inicia más allá de la mitad del libro con la historia del atentado de la «Zopilote Oil Company» contra las tierras de los indígenas; pero queda desdibujada por la cantidad de conversaciones extrañas, muchas veces graciosas y sutiles, siempre inconexas, para cuya publicación en forma de libro fraguó el autor este relato. — A. I.

10. *América y Hostos. Colección de ensayos acerca de Eugenio María de Hostos, recogidos y publicados por la comisión pro celebración del centenario del natalicio de E. M. de H.* Edición conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico. Habana, Cultural, 1939, 391 págs. [Año 6, No. 1, Enero, 1940, (p. 30). Texto firmado por: A. I.]

Dado al público poco antes de los veinte volúmenes de las *Obras Completas* de Hostos, con el mismo formato que aquéllos y por los mismos compiladores, este libro es en realidad su introducción o su prólogo. Contiene una noticia bibliográfica, sin duda la más completa de las que hasta hoy se han publicado, y una recopilación de artículos o discursos alusivos a Hostos y escritos o pronunciados en diferentes fechas. Forman el heterogéneo contenido letras de Máximo Gómez, Gabriela Mistral, Emilio del Toro, José A. Balseiro, el doctor Brightman y otros norteamericanos, Concha Meléndez, Rufino Blanco-Fombona, Carlos Arturo Torres, Pedro Henríquez Ureña, Antonio S. Pedreira, Pedro de Alba, Antonio Caso, Mauricio Magdaleno, Camila Henríquez Ureña, José A. Fránquiz, Adolfo Posada y Francisco Henríquez Carvajal. El «Complemento biográfico y bibliografía» y la «Bibliografía Hosto-

siana: trabajos referentes a Hostos», serán muy útiles a quien quiera iniciarse en el conocimiento de Hostos, y su consulta indispensable para quienes lean las *Obras Completas* a que se refiere la reseña anterior. Confiados en estas páginas bibliográficas los compiladores dejaron aquéllas sin las necesarias notas marginales. — A. I.

11. Eugenio María de Hostos. *Obras completas*. Edición conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico. Habana, Cultural, 1939. [Año 6, N. 1, Enero, 1940, (pp. 30-32). Texto firmado por: Andrés Iduarte.]

Forma esta edición un conjunto de veinte volúmenes. En la primera página del primero de ellos se reproduce la ley, de fecha 14 de abril de 1938, que dispuso «reconocer carácter oficial a la junta para la celebración del Centenario de Eugenio María de Hostos; asignar fondos para las actividades de dicho Comité; para la publicación de las obras de Hostos y de los juicios y críticas que sobre la personalidad y obras del mismo se hubieren publicado por eminentes escritores, y para otros fines». El texto íntegro de la ley nos informa en seguida que se autoriza al Comité para la publicación de las obras de Hostos, «a cuyo efecto se asigna por la presente de cualesquiera fondos existentes en la Tesorería de Puerto Rico no destinados a otras atribuciones, la suma de veinticinco mil dólares o parte de ella que fuere necesaria». Los dos primeros volúmenes están dedicados al «Diario» de Eugenio María de Hostos. El texto comienza, a modo de introducción, con un fragmento escrito por Hostos en 1874, en que da detalles de su familia, su nacimiento y su infancia. Siguen con el título de «Juventud», las páginas escritas a partir de 1866 en su diario. Una laguna de éste, que comprende la época de sus más apasionadas luchas en España, ha sido llenada por los compiladores con la carta que aquél dirigió al Director de «El Universal», con el discurso del Ateneo y con las declaraciones de la comisión puertorriqueña que visitó al General Serrano en 1869. Cie-ran el primer tomo las páginas que Hostos escribiera poco después en Nueva York. En el segundo lo seguimos en su viaje por la América del Sur, hasta su retorno a Nueva York. De 1877 a 1898 Hostos no volvió a escribir en su diario. Lo reanuda a su vuelta de Chile y termina con sus letras de Santo Domingo. Las últimas son del 6 de agosto de 1903, cinco días antes de su muerte. Este diario, publicado, como se ve, en forma completa y minuciosa, es el mejor documento para conocer al hombre, al político, al escritor y al maestro.

Lo completan las *Páginas Íntimas* que forman el tercer volumen, esto es, las cartas escritas a su esposa antes y después de su matrimonio, las comedias que Hostos escribió para sus hijos y sobre ellos, y otras letras epistolares para su padre, sus hijos y su hermana Rosa.

La categoría de intimidad de estas páginas, escritas con la casi seguridad de que no se publicarían nunca, las hacen tan importantes o más que las del *Diario* para conocer la entraña del Hostos.

Las cartas más interesantes de su juventud política están contenidas en el tomo cuarto, *Cartas*. Son las dirigidas a don Nicolás María Rivero, a Ruiz Gómez, a Salmerón, a Sanz del Río, a Olózaga, o Fernández de los Ríos, a Sagasta, a Prim... En el mismo tomo se contiene su correspondencia con otros prohombres de la América de su tiempo.

En el tomo V, *Madre Isla*, están contenidas su campaña política de 1898 a 1901 en favor de Puerto Rico, sus planes de enseñanza para la isla y sus ilusiones y sus angustias sobre la tierra en que vió la luz. *Mi viaje al Sur*, como se titula el sexto volumen, encierra sus preocupaciones continentales, y especialmente sus páginas sobre Colombia, Panamá, el Perú, Chile, la Argentina y el Brasil. Artículos sobre el mismo tema suramericano, pero de diversa índole, escritos en fechas distintas, ocupan el volumen VII: *Temas sudamericanos*.

El octavo volumen lo ocupa *La Peregrinación de Bayoán*, el libro de la juventud escrito y publicado en Madrid, profesión de fe política y promesa—que se cumplió cabalmente— de una vida consagrada al amor a Puerto Rico y a las letras. En el noveno volumen, *Temas cubanos*, se encuentran su valioso trabajo sobre Gabriel de la Concepción Valdés, sobre Céspedes, Aguilera, Silverio del Prado, Maceo y otros escritos alusivos al país por cuya independencia también bregó. Su amor por la otra Antilla, por Santo Domingo, se manifiesta en las páginas que forman el décimo volumen, *La cuna de América*. Muchos de sus trabajos didácticos, transidos del ansia de servir a América, están contenidos en los volúmenes XII y XIII, titulados *Forjando el porvenir americano*. En *Hombres e ideas*, volumen decimotercero, están sus artículos sobre Segundo Ruiz Belvis, Andrés Johnson, John Mitchell, Garibaldi, etc., y otros en que se encuentran sus apreciaciones sobre una multitud de temas.

Una de las más importantes obras de Hostos, sus *Lecciones de Derecho Constitucional* ocupa el volumen XV. Su extraordinario *Tratado de Moral* forma el décimo-sexto. Al *Tratado de Sociología* corresponde el XVII. Y el XVIII, XIX y XX están dedicados a otros trabajos didácticos: sus *Nociones de Ciencia e Historia de la Pedagogía*, las de *Derecho Penal*,

las de *Filosofía*, su *Gramática General*, su *Historia de la lengua castellana*, su *Historia de las civilizaciones semítica y china*, su *Geografía evolutiva*, su *Manejo de globos y mapas* y su *Geografía política universal*.

No se exagera al decir que el esfuerzo realizado es excepcional y que esta recopilación es de una trascendental utilidad. La clasificación ha sido hecha con cuidado, amor y conocimiento. El orden de materias seguido, salvo algunos leves reparos, puede considerarse atinado. Creemos, sin embargo, que han faltado en el texto notas explicativas, referencias y fechas que sirvan para conducir al público no especialista en la obra hostosiana. No se da la fecha, por ejemplo, en que fueron publicadas tales o cuales obras, tales o cuales artículos; no se informa qué obras pedagógicas fueron escritas de puño y letra de Hostos; ni qué otras fueron dictadas a sus alumnos; se echan de menos pequeñas advertencias que hubieran completado esta edición que, en realidad, no está ni debe estar simplemente dedicada al erudito sino que es y debe ser considerada como el primer gran intento de divulgación de una existencia y una enseñanza fundamentales para los pueblos de América.

Estas observaciones no quitan, por supuesto, mérito ni importancia a una labor que debe ser recibida con júbilo. Y aplaudida con entusiasmo. — ANDRÉS IDUARTE. *Columbia University*.

12. Juan de la Encina, *El mundo histórico y poético de Goya. Conferencias. La Casa de España en México*, México, D. F., 234 págs. [Año 6, No. 1, Enero, 1940, (pp. 32-33). Texto firmado por: A. I.]

La Casa de España en México, fundada bajo el patrocinio del Gobierno Mexicano para acoger en ella a los más ilustres refugiados españoles, inicia sus publicaciones—con esta obra, colección de las conferencias que sobre Goya dictó el conocido crítico de arte Juan de la Encina. La elección de los temas goyescos—declara el autor—no nació de pura y simple comodidad, como podría pensarse; sino que «al poco de pisarla (la tierra de México) se ha sentido envuelto en una como enorme oleada de belleza de carácter, de belleza de poema y de color, de belleza natural y artística, de belleza delicada y dramática, de belleza popular e íntimamente aristocrática; y ello en forma tal, que se sorprendió a sí mismo pensando en Goya, pues los caracteres, las calidades estéticas de sus obras, son parecidos a los que brotan naturalmente de la sociedad y la tierra mexicana. Se apresuró, pues, de una manera

intuitiva a calificar... la belleza mexicana de belleza goyesca». No sólo citamos este párrafo porque explica la razón de ser del libro, sino porque revela, junto con otros muchos, la reacción del español que pisa la tierra de México. Este volumen es uno de los primeros frutos del contacto—de histórica trascendencia—del intelectual español con el pueblo mexicano. — A. I.

13. Arturo Aldunate Ph. *Nuevo arte poético y Pablo Neruda. Apuntes de una charla dada en la Universidad de Chile. Santiago, Nascimento, 1936. 72 págs. [Año 6, No. 2, Abril, 1940, (p. 119). Texto firmado por: Andrés Iduarte.]*

El ingeniero y matemático Aldunate Philips ha hecho un estudio emocionado de la poesía de Pablo Neruda. Sigue al poeta con atención y a menudo con sagacidad por todas sus etapas. En una «Explicación» preliminar nos informa de cómo entendió y gustó de la poesía de Neruda y de las razones y estímulos que lo llevaron a publicar su reacción ante «el nuevo arte poético». — ANDRÉS IDUARTE.

14. Jorge Carrera Andrade. *Latitudes. Viajes, hombres, lecturas. Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1934, 282 págs. [Año 6, No. 2, Abril, 1940, (p. 120). Texto firmado por: Andrés Iduarte.]*

El poeta de *El estanque inefable*, *La Guirnalda del silencio* y *Boletines de mar y tierra* nos da en *Latitudes* su tercer libro en prosa. En prosa ya ha publicado antes su *Selección de modernos poetas y prosistas ecuatorianos* y las *Cartas de un emigrado*. «Más alto que Montalvo, menos falco y cetrino, como él ciudadano del mundo —dice el joven poeta ecuatoriano— voy barajando extranjeras ciudades y revolviendo volúmenes de escrituras latinas. La frente recortada en golfo, los ojos de ceja alargada y algo oblicua, la nariz ancha de aspirar *el perfume del mundo*, los labios gruesos y la barbilla movable al influjo emocional: así me he visto en los espejos de hoteles y barcos.» Los treinta años vitales y sensitivos del compatriota de Montalvo observan y apuntan en las calles de Berlín, de París, de Bruselas, de Ginebra, de Marsella, de Barcelona, de Madrid. Lecturas, amores, dolores, impresiones del fino viajero. El libro tiene la importancia de recoger toda una etapa juvenil del ya realizado poeta y su emoción ante aquella Europa agitada e ilusionada — ANDRÉS IDUARTE.

15. Alejandro Quijano. *En la tribuna. Conferencias y discursos*. Segunda edición. México, Ediciones Botas, 1935. 157 págs. [Año 6, No. 2, Abril, 1940, (p. 120). Texto firmado por: A. I.]

El conocido hablista mexicano reproduce en este volumen varios discursos y conferencias que fueron dichos por los años de 1916 y 1917, tal y como salieron —aclara en sus «palabras preliminares»— en la primera edición, ya agotada. Estos son «Cervantes», «La Gaya ciencia», «La Raza», «La Universidad», «Jiménez de Cisneros» y «Juárez», más la apostilla «La Manquedad de Cervantes», estudios todos en que se manifiesta el amor a la lengua y a la cultura hispánica que caracteriza la obra de Quijano. — A. I.

16. Rubén Martínez Villena. *La pupila insomne*. Habana, 1936, 190 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 279-280). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Este volumen de poemas se abre con un retrato de Rubén Martínez Villena hecho por Carlos Enríquez y con un amplio y emocionado bosquejo biográfico escrito por Raúl Roa. «No hubiera sido yo partidario en otras circunstancias —nos dice Roa— de iniciar con sus versos la publicación de la obra escrita de Rubén Martínez Villena. Habría preferido —y hasta reclamado— que fuese por delante, con los pabellones en victorioso despliegue y al encuentro directo del lector, la tropa de choque de sus trabajos políticos. La razón es clara y nada tiene que ver con la calidad misma de su producción lírica. La grandeza de Rubén Martínez Villena, ese fulgor de aureola con que aparece su nombre constelado ante el pueblo, no le viene precisamente de su condición de altísimo poeta. Como a Henri Barbusse —poeta altísimo también— a Martínez Villena le viene esa aureola y esa grandeza de su condición primaria y excelsa de intérprete iluminado del anhelar oscuro de las muchedumbres, de peleador apostólico por un mundo mejor, por un mundo limpio de fealdades y de injusticias, donde el derecho al pan y el derecho al canto tengan pareja consagración.» No son estos poemas, pues, lo mejor ni lo esencial de la vida del joven escritor y revolucionario cubano muerto prematuramente; pero sí tienen la importancia de ser manifestación de una juventud ardiente y generosa y de darnos el tono de una etapa de la vida cubana en la que se desarrollaron,

unas veces coincidiendo y otras divergiendo, personalidades literarias como las de Juan Marinello y Jorge Mañach. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

17. Juan de la Cabada. *Paseo de mentiras*. México, D.F., Editorial Séneca. Colección Lucero, 1940. 224 pgs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 281-282). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La editorial Séneca se ha enriquecido con este volumen de cuentos del mexicano Juan de la Cabada. Su aparición es y debe ser reconocida como un acontecimiento en la vida literaria mexicana. Letras profundamente novedosas, estilo y manera sin encasillamiento posible dentro del actual movimiento literario de México, como que su autor, poco conocido hasta hoy en su país, tiene una personalidad singular, una personalidad peregrina.

Su pasado y su formación son muy diferentes de los del tipo común del escritor mexicano. Juan de la Cabada, nacido en el Sureste de México, en la provincial colonial y a la vez mecida por aires cosmopolitas que es Campeche, andariego auténtico por rincones desconocidos de México y de Cuba, extraño visitante de mundos ignorados de España y Francia, hijo de la familia vieja que deja el solar nativo para ser revolucionario y bohemio por otras tierras, descubridor de sectores sociales mexicanos que aún no tienen delegado en la literatura, lleva en sí un millar de cuentos. Aquí nos da algunos de ellos, que a primera vista parecerán heterogéneos y desconcertantes a quien no conozca su experiencia múltiple, su rico vagabundear, su excepcional existencia.

El prólogo y el epílogo son trasunto de ese mundo desconocido que es el Sureste de México, desconocido aún para los mexicanos, de revuelta leyenda colonial, feudal, piratesca y mayaquiché; en «Taurino López», que no es sino el prólogo de una gran novela, y en «La niña», y en «El tejón y las gallinas» y en «María la Voz» se asoma el campo mexicano con sus supersticiones, violencias, ternuras, sueños y aspiraciones, en el lenguaje un poco apresurado de quien dispone de más tema que de espacio y tiempo; hay también el atisbo de los bajos fondos de la ciudad de México, del obrero miserable y del hampa viciosa, del tugurio y la cárcel, que de la Cabada ha sabido ver con emoción y con dignidad y a la vez con objetividad y juicio crítico; y de su visita a Francia y España —a pie, por los caminos, no como

diplomático— ha extraído una stampa parisiense y «El Mañico», relato tierno sobre un pueblo al que vió en guerra y al que ligó su vida. El lenguaje de estos cuentos es prueba— y no sólo los temas— de la abundancia de material: conocimiento del idioma del que habla México, conciencia del que se habla en las diversas regiones de España, pero logrando conservar —excepcional mérito— toda la espontaneidad y soltura que la novela requiere y evitando totalmente— no hay sombra de él—todo tono profesional o erudito. Acaso de la Cabada se abandona a veces demasiado, y de allí el único posible defecto en cuanto a lengua y a arquitectura de sus cuentos, cierta aparente incoherencia y algún desdén por el cuidado de la forma.

Paseo de mentiras es una colección valiosa como pocas y, además, la promesa de las ricas experiencias de que está henchido el corazón cosmopolita y tan mexicano y tan campechano—hijo de Campeche, origen del adjetivo español—de Juan de la Cabada. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

18. Gerardo Gallegos. *El embrujo de Haití*, Novela. La Habana, Carasa y Compañía, 1937. 142 pgs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (p. 282). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Contiene este volumen la novela que le da nombre, dividida en tres capítulos («Estampa de piratas», «En Haití los muertos vuelven» y «En Haití los muertos vuelven» y «El embrujo de Haití»), más una leyenda quiteña, «El fraile que cabalgó en la muerte», y un cuento titulado «Sonido».

El escritor ecuatoriano nos cuenta primero la ascendencia de sus personajes, la novela del pirata francés Roger de Bouquet, para llevarnos luego a la entraña del relato con la vida trágica y embrujada de sus descendientes mulatos de Haití. Vidas y ambientes en que la pasión y la sensualidad van unidas a extraños cultos de origen africano, que Gallegos describe e imagina con fácil pluma y fresca emoción, sin intentar hacer un estudio cuidadoso. La leyenda quiteña, de remoto origen español y de añejo sabor colonial, está trazada con maestría, y en el recuerdo de sus tierras ecuatorianas es que Gerardo Gallegos alcanza la medida máxima. El último cuento, el más breve y el menor entre todos, es otro añadido que, en realidad, no añade nada a este interesante volumen. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

19. José Moreno Villa. *Cornucopia de México*. La Casa de España en México, 1940, 110 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 284-285). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

A su ya importante colección de publicaciones agrega la Casa de España en México este libro, uno de los más originales, sinceros y agudos que un español haya escrito sobre México.

El autor nos advierte que en esas páginas ha dado «casi todo lo que México le fue diciendo a lo largo de dos años de estancia en el país». «Algunos capítulos —añade— fueron escritos a los pocos meses de mi llegada, otros unos días antes de mandar este volumen a la imprenta». Engolfados ya en su lectura comprobamos ese valor de espontaneidad y de impresión directa que no habíamos visto antes en los trabajos que los escritores españoles han dado a luz durante su destierro en México. El libro de Moreno Villa tiene, pues, el mérito indiscutible de ser la primera visión del intelectual emigrado sobre la nueva residencia.

Moreno Villa ha sentido a México «y un poco a su libro, como una cornucopia, por lo que tiene de rizado y quebrado». De allí su atinado título. «México es cornucopia por todo eso, pero, además, por su orografía y su vida en conjunto... Tengamos presente— aclara— que la cornucopia es como un resumen del estilo *rococó* y que sus rizos no son exclusivamente lineales, sino corpóreos, es decir, que si brillan en sus convexidades, presentan sombras profundas en sus concavidades. La cornucopia es un producto de contrastes, contradicciones, altibajos, claro-oscuro, «porfirismo-lombardismo», «hispanismo-pochismo». Con amor por México y, además, con suavidad y gracia andaluza, el poeta malagueño logra señalar las luces y las sombras. Otra calidad de su libro: no limitarse a un panegírico que, si estuviera solo, podría parecer de circunstancia.

El libro es, en conjunto, un estudio de psicología comparada. Poco hay sobre tal materia, pero especialmente del lado de España. Del hispanoamericano que va a la península ibérica y coteja, y apunta semejanzas y desemejanzas, «simpatías y diferencias», tenemos mucho más en cantidad y en calidad. Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, entre los más ilustres, nos han hablado de divergencias y de coincidencias. Pero del español que viene a América hay muy poco, y casi nada del tipo de este libro. Poeta, pintor, escritor, Moreno Villa tiene las calidades de sensibilidad e inteligencia que se necesitan para esta tarea; y andaluz y cosmopolita traía ya con él un nexo vivo con Améri-

ca y una comprensión necesarios para el tendimiento de lo nuevo, de lo asombroso, de lo inesperado.

Con ojos que recuerdan los de Bernal Díaz ve el mercado, el antiguo «tianguis» mexicano; con oídos españoles repite la experiencia de los conquistadores, rehacios a la extraña fonética indígena, y la oreja culta se solaza con las nuevas inflexiones; con paladar fino y sin prejuicio «paleta» cata las extrañas frutas del trópico. El libro de Moreno Villa no sólo dice la impresión virgen, sino que estudia, coloca y organiza y, aun más, sugiere temas para el naturalista, para el artista y para el sabio. Y humanamente es un entendimiento de la gente mexicana, entendimiento histórico porque marca este nuevo contacto de América con los mejores españoles.

¿Cuál fue la reacción de los refugiados ante México? ¿Qué sintieron los españoles al poner el pie en la antigua Nueva España? El libro de Moreno Villa, aparte de sus valores literarios, quedará como el primer documento que da respuesta a aquellas preguntas.

Por supuesto que nosotros, mexicanos que hemos hecho lo mismo al revés — es decir, ver y querer a España — no compartimos todos los puntos de vista del ilustre malagueño. Este es uno de los timbres mejores de su libro: comezón de acuerdo y desacuerdo que produce. Y, por encima de todo, la mayor simpatía por su revaloración entusiasta, emocionada, cariñosa y valiente. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

20. Alfonso Reyes. *Aquellos días*. (1917-1920). Prólogo de Alberto Gerchunoff. Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1938, 180 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (p. 285). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Libro de crónicas escritas entre el 17 y el 20 que, a pesar de lo que Reyes nos dice en su prefacio, no han envejecido. Las calidades humanas y literarias del mexicano hacen de él «un libro de cronicidad»; lo convierten en un «testimonio de historia», como apunta en su sagaz prólogo Alberto Gerchunoff. En sus brillantes observaciones sobre el sionismo, en su palpar con la vida española ya cargada entonces de trágicos augurios, en su buceo por los acontecimientos de toda Europa, Alfonso Reyes ha hecho mucho más que periodismo. No sólo hay en ellos la suavidad y la gracia que caracteriza la producción toda del autor, sino también ese conocimiento sociológico y esa preparación económica (que poco se ha señalado en su obra), que proceden de la Escuela de Jurisprudencia de México —de la que Reyes fue alumno de

primera— y que él ha tenido el gusto de presentarlos siempre envueltos en las flores del buen estilo. Enfrentado con cualquier problema jurídico, Reyes no ha dejado que lo gane la pedantería ni la pesadez de los dómines y los sectarios. Desde luego que los artículos que más llaman nuestra atención son los referentes a España. Nunca sobraré repetir que la mejor calidad de Reyes está en su amor y su sabiduría por cuanto al mundo español de España y al mundo español de América se refiere, lo que le ha dado una sensibilidad y un criterio completos. La frecuente visión parcial, media, mutilada, con el estorbo del rencor para España o del desprecio para América, es siempre ejemplarmente superada por el mexicano. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

21. Francisco Castillo Nájera. *Una voz de México en el extranjero*. México, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1936, 140 pgs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (p. 287). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Contiene este libro una serie de discursos del actual Embajador de México en los Estados Unidos, pronunciados en los diferentes países y en los diversos ambientes adonde lo han llevado su carrera diplomática y sus múltiples actividades intelectuales. Al servicio de su país, el doctor Castillo Nájera ha hecho oír la voz de México en las reuniones de la Sociedad de Naciones, de cuyo Consejo fue presidente, y ha abordado, en ésta y otras tribunas, importantes temas americanos, como el de los límites peruanos-colombianos y el del problema del Chaco. Los más interesantes de estos discursos están recogidos en este libro. Como médico ha asistido Castillo Nájera a varios congresos en Europa y en América, y algunas de estas palabras suyas ocupan también buena parte del volumen que examinamos. Y lo completan dos trabajos suyos de escritor y poeta sobre la poesía belga leídos en Bélgica y Holanda, tema al que en 1931 dedicó su *Siglo de poesía belga*. Una nota preliminar de Alfonso Teja Zabre nos habla brevemente de la personalidad del doctor Castillo Nájera. — ANDRÉS IDUARTE.

22. Félix Lizaso. *Pasión de Martí*. La Habana. (Imprenta Ucar, García y Cía. 1938, 208 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (p. 290). Texto firmado por: A. I.]

A su amplia labor de investigación y de exégesis de Martí agrega Félix Lizaso este nuevo volumen. Contiene varios trabajos publicados en

distintas fechas y en distintos sitios. Van precedidos por una carta de don Fernando de los Ríos, escrita en Madrid en 1935, referente al folleto «Posibilidades filosóficas de Martí», incluido en este libro. — A. I.

23. *En memoria de José Martí. Comisión central pro-monumento, República de Cuba. La Habana, 1939, 224 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 290-291). Texto firmado por: A. I.]*

La comisión central pro-monumento, presidida por el General Rafael Montalvo Morales, ha hecho la edición de este volumen, que contiene un manifiesto firmado por el Presidente de la República, don Federico Laredo Bru, por el Coronel Fulgencio Batista, Jefe del ejército, y por otras prominentes personas, en elogio de Martí; las disposiciones y bases tocantes al proyecto de monumento; las que se refieren al concurso literario sobre el mismo tema; una reseña biográfica y las efemérides de Martí; algunos retratos tomados de la iconografía de Carricarte; tres cartas del apóstol; fragmentos de su ideario; algunos juicios sobre su personalidad; y bibliografía. Sigue un apéndice sobre planos topográficos y con los formularios de inscripción al concurso. — A. I.

24. Jorge Mañach. *Pasado vigente. Habana, Editorial Trópico, 1939, 272 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 291-292). Texto firmado por: Andrés Iduarte.]*

Desde hace tiempo— explica el autor en su advertencia— la Editorial Trópico me venía instando a que recogiera en un volumen aquellos de mis viejos ensayos y artículos de preocupación cubana que aun conservan cierta vigencia. No sin mucho desgano me he dejado convencer por la generosa insistencia. En parte, valga la franqueza, por el pudor o vanidad literaria de no presentarme —tras algunos años de alejamiento y en esta visita de cumplido que es siempre el libro— con ropa jornalera y antigua: con pareceres escritos los más para la tenuidad de la prensa diaria en aquel trienio sombrío de 1930-1933, en que no se podía hablar demasiado claro. Conteníame también el pensar que, teniendo la hora actual su propio clamor y no, por cierto, muy distinto de aquél, pudiera este recobro de la voz perdida parecer una evasión al menester nuevo de inconformidad. Pero la Editorial Trópico está dirigida por un historiador eminente, el Dr. Emeterio S. Santovenia. Con la autoridad de su oficio ha logrado él persuadirme de que a estos

trabajos circunstanciales no les falta cierta utilidad, como testimonios de la angustia y la esperanza que los cubanos vivimos antes de agosto del 33, y del fondo moral sobre el cual puede tomarse toda la ancha medida de nuestra inquietud y afán actuales. Aquel pasado se halla, en efecto, vigente.»

Como se ve, el acierto comienza con el título, que responde con precisión al contenido y al propósito. La recopilación y la ordenación—esta última, en general, cronológica—han sido también hechas con el tino y el cuidado que preside toda la labor del ilustre cubano.

«Este es—agrega Mañach—un libro político en el sentido más entrañable; político en una hora política.» Aclaremos para explicar su comentario en estas páginas que es político en el sentido original, filosófico, aristotélico de la palabra; y que, aunque Mañach recomiende que no se busque en él «literatura alguna», la hay, y de la buena, como siempre es la que sale de su brillante pluma. Eso es: lenguaje claro y preciso, buen gusto, sensibilidad equilibrada, amenidad y hondura, sin los cuales la prosa política no es sino politiquería y la literatura no es sino logorrea.

El pensamiento ceñido y ordenado no falta en ninguna de estas páginas. La emoción honrada y sincera ante todas las desgracias cubanas y los problemas humanos está siempre presente. Se asoma a menudo un realismo implacable por certero, pero enriquecido por la ilusión y la esperanza vitales que completan los ingredientes que hacen al pensador, político. En «Crisis de una ilusión», en «Norma y decencia», en «El gran experimento», en «La generación expectantes», en «Los desposeídos», en «El problema negro» en «Incorporación del español», en «Martí nonnato»—que son los artículos que más recordamos—, y en toda la obra, Mañach repite su agudo análisis de la psicología del pueblo cubano, insiste en su descarado y trágico análisis de la «la sombra de soberanía, mide las posibilidades de un paso valiente y aporta ideas generosas para la integración de Cuba y que para su salvación en la pelea que el mundo vive.

Por todo ellos *Pasado vigente* es un libro que todo cubano, y todo hispanoamericano, y todo hombre culto debe leer. Periodistas sin prisas funestas, profesor sin pediatría, literato con sentido social, hispanoamericano sin mente original, nos da una colección de artículos orientados y útiles. Las divergencias sobre algunos puntos de vista no variarán en el lector honrado la admiración por la prosa, la sinceridad y el talento del joven maestro cubano. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

25. Ángel Lázaro. *La Verdad del Pueblo Español*. Puerto Rico, Edición de «Alerta», 1939, 158 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (p. 292). Texto firmado por: A. I.]

Este volumen, colección de ensayos, artículos, conferencias y poemas de Ángel Lázaro, algunos inéditos y otros publicados anteriormente en España o América, y precedido de un comentario de R. Lavandero, ha sido editado por «la dirección del periódico «Alerta», órgano de la Asociación pro Frente Popular Español de Puerto Rico, y el producto de la venta será dedicado a aliviar la situación de los españoles refugiados en el extranjero». Contiene *La Verdad del Pueblo Español*, conferencia sustentada en el Teatro Municipal de San Juan de Puerto Rico y repetida después en ciudades y pueblos de Cuba y Santo Domingo, en apoyo de la República Española: «España en su novelista: Galdós», interesante estudio; «Concepción Arenal», «Federico García Lorca»; varios artículos sobre la lucha del pueblo español y tres sonetos dedicados «A Lister, padre, el cantero». «A Antonio Machado» y «Al General Miaja». — A. I.

26. Pío Jaramillo Alvarado. *El indio ecuatoriano*. Quito, 1936, 592 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 292-293). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El profesor Jaramillo Alvarado nos presenta esta tercera edición de su valiosa obra. Aparecida la primera en 1922, poco después hubo de hacerse la segunda y ahora se nos da este grueso volumen, que amplía el contenido de las anteriores. Dividido en tres partes, «El indio», «El agro» y «El trabajo indígena», más «Atahualpa creador» a modo colofón, abarcar todos los aspectos del importante problema. «Libro de fe profunda en la justicia social —nos dice el señor Jaramillo— *El indio ecuatoriano* contiene los anhelos cuya realización no evoca como un dogma, sino como el cumplimiento de principios éticos indestructibles, pues que son inherentes a la personalidad humana... Y este libro aspira hoy a algo más, a llevar al mundo indoamericano, y especialmente a México, al Perú y a Bolivia, ya no tan sólo el proceso localista de una iniquidad social, sino también un ensayo de colaboración en las formas económicas, jurídicas y políticas para que la causa del indio, que es la causa de América, obtenga plena justicia en la conciencia literaria del mundo.» «...Es indudable que el Gobierno español — dice en otra parte— sí puso empeño en aliviar y proteger al indio, pero el

verdugo de éste fue el criollo y, sobre todo, el mestizo. La guerra de la independencia fue obra de los españoles o de los hijos de estos nacidos en América, para gobernarse por sí mismos. Establecida la República, estamos en plena lucha por la libertad, y el indio en la República y en la Independencia no ha sido sino carne de cañón...» Además de la cantidad de datos y observaciones originales que el profesor Jaramillo hace, amerita su obra la serenidad y la justicia que ha tratado de poner en todos sus capítulos. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

27. Verna Carleton Millán —*Mexico Reborn*. Boston. Houghton Mifflin Company, 1939. 312 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 299-300). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Verna Carleton, una muchacha alta y rubia, de pura cepa neolinglesa, pasó a México en 1933 con motivo de su matrimonio con un médico mexicano, el Dr. Ignacio Millán, especialista en cáncer, antiguo militante en las luchas sociales de su país, estrechamente ligado a los vanguardistas del pensamiento y la literatura de México y miembro de una vieja familia de Sinaloa. En la vida y la conversación de Millán encontró Verna Carleton todo el color, la pasión, la fe, la esperanza y la angustia que más tarde había de observar, de estudiar y de compartir, emocionadamente de lo que es prueba elocuente este libro. Escrito con amor para el suelo en que ha nacido su hijita Claudia, tiene el mérito de ver también las duras realidades de su país de adopción, y de exponerlas con franqueza y valentía. No es este volumen la defensa ciega y partidista, ni el alegato a tanto la página, ni la censura incomprensiva y violenta, ni el frívolo parloteo del turista que tanto daño han hecho, por igual, a México. Incluso para quienes no compartan las simpatías y los puntos de vista de la autora, este libro tendrá un positivo mérito como documento. Da un valor excepcional a su libro el hecho de que ha dispuesto de la oportunidad directa y a veces íntimamente los acontecimientos y las figuras más importantes de la vida mexicana. Ha podido ver, como pocos, y en virtud de su arraigo en México, desde dentro. La política, la Universidad, la ciencia, el arte y los hombres que las hacen están vivos en sus páginas. El presidente Cárdenas, el ministro Bassols, el pintor Rivera, el maestro Vasconcelos, el líder Lombardo Toledano, el refugiado Trotsky, el músico Revueltas, y todos los grandes sucesos de los últimos años — como por ejemplo, la expropiación de las compañías petroleras — han sido anotadas y juzgadas en este libro honrado y entusiasta. — ANDRÉS IDUARTE.

28. Rhea Marsh Smith. *The day of the liberals in Spain*. Philadelphia, University of Pennsylvania press; London Humphrey Milford, Oxford University Press, 1938. 341 págs. [Año 6, No. 3/4, Jul. - Oct., 1940, (pp. 301-302). Texto firmado por: A. I.]

El autor, profesor de Historia de Rollins College, presenta en este volumen un cuidadoso y sereno estudio de la República Española. Su libro examina los antecedentes y las causas históricas que produjeron la República, analiza varios de los problemas fundamentales de España y presenta a sus más sobresalientes personalidades. «La Iglesia y la tierra», «Los catalanes y el ejército», «La Evolución constitucional de España», «Las fuerzas del liberalismo», son los títulos de los primeros cuatro capítulos, que sirven como introducción al estudio concreto del nuevo régimen. Las fuerzas que tomaron parte en su consolidación, así como los que lo combatieron y lo minaron, son contempladas y medidas en capítulos como «Socialismo y propiedad privada», «La crisis religiosa», «La familia y la educación», etc. Los más importantes acontecimientos de tan importante etapa de la vida española están recogidos en «La Revolución de 1931», «El Gobierno provisional...», «La elección de las Cortes constituyentes», «El proyecto Constitucional», «El trabajo de la comisión parlamentaria», etc. Al estudio jurídico de la República y su Constitución, están dedicados, además de algunos de los capítulos mencionados, los documentos «Las Cortes Constituyentes: partidos y procedimiento», «La organización nacional», «Derechos y garantías constitucionales», «El Poder Ejecutivo», «Los Consejos técnicos y el Poder Judicial», «Hacienda y reforma», etc., etc. La investigación, realizada en las fuentes propias, en algunas de las más importantes obras publicadas y en la prensa de la época, está presentada con orden lógico y con buen criterio histórico. Las simpatías y las inclinaciones del autor, lejos de dañar el trabajo, le dan emoción, interés y vida; y en ningún caso llegan a estorbar la visión justa y clara de las cosas. Este libro, consagrado al nacimiento y a los días que siguieron al nacimiento de la República—época que como el autor afirma enseñaba ya los elementos de consolidación y los peligros de derrumbe de la República—es sin duda uno de los trabajos hechos en el extranjero que más atenta y honradamente han mirado el problema español. Para el público de habla inglesa será sin duda uno de los principales documentos de información sobre la República Española. —A. I.

1941

29. Manuel G. Prada. *Literarias*. París, Tipografía de Louis Bellenand et Fils, 1938, 152 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 82). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Otra obra de don Manuel González Prada, formada con la misma acuciosidad y el mismo tino usado en casos anteriores por su hijo Alfredo. “Entre los papeles de González Prada que a su muerte llegaron a nuestro poder—nos dice en la advertencia—existe una libreta rotulada *Libertarias*, con pequeños poemas de índole social—en su mayoría recortes de periódicos, anónimos o con diferentes seudónimos—publicados casi todos en “Los Parias”, de Lima, durante los años 1904 a 1909. Ciertos espacios entre las líneas del índice de la libreta, deliberadamente dispuestos para la inserción de nuevos títulos, indican que el autor no consideraba *Libertarias* un libro terminado... Si bien los veintisiete poemas de este manuscrito original poseen, en la exigüidad de su número, suficientes méritos intrínsecos para ser ofrecidos al público, hemos juzgado de mayor interés reunir en un volumen todas las composiciones dispersas en la obra de González Prada—publicada e inédita—que pueden armonizar con la índole de *Libertarias*. Y hemos formado así un libro cuya unidad de ideología disimula y encubre la heterogeneidad cronológica, pues poemas escritos durante los últimos meses de la existencia del autor, como las transcripciones de *Trozos de vida*, alternan sin discordancia con poesías de juventud, como *La Libertad*, *La Revolución* y *La Gran Vendimia*”. Esta colección nos enseña nuevamente la rebeldía y la nobleza que dirigieron siempre el pensamiento del grande hombre, así como el esmero y la maestría con que manejó el verso. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

30. González Prada. *Antología poética*. Introducción y notas de Carlos García Prada. Colección Clásicos de América. México, Editorial Cultura, 1940, 372 págs. (Ediciones del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.) [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 82). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Con introducción y notas de Carlos García Prada, de la Universidad de Washington, se recoge en este libro lo mejor de la obra poética del gran escritor peruano, precursor de las letras modernas del continente y ejemplo y maestro auténtico por la obra exquisita y potente y por la vida luchadora e inmaculada. Las páginas del prologoísta revelan un

completo dominio de la materia y vienen a proporcionar, junto con sus cuidadosas y ordenadas notas, el completo estudio de la obra poética de González Prada que tanta falta hacía para situar su influencia en la literatura hispanoamericana. La impresión de la obra bajo la autorizada dirección de Germán Pardo García y en las prestigiosas prensas de la Editorial Cultura de México, responde a la categoría de este importante trabajo—ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

31. Jorge Carrera Andrade. *Microgramas*. (Precedidos de un Ensayo y seguidos de una selección de haikais japoneses.) Tokio, Ediciones “Asia América”, Colección del Pacífico, 1940, 87 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 82-83). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Inteligencia y sensibilidad finísimas, en perfecto y excepcional equilibrio, definen la personalidad del joven escritor ecuatoriano que desde el Japón—adonde le ha llevado su insaciable curiosidad humana en consorcio con su carrera consular—nos envía el regalo de sus *Microgramas*, “precedidos de un ensayo y seguidos de una selección de haikais japoneses”. El poeta aguardó consciente o subconscientemente su visita al Japón para hablarnos con mayor autoridad sobre un asunto que conocía de antaño, desde la niñez o, más bien dicho, que traía en la masa de la sangre. No recuerdo si fué Gabriela Mistral quien escribió hace años sobre las coincidencias orientales del poeta ecuatoriano. El alma de filigrana de Quito, su ciudad natal, y el miniaturista espíritu de sus indios, bastarían para explicar el parentesco o el parecido.

Pero ahora, en el ensayo que ocupa las primeras páginas de este libro, Carrera Andrade nos demuestra que ha puesto su estudio y su razón en un tema que desde hace siglos pertenecía a sus sensaciones. Recuerda en él los epigramas de don Francisco de Quevedo y Villegas; examina la saeta, el proverbio y el cantar españoles en los Machado, Domenchina, Jorge Guillén y Ángel Lázaro; se detiene ante “la corriente subterránea” de Alberti y de García Lorca, y agota así el campo de los “tres parientes” del micrograma. Nos dice después del significado del haikai (o “haiku”, como debería decirse), sigue su trayectoria en la América hispana—Gutiérrez Nájera, José Juan Tablada, Flavio Herrera, Gilberto González Contreras, Umaña Bernal y Alberto Guillén—mira la poesía francesa actual y diferencia y define el micrograma. “El micrograma no es sino el epigrama español, des-

pojado de su valor subjetivo. O más bien dicho, el epigrama esencialmente gráfico, pictórico, que por su hallazgo de la realidad profunda del objeto—de su actitud secreta— llega a constituir una estilización emocional; el epigrama reducido en volumen, enriquecido de compleja modernidad, ensanchado a todas las cosas que integran el coro vital de la tierra.”

Después nos presenta varios de sus conocidos microgramas y otros inéditos. Aciertos impresionantes son “La Lombriz”, “El moscardón”, el “habitante de la meseta”...

Y el volumen se cierra con una selección de haikais japoneses, versión libre del poeta en la fuente original del extremo oriente.

Al valor poético de estas páginas se suma el de la interpretación y la información, excepcionales, que Carrera nos da sobre el micrograma.
—ANDRÉS IDUARTE, COLUMBIA UNIVERSITY.

32. Jorge Carrera Andrade. *La hora de las ventanas iluminadas* (Poesías). Selección precedida de un ensayo sobre el “Sentido evolutivo” de la lírica en Carrera Andrade por R. Olivares Figueroa. Santiago de Chile, Ercilla, 1937, 70 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero- Abril, 1941, (p. 83). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La editorial Ercilla nos presenta, en su colección de poetas de América, esta selección de los poemas del joven poeta, hecha por R. Olivares Figueroa. Del mismo autor es el prólogo, sobre el “sentido evolutivo de la lírica en Jorge Carrera Andrade”, que añade justas apreciaciones al estudio de la obra ya rica del ecuatoriano. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

33. Jorge Carrera Andrade. *Antología poética de Pierre Reverdy*. Versión libre, selección y notas. Tokio, ediciones “Asia América”, 1940, 48 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero- Abril, 1941, (p. 83). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Desde el Oriente estudia Carrera Andrade la obra poética de Pierre Reverdy, que con tanto entusiasmo siguió hace años en Francia. Sus “notas sobre la poesía de Pierre Reverdy”, la cuidadosa bibliografía que cierra el libro, la versión pulcra y cariñosa, hacen de este libro una de las mejores fuentes para el conocimiento del poeta de Narbonne.
—ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

34. César Vallejo. *España, aparta de mí este cáliz. 15 poemas. Profecía de América* (palabras preliminares por Juan Larrea). México, Séneca, 1940. 102 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 83-84). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Con un retrato de Vallejo hecho por Pablo Picasso poco antes de la muerte del poeta peruano y con unas palabras preliminares (“Profecía de América”) de quien fué su compañero y amigo íntimo, Juan Larrea, aparece esta cuidada edición de sus últimos versos. Forman la última etapa de su vida, cuando César Vallejo retoñó o renació ante la guerra de defensa del pueblo español, en el cual puso todo su amor y su fe. Su vieja adhesión a la belleza y a la justicia se depuró aún más en sus últimos días, consagrados en cuerpo y alma al pueblo de España. Cuenta Larrea cómo el poeta se fué físicamente extinguiendo, atacado de una enfermedad que ni los médicos ni los análisis pudieron definir, a medida que la República Española caía. Su “Himno a los voluntarios de la República”, su poema a Málaga fugitiva y sacrificada, su canto al obrero Pablo Rojas, los versos que llevan el título de “Masa”, su “Redoble fúnebre a los escombros de Durango” (“Padre polvo que subes de España—Dios te salve, libere y corone—padre polvo que asciendes del alma”) quedarán como la más honda, noble, profética y recatada vibración de un gran espíritu ante el suplicio de un gran pueblo, en medio de la frialdad, la irresponsabilidad y la ignorancia generales. Vallejo, hombre y poeta sin miedo y sin tacha, cuya vida toda fué devoción, rectitud y amor al bien y a la belleza, coincidió en su agonía con otra agonía trascendental. Este libro, impreso en territorio de España por los soldados republicanos y perdido en su retirada cuando aún se hallaba en rama, y reimpresso ahora por Séneca, tiene un singular valor de documento literario, histórico y humano. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

35. Regino Pedroso. *Antología poética (1918-1938)*. La Habana, Imp. Molina y Cía., 1939, 141 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 84). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En la tropical retorta de emociones que es Cuba ha sonado durante estos veinte años la voz del gran poeta de Matanzas, con tan finos y tan variados matices y, al mismo tiempo, con tan firme personalidad que hace de él uno de los más ilustres ejemplos, vivos, de la literatura hispa-

noamericana. Prueba de ello era su libro *Nosotros* y los muchos poemas publicados en la prensa de la isla; pero ahora lo más sustancial de su rica labor se nos ofrece en este volumen. Fastuosidad oriental, introspección serena, grito ardiente antillano, preocupación por la justicia, elucubración, queja, protesta, que hablan de la tierra antillana en que nació y de sus dos razas mongólica y negra. Y siempre el gran corazón humano latiendo tan interesante en su poema *Vencedor*, que no puede estar dedicando sino a Pablo de la Torriente, y que es lo mejor que se ha escrito sobre uno de esos héroes grandes y sencillos a quienes Martí llamaba "primogénitos del mundo". — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

36. Guillermo Stock. *Bandera Soñada*. Buenos Aires, 1939, 95 páginas. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 84). Texto firmado por: A. I.]

El señor Stock dedica este libro en verso «al profundo deber humano de amistad universal». El título del volumen se refiere a «la bandera de la paz y el mundo» que juntará un día, según el ideal del autor, todas las actuales. Un sentimiento cristiano de universalidad y, al mismo tiempo, el amor a la patria argentina, inspiran estas páginas. Ya en libros anteriores ha expuesto el señor Stock la misma tesis: «Amo a la humanidad» y «Elegía a la patria» se llaman dos viejos poemas suyos, reproducidos en la última página de *Bandera Soñada*. — A.I.

37. Romualdo Brughetti. *18 poetas del Uruguay*. Montevideo, *Amigos del Libro Rioplatense*, 1937, 168 págs. (Ediciones de la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense, Montevideo-Buenos Aires, volumen XL.) [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 84-85). Texto firmado por: A. I.]

«En este libro de poesía uruguaya (que no pretende ser una antología histórica) —nos dice el autor en su prólogo— he respondido a la necesidad primordial de insertar una parte crítica estimativa, por entender que es procedimiento valioso para orientación del lector. Y estos esquemas preliminares, tendiendo a la ubicación de los poetas aquí presentes, aspiran a provocar con criterio estético—método empleado en la selección de estos poemas—una más profunda revaloración.»

Los dieciocho poetas escogidos por el crítico son: Jules Supervielle (un diálogo entre el poeta y el autor inicia el volumen), Delmira Agustini, Ángel Aller, Sofía Arzarello, Vicente Basso Maglio, Blanca Luz

Brum, Esther de Cáceres, Julio J. Casal, Enrique Casaravilla Lemos, Juan Cunha Dotti, Julio Herrera y Reissig, Juana de Ibarbourou, Pedro Leando Ipuche, Carlos Maeso Tognochi, Juan Parra del Riego, Fernando Pereda, Álvaro Armando Vasseur y María Eugenia Vaz Ferreira. Como se ve, el crítico considera dentro de la poesía uruguaya a un español de Galicia (Aller) y a un peruano (Parra del Riego), por su larga residencia en el país del Sur. Además del comentario a menudo agudo y siempre lleno de noticias interesantes que el señor Brughetti dedica a cada uno de los autores, y de una selección valiosa por haber sido recogida en fuentes originales y a veces inéditas, esta cuidada edición se ve enriquecida con un retrato de cada uno de los poetas, retratos debidos a los mejores dibujantes rioplatenses. — A. I.

38. José de la Cuadra. *Los Sangurimas*. Novela montuvia ecuatoriana. Madrid, Editorial Cenit, 1934, 170 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 85). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

“Los Sangurimas”, “Sangre expiatoria”, “Candado”, “Barraganía”, “Shishi la chiva” y “Calor de Junca”, forman este volumen cuya aparición reveló a España la nueva y brillante generación de escritores ecuatorianos. En todos estos cuentos, con estilo ágil y vivo, en prosa nerviosa y a veces entrecortada, de la Cuadra nos cuenta de la vida trágica de los montuvios de Ecuador. “Los Sangurimas”, novela corta que ocupa más de la mitad del libro, describe un mundo y unos tipos de una fuerza y una brutalidad tan auténticamente americana, que tiene que ser considerada como una de las pequeñas grandes obras de la literatura hispanoamericana, a pesar del desmayo de su desenlace. — ANDRÉS IDUARTE.

39. Jorge Icaza. *En las calles*. Premio nacional de novela 1935. Quito, Imprenta nacional, 1935, 278 págs. 4 sucres. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 85). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

A *Huasipungo*, la novela que dio a conocer en América y en el mundo al gran novelista ecuatoriano—ha sido vertida a seis idiomas, incluso al ruso y al chino— ha seguido un nuevo triunfo de Jorge Icaza: en el concurso organizado por el Grupo “América” ha obtenido el primer premio su novela *En las calles*. No una breve nota, sino un estudio detenido y amplio, y de pluma de crítico autorizado, merece la nueva obra de Icaza; basta mencionar aquí la aparición del libro y señalar

que, siendo menos crudo que *Huasipungo* y conservando el interés de la narración y la vitalidad del diálogo, es valiosa, sobre todo, porque marca la adquisición y el dominio del equilibrio que hace al gran novelista. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

40. Jorge Icaza. *Cholos*. Novela. Quito, Sindicato de Escritores y Artistas, 1938, 244 págs. \$6.00 m/n. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 85-86). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Las críticas que se han hecho a las obras de Icaza son, especialmente, estas tres: la brutal crudeza de sus descripciones; la subordinación de todo su plan al propósito de exhibir y condenar lacras sociales; y el lenguaje regional a veces ininteligible para el lector no ecuatoriano. *Huasipungo*, que le dio fama, lo puso también como blanco de los exquisitos, de los artistas “puros” y de los academicistas. En *Cholos* encontramos estas tres categorías que para nosotros son excelencias. Durante la lectura de estas doscientas cincuenta páginas vivimos con Jorge Icaza la vida amarga, miserable, brutal, angustiada, torva, alcohólica, hambrienta, animal del cholo ecuatoriano, y a través de las palabras indígenas o mestizas—que cuando no entendemos adivinamos— catamos el ritmo, la música, la dulzura ecuatorianas—quechuas, coloniales, cholas—y añadimos nuevas emociones a nuestro vocabulario y a nuestra sintaxis.

No podría escribirse de otro modo sobre el dolor de la gleba piojosa y vencida, ni hay razón para buscarlo. Sólo aquel a quien no le importe su suerte, o quien prefiera silenciar el crimen, puede escribir sobre este tema cuidándose de no salirse del arte por el arte. Brutalidad espontánea, natural, lógica, necesaria, inevitable; queja, denuncia, injuria, ataque de hombre sensible y honesto; lenguaje de su pueblo, fresco, sabroso, rico, lleno de matices... Todo esto hay en la nueva novela de Icaza. Además, un enlace y un desarrollo de sus temas quizá superior a los de *Huasipungo* y sin duda muy por encima de los de *En las calles*. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

41. Francisco Monterde. *Galería de espejos*. México, Botas, 1937, 206 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 86). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Tres relatos novelescos finos, delicados, transparentes, que pueden ser ejemplos del medio tono, el equilibrio y la aristocracia de la literatu-

ra mexicana. Sin copiar géneros extranjeros, sin caer en la imitación de la literatura francesa ni crear artificialmente criollismo a la moda, Monterde escribe páginas perdurables. En nítidos espejos vemos las siluetas de un mundo mexicano, sencillo y profundo a la vez, desconocido para los que sólo conocen el México aparente y superficial, el llamativo, el de exportación. En el recuerdo íntimo y recatado está el mexicano de cepa espiritual y en el dibujo del hombre o del momento, preciso y emocionado, asoman a veces conmovedores apuntes autobiográficos.

Cuidada factura, trama gobernada, rasgos discretos nos muestran una faceta más de la obra del penetrante crítico mexicano. —ANDRÉS IDUARTE.

42. Rafael Arévalo Martínez. *Los Duques de Endor*. Drama en tres actos y en verso. Guatemala, Centro Editorial, S.A., 1940, 52 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 90-91). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En la última página nos dice Arévalo: “Stendhal leyó un suelto de gaceta en un periódico y concibió entonces la idea de hacer una novela. Así nació *Rojo y Negro*. De igual manera yo leí un cable en el que se anunciaba la abdicación del rey Jorge VI y me propuse hacer un drama en verso. Dejo constancia de que obra imaginativa y nada tiene que ver con la historia de Inglaterra ni con la personalidad de Jorge VI y la sociedad en la que actuó. Sólo quedan, pues, ideas generales sobre Inglaterra y su gobernante en *Los Duques de Endor*... Tomé en *Los Duques de Endor* dos o tres lineamientos simples: el hecho romántico— aunque tras él pueda haber la posibilidad de móviles desconocidos— el gran escenario de la nacionalidad inglesa... Todo lo demás, el racionalismo del personaje, su filosofía... es ficticio. El complejo de la realidad está muy distante. Sería muy poco honrado el autor que en mi caso aceptar la menor posibilidad de una reconstrucción histórica.”

Escenario, Terra: Areválo repite la clave usada en el *Viaje a Ipanda*. Personajes: Guillermo, rey de Terra; la reina madre; Jorge y María, hermanos del rey, el Conde de Norfolk, secretario del monarca; Baldwin, Presidente del Consejo de Ministros, Representantes de Alemania, Estados Unidos, Francia, Italia y Rusia; etc., etc. A la trama, tomada de la realidad, se agregan reflexiones sobre la tradición, la democracia y la cercana guerra. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

43. José Martí. *Espíritu de América*. Cuadernos de cultura. Tercera serie. Publicaciones de la Secretaría de Educación. Dirección de Cultura, La Habana, 1937, 180. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 93). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La Dirección de Cultura de la Secretaría de Educación cubana presenta este nuevo librito, con un prólogo de Félix Lizaso. Contiene los trabajos de Martí sobre Emerson, Walt Whitman, Bronson, Alcott, Longfellow, Cecilio Acosta, Bolívar, Heredia y el titulado «Tres héroes». La selección ha sido hecha con el propósito de dar a conocer el pensamiento de Martí sobre la América de habla española, a la que dió su vida, y sobre la América de habla inglesa, en la cual encontraba tantas cosas dignas de ser conocidas, admiradas y amadas. —ANDRÉS IDUARTE.

44. Domingo Brunete. *La angustia contemporánea*. Buenos Aires, Atelier de Artes Gráficas «Futura», 1936, 176 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 93). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Esta colección de ensayos sinceros está realmente dedicada a la angustia contemporánea. «En el horizonte universal—comienza el autor—hay como un resplandor de indecisas luces crepusculares. En el aire, una pesada atmósfera de cargazón eléctrica, que en algunas zonas vuélvese irrespirable. En los hombres, una incertidumbre, un desasosiego a modo de pródromo alarmante, que por momentos sobrecoge fuertemente al ánimo.» El autor lamenta y ataca el prosaísmo, el practicismo, la frivolidad de la vida moderna. Otros trabajos están dedicados a tópicos de la vida diaria suramericana y por ello, y por su extensión, suponemos que muchos, si no todos, deben haber aparecido antes en la prensa. En «Miseria y paradoja de las dictaduras» Domingo Brunet fustiga a las que atormentan Europa, en «La gran bestia se acerca» prevé la cercana presencia de la guerra, y escépticamente cree que los hombres seguirán, después de un período de falsa paz y de progreso solamente material, matándose brutalmente, y, en cuanto al problema político internacional, usando siempre palabras moderadas y un suave equilibrio, confiesa que está de parte de la izquierda: «Del lado del corazón» se titula este capítulo. —ANDRÉS IDUARTE.

45. Alfonso Junco. *Gente de Méjico*. Méjico, Ediciones Botas, 1937, 228 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril 1941, (p. 95). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El conocido escritor católico ha reunido en este volumen una serie de ensayos y artículos publicados en la prensa de México. La primera parte está dedicada a intelectuales de nota que aun viven (don Enrique González Martínez, don Artemio de Valle Arizpe, entre otros) o recientemente fallecidos: Don Victoriano Salado Álvarez, don Francisco Elguero, don Manuel Puga y Acal. Precisamente por lo que tienen estas letras de periodísticas dan una impresión fresca y desconocida para los lectores no mexicanos, del ambiente en que viven y vivieron aquellos letrados. Otros artículos se refieren a hechos y nombres que en general no han traspuesto las fronteras de México. Pero la segunda y la tercera parte del volumen son quizá las más interesantes para los estudiosos: un grupo de artículos bajo el índice de "Mi paisano fray Servando", dedicados a fray Servando Teresa de Mier, nacido en Monterrey como el señor Junco, y otro "Bajo el signo de Sor Juana". En los dos capítulos se encontrarán datos poco conocidos, apuntamientos interesantes y el punto de vista de un católico sobre la discutida figura y la obra genial de dos grandes mexicanos. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

46. Estuardo Núñez. *Panorama actual de la poesía peruana*. Carátula de José Sabogal. Lima, Editorial Antena, 1938, 146 págs. \$2.50 m/n. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 95-96). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Un libro valioso, cuya desconocida bibliografía basta para hacerlo indispensable a quien quiera estudiar la joven poesía hispanoamericana. Pero no sólo datos ignorados e interesantes nos da el libro de Estuardo Núñez: revela, mucho más que otros estudios publicados sobre las letras modernas en nuestra América, un conocimiento, a la vez caliente y minucioso, de su materia; una justa dosis de sensibilidad poética, que no debe faltar ni sobrar al crítico; y un equilibrio, padre de la imparcialidad, que no es frecuente en escritores jóvenes, y menos cuando escriben sobre sus contemporáneos y casi contemporáneos.

De los cinco capítulos en que divide la obra, el segundo, el tercero y el cuarto son el núcleo del libro: "El "purismo", "el neoimpresionismo" y "el expresionismo indigenista", que son las corrientes que

Estuardo Núñez destaca en la poesía de su país. Dentro del equilibrio el autor deja ver sus tendencias, lo que es mérito y no demérito, y el lector extranjero encontrará no sin sorpresa la influencia de las letras alemanas en la nueva generación peruana o, mejor dicho, en un sector distinguido de ella. El primer capítulo, "La evolución de la nueva poesía peruana" que viene a modo de exordio, logra su propósito de hacernos entrar ordenadamente en este estudio. Pero—éste es el principal defecto del volumen—el último, "Inquietud nueva en las generaciones anteriores", no agrega casi nada a los anteriores y sólo esboza un ensayo de mayores proporciones, que el autor no hace y que puede y debe hacer para dar mejores cimientos a su útil trabajo crítico.

Como un "leit-motiv" aparece en el libro, en todos los capítulos, el recuerdo de César Vallejo. Estuardo Núñez ha venido a señalar lo que ya era hora que se precisara: la poesía de Vallejo, como producto genuino y esencial del Perú, síntesis peruana que tiene de todas las escuelas poéticas y que por lo mismo pervade todas ellas. Y, entre otros, hallamos este claro juicio: "Debe hablarse aquí de César Vallejo. Pero en otro tono. Vallejo es el acierto perdurable, mientras Hidalgo es la juvenil intuición. Hidalgo se adelanta, pero Vallejo alcanza un logro estético definitivo... Y mientras Hidalgo queda como un soldado audaz de la gesta vanguardista, Vallejo se consagra como el orientador de la nueva poesía. Su genial impulso traza entonces las dos rutas fundamentales que siguen desenvolviéndose y que constituyen la médula de la nueva poesía del Perú: el indigenismo y el purismo." En suma, este libro de Núñez, aparte de su valor como antología y como obra de información, vale por su aliento juvenil y su sentido de responsabilidad crítica, que han permitido al autor distinguir entre lo momentáneo y lo estable. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

47. Rafael Alberto Arrieta. *Estudios entre literaturas*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1939, 176 págs. \$2.00 m/arg. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 96-97). Texto firmado por: A. I.]

El crítico argentino Rafael Alberto Arrieta reúne en este volumen sus penetrantes trabajos sobre Sarmiento, Avellaneda, Walpole, Cowper, y Shelley. Su conocimiento de las literaturas argentina, inglesa e italiana (a la cual dedica magníficas páginas en "Shelley en la literatura italiana") hacen de éste un libro de homogéneo y excepcional valor. El primero de los estudios, consagrado a Sarmiento, recoge con, agudeza

una fase poco conocida del gran argentino que se inició como poeta para vivir después atacando en público y añorando en secreto la poesía. —A.I.

48. Carlos B. Quiroga. *El paisaje argentino en función de arte*. Buenos Aires, Ediciones argentinas Tor, S. A., 188 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 97). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Tres ensayos ("El paisaje argentino en función de arte", "Joaquín V. González" y "Fray Mamerto Esquiú") entre los que el primero ocupa en todos sentidos el mejor lugar por su comentario, siempre interesante y muy a menudo agudo y original, sobre las grandes obras de la literatura argentina: *Facundo*, *Santos Vega*, *Martín Fierro*... No se reduce a la pampa, sino que nos da sus buenas observaciones sobre otras regiones argentinas y sobre sus obras representativas, cerrando el primer ensayo con muy valiosas reflexiones sobre el regionalismo argentino. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

49. Teodoro Torres. *Periodismo*. México, Ediciones Botas. 1937. 282 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 98). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La larga experiencia del periodista mexicano Teodoro Torres le ha permitido hacer un libro lleno de datos curiosos y de noticias útiles. Antiguo jefe de redacción de *La Prensa* de San Antonio y director más tarde de revistas y diarios mexicanos tan conocidos como *Excelsior* y *Revista de Revistas*, sabe, como pocos, de los modos y los secretos de la prensa de los Estados Unidos y de su país. Más atento que la mayoría de sus compañeros al buen gusto, al cuidado del lenguaje, a la organización y al funcionamiento de un periódico, Teodoro Torres ha avanzado con estas páginas bastante más que los colegas suyos que se habían ocupado de este tema. El libro contiene una historia del periodismo en México que forma su mejor capítulo. Naturalmente, en el libro que un periodista escribe sobre el periodismo han tenido que escaparse, por el correr de la pluma, una serie de nombres importantes; o han sido eliminados, no siempre con justicia, los de personas de criterio opuesto o distante del autor; pero, de todos modos, este volumen representa un esfuerzo no común en las redacciones mexicanas y un documento útil para quienes un día realicen con criterio científico la obra necesaria y

difícil que exige la riqueza periodística de México.—ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

50. M. González Prada. *Propaganda y ataque*. Buenos Aires, Imán, 1939, 232 págs., \$1.50 m/n. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 99). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Firma las "Advertencias" Alfredo González Prada, hijo del gran peruano, que ha emprendido y casi terminado la edición de las obras de su ilustre padre. No se caracteriza ésta solamente por el amor puesto en realizarla, sino por la inteligencia y el conocimiento con que se ha llevado a cabo. Por lo que puede considerarse que Alfredo González Prada queda unido a la gloria de don Manuel de manera definitiva, y no sólo por la sangre y por el nombre. En su prólogo nos explica por qué ha escogido el título *Propaganda y ataque* para esta recopilación—González Prada la hizo suya en sus campañas de pluma— y nos dice "*Propaganda y ataque* obedece al plan de reunir una serie de escritos de índole semejante, no recopilados aún en volumen. Veintiocho artículos—ocho inéditos y veinte publicados— forman el libro: trece artículos religiosos en la Primera Parte; quince artículos políticos en la Segunda. Los primeros son de carácter general y de divulgación doctrinaria; los segundos, casi todos de interés local y circunscritos, en su mayoría, a un ciclo breve de la historia política peruana. Circunstancias ligadas con la vida misma del autor explican que todos los artículos, excepto cuatro, corresponden a la época 1898-1903, años marcadamente beligerantes en la vida de González Prada." No es necesario decir cómo resplandece en estas páginas la valentía y la honradez de don Manuel, ni cuánto tenemos todos que agradecer a su hijo la divulgación del pensamiento de uno de los maestros cada día más respetados por la América Española, y más necesarios para la defensa de sus destinos.—ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

51. Andrés E. De La Rosa. *Firmas del ciclo heroico. Documentos inéditos para la historia de América*. Lima, Impr. Torres Aguirre, 1938, 480 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 101). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Con la ayuda del gobierno de Venezuela, a cuyo Presidente López Contreras se dirige el "agradecimiento" que viene en la primera pá-

gina de este libro, se publica esta colección de documentos. Dos dictámenes de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, firmados por la autoridad de don Vicente Lecuna, acreditan su valor y su utilidad para llenar una serie de lagunas históricas. Contiene este primer volumen documentos recogidos por el señor de la Rosa en diversos países bolivarianos, especialmente en el Archivo Nacional de Colombia, firmados por Bolívar, Sucre, Páez y otras de las grandes figuras de la Independencia.

Esta obra de indudable valor histórico será completada por un segundo volumen cuya publicación según se anuncia en el prólogo, se hará bajo los auspicios del gobierno del Perú. — ANDRÉS IDUARTE.

52. Breve antología del 10 de octubre. Discursos y artículos de Carlos Manuel de Céspedes, José Manuel Mestre, Enrique Piñeyro, Antonio Zambrana, Eugenio María de Hostos, José Martí, Manuel Sanguily y Enrique José Varona. La Habana, Publicaciones de la Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, 1938, 160 págs. (Cuadernos de Cultura. Cuarta Serie. 6.) [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 102). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La Secretaría de Educación de Cuba nos ofrece otra valiosa obra en sus "cuadernos de cultura". Los más ilustres hombres de las Antillas hablan aquí de la revolución iniciada el 10 de octubre de 1868. La proclama del héroe de ella, Céspedes, abre el volumen, y luego nos encontramos con las palabras patrióticas de Mestre, Zambrana y Piñeyro, con las entonces apasionadas de Hostos, con los conceptos radiantes de Martí y la voz culta y sabia de Sanguily y Varona. Esta colección de apreciaciones es una buena contribución para el conocimiento de la revolución cubana. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

53. Luis Cuervo Márquez. Independencia de las colonias hispano-americanas. Participación de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos. Legión Británica. Bogotá, Editorial Selecta, 1938, 2 vols. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 102-103). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Don Luis Cuervo Márquez, Encargado de Negocios de Colombia en Washington, Presidente de las Comisiones de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes y de Senadores de su país, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Londres y, además, Miem-

bro de la Academia Colombiana de la Historia así como de una familia ilustre en el campo de las letras, nos da estos dos gruesos volúmenes sobre la independencia de las colonias hispanoamericanas. En el primero hace un estudio general de las relaciones de España e Inglaterra antes de la guerra de independencia americana y durante ella, y de la participación que en ésta tuvieron Inglaterra y los Estados Unidos. En el segundo tomo dedica varios capítulos a la independencia de la Nueva Granada y otros a estudiar la de los demás países hispanoamericanos. Por ser fruto este libro de años de pacientes investigaciones y por haber tenido el señor Cuervo acceso a los archivos de Inglaterra y de los Estados Unidos, como nos lo dice y nos lo demuestra en su libro, así como por su amplio conocimiento de la historia continental, esta obra será indispensable al estudioso de tan importantes asuntos. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

54. Gerardo Gallegos. *El puño del amo. Un reportaje de la realidad venezolana bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez*. Habana, Cultural, S. A., 1938, 248 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 106-107). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El escritor ecuatoriano aclara en el «Pórtico» que estas letras «no son un dicterio», ni «menos un elogio», sino «simples fotografías en movimiento sucesivo que producen en la retina la ilusión de vida». Califica a Gómez de «hombre excepcional hasta en el crimen». A pesar de estas y otras afirmaciones el libro nos enseña todo el horror de aquella oscura etapa de la vida venezolana y, a la vez, toda la tragicómica personalidad del cacique andino. En el «Perfil» y en la «primera parte» del libro el autor, que vivió en Venezuela y tuvo contacto directo con diferentes sectores sociales, nos presenta uno de los crímenes cometidos en el mismo seno de la familia de Gómez y del cual se habló mucho en su tiempo en todas las esferas venezolanas, por supuesto que en voz baja. Juancho Gómez, hermano del Presidente, amaneció asesinado un día en su cama. Gerardo Gallegos, con una pluma bien pulsada, nos cuenta cómo ocurrió el hecho y cómo los inocentes cayeron luego víctimas de una brutal policía. Verdad o mentira, Gerardo Gallegos ha construido con los datos que recogió en Venezuela una tenebrosa intriga de palacio.

La segunda parte está dedicada a la historia de unos forzados en el Castillo Libertador, prisión en que los grillos martirizaban por igual a delincuentes comunes y a jóvenes de la intelectualidad venezolana.

El francés Adolfo, fugitivo de Cayena, y el estudiante Pancho Cuéllar alcanzan carácter y fuerza en estas páginas.

«La rebelión de los estudiantes» nos pinta, sin que precisamente éste haya sido el propósito del autor, la heroica lucha que aquellos sostuvieron contra la tiranía. Los estudiantes piden la libertad de un compañero injustamente aprehendido y, al no obtenerla, deciden sufrir la misma pena y van a la famosa prisión de la Rotunda por su propio pie para sufrir también años de cadena y trabajos forzados. Un soldado los califica de «arrechos», de valientes; pero un sargento precisa que para hacer eso se necesita algo más: «se necesita—dice— tenel algo aquí dentro», mientras se toca la cabeza. «Y también aquí—dice el soldado— y se pone la mano en el corazón.»

Gerardo Gallegos ha logrado hacer un libro vivo, llámasele reportajes, cuentos o novelas cortas. El libro contiene un retrato de Juan Vicente en la silla-trono, otro en la cama de su feudo de Maracay, otro de Juancho Gómez y otro del hijo del amo—Vicentico—que ilustran elocuentemente al lector sobre aquel período. — ANDRÉS IDUARTE.

55. José Z. González Del Valle. *La vida literaria en Cuba. (1836-1840.)* La Habana, Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, 1938. 180 págs. (Cuadernos de Cultura. Cuarta Serie. 5.) [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 109). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Otro de los sobrios volúmenes que forman la cuarta serie de los “Cuadernos de cultura” con que la Secretaría de Educación de Cuba está dando a conocer los mejores espíritus cubanos. Está formado por las cartas que el ilustre González del Valle escribió a su amigo Anselmo Suárez y Romero y que nos pintan una de las épocas menos conocidas de la historia de la isla, y uno de los núcleos que pueden ser considerados como precursores de las grandes sacudidas sociales de Cuba. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

56. Alfonso Reyes. *Capítulos de literatura española. (Primera Serie.)* México, La Casa de España, 1939, 320 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 110). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En la noticia que inicia *Las vísperas de España*, volumen del que ya dimos cuenta en esta sección, explicó el autor lo que aquí sintetiza así: “El afán de dar un poco de coherencia a una obra demasiada desperdigada me ha

obligado a referirme, en notas, a ciertos libros donde toco temas afines; pero esta referencia pudiera muy bien alargarse a todos mis libros, en los que constantemente se advierte la atención para las tradiciones hispánicas. En estas páginas alternarán las exposiciones populares con las investigaciones eruditas, pues el querer delimitar la frontera entre una y otra clase de trabajos no dejaba de resultar un esfuerzo inútil y artificioso las más veces. Salvo ligeros retoques o alteraciones que en cada caso se declaran, estos trabajos aparecen ahora en su forma original... He decidido conservar a estas páginas su verdadero carácter: son testimonios de una época de mi vida; nada más." Se explica que a Alfonso Reyes, siempre al corriente y alerta de lo más nuevo, "se le fuera la pluma de las manos con la tentación de introducir rectificaciones y adiciones a cada paso", y que tema que haya "riesgo de que parezcan un poco atrasados de noticias"... Escritor tan minucioso y responsable, cuya obra se caracteriza por la continua y severa autocrítica, es demasiado exigente para sí mismo. Pero en sus páginas sobre el Arcipreste de Hita, Rosas de Oquendo, Lope de Vega, Quevedo, Alarcón, Gracián y Solís, que contiene este libro, el estudioso encontrará siempre la más novedosa información, la penetración profunda y equilibrada y la prosa fina y galana que lo hacen uno de los primeros ensayistas de lengua española. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

57. Pedro Henríquez Ureña. *Plenitud de España*. Estudios de Historia de la Cultura. Buenos Aires, Losada, 1940. 180 págs. \$1.50 m/arg. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 110). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En su "Biblioteca contemporánea" nos presenta la editorial Losada esta colección de trabajos del profesor Henríquez Ureña, que nos permite tener juntas algunas de sus páginas sobre España: "España en la cultura moderna", "Rioja y el sentimiento de las flores", "Tradición e innovación" y "Esplendor, eclipses y resurgimiento" alusivos a Lope, "Hernán Pérez de Oliva" y la "Cultura española en la Edad Media". Bajo la designación "apuntaciones marginales" siguen: "Poesía tradicional" "La Celestina" "Los matemáticos españoles", "Las Novelas populares de Lope", "Las tragedias populares de Lope", "Las tragedias populares de Lope", "Tirso de Molina", "Calderón", "Góngora" y "Luis Carrillo y Sotomayor". Cierra el volumen una "Explicación" donde el profesor Henríquez Ureña nos dice cuándo se escribieron y dónde se publicaron los trabajos que forman este volumen. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

58. *Cien de las mejores poesías castellanas*. Selección de Pedro Henríquez Ureña. Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1939, 308 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 110-111). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Reproduce esta edición la introducción que Henríquez Ureña escribió para la de 1929, y en la que nos muestra el claro y maestro criterio con que se hizo esta selección: “Forman este florilegio “cien de las mejores poesías de la lengua castellana”. No “las cien mejores poesías»: el título pertenece, en privilegio, a la clásica colección de don Marcelino Menéndez y Pelayo; error sería repetirlo cuando las mareas y las tempestades del juicio estético nos avisan que no hay puerto seguro donde echar anclas para toda eternidad. Pero si no existe criterio estético que autorice a decidir cuáles son las cien mejores poesías, definitivas e inmutables, de nuestro idioma, sí existe el criterio histórico que permite escoger cien poesías como “de las mejores” porque representan bien las formas en que cristalizaron los ideales poéticos de épocas diversas”. Un conocimiento poco común de las letras españolas, en el que se enlazan la sabiduría del profesor, con el gusto del buen crítico, aparta caminos trillados y avanza por olvidadas veredas, sin que haya tampoco un propósito de rebeldía contra el mérito y la belleza consagrados. Así nos encontramos aquí con Camoens, “el mayor de los poetas portugueses... que... fue, justamente, fino poeta castellano”. Otro detalle interesante es la presentación de algunos de los mejores poetas hispanoamericanos, hasta Rubén Darío, cuyo poema “Lo fatal” cierra el volumen. “Los textos se imprimen con acentuación y puntuación modernas”, salvo en casos excepcionales explicados por el profesor Henríquez Ureña, Una nota adicional escrita en 1939, nos da cuenta de algunos cambios—a los que no nos referimos por no ser de importancia fundamental—introducidos en esta nueva edición. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

59. *Biblioteca Boliviana*. Publicaciones del Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas. Director: Gustavo Adolfo Otero. La Paz, Editorial Artística. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 112). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La Biblioteca boliviana ha acometido la valiente empresa de editar cien volúmenes en los que habrán de figurar obras bolivianas y extranjeras referentes a Bolivia. Aspira a realizar—nos dice en las palabras que

acompañan su primer volumen — “una obra de cultura auténticamente nacional, orientada en la difusión de nuestros valores tanto en el exterior del país como popularizarlos en nuestro medio”. Aclara que “no es una obra para eruditos sino una obra de iniciación cultural”.

Tan loables propósitos — que pondrán en circulación la riqueza intelectual de Bolivia y sobre Bolivia, tan poco conocida en el continente — se han visto seguidos de la publicación de nueve volúmenes, todos dignos de la más entusiasta atención, aparecidos en 1939 y 1940: *Crónica moralizada*, páginas selectas de fray Antonio de la Calancha; *Tiahuanacu*, antología de los principales escritores coloniales, americanistas y bolivianos; *Anales de la Villa imperial de Potosí*, por Bartolomé Martínez y Vela; *Memorias histórico-políticas* por Vicente Pazos-Kanki; *Potosí colonial*, por Pedro Vicente Cañete y Domínguez; *Folletos escogidos*, por Casimiro Olañeta; *La lengua de Adán*, por Emeterio Villamil de Rada; *El arte de los metales*, por Álvaro Alonso y Barba y *Últimos días coloniales* por Gabriel René Moreno. Presentados con corrección y buen gusto nos proporcionan ya una amplia entrada a la historia indígena y colonial de la república del Sur. No se ha quedado ésta atrás sino que, por el contrario, con este esfuerzo ha dado un gran paso que coincide con el de otros países americanos. El doctor Gustavo Adolfo Otero, Director de la Biblioteca, precede cada volumen con un breve y jugoso prólogo. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

60. Biblioteca venezolana de cultura. Caracas. Ediciones del Ministerio de Educación. Dirección de cultura. Escuela Técnica Industrial, Talleres de Artes Gráficas. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 112-113). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Una labor de cuya importancia hablan los títulos de los libros publicados ya, da un lugar de honor a la Biblioteca Venezolana de Cultura. La “Colección Antologías” ha dado a conocer por primera vez en forma ordenada los costumbristas, los poetas y los cuentistas venezolanos, en tres volúmenes de los cuales nos hemos ocupado en esta sección. *La Canción de la juventud venezolana*, el *Cancionero popular del niño venezolano*, las *Diez canciones infantiles* por V. E. Sojo y el *Primer cuaderno de canciones populares venezolanas* agregan una nueva nota a la Biblioteca. De otra significación es el *Resumen de la geografía de Venezuela*, el útil trabajo de Agustín Codazzi. Pero hay que señalar de manera especial la publicación en tres volúmenes, y dentro de la colección “Viajes y naturaleza”, del *Viaje a las regiones equinocciales el Nuevo Continente*, la histórica y fundamental obra de Ale-

jandro de Humboldt. Este libro, redactado por el ilustre barón germano en francés y hecho en colaboración con el sabio Bonpland, fué traducido en su mayor parte por D. Lisandro Alvarado. “Los dos tomos que faltaban para completar los nueve que se refieren a Venezuela y a la parte septentrional de la América del Sur—el VIII y el IX—han sido traducidos por los señores José Nucete-Sardi y Eduardo Rohl”, nos dice la nota preliminar. “Cada tomo de esta edición venezolana incluye dos tomos de la edición francesa”, *Voyages aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*” publicada en París de 1816 a 1831. Un cuidadoso estudio biográfico de Eduardo Rohl e índices de materias y lugares preparados por la Biblioteca, completan esta valiosa edición. Grabados interesantes y una sobria y digna presentación hacen de ella un verdadero acierto y una alta contribución a la cultura. La divulgación de la obra de Humboldt, tan descuidada y tan importante, no puede ser recibida sino con el más caluroso aplauso. Otra colección, la de “Clásicos venezolanos”, suma otra obra de la que hay que hacer mención: *Reflexiones sobre la ley de 10 de abril de 1834 y otras obras* del ilustre don Fermín Toro. —ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

61. Grandes escritores de América. Colección dirigida por Pedro Henríquez Ureña. Buenos Aires, Editorial Losada, S.A., 1939. (Volúmenes publicados: José Hernández: *Martín Fierro*; E. M. Hostos: *Moral Social*; y José Martí: *Nuestra América*.) [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (p. 114). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

«Con *Martín Fierro* inauguramos—dice Henríquez Ureña—la colección de Grandes Escritores de América, que debe abarcar todas las obras significativas de nuestra literatura desde el siglo XVI.» este primer volumen de 79 páginas, con un retrato del autor, sesenta y siete dibujos de Macaya, un extracto—a modo de prólogo— del discurso que sobre «La vida de Hernández y la elaboración del *Martín Fierro*» pronunció don Eleuterio F. Tiscornia en su ingreso a la Academia y una advertencia del mismo crítico y lingüista argentino sobre cómo debe entenderse la transcripción del texto, sería garantía suficiente —si no existiera la decisiva de la dirección de Henríquez Ureña— para asegurar el extraordinario mérito y el buen éxito de esta colección.

El segundo volumen contiene la *Moral Social* de Hostos, en una cuidadosa edición que viene a ser la cuarta de la obra más valiosa del puertorriqueño, más el prólogo que apareció en la primera y dos de sus más importantes discursos: el que pronunció el maestro ante sus

alumnos de Santo Domingo el año de 1884 y el que tres años más tarde escucharon las alumnas y profesoras del Instituto de Señoritas dirigido por doña Salomé Ureña de Henríquez. Precede a estas páginas un sagaz y emocionado prólogo de Henríquez Ureña, quien, aparte de su talento y de su conocimiento de la historia y las letras hispanoamericanas, puede hablar como ningún otro hispanoamericano sobre los dos prohombres antillanos—Hostos y Martí—, ligados por una larga y cordial amistad a sus ilustres padres, el doctor don Francisco Henríquez Carvajal y la educadora doña Salomé Ureña.

Con el título de *Nuestra América* ha reunido Ureña treinta y un trabajos de José Martí, consagrados a la «América española, a *nuestra América*, a la que Martí miró siempre como conjunto inseparable, como patria grande». La comprensión de los problemas hispanoamericanos, desde los argentinos y venezolanos hasta los centroamericanos y mexicanos, y el amor a España que animaba a Martí, están más claros y vivos que nunca en estos discursos, prólogos y artículos escogidos por Ureña. Una breve nota del crítico dominicano abre al valioso libro.

La Editorial Losada anuncia la próxima publicación del cuarto volumen, que será dedicado a *El Matadero* de Echeverría. — ANDRÉS IDUARTE.

62. Fermín Estrella Gutiérrez y Emilio Suárez Calimano. *Historia de la literatura americana y argentina*. Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1940, 458 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 114-115). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Don Fermín Estrella Gutiérrez, Vicepresidente de la Sociedad argentina de escritores, y don Emilio Suárez Calimano, director de la sección de letras hispanoamericanas en la revista *Nosotros*, ambos muy conocidos en el mundo universitario de la Argentina, han salido victoriosos en la tarea dura y difícil de poner en orden el estudio de la literatura hispanoamericana. El ilustre crítico don Arturo Capdevila, profesor de la materia en la Universidad de la Plata, les hace el mejor elogio en el prólogo de la obra al decir, dirigiéndose al estudiante que va a leerla: «Dichoso usted que estudiará esta rama en un libro precioso. ¡Bien lo hubiera querido encontrar en mi colegio cuando yo tenía la edad de usted!»

Como libro de texto para estudiantes argentinos, que fué la meta que quisieron alcanzar los autores, el libro es un acierto. Es, además, por lo que hace a la literatura hispanoamericana en general, el primer esfuerzo por facilitar al estudioso un ordenado conocimiento de tan

vasta y virgen materia. Es indudable que en este aspecto supera a libros anteriores, acaso más brillantes y más personales, pero ajenos e inadecuados a toda utilización docente. La bibliografía y las nociones de preceptiva literaria que acompañan al texto prestarán un positivo servicio a quienes se inician en estos estudios.

Después de una breve introducción al estudio de la materia se dedica el primer capítulo de 64 páginas a los siglos XVI, XVII y XVIII. Aun cuando es verdad que la literatura hispanoamericana toma carácter propio en el XIX, quizá sea un poco desproporcionado dedicar tan corta reseña a las importantes raíces coloniales de nuestra literatura. Este resumen ha sido hecho en todas sus partes con muy buen juicio, pero es visible una mayor y mejor información, y datos más frescos, sobre el Perú y en general sobre la América del Sur. La explicación no es difícil siendo los autores argentinos y habiendo sido dedicado el libro a los estudiantes argentinos, pero un esmero mayor en lo que hace a la Nueva España enriquecería la obra. En cuanto a los demás capítulos los hay valiosísimos, especialmente aquellos que se refieren a la literatura argentina. No queremos tampoco dejar de apuntar el temor de que el salto de capítulos generales a capítulos particulares, la exposición alternada de materias argentinas e hispanoamericanas, puede producir cierta confusión en el estudiante que no disponga de una segura armazón sobre la historia argentina y que se verá en la imposibilidad de colocar en su sitio estos nuevos y valiosos materiales. Por ejemplo, el capítulo IV está dedicado a «La literatura en la América española en el siglo XIX», y empieza con Juan Montalvo y acaba con Zorrilla de San Martín; el V, a «La poesía gauchesca en el Río de la Plata»; el VI, a «La literatura en la América española desde 1885»; y el VII, a partir del cual sólo se trata de literatura argentina, a don «Domingo Faustino Sarmiento».

En suma, este libro cumple el propósito de los autores y, con una mayor atención a temas coloniales y con una mejor colocación de capítulos y distribución de materias, su uso no quedará limitado únicamente a la Argentina. — ANDRÉS IDUARTE.

63. Ermilo Abreu Gómez. *Semblanza de Sor Juana*. México, Ediciones Letras de México, 1938, 72 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 115-116). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

A sus valiosos trabajos sobre Sor Juana Inés de la Cruz agrega el erudito mexicano esta breve y sustanciosa obrita sobre la monja. Dividida en

cuatro capítulos — «La Crítica», «La época», «La vida» y «La obra» —, nos da una visión total y al mismo tiempo minuciosa de la existencia y de las producciones de Sor Juana. Orden, rigor científico, labor paciente y amorosa y, al mismo tiempo, imaginación viva y espíritu rebelde revelan las páginas del sorjuanista. No ha agotado ni agotará el precioso filón literario que por siglos estuvo tan injustamente descuidado, de modo que esperamos todavía muchas enseñanzas de Abreu Gómez sobre el mismo tema; pero, a la vez, ponemos la esperanza en que su dedicación y su honradez intelectual, tan excepcionales, habrán de aportar mucho a la revaloración de otros olvidados ingenios mexicanos. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

64. Julio Jiménez Rueda. *Antología de la prosa en México*. Segunda edición corregida y aumentada. México, Botas, 1938, 508 páginas. [Año 7, No. 1/2, Enero – Abril, 1941, (p. 116). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La primera edición de esta obra, hecha en 1931, tuvo el buen éxito que de ella se esperaba. Lo acredita así esta segunda edición completada con selecciones de los cronistas españoles, «que tanta importancia tienen en los primeros tiempos de la colonia». El libro comienza con los nombres de Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Fray Toribio de Benavente (Motolinia) y Francisco Cervantes de Salazar, «nacidos en España pero ligados inseparablemente a la historia de la conquista, de la evangelización y de la cultura novohispánica». También han sido agregados otros prosistas del México independiente. Una breve y útil biografía precede a la selección de los autores presentados. El propósito del Profesor de Literatura de la Universidad de México, del cual nos habló en su primera edición—dar a conocer la prosa de México, mucho menos difundida que su poesía—se está viendo felizmente realizado. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

65. Fernando Díez De Medina. *El arte nocturno de Víctor Delhez. Biografía poética con 64 grabados del artista*. Buenos Aires, Losada, 1938, 272 págs. [Año 7, No. 1/2, Enero - Abril, 1941, (pp. 118-119). Texto firmado por: A. I.]

El escritor boliviano Díez de Medina dedica este libro «a los artistas que defienden una idea contra el mundo». Explica en seguida su concepto de biografía poética:

«Biografía histórica, no. Biografía fabulada, tampoco; son géneros distintos, limitado cada cual por reglas particulares. Más bien una forma compuesta que busca lo poético del motivo humano—dualismo de verdad y fantasía—tocando todos los registros de la narración.» Entra luego al relato de la vida de Víctor Delhez, flamenco, nacido en Amberes en 1902, que «padece la vanguardia en París». En el marco de Montparnasse aparece la ineludible figura de Picasso. Víctor Delhez se hace grabador. Díez de Medina nos presenta no sólo su vida externa, sino la más íntima, las preocupaciones que como hombre y como artista lo mueven, lo sacuden y lo forman. Víctor Delhez se traslada a Buenos Aires y luego a Bolivia. «Trabaja un Tríptico fabulosos la ilustración de Baudelaire, Cristo y Dostoievsky, sin haber alcanzado el mediodía de su jornada». El autor insiste en el análisis de los conceptos artísticos y filosóficos que explican el carácter de la obra de Víctor Delhez, a quien estudia con un interés y una admiración emocionada que excepcionalmente se pone en artistas aun vivos. En un subido diapasón remata el señor Díez de Medina su biografía con estas palabras, puestas en boca de Prometeo: «Víctor Delhez. Grabador del misterio. En el acero de su gubia gira el Cosmos. Los cielos se precipitan. Crujen las montañas. ¡Poned, poned distancia! Llega un clamor de origen numeroso. Masas informes y agresivas... Ciudades con la estatura del cielo... Paisajes bruscos, con ímpetu de ola... Castillos, templos avasallan cual pájaros furiosos... Tierras que se dilatan como el mar... Figuras vibratorias... Formas fugitivas... Toda la escala humana: los grandes y los míseros; lo bello y lo espantable... Todo el suceso cósmico: el mundo, con sus moradores y fenómenos, su grandeza, su variedad y sus detalles... Y donde el ojo humano ya no alcanza, los tiempos que aún no han sido y los amanezcos que tal vez no fueron.» Vienen en seguida las extraordinarias y extrañas láminas que justifican las palabras de Díez de Medina: un autorretrato, las ilustraciones a Lord Dunsany, las ilustraciones a Baudelaire y, finalmente, las ilustraciones a los Evangelios, que, según los datos del biógrafo, «brotan... en una finca de Cochabamba. El solitario de Cocaraya llega a la síntesis: en el conviven el clásico y el revolucionario»

Una mayor atención que la que permite esta reseña merece «el arte nocturno» de este grabador flamenco, descubridor capturado por el poderoso paisaje boliviano. — A. I.

66. Ciro Mendiá. *El libro sin nombre. Poemas. Canciones de Aidamaro. Sonetos*. Pról. de B. Sanín Cano. Medellín, Colombia, Tipo Foto Club, 1929, 152 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul. - Oct., 1941, (pp. 244-245). Texto firmado por: A. I.]

“Poemas, Canciones de Aidamaro y Sonetos” que Sanín Cano, en el prólogo que ampara el libro, define como “poesía tempestuosa, donde el ritmo tiene modulaciones de río peñascoso y se distiende a veces, con feroz elegancia”... “Acaso la nota carnal — agrega — no había sonado entre nuestros poetas con vibraciones tan altas, tan firmes, tan sostenidas.” “Desbordante e iluminada” es en verdad esta poesía romántica que, una vez más, aparece en el ambiente docto y contenido de Colombia. — A. I.

67. Gastón Figueira. *Mi deslumbramiento en el Amazonas*. Buenos Aires, Cabaut y Cía., 1935, 148 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul. - Oct., 1941, (p. 245). Texto firmado por: A. I.]

El autor de *Para los niños de América* y de *Río de Janeiro, ciudad de hechicería*, nos presenta en este volumen de versos su emoción ante la selva amazónica. Canta su fauna y su flora y recoge canciones indígenas. Al final del libro nos da un vocabulario para traducirlas. El libro forma parte de la colección “La fiesta de América” que será integrada, según nos anuncia en la primera página, con otros titulados *Sarapes de México*, *Nieve de los Andes*, *Quetzales de Centroamérica*, *Ñandutí del Paraguay*, *Rumba Pampa*, *Tardes del Titicaca* y del *Poopó*, *Rascacielos de Manhattan*, etc., etc. — A. I.

68. Gastón Figueira. *Para los niños de América*. Buenos Aires, “Librería del Colegio”, 1937, 148 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul. - Oct., 1941, (p. 245). Texto firmado por: A. I.]

El señor Figueira nos presenta la segunda edición, “corregida y ampliada”, de esta obra “utilizada como texto de lecturas libres en varias escuelas americanas”. Contiene versos y prosas encaminados, como los de todos sus libros, a hallar una fórmula global de América. Dedicadas estas páginas a los niños, contiene “rondas y juegos, fábulas americanas, leyendas indígenas, canciones, tradiciones, paisajes y ciudades de América”, etc., etc. Ilustran el volumen viñetas que “reproducen motivos decorativos del arte de las tres Américas: incaico, azteca, maya, calchaquí, pueblo, marajoara, navajo; etc.”. — A. I.

69. Gastón Figueira. *Quetzalcoatl. (Motivos mexicanos)*. Buenos Aires, "Librería del Colegio", 1938, 28 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul. - Oct., 1941, (p. 245). Texto firmado por: A. I.]

Poemas alusivos todos a México, en que se canta a Quetzalcoatl, a los indios de ayer y de hoy, la leyenda nahoa de los signos cosmogónicos, los volcanes, a Cuauhtemoc, etc. — A. I.

70. Luis Cané. *Romancero del Río de la Plata*. Buenos Aires, Talleres Gráficos de Porter Hnos., 1936, 96 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul. - Oct., 1941, (pp. 245-246). Texto firmado por: A. I.]

Bellos y muy argentinos romances del autor de *Mal estudiante* y de *Marido para mi hermanita* en que la copia de expresiones y frases íntegras de obras y documentos históricos—de las que nos da cuenta al cerrar el libro—no ha destruido la frescura poética. Dedicado el volumen "a los poetas Leopoldo Lugones y Fernández Moreno, a Juan Hohman, dibujante, y a las esquinas de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de la Santísima Trinidad—en la provincia que era del Río de la Plata—puerto de Nuestra Señora Santa María de los Buenos Aires y puerto de la tierra", en conmemoración del cuarto centenario de la primera fundación de la ciudad, ha sido presentado en una bella, clara y sobria edición. — A. I.

71. José Hernández. *Del amor clandestino y otros poemas incorporados*. Lima, Talleres de Enrique Bustamante y Ballivian, 1936. 12 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul. - Oct., 1941, (p. 246). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En realidad no estamos ante un libro encuadernado, sino ante doce hojas sueltas llegadas a nosotros dentro de un sobre con el nombre del autor y un título para sus poemas. Esta singular edición nos trae el mensaje poético, puro, sobrio, exquisito, de uno de los mejores poetas jóvenes de Lima. En la primera hoja nos dice que "estos poemas no pertenecen a un libro. Son de distintas épocas. De diversas etapas emotivas". — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

72. Efraín Huerta, *Línea del alba*. México, Taller Poético, 1936, 44 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 246). Texto firmado por: A. I.]

Poesía de juventud, pero de la mejor precocidad por la seguridad de la forma y el equilibrio de la sensibilidad. Ternura ardiente, llama estática, personalidad propia y muy mexicana revelan estos poemas en que la patria del poeta se asoma en el medio tono, en la sobriedad y en el recato. — A. I.

73. Jaime Torres Bodet. *Cripta*. México, Ediciones Loera y Chávez, 1937, 78 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 246). Texto firmado por: A. I.]

En una edición bella y limpia, digna de su contenido, nos llega este nuevo libro de poemas del estimado poeta mexicano. Su sensibilidad fina y nunca sobresaltada, su natural dominio del verso, su expresión fácil y cristalina y esa su sin rival dedicación a la poesía, están patentes una vez más con la aparición de *Cripta*. — A. I.

74. Luis Cardoza y Aragón. *El sonámbulo*. México, Ediciones Taller Poético, 1937, 30 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 246). Texto firmado por: A. I.]

Con este volumen de poemas vuelve a la escena literaria el fino poeta radicado en México, con su lenguaje de siempre, lleno de sugerencias y de adivinaciones. — A. I.

75. Aurelio Espinosa Polit, S. J. *Alma adentro*. Quito, Editorial Ecuatoriana, 1938, 128 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 246-247). Texto firmado por: A. I.]

Poesías de inspiración religiosa y de forma clásica, en la que el distinguido ecuatoriano recuerda la fe y el arrebató de los grandes místicos. “Señor, no soy digno”, “A la dolorosa”, “Visita al Santísimo”, “Mater misericordiae”, se destacan en este devocionario poético. — A. I.

76. Ciro Mendía. *Escuadrilla de poemas*. Medellín, Colombia, Tipografía Foto club, 1938. 60 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 247). Texto firmado por: A. I.]

Edición privada de doscientos ejemplares en que reaparece el entusiasmo del poeta de Medellín. Viene a ser la séptima de su ya rica bibliografía. — A. I.

77. Claudio Indo. *Un hombre apunta a su imagen*. Tomo I. Lakeland, Florida, Southern Printing Company, 1939. 174 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 247). Texto firmado por: A. I.]

El autor nos aclara en la primera página que este libro de poemas pertenece al “angurrientismo—movimiento de la intuición de la esencia chileno cultural—creado por el novelista Juan Godoy y el poeta Clau-

dio Indo". Dedicada la obra a Juan Godoy, la encabeza una explicación, "Concepto del angurrientismo", firmado por el citado escritor y por el autor del volumen. Este se divide en cuatro resurrecciones y forma el tomo I, "El descubridor maravillado", de una obra que se verá seguida, a juzgar por este dato, de otros volúmenes. — A. I.

78. Gabriel Mercado Ramírez. *Extasis*. Guadalajara, México, Ediciones Voz para la Poesía, 1939. 20 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 247). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Una bella, cuidada y reducida edición, "formada e ilustrada por el autor", e impresa en los Talleres Gráficos Román de la capital del mexicano Estado de Jalisco. Con semejante presentación a la de este poema aparecieron en 1938 los romances *Canto por la muerte de Federico García Lorca* y *Sangre de España*, en donde Gabriel Mercado Ramírez deja ver su devoción por el gran poeta granadino y por la República española. Antes, en 1937 y en las ediciones Índice, publicó las poesías *Camino de tu ser*, punto de partida de una obra fina y delicada. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

79. "Biblioteca América" de las Ediciones Ercilla: *Índice de la poesía uruguaya contemporánea*. Selección y estudio preliminar de Alberto Zum Felde. Santiago de Chile, 1935, 252 págs. \$20 m/n.-*Índice de la poesía argentina contemporánea*, por José González Carbalho. Santiago de Chile, 1937, 420 págs. \$30 m/n.- *Índice de la poesía chilena, contemporánea*, por Hernán del Solar. Santiago de Chile, 1937, 300 págs. \$28 m/n.- *Índice de la poesía ecuatoriana contemporánea*, por Benjamín Carrión. Santiago de Chile, 1937, 172 págs. \$16 m/n.- *Índice de la poesía peruana contemporánea (1900-1937)*, por Luis Alberto Sánchez. Santiago de Chile, 1938, 364 págs. \$33 m/n. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 249-250). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La Editorial Ercilla nos viene ofreciendo estos "índices" de la poesía hispanoamericana, fundamentales para su estudio. Con plena libertad han aplicado su criterio los seleccionadores, siempre bien escogidos, de manera que tenemos estas antologías espontáneas, libres, personales. Cada uno especialista en su campo, nos dan páginas que son base para quien quiera informarse de la materia. Algunos de los estudios preliminares pueden considerarse como magníficos. Ojalá que la Colección "Biblioteca América" se vea completada con "índices" de la poesía de los demás países del continente. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

80. *Antología de la moderna poesía venezolana. Selección y compilación de Otto D'Sola*. Caracas, Editorial Impresores Unidos, 1940. Tomo I, 325 págs. Tomo II, 464 págs. (Colección "Antologías". Biblioteca venezolana de cultura.) [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 250). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En sus sobrias ediciones nos ofrece la colección "Antologías" estos dos tomos sobre la moderna poesía venezolana. Por el valioso y a menudo inédito material, así como por el brillante prólogo de Mariano Picón-Salas y las notas biográficas y bibliográficas de Otto D'Sola, constituyen fuente indispensable para el conocimiento de las letras del país del Sur.

El primer volumen se abre con el "Ciclo de la moderna poesía venezolana" (1880- 1940)", en el cual Mariano Picón-Salas hace un estudio sagaz y concienzudo de la materia. Sus penetrantes páginas sobre Pérez Bonalde, Gabriel Muñoz, Andrés Mata, "el schubertismo en nuestra literatura", el modernismo y el decadentismo, Darío y su influencia en los venezolanos, Rufino Blanco Fombona y Alfredo Arvelo Larriva, Lazo Martí y el nativismo, el colapso intelectual durante la tiranía de Gómez, las influencias numerosas y revueltas que sufre la poesía venezolana de hoy, la "tremenda voz disolvente" de Pablo Neruda, hacen de este prólogo uno de los más interesantes análisis de la literatura hispanoamericana y no sólo de la venezolana. Contiene este primer volumen las siguientes selecciones: "Los precursores de la poesía moderna: época 1870- 1895"; "Los populares de la generación 1885-1890"; "Parnasianos y neoclásicos" de la misma; "Los románticos de la generación 1890-1895"; "Modernistas y nativistas de la generación 1900-1910" y "Los poetas de 1910".

El segundo volumen está consagrado a "Los poetas de 1915", los "de 1920", los "de 1930" y los "de 1935". En las últimas páginas ha sido incluida, a modo de "índice", una bibliografía, en la que "se ha querido reunir, en lo posible, la producción tanto en verso como en prosa de los autores que integran esta antología, con el fin de dar a conocer mejor la diversidad de su obra literaria".

La selección y la compilación han sido hechas con buen gusto y tino, y la clasificación de autores con lógica, sin que esto quiera decir que no pueden aparecer arbitrarios ciertos casilleros, lo que es, por otra parte, inevitable en una labor de esta índole. Quizá hubiera sido mejor dar mayor amplitud a las notas biográficas que preceden a la selección de cada autor, a veces sólo de cinco cortos renglones

que poco dicen al lector no venezolano; y sin duda hubiera convenido que a estas notas biográficas las siguieran las bibliográficas, en vez de haberlas puesto a modo de índice al final del Tomo II. Estas menuencias, no quitan, por supuesto, el mérito de esta obra, fundamental para quien quiera conocer las letras venezolanas. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

81. *Las cien mejores poesías mexicanas modernas*. (De Manuel Gutiérrez Nájera a nuestros días.) Selección y estudio de Antonio Castro Leal. México, Porrúa Hnos. y Cía., 1939, 228 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 251). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Correcta y sobria presentación, selección muy atinada y prólogo de mano maestro hacen de esta obrita un acontecimiento editorial. Antonio Castro Leal, cuya cultura, talento y penetración crítica son conocidos de todos, revisa en veintidós páginas la poesía mexicana y la define de la raíz a las ramas. Su trabajo, que ojalá un día se torne un libro completo, resulta esencial para quien quiera tener una idea segura y clara de la poesía mexicana. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

82. Mariano Azuela. *San Gabriel de Valdivias*. Santiago de Chile, Ercilla, 1938, 144 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 251). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La misma prosa sobria y el mismo diálogo zumbón y dramático de *Los de Abajo* renacen en esta novela de don Mariano Azuela. En un escenario real—una comunidad indígena durante el gobierno de Calles—nos presenta otra vez la energía del pueblo en la defensa de sus derechos, el cinismo y las artimañas de falsos líderes que recuerdan al simbólico Luis Cervantes, la coincidencia de los “cristeros”, que luchan bajo la bandera del fanatismo, y de los campesinos que se enfrentan a la corrupción de nuevos y brutales amos. Azuela subraya más que nunca la entereza de un pueblo que pelea incansablemente por la justicia y como líderes criminales la falsean y la tuercen. Es visible que Azuela ha puesto cuidado en fijar la diferencia entre pueblo y plebe, entre labradores que se defienden y chusma demagógica que atropella. En guardia, sin duda, por las interpretaciones equivocadas o tendenciosas—dañosas para México—que a *Los de Abajo* se le dieron, Azuela

hace hincapié en la nobleza de las aspiraciones de su pueblo, sin dejar, como siempre, de exhibir los bajos fondos de la lucha social.

Los personajes, como siempre, vivos y de una pieza: el viejo campesino altivo, el hijo apasionado y que trae nuevos conceptos de otras tierras, el antiguo patrón gomoso y cobarde, el tipo bestial del político de campanario, el militar untuoso que consume el nuevo engaño y la figura fuerte, vengadora y trágica de Juanita González. Todos actuando, sin gritos, a medio tono, suavemente, en medio de la sangre y la muerte mexicanas. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

83. Rafael Arévalo Martínez. *El mundo de los maharachías*. Guatemala, Unión Tipográfica de Muñoz Plaza y Cía., 1938, 128 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 252). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La fantasía del gran escritor guatemalteco vuelve a darnos sugestivos libros: *El mundo de los marachies* y *Viaje a Ipanda*: dos obras independientes “en una acción de continuidad, conformada dentro de unas aspiraciones de renovación”, según nos dice Hernández de León, que bien los conoce, en la “opinión” que abre el segundo de ellos. En el post-scriptum de *El mundo de los maharachías* nos habla Arévalo Martínez de la génesis de estos relatos: un joven, hispanoamericano y diplomático, le confía que en “el astral” ha leído cuatro manuscritos maravillosos, y le confía dos de ellos. “Aunque escritos en un idioma antiquísimo, anterior en muchos siglos al sánscrito, tuve el conocimiento intuitivo de sus conceptos, como sucede siempre en el astral, en que se conocen las ideas aun sin sus vestiduras de vocablos: pero, como es natural, al verterlos a nuestro idioma, para evitar perífrasis enojosas, acudí, en cuanto me fué posible, a las voces castellanas que se aproximaban a conceptos del original.”

En *El mundo de los maharachías*, con su imaginación viva y su fina prosa de siempre, Arévalo nos cuenta por boca de un “lucío”, nativo de “las Lucías”, la vida y costumbres de un pueblo maravilloso, el de los hombres extraños y moralmente perfectos de “las maravillosas colas”. Los personajes tienen la sensibilidad aguda del autor del relato, que se ve ligado a ellos por dos amores casi sobrenaturales, el uno apasionado e instintivo por Iabel, bella maharachía que le había pasado por el rostro la borla de su cola, y el otro tierno y espiritual por Aixa. Entre las plásticas de estas dos misteriosas maharachías y las revelaciones que el lucío narrador oye de ellas, transcurre la acción,

basta llegar a la muerte de los mil novecientos noventa y siete maharachíes a manos de otra raza, de la raza sin cola, “animalitos heroicos que soportan un peso que los está matando: el peso de una civilización cada vez más complicada”. Pero la aventura del lucío náufrago no ha terminado aquí; porque en el mismo continente, Atlán, y cerca de la Costa Dorada, residencia de los maharachías, ha podido conocer otro mundo extraordinario: el de Ipanda. La imaginación que fue puesta en el aspecto físico e íntimo de los maharachíes, será entregada a crear en el *Viaje a Ipanda* un mundo de perfecciones sociales.

Ligados porque su cuna es la misma, los dos relatos, ya se ve, son diferentes. Apuntemos como otro punto en común la aspiración de un universo perfecto o siquiera superior al nuestro, que palpita en los dos libros. No es necesario decir que en estos relatos reaparece la pluma maestra del ilustre guatemalteco. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

84. Rafael Arévalo Martínez. *Viaje a Ipanda*. Guatemala, Centro Editorial, S. A., 1939, 228 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 252-253). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En *El mundo de los maharachíes* ya nos ha contado Arévalo el origen de estos dos manuscritos. En ese libro, en su post-scriptum explicativo, nos adelantó también estas palabras: “Por extraño que parezca, esta inverosímil historia de los hombres con cola es mucho menos inverosímil que el *Viaje a Ipanda*, en el que se relata que los hombres, en épocas perdidas, pudieron vivir en paz en el seno de una Sociedad de Naciones. ¡Están hoy tan desacreditadas las utopías, desde el *Tratado de la República* y el *Libro de las Leyes* de Platón, la *Utopía* de Thomas Morus, *La Ciudad del Sol* de Campanella y el *Viaje a Icaria* de Cabet, hasta las contemporáneas, que tuve rubor de editar el *Viaje a Ipanda*. Vivir los hombres de hoy en paz! ¡Qué locura!” Y luego: “Tuve rubor de editarlo, tuve pudor, aunque hoy en cada hombre consciente del drama español se levanta todas las mañanas un utopista.” Consciente del drama español, consciente de la injusticia social, consciente de las brutalidades y contradicciones de nuestro mundo, Arévalo ha construido en el *Viaje a Ipanda* su ciudad ideal.

El “lucío” náufrago hace una visita a los ipandeses, pueblo que vive bajo la inspiración de los maharachíes. Cuando estos seres con cola demasiado perfectos y poseedores del “sentido de la tierra”, son asesinados, el lucío náufrago recuerda su viaje a Ipanda y nos

da un resumen de su organización social. Limitación de la propiedad privada, obligatoriedad para todos del trabajo, altos estipendios para el juez, para el maestro, para el obrero, división de la abogacía en jurisconsultos prácticos y catedráticos profesionales y una serie de instituciones para corregir la injusticia de las actuales. El autor, sin embargo, no ha querido ir demasiado lejos, y ha pedido su “parecer” a F. Hernández de León, “parecer requerido” que inicia el libro a modo de prólogo y en el que se nos dice: “El requerimiento de Arévalo Martínez obedece—lo digo de una vez—a un temor. Se ha preguntado con insistencia si van muy lejos sus ideas, dentro de las ansias de renovación social, tan lejos que puedan tener contactos con el comunismo. Los tiempos marcan pautas contradictorias; en este devenir de acontecimientos que caracterizan al siglo XX, en una pugna insistente de doctrinas puestas en práctica, el escritor que mira por los destinos humanos y traza el plano de una nueva estructura social, se ve asaltado por el terror de caer en un abismo, precisamente el abismo que él trata de orillar.” Arévalo Martínez, al construir imaginativamente una organización social que no es igual a la actual, que la transforma y mejora, implícitamente la condena; pero no está ni quiere estar en el plan del demoledor social, del revolucionario, y por ello advierte y aclara, condiciona y limita sus fantasías.

“*El Viaje a Ipanda* fija una visión de poeta—concluye Hernández de León—; los ipandeses forman un pueblo regido por instituciones que tienen el sello demócrata una democracia desbastada de los vicios mantenidos por la complacencia, del liberalismo y los extravíos de un socialismo extremo... Su aspiración demócrata tiene por fundamento el orden por una parte y, por otra, la dirección de la cosa pública debe estar en manos de los preparados...” Y todavía, en el recorte impreso que anuncia el libro, se subraya: “Esta obra es la defensa de la democracia contra el fascismo y el comunismo. Una divulgación novelada para hacerla menos árida. Panamá, en las conferencias de Lima, pidió a los gobiernos de América que enseñasen a amar la democracia. Este libro contribuye a ello.”

La fuerza de las raíces de sus pensamientos le hace poner a un lado “el astral” y hablarnos de cosas de hoy, aunque sea en clave. “No todos los pueblos están preparados para la libertad; pero no por eso hay que juzgarlos mal. En estos instantes por igual conspiran contra la democracia Recia con su comunismo, Apia con su estadismo y Germona con su nacionalsocialismo. Es decir, la democracia se ha convertido para ellas en la autocracia. El Estado de partidos se ha convertido para ellas en

un solo partido.” Ni duda cabe de que está dando su opinión sobre Rusia, Italia y Alemania. Y de Francia e Inglaterra: “Gracia es la luz. Bien está como símbolo suyo el gallo, con su algarada matinal; el gallo, un símbolo solar, porque Gracia es luz, claridad, armonía y ponderación... En su suelo, como en suelo propio, medra la libertad que nacida en ella fué concebida en Terra. Mi corazón va hacia esos dos grandes pueblos: Terra y Gracia. Yo soy, más que ipandés, graciano. Yo—y conmigo mi generación, ya vieja hoy—nos amamantamos a los pechos de Gracia más que a los de Ipanda.” No hay que olvidar que habla un seguidor de los poetas modernistas.

Demócrata en política, liberal en economía, que cree en gobierno de los mejores, pero llegados a ellos por elección popular, que concibe el estadismo como un mal menor, que no olvida los derechos que aún le falta conquistar al obrero, y que admite restricciones a la libertad cuando han sido tomadas por discusión en el parlamento y por consideración a una soberanía más alta: la de una Liga de naciones que haga posible la paz humana. Bajo estas ideas Arévalo nos presenta en su novela, con la gracia de siempre, a personajes que pueden representar todos los sectores del mundo que vivimos. El poeta y el novelista, asaltado como todo hombre sensible por la bestialidad de la hora actual, piensa soñando y sueña pensando en el *Viaje a Ipanda*. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

85. Rubén Martínez Villena. *Un nombre y otras prosas*. La Habana, Ucar García y Cía., 1940, 166 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 254). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Se da a la publicidad en este libro la obra en prosa del brillante joven cubano. Ya en *La pupila insomne* se recogió toda su poesía. Tres cuentos ágiles y fuertes y varias críticas y crónicas agudas y emocionadas, nos muestran otra vez lo que en Martínez Villena había de originalidad y de personalidad. Un aliento apostólico, deliberadamente escondido por la mejor modestia y el más puro buen gusto, resplandecen en estas finas páginas. Núñez de Olano, en su sentido prólogo, habla del talentoso escritor y del hombre excelente y ejemplar que fué Martínez Villena y recuerda su frase, “como acuñada”, que en realidad es resumen de su vida y su obra tan tempranamente interrumpidas por la muerte: “Hay que servir en silencio y desde abajo.” —ANDRÉS IDUARTE.

86. Lorenzo Turrent Rozas. *Jack. Cuentos. Grabados en madera de Julio Prieto*. México, Editorial "Mundo Nuevo", 1940. 74 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 256). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La editorial Mundo Nuevo, dirigida por Octavio Novaro y ya conocida por sus limpias ediciones, nos presenta estos tres cuentos de Lorenzo Turrent Rozas: "Jack", que da nombre al volumen, "Cuento de febrero" y "Vida de "El Perro". Tres narraciones de la tierra caliente, en que reaparece la sencillez del joven escritor veracruzano. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

87. Jorge Ferretis. *El Sur quema. Tres novelas de México*. México, Botas, 1937. 227 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 256). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

"Tres novelas de México" llama el autor a las tres narraciones que forman este libro: "Lo que llaman fracaso", "Cuando bajan los cuervos" y "El Sur quema". En una nota preliminar, "Actitud", nos dice cuál es la suya: "Yo, alucinado a veces por el fastuoso espectáculo tropical, o contristado ante la parda miseria de nuestra altiplanicie, urdo mis relatos como pretextos para hacer a los linotipos ingerir unos cuantos problemas y fenómenos de nuestra población. Sé que divagando se corre el peligro de restar fuerza a las narraciones. Sé también que corro el peligro de parecer etnólogo entre los novelistas, y novelista entre los etnógrafos. Y a pesar de ello, permito deliberadamente que el etnólogo y el novelista que llevo en mi interior se disputen mi pluma, y la usen.

¿La novela tiene que ser escuetamente argumental? ¿Lo pide así nuestro borroso tipo de cultura? Yo no quiero entenderlo, y como en mi *Tierra Caliente*, persisto en mi propósito de injertar novelas con páginas de ensayo".

Ferretis señala de antemano lo que nos parecerá un defecto de sus novelas. Lo cual no quita que estén llenas de páginas brillantes, que sus personajes tengan vida propia y sean mexicanísimos, que el drama de México esté sentido y presentado con emoción y fuerza, que haya en estas páginas una gran riqueza de fe y esperanza a pesar de la época de escepticismo en que, según el autor, fueron escritas. El soliloquio del indio en "Cuando bajan los cuervos" es doliente y trágico. Hay una soltura y una facilidad que Ferretis cada día logra aprovechar mejor en sus libros. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

88. Óscar Castro Z. *Huellas en la tierra*. Santiago de Chile, Zig-zag, 1940, 160 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 258). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El joven poeta chileno ensaya por primera vez el cuento en este volumen de tiernas y emocionadas estampas de los Andes chilenos. La malicia del bolichero, el sacrificio doloroso del buen caballo, la abnegación al fin triunfante de la madrastra buena, el amor del campesino a la tierra, el paisaje hosco y a la vez dulce, todo a través de una sensibilidad fina y una prosa cuidada, hacen de *Huellas de la tierra* un magnífico comienzo. Un breve prólogo de Armando Bazán subraya inteligentemente las cualidades del autor. — ANDRÉS IDUARTE.

89. Lydia Cabrera. *Cuentos negros de Cuba*. Prólogo de Fernando Ortiz. La Habana, Imprenta La Verónica, 1940, 282 págs. \$1 m/n. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 258). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La imprenta "La Verónica", de Manuel Altolaguirre, nos ofrece esta bien presentada edición de los cuentos negros de Lydia Cabrera. Dedicado el libro a Teresa de la Parra, incluye en seguida un "Prejuicio" de don Fernando Ortiz, cuyas primeras palabras queremos recoger: "Este libro es el primero de una mujer habanera, a quien hace años iniciamos en el gusto del folklore afrocubano. Lydia Cabrera fué penetrando en el bosque de las leyendas negras de La Habana por simple curiosidad y luego por deleite; al fin fué transcribiéndolas y coleccionándolas. Hoy tiene multitud de ellas. En París dió lectura de varias a literatos exquisitos y suscitó entusiasmos por su contenido poético, tanto que un poeta muy conocedor de las letras de América como Francis de Miomandre tradujo algunas, y un editor inteligente las imprimió en un libro que ya está agotado. Los *Contes Negres de Cuba* habían sido acogidos anteriormente por revistas literarias de Francia, tan exigentes como *Cahiers du Sud*, *Revue de Paris* y *Les Nouvelles Littéraires*. De ahí que estos cuentos vieran la luz en traducción antes que en su lenguaje original, y que al aparecer en castellano ya vengan prologados por la excelente acogida de la crítica extranjera." El doctor Ortiz hace luego observaciones útiles, esenciales, para quien quiera conocer el carácter de esta valiosa colección de cuentos. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

90. Germán Arciniegas. *Diario de un peatón*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1936. 276 págs. (Suplemento a la Revista de las Indias.) [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 260). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El conocido autor de *El estudiante de la mesa redonda*, *Universidad Colombiana* y *Memorias de un congresista*, reúne en este volumen algunos de sus artículos periodísticos. “Minucio”, “Notas sobre Antioquia”, “Sobre los indios”, “De la política” y “El nuevo Gargantúa” se llaman los capítulos que lo forman. Gracia, agudeza, agilidad, suave ironía, prosa galana se encuentran en Arciniegas, el mejor tipo de periodista que pueda darse en cualquier sitio—se piensa a veces, leyéndolo, en las crónicas de Nájera— y uno de los más valiosos ensayistas jóvenes de América. A la seriedad de su cultura bogotana Arciniegas suma en cada página su cosmopolita sonrisa de hombre del mundo. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

91. Germán Arciniegas. *El estudiante de la mesa redonda*. Santiago de Chile, Ercilla, 1937, 232 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 260). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Cuarta edición de la obra que dió el espaldarazo al gran ensayista colombiano, contiene finas ilustraciones de Alberto Arango Uribe. Sobra decir que el tiempo confirma los elogios que la crítica literaria hizo a la aparición de este libro, excepcional por el perfecto equilibrio de su prosa castiza y de su pensamiento vivo y vital. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

92. José Martí. *Apuntes de un viaje*. La Habana, Publicaciones de la Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, 1938, 96 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 261). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Un nuevo “cuaderno de cultura”, tan valioso como los anteriores, publicado para conmemorar el 43 aniversario de la muerte de Martí. Estos *Apuntes de un viaje*, escritos por el apóstol cuando marchaba hacia la guerra y hacia la muerte, fueron publicados por primera vez en 1932 por don Manuel Sanguily y Arizti. Por poco conocidos, pues, y de extraordinario mérito— dan una idea clara del Martí íntimo, tan olvidado por el Martí público—, la Dirección de Cultura hace una labor verdaderamente meritoria al ponerlos al alcance de todos. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

93. Mariano Picón-Salas. *Un viaje y seis retratos. Cuadernos literarios de la "Asociación de Escritores Venezolanos"*. Caracas, Editorial Elite, 1940, 96 págs., Bs. 0.50. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 261). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Otro interesante cuaderno de la asociación que dirige Julián Padrón. Este nos ofrece una serie de estampas, de impresiones, de atisbos de Mariano Picón-Salas: "Estampas inconclusas de un viaje al Perú", lleno de observaciones agudas sobre la vida limeña; "Los Anticristos", "Sarmiento", "Amable retrato de un arzobispo", "Pablo Neruda en 1935", "Armando Reverón" y "Pedro Sotillo y otros amigos en 1920", en los que encontramos el reconocido talento de Picón. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

94. Augusto Mijares. *Hombres e ideas en América. Ensayos*. Caracas, Escuela Técnica Industrial, Talleres de Artes Gráficas, 1940. 232 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 261-262). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Un magnífico libro de ensayos, no sabemos si inéditos hasta ahora o publicados antes separadamente. Por su variedad nos inclinamos a creer lo último; pero esto no quiere decir que haya la heterogeneidad y el desorden común a libros hechos de fragmentos. Todo lo contrario: lo más admirable de estas páginas es su unidad, una unidad lograda por el pensamiento serio, sólido y articulado que está presente en cuanto dice el señor Mijares.

Componen este volumen comentarios y semblanzas de grandes hombres e importantes o curiosos acontecimientos hispanoamericanos: Sarmiento, Alberdi, Bello, Martí, "La patria de los venezolanos en 1779", "El hijo de Agustín I al lado del Libertador", "La casa de Anauco", Don Simón Rodríguez y "El fracaso del Libertador como político". Aun en los trabajos anecdóticos encontramos la penetración del análisis y el equilibrio del juicio, que dan a todo el libro una importancia singular; pero es claro que estas excelencias resplandecen sobre todo en los dedicados a los grandes hombres de América. El señor Mijares logra extraer la médula del pensamiento de estos hombres y nos la ofrece de manera clara y sintética, destruyendo una serie de errores históricos establecidos por la pasión o la chabacanería durante un siglo de disputas y de elucubraciones fáciles. Sitúa en su tiempo a sus personajes y, lleno de admiración por ellos, in-

terpreta ceñidamente sus palabras, y sus hechos sin someterse a la figura estereotipada que de ellos nos ha dejado la patriotería o la ligereza. Quizá los más valiosos sean su breve y enjundioso trabajo sobre don Andrés Bello y el dedicado a Bolívar, en el cual hace una emocionada disección de la personalidad del héroe y una clarividente apreciación de la realidad política de aquel medio y de aquella época. Incluso en ensayos como el dedicado a José Martí, en que es visible que el señor Mijares no tiene una vasta documentación, está patente su capacidad para descubrir lo más profundo y peculiar del pensamiento de su personaje. No es el señor Mijares escritor que se dedique especialmente a cuidar la prosa. Más que nada se aprecia en él el rigor lógico y el examen sociológico, que hablan de una poco frecuente preparación en ciencias sociales. Pero, a pesar del párrafo corto, a veces excesivamente, y de cierto descuido en ocasiones, puede afirmarse que el lenguaje tiene sencillez y galanura. Ojalá que el libro del señor Mijares, que es una de las más sinceras y serias contribuciones al estudio de los hombres y de las ideas en América, no pase inadvertido a la crítica, reducida, en tiempos agitados y convulsos como los que vivimos, a la aceptación y al elogio únicamente de aquellos que sostienen ideas o pasiones políticas en boga. — ANDRÉS IDUARTE, Columbia University.

95. González Prada. *Pensamientos*. Selección y prólogo de Campio Carpio. Buenos Aires, Talleres Gráficos América Lee, 1941, 52 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 262-263). Texto firmado por: A. I.]

Un pequeño volumen de la editorial Arco Iris, que debe ser mencionado como parte de la justa atención que hoy se pone en la obra del ilustre peruano, cuya divulgación alcanza tierras y ambientes en que antes era conocida sólo de una corta minoría. — A. I.

96. César Miró. *Hollywood, la ciudad imaginaria*. Hollywood, California, 1939, 208 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 263). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

“Una biografía del cinema” subtitula el autor este volumen, a cuya agilidad y gracia se suma el buen humor de las ilustraciones de Arroyito. Dedicado a la vida diaria de Hollywood, no se refiere sólo a sus frívolos aspectos, sino que los eleva y los enlaza con otros de alta categoría. Basta ver la bibliografía que cita el autor para separar este libro de los comunes y chabacanas crónicas sobre la ciudad del cine.

Por la sensibilidad del autor y por la información que nos da pueden considerarse estas páginas como un difícil acierto. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

97. Roberto Núñez y Domínguez. (ROBERTO EL DIABLO). *Semáforo. Luces de aquí y de allá*. México, Ediciones Botas, 1938, 301 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 264). Texto firmado por: A. I.]

El periodista Núñez y Domínguez, conocido por su pseudónimo de “Roberto el Diablo”, nos da en este libro una colección de sus artículos sobre México y sobre otros temas (“Luces de aquí y de allá” es el subtítulo). No falta agilidad, ni sensibilidad, ni utilidad a esta labor cotidiana, de la cual pueden escogerse páginas que contienen datos inéditos sobre personas ilustres de la literatura mexicana, como Díaz Mirón, Urbina, López Velarde, Nervo, e incluso sobre hombres y cosas de Hispanoamérica y de España. — A. I.

98. Moisés Arroyo Posadas. *La multitud y el paisaje peruanos en los relatos de José María Arguedas*. Lima, Compañía de Impresiones y Publicidad, 1939, 41 págs. (Cuadernos de crítica literaria y social, número 1.) [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 264). Texto firmado por: A. I.]

Primer número de los “Cuadernos de crítica literaria y social”, éste de Moisés Arroyo Posadas contiene cuatro breves ensayos sobre Arguedas: “Procedencia y destino de M. A.”, “La peruanidad de “Agua”, “La poesía indígena en “Canto Kechwa” y “La crítica literaria y social”, en los cuales se subraya la autenticidad de sus obras, su conocimiento del hombre y la tierra peruanos, la verdad de su lenguaje “hispano-quechua”—como lo llamó Luis Valcárcel—y en cuyas últimas páginas se nos dan las opiniones de la crítica que han afirmado el triunfo del cuentista. — A. I.

99. Carlos María Onetti. *Cuatro clases sobre Sarmiento escritor*. Tucumán, Edición de la Universidad Nacional de Tucumán, 1939, 136 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 264). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

“Con esta obra—nos dice el prólogo—comienza la publicación de las conferencias organizadas en el año 1939 por la Comisión de Extensión

Universitaria, bajo la dirección del Departamento de Filosofía y Letras de nuestra Universidad." Una advertencia del autor nos informe que éstas fueron dadas con motivo del cincuentenario de la muerte de Sarmiento en el local del Departamento de Filosofía y Letras y que, salvo haber cambiado el tono conversacional de las que llama "cuatro clases", se ofrece aquí la versión taquigráfica que se tomó en su ocasión. Hacen honor al sitio en que se pronunciaron y al nombre que recuerdan. Verdadero homenaje de las provincias a las que tanto amó Sarmiento, hay en ellas una nueva y viva interpretación del ilustre argentino. "Sarmiento y sus contemporáneos de la "Asociación de Mayo" y "El estilo, la literatura y Sarmiento" son, además de la legítima y justa exégesis, un buceo ameno, ágil, penetrante, verdaderamente valioso, en la vida y la obra de Sarmiento. El señor Onetti, profesor del Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Paraná, realiza con este breve volumen una importante contribución a la crítica literaria del continente. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

100. Silverio Boj. *Ubicación de don Segundo Sombra y otros ensayos*. Tucumán, 1940, Benito S. Paraván, editor, 112 págs. \$2.00 m/arg. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 264-265). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Con el título del primero de una serie de ensayos, Silverio Boj publica este breve volumen. Se destacan en él las páginas sobre Güiraldes, que contienen una interesante comparación entre el gran escritor argentino y los autores de *La vorágine* y *Doña Bárbara*, tema que ha atraído a muchas plumas contemporáneas; y "La poesía negra en Indoamérica", en el que se subraya especialmente el valor de Jacques Roumain, Marcelino Arozarena y Nicolás Guillén. Otros trabajos más cortos titulados "El porvenir de la cultura", "La era categórica", "Meditación ante el Osario" y "La identificación con el paisaje" acreditan una apasionada vocación por las letras. — ANDRÉS IDUARTE.

101. Armando de María y Campos. *Crónicas de teatro de "Hoy"*. México, Botas, 1941, 254 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 265). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El conocido periodista "recoge en estas páginas las crónicas de teatro que publicó en la revista *Hoy* de mayo de 1938 a diciembre de 1939;

también algunas que publicó en la revista *Todo* durante los años de 1934 a 1936" y que no aparecieron en su volumen anterior *Presencias del teatro*. Una serie de observaciones y de noticias útiles sobre la vida del teatro en México, sobre su pasado y su presente, dan valor a este libro de origen periodístico. — ANDRÉS IDUARTE, Barnard College.

102. Andrés de Piedra-Bueno. Martí. Mensaje biográfico. Habana, Ediciones del Instituto Cívico-Militar, 1939, 76 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 266). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Una breve semblanza de José Martí, en que se sigue cuidadosamente el curso de su vida y de su pensamiento. El ambiente en que Martí nació y murió está atinada y cordialmente presentado. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

103. Óscar Efrén Reyes. Vida de Juan Montalvo. Quito, edición del Grupo América, Talleres Gráficos Nacionales, 1935, 424 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 266). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Muy buenos estudios literarios se han escrito sobre Montalvo. Entre ellos figura el de Rodó, que puede considerarse como una obra clásica de América. Menéndez y Pelayo lo consagró en algunas páginas de su *Antología*, Zaldumbide hizo un trabajo valioso y Blanco-Fombona lo dió a conocer al mundo en un prólogo emocionado. Pero biografías, verdaderas biografías, son pocas las que se han escrito sobre Montalvo, y casi ninguna ha alcanzado, no digamos la fama, sino ni siquiera una amplia difusión en América. Se conoce, pues, al Montalvo escritor, al estilista, al polemista, pero muy poco al hombre venido. Afortunadamente, a los datos de Yerovi ha venido a sumar ahora el señor Reyes este interesante volumen.

La vida del gran ecuatoriano ha sido aquí cuidadosamente estudiada, desde el ambiente en que nació y a través de sus tiempos de estudiante, de "lector y viajero", de político, de desterrado y de escritor ya glorioso en París, hasta la hora de su agonía y su muerte. El señor Reyes nos da una serie de datos desconocidos sobre Montalvo, y estudia su figura objetivamente, sin pasiones patrióticas que equivoquen el juicio, ni tampoco pasiones patrióticas que equivoquen el juicio, ni tampoco pasiones políticas que amarguen sus — a menudo — duras verdades. La bibliografía, incluida al fin del libro, menciona documentos, cartas y manuscritos

de primera mano, que dan especial valor a este libro, así como “auto-referencias de Montalvo”, “apuntes biográficos: memorias”, “polémica, interpretaciones y crítica”, que revelen el cuidadoso conocimiento que el biógrafo tiene de su materia. Como biografía, hay que decir que es un libro fundamental para quien quiera conocer al autor de los “Siete Tratados”. Pero no puede decirse lo mismo desde un punto de vista literario: el libro adolece de serios y continuos defectos de estilo, y por esto, a pesar de su magnífica documentación, queda sólo como obra informativa.

Una serie de láminas, con fotografías de los sitios en que vivió Montalvo y de los parientes y amigos y personajes ligados a él, enriquece el volumen. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

104. Luis Alberto Sánchez. *La Perricholi*. Santiago de Chile, Ercilla, 1936. 176 págs. \$6 m/n. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 266-267). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Sin duda el mejor y más completo estudio sobre doña Micaela Villegas y Hurtado de Mendoza. La infancia de la mesticilla, sus buenos éxitos en el teatro y en los corazones, la pasión cándida por Olavide, la barragán con el Virrey Amat, el otoño apasionado pero calculador, la vejez pintoresca, el encuentro con Humboldt y la muerte cristina se recogen en esta magnífica novelada. Cosa poco común en obras de este tipo, la pintura política del virreinato ocupa muy diestras y muy sagaces páginas. Don Luis Alberto Sánchez no es simplemente un literato, sino eso y mucho más que eso. Sigue al libro una bibliografía que va desde el mismo Amat y Frezier hasta Jorge Basadre y Raúl Porras, y donde el estudioso podrá agotar su curiosa sed por el tiempo y la figura de la Perricholi. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

105. Eduardo de Ontañón. *Desasosiegos de fray Servando*. México, Ediciones Xóchitl, 1941, 190 págs. (Colección Vidas Mexicanas.) [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 267). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Una biografía ágil y jovial en que el espíritu agudo de Ontañón sigue con desenfado la traviesa vida de fray Servando. Las tierras de España y México por las que Mier anduvo, conocidas de Ontañón, dan marco real a esta vida fantástica. El libro se lee con gusto, meta no siempre alcanzada en trabajo de esta índole, y servirá para que se vuelvan más los ojos hacia la novelesca figura del regiomontano. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

106. Humberto Salvador. *Noviembre*. Novela. Quito, Editorial L. L. Fernández, 1939. 380 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 268). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La nueva generación ecuatoriana, que tanto se destaca en el continente, cuenta entre sus representantes a Humberto Salvador, aún joven ya con una vasta obra publicada. Rebeldía, altivez, amor a la justicia, odio a la injusticia organizada y establecida, es el aliento de estos escritores. *Noviembre*, que se abre con un fragmento de *Fuenteovejuna*, nos descubre descarnadamente los horrores de la vida pública y de la vida privada, y los combate sin temores ni contemporizaciones. Trama bien organizada, prosa a menudo brillante, nos da la imagen de un ambiente corrompido y cruel, como tantos ambientes del mundo. — ANDRÉS IDUARTE, Columbia University.

107. Hugo Fernández Artucio. *Nazis en el Uruguay*. Próls. del Dr. José P. Cardoso y Vicente Basso Maglio. Montevideo, Talleres Gráficos Sur, 1940, 160 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 268). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El libro del joven profesor Fernández Artucio será recordado siempre por su valentía, por su ceñida precisión y por su oportunidad, que produjeron un movimiento nacional, eficaz y apasionado, en contra del nazismo. Los prólogos del Dr. José P. Cardoso y don Vicente Basso Maglio nos enteran de cómo se organizó la campaña que generó este libro, y el apéndice contiene la acusación que ante las autoridades judiciales del Uruguay presentó el autor contra el “Partido Obrero Nacional Socialista Alemán”. Una serie de copias fotostáticas de significativos documentos amparan los ágiles artículos del profesor uruguayo. — ANDRÉS IDUARTE.

108. Jorge García Granados. *Los veneros del diablo*. México, Editorial Popular, 1941. 212 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 268-269). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Los conocidos versos de Ramón López Velarde, que aparecen en la primera página de este libro, han inspirado su adecuado y sugestivo título: “El Niño Dios te escrituró un establo—y los veneros de petróleo el diablo.” El gran poeta se refería a la riqueza del subsuelo de México, que tanta sed rapiña, ambiciones, apetitos, rebatiñas, calumnias y

negras leyendas ha producido, para desgracia de su dueño natural, el pueblo mexicano; y el autor de este volumen nos cuenta, en doce vivos relatos, cómo se ha desarrollado esta tragedia.

“Esta obra—nos dice—ve la luz en momentos trágicos para la humanidad. No pretendo en ella hacer propaganda xenófoba, ni concitar odios de raza. Mi objeto es narrar, verazmente, los sufrimientos de los campesinos mexicanos y exhibir a los piratas del petróleo, responsables de ese calvario.” Sin pasión patrioterica ni sectaria, pues, sin odio, sin exclamaciones, sin grandes frases, el señor García Granados nos cuenta cómo fueron despojados, mediante el engaño y la trampa judiciales, la amenaza y el asesinato, los hombres, las viudas y los huérfanos que tuvieron la triste suerte de que en sus tierras de cultivo apareciera la “diabólica” maravilla del chapapote.

Por su sencillez y por su cuidadosa documentación estas páginas serán útiles a quienes quieran enterarse de los interiores del drama petrolero de México. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

109. Augusto Mijares. *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*. Caracas, Cooperativa de Artes Gráficas, 1938, 88 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 269-270). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Da título a este libro de ensayos el primero de ellos. Son cuatro. Los otros tres llevan estos nombres: “La historia y el carácter venezolano juzgados por un sociólogo neogranadino”, “La oposición de las provincias de Caracas y de Maracaibo a la Compañía Guipuzcoana” y “Sentido y porvenir del Estado liberal”. No son trabajos heterogéneos juntados caprichosamente, sino exposiciones que revelan un pensamiento serio y maduro y una investigación cuidadosa. Como ya lo dijimos en algún comentario, Augusto Mijares es un joven pensador original que sostiene los prestigios intelectuales que nunca han faltado a Venezuela.

En la introducción nos dice el señor Mijares: “Si nos es lícito, pues, rechazar en nombre de la verdad la simplificación pesimista a que ha sido reducida nuestra historia, debemos insistir en las nuevas ideas con tanto ardor como se puso en levantar el fatalismo desalentador de nuestra incapacidad.” Al estudio agrega o, mejor dicho, enlaza el señor Mijares, esa “actitud luchadora” que Díez-Canedo señaló ya en las letras venezolanas. Repasa en su primer ensayo la posición pesimista, pero constructora, de Alberdi y de Sarmiento; la de Francisco Calderón—“el literato más con-

cluyente entre los glorificadores del caudillismo” —; la de Bunge, la de su prologuista Ingenieros, la del argentino Ayarragaray, y resume así en párrafos que queremos destacar: “Nuestros antecedentes políticos son, por la raza española que es la que ha predominado en la vida global del continente, los mismos antecedentes políticos de los pueblos europeos, con vicios que no son ni mayores ni diferentes en esencia (miseria e ignorancia del pueblo, clases privilegiadas egoístas, violación ocasional de las leyes, intransigencia política y religiosa, etc.)” “La vida colonial no es, pues, sino la prolongación entre nosotros de la sociedad civil europea; pero con dos elementos peculiares muy favorables: la tradición de gobierno municipal y deliberativo que nos trajeron los españoles, y el espíritu de rebeldía oligárquica opuesto al absolutismo, que nos vino también con los conquistadores, pero que en el Nuevo Mundo se americanizó, se robusteció y adquirió nuevos títulos por la misma empresa de la conquista (Bolívar)”... “Por aquellos antecedentes históricos y sociales, nuestras repúblicas podían aspirar a las mismas posibilidades políticas a que aspiraban los pueblos europeos; porque estos antecedentes eran para estas naciones el principio orgánico de cohesión, su verdadera *constitución positiva*, civil y legalista, dentro de la cual el caudillismo que vino a perturbarla no puede considerarse sino como un subproducto transitorio de la guerra emancipadora...” “La regularidad social y política se reanuda en algunos países inmediatamente después de la Independencia, porque estos países no sufrieron la irrupción violenta del caudillismo (Chile); en otros países después de una breve lucha, que prueba el arraigo y vitalidad de la tradición americana (Colombia); en la Argentina, con el apoyo ulterior de la transformación económica producida por la inmigración europea. En todos se debe al predominio definitivo de la corriente histórica fundamental civil y legalista. Cuando predomina la pura coacción caudillesca continúa latente el desequilibrio social y se vuelve a menudo al vaivén de anarquía y despotismo que es la consecuencia natural de la acción personalista.”

El autor acepta lo probado y comprobado, pero sale al paso de las ideas fabricadas: “En lugar de decir que la Argentina se europeizó, más justo es decir que los europeos se americanizaron en la Argentina.” Y cita datos estadísticos que prueban cómo la entrada a la vida civil de la República Argentina se efectuó cuando los inmigrantes eran sólo 33,017. En el segundo ensayo rechaza las conclusiones del historiador colombiano don Laureano García Ortiz, académico de Bogotá, que al hacer un parangón entre Santander y Bolívar y Colombia y Venezuela niega la tradición democrática de la última; y en el tercero trata de sucesos históricos que

refuerzan su tesis de la capacidad política hispanoamericana. Y el último de sus ensayos resume su fe en el Estado liberal, atacando el totalitarismo. “A fines del siglo XVIII— dice— Libertad y Revolución llegaron a ser sinónimos; así como hoy una minoría enloquecida cree que las aspiraciones de justicia social no podrán realizarse sino a través de una transformación radical y punitiva de toda la sociedad.”. Este último ensayo nos parece una buena expresión de las ideas del señor Mijares, de su fe en el Estado liberal; pero no aborda el problema internacional palpitante, al cual está subordinado o cuando menos ligado el porvenir del estado hispanoamericano. De cualquier modo, no era este el tema del libro. Esperemos que en un próximo volumen pondrá el señor Mijares su atención responsable y su independiente criterio en un aspecto que completará los que ya ha tratado brillantemente. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

110. Ricardo Delgado. *Las monedas jaliscienses durante la época revolucionaria*. Guadalajara, México, Talleres “Gráfica”, 1938, 286 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 270). Texto firmado: A. I.]

Don Ricardo Delgado, mexicano dedicado a estudios de numismática y poseedor de una colección de monedas usadas en el estado de Jalisco durante la época revolucionaria, nos presenta esta novedosa y útil obra. Por haberse editado únicamente doscientos cincuenta ejemplares para la venta y cincuenta para su distribución particular, será en breve un libro raro. Contiene interesantes grabados de las monedas y billetes autorizados oficialmente, así como de las que lanzaron los particulares al público en aquella borrascosa etapa de la vida de México. A menudo el señor Delgado se limita a su tarea científica, pero frecuentemente— sobre todo en sus “palabras iniciales”—cae en el panfleto político, enderezado a atacar los gobiernos provincianos y nacionales de México. — A. I.

111. *La primera universidad de América. Orígenes de la Antigua Real y Pontificia Universidad de México*. XXX aniversario de su restablecimiento como Universidad Nacional de México. México, Imprenta Universitaria, 1940. 32 págs. de texto, 12 de facsímiles e ilustraciones. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 271-272). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

“Nada nos ha parecido mejor— así se abre el libro— para conmemorar el XXX aniversario de nuestra Universidad, que poner en manos

de profesores y alumnos un documento de capital importancia para la historia de la Real y Pontificia Universidad de México, de donde la nuestra procede. Se trata de un extenso informe que aparece al frente de la primera edición de los *Estatutos*, hecho por el entonces doctor Marcelino Solís y Haro. Como este escrito data de 1668 es más antiguo que la *Crónica de la Universidad* de Bachiller de la Plaza, y encierra, en una veintena de páginas, la historia primitiva de nuestra casa de estudios. Fué reimpreso en los *Apéndices* de la edición de la *Crónica*, obra ya agotada, por lo que no está de más reproducirlo... Para complemento publicamos en fotograbado, tomándolo de los manuscritos que se guardan en el *Archivo General de la Nación*, la Real Cédula que dió origen a la Universidad y la constancia notarial de la inauguración de los cursos, a la cual asistió el Virrey don Luis de Velasco."

Contiene el folleto, además, vistas del desaparecido edificio. La ortografía ha sido modernizada. Los documentos manuscritos "sí van paleografiados con toda exactitud". Otras palabras interesantes: "Con el objeto de justificar el dictado de "Primera Universidad de América" que adoptamos en este folleto, siguiendo las palabras del rector Solís de Haro, que estampa tal cosa al frente de la primera edición de los Estatutos, conviene aclarar estos puntos, ya que algunos escritores consideran que la Universidad de San Marcos, de Lima, fué fundada antes que la de México... Si por fundación se entiende simplemente la fecha de la Cédula Real que creó la Universidad, la de Lima es anterior, pues fué expedida en Valladolid, el 12 de mayo de 1551, en tanto que la Cédula que creó la Universidad de México está fechada el 21 de septiembre del mismo año. Pero si se sigue la secuela histórica de la fundación, vemos que no hay razón ninguna para sostener la prioridad de San Marcos: en efecto, según don José Baquijano (en "*La Universidad de San Marcos, de Lima, durante la colonización española*", Madrid, 1933) la Cédula no llegó a Lima sino dos años después de su fecha, es decir, el 12 de mayo de 1553. La Universidad de México inauguró sus estudios el 25, de enero del mismo año de 1553".

La limpia y delicada impresión de este folleto del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional de México realza el mérito de su contenido y lo hace digno del gran aniversario que conmemora. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

112. José G. Montes de Oca. *Tasco*. Segunda edición. México, Talleres tipográficos de Manuel León Sánchez, 1937, 128 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 273). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Publicado este libro por primera vez por la "Sociedad científica Antolio Alzate"¹, en sus "Memorias" correspondientes al tomo 50 y al año de 1929, su autor nos da ahora esta sencilla segunda edición, recomendable a todos los que quieran visitar la bella ciudad con algo más que la curiosidad de "turistas indoctos" a los que alude el señor Montes de Oca, con razón, en la última página de su libro. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

113. Ermilo Abreu Gómez. *Clásicos, románticos, modernos*. México, Botas, 1934, 220 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 273-274). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Conocimiento serio y sentido de la literatura mexicana, orden y método en la exposición, prosa cuidada y penetrante juicio hacen de Abreu Gómez uno de los mejores críticos literarios de Hispanoamérica; y dan categoría de fundamental a esta colección de sus ensayos sobre don Carlos de Sigüenza y Góngora, sor Juana Inés de la Cruz, Ruiz de Alarcón (clásicos); Sierra O'Reilly y Peón Contreras (románticos); y al grupo de cartas dirigidas a Alfonso Reyes, Genaro Estrada, Jaime Torres Bodet, Juan Marinello y Mariano Silva y Aceves. Dos pequeños trabajos finales—"Ante el seminario", sobre el español de México; y "Poesía mexicana"—cierran brillantemente el volumen. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

114. Juan Montalvo. *El libro de las pasiones*. Habana, Cultural, S. A., 1935, 332 págs. (Publicaciones de la Revista de la Universidad de la Habana, Tomo III; Colección de escritores hispanoamericanos, Tomo I.) [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 274). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La "ofrenda" que abre este volumen nos informa que "la revista "Universidad de la Habana", dirigida por el Departamento de Intercambio Universitario, tiene el propósito de imprimir, entre sus publicaciones, las páginas desconocidas del egregio escritor continental don Juan Montalvo". Las primeras forman este "libro de las pasiones", que lleva

¹ [Nota del editor]. Hay una errata en el texto original, pero se refiere a la "Sociedad científica Antonio Alzate", llamada así en homenaje al naturalista de la Nueva España.

el título que Montalvo pensó darle y que contiene cinco obritas dramáticas: “La leprosa”, “Jara”, “El descomulgado”, “Granja” y “El dictador”.

Su lectura, y la lectura del interesante prólogo que firma don Roberto Andrade, de reconocida autoridad en la materia, nos presenta una nueva faceta de las muchas del gran ecuatoriano. Aunque estas obras no fueron escritas para ser representadas, sino que Montalvo quiso servir simplemente del diálogo, se aprecian en ellas, además de la perfección del estilo, personajes de cuerpo entero, un fuego en la conversación que nos quema hasta el final, retratos fieles de la apasionada vida de América y, como siempre, un propósito moral. Son páginas, indudablemente, no inferiores a los “Siete Tratados” ni al “Cosmopolita”. Y no sólo este interés tienen sino que, por ser “El descomulgado” un trozo de la vida de Montalvo, en la que él mismo se examina con orgullo pero sin mimo ni complacencia, el lector encontrará datos para conocer su compleja personalidad. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

115. Aurelio Espinosa Polit. *Los clásicos y la literatura ecuatoriana*. Quito, Editorial Ecuatoriana, 1938, 52 págs. [Segunda edición. Publicaciones de la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Española.] [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 274). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Contiene este volumen la conferencia leída en la Universidad Central el 28 de mayo de 1938 y el memorándum sobre el “Bachillerato clásico” presentado al Ministerio de Educación el 18 de mayo de 1938. Con buen juicio, amplia documentación y un visible empeño de imparcialidad el señor Espinosa hace un serio estudio histórico y crítico de la literatura de su país, señalando las raíces clásicas de sus grandes compatriotas como Olmedo y Montalvo, y aboga por la organización de la enseñanza clásica en su país. Por todas estas calidades y por la escasez de trabajos de tal índole, este folleto tiene importancia viva para el estudioso. — ANDRÉS IDUARTE.

116. José María Arguedas. *Canto kechwa*. Con un ensayo sobre la capacidad de creación artística del pueblo indio y mestizo. Dibujos de Alicia Bustamante, Lima, Bustamante y Ballivián, 1938. 68 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 275). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

José María Arguedas, poeta joven y fino, nos dice sus puntos de vista sobre indios y mestizos del Perú en el interesante trabajo que viene aquí

a modo de prólogo. Su fe en los destinos de su pueblo aborigen no está sola y hoy rebrota en América por todas partes. Incorpora a la lírica y a la lengua de la América que habla español una serie de sentimientos y de vocablos, y este es ancho camino que lleva a muchas partes. Nos hace recordar al joven escritor mexicano Andrés Henestrosa, que tan buenas interpretaciones, o traducciones, hace de las leyendas zapotecas que oyó de niño. Por la dulzura de las canciones quechuas que nos presenta, por su mérito indiscutible, es Arguedas para nosotros un iniciador, un descubridor. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

117. *Obras completas de Bartolomé Mitre*. Edición ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina. Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1938, Vols I a V. Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 275). Texto firmado por: A. I.]

El primer volumen de esta importante edición contiene el proyecto de ley, los debates y el decreto presidencial que deciden honrar la memoria del ilustre argentino con la publicación de sus obras. Al cuidado de ellas se ha puesto, como presidente de la comisión, al Dr. Luis Mitre, como vicepresidente, al Dr. Mariano de Vedia y Mitre y al Dr. Ricardo Levene; como secretario a don Rómulo Zabala; y como tesorero al Dr. Emilio Ravignani.

El primer volumen, de 1938; el segundo, tercero y cuarto, de 1939; y el quinto, de 1940, están consagrados a la Historia de San Martín de la emancipación sudamericana, obra fundamental cuya honradez, emoción y cuidado la hicieron y la hacen definitiva. El estudio preliminar, amplio y bien documentado, ha sido hecho por el general Agustín P. Justo. Según el plan que aparece en el mismo primer volumen, la obra contendrá: I. Historia, II. Discursos, III. Obras literarias originales y traducciones, IV. Papeles del Ministro, V. Papeles del Gobernador,

VI. Acción política, VII. Acción militar,

VIII. Acción diplomática, IX. Acción periodística, X. Epistolario, XI. Juicios y notas bibliográficas de Mitre, XII. Miscelánea,

XIII. Juicios sobre las obras de Mitre y

XIV. Bibliografía de las obras de Mitre. Se calcula que ocupará 70 volúmenes, para los que se ha aprobado invertir hasta la suma de 200,000 pesos argentinos. Los volúmenes aparecidos, de CCIX páginas, el estudio preliminar y 430 de texto, y los otros de más o menos igual extensión presentan en impresión cuidadosa la extraordinaria obra. — A. I.

118. Emilio Rodríguez Demorici. *El cantor del Niágara en Santo Domingo.* Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1939, 32 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 276). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El señor Rodríguez Demorici, conocido ya por sus estudios e investigaciones literarias e históricas, nos habla aquí de las ligas que tuvo José María Heredia con Santo Domingo. Hijo de dominicanos nacido en Santiago de Cuba, vuelto a la cuna de sus padres durante la infancia, Heredia conserva el amor a Santo Domingo, y el señor Demorici lo busca y lo halla en sus escritos. Buen trabajador y buen crítico, Rodríguez Demorici contribuye con este libro al conocimiento de la obra y la personalidad de Heredia. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

119. Aída Cometta Manzoni. *El indio en la poesía de la América Española.* Buenos Aires, Editor Joaquín Torres, 1939, 290 págs. \$4.00 m/n. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 276). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La dedicatoria a Pedro Henríquez Ureña parece ser la promesa, brillantemente cumplida, de hacer un libro ordenado y valioso. Por el amor al indio, por el entusiasmo que la autora ha puesto en el tema, por la investigación empeñosa, por la precisión y amplitud de sus datos, el libro de la señorita Cometta Manzoni tiene un indudable valor. Dividido en tres capítulos ("Período literario hispanoamericano o colonial", "Período literario latinoamericano o cosmopolita" y "Período literario indoamericano o nacional") busca al indio desde la conquista hasta nuestros días. Contiene dos útiles bibliografías ("Bibliografía general" y "Bibliografía para la introducción"). La pasión polémica de muchas páginas no estorba la disciplina necesaria para estos trabajos, sino simplemente muestra la fe que la autora ha puesto en su trabajo. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

120. Enrique Fernández Ledesma. *Historia crítica de la tipografía en la ciudad de México.* México, Ediciones del Palacio de Bellas Artes, 1934-35, 188 págs. [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (p. 277). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Consagrada a celebrar el cuarto centenario de la introducción de la imprenta en México, esta bellísima edición vino amparada por el nombre de su autor, el malogrado escritor y erudito Enrique Fernández Ledes-

ma, y fué dirigida tipográficamente por él mismo y por Francisco Díaz de León. Por ello, por la información inédita, por la serie de datos novedosos, por la preciosa colección de grabados y dibujos, por el esmero de su presentación—prueba de la alta calidad del trabajo tipográfico de México—este libro es modelo en su género y regalo para el historiador y el bibliófilo. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

121. J. B. Trend. *México, A New Spain With Old Friends*. Cambridge: at The University Press, New York: The MacMillan Company, 1940. 186 págs. \$2.50 [Año 7, No. 3/4, Jul.- Oct., 1941, (pp. 283-284). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Uno de los mejores libros que se han escrito en inglés sobre México, por su conocimiento de la tierra y de los hombres, de su tradición y de su presente, así como la imparcialidad para juzgar y la inteligencia y la sensibilidad para comprender a nuestro pueblo. El libro no cae en ninguna de sus páginas ni en el elogio desmesurado ni en la diatriba o la burla tan comunes. No estamos, pues, ante aplausos sectarios ni ante críticas fáciles e irrespetuosas, que es el pan nuestro de cada día en turistas que van a México a buscar pretexto para dar rienda suelta a sus pasiones políticas o a ensayar su prejuicio de superioridad racial o patriotería. Esto no es, por supuesto, una sorpresa para quien sepa que el profesor Trend es una de las personas que más han estudiado y con más amor han seguido la cultura hispánica. Residente en España por varios años, el profesor Trend ha ido a visitar a sus viejos amigos de la República a México, donde viven como refugiados. Pero no sólo ha ido a ver a sus viejos compañeros de trabajo universitario, sino que ha puesto sus ojos en un país cuya historia, cuya literatura, cuyo espíritu había ya examinado desde lejos. No se puede recomendar ningún otro libro, tanto como este, a los extranjeros que quieran visitar México. Su geografía, su fauna, su flora, su pasado español e indígena, su arquitectura, las peculiaridades de su idioma—sobre el cual tiene un capítulo muy por encima de los fantaseos desencuadrados y de las críticas necias que a menudo hacen los extranjeros ignorantes obsesionados por el “real castilian”—, sus artes menores, su cocina, tienen un atento observador en el profesor Trend. Su libro está muy lejos de ser un libro político, pero no por ello descuida fase tan fundamental de la vida de un pueblo. Ve, analiza y juzga sin partidismo pero sin frialdad. El fenómeno humano lo detiene y lo emociona continuamente.

Por ejemplo: la pintura que nos hace del mexicano del tiempo de don Porfirio es excepcionalmente atinada. Su actitud ante esta clase social es bien diferente de la que a diario encontramos en páginas europeas o norteamericanas. El profesor no prefiere a los mexicanos que parecen europeos. Aunque reconoce sus cualidades, él no exalta a los hombres ajenos a su propio país. “Mi México—si puedo llamarlo así—es aquel que, sin prejuicios, está real y honestamente tratando de hacer de México un país mejor para que los mexicanos vivan en él: así, por ejemplo, el Presidente Cárdenas y mi pequeña amiguita Emma”.

También de manera objetiva y justa habla de la significación que para México y para la cultura española tiene la llegada de los refugiados españoles y del trabajo que esta selecta inmigración, realizada sobre bases poco frecuentes, está realizando en las ciudades y en los campos. La palabra del señor Trend es particularmente valiosa sobre un punto que hasta la fecha no había sido tocado sino por los mismos refugiados, o por quienes los trajeron, o por quienes no pudieron venir, o por quienes colaboraron tibiamente en la empresa o por egoísmo o conveniencias personales la descuidaron.

El volumen contiene dieciséis magníficos grabados.

Por su forma y por su contenido, la publicación de Cambridge debe ser conocida por todos. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

1942

122. Manuel G. Prada. *Baladas*. París. Tipografía de Louis Bellenand et fils, 1939, 428 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 60-61). Texto firmado por: A. I.]

Comenzada ya la guerra, el 16 de octubre de 1939, se acabó de imprimir en París este libro, tan bien presentado y tan cuidadosamente organizado como todos aquellos en que Alfredo González Prada viene recogiendo la obra de su ilustre padre. «Consta este volumen—nos dice en sus «Advertencias»—de dos partes: el *Libro primero*, con cuarenta y ocho *baladas originales* del autor, y el *Libro segundo*, con sesenta y siete *baladas y fábulas traducidas* del alemán, de francés, del italiano, etc. Una sección del *Libro segundo* agrupa, además, *once imitaciones*». Con su cuidado habitual, el escrupuloso editor aclara que este volumen debió formar uno solo con el titulado *Baladas peruanas*, según el plan del autor. Otros apuntes biobibliográficos aumentan la importancia que estas ediciones tendrán para los estudiosos de González Prada y completan el magnífico material con que contará el esperado crítico que merece el gran Don Manuel. — A. I.

123. E. Ballagas. *Antología de la poesía negra hispanoamericana*. Madrid, Aguilar, 1935, 188 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 65-66). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La crítica literaria dijo ya todo lo bueno que debe decirse de este libro. Emilio Ballagas, cubano y poeta por los cuatro costados, escribió el prólogo—brillante—, hizo una exquisita selección y nos dió los datos biográficos y bibliográficos de los autores incluidos en el libro. Probablemente no se hayan dado muchos casos de antologías como ésta, que, sin amontonar demasiado, logren incluir todos los acentos valiosos. — ANDRÉS IDUARTE.

124. R. Olivares Figueroa. *Antología infantil de la nueva poesía venezolana*. 2a. edición. Santiago de Chile, Ercilla, 1939. 112 págs. \$9 m/n. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 66). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Profesor y poeta, como nos aclara Ercilla, Olivares Figueroa tenía y tiene las condiciones necesarias para hacer una buena selección, y para hacerla con la sensibilidad y la ternura que requiere un libro para los niños. «Umbral», «Mucura», «Maraca infantil», «Canciones de navidad», «Niñerías», «Musa riente», «Animales del Orinoco» se llaman los capítulos en que

dividió su libro. El prólogo y el apéndice con nombres de autores confirman al lector en la opinión de que esta antología ha estado presidida por una seria preparación y un extraordinario buen gusto. — ANDRÉS IDUARTE.

125. *Antología del cuento moderno venezolano. (1895-1935.) Selección de Arturo Uslar Pietri y Julián Padrón. Caracas, 1940. (Biblioteca venezolana de cultura, colección «Antologías».) [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 66). Texto firmado por: Andrés Iduarte.]*

Con un valioso prólogo de Arturo Uslar Pietri, en que nos da «un esquema de la evolución del cuento venezolano» y que anticipa el tino y el conocimiento de la materia con que se ha hecho la selección, el primer tomo está dividido en tres partes: la primera, 1895-1910, dedicada a «la generación de *El Cojo Ilustrado* y *Cosmópolis*», esto es, a Manuel Díaz Rodríguez, Luis M. Urbaneja Achelpohl, Pedro Emilio Coll, Rufino Blanco Fombona y Alejandro Fernández García. La segunda a «la generación de 1910», en que se cita como «revistas literarias más importantes» a *La Alborada* y *Sagitario*, y que contiene cuentos de Rómulo Gallegos, Enrique Soublette, Carlos Paz García, Julio Rosales, José Rafael Pocatterra y Leoncio Martínez. Y la tercera, consagrada a «la generación de 1920» que escribió, entre otras revistas literarias importantes, en *Cultura venezolana* y *Actualidades*, ocupada por las páginas de Andrés Eloy Blanco, Jesús Enrique Lossada, Julio Garmendia, Vicente Fuentes, Ángel Miguel Queremel, Pedro Sotillo, Casto Fulgencio López, Blas Millán, Mariano Picón-Salas, Joaquín González Eiris y Antonio Arráiz.

La cuarta y la quinta parte de la obra siguen en el segundo tomo. La cuarta está dedicada a Arturo Uslar Pietri, Carlos Eduardo Frías, José Salazar Domínguez, Ramón Díaz Sánchez, Nelson Himiob, Gabriel Ángel Bracho Montiel y Pablo Domínguez, de «la generación de 1928» y que escribieron en las revistas *Válvula* y *El ingenioso hidalgo*. La quinta parte, en que se menciona como revistas literarias más importantes a *Elite*, *Revista Nacional de cultura* y *Viernes*, contiene selecciones de «la generación de 1930»: Julián Padrón, Arturo Briceño, Guillermo Meneses, Luis Peraza, José Fabiani Ruiz y A. Gonzalo Patrizi.

Precede el cuento de cada uno de los autores una breve nota crítica, biográfica y bibliográfica. «Las fichas bio-bibliográficas — nos informa una nota preliminar — fueron organizadas por los señores Mariano Picón-Salas, Vicente Gerbasi y la señora Celia Lang de Maduro.» La edición, en buen papel y con sobrias portadas azules, hace honor al contenido.

Innecesario es señalar la trascendencia de estas antologías venezolanas que tanta falta hacían para el conocimiento de su literatura. El esfuerzo de los editores tiene que ser considerado como histórico. En dos serios volúmenes nos dan una etapa de la vida venezolana, como siempre llena de fuerza, de espíritu de lucha, de emoción, de finura citadina y de sencillez llanera. — ANDRÉS IDUARTE.

126. César Garizurieta. *El apóstol del ocio*. Cuentos. México, Edit. Mundo Nuevo, 1940, 70 págs. \$1.50 m/n. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 68-69). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En la colección «Cuentistas mexicanos» se publica este nuevo volumen, presentado con el mismo buen gusto y esmero tipográfico que los anteriores. Además de su inteligente dirección, Octavio Novaro ha puesto unas letras de prólogo a *El apóstol del ocio*, agudas, ágiles, en que presenta, al público, de cuerpo entero, al autor.

Por ellas, y por los tres cuentos que las siguen («El apóstol del ocio», «Un agujero en el zapato» y «El hombre del despertador»), el lector conocerá la prosa desenfadada y a la vez fina y la personalidad pintoresca y legendaria ya —a pesar de su juventud— del escritor, abogado, juez y diputado César Garizurieta. — ANDRÉS IDUARTE.

127. Raúl E. Baethgen. *El error del profesor Bodhel*. Montevideo, Claudio García y Cía., 1940, 196 págs. \$0.50 m/n. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 69-70). Texto firmado por: A. I.]

El profesor uruguayo presenta en este libro, en forma sugestiva y novelesca, sus conocimientos psiquiátricos. Profesor él mismo, escritor y universitario, crea o describe un personaje de fuertes perfiles y sigue brillantemente el desarrollo de una inquietante experiencia científica. — A. I.

128. Juan Uribe Echevarría. *La novela de la revolución mexicana y la novela hispanoamericana actual*. Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1936, 96 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 71). Texto firmado por: A. I.]

El autor presenta, después de algunas páginas en que a modo de introducción habla de la «actualidad social del escritor sudamericano» y de la «ubicación de la novela mexicana», varios trabajos sobre los prin-

cipales novelistas mexicanos. Sin que pueda estarse de acuerdo con todas sus opiniones, hay en sus ensayos sobre Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Gregorio López y Fuentes, Xavier Icaza Jr., Rafael F. Muñoz, Nellie Campobello, Cipriano Campos Alatorre, José Manuel Cassauranc y José Mancisidor—sobre todo en los dedicados a los dos primeros— material utilizable para el estudioso. Revelan una lectura cuidadosa de sus obras y conocimientos de detalles biográficos útiles. Quizá con lo que menos puede estarse conforme es con su calificación de los distintos autores; pero tiene que aplaudirse un libro sin pretensiones en el que se habla sólo de libros entusiástica y cuidadosamente leídos, cosa no muy frecuente aun en otros que sí las tienen. El autor añade un «apéndice de voces y giros que aparecen en las novelas de la revolución mexicana» y una apreciable bibliografía. — A. I.

129. Arturo Torres Rioseco. *Grandes novelistas de la América Hispana*. Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1941, 280 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 71). Texto firmado por: A. I.]

Aparecen en este sobrio volumen de las prensas de la Universidad de California varios de los ensayos ya publicados en *Novelistas contemporáneos de América*, de la editorial Nascimento de Chile, y de los cuales dimos noticia en estas páginas. Los dedicados a Azuela, Gallegos, Güiraldes, Lynch, Rivera y Reyles constituyen este primer tomo, y el segundo lo formarán los de Arévalo Martínez, Barrios, Edwards Bello, Gálvez, Prado y Díaz Rodríguez. Otra clasificación, como se ve, ha presidido esta edición, dedicada, según nos parece, más bien a los lectores norteamericanos. Utilidad didáctica le dan los dos índices, de autores y de obras, que cierran el volumen. — A. I.

130. Arturo Torres Rioseco. *Novelistas contemporáneos de América*. Santiago, Edit. Nascimento, 1939, 424 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 71-72). Texto firmado por: A. I.]

Continúa el profesor Torres Rioseco en este libro su estudio de la novela hispanoamericana, dividiéndolo en tres partes: «La novela de la tierra», que comprende sus trabajos sobre Mariano Azuela, José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes y Benito Lynch; «La novela de la ciudad», integrada por las páginas dedicadas a Eduardo Barrios, Manuel Gálvez y Joaquín Edwards Bello; y «La novela del modernis-

mo», en que se refiere a Carlos Reyles, Manuel Díaz Rodríguez, Pedro Prado y Rafael Arévalo Martínez. Justifica con buenos argumentos el profesor Torres Rioseco la clasificación que ha hecho de estos autores aunque, admitiendo la dificultad de toda labor de esta índole, declara en su introducción que «estas explicaciones ni a mí me convencen y en vano he tratado de hallar la verdad de mi decisión, caótica todavía en mi subconsciencia». El autor tiene cuando menos, y puede tener sin ninguna duda, la seguridad de haber escogido a buenos escritores, y de no haber perdido el tiempo incluyendo a algún valor dudoso. Los materiales que maneja el autor serán muy útiles para lectores de toda índole y especialmente para estudiantes, porque, aparte de su experiencia de años como profesor, los ha podido recoger directamente en sus viajes por la América española. La personalidad y la obra de los distintos escritores está presentada con conocimiento, con orden y a menudo con un ponderado entusiasmo. — A. I.

131. M. González Prada. *Prosa menuda*. Buenos Aires, Ediciones Imán, 1941, 252 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 72). Texto firmado por: A. I.]

Publicado con la autorización de los herederos del autor y con «advertencias» de Alfredo González Prada, recoge este volumen los artículos publicados por Don Manuel en *Los Parias*, y que no fueron incluidos en *Anarquía*, libro dado a luz anteriormente y el cual se consagró a los de carácter estrictamente social. Para hacer esta edición se ha utilizado la fuente original —el periódico *Los Parias*— y un cuaderno de recortes del autor, que «tiene el valor documental de las correcciones del autor». Abundantes notas aclaran la significación de muchos de los sucesos a que alude esta colección periodística. Nos informa la advertencia que, escritos estos artículos en un periódico destinado a circular entre la clase trabajadora, tienen aspectos no comunes a la obra de Don Manuel: «frecuente tosquedad de la frase, sal gruesa de algunos pasajes humorísticos (especialmente en los artículos anticlericales) y lenguaje sencillo, despreocupado y —particularidad insólita en la prosa del autor— no exento de peruanismos». Esta misma circunstancia descubre facetas inéditas de la personalidad de González Prada y un interés que no pasará desapercibido a los buscadores de regionalismos hispanoamericanos. El lenguaje del panfletario, siempre atractivo por su vigor y su fuerza, cobra aquí un nuevo sabor. — A. I.

132. Mauricio Magdaleno. *Rango*. Buenos Aires, Editorial Americalee, 1941, 324 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 74-75). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En un buen prólogo de Óscar Cerruto se estudia con cordialidad y justicia la obra que va realizando Mauricio Magdaleno, y se hace una presentación noble y atinada de los valores de este libro. Son artículos que a menudo merecen ser llamados ensayos sobre varios y variados temas americanos, del continente entero. Todos tienen, a pesar de su diversidad, un denominador común, y este es la emoción y el entusiasmo tan propios de Magdaleno con que han sido concebidos, escritos y publicados. Cerruto señala el hecho de que si de algo peca Magdaleno es de fe, y nunca de falta de ella. Magnífico y constructor pecado. Su curiosidad insaciable, su profusa lectura y su apasionamiento afirmativo no pueden merecer más que elogios. Ciento por ciento acertados cuando habla de los grandes hombres de América, como Sarmiento, como Whitman, como Justo Sierra; pero acertados en gran medida, y nunca desacertados, cuando presenta su impresión ante los hombres vivos y los libros nuevos entre los que vive. Mañana podrán parecer excesivos algunos juicios encomiásticos; pero nunca lo será ni lo parecerá su afán de alzar lo puro y de elevar lo brillante. El caso de Mauricio Magdaleno merece más que una simple reseña. Habría que ver los orígenes de su coincidencia con los espíritus estremecidos de Gabriela Mistral o de José Martí. La insistencia en este tono, y su altura, hablan más que de influencias pasajeras u ocasionales. Habría también que investigar cómo, en ambiente mexicano de ponderación y de cautela, se da este joven escritor prolífico y encendido. Por todo esto la obra del ensayista y del novelista merece atención especial y está llamada, por lo mismo, a ser estimada y querida en toda América. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

133. Emeterio S. Santovenia. *Genio y acción: Sarmiento y Martí*. La Habana, Editorial Trópico, 1938, 270 págs. \$1.00 m/n. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 77). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El Presidente de la Editorial Trópico enriquece la colección de su casa con este ensayo sobre los dos grandes americanos. El cariño y la preparación sobre las dos luminosas obras nos dan páginas magníficas y tan originales como las dedicadas a «imaginación, palabra, cultura, obra»

(en el capítulo «Pensamiento y arte») de Sarmiento y Martí, y nos proporcionan datos desconocidos o muy poco conocidos sobre diversos aspectos de las dos vidas, por ejemplo los contenidos en «Sarmiento en Cuba» y «Martí en la Argentina». Los estudiosos encontrarán en este libro, que sigue la existencia de los dos maestros desde sus cúspides hasta sus momentos aparentemente triviales, orientación y enseñanza. El paralelo entre hechos y libros, entre acontecimientos y letras —siempre posible porque nunca divergen las líneas rectas—, parece que a veces llega al extremo o al exceso; pero el talento del autor y el amor por el tema da sentido y justifica el insistente parangón de casos y cosas de los dos constructores de América. —ANDRÉS IDUARTE.

134. Gustavo Otero Muñoz. *Semblanzas Colombianas*. Publicación de la Academia Colombiana de Historia, en homenaje a la ciudad de Bogotá en el IV centenario de su fundación. Bogotá, Editorial ABC, 1938. Dos vols., 420 y 322 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 77). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Pertenecen estos dos tomos a la Biblioteca de Historia Nacional, que nos los presenta como el LV y LVI de su rica colección. Su respetado autor, el doctor Gustavo Otero Muñoz, expresidente de la Academia Colombiana de Historia, nos dice en la «Nota liminar» que son «una ampliación de otros que ha publicado anteriormente, y en especial del *Resumen de la historia de la literatura colombiana*» y que «no es precisamente hablando una historia literaria, pero sí desfilan por sus páginas los escritores que parecieron al autor más dignos de atento examen, como representativos del movimiento intelectual en cada época». Los ha agrupado por períodos históricos, de la manera siguiente: el tomo I se divide en cuatro capítulos, «Cronistas primitivos», «Escritores coloniales», «Literatos de la revolución» y «Escritores de la Gran Colombia». El tomo II está consagrado a los «Prosistas y poetas de la Nueva Granada», que hace el capítulo V de la obra. Por la documentación de primera categoría, por el talento y la cultura del señor Otero Muñoz, por la importancia de la materia tratada, estas *Semblanzas colombianas* tienen que señalarse como una de las publicaciones más útiles y valiosas para el conocimiento de las letras hispanoamericanas. Editorialmente están presentados los volúmenes con la limpieza y la sobriedad que caracterizan a las publicaciones de la Academia Colombiana y enriquecidos con interesantes retratos. —ANDRÉS IDUARTE.

135. Rafael Esténger. *Don Pepe. Retrato de un maestro de escuela*. La Habana, Edit. Alfa, 1940, 112 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 79). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Una biografía, escrita para los niños, ingenua y clara como la vida de don José de la Luz Caballero y que, evitando cuidadosamente el dato erudito, nos da, sin embargo, una justa idea de lo que fueron los tiempos y los hombres generosos del XIX cubano. Ojalá que estas biografías que Esténger hace, con amor y sencillez, de las más puras almas de su isla luminosa—Martí y Caballero—lleguen no sólo a los niños sino a los hombres de Cuba y de toda América. —ANDRÉS IDUARTE.

136. Antonio Arráiz. *Culto bolivariano*. Publicado bajo los auspicios del Ministerio de Educación Nacional. Caracas, Editorial Cóndor, 1940, 232 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 79). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Antonio Arráiz nos da este útil y bien organizado libro, dedicado a la enseñanza de la grandeza de Bolívar. A un cuidadoso esquema biográfico siguen cincuenta y tres lecciones, compuestas de trozos del ideario bolivariano, de anécdotas, y de trozos históricos o literarios escritos sobre el Libertador por escritores venezolanos y extranjeros. En letra bastardilla se señalan con muy buen criterio los puntos que el profesor debe ampliar ante los alumnos de las escuelas venezolanas a quienes está dedicado. El conocimiento de la materia, la hábil selección de pensamientos y frases del Libertador, el acierto de las opiniones que Arráiz escribe al margen de cada lección y el tono sobrio del libro hacen de él un instrumento de excepcional valor para dar a conocer a adultos y a jóvenes la gloria de Bolívar. —ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

137. Mauricio Magdaleno. *Fulgor de Martí*. México, Quetzal, 1940, 284 págs. 5 pesos. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 80). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Magdaleno nos da ahora un emocionado libro sobre la vida ardiente de José Martí. El arrebató místico de la prosa de Magdaleno, mostrado ya en sus novelas y en los trabajos que ha dedicado a la historia de la América Española, halla mejor cauce que nunca en la exégesis de Martí, cuya vida fué, precisamente, arrebató místico. Martí ha hallado así,

en Magdaleno, un biógrafo por destino, hecho para entender su vida y para contarla. Queremos decir, también, que Magdaleno tenía que abordar un día este fulgor vital de América, que le correspondía y le estaba señalado por temperamento, por raza.

Además de esta condición, primera y esencial, para hacer una buena biografía, hay una serie de circunstancias que han permitido a Magdaleno interpretar de manera brillante y cabal la vida de quien es el valor moral más grande de América: su conocimiento y su amor por sitios que Martí conoció y amó. La emoción ante la naturaleza antillana, que a Martí, privado de ella, le producía un estado de beatífica fiebre, ha dejado en Magdaleno, más que un admirador, un creyente. Son religiosos que visitan y añoran el mismo templo. En el trópico americano sus sensibilidades desbordadas hallan expresión y símbolo. También ha vivido Magdaleno en Madrid, «la ciudad más linda y maravillosa de la tierra», y supo, como Martí, de su pueblo espontáneo, abierto, sin afeites, con el heroico y amigo corazón siempre en la mano. Otra atmósfera común es la de México, que también acogió y acabó de formar la personalidad del gran cubano. Sobre esta etapa da Magdaleno datos importantes, hechos y nombres que nos explican la liga cordial que el héroe tuvo con nuestra patria. Identificado totalmente con su personaje, Magdaleno analiza y adivina otros momentos apasionantes de Martí: su prisión de joven apóstol; su amor al padre valenciano, rudo pero generoso, que al fin entenderá la grandeza del hijo y de su causa; la ternura por la madre, por la anciana cuya visita a Nueva York marca un capítulo de ternura en la biografía; su paternidad mutilada, que arrancó a Martí páginas como el *Ismaelillo* y que contribuyó al fin, tras una fuga lacerante, a entregarlo ya sin ninguna atadura terrenal al definitivo sacrificio.

Comprensión y amor para España, para Cuba, para México, para toda nuestra América, y posición semejante ante la vida, han permitido a Magdaleno hacer esta conmovida biografía. No la limita ni el patriotismo, ni la seca erudición, ni la preocupación de concurso literario, ni el encajonamiento sectario.

La prosa, vibrante desde la primera a la última página, sin desmayos ni jadeos, a menudo alcanza la categoría de «selva barroca de un fausto amazónico», que es como Magdaleno define la de Martí.

Por todo esto el libro de Magdaleno es una extraordinaria contribución a la edificación del espíritu hispanoamericano, del cual Martí es uno de los más sólidos cimientos. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

138. Domingo Amunátegui Solar. *Estudios históricos*. Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile. 1940, 156 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 82). Texto firmado por: A. I.]

La Universidad de Chile agrega estas páginas sobre «La propiedad agrícola en la zona central de Chile» y un apéndice con la «Tasación de fondos rústicos», la «Tabla de cambios internacionales...» «El asesor del Virrey Amat», «El Deán Recabarren», «Don Andrés Bello enseña a los chilenos a narrar la historia nacional» y «La génesis de una fecunda labor», a la larga lista de publicaciones de su ilustre historiador. Completan ellas los anteriores trabajos de Don Domingo sobre la organización económica y política de la colonia, y el apéndice muestra de nuevo sus aficiones de narrador. Para el conocimiento de la encomienda y de la situación de la Compañía de Jesús en Chile este librito es fundamental. — A. I.

139. Domingo Amunátegui Solar. *Pipiolos y pelucones*. Santiago de Chile, Imprenta y Litografía Universo, 1939, 292 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 82). Texto firmado por: A. I.]

Este volumen de ensayos está dedicado, como lo precisa su autor, «a la época de... la historia nacional chilena... más censurada, más vilipendiada, más ridiculizada», esto es, a «la que empieza con la abdicación de O'Higgins y termina con el triunfo conservador de Lircay». Los valiosos estudios que Don Domingo Amunátegui Solar dedica a «Los dos Egañas», a «Don Diego José Benavente», a «Don Carlos Rodríguez Ordoiza» y el breve en que se refiere a «Don Diego Portales», evidencian que «nada es más injusto». La lectura de estas documentadas páginas enmienda muchos lugares comunes vertidos sobre los dos partidos históricos de Chile. — A. I.

140. Domingo Amunátegui Solar. *Recuerdos del Instituto Nacional*. Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, 1940, 118 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 82-83). Texto firmado por: A. I.]

A sus viejos recuerdos acude Don Domingo para escribir este libro sobre los rectorados de Don Francisco de Borja Solar, Don José Manuel Orrego, Don Antonio Ramírez, Don Santiago Prado y Don Ignacio Domeyko, que dirigieron la histórica institución en la que se formaron él y muchos otros chilenos ilustres. Muy útiles datos y observaciones

contienen también los capítulos consagrados a los «Profesores Extranjeros del Instituto Nacional», a Don Gabriel René Moreno, a Don Diego Barrios Arana y a la Escuela de Ingeniería. — A. I.

141. Mariano Picón-Salas. 1941. *Cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana*. Caracas, Editorial Impresores Unidos, 1940, 144 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 83). Texto firmado por: A. I.]

Dedicado a los venezolanos que no han perdido la fe, este libro lleva por título el del primero de sus discursos, «1941», año que Picón-Salas considera trascendental y simbólico en el proceso histórico de su país. «Será—dice—el último año de un apasionado lustro en que después del silencio tiránico de cuatro décadas surgió en Venezuela una vocación de libertad y democracia...» Encontramos en estas páginas el entusiasmo y la vitalidad que ya conocíamos en el ensayista venezolano y preferimos en ellas las dedicadas a temas que superan el marco polémico y circunstancial que limitan a otros. Entre las mejores, recordamos las dedicadas a don Simón Rodríguez, a Andrés Bello y a Cecilio Acosta. — A. I.

142. *América ante la guerra*. Ciclo de conferencias ofrecido por los doctores Pastor del Río, Juan Clemente Zamora, Raúl Maestri y César Salaya, en el Instituto Nacional de Previsión y Reformas Sociales los días 8, 11, 15 y 18 de julio de 1941. La Habana, Editorial «La Mercantil», 1941, 96 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 84-85). Texto firmado por: A. I.]

Organizadas estas conferencias por voto unánime del Instituto que preside don Diego Vicente Tejera y dadas en el Salón de Actos del Instituto y de la Asociación de Escritores y Artistas Americanos, representan la expresión del pensamiento universitario cubano ante la guerra. — A. I.

143. Casto Fulgencio López. *La Guaira. Causa y matriz de la independencia hispanoamericana*. Caracas, Ateneo, 1941, 176 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 85). Texto firmado por: A. I.]

Se ocupa este libro de La Guaira, desde sus orígenes indígenas hasta nuestros días, y a través de su historia colonial, sus luchas piratescas y finalmente la independencia y la vida republicana. Cuna, como efecti-

vamente fué, de las guerras de emancipación; punto vital del mundo hispano antes y durante ellas, el prestigio histórico de la Guaira da importancia a este librito, hecho con devoción por la ciudad en que nació el autor. Contiene una serie de interesantes fotografías. — A. I.

144. Francisco J. Santamaría. *La poesía tabasqueña. Antología y semblanzas literarias*. México, Ediciones Santamaría, 1940, 304 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 87). Texto firmado por: A. I.]

Cuidadosa antología en la que el distinguido crítico y filólogo mexicano recoge la producción poética de su ardiente provincia tabasqueña. Entre muchos nombres que están situados dentro del marco de Tabasco, aparecen algunos de relieve nacional y continental, como mejor ejemplo el del poeta Carlos Pellicer, nacido en Villahermosa en 1899. Otros nombres ilustres en la lucha social, como el del Vicepresidente mártir de México, José María Pino Suárez, recuerdan en este libro la vitalidad y la pasión que caracterizan a la histórica provincia costeña. — A. I.

145. Irma Wilson. México. *A Century of Educational Thought*. New York, Hispanic Institute in the United States, 1941, 376 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 87). Texto firmado por: A. I.]

La tesis doctoral de la señorita Wilson merece ser señalada como ejemplo de investigación, de método y de entusiasmo por su materia. Revela dedicación de largos años y dominio de las fuentes en que se documentó después de largas y pacientes búsquedas en las bibliotecas de los Estados Unidos más ricas en materiales mexicanos. Desde el primer capítulo, «Education in New Spain», hasta el doce y último, «Justo Sierra», la señorita Wilson sigue con atención el proceso histórico de la enseñanza en México, subrayando sus valores reconocidos e incluso señalando otros olvidados. Por todo esto puede afirmarse que su trabajo es una valiosa contribución, merecedora del mayor aplauso y la mejor atención. — A. I.

146. Armando de María y Campos. *Los payasos, poetas del pueblo*. (El circo en México.) Crónica. México, Ediciones Botas, 1939, 262 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 88). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

«Crónica ilustrada con reproducciones de programas de la época y viñetas de los mismos, de la colección del autor», se nos advierte en la

primera página de este sugestivo libro. Armando de María y Campos, que ha seguido a través de toda su vida el teatro y el circo de México y el mundo, nos ofrece en él un estudio entusiasta y cuidadoso, desde los espectáculos a que eran aficionados los aztecas, desde las primeras maromas y volatines de la colonia, hasta las grandes compañías del siglo XIX que hicieron la felicidad de las generaciones republicanas bajo el cono de lona. Aparte del valor de su investigación y de los documentos que reproduce, el libro presenta con gracia y color diversas etapas de la historia mexicana. Con conocimiento y cariño se sigue la vida de los grandes cómicos mexicanos, desde José Soledad Aycardo, el gran juglar del XIX, y a través de los Orrin y del inolvidable Ricardo Bell, hasta los tres grandes cómicos de los últimos años: Leopoldo Beristain, Roberto Soto y Mario Moreno «Cantinflas». El autor pone también su atención en los grandes artistas de fuera de México, y nos da interesantes páginas sobre Barnum, Chaplin, los Fraetellini¹ y otros. Su obra, paciente, útil y graciosa, es digna del mayor elogio. — ANDRÉS IDUARTE.

147. Rafael Esténger. *Hacia un Heredia genuino*. Conferencia pronunciada en el Instituto «América», Santiago de Cuba, Imprenta «Renacimiento», 1939, 24 págs. [Año 8, No. 1/2 (Jan. - Apr., 1942), (p. 88). Texto firmado por: A. I.]

El autor de la *Vida de Martí*, de *Heredia*, la *incomprensión de sí mismo* y de *Sonata patética* dió en el Instituto Comercial — América de Santiago de Cuba, esta charla que por su claridad y conocimiento del tema puede considerarse como una buena introducción para el estudio de Heredia. — A. I.

148. Roberto Meza Fuentes. *De Díaz Mirón a Rubén Darío*. Un curso de la Universidad de Chile sobre la evolución de la poesía hispanoamericana. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1940, 354 págs. \$20. m/n. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 89). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

«Este libro—nos dice su autor—que reúne las lecciones pronunciadas en los Cursos Breves de la Universidad de Chile, desde el 19 de abril al 15 de julio de 1939, cumple con la primera parte del programa aquí

¹ [Nota del editor]. Es una errata en el texto original. Se refiere a la familia circense italiana Fratellini.

anunciado. Cursos posteriores completarán este trabajo, abordando el estudio de la Generación Modernista y la Superación del Modernismo, considerados ambos momentos literarios en la poesía de España y América. Por su parte, este libro sólo ha contemplado los antecedentes de Rubén Darío en la poesía de Hispano América.»

Se inicia el volumen con un trabajo sobre Salvador Díaz Mirón, «Un mártir de la perfección»; «Una sinfonía de colores» se titula el segundo, dedicado a Nájera; sigue «El creador de una patria», sobre Martí; viene luego «Nocturno de amor y muerte», sobre Silva, y por último «Un desterrado del mundo», sobre Julián del Casal. Siguen diez capítulos sobre Rubén Darío, en los que se examina cuidadosamente su obra.

«Este curso... aspira a revivir y recrear —escribe el señor Meza Fuentes— la obra de los más altos poetas de América con un sentimiento religioso de amor a la belleza y con un sentido profundo de fe en los destinos superiores de la raza.» Son notables en su libro, además, la seriedad del análisis y la amenidad de la exposición. — ANDRÉS IDUARTE.

149. *Archivo José Martí. La Habana, publicado por el Consejo Corporativo de Educación, Sanidad y Beneficencia, 1940, 88 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 89). Texto firmado por: Andrés Iduarte]*

Esta es una publicación de tipo patriótico. Frecuentemente se da el caso de que en estos trabajos se junten diversas páginas de Martí o sobre Martí, en recuerdo de su memoria, sin reducirse a plan determinado, ni a un tema, ni a una época. Pero en ocasiones estos libros, que a primera vista parecen sólo tener un valor de emoción patriótica, nos dan datos o páginas de valor. En éste, por ejemplo, aparecen las buenas y poco conocidas palabras de Juan Ramón Jiménez sobre el héroe. También letras de Martí, como por ejemplo las que publicó en *The Hour*, y algunas fotografías de los periódicos en que escribió, enriquecen este volumen. — ANDRÉS IDUARTE.

150. *Libro jubilar de homenaje al Dr. Juan M. Dihigo y Mestre en sus cincuenta años de profesor de la Universidad de la Habana. 1890-1940. Revista de la Universidad de la Habana, número extraordinario. La Habana, 1941, 464 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 90). Texto firmado por: A. I.]*

El volumen consagrado al ilustre profesor de Lingüística y Filosofía Clásica de la Universidad de la Habana nos ofrece una valiosa colec-

ción de estudios sobre su obra y sobre diversos temas, entre los que destacamos «La ética de Montalvo» de Roberto Agramonte, «Rubén Darío: el soneto de trece versos, los sonetos de más o menos versos y el sonetino», de Regino Boti; «Heredia, traductor de Horacio», de José María Chacón y Calvo; «Apuntes caracterológicos del léxico cubano», de José Elías Entralgo; «Cantores del Niágara», de Antonio Gómez; «Teoría de los americanismos, apuntes para un estudio del español en América», de Raimundo Lazo; «González Prada y su obra», de Jorge Mañach; y «Conflictos y armonías en torno a la cubanidad», de Emeterio Santovenia. Éstos y otros ensayos hacen de este volumen un excepcional homenaje. — A. I.

151. *Epistolario de Miguel Antonio Caro. Correspondencia con Don Rufino J. Cuervo y Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Introducción y notas por Víctor E. Caro. Bogotá, Editorial Centro, 1941, 304 págs. (Publicaciones de la Academia Colombiana, correspondiente de la Española.) [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (pp. 90-91). Texto firmado por: Andrés Bello]*

Una sobria y clara información de Don Víctor E. Caro nos introduce a esta cuidadosa edición de una parte del epistolario de su ilustre antepasado. La amistad pura que sostuvo desde la infancia hasta la muerte con su condiscípulo y compañero de trabajos, llena de un afecto y una fraternidad reveladores de la psicología de los dos grandes colombianos, está cuajada de datos desconocidos y fundamentales para el entendimiento de la excepcional obra intelectual que realizaron ya juntos, ya separados. No menos importante es la correspondencia del maestro bogotano con el joven y extraordinario Menéndez y Pelayo. El traductor de Virgilio y el traductor de Horacio, afines en las aficiones literarias y en las ideas políticas, se cambian cartas durante varios años, estampando en ellas juicios que completarán y aclararán muchos de los que dieron en sus libros. Es Caro quien sugiere a Menéndez y Pelayo que escriba una historia general de la literatura española y quien le proporciona materiales y noticias sobre la hispanoamericana. Fundamental para el estudio de la literatura española e hispanoamericana es la conversación de los dos maestros. «Yo creo que la historia de la literatura americana—le dice Caro—no admite encadenamiento filosófico ni clasificaciones de escuelas nativas; parte de ella se ha de referir a la historia peninsular, como brote y apéndice suyo ultrama-

rino; y parte se reduce a la historia de algunos hombres eminentes y originales. Ni sería bien que usted gastase tiempo en esclarecer esterilidades que no merecen estudio». Las observaciones que se hacen los dos católicos, unidos a distancia, salen de lo intelectual para pasar a lo político y hasta a lo cotidiano. («No trabaje hasta matarse», aconseja Caro), y llegan hasta la franqueza de la crítica de sus versos. Ciertamente es que el interés del viejo por el joven es mayor, aunque este último conserve en su retiro de Santander el retrato del amigo ultramarino.

No es necesario decir que en unas y otras cartas se contiene la mejor información y orientación sobre hombres, obras y acontecimientos intelectuales de su época. — ANDRÉS IDUARTE, Barnard College.

152. Rufino J. Cuervo. *Cartas de su archivo. Volumen I.* (Edición hecha bajo la vigilancia y dirección de la Biblioteca Nacional.) Bogotá, Imprenta Institución Gráfica, 1941, 266 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril., 1942), (pp. 93-94). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Se reúnen en este libro las cartas del archivo de Cuervo, dirigidas a él por colombianos, hispanoamericanos, españoles y extranjeros, muchos de ellos ilustres, como Marroquín, Uricochea, Montalvo, Cecilio Acosta, Juan María Gutiérrez, Hartzenbusch, Tamayo y Baus, Sbarbi, Dozy, Pott, etc. Basta esta enumeración para indicar la trascendencia e interés del volumen. En muchas de ellas el lector encontrará datos inéditos sobre la formación y desarrollo de la obra del ilustre filólogo. Especial valor tienen en este aspecto las de Don Ezequiel Uricochea, profesor de árabe en la Universidad de Bruselas, largas, numerosas y cargadas de noticias y observaciones curiosas. El largo diálogo que sostuvo a través del océano con su paisano, y del cual sólo conocemos la parte que a él toca, tiene, además de su interés informativo, mucho de gracia y desenfado.

«No sé si en todo—le dice desde París en 1873—tiene usted razón al decir que me quedan resabios de *rojería*. Palabra y franqueza que no necesitan de disculpa, viniendo de tan buena fuente y dichas con tan buena intención. Si yo soy tan clarote con mis amigos, no es para que los que lo son me oculten sus sentimientos. No, Rufino, lo que es de *rojería* política creo que jamás tuve ni la quinta esencia de ella. Me parece que harto lo demostraba. De *rojería* como opuesta al *beaterío*, sí, amigo mío, me queda íntegra toda la que tenía antes. Cada día me cargan más los tartufos (masculinos y femeninos) que pululan en el mundo.

Francamente, prefiero ser el increyente más ateo, a tener siquiera un adarme de semejante jente. ¡Qué jente, qué jente! Tengo ocasión de verlo que son dentro de bastidores. Bástele saber que los viernes voi a caza de un restaurante para no soportar los remilgos de cierta monja en casa. ¡Í cree la muí zorra que me engaña! ...» Pocos, sin duda, hablaban en este tono al católico bogotano. De manera que al interés que tiene toda carta dirigida a Cuervo y sobre su vida y sus trabajos, se agrega el que da a éstas una personalidad pintoresca y poco conocida como es la del Doctor de Medicina de Yale y Gotinga. Puntos de vista sobre el París que Uricoechea ama y sobre la España que no quiere, cuadros y opiniones de la época, juicios y prejuicios sobre muchas cosas, mantienen hasta el final el interés de este librito. Montalvo busca insistentemente el aplauso de Cuervo, Hartzenbusch cuenta que el usó «dintel por umbral hasta que ya, algo tarde, conoció el despropósito», Acosta pinta enérgicamente al compañero la triste realidad de Venezuela, y, en suma, en cada página encontrará información viva y vivaz el estudioso. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

153. *Antología de la literatura hispanoamericana*. Selección, comentarios, notas y vocabulario de Arturo Torres Riosco. New York, Crofts, 1939, 226 págs. [Año 8, No. 1/2 (Enero - Abril, 1942), (p. 95). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

«Esta *Antología* —dice el profesor Torres Riosco— tiene un papel que cumplir. El interés que existe en los Estados Unidos por nuestra cultura es cada vez más grande: sin embargo, faltan fuentes de información, documentos, libros. A los estudiantes universitarios que empiezan el estudio de nuestros escritores va dedicada esta *Antología*». «He dividido esta antología en cuatro secciones: novelistas, cuentistas, ensayistas y poetas. No doy ninguna selección dramática por lo inadecuado que resulta fraccionar una comedia y por la relativa importancia de nuestro teatro. He procedido al hacer este trabajo con un criterio puramente literario. Nuestra literatura se caracteriza por un continuo mejoramiento y por esta razón dedico mucho más espacio a los autores modernos que a los coloniales. Sin embargo, no incluyo a los escritores nacidos en el siglo presente ya que ellos son demasiado numerosos y al presentar a unos excluiría injustamente a otros. Nunca me ha preocupado la cuestión geográfica en literatura. Siempre he considerado a la América hispana como un solo país, de modo que no he tratado de hacer una

distribución por nombres de zonas territoriales. Tampoco me interesa grandemente el punto de vista histórico y así ciertos nombres que gozaron de una gran reputación en el período colonial y en el siglo diecinueve han sido olvidados en el presente volumen. He dicho que esta antología va dedicada a los estudiantes universitarios; sin embargo, no es exclusivamente para ellos sino también para todas esas personas cuya curiosidad intelectual las lleve por el rico campo de las letras de Hispanoamérica.» La experiencia que tiene como profesor de estudiantes norteamericanos y su conocimiento de la literatura hispanoamericana han permitido al profesor Torres-Rioseco hacer una antología sencilla y útil. Las letras que preceden a cada uno de los capítulos, las notas biográficas y bibliográficas y el glosario con que se cierra el volumen serán una gran ayuda para quienes se inicien en el estudio de las letras de la América Hispana. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

154. MARTÍ. [Año 8, No. 3, Jul., 1942, (pp. 193-204). Andrés Iduarte]

HABLAR sobre José Martí es cosa siempre arriesgada y difícil. El que habla corre el peligro de que el oyente sepa mucho de José Martí y que, en consecuencia, el comentario resulte inútil. Porque de Martí no es posible saber poco: o se sabe mucho o no se sabe nada. En Dios no se cree, o el que cree vive para su culto. El poeta finísimo, el apóstol inmaculado, el prosista centelleante y el hombre dulce se convierten precisamente en una devoción para cuantos se asoman a su vida. El que una vez ha oído narrar la vida o la muerte de José Martí, o algún pasaje de aquella, intenta enseguida conocerla entera. El biógrafo o el comentarista está, pues, en el riesgo de cansar a conocedores de Martí con datos sabidísimos, o en el de dejar sin ellos a quienes no hayan tenido todavía la fortuna de toparse con la extraordinaria figura.

El peligro no es imaginario, sino cierto, positivo y actual hallándose presente Jorge Mañach, quien en un libro brillante y lúcido, claro y acabado, ha repasado la vida y la obra de José Martí. Mañach admite tan sólo que ese libro es útil; y nosotros hemos aceptado también el adjetivo, pero en el sentido en que el mismo Martí lo usara: útil es lo que satisface una necesidad urgente. Y una necesidad urgente es, especialmente para el americano, particularmente para el de habla española, así como para el español, el conocimiento de esta vida y esta palabra.

Pasión y muerte de José Martí: este enunciado comprende toda su vida y toda su obra, porque no hay un acto o un renglón de ellas que

se separen de su predestinación o de su predisposición milagrosa. Intercaladas en ellas van el poeta, el político, el rebelde españolísimo, el hombre deliberadamente mártir, el enamorado y el amante... Cualquiera parcelación tiene que ser tomada como simple necesidad de procedimiento; porque su vida y su obra es un todo orgánico, total e infaliblemente congruente, indivisible e inseparable. El Cristo del Sermón de la Montaña es exactamente el mismo perdonador de Magdalena.

«Iguala con la vida el pensamiento», cantó el poeta. Martí lo iguala, lo hermana. Su biografía puede escribirse con sus propias palabras sobre otros hombres ilustres: de tal modo coincide lo que él hizo o lo que él fué con el molde de la virtud y del genio. Un acucioso podría recoger lo que dijo de Cecilia Acosta y de Bolívar, y con una fácil acomodación daría una visión exacta de la vida del santo. Ensalzó Martí a sus claros precursores o fustigó a los antecesores de los perversos de su tiempo. Por igualdad y por diferencia podría llegarse, leyendo todos sus estudios biográficos, a conocer palmo a palmo la vida del hombre. Nunca hizo lo que condenaba ni dejó de hacer lo que cantaba. Él está presente en cada línea, en cada elogio y en cada crítica. Como todo aquel que tiene la honda convicción de la pureza de la propia vida—de su vida mordida por la ingratitud, la maledicencia y la duda— Martí vive en cada una de sus páginas desnudo. Sus versos son «dagas sacadas de su propio pecho». Sus prosas son el colofón de su diaria ansiedad. Vivió dándose, enseñándose, rasgándose el alma: el que quiera puede tomársela toda entera. Fué el generoso, el altruista por excelencia, el manirroto de los bienes de la tierra y del cielo.

De allí proviene que el lector de Martí quede unido a él por el cariño, por el amor, por la devoción. La relación con este hombre tan genial como sencillo y diáfano no es sólo la del respeto o la admiración, sino la de la amistad profunda y conmovida.

De allí también que su gloria se conserve enhiesta: su pedestal está hecho de bien y de verdad. El mismo lo dijo: «Un orador vale por lo que habla; pero definitivamente queda por lo que hace. Si no sustenta con sus hechos sus frases, aun antes de morir viene a tierra, porque ha estado de pie sobre columnas de humo.» Martí nació en La Habana en enero de 1853, en época de aparente calma: el fusilamiento de los anexionistas del 47—y la misma impopularidad del anexionismo—había alejado nubes amenazantes de independencia. Hijo de españoles pertenecía Martí al criollaje: padre valenciano, madre canaria. Don Mariano Martí era celador de policía y hombre ignorante, dos condiciones para

servir fielmente lo establecido, y aun para amarlo, aun cuando la injusticia fuera lo establecido. En el cuartel no se razona: se manda o se obedece. Condición lamentable que no impide que don Mariano sufra cesantías, humillaciones o penurias. Éstas humanizan, quizá, al padre iletrado. Y de estos toques de humanización saldrá aquella frase que Martí recordó siempre y que borró la huella de prohibiciones y castigos: «no me sorprendería, hijo, verte un día luchando por la libertad de tu patria». (El policía había sido llevarán al niño a pisar, de los cuatro a los seis años, la tierra peninsular. A los trece años, a pesar de la pobreza y de la ignorancia paternas, Martí es el alumno distinguido del «Colegio San Pablo», que dirigía Rafael María Mendive, y es cuando termina la escuela primaria. El educador, con la aquiescencia del padre de Martí, va «a costearle sus estudios hasta adquirir el grado de bachiller, para premiar así su aplicación y buena conducta». Mendive es su descubridor. Verdadero padre, engendra más que el otro o, cuando menos, pule un espíritu todo luz. A los quince años Martí está enclavado en el grupo de los muchachos llamados «bijiritas», es cubanísimo y separatista. A los quince años lo estremece el grito de Yara. La figura de Carlos Manuel de Céspedes inquieta a este niño ensimismado. Publica el primer soneto y el primer comentario y prepara su primer periódico. La prohibición del padre celador y los sucesos de Villanueva son leña para este fuego juvenil. La demostración de los llamados voluntarios contra la casa de Mendive, a quien casualmente acompaña Martí, es la primera gran emoción de su vida. Y entonces aparece «Patria Libre», que Martí dirige, y en donde publica su poema epicodramático «Abdala», su primer paso en la senda de mártir, «expresamente dedicado para la patria». La escena, en Nubia conquistada. Abdala, guerrero que lucha por la independencia. Las alusiones a la patria, a Cuba, a la guerra, no podían ser más claras. Y el guerrero imaginario moría, exclamando: «Nubia venció... ¡Oh, qué dulce es morir cuando se muere luchando, audaz, por defender la patria! ...» Demos un salto de veintiséis años y veremos cómo un hombre que pasa ya de la cuarentena, el poeta continental José Martí, después de atravesar las amarguras de cinco lustros de peregrinaje y presidio, cumple con el pagaré de sacrificio que a los dieciséis años firmó el adolescente habanero.

La prisión y el destierro de Mendive acrisolan la pasión de José Martí, pese a los castigos del padre. Y es entonces cuando una carta firmada por Martí y por su amigo Fermín Valdés Domínguez los lleva a presidio. «¿Has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas?

¿Sabes tú cómo se castigaba en la antigüedad la apostasía?...», escribieron los muchachos a un compañero cubano que se había alistado como voluntario en un batallón español. El fiscal pide para Martí la pena de muerte. No, nunca se ha jugado con los tribunales pretorianos. Finalmente, en gracia a su edad, Martí es condenado a seis años de presidio. Seis meses de sus diecisiete años los pasó en las terribles canteras de San Lázaro, bárbaro castigo que para siempre le dejó huellas físicas y morales: un sarcocle del que nunca curó, dos cicatrices en los tobillos y una convicción política. El catalán empresario de las canteras se apiadó del niño; éste fué indultado, enviado a la Isla de Pinos y al fin deportado a España.

En Madrid denunciará en seguida el crimen, en su primer gran panfleto, «El presidio es una institución del Gobierno. El comandante es Mariano Gil de madre... Rodeó con una cadena mi pie, me vistió con ropa extraña, cortó mis cabellos y me alargó en la mano un corazón... Pero... —aclaraba en seguida— yo no he venido aquí a cantar el poema íntimo de mis luchas y mis horas de Dios. Yo no soy más que una gota de sangre caliente en un montón de sangre coagulada ... ¿Cuando otros lloran sangre, qué derecho tengo yo para llorar lágrimas? ...» Pinta el horror de las canteras y apostrofa: «Los voluntarios son la integridad nacional. El presidio es una institución del Gobierno. El comandante es Mariano Gil de Palacio. Cantad, cantad, diputados de la nación. Ahí tenéis la integridad; ahí tenéis el Gobierno que habéis aprobado, que habéis unánimemente aplaudido. ¿No es verdad que vuestra honra os manda aplaudir y cantar?»

Se conmueve con su lectura el ateneísta diputado Labra, López de Ayala arruga el entrecejo y Cánovas deplora la fuerza panfletaria del futuro insurrecto.

Realiza Martí en Madrid su vida de estudiante apostólico, en medio de una juventud cubana siempre chispeante y alegre. Da clases particulares para ganar su ración de hambre. Vence las dolencias que para siempre le dejó la prisión y sostiene desde «El Jurado Federal» una polémica con «La Prensa», sobre la palpitante cuestión cubana. El recrudecimiento de sus males, la pobreza y el destierro lo hacen ser un estudiante irregular en la Universidad Central de Madrid. Pero Fermín Valdés Domínguez llega y lo alienta. Piden el traslado de su matrícula a Zaragoza.

Poco antes, el 11 de febrero, los dos amigos asistieron a la asamblea en que las Cortes españolas despidieron al Rey Amadeo—Macarroni

I, como los madrileños le dijeron a aquel pacífico intruso que terminó por irse, como terminarán por irse de España todos los intrusos—y proclamaron la República. Y con ella, alguna esperanza para los cubanos. Martí puso pronto en el escritorio de Figueras su violento alegato: «La República Española ante la Revolución Cubana». Tampoco se irá Martí de Madrid sin una honda huella. La gracia y el sabor popular que ninguna ciudad tiene como esta capital del heroísmo y de la vergüenza humanos, enseñó a Martí algo que él, a pesar de ser hijo de español, todavía ignoraba: la esencial diferencia entre un pueblo generoso y el Gobierno monárquico, y la superioridad del pueblo sobre gobernantes que nunca lo reflejaron. La distinción no había de olvidarla Martí nunca, ni en el fragor de la guerra de la manigua.

Y Aragón echa el lazo definitivo al cubano levantisco. La ternura de una familia española—que por cariño a sus jóvenes huéspedes llega a amar su lejana y desconocida causa—, y el amor romántico, le regalan un nuevo corazón para sustituir al lastimado del presidio. Siempre el pueblo español ha remediado con un Motolinía los daños de un encomendero. Escribirá Martí más tarde:

*Para Aragón, en España,
tengo yo en mi corazón
un lugar todo Aragón,
franco, fiero, fiel, sin saña...*

Y podrá escribir, siendo periodista en Nueva York, estas frases amantes y de clara pupila sobre la realidad española: «La naturaleza hidalga y el desdén de la fortuna material que distingue... al sobrio y espiritual pueblo de España.» «En tanto que lo presente se urde de este modo... llamaradas rojas esparcen resplandor siniestro por olivares y cortijos y, con extraña simultaneidad, encienden y devastan ricas propiedades andaluzas pertenecientes a los privilegiados de la fortuna... He ahí el sombrío elemento, he ahí el viento ruso que viene encendido y ciego desde la rebelde estepa y he ahí la miseria pública empujada al crimen... por la escasa cautela y la culpable indiferencia de los que pudieran contenerla... Crimen son esas llamas; pero aviso.» Comprueba también la invencible repulsión de España a mezclarse o tolerar ser víctima de la intriga europea: «pero así, con admirable buen sentido, se niega... el pueblo español... a considerar fórmulas nacidas de miserias e iras extranjeras». Y su fe se levanta en la actualidad de estas palabras: «El triunfo de las reacciones no es jamás completo. O se encorvan ante las conquistas de

las revoluciones, o son barridas por ellas, como hojas secas de otoño por viento de diciembre. La libertad no muere jamás de las heridas que recibe. El puñal que la hiere lleva a sus venas nueva sangre.»

De su vida en Madrid y en Zaragoza, la una corazón de España y la otra riñón—según Waldo Frank—de la Península, llevará Martí el profundo conocimiento del pueblo, la decisión de no admitir que se confunda a pueblo con Monarquía, un aliento de amor y una cultura españolísima que impedirán que la guerra de Cuba caiga en las blasfemias de las de 1810.

Licenciado ya en Letras y en Derecho, pasa por París y por Londres. Y desde Southampton se dirige a México, donde su padre ha ido con la familia a entretener el hambre.

En Veracruz desembarca—él habrá de definirse—«un hombre sin patria, pero sin amo». El México liberal lo recibe con los brazos abiertos. Tres meses después colabora ya en la «Revista Universal», entra a formar parte de su cuerpo de redacción y al fin se le encarga su boletín, dígase la columna editorial... Asiste a un Congreso Obrero, en representación de los de Chihuahua. Es miembro de logias masónicas. Escribe muchos versos, habla de amor y tiene veintidós años... El caso es claro: el joven poeta está enamorado de la musa del suicida Manuel Acuña, de su «lealísima amiga» Rosario de la Peña, la seductora mujer que encadenó a una generación de hombres ilustres. Martí ama y, de acuerdo con la época y con su condición de desdichado adalid de la libertad, ama románticamente. En cartas temblorosas dice a la mujer pretendida que «él no es más que una angustia de sí mismo».

Pero de México se llevará más que ese apasionado recuerdo. México le dará la transparencia de su valle, que agregará Martí a su emoción tropical. Y el amor a otro gran oprimido, al indio mexicano. El recuerdo de la fina raza lo acompañará hasta la muerte. La mitad indígena del problema de América, con todas sus fases de educación y de agricultura, lo habrá conocido en México y luego en Guatemala. Y los defenderá siempre:

«Y por ungida que esté—dirá en Estados Unidos—la América en que nació Lincoln, es más grande porque es nuestra y ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.»

De México va a La Habana—de incógnito y de paso—y sigue a Guatemala,

Allí es nombrado profesor de Derecho Político, Historia de la Filosofía y Literaturas Extranjeras en la «Escuela Central». Va a México

para casarse con la cubana Carmen Zayas Bazán, y vuelve a sus clases. Este enlace fué causa de una de las mayores tragedias de amor que hay en su vida: la niña de Guatemala que muere amándolo. Con mal signo principia el infortunado matrimonio. Es la época en que Martí posee «la vaga idealidad de Byron y la romántica melancolía de Gesner». Un fondo satánico y Martí hubiera sido lo que no fué: un seductor. Es que el romántico lo era también en política y estaba sometido al yugo de la esposa exigente que era su patria.

Pobre y casado, y en marcha hacia padre, renuncia sus clases al ser separado de la dirección de la «Escuela Central», injustamente, el cubano Izaguirre. ¿Va a dejar de lado la amistad y el deber por una mujer y un hijo? Tiene que ir a Cuba. Por primera y única vez en su vida usa el título de abogado; pero, en rigor, como paracaídas y como escudo. Dos amigos abren su despacho a la oveja descarriada. Martí empieza a estudiar los códigos; da clases en colegios particulares; expone preciosas conferencias, sobre temas inofensivos; pero—para desgracia de su esposa— lanza audaces discursos y acaba por conspirar. Es nuevamente deportado a España, y tiene que dejar hijo y mujer.

Tras de arreglar algunos asuntos de abogado y de inspirar a Martos un discurso separatista, va a París. Sale rumbo a Nueva York. En el océano pasa el primer día del año ochenta. Es ésta, quizá, la fase más amarga de su vida. Hay disturbios conyugales. Dice en una carta: «Y la misma casa engaña a veces y toma uno por oro puro lo que no es.»

Fracasa la expedición organizada por él y Calixto García, va a Venezuela. La juventud lo recibe con fervor: da clases en el colegio de Guillermo Tell Villegas, funda y publica dos números de la «Revista Venezolana» y escribe páginas magistrales sobre Acosta. Pero el espíritu justiciero de las columnas desagrada al ególatra Antonio Guzmán Blanco, y Martí se ve nuevamente obligado a tomar el camino de Nueva York.

En México, Guatemala, Venezuela... Martí, el hombre sin patria, ya tiene una: Hispanoamérica. Ella lo adopta hijo, él la elige madre. Había vivido mucho sobre los mares. Era esposo y padre. Daba la vuelta al Cabo de la Buena Esperanza, los veintiocho años. Sentía que debía detenerse, calmarse, ver. Antes de salir de Venezuela escribe su profesión de fe americanista: «De América soy hijo: a ella me debo. Y de América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna. Deme Venezuela en que servirla: ella tiene en mí un hijo.» En Nueva York va a residir diez años el hispanoamericano. Va a trabajar como esclavo y como hombre: por el pan, en casas de comer-

cio, en «Lyon and Co.»; como traductor de Stanley Jevons, en Appleton; como profesor de clases nocturnas... Y por el espíritu: colabora en diarios de la Argentina, de México, de Venezuela, de Honduras, etc.; en periódicos de Nueva York; es director de la «Revista América»; funda la «Edad de Oro», lo más puro que sobre niños y para niños se ha escrito en América; escribe sus «Versos Libres», sin publicarlos; termina la versión española de «Lallah Rook» y edita el «Ismaelillo»—el tierno libro para su hijo—y «Versos Sencillos», visión de la guerra y acicate de fuego para los cubanos.

Es en Nueva York donde José Martí madura. Hasta la unión matrimonial egoísta y artificial se le ha roto. Martí ha arribado a otro corazón y a otro hogar. Es en Nueva York donde cuaja el hombre, el poeta y el pensador.

Sobre el poeta, sobre su técnica y sobre su espíritu cabe citar un pequeño gran trabajo de Juan Marinello, que sitúa con maestría el estado de gracia en que Martí vivió y escribió. Su obra poética—en prosa y verso, pues poético es todo lo suyo, hasta sus manifiestos políticos—«fue la proyección necesaria, fatal, de su espíritu». Llegó naturalmente al verso libre. Él había criticado que «los hombres se dejaran marcar como los toros y como los caballos, y anduvieran por el mundo ostentando su hierro». Dijo a los niños en la «Edad de Oro»: «Poetas como Homero ya no podrán ser, porque estos tiempos no son como los de antes, y los aedas de ahora no han de cantar guerra bárbaras de pueblo con pueblo para ver cuál puede más, ni peleas de hombre con hombre para ver quién es más fuerte: lo que ha de hacer el poeta de ahora es aconsejar a los hombres que se quieran bien y pintar todo lo hermoso del mundo de manera que se vea en los versos como si estuviera pintando en colores, y castigar con la poesía, como con un látigo, a quienes quieran quitar a los hombres su libertad.» Y en otra parte dice: «Los versos no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útil al mundo.» No es el literato: es el sacerdote y el apóstol de la poesía. «Se dió a su obra—dice Marinello—sin preocupación de escuelas ni cuidado de tendencias, aunque las lecturas copiosísimas y la adivinación de gérmenes al romper nos asombren en él a cada paso.» Aun cuando se haya demostrado la influencia de los robustos clásicos españoles en su obra, aun cuando de su sueño político surgiera una catarata de romanticismo que le ponía a toda ella el rojo chaleco de los románticos, no puede ser encasillado. El poeta viola todos los preceptos y nos da una poesía de agua clara, de infantil belleza.

Vivió como poeta. Alguien ha creído que su poética avasalló su política. Dijo una vez: «El poema de 1810 está incompleto y yo quise escribir su última estrofa.»

También en Nueva York se acrisoló la pureza y la bondad de este «hombre de cristal», como Mañach lo llama con acierto. Su diafanidad se le ve diariamente en la vida y en el verso.

Cristiano auténtico fué Martí, cristiano ajeno a consignas y a exterioridades.

«Como en lo humano todo el progreso consiste en volver al punto de que se partió, se está volviendo al Cristo crucificado, perdonador, cautivador, al de los pies desnudos y los brazos abiertos, no un cristo nefando y satánico, malevolente, odiador, enconado, fustigante, ajusticiador, impío.»

Patriota fué Martí, pero sin fronteras de limitación. «Patria es humanidad», aclaró. Y dijo: «Cada cual se ha de poner a la obra del mundo.» Y aclaraba en seguida el patriota convencido: «Y a lo que tiene de más cerca, no porque lo suyo sea superior a lo ajeno, o más fino o virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor en aquello que conoce y de donde le viene inmediata pena o gusto; y ese repartimiento² de la labor humana, y no más, es el verdadero e inexpugnable concepto de patria.» «Hay una política universal, y esa sí la haré», decía el joven José Martí en 1877, en respuesta a un Ministro de Guatemala.

Si Cristo dijo a sus apóstoles: «Id e instruid a todos los pueblos», Martí pudo decir: «Con todos se ha de lograr, para el bienestar de todos.» Si San Pablo pudo aclarar a las gentes sencillas: «Dios no hace distinción entre los gentiles y nosotros... No hay gentil ni judío, circunciso ni incircunciso, bárbaro ni escita... Todo el género humano está ordenado en la unidad», Martí precisó: «Peca contra la humanidad el que propague o fomente el odio de razas. No hay razas: no hay más que modificaciones diversas del hombre en los detalles de hábito y forma que no les cambian lo idéntico y esencial.» Dirá del negro, de quien siempre fué amigo, a quien enseñó y abrazó, en cuya mesa comió y bajo cuyo techo habitó fraternalmente: «aplicando a la ley política la ley del amor, de que da muestra suma y constante la naturaleza, le diremos lo que me decía Tomás Estrada Palma hablándome de su negro Fernando: «¡Era mi hijo! ...» o lo que en la majestad de la tienda de campaña decía Ignacio Agramonte de su mulato Ramón Agüero: «Este

² [Nota del editor]. En el texto la cita aparece con la errata “repartiimento”.

es mi hermano.» O esto: «El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza: dígame hombre, y ya se han dicho todos los derechos.»

A los dieciochos años, en «El Presidio Político», había escrito una gran frase cristiana: «Si yo odiara a alguien, me odiaría a mí mismo.» Su amor a todos los hombres se dobló en su cariño a españoles de España, pueblo que ya desde entonces era reserva moral de la humanidad. «Odiar—exclamó—a mi padre valenciano, a mi fiador montañés, al gaditano que me velaba el sueño febril, al malagueño que cargaba en sus espaldas al cubano enfermo, al vizcaíno que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos, al gallego que atraviesa la nieve extranjera para llevar el pan del mes a la casa del general en jefe de la guerra cubana?...» «La guerra—precisa—no es contra el español que le deja franco el paso o sale a defender a Cuba a la luz del día.» En plena manigua, perseguido ya por las tropas españolas, escribió: hay que decir «alto y vibrante que la revolución aspira a dejar en sus casas a los españoles respetuosos y productores: la caterva ladrona se irá sola y los españoles nos ayudarán a quitarnos la lepra, que se irá al mar en cuanto no tenga qué roer; pero en el país, como nuestros, como hombres respetados y útiles, los que nos respeten: esto es catecismo». Y aún más: «al español neutral se le tratará con benignidad, aun cuando no sea efectivo su servicio a la revolución». Y cuando llega al primer campamento de guerra apunta, en carta fraternal, que ha encontrado al lado de los cubanos a un soldado asturiano y a un vizcaíno.

Tuvo durante toda la vida la bondad de Jesús y en los últimos años sumó a ella la actividad y el celo de San Pablo: hacedor y propagandista de su fe. Desde el presidio, a los diecisiete años, abrevó en los Evangelios. Anduvo durante la guerra curando al herido y al vacilante con «el milagro del yodo» y el milagro «del cariño». Habló como el santo de Umbría:

*Cultivo una rosa blanca,
en julio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.*

*Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo:
cultivo la rosa blanca.*

No dijo «el hermano lobo» ni la «hermana agua». Dijo más, insinuó más: «el hermano traidor», «la hermana mano enemiga».

Los que creen que para ser director político es necesario un espíritu maquiavélico y una nebulosa jurídico filosófica, se sorprenderían al ver a este hombre suave y abierto manejar a los intrigantes y a los violentos por medio de la dulzura — «con dulzura», pedía a sus colaboradores que actuaran —, y oírlo comentar con clarividencia puntos oscuros de la sociedad en que vivía.

Habló con sagacidad de «la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo». Pero, naturalmente, su panamericanismo —hecho de realidad geográfica y de fraternidad humana— no descendía a un ingenuo renunciamiento a la independencia y a la libertad: «Hemos amontonado, y ya llegan al cielo, las razones que harían infecunda la sumisión...» «Quien ama a su patria—agregaba—no puede pensar con complacencia, sino con duelo mortal, en que la anexión pudiera llegar a realizarse...» «Amamos a la patria de Lincoln—precisaba—; pero tememos a la patria de Cutting.»

Tuvo indudables aciertos y, si en algún aspecto sus ideas pueden parecernos equivocadas, habremos de argumentar seriamente para contradecirlo. Previo que la producción única de azúcar era un suicidio y una esclavitud. Habló de la necesidad del fomento científico de la agricultura en ciertas regiones de México y Guatemala. Se anticipó a su tiempo pidiendo «la organización de un cuerpo de maestros viajeros que vaya por los campos enseñando a los labriegos las cosas de alma, gobierno y tierra que necesitan saber». Creía en la pequeña propiedad. Hablaba con unción de Benito Juárez. Y amaba la libertad por encima de todo: «La libertad—decía—es la religión definitiva, y la poesía de la libertad el culto nuevo.» Vivió en los Estados Unidos en la época de las grandes huelgas, escribió un emocionado y magistral comentario sobre las víctimas obreras de 1886, tomó nota sesuda de la muerte de Karl Marx...

El ser poeta no le impidió conocer el problema social y económico y el ser apóstol no le impidió tampoco ser un director político hábil y un disciplinado e infatigable militante de la conspiración y de la guerra.

Desde el momento que en Nueva York renuncia a sus cargos de cónsul del Paraguay, del Uruguay y de la Argentina puede decirse que comienza su licencia como hispanoamericano en activo y está ya dentro de la etapa de actividad cubana, enfebrecida, frenética, paulina,

que se remata con su heroica muerte en Dos Ríos. En 1884 se negó Martí a tomar parte en una guerra que creía inoportuna.

Eso será tema para que se le ataque de tibio y hasta de patriota dudoso. Para creer en el poeta los imbéciles y los perversos necesitan su inmolación. Enseñaban la feroz blancura de sus dientes. Se le llamó «El Capitán Araña». Fueron los años de su amargo retiro. «Y mi virtud inútil», murmuraba. A partir del '92—después de sus visitas a Tampa y Cayo Hueso—se pone todo entero a organizar la revolución. Del '92 al '93 Martí es un relámpago en, el discurso y en la vida. Tenderá sobre el Golfo y el Caribe una telaraña de navegaciones. Toca varias veces el Cayo y Tampa, varias veces Florida y Filadelfia, va dos veces a Costa Rica y ve a Maceo, tres a Santo Domingo y ve a Gómez. Cruza por Veracruz hasta México, donde lo recibe un afecto desbordante. Haití, Punta Arenas, Jamaica, Puerto Limón, Nueva Orleans. En todas partes dejaba Martí a los que lo oían «con la frente arrugada y el corazón estremecido».

Pero su plan elaborado y acariciado, el llamado «Plan de la Fernandina», fracasa. Las goletas son embargadas. Martí desespera. Salva, sin embargo, parte de la expedición, y va a Santo Domingo a buscar a Gómez. Es cuando Martí entra en un llameante estado de beatitud. Es la marcha hacia la muerte, hacia su muerte, en línea recta y de prisa. Desde Santo Domingo escribe ejemplares cartas y el tierno diario para las hijas de Carmen Mantilla, la venezolana de Nueva York a quien amaba. Ha recuperado el trópico maravilloso, el paraíso perdido desde la adolescencia. El primero de abril de 1895 embarcan rumbo a Cuba. La traición los acecha.

Regresan a Gabo Haitiano. El día 9 salen. Y el 11, a las ocho de la noche, seis hombres descienden de un barco y a fuerza de remo ganan con su bote la playa de Oriente. Martí—lo cuenta alborozado—«llevó el remo de proa». Lo llevaba hacía años.

Si Colón sintió en las Antillas «la clásica embriaguez tropical», si todo hombre siente que vive de verdad al pisar la estallante tierra cubana, Martí—el patriota expulsado a los diecisiete años—experimenta a un tiempo mismo el frenesí del combatiente vuelto a la isla luminosa y el frenesí del trópico. El día 15 de abril es proclamado Mayor General del Ejército Libertador. Vive tan intensamente como no había vivido nunca. Se funden en él la euforia del recién nacido y la euforia del moribundo. «Sólo la luz es comparable a mi felicidad», escribe en plena exaltación antillana.

Martí tenía decidido morir o, cuando menos, arriesgar la vida. Sobre esto no puede haber ninguna duda. Su epistolario es la mejor prueba de esta luminosa y consciente agonía. En su famosa carta a Federico Henríquez Carvajal se refiere al empeño que puso Máximo Gómez en que se trasladara al extranjero: «De vergüenza me iba muriendo cuando creí que en tamaño riesgo pudieran llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir sin cierto desdén y despeggo de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida... Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí no será la patria nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable al sacrificio; hay que hacer viable e inexpugnable la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma,irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado.»

Morir—lo repite—es «su deseo único». Pero ¿no lo han llamado Capitán Araña? ¿No estuvo a punto de ir a un duelo? ¿No hubo quien dijera que él se cansaba y hablaba? ¿No hubo quien lanzase insidias sobre su búsqueda, tonante o implorante, de dinero para la guerra? ¿No envenenó la calumnia muchos años de su vida? ¿No fué la maldad humana quien le sembró en el alma este trágico y único deseo?

El hombre de cristal no pudo llegar intacto al final de su pasión. A Serafín Sánchez le escribió una vez: «No temo y conservo el juicio claro, y sé de tormentas, y aunque se echen a comerme las entrañas, yo las sacaré triunfantes en el puño.»

«Es mucha la vileza humana, más que la virtud», dice en otra carta. «Lo áspero y feo de este universo humano», se lamenta en otra parte. ¿Hay—acaso—tribulaciones de otra índole? Una carta a Carmen Mantilla termina: «No soy inútil ni me he hallado desconocido en nuestros montes; pero poco hace en el mundo quien no se siente amado.» Y en el diario póstumo escribió: «El verso caliente me salta de la pluma. Lo que refreno, desborda. Habla todo en mí de lo que no quiero hablar—ni de patria, ni de mujer. ¡A la patria más que palabras! De mujer, o alabanza, o silencio.»

No pretenda nadie, por esto, colocarlo como un suicida romántico. Hizo—a su juicio—lo que debía, no sólo lo que deseaba. «Haré en cada momento lo que deba, y no lo que desee, y así estoy seguro de ser útil», escribió desde Montecristi. No lo arrastra nunca el capricho: «las revo-

luciones—escribe—son obra de muchas voluntades, y hay que inclinar con frecuencia la propia». Sólo que, desgraciadamente, pudo ensamblar su deseo y su deber. Lo que dejaba atrás no le parecía maravilloso.

«En mi necesaria y creciente agonía», dice al despedirse de su madre. Se prepara a bien morir. «Ese Collazo bueno», escribe, absolviendo al apasionado difamador de otrora. Y en carta de dieciséis de abril a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra: «Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida... La divina claridad del alma aligera mi cuerpo; este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio.» En carta a Carmen Mantilla dice cuatro días después: «Me siento puro y leve y siento en mí algo como la paz de un niño.»

Y a la misma mujer, diez días antes de su muerte: «Auxilio rápido, un gran revuelo y gloria—y martirio.»

Casi temía sobrevivir a la guerra. Horas antes de su muerte escribió al amigo mexicano, Manuel Mercado: «sé desaparecer; pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad». Ya había pensado también en la grata oscuridad: «¡cuando, sin obligación pública—escribió antes a Ramón Rivero—, si me dejan vivo las pasiones humanas, pueda ponerme de maestro de guajiros!»

El día 19 de mayo de 1895, en la pelea trabada en Dos Ríos, Martí desobedece la orden de Máximo Gómez de permanecer en la retaguardia, y sobre su caballo cae acribillado a balazos por la columna español de Jiménez de Sandoval.

Si la vida de José Martí merece muchos libros, no menos merece esta muerte prevista y presentida. «Armonía» fué una de las palabras que más usó en cartas y ensayos, junto a «raíz» y «ala». Aquella es el lazo atador de las dos últimas, de «raíz» que quiere decir tierra, y verdad, y realidad, y de «ala» que significa en el pensamiento de Martí aire, idea libre y valiente, ideal. Todo en este hombre es armónico y consecuente, y en este sentido no hallamos en América, ni fácilmente en el mundo, quien lo iguale. Sus palabras van siempre sustentadas por sus hechos, como él quería, y su vida con su muerte. Su término en Dos Ríos, a caballo —el animal noble y épico con que siempre soñó en sus prosas galopantes— y bajo el sol del trópico y cerca de las palmas airoas de su amor, era el necesario, inevitable y majestuoso fin que le correspondía. No haya lamentación por lo que es lógico remate de su pureza y su grandeza. Sólo pueden lamentarla o condenarla quienes ignoren el sentido redentor de la vida y la obra de Martí, o antepon-

gan, deslumbrados por su sencillez sublime de poeta y por su maestría de escritor, estas categorías artísticas e intelectuales admirables—pero en todo caso secundarias— a su condición fundamental de apóstol. Escritor y poeta excepcional es José Martí; pero lo es en función de libertador. A todos los demás de su tiempo, aun siendo valiosos en su técnica, y a los que le siguen, entre los cuales hay varios no inferiores a Martí en el aspecto profesional, les falta el destello sublime que sólo puede brotar de una vida y una muerte heroicas. Por no entender esta clara verdad los que han escrito sobre Martí escritor, entre ellos el gran Rubén Darío, han deplorado equivocadamente su muerte en batalla; y otros, por lo contrario, han caído en el opuesto error de hablar sólo del apóstol político. Así es por lo que Martí ha venido siendo incomprendido por la crítica literaria, que sólo ve en él su mitad letrada, extraordinaria, que debe su fuego a su vida, y también mutilado por la crítica histórica y patriótica que ha hecho una estatua cívica más, restando a la formidable figura la que le corresponde en el campo de las letras.

Filosófica y religiosamente, para Martí no terminaba nada con su muerte, sino que sabía que pasaba a otra más plena. «De lo finito a lo infinito», había dicho. La muerte era para él «júbilo, reanudamiento, tarea nueva». La consideraba «novia amable, y no bruja famélica». Cumplió uno más de sus preceptos: «La vida se ha de llevar con bravura, y a la muerte se la ha de esperar con un beso». De manera que si Martí tuvo tiempo de sentirse herido y de ver cómo se le iba la vida, experimentó la alegría tan deseada del deseo y el deber cumplidos. Hablando de Longfellow, había dicho muchos años antes: «No tenía ansia de reposar, porque no estaba cansado; pero como había vivido tanto, tenía ansia de hijo que ha mucho tiempo no ve a su madre.» Retorno a la vida era para él la muerte.

Ni siquiera se interrumpía su obra en la tierra, porque creía profundamente en la permanencia de los muertos. Un día antes de morir decía a Manuel Mercado en su maravillosa última carta: «Sé desaparecer, pero no desaparecería mi pensamiento.»

«Dolerse no es preciso de su muerte—había dicho textualmente hablando de Wendell Philips—hecho usual y sencillo que debe merecerse con una clara vida, esperarse en calma y recibirse con ternura. Los grandes hombres, aun aquellos que lo son de veras porque cultivan la grandeza que hallan en sí y la emplean en beneficio ajeno, son meros vehículos de las grandes fuerzas. Una ola se va, y otra viene. Y son ante la eternidad los dolores tajantes, los martirios resplandecientes,

los grupos de palabras sonoras y flamígeras, los méritos laboriosos de los hombres, como la espuma blanca que se rompe en gotas contra los filos de la roca o se desgrana, esparce y hunde por la callada arena de la playa.» Y más tarde, en un discurso en Tampa: «Allá, por sobre los depósitos de la muerte, aletea como redimiéndose, y se pierde por lo alto de los aires, la luz que surge invicta de la podredumbre. La amapola más roja y más leve crece sobre las tumbas desatendidas. El árbol que da mejor fruto es el que tiene debajo un muerto.» Cuba e Hispanoamérica tienen debajo este muerto viviente.

La suerte de Cuba y su independencia no hubieran sido mejores, por otra parte, si Martí hubiera vivido. Hubiera evitado, sin duda, muchos errores de dentro, pero no hasta poder liquidar los errores y los crímenes de dentro y de fuera. Muchas agonías más hubiera vivido, y no mejor que como las vence hoy y mañana en su caballo claro de crines rubias, piafante como su prosa. Mejor que el Cid Campeador, después de su muerte sigue y seguirá ganando batallas para Cuba y América.

Sabía su misión redentora: «En la cruz murió el hombre en un día—dijo a Gonzalo de Quesada—; pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días.»

ANDRÉS IDUARTE

BARNARD COLLEGE.

(Conferencia dada en el INSTITUTO HISPÁNICO.)

155. Ramón Guirao. *Orbita de la poesía afrocubana*, 1928-37 (Antología). La Habana, Úcar, García y Cía., 1938, 202 págs. [Año 8, No. 3, Jul., 1942, (p. 224). Texto firmado por: A. I.]

Buena selección, útiles notas bibliográficas y vocabulario de primera mano de Ramón Guirao, crítico y parte de la poesía afrocubana. Por esto, y por su introducción, en que analiza y estudia la poesía negra no sólo en su aspecto estético sino en el social e histórico, esta antología toma carácter de indispensable, junto a la de Ballagas, para conocer la materia. — A. I.

156. Salvador Díaz Mirón. *Poesías completas*. 1876-1928. México, D. F., Porrúa Hnos. y Cía., 1941, 331 págs. (Clásicos Mexicanos.) [Año 8, No. 3, Jul., 1942, (p. 224). Texto firmado por: A. I.]

La nueva y valiosa serie «Clásicos Mexicanos» satisface un viejo deber y el vivo deseo de muchos al ofrecer las *Poesías completas* de Salvador

Díaz Mirón, y lo colma al presentar un volumen amparado bajo la autorizada y brillante dirección de Antonio Castro Leal. Este nos dice en su nota preliminar de los pasos dados para acertar con esta buena edición de las obras poéticas del veracruzano. Por orden cronológico, con notas sobre cada una de ellas, el nuevo libro es material precioso. Acaso falten—nos dice Castro Leal—otras «perdidas en algunas hojas periódicas o guardadas celosamente por el poeta; pero han sido infructuosos todos los esfuerzos hechos para encontrar las primeras y obtener las segundas». De cualquier manera, este libro es el paso más decisivo que se ha dado para el estudio del gran poeta.

Vale mucho también por «La vida de Salvador Díaz Mirón», treinta y seis páginas en las que Castro Leal nos da con su prosa sobria y clara lo que hasta ahora se había conocido de manera confusa. Sigue a Díaz Mirón en medio de sus borrascas, sin caer nunca en la incompreensión puritana ni en la justificación partidista y desmelenada que tanto daño han hecho a gran parte de lo que se ha escrito sobre el hombre, incluso por gentes de categoría.

El libro contiene también el Preliminar de «Melancolías y Cóleras» en facsímil y tres fotografías de Díaz Mirón—1884, 1909 y 1927—en que el lector emocionado encontrará aquel rostro hosco y violento, ardiente y amenazante, que escondía una de las almas de poeta más extraordinarias de América. —A. I.

157. Ramón J. Sender. *Proverbio de la muerte*. Novela. México, Ediciones Quetzal, 1939. 254 págs. 5 pesos mexicanos. — Hernán Cortés. *Retablo en dos partes y once cuadros*. México, Quetzal, 1940. 170 págs. 3 ps. ms. — Mexicayotl. *Viñetas de Darío Carmona*. México, Quetzal, 1940. 256 págs. 5 ps. ms. Dlls. 1.50. — *Epitalamio del prieto Trinidad*. México, Quetzal, 1942. 318 págs. 5 ps. ms. [Año 8, No. 3, Jul., 1942, (pp. 225-226). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Tras la pausa que le impuso la guerra de España, Ramón J. Sender agrega estos cuatro libros a su rica bibliografía.

En *Proverbio de la muerte* presenta y analiza ideas «vitalistas», cuya exposición atrevida no es más interesante que los personajes de carne y hueso que desfilan en un barco en viaje de Francia a Nueva York. Saila, el personaje central, que ha luchado en España con el pueblo y por la República y que tras duras peripecias logra embarcar hacia América, es un tipo fuerte de español de siempre, angustiado con la suerte de su

patria, pero que señorea la angustia con ideas o mejor dicho ideales humanos y que rebasan y superan todo sectarismo, y de una manera muy española. El cuadro de la desintegración moral de Europa, a través de la cual permanece en pie el hombre que supo creer y luchar, está presentado de manera descarnada. Moral de vencido pero no de derrotado, más precisamente de no derrotado, tiene este libro atormentado y extraño.

No conocemos la obra que en seguida publicó Sender, y que se titula *El lugar del hombre*. Pero sí el retablo *Hernán Cortés*, escrito con el propósito de que fuera representado por un actor español, refugiado político como Sender. De manera personal y a menudo novedosa sigue Sender los pasos del gran conquistador así como a los héroes indígenas, aun más allá de la muerte. A veces recuerda o mejor dicho coincide con el «Guatimozin» de Pi y Margall, español que antecede a los que ahora han querido tener comprensión para las dos raíces de la nacionalidad mexicana.

Muy valioso es este empeño de entender la vieja Nueva España; pero llega a acierto consumado en *Mexicayotl*, «canción de México» que Sender «ha tardado un año en aprender», según declaración que hace en su prólogo. Mejor sería decir que «ha logrado aprenderla en un año», cosa felizmente inaudita. Son nueve relatos que «nacieron de la sugestión de dos anécdotas leídas en los libros de Sahagún y en sus excursiones (de Sender) por el interior del país». Sender —lo acreditan estas letras— se ha puesto a entender México, y lo ha logrado; aunque es necesario decir que no sólo lo ha conseguido a base de esfuerzo, sino porque su espíritu, de un individualismo robusto y a menudo hosco y discordante lo preparaba para adueñarse del sentido de un país lleno de fuerzas oscuras y de cortantes aristas. La historia y la leyenda precortesianas de México, con toda su fría e impávida crueldad, con su gracia estática y serena, están bien cogidas en estas fantásticas narraciones que honrarían el nombre de cualquier escritor mexicano; pero lo mejor es que al lado de lo sencilla y silenciosamente tétrico están sus ingenuos y a la vez intencionados cuentos de animales, en que la inocencia de la expresión junto al símbolo maravillarán a todo niño y a todo lector de alma clara. «El Puma» y sobre todo «El águila» son páginas de antología. Las magníficas viñetas de Carmona dan valor artístico a esta edición.

En diciembre de 1941 y en Guatemala firma Sender el *Epitalamio del prieto Trinidad*. Con un fondo real y común—el casamiento de una muchacha de clase media con el jefe de una colonia penal, su viaje a la isla, su viudez inmediata y trágica y su azarosa vida entre criminales en riña—enhebra Sender una novela fantástica también y en la que la

crueledad más helada, siniestra, preside casi todas las páginas. Necesitaríamos más atención y tiempo para hallar el sentido vario de este libro al parecer caótico; pero su lectura basta, cuando menos, para comprobarnos que Sender ha atrapado la expresión «telúrica» de América, como diría Keyserling. Hasta los mexicanismos—de intención tan vaga y socarrona—están casi siempre bien utilizados por el fecundo escritor.

Añadamos que las cuatro publicaciones son la mejor alabanza para un autor que, viviendo una vida nueva e intensa en un país entrevisto desde España pero realmente desconocido, no descuida su labor literaria. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

158. Arturo Aldunate Phillips. *Matemática y poesía (ensayo y entusiasmo)*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1940, 132 págs. [Año 8, No. 3, Jul., 1942, (pp. 227-228). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Brillante en la poesía y en las matemáticas, el escritor chileno nos ofrece el parangón que lleva dentro de sí mismo. Los títulos de sus propias obras nos recuerdan esta su vida de poeta y de ingeniero, llevadas de una manera armónica, graciosa y triunfante. *Era una sirena* se llamaron sus poemas, *El problema de las utilidades y la crisis económica actual* se llamó el ensayo de tipo científico que los siguió cuatro años después. Sin abandonar su carrera Aldunate Phillips ha permanecido fiel a su afición literaria en *El nuevo arte poético y Pablo Neruda* y en *Federico García Lorca a través de Margarita Xirgu*. Más ambicioso es ahora en este volumen, escrito en cuidada prosa, presentado con método de matemático y sensibilidad de poeta. «¿No habrá—nos dice en uno de sus agudos y entusiastas análisis—un hermanamiento de este raciocinio puro con la meta o el polo de atracción del instinto?...» «¿No es, en último término—dice poco después—la armonía de la belleza una fórmula matemática y la plenitud de la verdad una realidad artística?... En ambos mundos (habla Aldunate de la poesía y la matemática moderna) los límites han sido borrados, los prejuicios o las prohibiciones o las zonas obligatorias han sido definitivamente abandonados y el experimento de creación está en marcha.»

Sobre estas preguntas y este juicio levanta Aldunate más de cien páginas ansiosas. Se busca, se rebusca, y a menudo se encuentra. Y aunque no se encuentre, el lector está ya como el autor convencido de las coincidencias entre el arte puro y la ciencia pura, entre la identidad del fuego ideal del sabio y del vidente, y seguirá buscándola por sí mismo. Este librito, que resume una vieja y certera preocupación, dice y sugiere.

Un estudio de la trayectoria de la poesía, otro esquema histórico de la matemática, preceden a una comparación entre matemáticos y poetas y números y palabras. Así nos ha traído Aldunate a un cuadro cronológico comparativo de los dos grandes círculos de la mente humana, para terminar con un cuadro comparativo de características: mención y comparación de la época de Lope y Descartes, de Espronceda y D'Alembert; y luego de la belleza y la verdad; de la palabra y el número, de los versos y las igualdades, de las estrofas y las ecuaciones. «La matemática, con intuición de la verdad, ha vislumbrado el camino de la ciencia y la civilización; la poesía, con intuición de la belleza, ha previsto la trayectoria del sentimiento y de la cultura.» El libro, naturalmente, no agota el amplio tema, y nos deja incluso esperando nuevas y más pacientes búsquedas de Aldunate Phillips entre esta coincidencia de dos tipos de hombres distintos, el matemático y el poeta, unidos por la comunidad de la emoción y del hallazgo. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

159. Roberto F. Giusti. *Literatura y vida*. Buenos Aires, Edición de Nosotros, 1939, 374 págs. [Año 8, No. 3, Jul., 1942, (p. 229). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Colección de magníficos ensayos en que resplandece la buena prosa de Giusti, su amplísima cultura, su fresca relación con el pensamiento europeo, su buen gusto literario, todo lleno de savias argentinas. En «Antonio Machado» entiende lo español profundo, en «Enrique José Varona» se asoma también con conocimiento y emoción a la vida cubana, en «Alfonsina Storni», en «La poesía argentina de este siglo», en otros muchos nos da material de primera para conocer las letras de su país. Este libro consolida su posición de buen ensayista y fino crítico, atento a la vida intelectual de todo el continente hispánico. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

160. Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández. *Planos de la ciudad de México. Siglos XVI y XVII. Estudio histórico, urbanístico y bibliográfico*. XVIº. Congreso Internacional de Planificación y de la Habitación. México, Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma, 1941, 206 páginas. [Año 8, No. 4, Oct., 1942, (pp. 325-326). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Es este libro la contribución valiosísima del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad, por conducto de tres de sus más distin-

guidos representantes, al XVIº Congreso Internacional de Planificación y de la Habitación. Como lo dice en su prólogo el arquitecto Carlos Contreras, también autoridad en la materia, este volumen es «una obra seria: de estudio, de análisis y de crítica». Manuel Toussaint, consagrado a la parte esencialmente histórica, estudia los planos de la ciudad de México en sus épocas precortesiana y colonial, y con la sabiduría y la seguridad que hace años se le conoce y se le reconoce, examina lo sabido, acepta lo lógico y comprobado y desecha lo falso y absurdo, abriendo novísimas vías en la materia; Federico Gómez de Orozco hace un estudio bibliográfico de los planos y Justino Fernández se dedica al aspecto urbanístico, presentando ilustraciones valiosas y croquis originales en todos sentidos. Contiene la obra ilustraciones fundamentales para el conocimiento del tema, y la bibliografía de obras consultadas y sumaria de la ciudad de México que forma el capítulo XV de la obra será material de primera necesidad para quien quiera conocer la historia de la antigua Tenochtitlán, de la capital de la Nueva España y de la ciudad moderna. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

161. *Poetas gauchescos: Hidalgo. Ascasubi. Del Campo*. Edición con estudio y notas de Eleuterio F. Tiscornia. Buenos Aires, Edit. Losada, 1940, 368 págs. [Año 8, No. 4, Oct., 1942, (p. 328). Texto firmado por: A. I.]

Buen trabajo que enriquece la «Colección Textos Literarios» de la casa Losada. A un buen estudio biográfico de los tres autores y crítico de la poesía gauchesca sigue una explicación bibliográfica y lingüística sobre los textos—*Diálogos, Santos Vega, Fausto*—, cuidadosa y manuablemente presentados. Rematan el libro un valioso vocabulario y unas utilísimas indicaciones bibliográficas. Buenas ilustraciones nos enseñan la tierra, los hombres y algunas de las aves que mencionan los poetas gauchescos. — A. I.

162. *An Outline History of Spanish American Literature*. Prepared under the auspices of the Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana by a Committee consisting of E. Herman Hespelt, Chairman and Editor, Irving A. Leonard, John E. Englekirk, John T. Reid and John A. Crow. New York, F. S. Crofts and Co., 1941. 172 págs. \$1.60. [Año 8, No. 4, Oct., 1942, (pp. 329-330). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Aparece este esquema de la historia de la literatura hispanoamericana como fruto de los trabajos del comité nombrado en el Congreso de

estudios latinoamericanos reunido en Ann Arbor en el año de 1939. En su prefacio nos habla el señor Hespelt de las dificultades que se presentaron para organizar este volumen, y el haberlas visto y saberlas exponer confiere ya un mérito indudable al libro. Contiene éste: «Section A: The Colonial Period (1519- 1808), by Mr. Leonard; Section B: The Period of Struggle for Independence (1808-1826), by Mr. Reid; Section C: The Nineteenth Century before Modernism (1826-1888), by Mr. Hespelt; Section D: Modernism-Realism (1888-1910), by Mr. Crow; Section E: The Contemporary Period (1910-41), by Mr. Englekirk». Contiene también, precediendo a estos trabajos, una breve y básica bibliografía hecha con atención y esmero, así como, a modo de apéndice, una introducción bibliográfica a la literatura brasileña «para quienes sólo lean inglés y español».

Las bibliografías y los capítulos citados están hechos con cuidado. Cada uno de los últimos contiene un sumario al que sigue una ordenación, por épocas y tendencias, de los principales autores. Uno o dos asteriscos señalan su importancia mayor o menor. Además, seis buenos mapas históricos ayudan al estudiante.

Largo e injusto sería señalar los puntos de desacuerdo con opiniones o clasificaciones de este esquema. Sus defectos son naturales y, aunque superables, casi nunca han sido superados en libros de esta índole. Lo serán cuando la literatura hispanoamericana haya pasado de la etapa en que todavía vive, etapa aún fragmentaria, nacionalista y provinciana, y, a un tiempo mismo, de generalizaciones continentales frívolas y ligeras. Si el estudioso sigue las historias de cada literatura nacional, recoge allí datos minuciosos, pormenorizados, valiosos pero limitados por un criterio y una medida local; y si sigue las pocas historias generales se pierde en un conjunto amorfo y confuso. Esto es, el estudiante de la literatura hispanoamericana, por la vaguedad de las obras generales y por la medición convencional y parroquial de las nacionales, se ve en el peligro de conocer y contar los palos del monte sin ver el monte, o en el de ver el monte desde arriba sin saber de qué tamaño son los troncos que hay bajo la fronda. Los autores del esquema, al señalar y medir la importancia de varios escritores, caen en olvidos, en imprecisiones y en injusticias muy explicables; y necesario es decir que, aun en esos casos, no llegan nunca al error de transformar las páginas del libro en simple directorio de nombres o guía telefónica, caso acontecido aún en obras más ambiciosas, ni tampoco tienen la vanidad de hacer el descubrimiento arbitrario y caprichoso de escue-

las literarias, tentación común en quienes escriben sobre una materia cuyas fuentes originales son en gran parte desconocidas.

El libro, por estas virtudes de responsabilidad y prudencia, será útil a profesores y estudiantes. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

1943

163. Ricardo Rojas. *El pensamiento vivo de Sarmiento*. Buenos Aires, Losada, 1941. 256 págs. \$3 m/arg. [Año 9, No. 1/2, Enero - Abril, 1943, (pp. 68-69). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Este volumen es el décimo octavo de la «Biblioteca del pensamiento vivo», serie preparada por la Editorial Losada de acuerdo «con algunas de las más importantes editoriales del mundo», y el primero de ella consagrado a un hispanoamericano. Rousseau, Voltaire, Schopenhauer, Tolstoi, Nietzsche, han ocupado los cinco primeros, y de resumir su pensamiento han estado encargados escritores de la categoría de Romain Rolland, André Maurois, Thomas Mann, Stefan Zweig y Heinrich Mann. Citamos estos nombres sólo como un ejemplo: los demás autores estudiados son de la misma talla. América apareció tratada por primera vez en el volumen duodécimo, consagrado a Emerson. El décimocuarto a cargo de Francisco Ayala, se dedicó al pensamiento de Saavedra Fajardo, y el décimoquinto a Cajal, estudio hecho por Felipe Jiménez de Asúa. Se anuncian, entre las obras de carácter hispánico y por ello de interés principal para nosotros, *El pensamiento vivo de Mariano Moreno*, por Ricardo Levene; el de Vitoria, por don Ángel Ossorio; y el de Bolívar, por Rufino Blanco-Fombona.

Ojalá se logre coger la esencia, hasta donde esto es posible, de las ideas de los grandes hispanoamericanos, y poner a mano, como en este trabajo de don Ricardo Rojas, lo fundamental de cada uno de ellos. El conocimiento que Rojas tiene de Sarmiento le ha permitido presentar la entraña de su pensamiento sin traicionarlo en lo absoluto, y sin mutilarlo demasiado. El volumen contiene una breve y útil biografía del gran argentino y un estudio del mismo Rojas que supera, a nuestro juicio, por su sencillez y su claridad, cuanto él ha escrito sobre Sarmiento.
—ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

164. Emil Ludwig. *Bolívar. El caballero de la gloria y de la libertad*. Buenos Aires, Losada, 1942. 394 págs. \$6 m/arg. [Año 9, No. 1/2, Enero - Abril, 1943, (pp. 71-72). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

¿Qué duda cabe que Ludwig es un buen escritor de biografías?... En ésta, que no es una de las mejores que han salido de su pluma, logra su propósito de «obtener la esencia de lo humano», escribe páginas penetrantes sobre la psicología del héroe y acierta de manera brillante en el comentario de algunos hechos históricos, como por ejemplo en el que

dedica a la entrevista de Guayaquil. La reconstrucción de ambientes y épocas es en él a menudo atinada y siempre atractiva. Aunque—como es natural en una biografía para el gran público—no se citan todas las fuentes, se deja ver una buena información y una digna preocupación por hacer un trabajo no inferior a los que le han dado fama. La división de la obra en cinco capítulos —«El dandy», «El sufrido», «El libertador», «El dictador» y «El quijote»—es armónica y bien medida. Por último, tiene algunas páginas en que el escritor ha puesto toda su emoción y en que logra comunicar su temblor admirativo al que lee. En resumen, Ludwig ha logrado hacer una interesante biografía de Bolívar, ha conseguido transformar «para los europeos—como él dice en su introducción—la fría estatua de General en hombre vivo» y sale de la tarea más o menos vencedor. Más ha vencido en otras, escritas con su sangre.

«Obra escrita —dice el libro— por orden del Gobierno de Venezuela. Traducción de Enrique Planchart.» Efectivamente, «se siente» la traducción. No es que haya fracasado en ella el señor Planchart, ni mucho menos. También ha salido bien de la prueba. Pero es traducción, y traducir al español y sobre Bolívar es cosa difícil por artificial. Lo sería en todo caso, pero más tratándose de un libro escrito «por orden», que es una manera militar de decir «por encargo». Lo sería en todo caso, pero lo sería menos si el europeo, espontánea y apasionadamente—como Mancini, por ejemplo—hubiera hurgado archivos, cogido la pluma y escrito sobre el Libertador. De un impulso personal así quizá saldría un libro con menos información, pero sería sin duda más alto y más digno del héroe. Mucho mejor sería que el traductor fuera el autor, y viceversa, esto es, que Ludwig hubiera sido encargado de traducir al alemán y a otras lenguas europeas la biografía de Bolívar escrita por algún gran hispanoamericano o por algún gran español.

Sabemos —y si no las supiéramos las adivinaríamos—las razones que el Gobierno de Venezuela tuvo para encargar este trabajo al señor Ludwig: deseo de que una pluma universalmente conocida llevara al mundo la noticia de la vida extraordinaria del más grande de los americanos. El deseo es explicable, justificable, legítimo, pero, a nuestro juicio—que, por cierto, no es un juicio aislado— es un deseo equivocado. La gloria de Bolívar no necesita de ayudas secundarias y flojas, sin lozanía, carentes del mérito insustituible que da lo natural y lo profundo. El libro del señor Ludwig valdrá en todo caso menos, y merecerá menos divulgación en cualquier medio y en cualquier época que una buena traducción a los demás idiomas europeos de las páginas que

Montalvo, Rodó, Martí, Blanco-Fombona, Francisco García Calderón y otros más escribieron sobre Bolívar. Incluso la traducción al francés, al inglés, al alemán, al italiano de una vieja biografía como la de Larrazábal, ya un poco vencida por los años y desde su nacimiento con algunos lunares, resultaría más útil si buenas manos segregaran de ella todo lo temporal y lo insistente. Mucho más hizo por la gloria de Bolívar don Rufino Blanco Fombona, dando a conocer desde España su gran figura, y mucho más se haría haciendo nuevas y buenas ediciones, en español y en otros idiomas, de los clásicos bolivarianos, de las «Memorias» de O'Leary, del «Diario de Perú» de Lacroix, etc., etc.

La ejecución del señor Ludwig es decente, pero falta la materia prima del entusiasmo espontáneo que hay en otros libros suyos, y falta sobre todo la vibración y el entendimiento profundos y subconscientes necesarios para entender hombres y panoramas. El autor, a base de lectura y de consultas, ha logrado saber muchas cosas; pero no ha podido sentir a Venezuela, ni a Hispanoamérica, ni al mundo hispánico, que son las patrias de Bolívar. Cualquiera de los escritores hispano-americanos que se han ocupado del Libertador, a pesar de no haber cultivado tanto la biografía como Ludwig, hubiera dado figuras más de carne y hueso y hubiera hecho reconstrucciones históricas más acertadas. Pensamos, por ejemplo, en Rufino Blanco-Fombona, en Vasconcelos, y entre los más jóvenes en Jorge Mañach, en Arciniegas, en los venezolanos Mijares y Picón Salas, en muchos más. Es muy probable que Europa leyera menos los libros de estos hombres que el de Ludwig. No importa. Los buscaría a su hora, como buscará todavía cuanto se ha escrito sobre el gran hombre.

Por todo lo apuntado creemos que esta buena biografía no tiene la vida ni el encanto de otras que Ludwig ha escrito. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

165. J. M. Miquel y Vergés. *La independencia mexicana y la prensa insurgente*. México, El Colegio de México, 1941. 344 págs. [Año 9, No. 3, Jul., 1943, (p. 233). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Esta obra del Colegio de México, impresa y distribuida por el Fondo de Cultura Económica, responde al prestigio de las instituciones y personas que la han ofrecido al público.

Da fragmentos de todos los periódicos de la revolución de Independencia que han llegado hasta nuestros días; la ortografía se ha adapta-

do en parte, y por valederas razones, a la época actual, pero sin alterar el valor original de los trozos recogidos; la Introducción hace una historia ordenada del tema, clara y sencilla, y además agrega datos originales a los proporcionados antes por los investigadores de la materia; sobre cada periódico trae un estudio que completa la Introducción; tiene en facsímiles documentos históricamente valiosos y de un gran interés para el estudiante de la prensa en México; y a estas virtudes de trabajo, investigación, método, buen juicio y amenidad agrega una impresión tipográfica excelente.

Una bibliografía selecta de los trabajos referentes a la prensa de la época de la Independencia y un índice cuidadoso acaban de hacer de esta obra del señor Miquel un documento fundamental para el conocimiento de esa etapa de la vida mexicana. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

166. Alfredo González Prada. *Un crimen perfecto. El asesinato del Gran Mariscal Don Agustín Gamarra, Presidente del Perú*. New York, H. Wolff Book Manufacturing Company, 1941, 64 págs. [Año 9, No. 3, Jul., 1943, (pp. 234-235). Texto firmado por: A. I.]

Recuerda y retiene Alfredo González Prada las palabras de Thomas de Quincey, y califica la caída del General Gamarra en la batalla de Ingavi de «crimen perfecto». Por la espalda fué asesinado el jefe peruano y a su muerte siguió la desbandada de su ejército, a pesar de la presencia y los esfuerzos del vencedor de Ayacucho Ramón Castilla. En estilo vivo y ágil Alfredo González Prada nos lleva al sitio en que se hace la autopsia y vemos

cómo el jefe del ejército y presidente de Bolivia, Generalísimo José Ballivián ordena la sustitución del cadáver de su adversario por el de un artillero boliviano que se le parecía. Años después don Manuel González Prada, de quien Alfredo habla siempre con el orgullo tierno y legítimo que debe ponerse en los grandes padres, se encuentra en el valle de Mala a un cholo que le cuenta cómo mató él al Gran Mariscal por una cuenta pendiente. Antes, Alfredo González Prada ha subrayado las palabras de Aponte, historiador de Bolivia: «¿Qué motivos poderosos y secretos tuvo Ballivián para efectuar aquel cambio», el cambio de cadáveres?

En una edición tan pulcra como la prosa, está presentada esta trama novelesca y este crimen de líneas clásicas. La cierra una serie de notas que acreditan el cuidado y el gusto con que González Prada ha preparado este breve y sugestivo librito. — A. I.

167. Ignacio Agramonte Loynaz. *Patria y mujer*. La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación, 1942. 175 págs. (Cuadernos de Cultura, Quinta Serie, 5.) [Año 9, No. 3, Jul., 1943, (p. 237). Texto firmado por: A. I.]

Este nuevo cuaderno es una prueba más de la valiosa labor de la Dirección de Cultura y del cuidado y esmero con que los cubanos reconstruyen su glorioso pasado. Una «introducción» de José Manuel Pérez Cabrera nos muestra el nudo que ata las vidas de Agramonte y Martí, su continuador, cuya veneración por el camagüeyano produjo uno de sus más deslumbrantes trozos de prosa. El «camino de Agramonte» nos permite seguir su trayecto en la vida, llenando las lagunas y las dudas cronológicas, hasta su caída en Jimaguayú. Presenta luego el libro el «discurso al recibir la investidura de Doctor en Derecho Civil», sus «proclamas a los camagüeyanos» y una «orden general de la jefatura del Distrito de Occidente». Después de esta sesión dedicada a la patria, forman la segunda las cartas a su madre y las cartas a su novia y esposa, en las que la ternura del hijo rivaliza con la pasión del enamorado distante. La pasión del héroe no llega a dar una prosa de valor literario, ni tampoco su prosa de combate, pero sí nos deja ver la firmeza y la pureza de un verdadero gran hombre. —A. I.

168. Félix Restrepo. *La cultura popular griega a través de la lengua castellana y otros discursos*. Bogotá, Ediciones de la Revista Javeriana, 1938, 244 págs. [Año 9, No. 3, Jul., 1943, (p. 239). Texto firmado por: A. I.]

El primer discurso que da nombre a este volumen es un examen erudito y sugestivo de los términos griegos que están vivos y claros en la lengua castellana, así como de los que tras de muchas transformaciones esconden sus orígenes. Pronunciado en la recepción al autor en la Academia Colombiana de la Lengua el 17 de octubre de 1933, viene seguido de la respuesta de don Joaquín Casas. Siguen luego tres discursos «culturales», cuatro incluídos en la sección «patrióticos» — en la que destacamos uno sobre «La batalla de Carabobo» y otro sobre «El onomástico del Libertador» —, cinco «religiosos» y dos «literarios» sobre Rubén Darío y Epifanio Mejía. Revelan la dedicación y el conocimiento que han dado lustre a las letras colombianas así como al histórico apellido del autor. —A. I.

169. Elizabeth Waugh. *Simón Bolívar: A Story of Courage*. New York, The Macmillan Company, 1941, 326 págs. \$2.50. [Año 9, No. 3, Jul., 1943, (p. 241). Texto firmado por: A. I.]

Con entusiasmo y con amor está escrito este libro, dedicado casi totalmente a exaltar el valor y el denuedo del Libertador de América. Es una biografía novelesca, que a menudo se extiende en los aspectos románticos de la personalidad de Bolívar, en forma muy del gusto del gran público norteamericano, para el cual ha sido escrita. En este sentido cumple su propósito y, de cualquier manera, debe recibirse bien toda obra que dé a conocer en estos momentos, y siempre, la ilustre figura. La tendencia a hacer novela lleva a la autora a dar demasiada extensión al diálogo, frecuentemente con acierto, aunque no siempre. La información parece haber sido tomada de obras en inglés, de las cuales se da una bibliografía al cerrar el libro, aunque allí mismo se nos dice que han sido consultadas también las obras fundamentales en español. — A. I.

170. Charles Carrol Griffin. *La opinión pública norteamericana y la independencia de Hispanoamérica. (1810-1822)*. Caracas, Tipografía americana, 1941, 24 págs. [Año 9, No. 3, Jul., 1943, (pp. 241-242). Texto firmado por: Andrés Iduarte.]

En la Academia Nacional de la Historia fué leída esta magnífica conferencia el 6 de abril de 1941 y publicada poco después, en la misma ciudad de Caracas, en folleto que tenemos a la vista. Fué reimpressa, según éste nos indica, en el número 93 del *Boletín de la Academia*, de enero-marzo de 1941. No una sino muchas reimpresiones merece. Su autor, Doctor en Filosofía y profesor de Historia en Vassar College, lo es también del valioso libro *Disruption of the Spanish Empire*, publicado en Nueva York en 1937. En esta conferencia hace un análisis ceñido y escrupuloso de la opinión pública norteamericana en cuanto a la independencia de las colonias españolas y, paralelamente, de la diplomacia oficial. El deseo expresado por el autor en el sentido de dar datos útiles «sin prejuicios nacionalistas ni de otra índole» ha sido logrado de manera ejemplar. En veinticuatro amplias páginas queda bien expuesta la simpatía natural y un poco vaga del pueblo norteamericano por la independencia de los países del Sur; su falta de conocimientos, en ciertas regiones absoluta, respecto a aquellos; las propagandas tendenciosas

que influían en él; los intereses políticos y financieros que operaron de manera hábil y a menudo todopoderosa, haciendo cambiar la opinión de manera oportunista; en suma, los ideales y los apetitos que intervinieron en ella, y que hicieron fluctuar la actitud del pueblo y del gobierno norteamericanos varias veces y de diversa manera. El trabajo está cuajado de útiles citas y amparado por una profusa y a la vez escogida documentación, sin que por esto pierda un momento su interés y lozanía — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

171. Carlos M. Grünberg. *Mester de judería*. Prólogo de Jorge Luis Borges. Buenos Aires, Editorial Argirópolis, 1940, 154 págs. [Año 9, No. 4, Oct., 1943, (p. 318). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Un entusiasta y bello prólogo de Jorge Luis Borges nos dice que «como todos los libros importantes éste de Carlos M. Grünberg lo es por múltiples razones... Como documento legible y lúcido de este aciago «tiempo de lobos, tiempo de espadas» cuya bárbara sombra continental —y quizá planetaria— vastamente se cierne sobre nosotros... Por su precisión y por su fervor, por su álgebra y su fuego, por la armoniosa convivencia continua de la destreza métrica y la delicada pasión... Por el alma irónica y valerosa que declaran sus páginas». Recuerda Borges, ante la limpidez de la poesía de Grünberg, a Heine y a Sem Tob, pero no sin señalar la inconfundible argentinidad del autor, a quien encuentra poseedor de «un modo explícito que no es el modo interjectivo, alarmante, de los poetas españoles de ayer y de hoy» y a quien halla unido a «una límpida tradición cuyos nombres más altos son Lugones y Ezequiel Martínez Estrada». De la mano de Borges gustamos «Judezno», «Sabat», «Circuncisión» ... Por declarar «el honor y el dolor de ser judío en el perverso mundo increíble de 1940», el libro de Grünberg nos gusta, como posición de justicia y de batalla. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

172. Valentín de Pedro. *La vida por la opinión. Novela del asedio de Madrid*. Buenos Aires, Imprenta Aniceto López, 1942, 244 págs., \$3.00 m/n. [Año 9, No. 4, Oct., 1943, (p. 319). Texto firmado por: A. I.]

El periodista hispanoargentino Valentín de Pedro nos da en esta sentida «novela del asedio de Madrid» sus recuerdos de los años en que la ciudad resistió sin rendirse el bombardeo frecuente, el cañoneo diario,

el hambre y el frío, y el abandono del mundo. El pánico en los metros, convertidos en inútiles refugios, la fe y el valor del gran pueblo madrileño, la traición agazapada en las casas de los emboscados y en algunas embajadas extranjeras, son vistas y contadas por «Argos», el perro que es el principal personaje de la novela. Como cuanto se refiere a la gesta heroica de Madrid, esta novela es un reportaje del hombre en una de sus mejores horas de dolor y grandeza. —A. I.

1944

173. Juan Rejano. *Fidelidad del sueño y La muerte burlada*. México, Ediciones Diálogo, 1943, 162 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (pp. 38-39). Texto firmado por: A. I.]

Juan Rejano, también, escribe poesía en América, después de su salida de España. Y en su poesía hay, como en la de otros compañeros suyos de destierro, la voz indeleble de una angustia que rugió y protestó ante la fatalidad y que ahora, en el remanso de unos años, se aquieta un poco y sale en acentos de noble expresión poética. El tono general de este libro—que acierta a combinar, en la buena manera, lo popular, esencial y lo más elaborado de «la otra» poesía—es de gran sinceridad. Una sinceridad del poeta consigo mismo y con su tiempo. El soneto, esa forma o ese modo de poesía que tanto vuelve a escribirse por honrado ejercicio y por necesidad de hallar marco al paisaje espiritual que se intenta, lo escribe J. R. con el decoro y la seguridad de quien sabe su oficio. «Estoy bajo tu piel» y los «Sonetos del sueño» ilustran cumplidamente lo que decimos. El primero de estos dos grupos cuenta cosas de amor atormentado por una ausencia que, sin embargo, contiene la seguridad de que:

*Solo sé que tú existes porque espero
y sé que existo yo porque me esperas.*

El segundo, los «Sonetos del sueño», está más en lo pensativo, angustioso también en el no querer una muerte extranjera.

Al lado de estas dos lagunas de agua remansada en lo interior, están los otros poemas, unos con la voz y la sangre «abrasándome el aire que respiro», en el recuerdo de los días trágicos, y conservando a pesar de ello una forma granada de canción hecha seriamente. Y por el reverso, como cosas queridas sin querer, lo sencillo y elemental

*Como las nieblas del río.
Como el corazón doliente
del árbol envejecido. — A. I.*

174. Jorge de Alba M. *Primeros poemas*. México, 1942, 52 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944 (p. 45). Texto firmado por: A. I.]

Un saludo amigo para estos versos, en español y en inglés, que sin pie de imprenta nos vienen de México.

Son todos ellos la suave y recatada manifestación de un verdadero espíritu poético. La nota dominante es la sencillez y la sobriedad de un corazón joven y profundo. El amor y el ímpetu de la primera juventud, visibles, están dominados por un medio tono que habla de milenarias herencias mexicanas, y por horas de reflexión y nostalgia—y también de íntimos dolores—que ocupan la mayor parte de esta vida que apenas comienza. En sus viajes por el mundo, lejos de la camaradería de la escuela de su pueblo y de su ciudad, atento a otros modos y otras lenguas, el joven de Alba ha recordado la tierra tan fuerte, tan intensa y tan propia de su México—en donde un día quedó también la mujer querida—, y ha volcado su espíritu dentro de sí mismo. Introversión. Introvertidos son casi siempre los mexicanos: más cuando se ha andado por el extranjero, con los clásicos españoles y los clásicos ingleses en el bolsillo, y recuerdos sonrientes cobijados en la melancolía ancestral.

De tales elementos está hecha esta poesía, en cuyo desarrollo y plenitud confiamos. —A. I.

175. Ciro Alegría. *La serpiente de oro*. (Premio Nascimento 1931). Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1935, 244 págs... — *Los perros hambrientos*. Santiago de Chile, Editorial ZigZag, 1939, 172 págs. — *El mundo es ancho y ajeno*. (Primer premio en el concurso de novelas latinoamericanas de 1941). Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, 512 págs. — *Broad and Alien is the World*. Translated from the Spanish by Harriet de Onís. New York-Toronto. Farrar & Rinehart, 1941, 436 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (pp. 47-48). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

No una reseña, ni cuatro, sino un ensayo y muchos ensayos merece la valiosa obra novelística del gran escritor peruano Ciro Alegría. Los dos premios que ha recibido, y el haber sido bien traducido al inglés, no son más que las primicias de la estimación y estudio que deben ser puestos en él, y el anuncio de la huella extraordinaria que dejará en la literatura hispanoamericana.

Perteneciendo por entero a la novela criolla, y no por propósito deliberado ni por seguimiento de nadie, sino como resultado inevitable y brote natural de una tradición propia y de una americana sensibilidad, Ciro Alegría tiene originales características que le dan un sitio peculiar y seguro en nuestras letras.

Señalemos primero su condición de novelista de raza. Es un auténtico narrador. Lector sin duda de otras novelas, pero muy por encima de eso receptor de viejas historias, portador amoroso y entusiasta de ellas y fraguador libérrimo de sus relatos, Ciro Alegría es creador y dueño de su técnica. Acumula los miles de recuerdos y suelta la pluma, y ésta corre en una prosa transparente y enjundiosa como el habla que aprendió en el riñón de sus tierras peruanas. Sus novelas, como la vida, se desarrollan simple y poderosamente, y la dicha y la desgracia, el amor y la muerte, lo plácido y lo tremendo se presentan en sus novelas paso a paso, sin sacudidas ni estremecimientos, sin una palabra de más ni una palabra de menos. Empapado de humanidad, adentrado—sin intención ni vanidad de estarlo—en el espíritu de la tierra y del hombre, Alegría nos hace sus cuentos tersos y hondos. Hablando del río, nos dice de la vida en *La serpiente de oro*: «El río también es bravo: De tanto guapiar morimos a veces. Pero no le juimos porque semos hombres y tenemos que vivir comues la vida.» Por ella, rico de una campesina filosofía, olorosa a árboles centenarios, se desliza este peruano sereno y seguro.

Imposible hablar de él sin recordar a otro, más caldeado aparentemente, pero tan hondo y tan sedente como Alegría: César Vallejo. Más poeta y menos novelista que Alegría, Vallejo recordaba su «paciencia de madera, sorda, vegetal». Vegetal es la sensibilidad de este gran narrador que nos da la historia del mundo con la misma naturalidad con que ven el ir y el venir del hombre las fuerzas —ríos, montes— que se asoman en sus libros.

No es un hecho casual que Alegría haya dedicado una novela entera a *Los perros hambrientos*. El quiere ver el universo, o, mejor dicho, no quiere dejarlo de ver, nunca, como lo ha visto siempre, como cualquier otro ser de los que lo pueblan, parte secreta e íntima del cosmos.

Ni erudición farragosa, ni técnica libresca, ni tesis sectaria, ni posturas de circunstancia, ni artificio de ninguna especie hay en Alegría: en esto ninguno de los grandes autores de la novela criolla lo supera. Ahí está el hambre y el dolor, el cortejo y el encuentro de los sexos, la enfermedad, la muerte quieta y la muerte súbita, la riqueza y la miseria, presentados con la misma pasividad y firmeza con que los árboles crecen y dejan caer sus hojas en las márgenes del Marañón. También así las leyendas de santos, las brujerías y los exorcismos que pueblan las cabezas de sus héroes.

El idioma es el caballo de su pensamiento y de su recuerdo, y nunca su jinete. Sin preocupación de ninguna especie surge esta lengua que el

español de la conquista y de la colonización, la ancha tierra y la sensibilidad de los otros abuelos indios crearon entre los suyos.

Alegría es natural hasta en su amor por la libertad: es el impulso primero del hombre. Pero también ve cómo los impulsos se estrellan y ruedan. Idealista sin ingenuidad y conocedor de los abismos humanos sin reticencias cínicas ni amargas, está de parte de los desvalidos y de los buenos, sin caer en la novelística de tesis. Siente y cree, pero por encima de todo ve y vive.

Celebremos con entusiasmo su triunfo y estemos seguros de su coronación. Se siente al leer sus libros que tan sólo ha comenzado. Lleva dentro una vida múltiple como la de su selva. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

176. Mariano Azuela. *Nueva burguesía*. Novela. Buenos Aires, Club del Libro A.L.A., 1941, 192 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (p. 49). Texto firmado por: Andrés Iduarte]¹

No se puede—o no se debe—comentar un libro de don Mariano Azuela en cinco renglones. Mucho respeto y mucha atención merece siempre el estilo vivo y vital, enjuto y tenso, con relámpagos de hallazgo, del gran escritor mexicano. Porque creer que sólo valen *Los de abajo*, o que todo lo demás no vale nada, es desconocer una de las personalidades más erguidas, más señeras, más vibrantes de la novela de lengua española. Lo que siempre sacude en este mexicano tan mexicano es la sobriedad del rasgo, la rapidez definitiva de un dibujo, el trazo escueto y así completo de los hombres de su México, el dominio del idioma, de un léxico mexicano usado con seguridad y desembarazo, desenterrando viejas palabras españolas perdidas en el sustratum mexicano, iluminando nuevas y agudísimas acepciones que entusiasmarían a don Miguel de Unamuno—aquél gran español que habló del superespañol a los que querían un idioma con dictadura en Madrid y con reumatismo colonial. Todo eso, y mucho más, hay en esta novela que presenta un aspecto de la vida mexicana—grupos obreros elevados según don Mariano a la categoría de «nueva burguesía»—a través del ojo avizor, no sin crueldad ni sarcasmo, del eminente novelista.

¹ [Nota del editor]. Este libro también lo reseñó en Andrés Iduarte. "Sobre Mariano Azuela. *Nueva burguesía*", *Revue d'histoire*, X, 1949, p. 49.

La situación social de México no está analizada, sino presentada, y naturalmente de acuerdo con los sentimientos y las ideas del autor. La pluma se transforma a medida en escalpelo, y diseca hombres e instituciones. A nosotros no nos interesa el libro como vitriolo partidista—eso es a menudo—, ni como caricatura de lo que vemos en distinta manera, y con diferente y a menudo opuesto criterio. La lucha presidencial de 1940 está retratada en esas páginas, y con simpatías ardientes y virulentas antipatías don Mariano recoge la palabra de la calle, el apodo dado al candidato triunfante, la murmuración sobre los líderes, y un estado de inmoralidad política en cuya denuncia la palabra despellejadora se solaza. No faltan—por supuesto—las páginas tiernas, la tragedia íntima y silenciosa del profundo pueblo mexicano al que tan entrañablemente pertenece Azuela, el drama recatado, en suma los aspectos eternos y no circunstanciales.

No hemos hecho aquí, como quisiéramos, el verdadero comentario que merece el libro. Nada más hemos señalado nuestra admiración literaria y, en cuanto a la actitud política, un invencible desacuerdo.
—ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

177. José Calero. *Cruces y alambradas. La tragedia europea vivida por un mexicano*. México, D. F., 1942, 272 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (p. 52). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En este libro reúne el joven abogado mexicano José Calero sus experiencias en la Alemania nazi y los países invadidos por ella. Educado en el Colegio alemán de la ciudad de México mantuvo su contacto con la cultura y la sociedad germanas en su adolescencia y su juventud de estudiante y de profesor universitario. En 1939 realizó el proyecto largamente acariciado de visitar la tierra con la que lo liga su formación cultural, para hacer estudios jurídicos y para aclarar sus dudas sobre el discutido régimen hitleriano. Su curiosidad resultó colmada porque le tocó vivir el comienzo y el desarrollo de la guerra, y favorecido por la condición de periodista extranjero—interesadamente mimado por los nazis—pudo conocer los bastidores de la tragicomedia alemana, y ver con sus propios ojos el drama de Polonia, Francia, Suecia y los demás pueblos sojuzgados o semisojuzgados. Testigo ocular sin partidismo de ninguna especie, conocedor de la cultura alemana y admirador de ella, su condena tiene un valor mayúsculo, realizado por el tono sereno y el empeño de serlo en todo momento. No porque Calero repite a cada momento que no pretende obtener ventajas de parte de los antinazis, sino porque en su

lenguaje se ve siempre honradez y responsabilidad. Su fallo alcanza un importante valor para el conocimiento de la verdad y la orientación de la opinión pública mexicana. Especialmente interesantes en este sentido nos parecen sus denuncias sobre la disimulada pero profunda discriminación nazi en contra del mestizaje mexicano e hispanoamericano.

Sin compartir las ideas políticas del autor, de las que a menudo estamos muy lejos, ni dejar de lamentar que en 1939 subestimara la tragedia española para nosotros plenamente determinante del más absoluto y vigoroso antinazismo, así como otros puntos que sería largo exponer aquí, celebramos la aparición de este libro como la única propaganda legítima: al servicio de la justicia. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

178. Andrés de Piedra-Bueno. *Evocación de Byrne y Martí americanista*. La Habana, Escuela Tipográfica de la Institución Inclán, 1942, 76 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (p. 56). Texto firmado por: A. I.]

Se reúnen en este librito la conferencia que el señor de la Piedra-Bueno dió sobre el poeta Byrne en el ciclo «Los poetas de ayer vistos por los poetas de hoy», y en la que el autor rinde homenaje y hace personales recuerdos del poeta cívico de Cuba; y su ensayo sobre Martí, nuevo paso en su vieja devoción, y buena clasificación y exposición de los pensamientos que el gran cubano dedicó a los distintos países de América, y a toda ella en su conjunto. — A. I.

179. Luis Alberto Sánchez. *Una mujer sola contra el mundo*. (Flora Tristán, la Paria.) Buenos Aires, A. L. A. Club del Libro Amigos del Libro Americano, 1942, 248 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (pp. 56-57). Texto firmado por: A. I.]

El profesor Sánchez agrega a su fecunda producción literaria esta biografía novelada de «Flora Tristán, la paria», de factura semejante a sus conocidas páginas sobre el Inca Garcilaso y la Perricholi, pero con el interés mayor —para más público— de referirse a una etapa reciente y a panoramas internacionales. La inquietante personalidad de la francoperuana nacida en París en 1803 es ágilmente seguida por el señor Sánchez, desde las conversaciones del «petit Bolívar» y don Simón Rodríguez que rodearon su cuna, y a través de su bella y ardiente juventud, de sus violentas ambiciones mundanas fallidas en el Perú y melladas por el mal matrimonio, hasta su madurez apasionada de

reformadora social, estudiosa de Saint-Simon, Fourier y Owen y precursora en algún aspecto de Marx y Engels. Prolonga el señor Sánchez su repaso histórico para mostrarnos a la hija de Flora, Aline, madre del gran pintor Paul Gauguin. La vida de varias generaciones de sangre americana que dan a Francia una escritora y un artista revolucionarios, abuela y nieto, seducirá al lector de todas las latitudes. — A. I.

180. F. Gómez de Orozco. *Doña Marina, la dama de la conquista*. México, Ediciones Xóchitl, 1942, 190 págs. (Vidas Mexicanas.) [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (p. 57). Texto firmado por: A. I.]

Reúne este libro el interés vivo y general por una figura histórica tan importante y seductora como conocida a medias, y el dominio que del tema tiene el autor. La Malinche tuvo un papel de primerísima fila en la conquista de México, en el que hay el brillo de la inteligencia, la pasión por el hombre, la sombra de la traición. Buena o mala, quintacolumnista de los mexicanos o fundadora simbólica de una nueva nacionalidad, su personalidad se destaca por encima de todas las mujeres de la conquista. Unida al más épico de los conquistadores, y no por el azar físico sino por sus condiciones de intérprete de idiomas y de malicias humanas, se la ve moverse en la historia de manera poderosa, pero poco clara. Aquí y allá está su recuerdo, en aquella crónica y en ésta, en la del testigo ocular como en la del que escribe de oídas: vigoroso, pero impreciso. Don Federico Gómez de Orozco nos da en este libro un estudio documentado, útil. A sus calidades de estudioso se agrega el hecho de que por sus venas corre sangre de la inquietante mujer: el historiador es su descendiente directo. Un caballo, un arcabuz y una mujer—decía alguna vez Alfonso Reyes—hicieron la conquista: aquí tenemos el modo y manera de cómo la última abrió a Cortés la fortaleza azteca. — A. I.

181. Mariano Azuela. *El padre Agustín Rivera*. México, Ediciones Botas, 1942, 200 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (p. 57). Texto firmado por: A. I.]

Don Mariano Azuela hace en este libro una cariñosa y documentada biografía del gran historiador mexicano... Da gusto ver a la aguda pluma en esta labor de amor. Aparece el Padre Rivera de cuerpo entero, a través de quien conoce y siente su obra, y de quien lo entendió por la sangre y la amistad. El credo liberal de Don Mariano—herido y sacudido por las trai-

ciones de los hombres, y honradamente perplejo ante una época apocalíptica— interpreta magistralmente el del gran maestro mexicano. —A. I.

182. Rosa Arciniega. *Francisco Pizarro. Biografía del conquistador del Perú*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1941, 506 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (p. 58). Texto firmado por: A. I.]

Esta voluminosa biografía del Conquistador del Perú acierta en el designio de su autora, la escritora peruana Rosa Arciniega: el estudio «de la verdadera personalidad de Francisco Pizarro, hombre de carne y hueso». Con una información estimable, conseguida a base de verdadero interés por la discutida figura; sin partidismos de ninguna especie, ni en pro ni en contra de su héroe; y dejando volar a su imaginación femenina, Rosa Arciniega escribe un libro atractivo y, en algunos de sus capítulos, vívido y bien acabado. El lector hispanoamericano no especialista, y sobre todo el extranjero ajeno a la historia del Perú, pueden encontrar en el libro de la señora Arciniega una fácil iniciación para el conocimiento del Conquistador. —A. I.

183. Roque Esteban Scarpa. *Lecturas clásicas españolas*. Santiago de Chile, Editorial Ziz-Zag, 1941, 752 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (p. 69). Texto firmado por: A. I.]

Al Siglo de Oro español está consagrado este segundo tomo de la colección de antologías que viene publicando el autor. Bien distribuidos están los grandes ingenios de la época en los apartados dedicados a la novela, la lírica, la poesía épica, el teatro, la mística, los humanistas y la historia. Las notas del señor Scarpa son sintéticas y claras. Y su mayor acierto es haber reunido en un volumen lo más sustancioso de la gran literatura española, así como el de haber destacado a autores como Góngora y Gracián, a menudo descuidados en obras de este género. —A. I.

184. J. Ignacio Rubio Mañé. *La casa de Montejo en Mérida de Yucatán*. Con un estudio de Manuel Toussaint. México, 1941, 126 págs. (Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas.) [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (pp. 69-70). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Publica este libro el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional de México, como homenaje a Mérida en el IV Centena-

rio de su fundación. El señor Rubio Mañé, hijo de esta ciudad, hace un estudio histórico de «su casa más insigne, la de sus fundadores, cuya portada monumental se yergue todavía al mediodía de su plaza de armas». Al estudio de la suerte—a veces triste— que ha corrido hasta hoy la mansión del Adelantado Don Francisco de Montejo, va naturalmente unida la de la familia que éste fundó. Un capítulo sobre su importancia artística, debido a la autorizada pluma de Don Manuel Toussaint, realza y aumenta la importancia del libro. «El monumento más importante de arquitectura civil que de la época colonial conservamos», considera a esta casa el señor Toussaint. Recuerda en su examen el Colegio de San Gregorio de Valladolid, la Casa de Castril de Granada, y otros edificios españoles; examina las influencias mayas que ha creído ver el arquitecto norteamericano Kubler, y cree que es el plateresco andaluz con el que está relacionada la casa de los Montejo. Muy buenas, numerosas y detalladas fotografías de ésta, así como las esenciales del Colegio de San Gregorio y de la «Casa de las Monjas» de Chichén Itzá—para que el lector pueda seguir las observaciones del crítico—, completan este valioso volumen de la Universidad mexicana. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

185. Maximilian von Loewenthal. *Bolívar. Unidad del pensamiento americano*. San José de Costa Rica, Edit. Trejos Hermanos, 1941, 182 págs. [Año 10, No. 1/2, Enero - Abril, 1944, (pp. 75-76). Texto firmado por: A. I.]

El autor, austriaco de nacimiento y soldado en la guerra del año 14, venido a América y radicado en Costa Rica, fundador y director de la revista «La Raza», presenta este ensayo apologético de Bolívar como síntesis y representante del espíritu americano. Es curioso saber que este fervor por Bolívar nació en von Loewenthal en la infancia, cuando en una escuela de Viena su profesor Franz Lydenburg presentaba a Bolívar, un hombre de la lejana y desconocida América, como el más grande de la historia. Angustiado por las persecuciones de Europa, horrorizado de sus guerras, el autor pasó al Nuevo Continente, al que canta, tanto como a Bolívar, en trece capítulos emocionados. — A. I.

186. César Garizurieta. *Un trompo baila en el cielo*. México, Ediciones Botas, 1942. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 270). Texto firmado por: A. I.]

El autor de *Singladura*, *Realidad del ejido*, *Resaca* y *El apóstol del ocio* agrega ahora esta colección de cuentos o más precisamente de relatos

y recuerdos de su niñez tropical. La imaginación rica, la memoria tierna de Garizurieta y el magnífico panorama de hombres y cosas que es el Estado de Veracruz, hacen de estos capítulos una especie de sueños de luz y sol, en que una vaguedad de bochorno impera sobre toda otra impresión. Gustarán sin duda mucho más al lector que conozca su tierra veracruzana, y más al que venga de ellas, o de las tierras parecidas que rodean el Golfo de México y el Caribe. Una organización más lenta y cuidadosa que no llegara a romper el poder de las evocaciones vírgenes permitiría escribir a Garizurieta la novela que todos sus amigos y casi coterráneos estamos esperando de él hace años. —A. I.

187. Arturo Aldunate Phillips. *Estados Unidos, gran aventura del hombre*. Santiago de Chile, Nascimento, 1943, 384 págs. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, pp. 271-272. Texto firmado por: Andrés Iduarte]

De los libros que se han escrito en Hispanoamérica durante los últimos años sobre los Estados Unidos nosotros ponemos en primer término éste de Aldunate Phillips. No es el elogio de cajón ni el canto palabrero a las virtudes norteamericanas, ni la concesión amarga ante hechos que no agradan pero que no pueden negarse, ni la invectiva apasionada, ni el ataque de soslayo a la vez resentido y convenenciero. Sin pasiones torvas ni apetitos sucios Aldunate Phillips nos da cuatrocientas páginas frescas, sinceras, penetrantes, universales. No habla el hispanoamericano herido, ni tampoco el colono deslumbrado, sino un hombre cosmopolita y muy moderno, lleno de juventud creadora y optimismo humano, que ve con entusiasmo la gran experiencia que se lleva a cabo entre el río Bravo y los grandes lagos. De igual manera objetiva y vital miraría a Rusia, si a ella fuera. No hay ocultaciones inconfesables, ni retorcimientos malévolos, ni alabanzas con puntería. Walt Whitman y Abraham Lincoln—como en Martí—presiden y preceden su libro, para seguir con un estudio de Franklin Delano Roosevelt. De su brazo, y con la luz de Edison por delante, recorre el gran país, desde su banca hasta su cinematógrafo. Descubre un hombre nuevo en Henry A. Wallace, «el Sembrador». Quizá ponga demasiada confianza en el apagamiento de las fuerzas negras que a la democracia popular se le enfrentan. Y el mismo estilo suelto, sin propósito de estilo—prosa de ingeniero de talento con sensibilidad de poeta y dignidad de ciuda-

dano del mundo—libra a este libro de las intenciones ocultas, agrias o melosas, que matan a menudo a documentos humanos de este tipo.
—ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

188. Alfonso Reyes. *La experiencia literaria*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1942, 244 págs. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 273). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

«Los ensayos de este libro—advierde Reyes—escritos separadamente, en diversas épocas, y a veces refundidos varios años después de su primera redacción, tratan materias afines y aun cruzan en distintas direcciones los mismos terrenos. He creído inútil hacer referencias de unos a otros. Aspiran todos a servir de señales para algún futuro itinerario.»

«Hermes o de la comunicación humana» inicia el grupo de dieciocho agudos y alados ensayos acertadamente reunidos bajo el título de *La experiencia literaria*. Sólo la vasta de Alfonso Reyes podía hacer revisión tan original y atractiva como sesuda del tema popular, de la poesía, de la traducción, de la crítica, de la biografía, de la antología, de la traducción, de la lingüística... No hay palabra de más ni palabra de menos, ni se repiten ni se entrechocan estos trabajos de distinta época: los une el hilo de oro de una cultura sin lagunas y un propósito de honda raíz y largo alcance que, por ser como es, no se exhibe para el ojo común. Cuando Alfonso Reyes, o quienes lo sigan, hagan la edición de sus obras completas, se verá cómo su vasta labor es una de las más equilibradas y exquisitas de la literatura hispánica de nuestro tiempo.

Dice él de la exégesis en su libro que «informa, interpreta, también valora y también quiere llegar hasta el juicio, aunque en todo caso lo prepara». Estas letras nuestras no son más que una volandera exégesis, que no pretende vanidosamente preparar nada, pero que sin la menor reserva ni el menor rubor dice en simple información y reseña toda la admiración que este libro produce. La madurez dorada del «cazador sutil» —apliquémosle palabras suyas— está a la vista en esta colección de ensayos que no puede faltar en una buena biblioteca. Incapaces de intentar en tan breves líneas el juicio de lo que tanto admiramos, anunciamos el que habrá de hacerse algún día, y devotamente aplaudimos.
—ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

189. *Vidas mexicanas*. Ediciones Xochitl, México, D.F.: Benjamín Jarnés. Manuel Acuña. *Poeta de su siglo*. 1942. — B. Ortiz de Montellano, *Figura, amor y muerte de Amado Nervo*. 1943. — Eduardo Enrique Ríos. *Felipe de Jesús, el santo criollo*. 1943. — Pablo Herrera Carrillo, *Fray Junípero Serra, conquistador de las Californias*. 1943. — Manuel Romero de Terreros. *El Conde de Regla. Cresco de la Nueva España*. 1943. — Rafael Heliodoro Valle. *Iturbide, varón de Dios*. 1944. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 274). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En estas páginas nos hemos referido ya a otros volúmenes de la Colección *Vidas Mexicanas* de la Editorial Xochitl de México. Con la última que aquí mencionamos—Iturbide—alcanza la docena esta sencilla, útil y ágil serie de figuras históricas y literarias de México. Sin propósito de hacer trabajo de investigación, los editores han logrado formar estas obritas en que no falta tampoco el informe novedoso y de primera mano. Esto es: se logra el deseo de divulgación pero sin convertir el libro en simple novela. Esta armonía de valores, a menudo divorciados, se ha logrado en esta colección gracias a la preparación y mérito de los autores escogidos: cada quien en la materia que gusta y que domina.

Jarnés ha logrado ver la figura de Acuña a través de sus ya frecuentes buceos por el siglo XIX. Los lentes que aplicaba a Europa los fija ahora en el joven suicida a quien consagró la popularidad de su *Nocturno* y luego, el juicio de Menéndez y Pelayo. La falta de biografía—veintitrés años vivió el poeta—se suple con la interpretación de su medio y de su época.

Más amor por la figura y más estimación por la obra del biografiado son patentes en el *Amado Nervo* de Ortiz de Montellano. En líneas tenues y finas, como corresponde al poeta de Tepic, nos da Ortiz de Montellano un buen dibujo.

La historia colonial de México—religión y minería, misión y aventura y señorío—recibe una buena contribución con los ensayos sobre San Felipe de Jesús, Fray Junípero y el Conde de Regla.

Y sin pasiones sectarias ni en pro ni en contra Rafael Heliodoro Valle nos da una imagen cierta de Iturbide, al que llama con el epíteto *Varón de Dios—tu vir Dei—* que de su nombre sacaron sus aduladores, y a quien coloca en el doble perfil que le corresponde: el de caudillo reaccionario y cruel y el de hombre que sabe pelear y morir valientemente. Superpuestos los dos croquis que Valle traza con amenidad y con mes-

tría², sin que la buena pluma olvide el dato sustancioso, tenemos aquí una gran pequeña biografía del turbio consumidor de la independencia de México. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

190. Pablo Herrera Carrillo. *Fr. Junípero Serra, civilizador de las Californias*. México, Ediciones Xochitl, 1943, 233 págs. (Vida Mexicanas, 8.) [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 274). Texto firmado por: A. I.]

Hacía falta una biografía del santo «trotamundo de la pata coja». El señor Herrera Carrillo la ha hecho con buena información, claridad, orden, buen juicio y gracia. No sólo nos presenta la vida del buen mallorquín, sino el ambiente vital y esforzado en que se realizó la conquista espiritual de las Californias. Hecho éste dentro del propósito de divulgación que inspira la colección de vidas mexicanas, tiene además particulares méritos como estudio histórico que lo hacen valioso para el profesor y el estudioso. — A. I.

191. Manuel Arocha. *Iconografía ecuatoriana del Libertador*. Quito, 1943. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 276). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

126 páginas de texto y 102 estampas forman esta magnífica iconografía de Simón Bolívar. El autor nos informa en un breve capítulo de «La exposición iconográfica del Libertador en Quito, 1942», punto de partida de este libro. En «La iconografía bolivariana. Sus fuentes», nos da las descripciones que del gran venezolano hicieron Lallement, Hamilton, Perú de Lacroix, Miller, Martin-Maillefer, Lafond, Le Moyne, O'Leary, van Dockum, Páez, O'Connor, Restrepo, Blanco y Azpurúa, logrando con el cotejo de todas ellas la más probable y casi segura descripción física de Bolívar. El capítulo «Fuentes pictóricas» nos da cuenta de los pintores que lo retrataron directamente—el francés Roullin, el italiano Meucci, los americanos Espinosa en Colombia, Salas en el Ecuador y Gil en el Perú—, y de otros cuyas obras desgraciadamente se perdieron. Lo seguimos a través del medallón que hizo David d'Angers siguiendo el original de Roullin y los cuadros del venezolano Carmelo Fernández que se inspiró en los dos anteriores, y los me-

² [Nota del editor]. En el original dice «mestría», pero debe ser «maestría».

dallones de Tenerani y Tadolini. Muy nuevo e importante es cuanto el autor dice de «La escuela quiteña», donde hace un estudio preliminar de la tradición pictórica ecuatoriana que sustenta su estudio de los cuadros de Antonio Salas, los de Rafael del mismo apellido, Luis Cadena, Juan Manosalvas, Joaquín Pinto y Antonio Salguero, para decir luego algunas palabras—no por breves menos valiosas—sobre los retratistas modernos.

A la riqueza informativa y a frecuentes aciertos del juicio crítico de las citadas páginas se añade el extraordinario valor de las 102 estampas—monumentos, retratos, medallones—en que el lector tendrá la emoción de encontrarse con el Bolívar de los bigotes caudillescos y los ojos fulgurantes de la guerra a muerte, con el rostro patricio y pensativo del estadista, hasta la imagen magra y atormentada del desiluso.

En vez de un juicio personal hemos preferido hacer una pequeña reseña del contenido del libro, más elocuente que cualquier comentario. No necesitamos agregar, pues, que la obra del señor Arocha es fundamental para el conocimiento del ilustre americano. —ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

192. Guillermo de Torre. *Menéndez Pelayo y las dos Españas*. Buenos Aires, Publicaciones del Patronato hispanoargentino de cultura, 1943, 100 págs. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 278). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En estas breves cien páginas analiza Guillermo de Torre a don Marcelino en sus dos más fuertes perfiles: «el titán», que forma el primer capítulo de su libro, y «el banderizo», que forma el segundo. Con amor y conocimiento repasa la vida y la obra del gran bibliófilo, del humanista antiguo, del poeta erudito, del crítico artista. En veinticuatro carillas consigue sintetizar la vastedad y hondura del maestro. Y luego entra al valiente análisis de la colocación que en la barricada política de España y del mundo hispánico tiene don Marcelino, y contesta con pesadumbre, afirmativamente, la grave pregunta que se ha planteado: «¿puede o no tomársele como bandera reaccionaria?» Revisa el pensamiento y el vocabulario de Menéndez y Pelayo, parándose en cúspides bien escogidas: el verdadero carácter de su catolicismo, su fobia antikrausista, el erasmismo, la Inquisición y la intolerancia, la leyenda negra, y las dos Españas. No oculta ni disimula de Torre su posición personal, que es más la de un español liberal, dolorido y

firme al mismo tiempo, que la de un partidista; y acaba «modulando la epifanía» —usamos sus propias palabras— de «la palabra que corresponde a España... integración».

En una nota final nos dice que este librito apareció antes, por partes, en *La Nación* y la revista *Sur* de Buenos Aires; y nos da las reacciones que esa primera publicación produjo en otros españoles, que coinciden con él. E insinúa finalmente su temor de que el afán de conocer a España pueda originarse de que no supieron hacerla. Aquí, como en páginas anteriores, anima al libro una sensibilidad apasionada que antepone a cualquier otro valor el de sincero y vivo documento humano. Por esto nos sedujo desde sus primeras hasta sus últimas páginas, a pesar de todas las divergencias de criterio que ante ellas iban saltando, y de los puntos trascendentales a veces tratados con rapidez excesiva. No era el propósito del señor de Torre, por supuesto, hacer obra mayor; pero es de desear que la complete siguiendo los caminos ya iniciados en su valiosa obrita. —ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

193. J. Marino Incháustegui. *Cristóbal Colón y la Isla Española*. Santiago, República Dominicana, Editorial El Diario, 1942, 175 págs. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 279). Texto firmado por: A. I.]

El Lic. J. Marino Incháustegui, antiguo profesor de Historia de Santo Domingo de la Escuela Normal «Benefactor» de San Cristóbal, publica este libro con propósitos escolares, según se desprende de su prefacio. Divide su tema en cuatro partes: la primera referente al indio americano y en particular al que poblaba Santo Domingo; la segunda a España antes de producirse el descubrimiento; la tercera a «Ideas geográficas y astronómicas. Viajes y descubrimientos»; y la cuarta consagrada a Cristóbal Colón y su empresa. A las 175 páginas del libro se agregan buen número de ilustraciones, once grabados y mapas, y los índices de materias y alfabético. El plan y la forma del libro revelan experiencia docente y larga dedicación al estudio, y las bibliografías que siguen a cada capítulo dejan ver un valioso afán de información—se incluyen en ellas desde viejos manuales hasta obras norte e hispanoamericanas muy recientes— sin duda insatisfecho, estorbado por dificultades materiales—falta de buenas bibliotecas—que limitan desgraciadamente la labor del profesor Incháustegui. —A. I.

194. *Cartas de Santander. Homenaje a la memoria del ilustre prócer General Francisco de Paula Santander. Obra formada por Vicente Lecuna con la colaboración de la señorita Esther Barret de Nazaris. Caracas, Edición del Gobierno de Venezuela, 1942, 3 vols. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 279). Texto firmado por: Andrés Iduarte]*

En decreto firmado por el Presidente de Venezuela General Eleazar López Contreras el 6 de mayo de 1940 se decreta, entre otros actos para la conmemoración del centenario de Santander, la preparación y publicación de sus cartas. El trabajo, encomendado a la Academia Nacional de la Historia, contiene «las cartas originales existentes en el Archivo del Libertador y en los de Sucre, Briceño Méndez, Yanes, Revenga, Montilla, Salom y Soublette, y los documentos de distinto origen adquiridos de la Sucesión de Pérez y Soto correspondientes a los últimos años de la Gran Colombia». Aparte de la importancia de la publicación de papeles inéditos o poco conocidos de una de las más fuertes personalidades de América en sus relaciones con otros grandes hombres de la homeríada insurgente, vale esta obra por el cuidado con que ha sido hecha y por los índices de materias respectivos y en especial el analítico de 56 páginas que se agrega al tercer volumen. Mucho más que una simple noticia como ésta merecen estos tres tomos debidos al decreto gubernamental venezolano y a la devoción de Don Vicente Lecuna y la señorita Barret de Nazaris. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

195. R. Blanco-Fombona. *El pensamiento vivo de Bolívar*. Buenos Aires, Losada, 1942, 232 págs. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 281). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Fué un acierto de la editorial Losada confiar este volumen de la «Biblioteca del pensamiento vivo» a don Rufino Blanco-Fombona. Nadie más autorizado que él para organizar el referente a Simón Bolívar, cuya figura fué más conocida en España gracias a la pasión que por él tiene Blanco-Fombona. No quiere esto decir, ni mucho menos, que sin Fombona, Bolívar no sería conocido en la Península, ni que es el que más conoce la figura del Libertador, ni quien ha dicho sobre ella las cosas más justas y hondas: tan sólo reconocemos un hecho indiscutible. La fervorosa y persistente devoción que Fombona ha tenido por Bolívar reaparece en los prólogos y notas que su madurez ha puesto a este libro, insistiendo en sus viejos puntos de vista. Las páginas esco-

gidas del Libertador—sus principales discursos, sus principales cartas políticas, literarias e íntimas—logran dar en este breve volumen una imagen completa del Libertador. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

196. José Juan Arrom. *Historia de la literatura dramática cubana*. New Haven, Yale University Press, 1944, 134 págs. \$2.50. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (pp. 281-282). Texto firmado por: Andrés Iduarte]³

El libro del doctor Arrom es una positiva contribución al estudio de la literatura dramática de su país. No es un trabajo más, sino un enjundioso resumen y un juicioso balance de cuanto se ha escrito sobre la materia. Vale no sólo por el cuidado y el método con que la investigación ha sido realizada, sino por la serenidad y medida de sus opiniones. Ni el entusiasmo personal o patriótico, ni el exceso de información sobre una época o un aspecto o un autor en detrimento de los demás—lunares comunes en obras globales de este tipo—empañan sus ciento treinta y cuatro bien aprovechadas páginas. Su introducción nos hace sentir desde luego el conocimiento de la materia. En sus siete valiosos capítulos, que van de las «Primeras manifestaciones dramáticas, 1512-1776» a «El período republicano, 1902-1942», bucea en el teatro cubano por dentro y por fuera, esto es, tanto en lo que se refiere a los autores y a la génesis de sus obras como en cuanto a la escena cubana, a sus teatros y a sus actores. Once grabados muy bien escogidos ilustran los dos aspectos. Y completan estos méritos una útil «Bibliografía general» y un rico «Apéndice bibliográfico de obras dramáticas cubanas» de treinta y dos páginas de letra menuda, al que hay que señalarle desde ahora categoría de indispensable para cuantos quieran tratar en lo futuro de la materia.

El estudiante hallará aquí una guía sintética y sólida para conocer el teatro de Cuba y el interesado en cualquier autor o tema especial datos nuevos o cuando menos muy bien organizados. Nombres poco conocidos de la literatura cubana reciben justo relieve en la investigación del señor Arrom, y otros de primera fila en la lírica—Heredia, la Avellaneda, Martí—un original análisis en sus aspectos dramáticos.

³ [Nota del editor]. Esta reseña fue publicada también en lengua inglesa en la revista *Romanic Review*, n. 36, 1945, p. 142, que era editada en la Universidad de Columbia, pero en el Departamento de Francés y Filología Románica.

Apuntemos también que sin perder el tono que corresponde al carácter erudito de la obra, el doctor Arrom logra hacer agradable su lectura con finos rasgos de humor y una brevedad de quintaesencia.
— ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

197. Alberto Ghiraldo. *El archivo de Rubén Darío*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1943, 508 págs., 18 pesos m/arg. [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (p. 283). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Habremos de repetir aquí, con entusiasmo, lo que dice la nota de los editores: que en este libro «puede conocerse la intimidad de la vida literaria de la América española durante unos treinta años, desde el viaje de Darío a Chile, y la vida literaria de España desde 1898 hasta 1916». Estos materiales, reunidos y conservados en gran parte inéditos por Alberto Ghiraldo, y ahora publicados bajo el cuidado literario de don Pedro Henríquez Ureña tienen, pues, un valor fundamental. Las relaciones literarias y personales de Rubén con Unamuno, con Juan Ramón Jiménez, con Doña Emilia Pardo Bazán, con Lugones, Chocano, Nervo, Fombona y muchos más, son de primerísima importancia. Las opiniones de la juventud de Rubén, como por ejemplo la que da sobre Martí en una de 1888, agregan mucho para el entendimiento del poeta y su colocación en la literatura. Y en sus páginas íntimas, así como las que aquí se nos dan de otros sobre su intimidad, aclaran y perfilan la ya conocida bondad del maestro.

Este libro merece una reseña mucho mayor que la que aquí hacemos, y las producirá, sin duda. Nosotros nos limitamos a recibirlo con fervoroso aplauso. — ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

198. *La educación en los países de América Latina*. Editado por I. L. Kandel. Nueva York, Bureau of Publications, Teachers College, Columbia University, 1942, 442 págs. (Anuario educacional del Instituto Internacional del Teachers College, Columbia University.) [Año 10, No. 3/4, Jul. - Oct., 1944, (pp. 288-289). Texto firmado por: A. I.]

Muy importante es esta publicación por la cantidad de datos que proporciona al lector sobre la materia. El prefacio de la edición latinoamericana nos informa de la valiosa ayuda que prestaron al editor los profesores Céspedes, de la Unión Panamericana; Óscar Vera, el distinguido intelectual chileno, y Manuel Velasco Alvarado, del Perú; así

como del auxilio técnico del Dr. Brunstetter y de Miss Kathryn Farrington. La introducción del doctor Kandel armoniza con claridad los trabajos que hacen el volumen. Las veinte repúblicas americanas están representadas por personas consagradas a la materia entre las cuales recordamos a los profesores Rafael Ramírez, de México; Agustín Nieto Caballero, de Colombia; Roberto Brenes Mesén, de Costa Rica; Amanda Labarca, de Chile; Francisco S. Céspedes, de Panamá; Vicente Gerbasi, de Venezuela; Ofelia Morales, de Cuba. Añadamos en esta información que esta edición ha sido preparada en colaboración con la Oficina del Coordinador de Asuntos Interamericanos. — A. I.

1945

199. Horacio Quiroga. *Sus mejores cuentos*. México, Editorial Cultura, 1943, 292 págs. (Colección Clásicos de América. Ediciones del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.) [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 68). Texto firmado por: A. I.]

Reúne esta blanca y limpia edición los mejores cuentos de Quiroga, espigando con unidad y buen gusto a través de todos sus libros. Una meditada introducción de John A. Crow y una buena bibliografía de diez páginas dan categoría de esencial a esta publicación, tercer paso en firme del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. — A. I.

200. Juan Ramón Jiménez. *Espanoles de tres mundos*. Buenos Aires, Editorial Losada, 172 págs., \$4 m/n. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 74). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Reúne Juan Ramón en este libro las «caricaturas líricas» — así las llama él — publicadas de 1914 a 1940 en diversas publicaciones. Los tres mundos a que se refiere son el viejo, el nuevo y el otro mundo. Semblanzas extraordinarias por su agudeza y penetración como la dedicada a José Martí, afectuosas y llenas de gracia como la que se refiere a Federico de Onís, agresivas y virulentas como la que dedica a Pablo Neruda, hacen de este libro una obra excepcionalmente interesante. El sentido lírico y la inteligencia alada del gran poeta de Huelva alcanzan a menudo el esquema genial de muchas figuras de nuestras letras hispánicas, mojando a veces la pluma en el más despiadado sarcasmo y más a menudo en una burla sutil. Casi nos atrevemos a decir que Juan Ramón Jiménez crea un nuevo género literario y, desde luego, rinde una contribución valiosa a la crítica literaria. Hunde el bisturí con tan firme pulso, que aun cuando reprocha y contesta ofensas, como en el caso de Neruda, fija valores que se sobreponen a su antipatía personal.

Aplaudimos con admiración sin reservas esta colección seductora del ilustre andaluz. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

201. *Vidas mexicanas*. México, D. F., Ediciones Xóchitl, 1944-1945. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 78). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Esta colección que ha lanzado la editorial Xóchitl se inició con una edición del *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad*, de don José Vasconcelos,

tema que el escritor mexicano ha tratado en libros suyos, y probablemente con más brillo que en éste. Han seguido después dieciséis volúmenes: de ellos hemos aludido en estas mismas páginas a *Doña Marina, la dama de la conquista*, por Federico Gómez de Orozco; *Manuel Acuña, poeta de su siglo*, por Benjamín Jarnés; *Fray Junípero Serra, conquistador de las Californias*, por Pablo Herrera Carrillo; *El Conde de Regla, Crespo de la Nueva España*, por Manuel Romero de Terreros; *Figura, Amor y Muerte de Amado Nervo*, por Bernardo Ortiz de Montellano; *Felipe de Jesús, el santo criollo*, por Eduardo Enrique Ríos; e *Iturbide, varón de Dios*, por Rafael Heliodoro Valle. A la vista tenemos ahora *Gregorio López, el hombre celestial*, en el que don Fernando Ocaranza, tan conocedor del mundo mexicano de los misioneros, hace un estudio tan documentado como entusiasta del madrileño ilustre; *Ángela Peralta, el ruiseñor mexicano*, en que Armando de María y Campos sigue los triunfos de la gran cantante mexicana a través de los teatros de la América y Europa; *Don Pedro Moya de Contreras*, primer inquisidor de México, en que la pluma de Julio Jiménez Rueda, mojada en tinta del virreinato, presenta un cuadro valioso de la época en que se movió el hombre firme y poderoso; y *Miguel Hidalgo, constructor de una patria*, visión moderna y combativa de José Mancisidor, estudio global y brioso de la personalidad múltiple —apasionada, graciosa, aguda, dramática— del iniciador de la Independencia mexicana. Mencionemos también *Gastón de Raousset, conquistador de Sonora*, por Joaquín Ramírez Cabañas, y *Sor Juana Inés de la Cruz, poetisa de corte y convento*, por Elisabeth Wallace, que no hemos tenido ocasión de revisar.

En breves tomos de doscientas páginas, esta colección va logrando, con plumas estudiosas y a menudo famosas, un repaso atractivo y fácil de la historia de México. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

202. Ofelia M. B. de Benvenuto. José Martí. Montevideo, Editores: González Panizza Hnos., 1942, 224 págs., \$1.50 m/n. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 79). Texto firmado por: A. I.]

La Sra. Benvenuto añade con esta biografía de Martí la contribución del Uruguay al estudio de la vida del que fué cónsul de aquel país en Nueva York. La obra está hecha con empeñosa información y buen entendimiento de la gran figura. Tiene el acierto de estudiar paralelamente al hombre y al escritor en todas sus facetas, sin caer en el error de mutilarlos parcelando por tecnicismo la que es una personalidad armónica indivisible. — A. I.

203. Carlos Márquez Sterling. *Martí, maestro y apóstol*. La Habana (Seoane, Fernández y Cía., 1942, 686 págs., \$3 m/n. [Año 11, No. 1/2, Enero – Abril, 1945, (p. 79). Texto firmado por: A. I.]

Esta voluminosa biografía de Martí es el resultado de una admiración y un entusiasmo de largo plazo, y de un viejo propósito que permitió al autor acumular muchos y muy útiles datos sobre la vida poética y privada de José Martí. Es, sin duda, una de las que más completarán el conocimiento del gran cubano. Señalemos como una de las mejores calidades de este libro, el sencillo valor y la seguridad confiada, con que Márquez Sterling aborda el tema de la doble vida conyugal de Martí, que un criterio gazmoño—o incompleto por falta de información— había venido callando a medias o del todo.

La obra contiene retratos de Martí, de sus familiares, de sus amigos, de varios de sus contemporáneos ligados próxima o lejanamente a su existencia, y facsímiles que aumentan su interés indudable. — A. I.

204. Pedro de Cieza de León. *Del Señorío de los Incas*. Buenos Aires, Ediciones Argentinas Solar, 1943, 344 págs. \$9 m/n. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 82). Texto firmado por: A. I.]

Como se consigna en la breve advertencia, «esta edición reproduce el texto publicado por Marcos Jiménez de la Espada...» Este volumen, limpiamente impreso, con un prólogo de Alberto Mario Salas, cumple su valioso propósito de divulgar la famosa crónica. — A. I.

205. Emeterio S. Santovenia. *Huellas de Gloria*. Segunda edición. La Habana, Editorial Trópico, 1944, 272 págs. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 82). Texto firmado por: Andrés Iduarte]¹

Publica Trópico la segunda edición de esta obra en que el autor ha reunido las frases históricas cubanas más célebres y significativas, comenzando con el «siempre vence el que sabe morir» de José María Heredia hasta el «creo que hemos llegado» de Máximo Gómez, y pasando por la de Saco—«o España concede a Cuba derechos políticos, o Cuba se pierde para España»—hasta la de Céspedes—«aun quedamos doce hombres: bastan para hacer la independencia de Cuba»—y la de «para

¹ [Nota del editor]. Esta reseña también apareció en la *Revista Cubana*, XXI, 1946, p. 190.

mí ya es hora» de Martí. La obra contiene un útil cuadro sinóptico del desarrollo de la lucha de Cuba por su independencia.

El fervor y el tino que ha puesto Santovenia para recoger y seleccionar estos testimonios del heroísmo y la tenacidad de los cubanos explica la popularidad del libro. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

206. Rafael Soto Paz. *La falsa cubanidad de Saco, Luz y Del Monte*. La Habana, Editorial Alfa, 1941, 140 págs., \$1.00 m/n. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (pp. 87-88. Texto firmado por: A. I.)²

En sus últimas palabras el autor precisa que «las páginas precedentes no son sino un reportaje a través de la historia de Cuba, hecho por un repórter de la prensa habanera» y que «su propósito ha sido indagatorio e informativo, de carácter revisionista, más que concluyente y cerrado». Antes nos ha dicho que «estos tres grandes personajes de nuestra historia, como propietario de esclavos que eran, se mostraron siempre enemigos declarados del abolicionismo, retraconservadores, negadores de la capacidad del cubano para gobernarse y, sobre todas las cosas, condenadores persistentes de todos los movimientos organizados en pro de la independencia de Cuba». Reproducimos las citadas frases del señor Soto Paz para fijar la manera y el propósito con que fué escrito su libro. Y agreguemos que, como compensación y para que no se le acuse de demoleedor y derrotista, el autor incluye en su libro varios capítulos dedicados a subrayar el patriotismo separatista de Varela, Agramonte y Martí.

Antes de que el señor Soto Paz escribiera el libro los cubanos informados de su historia sabían que José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte fueron propietarios de esclavos. De manera que no es con ellos con quienes está en polémica el señor Soto Paz. Lo está, en realidad, sólo con los que por falta de información confunden su nombre de hombres ilustres con el de rebeldes al gobierno español. No fueron ellos, por supuesto, como Varela y menos como los heroicos Agramonte y Martí. Su grandeza es otra muy distinta. A pesar de los cargos que les hace el señor Soto Paz, siguen siendo grandes cubanos por su mérito intelectual e, incluso, porque aunque su vida no haya estado al servicio de la independencia, su obra fué semilla de insurgencias

² [Nota del editor]. Esta reseña también apareció en la *Revista Cubana*, XXI, 1946, p. 192.

y de ilustres emancipadores. Luz y Caballero, a través de Mendive, es nada menos el más directo y visible ascendiente de José Martí.

El apasionado análisis del señor Soto Paz tiene, entre otras virtudes, la de restar a Saco, Luz y del Monte los oropeles que la posteridad les ha regalado, limitándolos así a su grandeza intelectual iniciadora, que sigue en pie. — A. I.

207. Domingo Faustino Sarmiento. *Obras selectas. Tomo 2. Política de educación y trabajo.* Buenos Aires, Editorial «La Facultad», 1944, 440 págs. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 88). Texto firmado por: A. I.]

Dimos cuenta recientemente de esta nueva edición de Sarmiento ordenada y revisada por don Enrique de Gandía.

Aparece ahora el segundo tomo con un amplio estudio del señor Gandía y artículos de Sarmiento referentes al tema que indica el subtítulo del volumen. — A. I.

208. Domingo Faustino Sarmiento. *Obras selectas. Edición ordenada, revisada y precedida de un estudio preliminar por Don Enrique de Gandía. Tomo 1. Páginas del ostracismo y defensa de la libertad.* Buenos Aires, Editorial «La Facultad», 1944, 368 págs. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 88). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La «Biblioteca Histórica del Pensamiento Americano» inicia la publicación de las obras de Sarmiento en esta selección confiada a su director, don Enrique de Gandía. Contiene el presente volumen muchos de los mejores artículos del destierro de Sarmiento, entre los que destacan sus polémicas literarias y filosóficas. El criterio que presidió la formación del volumen lo encontrará el lector en los tres ensayos preliminares del señor Gandía: «Biblioteca histórica del pensamiento americano», «Las ideas políticas de la historia argentina» y «Las obras selectas de Sarmiento». El rechace de la preocupación exclusivamente erudita, la búsqueda de los impulsos vitales que dan grandeza a la obra de Sarmiento, el hispanismo positivo y sin tramposa hispanidad del señor Gandía más su americanismo y argentinismo histórica y políticamente bien fundados, aparecen claramente en estos trabajos y, entre líneas, en toda la obra. Cualquiera que la vea se felicitará de esta mera divulgación de los escritos del gran argentino.

En la advertencia de los editores nos enteramos del propósito de publicar otros volúmenes dedicados a otros grandes iniciadores de la Argentina—Funes, Alberdi, Mitre, Avellaneda, Vicente Fidel López, Mariano Moreno, Rivadavia, Echeverría, Juan María Gutiérrez, Estrada, Alsina, Tejedor—, así como los hispanoamericanos Bolívar, Miranda, Sucre, Santander, Martí, Montalvo, Rodó, Bello, Vicuña Mackenna, Barros Arana, Ayarragaray y Rivarola, y a los norteamericanos Washington, Jefferson y Payne.

El libro de que hablamos y el plan de que es avanzada merecen el mejor aplauso. —ANDRÉS IDUARTE, *Barnard College*.

209. *Vida y pensamiento de Martí. Homenaje de la ciudad de La Habana en el cincuentenario de la fundación del Partido Revolucionario Cubano. 1892-1942. La Habana, Municipio de La Habana, 1942, 2 vols. (Colección Histórica Cubana y Americana, 4.) [Año 11, No. 1/2, Enero – Abril, 1945, (p. 89). Texto firmado por: Andrés Iduarte]*³

Reúnen estos volúmenes las conferencias dadas en el ciclo de conferencias martistas desde el 29 de enero al 16 de julio de 1941, y que tratan de abordar todas las facetas de la personalidad del apóstol, del político, del escritor, del héroe. Colaboran los más autorizados martianos y las más brillantes figuras de la vida intelectual cubana. No pudiendo citarlos aquí a todos, nos reducimos a señalar trabajos tan importantes como el de Francisco Ichaso sobre «Martí y el teatro», el de Ángel Augier sobre «Martí, poeta, y su influencia innovadora en la poesía de América», los de Roig de Leuchsenring sobre «Martí y las religiones» y «La República de Martí», el de Félix Lizaso sobre «Martí crítico de arte», el de Miguel Jorrín «Martí y la filosofía», y el excelente de Juan Marinello «Sobre Martí escritor. La españolidad literaria de José Martí». Otros temas biográficos, políticos, literarios y filosóficos tratados por M. Isidro Méndez, Enrique Gay-Calbó, Julio y Eduardo Le Riverend Brusone, Salvador Massip, José Antonio Portuondo, Manuel Bisbé, Raquel Catalá, Gonzalo de Quesada y Miranda, Gerardo Castellanos García, Felipe de Pazos y Roque, Medardo Vitier, Salvador García Agüero y don Fernando Ortiz, hacen de estos dos gruesos volúmenes una obra esencial para el conocimiento de Martí. Sin temor

³ [Nota del editor]. Esta reseña también apareció en la *Revista Cubana*, XXI, 1946, p. 193.

de exagerar puede afirmarse que ninguno de los homenajes impresos rendidos antes a Martí tienen el valor de esta publicación. Junto con el *Archivo de José Martí*, que se publica al cuidado de Félix Lizaso, *Vida y pensamiento de Martí* enriquece y dignifica la bibliografía martiana, tan urgida de investigación y crítica que destierren el simple discurso y el vulgar artículo de ocasión. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

210. Emeterio S. Santovenia. *Martí legislador*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1943, 162 págs., \$3.50 m/n. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 89). Texto firmado por: A. I.]⁴

Entre las obras de divulgación del pensamiento martiano este breve y bien presentado volumen es una de las más útiles. En centenar y medio de concisas páginas resume el señor Santovenia las ideas de Martí como legislador. No lo fué de hecho porque la muerte prematura cortó su luminosa marcha hacia el gobierno de su Isla; pero sí en potencia. Sólo una persona como el ex-Ministro de Estado de Cuba, tan versado en Martí, tan conocedor de su obra en total y en esencia, podía darnos el criterio del apóstol sobre las condiciones de la ley y del legislador, sobre las leyes naturales, internacionales, civiles, políticas, sociales y económicas. El señor Santovenia, sin clasificaciones forzadas, logra felizmente su propósito. — A. I.

211. Félix Lizaso. *Martí y la utopía de América*. La Habana, Úcar, García y Cía., 1942, 48 págs. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 89). Texto firmado por: A. I.]⁵

Lizaso continúa con este librito el concienzudo análisis y la devota exégesis que desde hace años viene haciendo sobre el gran cubano. Pretender resumir aquí esta obrita, minúscula por el tamaño, sería estrellarnos: haríamos una mala síntesis de una magnífica. Sólo queremos apuntar que el tema *América*, hoy tan comentado y a veces manoseado, aparece enfocado por Lizaso con toda la luz que Martí prodigó en sus páginas. Lo que se llamó utopía de Martí—nos viene a demostrar Li-

⁴ [Nota del editor]. Esta reseña también apareció en la *Revista Cubana*, XXI, 1946, p. 193.

⁵ [Nota del editor]. Esta reseña también apareció en la *Revista Cubana*, XXI, 1946, p. 194.

zaso—no era sino previsión, genial previsión. Su realidad idealismo o su idealismo asentado en la realidad, su continentalidad total tan excepcional en su tiempo, su América patria de la justicia y equilibradora de la del mundo, son subrayadas por Lizaso como el anticipo general cuyo valor crece y crecerá con el tiempo. —A. I.

212. Manuel Piedra Martel. *Mis primeros treinta años. Memorias.* Segunda edición. La Habana, Editorial Minerva, 1944, 510 págs. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (pp. 89-90). Texto firmado por: A. I.]

El General Manuel Piedra Martel, antiguo coronel de las tropas que hicieron la independencia de Cuba y ayudante de campo del héroe Antonio Maceo, publica esta segunda edición de sus valiosas memorias. Que lo es nos lo dice ya el justo prólogo de don Emeterio Santovenia, y los juicios de distinguidos cubanos dedicados a la primera edición. No se podrá en lo sucesivo—dice Santovenia—escribir la historia de Cuba sin este libro. El curso minucioso de la guerra, la sucesión de las campañas, el machete épico de Maceo, la sagacidad del *Chino Viejo*, la seducción de la palabra y la voz de Martí, la dolorosa página de su caída en Dos Ríos, están escritas en una prosa clara y sencilla, a menudo gustosa y rica, poco común en libros de militares y de guerreros. —A. I.

213. Casto Fulgencio López. *Relación muy breve y elogiosa de la vida y la obra de Garcilaso Inca de la Vega.* Caracas, Artes Gráficas, 1943, 88 págs. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 90). Texto firmado por: A. I.]

En limpia edición—que copia en su portada el retrato del Inca por González Gamarra, y que reproduce la de la primera edición de los *Comentarios Reales* así como el escudo de Garcilaso—nos presenta el autor sus reverentes “comentos y glosas” alrededor de la vida y las obras del ilustre cronista. —A. I.

214. Norberto Pinilla. *La polémica del romanticismo en 1842.* Buenos Aires, Editorial Americalee, 1943, 146 págs., \$2.50 m. n. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (pp. 90-91). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Dice el autor: “El presente libro es una compilación. Constituye parte del material que he manejado para componer mi ensayo *La generación*

chilena de 1842, obra que ha publicado la Universidad de Chile”, y luego: “Los títulos de los libros no siempre son buenos. Es el caso del presente. El más adecuado para éste sería: *Artículos de la polémica del romanticismo en Chile de 1842*. Pero resulta demasiado largo; de ahí que sea impracticable.” Nos informa después de la odisea que ha sido para él la recolección de piezas perdidas en la prensa periódica de aquella época, de difícil y casi imposible adquisición. “El valor de este libro es, sin duda, el de presentar en un volumen de fácil manejo materiales que se hallan dispersos... El presente libro tiene por objeto servir los desinteresados intereses de la cultura literaria chilena y sudamericana.”

Los sirve, sin duda. Muy útil información encontrará el estudioso al leer los artículos de Vicente F. López, Salvador Sanfuentes, Domingo Faustino Sarmiento, algunas páginas de Jotabeche y otras anónimas sobre el romanticismo. En la trascendental polémica el lector quedará impresionado, sobre todo, por la sabiduría de López y, como siempre, por la pujanza de la prosa de Sarmiento. Añadamos que la historia literaria de Hispanoamérica resultaría muy enriquecida si en cada uno de nuestros países una mano sabia como la del señor Pinilla recopilase y publicase su particular discusión sobre el romanticismo. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

215. Cecilia Hz. de Mendoza. *El estilo literario de Bolívar*. Bogotá, Editorial Cromos, s. f., 160 págs. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 91). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Recomienda y critica esta obra, en un “A manera de prólogo”, Don Pedro Urbano González de la Calle, insistiendo en el esfuerzo de la autora. Por tal devoción, visible en todas las páginas del libro, y por la importancia y promesa de tema tan descuidado—el estudio de Bolívar como escritor—, la empresa de la señora Cecilia Hz. (Hernández, digamos evitando la fea e inútil abreviatura) de Mendoza, merece el mejor aplauso.

Divide su libro, aparte del proemio, en los siguientes capítulos: “Caracteres generales del estilo de Bolívar”, “El primer discurso y la última proclama”, “Mi delirio sobre el Chimborazo”, “Adjetivación bolivariana”, “Verbos”, y “La cláusula bolivariana”. El empeño en desentrañar las características de Bolívar se topa a menudo con la confusión

de tomar lo que es de la época por cosa propia del autor, pero a menudo cuaja en sagaces hallazgos.

Frecuentemente la autora deja, sin quererlo, su búsqueda de minucias gramaticales, arrebatada por la imponente fuerza del pensamiento y la vida misma de Bolívar; pero esto no es defecto, sino involuntario acierto que libra este libro de la condición de simple investigación muerta. Muchos son los deseos de detenernos en algunos puntos concretos, para encarecer el tino de la señora Hernández, o para lamentar exageraciones que pudiéramos llamar profesionales. Baste decir, nada más, que su intentona, lograda en cierta medida, marca una nueva y feliz orientación al estudio de la personalidad proteica del Libertador.

— ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

216. *Anuario de la Academia Colombia*. Tomo VIII. 1940-1941, Bogotá, Escuelas Gráficas Salesianas, 1941, 556 páginas. Tomo IX, 1941-1942, Bogotá, Escuelas Gráficas Salesianas, 1943, 568 páginas. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 93). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Muy útiles, bellas y eruditas páginas contienen los dos últimos tomos del *Anuario*. Es imposible citarlas todas. Basten, a modo de ejemplo, en el tomo VIII, varios trabajos sobre el general Santander de Luis López de Mesa, Laureano García Ortiz, José J. Ortega Torres, S. S. y Félix Restrepo, S. J., la conferencia que en italiano y sobre “algunos aspectos de la literatura hispanoamericana” pronunció Don Antonio Gómez Restrepo en el Instituto Cristóforo Colombo de Roma, en 1930 y “El Paisaje en la poesía de José Asunción Silva y José Eustasio Rivera”, por Carlos García Prada.

El tomo IX contiene otro trabajo de García Prada sobre “El paisaje en la poesía de Guillermo Valencia”; dos discursos sobre Popayán, uno del propio Valencia y otro de Baldomero Sanín Cano; otro de Rafael Maya sobre Santos Chocano; un artículo de Félix Restrepo, S. J., acerca de los “Trabajos inéditos de Rufino José Cuervo”; otro de José Joaquín Ortiz sobre “Ercilla y su poema”.

Hemos señalado aquellos trabajos que nos interesan a nosotros particularmente, por la coincidencia con nuestras aficiones. Los dos vastos volúmenes proporcionarán igual número de páginas a quienes los examinen animados de otros intereses. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

217. Armando de María y Campos. *Andanzas y Picardías de Eusebio Vela, autor y comediante mexicano del siglo XVIII*. México, Compañía de ediciones populares, 1944, 240 páginas. \$5.00 m. n. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 94). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El permanente y largo entusiasmo del autor por el teatro de ayer y de hoy le ha permitido formar este volumen de historia del teatro en México, hilándolo a través de la vida y trabajos del poco conocido comediante mexicano del siglo XVIII. “Antes de Eusebio Vela”, “Andanzas y picardías de Eusebio Vela” y “Después de Eusebio Vela” se titulan las tres “jornadas” del libro. En las primeras páginas nos cuenta el autor desde cuándo —1917— comenzaron sus investigaciones sobre Francesca da Rimini, y explica cómo [mo con] los años pudo organizar la serie de documentos y deducciones que integran su trabajo. La tan abandonada historia del teatro mexicano gana así un buen material de información, muy útil para quien quiera hallar pistas y caminos en la materia. La reproducción de programas de teatro y otros viejos papeles añade interés a esta publicación. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

218. Ricardo Rojas. *Un titán de los Andes*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1939, 192 págs. \$2.50 m. n. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (pp. 94-95). Texto firmado por: André Iduarte]

Recuerda Don Ricardo Rojas en su prólogo las palabras que dijo D’Annunzio sobre Francesca de Rimini, y explica cómo antes de escribir él su *Ollantay* se dedicó como el italiano a minuciosas investigaciones. Una reseña de ellas es su nuevo libro *Un titán de los Andes*, cuyo título “compendia lo esencial de un argumento cuyo símbolo es la rebelión del hombre andino por su libertad”. Realiza la indagación—recojamos sus palabras—“con un nuevo criterio: valor de la leyenda de Ollantay en las versiones orales recogidas por Manuel Palacios y por Charles Wiener en el Cuzco; diferencia que hay entre éstas y el argumento del anónimo quichua escrito en la época colonial; probabilidad de una perdida fuente anterior, desvirtuada por confusas tradiciones.” Sigue luego una indagación desde el nombre de *Ollantay* y su etimología—pasando por fundamentales capítulos—hasta la nueva crítica del texto quichua por su estructura y su contenido humano. Luego muestra “la índole mágica de la mente americana en su etapa prehistórica y el tipo religioso de las instituciones incaicas”, para poder inferir lo que pudo

concebir aquélla sobre el tipo y el caso de Ollantay, y termina el libro con “la nueva fábula, con los personajes restituídos a su atmósfera de origen y con el conflicto encuadrado en su verosimilitud”.

El valioso libro de Don Ricardo nos presenta, pues, el más vasto trabajo de investigación y análisis que se ha hecho sobre el discutido drama quichua, así como las raíces en que nació el drama Ollantay escrito por Don Ricardo, “poema original que obedece a una nueva visión del personaje”. Tenemos aquí un doble interés: el de tema histórico-arqueológico-literario y el de drama del gran escritor argentino contemporáneo; y aun más: el de hallarnos a la vez con el respetado historiador y crítico que bucea en la historia y añade mucho a la vieja polémica, y con el escritor que nos da un informe detallado de sus fuentes y de sus métodos de trabajo.

Es inútil tratar de subrayar la importancia de este volumen: tanto el investigador como el estudiante lo saben bien al conocer su contenido, aquí muy brevemente reseñado. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

219. Isidoro Ruiz Moreno. *El pensamiento internacional de Alberdi*, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1945, 140 págs. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (pp. 96-97). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El autor, Profesor adjunto de Derecho Internacional Público y Secretario del Instituto Argentino de Derecho Internacional, recoge en este breve y enjundioso libro lo más original y esencial del pensamiento internacional del ilustre Alberdi. Ninguna labor más útil y oportuna, y por lo tanto más digna de elogio, que ésta de divulgar lo que Alberti dijo sobre puntos vivos en palabras de permanente valor. Su sabiduría y su honradez puntualizan juicios definitivos, que hoy se repiten sin saber que se sigue la huella de Alberdi sobre el panamericanismo—en el que veía un arma de doble filo, —sobre la doctrina Monroe—la que rechazaba, salvo en caso de que sobre ella se firmase un tratado continental, —sobre la neutralidad—que juzgaba un crimen cuando permitía un choque arbitrario—, sobre desarme y justicia internacional—cuando señalaba la urgencia de una corte con amplios, pero muy bien precisados poderes.

Muy interesante son también las ideas de Alberdi sobre España, insolentes en una primer época, serenas y justas más tarde, que el autor recoge y sintetiza en pocas líneas. Por la importancia de Alberdi y por la seguridad con que realiza su trabajo el autor, este libro merece la más cálida acogida. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

220. Cecilia Hz. de Mendoza. *Miguel Antonio Caro. Diversos aspectos de un humanista colombiano*. Bogotá, Prensas de la Biblioteca Nacional, 1943, 90 páginas. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 97). Texto firmado por: A. I.]

"Tesis de grado para obtener el título de doctora en Filosofía y Letras del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, presentada por Cecilia Hernández Mariño (hoy Cecilia Hz. de Mendoza)," se informa en la primera página. Es un cuidadoso y entusiasta trabajo sobre Caro. Sus "temas preferidos"; "Caro. La ley de su vida"; "Miguel Antonio Caro, poeta"; "El orador"; "Miguel Antonio Caro, filólogo"; "Caro, crítico"; "Caro, humanista" y "Para un humanista latinoamericano" son los capítulos de este útil ensayo sobre el gran humanista. —A. I.

221. Henry Alfred Holmes. *Contemporary Spanish Americans*. New York, F. S. Crofts and Co., 1942, 252 págs., \$1.75. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (p. 105). Texto firmado por: A. I.]

El profesor Holmes selecciona en este libro las más características páginas de diecisiete escritores hispanoamericanos. Los más importantes nos parecen Francisco y Ventura García Calderón, Alfonso Reyes, Rómulo Gallegos, Martín Luis Guzmán y Jorge Mañach. Aparte del interés que en sí ofrece esta antología al estudiante norteamericano—para estudiantes de español ha sido hecha—, la enriquecen las a menudo justas críticas y atinadas notas que el profesor ha hecho respecto a las letras hispanoamericanas y a cada uno de sus autores, así como su cuidadoso vocabulario. —A. I.

222. Waldo Frank. *Viaje por Suramérica*. México, Cuadernos Americanos, 1944, 448 págs., 7 pesos. [Año 11, No. 1/2, Enero - Abril, 1945, (pp. 107-108). Texto firmado por: A. I.]

En una briosa y personal versión del poeta español León Felipe presenta «Cuadernos Americanos» el *South American Journey* del autor de *España Virgen*. El prestigio de Frank y de su traductor, el valor de la emocionada y cordial visión que aquél hace de América y la presentación siempre clara, limpia y elegante de «Cuadernos Americanos» explican el buen éxito obtenido por esta publicación. —A. I.

223. Enrique González Martínez. *El hombre del búho. Misterio de una vocación*. México, Cuadernos Americanos, 1944, 224 págs. \$1.60. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 241). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Como prólogo pone González Martínez su poema «Para un libro». «... Quien lea, no se asombre de hallar en mis poemas la integridad de un hombre, sin nada que no sea profundamente humano». Íntegramente está aquí el poeta, en efecto, y aun en lo más literario late su valor profundamente humano. Ciertamente es que esta excelencia no se refiere exclusivamente a *El hombre del búho*, sino que alcanza a toda su obra.

En una prosa tersa, dentro de la que vibra un espíritu inquieto y múltiple, nos cuenta González Martínez su vida tan rica y llena como recatada y silenciosa. Podemos seguirla así desde su infancia hasta su madurez. Los primeros años de Jalisco, presididos por la imagen fuerte y activa de la madre, por la sencilla y tierna del padre, nos enseñan ya las dos raíces integrantes—curiosidad intelectual, contemplación callada—de la personalidad del poeta. La vida estudiantil nos muestra la gracia aguda, tan mexicana que no falta a su espíritu, y las sólidas bases literarias y científicas del escritor y del médico. También el descubrimiento de la carne, cuyo reclamo no está ausente del hombre completo, pero que nunca avasalla a quien tiene fina rienda y un permanente fondo de pureza. También la escuela de medicina viene a añadir realidad científica a la cabeza soñadora del joven. Cada paso enriquece, nunca mutila ni desbarranca. El ejercicio de la profesión lo pone en contacto con la lucha por el pan y con el dolor humano. Su viaje en diligencia hacia Sinaloa, nos presenta su entendimiento del campo mexicano fuerte y dramático, tras el sentido provinciano y colonial de la Guadalajara materna. También la tentación pecadora, el juego, aparece en quien no podía ignorar ninguno de los rincones humanos.

Entra el cirujano en la carne, y el médico de pueblo en las angustias humildes y en las soledades de la tierra, que recorre bajo soles y lunas, acompañado de los pasos de su caballo. Y a los amores vagos de la adolescencia, sigue en la casi aldea sinaloense el amor completo—amor modelo—por la esposa. Allí se consolida la vocación literaria.

Libros, amistades literarias, poemas en periódicos literarios, influencias... El estudioso de la poesía hispanoamericana hallará aquí el caso excepcional de un poeta que no oculta las fuentes, sino que dice la verdad íntegra, no tiene por qué ocultarla, pues siempre, como hueso fino y macizo, está su humanidad auténtica. Allí hallará el curioso cómo este «hombre del búho», sin escuderías ni cosméticos, trae su buena voz, su cierta voz, a la literatura. Ni siquiera esconde el autor los contactos secundarios

e incidentales de su vida de aspirante a burócrata en la ciudad de México: sigue sabiendo que cuando la sinceridad preside, la esencia es inalterable.

También en lo político, el hombre—que conoce la inercia y quizá el error por omisión, pero nunca el dolo ni el crimen—nos deja su declaración tersa y vibrante como una llama.

Pocas vidas tan bien vividas y tan bien dichas, de hombre y de poeta. El investigador literario, el hombre de sensibilidad y el hombre a secas hallarán en este extraordinario libro, al mismo tiempo, enseñanza, ejemplo y estético y humanísimo deleite. Es la vida—no falta el drama de la partida de los seres más queridos, ni el ímpetu domeñado del amor— en toda su plenitud, manejada y pulsada con serena destreza. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

224. Arturo Rivas Sainz. *Signo. Ensueño. Etcaetera. Disección y autopsia del poema*. Guadalajara, Editorial Gráfica, 1941, 122 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 244). Texto firmado por: A. I.]

No es fácil, sino difícil y casi imposible reducir a reseña estas nutridas páginas, en que lo dicho es síntesis de muchísimas ideas, y en que tras de lo dicho se asoma un mundo abundante de sugerencias. Renunciamos a la atrevida tarea. Digamos no más que nos encontramos ante un poeta que analiza, un hombre de sueños que los agrupa, jerarquiza y explica sin desvanecerlos ni matarlos. Esta mezcla difícil de lograr e imposible de definir en esta breve nota, produce magníficos aciertos críticos cuando el autor habla de

«poesía de significar... de ensoñar... de pintar... de reducir y... de intentar». — A. I.

225. Ricardo Palma. *Flor de tradiciones*. Introducción, selección y notas de George W. Umphrey y Carlos García Prada. México, Editorial Cultura, 1943, 276 págs. (Clásicos de América. Ediciones del Instituto Internacional de Literatura Ibero Americana). — José Joaquín Fernández de Lizardi. *Don Catrín de la Fachenda y fragmentos de otras obras*. Introducción, selección y notas de Jefferson Rea Spell. México, Editorial Cultura, 1944, 294 págs. (Clásicos de América, Ediciones del Instituto Iberoamericano de Literatura). [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 247). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En la misma forma clara y limpia que sus tres libros anteriores (González Prada, *Antología poética*; José Asunción Silva, *Prosas y versos*, y Hora-

cio Quiroga, *Sus mejores cuentos*, el Instituto de Literatura Iberoamericana presenta esta dos nuevas obras. No es necesario insistir en cuanto valen su mantenido esfuerzo y sus cinco firmes aciertos.

A la facilidad de poder leer en impresión moderna y cuidada estas obras ya clásicas se agrega la utilidad de los prólogos y notas de Umphrey, García Prada y Spell. Sus breves bibliografías completan el mérito de estas ediciones. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

226. Alfredo Pareja Díez-Canseco. *La hoguera bárbara*. (Vida de Eloy Alfaro.) México, Compañía General Editora, 1944, 316 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 247). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La vida del Ecuador y la vida de Alfaro—dice Pareja en su prólogo—no hacen más que una sola gran novela. El joven autor de *Don Balón de Baba* y de *Hombres sin tiempo* entra con su técnica novelística en el enredo dramático de una vida larga y fecunda, y desenredándolo nos presenta un cuadro completo del Ecuador de los últimos cincuenta años. No es sólo la historia a través de una pluma novelista. El manejo de los sucesos y de los hilos psicológicos no daña sino depura la objetividad. En algunos casos, en muy pocos, puede sobrar; pero nunca decolora, ni disfraza, ni oculta. La gran vida de Alfaro tiene además un sentido de afirmación política democrática, que es muy oportuna para el continente, y que suena muy bien en una boca joven. El temple de Alfaro, acerado aún más para la historia por la hoguera bárbara, es una lección y un ejemplo. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

227. Jorge Icaza. *Media vida deslumbrados*. Quito, Editorial Quito, 1942, 238 páginas. \$10.00 m/n. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 248-249). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El autor de *Huasipungo*, *En las calles* y *Cholos* agrega a su trilogía esta cuarta novela. La canturria gustosa del indio y del cholo, la palabra bronca del capataz, el habla almibarada de la señora de Quito, el discurso ampuloso del Ministro vano y prevaricador están recogidos fiel y oportunamente por el oído fino de Icaza. Este sentido del lenguaje, en lo que hace a léxico y aun a ritmo es algo de lo que más se destaca en sus novelas, y una de sus más positivas características, hasta ahora ignoradas o descuidadas por la crítica. Y quien dice lengua dice espí-

ritu, carácter, psicología: así el lector hallará en breves y firmes trazos a la madre, Julia, sacrificada en sangre y vida a la vanidad de hacer del hijo cholo un blanco y un doctor; al padre, borracho típico de pueblo mestizo, caído bajo la dinamita de la empresa extranjera; a Don Clavijo, el político feudal y venal; y sobre todo a Matilde, la guinachishca que da su amor al cholo soberbio y sólo es amada cuando muere; y aun más al personaje central de la obra, Serafín. Su tragedia—la de ser cholo y no querer serlo—tiene mucho de odioso y casi de repugnante, pero alcanza un tono dramático cuando se ve como origen de ella el dolor silencioso de la madre, y cuando alcanza como remate a los hijos de Serafín. Que éste se tiña el pelo de rubio para hacerse pasar por blanco en Quito es doloroso, pero cómico sobre todo; que la Julia quiera lavar al hijo de la condena social, y que Serafín tiemble cuando ve nacer prieto como él al primer hijo, o ennegrecerse cada día al segundo que le nació blanco, nos da en toda su tragedia la de una clase social preterida y angustiada.

La acción transcurre a veces paso a paso, a veces de prisa, aparentemente con descuido del autor, en realidad perfectamente gobernada. No falta el momento vital, en que tierras y hombres se sacuden con la creciente, y los explosivos del extranjero derrotan a la virgen; ni la fuerza brutal de la naturaleza, y la resignada, paciente, pertinaz, de la gente aborígen.

Icaza nos ha dado otra novela, en su español del Ecuador, que no es solamente social, sino humana. De ahí, y del conocimiento escondido de una técnica muy suya, brota el valor permanente del novelista Jorge Icaza. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

228. Enrique Anderson Imbert. *Las pruebas del caos*. Buenos Aires, Editorial Yerba Buena, 1946, 186 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 255-256). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El título de este libro de cuentos, novelas cortas, relatos y diálogos está muy bien. Aquí está el caos, pero un caos probado y comprobado por la fuerza lírica y la segura prosa del autor. Desde «El leve Pedro», cuyo cuerpo niega inesperadamente la gravedad y con sorpresa de su dueño se va al cielo, hasta «El suicida» que no puede matarse porque sus cuchilladas y sus venenos matan a otros y no operan en su organismo, en todas estas páginas hay un guiño humorístico y un desenfreno fantástico de mucho valor. La locura elaborada tiene siempre, a toda hora,

un encanto poético y una vela de la razón, como trasfondo. Todo esto basta para decir que estamos ante un escritor de muy vivos y variados matices, de brillantísimo porvenir y ya muy firme presente. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

229. Emilio Oribe. *El pensamiento vivo de Rodó*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1944, 226 págs. \$3.00 m.n. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 258). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La Biblioteca del Pensamiento Vivo nos ofrece esta selección de Rodó; hecha por la docta mano de Emilio Oribe. La dificultad de reunir en un breve volumen el pensamiento del gran uruguayo, no sólo sin mutilarlo sino haciendo de la breve antología una guía, tan útil para el desconocedor de Rodó como para cualquiera de sus viejos admiradores, ha sido vencida por su compatriota.

El prólogo de veintisiete páginas que Oribe pone a la obra, es, sin duda alguna, uno de los mejores estudios escritos sobre Rodó. Hecho por un estudioso de la filosofía, fija el pensamiento del autor de *Ariel*, lo sitúa en la corriente de las ideas filosóficas, y le da, sin exageración patriótica ni complejo de inferioridad ante lo europeo, esto es, con objetividad y conocimiento, su verdadero valor. En este aspecto no recordamos nada más preciso, exacto y justo sobre Rodó. Y visto por un americano pendiente de su América, Rodó ocupa también el lugar que le corresponde en el Continente. Mucho quisiéramos citar de este medido y meditado ensayo, pero nos referimos sólo a un párrafo en que por comparación, sin ser la comparación odiosa en lo absoluto, Oribe da y quita cuanto debe: «Las mismas referencias históricas y sociales se borrarán. En eso, Rodó se diferenciará de Sarmiento, Montalvo y Martí; y se colocará más rápidamente y con mayor firmeza que ellos, en la corriente universal de los grandes pensadores. Sobresaliendo su obra sobre la turbia contingencia de su siglo y de sus comarcas, será no obstante el mejor puerto de partida para la posibilidad del pensamiento puro que en los siglos habrá de constituir la expresión de la América Latina.»

No van nuestras aficiones por los caminos de Oribe, y quizá por eso mismo apreciamos mejor el relieve de su juicio. Lo curioso es que a pesar de diferentes simpatías no sólo lo apreciamos, sino que casi en total lo compartimos. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

230. Juan de la Cabada. *Incidentes melódicos del mundo irracional*. (40 grabados originales de Leopoldo Méndez.) México, Editorial «La Estampa Mexicana», 1944, 60 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 259-260). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Con su buen español y su rara gracia mexicana Juan de la Cabada nos cuenta una fábula recogida en sus peregrinaciones por tierra mayas. Se oye el relato, se ve el gesto de este extraordinario escritor que escribe exactamente como habla, y que habla con facundia y color. Quien conozca al autor, lo encontrará con toda su personalidad —llana y sencilla, y a la vez extraña y pintoresca— en estas páginas. Nadie ha contado mejor las aventuras de esta ardilla y este caracol yucatecos. Si *Paseo de mentiras*, libro anterior, es la prueba del buen cuentista, éste queda como perenne testimonio de un fabulista poco común.

El libro tiene además valor folklórico. De la Cabada ha recogido las versiones mayas y los motivos musicales.

En sí tienen valor estos *Incidentes melódicos*; pero a ellos se añaden el excepcional valor tipográfico de los grabados de Leopoldo Méndez, que hacen de esta edición un pequeño monumento del arte y las prensas mexicanas. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

231. Luis Cardoza y Aragón. *Apolo y Coatlicue. Ensayos mexicanos de espina y flor*. México, Ediciones de «La serpiente emplumada», 1944, 206 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 261-262). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En el título y el subtítulo comienza el acierto de Cardoza. Él es un resumen de lo grecolatino y lo americano. El guatemalteco que habla y escribe tan bien su español, que recogió la nítida luz mediterránea y la aparente luz velada de «la señora primavera» parisiense y volvió a beber en el misterio de México y Guatemala, recoge en estos ensayos los sumandos de la suma clara y precisa que es su personalidad. Espina y flor están también en sus tierras y en su ánima de guirnalda y sangre. El sueño subterráneo y la vigilia alerta de este joven que es poesía e inteligencia, adivinación y razón, saltan juntos en todas las páginas de todos los ensayos que ha escrito en diferentes épocas y ahora colecciona en este libro. La pura tradición indígena en español tan diestro como personal que es el libro de Andrés Henestrosa—*Los hombres que dispersó la danza*—, el surrealismo no de escuela sino de

siempre con que interpreta la poesía francesa y la mexicana y la española, su comunión mágica con su amigo García Lorca en la hora de su muerte, el entendimiento racional e irracional de espíritu tan pariente del de Cardoza como es el del español Juan Larrea—en su inquietante y seductora *Rendición de espíritu*—, dan valor crítico a estos comentarios. El trasfondo guatemalteco-mexicano, hispano francoindio de Cardoza—de base indígena, más que nada—, triunfa sobre todo en sus páginas sobre las cosas del águila y la serpiente; sobre los mercados en México; sobre Bernal Díaz del Castillo; sobre pintura y escultura mexicanas; sobre campos y ciudades de México. La finura, la ironía, la embriaguez dionisiaca de su «elogio de la embriaguez» son expresión lograda de ese misterio que México sigue siendo para Cardoza—así lo declara en su prefacio—, y al cual por entero pertenece este guatemalteco tan mexicano y tan de su Guatemala. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

232. Rafael Arévalo Martínez. *Nietzsche el conquistador (La doctrina que engendró la segunda guerra mundial)*. Guatemala, Tipografía Sánchez y de Guise, 1943, 170 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 263-264). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Dedica estas páginas el ilustre novelista guatemalteco a demostrar que la doctrina de Nietzsche es el punto de sustentación del nazismo. «La doctrina que engendró la segunda guerra mundial», la llama. Después de estudiar la ideología del pueblo alemán y de comparar los textos de Hitler y el nacionalsocialismo con los de Nietzsche, y de apuntar otras influencias—Maquiavelo, Bergson, Spengler, Gobineau—sigue al Führer a través de su acción y de su vida, y concluye que no todo es malo en su doctrina, pero sí la mayor parte de ella, y—sobre todo—que no puede integrar la armonía: su doctrina, como la de Nietzsche, es «una mitad de la vida, el reverso oscuro, que es como la noche». Le falta «la otra mitad, la mitad de Cristo, el cristianismo, la piedad». Escrito este libro en 1943, es valiente por lo que concede a Hitler, y por lo que le niega: «Como poseedores de una cultura cristiana estigmatizamos a Hitler y estamos seguros de su derrota.» Esta fase resume su posición de rechace, que a veces—por deseo de severidad y objetividad, nunca por torva condescendencia—, puede parecer al lector menos tajante de lo que debe ser.

Pocos libros, sin duda, se han escrito sobre el nazismo, en plena guerra, con más pensamiento, con menos propósito de tocaren estos temas políticos. Se explica: no es frecuente, por desdicha, ver al novelista brillante poner su talento en la polémica diaria, bárbara y sucia. Sin compartir numerosos puntos de vista del autor, creemos este vivaz libro una excepción en su género. Tipo de lectura ayer —en pleno poderío nazi— y aun ahora en que, desgraciadamente, sobrevive su sombra, su sanguinaria y astuta demagogia. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

233. Eduardo Villaseñor. *De la curiosidad y otros papeles*. México, Letras de México, 1945, 140 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 264). Texto firmado por: A. I.]

De varias épocas y sobre muy diversos temas son los «papeles» que aquí ofrece Villaseñor: cuatro ensayos literarios— «De la curiosidad», «Apología del dilettante», «El culto del éxito» y «Las dos culturas»— escritos con gracia y agudeza, en los que sobresalen muy buenas observaciones sobre la crisis o tránsito de la cultura mexicana; dos trabajos de teatro, realistas, bien dibujados, dos críticas literarias— sobre páginas de Genaro Estrada y de Ricardo Güiraldes—, y cuatro finos relatos evocadores. Escritos ayer y hoy tenemos en este librito muy buenos trazos de la pluma emotiva, juguetona, escéptica y un poco desilusa del escritor Villaseñor, hoy conocido en México— sobre todo— como alto funcionario público. — A. I.

234. Erly Danieri. *Esta tierra de América. Siete ensayos americanos*. Buenos Aires, Instituto de Cultura Latinoamericana, 1943, 112 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 269). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Explora el autor en varios capítulos la realidad americana, y de ella pasa— «circunscribiendo», aclara— a la exploración de la Argentina. Sus conclusiones principales son: América tiene su realidad en la tierra, fuerte e impetuosa en toda su extensión; en el caos y la desintegración del mundo actual, ella surge viva y nueva, como los líquenes; y su hora ha llegado, o debe llegar... Nuestro resumen es demasiado breve y no puede ser completo ni de exactos perfiles. En el desarrollo claro y fácil de estos puntos, el señor Danieri presenta páginas sugestivas,

como las que dedica a la comparación entre la América hispánica y la anglosajona; brillantes, como las que se refieren a *Don Segundo Sombra*, *Doña Bárbara* y *La Vorágine*; valientes y orientadoras, como las consagradas a la realidad gaucha y porteña de su Argentina. Quedan aquí sin señalar otras muchas que añaden interés a este libro. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

235. José Luis Sánchez Trincado. *Stendhal y otras figuras*. Buenos Aires, Imprenta López, 1943, 128 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 270). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La rica curiosidad y versatilidad del autor queda patente con este volumen en que recoge sus artículos y breves ensayos sobre muy diversas figuras: Stendhal, Valera, Lugones, Rodó, Baroja, Stefan Zweig, Rómulo Gallegos, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala... Facilidad y gracia periodística los presiden, sin que falte en varios de ellos buena y fresca información. Sus páginas sobre Ortega— quien ha tenido «satélites», en tanto que Unamuno tuvo discípulos, según precisa Sánchez Trincado— y las que en el mismo trabajo dedica a la impersonalidad voluntaria y al leve humorismo que debe buscar todo profesor en su cátedra, pueden ser recordadas como las más características del autor y del ameno volumen que aquí cerramos. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

236. Juan Marinello. *Actualidad americana de José Martí*. La Habana, Arrow Press Inc., 1945, 30 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 270-271). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En este trabajo, discurso-ensayo como otros del autor —lo pronunció el 28 de enero ante el Senado cubano— se nos presenta un juicio enjundioso del gran americano. Precisamente por la necesidad formal de ser breve, es más visible el amplio conocimiento y el original análisis de Marinello. El estudio que aquí hace sobre la fecundidad, la política y la poética, el genio político y el americanismo de Martí, no es inferior a otras páginas extraordinariamente brillantes y novedosas del autor alrededor del mismo tema. Y con la añadidura de que, por la misma índole pública del discurso, logra Marinello poner a Martí, vivo y señero, en nuestra hora y en nuestra América. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

237. *Vidas mexicanas*. México, Ediciones Xóchitl, 1945. 18. F. Ibarra de Anda. *Carlota. La Emperatriz que gobernó*. 19. José de J. Núñez y Domínguez. *Don Antonio de Benavides. El incógnito «Tapado»*. 20. J. M. Miquel i Vergés. *Mina. El español frente a España*. 21. C. A. Echánove Trujillo. *Leona Vicario. La mujer fuerte de la Independencia*. 23. José Rojas Garcidueñas. *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Erudito barroco*. 24. Gral. Francisco L. Urquiza. *Morelos. Genio militar de la Independencia*. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 271-272). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La editorial Xóchitl sigue enriqueciendo su colección de «Vidas Mexicanas». Con el último volumen citado—la biografía de Morelos—alcanza ya el número veinticuatro.

Además, los seis volúmenes aquí mencionados mantienen dignamente el propósito de divulgación histórica de los editores. Ibarra de Anda acierta a trazar en su libro un buen esquema de la vida de Carlota y de su efímero Imperio mexicano, proporcionando al público lector traducciones y extractos valiosos de las obras clásicas sobre la terrible aventura de la real pareja. Quien lea el librito sacará, sin duda, una idea del carácter de los dos personajes, y podrá seguir paso a paso la maraña de intrigas y pasiones íntimas que los condujo al cadalso y a la locura. La pluma amena de Núñez y Domínguez revuelve viejos papeles y nos da un esbozo de «tradición» mexicana, apoyándose, como el género lo requiere, en interesantes documentos. Intencionalmente difumina a algún personaje virreinal, dando así interés a su narración y apartando con hábil mano el terreno de las simples conjeturas. La estampa colonial ha quedado bien lograda: la extraña impostura de Benavides, corte, estrado literario, amor secreto, lances de capa y espada y, al final, la horca justiciera. El escritor catalán Miquel i Vergés utiliza muy sesudamente nuevos documentos publicados sobre la expedición de Mina—entre otros los *Escritos inéditos* de Fray Servando, editados por El Colegio de México—más los que ha consultado en los archivos mexicanos, consiguiendo añadir útiles datos e interpretaciones a la valiente empresa del héroe navarro. La varonil figura, de la que ya había hecho un trazo brillante el gran escritor mexicano Martín Luis Guzmán, no cautiva menos en estas páginas en que leemos su retracción final. Con honradez la incluye el biógrafo amante de su héroe, y con inteligencia la interpreta y la reduce a sus justos alcances. El idilio amoroso-patriótico que ligó las vidas de un yucateco de primera fila

en la historia y las letras de su tiempo—Don Andrés Quintana Roo— y de la enérgica y andariega Doña Leona Vicario, ocupa al escritor Echánove Trujillo. Sin esfuerzo, porque novelesca fué la realidad, el autor nos hace una novela apasionante en sus primeras páginas—el tío Don Pomposo, reaccionario; el pasante progresista, Don Andrés; la sobrina voluntariosa, Doña Leona—, que inicia su declive con la forzosa sumisión de los héroes vencidos por el virreinato, para resurgir después— ya aureolados de prestigio y gloria patrióticos— en las peleas con el conservador e ilustre Don Lucas Alamán. La sabrosa carta que le dirige Doña Leona defendiéndose del cargo de que sus audacias juveniles obedecieron a simple amor y no a patriotismo, confirman el «genio y figura hasta la sepultura» y rescatan para la brava y fuerte mujer el sitio que los mexicanos le tenemos consagrado. De buen estudioso es la biografía que hace Don José Rojas Garcidueñas de Don Carlos de Sigüenza y Góngora, como correspondía al «erudito barroco». No sólo aprende el lector los detalles de la vida fecunda del sabio, sino que encuentra información y juicios literarios que están por encima de los trillados por una crítica que ha descuidado siempre nuestro siglo XVIII. Queda así enlazada esta interesante obrita con la publicación del *Triunfo Parténico* de Sigüenza, debida también a la editorial Xóchitl.

La vida pura y la trascendental carrera militar y política de Don José María Morelos tienen buen intérprete en el Gral. Francisco L. Urquiza, militar de limpia historia en el movimiento revolucionario mexicano, amante del estudio del pasado de México y hombre de juicio firme y sereno. Conocedor de las tierras en que Morelos llevó a cabo su hazaña guerrillera, muy dentro de la tradición liberal de que Morelos es uno de los más vitales puntos de partida, el General Urquiza divulga útiles documentos y sigue al ilustre personaje— valentía, serenidad, astucia, capacidad organizadora, emoción popular y doctrina política clara y maciza—con atenta mirada y prosa sencilla. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

238. Félix Lizaso. *Martí, místico del deber*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1942, 330 págs. \$4.50 m.n. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 272). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La biografía presente es la culminación y síntesis, a la vez, de toda una vida de estudio consagrada a Martí. Es, sin duda, la más rica en datos, y también sin duda, la más clara y ordenada. Todo lo que Lizaso ha

investigado y descubierto se encontrará en este libro, así como cuanto otros han aportado. Para el estudiante y el conocedor de Martí esta es biografía indispensable, como lo son la de bellísima forma que escribió Jorge Mañach y la muy meditada de Isidro Méndez. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

239. M. Isidro Méndez. *Martí. Estudio critico-biográfico*. La Habana, P. Fernández y Cía., Impresores, 1941, 312 páginas. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 272). Texto firmado por: Andrés Iduarte.]

La larga devoción de Méndez por Martí ha logrado dar su mejor medida en este magnífico libro. A la biografía meditada y emocionada que ocupa veintitrés capítulos de la obra, el veinticuatro añade estampas muy bien logradas de las personas más cercanas a Martí. Dos capítulos más sobre las «Ideas» y la «Literatura» del gran cubano, aumentan la condición de indispensable que este libro tiene para el estudioso de Martí. Con las biografías de Mañach y de Lizaso este libro de Méndez integra el ABC de quien quiera tener una idea cabal de Martí. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

240. Vicente Sáenz. *Opiniones y comentarios de 1943*. México, Ediciones Liberación, 1944. 272 págs. \$5.00 m. mexicana. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 274). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Recoge este libro los artículos de Vicente Sáenz sobre política internacional y continental publicados en la prensa de México y otros países en 1943. Los preside su noble pasión por la justicia, su adhesión por una auténtica democracia, su comprobado antifascismo y antifranquismo y una justificada desconfianza por los caminos que lleva el mundo. Una voz limpia como la de Sáenz, valiente para decir su verdad, hace de este volumen un jugoso mensaje para todas las gentes honradas. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

241. *El pensamiento vivo de Mariano Moreno*, presentado por Ricardo Levene. Buenos Aires, Editorial Losada, S. A., 1942, 238 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 274). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

De magnífico puede calificarse el prólogo del Dr. Ricardo Levene. Su largo conocimiento del tema le ha permitido hacer un trazo ágil de

Mariano Moreno y un conciso y brillante análisis de su obra. Es, quizá, uno de los trabajos del doctor Levene que el lector no argentino puede encontrar más fácil y más accesible como entrada al entendimiento de la historia argentina. En cuanto a la selección de trabajos de Mariano Moreno, limitada a los de 1810, consigue su propósito de dar en pocas páginas la esencia del pensamiento juvenil y fundador del prócer argentino. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

242. Vicente Sáenz. *Centro América en pie*. México, Ediciones Liberación, 1944, 248 págs. En México, 8 pesos, en el exterior, Dls. 2.00. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 275). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

«Contra la tiranía. Contra el crimen y la barbarie. Contra el imperialismo en cualquiera de sus formas», es el lema y el espíritu de esta nueva colección de los trabajos de Sáenz sobre su Centro América. Requiriendo la libertad sin coyunda extranjera, la unión frente al dictado ajeno—«todos a una, como en Fuente Ovejuna»—Sáenz da forma de libro a la ardiente lucha por una Centro América digna de Morazán y llamada a mejores destinos, de la cual es él uno de los más caracterizados y honestos capitanes. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

243. Juan Antonio Correjer. *El Buen borincano*. Nueva York, Biblioteca Bohique, 1945, 94 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 275). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Casi todo el material de este libro—nos dice el autor—«fué trabajado periodísticamente, entre edición y edición de *Pueblos Hispanos*, el batallante periódico que dirigí, durante veinte meses de sin igual drama mundial, en esta Nueva York de mis destierros. Aparecieron en la colección Viñetas, sección histórico-literaria que mantuve con el galdosiano seudónimo de Gabriel Aracelis». El material es vario: estampas de la vida y de la tierra de Puerto Rico, y de los puertorriqueños en Nueva York, entre los que se destaca «La tierra de Borinquen», evocación sentida y fuerte; y figuras de la historia independentista de Puerto Rico: el pintor Campeche, Betances, Ruiz Belvis, y otros. También aparece aquí la de Antonio Valero de Bernabé, puertorriqueño héroe de las jornadas contra Napoleón, y luego soldado de Bolívar. Todo el libro es un canto a Puerto Rico—como lo es la vida del au-

tor—hecho por una sensibilidad tierna y valiente. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

244. Luis Sánchez Pontón. *México y la postguerra. 4 conferencias. México, 1945, 110 págs.* [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 275). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Reúne el autor en este volumen cuatro conferencias sustentadas por él en diferentes sitios y fechas, pero unidas todas por su especialidad jurídica—ha sido catedrático de Derecho Constitucional y ha ocupado muy altos cargos en el Gobierno y la diplomacia de México—, y todavía más por su honroso y progresista criterio de siempre. «Causas de la guerra y orientaciones de la paz», «La constitución mexicana de 1917 y el derecho revolucionario», «El factor geográfico y las relaciones internacionales» y «La fuerza: creadora y destructora del Estado», se titulan estos trabajos de vasta documentación y severo y entusiasta análisis de los problemas de México y del mundo. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

245. Melchor Fernández Almagro. *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española. Madrid, Hispánica, 1944, 134 págs.* [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 277). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Contiene este libro el discurso de Fernández Almagro en el acto de su recepción en la Academia de la Historia. En estilo ágil y claro el conocido historiador reúne muy valiosos datos y una bibliografía muy útil. Se distingue este trabajo porque sostiene, hasta donde es posible en la España militarista de hoy, una indudable independencia de criterio. Ésta, por supuesto, pretende ser amablemente condicionada y adobada por la contestación del Duque de Maura, contenida en el mismo volumen. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

246. Edmundo O'Gorman. *Fundamentos de la Historia de América. México, Imprenta Universitaria, 1942.* [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 278). Texto firmado por: A. I.]

La preocupación por establecer las relaciones entre América y Europa pasa ahora por indudable recrudescimiento. A este movimiento pertenece el libro de O'Gorman, que plantea el problema de manera

novedosa. «...La historia de la cultura y sobre todo la historia del pensamiento europeo se han concebido y escrito—nos dice en su prólogo—con notoria indiferencia respecto a la vida y el pensamiento en América. Sólo como de pasada se menciona al mundo americano, y el énfasis, cuando no se olvida a América, ha sido puesto en lo económico, con evidente descuido de otras zonas más profundas y radicales. Pero no es esa parcialidad el único ni el más grave defecto; la verdad es que, por lo general, lo americano ha sido considerado con lo europeo; desde el punto de vista de *influencias*». Rompiendo con este criterio O'Gorman entra a analizar el tema en dos capítulos: «Las Casas y la conquista filosófica de América» y «Trayectoria de América». Su cultura filosófica e histórica logran así un breve volumen serio, responsable y cargado de sugerencias. — A. I.

247. Antonello Gerbi. *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo*. Lima, Banco de Crédito del Perú, 1944, 164 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 278). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Una nota de los editores nos informa que «la mayor parte de este ensayo se ha publicado como suplemento al número 4 de la revista *Historia*, dirigida por el doctor Jorge Basadre». Agrega que lanza la presente edición por la acogida dispensada a los trabajos del señor Gerbi. Nos la explicamos, porque la obra está hecha con estudio y buen juicio y fácil y ameno estilo. La investigación y análisis de los trabajos y los europeos que escribieron sobre América mezclando la ciencia a la imaginación—Buffon, Hume, Voltaire, Raynal, De Pauw, Hegel, Schlegel, De Maistre, etc. —, y que tan pintorescas cosas dijeron de la inferioridad americana, están hechos con auténtica gracia limeña. El señor Gerbi acierta en darnos un libro tan útil como fino y agudo. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

248. Arturo Capdevila. *El pensamiento vivo de San Martín*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1945, 182 págs. \$3.00 m/n. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 278-279). Texto firmado por: A. I.]

Con recatadas palabras expresa Capdevila, en su prólogo, la admiración que por San Martín tiene, y su empeño en darlo a conocer. Buen conocedor, escoge en seguida muy característicos trozos de los documentos oficiales y la correspondencia privada del ilustre argentino. En

este breve libro el lector confirmará la abnegación y la entereza del general San Martín. — A. I.

249. Rodolfo Rivarola. *Ensayos históricos*. Publicación de homenaje dispuesta por la Facultad de Filosofía y Letras. Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora «Coni», 1941, 500 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 279). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Reúne la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires parte de la obra de Don Rodolfo Rivarola, uno de sus más ilustres pioneros. Un prólogo del Director del Instituto de Investigaciones Históricas analiza y clasifica su contenido. El lector hallará en estas páginas uno de los pilares de la Argentina universitaria de hoy. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

250. *The Green Continent. A comprehensive view of Latin America by its leading writers. An anthology selected and edited by Germán Arciniegas. Translated from the Spanish and Portuguese by Harriet de Onís and others. New York, Alfred A. Knopf, 1944, 536 páginas. \$ 3. 50 net. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 281-282). Texto firmado por: Andrés Iduarte]*

El propósito de este libro, expuesto en su prefacio, está plenamente logrado: dar a conocer a los lectores norteamericanos los más valiosos escritores de la América española y portuguesa y a la vez enterarlos de cómo viven los países situados al sur del Río Bravo.

La primera parte, «Landscape and Man», presenta capítulos de Sarmiento, José Eustasio Rivera, Ciro Alegría, Graça Aranha, Gabriela Mistral, Flavio Herrera, Castañeda Aragón, Victoria Ocampo, Mariano Latorre y José Vasconcelos: a través de esta cuidadosa selección, la tierra y el hombre americanos. El transcurso de la historia hispanoamericana se recoge en la segunda parte: «The March of Time», la tercera, «Bronzes and Marbles», presenta a los más ilustres americanos; la cuarta, a las ciudades; la quinta, «The color of Life». Como en la primera—hemos citado los autores que la forman— las cuatro partes citadas contienen fragmentos de lo más significativo que se ha escrito en el Continente, colocado siempre, gracias al conocimiento y al buen gusto de Arciniegas, en el sitio adecuado, en el momento oportuno. Esto, y las magníficas tradiciones de Harriet de Onís y de otros auto-

res, hacen de esta obra un libro excepcional por todos conceptos, aunque — como en toda síntesis — haya que lamentar omisiones y aunque nosotros midamos, de manera diferente a la de Arciniegas, a algunos de los autores incorporados a estas páginas. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

251. Carlos Castillo. *Antología de la literatura mexicana. Introducción, selecciones y crítica de Carlos Castillo con un apéndice bibliográfico de Luis Leal*. Chicago, The University of Chicago Press, 1944, 424 págs., \$3.50. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 283-284). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Esta antología significa un esfuerzo tan modesto como valioso. Comprende desde Cortés hasta Alfonso Reyes. Añade algunos «romances tradicionales y de relación». Fija épocas ya consagradas en los estudios históricos sobre México, colocando dentro de ellas, siempre con buen juicio, a nuestros poetas y escritores. Y da un índice bibliográfico muy útil, especialmente para el estudiante norteamericano. Haría que señalar, si hiciéramos un largo comentario del libro, una serie de divergencias. Cualquier mexicano tendrá las suyas sobre libro que tanto abarca y que de tan de cerca le toca. Esto no invalida ni disminuye nuestra estimación para esta obra sencilla, clara y útil. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

252. *Obras completas de Bartolomé Mitre*. Edición ordenada por el H. Congreso de la nación argentina. Volumen IX. Buenos Aires, Guillermo Kraft Ltda., 1941, 592 págs. Volumen X, Buenos Aires, Guillermo Kraft Ltda., 1942, 736 páginas. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 284). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Hemos ya dado cuenta de esta reedición oficial de las obras del prócer argentino. El volumen IX que tenemos a la vista es el cuarto y último de la *Historia de Belgrano*, iniciada en el volumen VI. Contiene una «Tabla analítica de las materias contenidas en los cuatro tomos de la Historia de Belgrano», esto es, en el VI, VII, VIII y IX de estas obras completas; un «Índice de nombres», un «Índice geográfico y de materias» y un «Índice de láminas». Estas son retratos de Mitre en 1890 y 1891.

El volumen X contiene las Comprobaciones históricas a propósito de la Historia de Belgrano, con muy interesantes láminas: un retrato de

Mitre en 1880; la portada de las ediciones anteriores de las *Comprobaciones* y dos planos históricotopográficos. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

253. Memoria del Tercer Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana. New Orleans, Tulane University Press, 1944, 254 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 284). Texto firmado por: A. I.]

Con un prefacio del Presidente del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, contiene el presente volumen una «Parte documental» — directorio, calendario y delegados y programa y actas del Tercer Congreso — y los «trabajos presentados» al mismo por los profesores José María Chacón y Calvo, Afranio Peixoto, Gilberto Freire, César Barja, Julio Jiménez Rueda, Federico de Onís, B. Sanín Cano, Alberto Zum Felde, Henry Seidel Canby, Alfonso Reyes, Antonio Aita y Arturo Torres Rioseco. La categoría de estos nombres y el valor de estos originales ensayos basta para indicar la importancia del congreso celebrado en New Orleans en diciembre de 1942. — A. I.

254. Arturo Torres-Rioseco. La gran literatura iberoamericana. Buenos Aires, Emecé Editores, S. A., 1945, 320 págs. \$10 m/n. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 287-288). Texto firmado por: A. I.]

Aparece ahora en español la obra que en inglés publicó la Oxford University Press en 1942 con el título de *The Epic of Latin American Literature*, que ya reseñamos en estas páginas. Nos felicitamos, pues, de esta versión en la lengua materna del autor. — A. I.

255. Obras inéditas de Gutiérrez Nájera. Crónicas de «Puck». Recogidas y editadas por E. K. Mapes. Nueva York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1939, 224 págs. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 288). Texto firmado por: A. I.]

De valiosísima puede calificarse, por diversas razones, la labor de búsqueda y organización cronológica de las crónicas de Gutiérrez Nájera llevada a cabo por el profesor Mapes, y la sobria y elegante edición que de ellas ha hecho el Instituto de las Españas, hoy Hispanic Institute, de la Universidad de Columbia.

Recoge «una serie de artículos que, bajo los títulos diversos de «Crónicas», «Crónicas dominicales» y «Crónicas de la semana», suscritos por Puck, aparecieron en *El Universal* de México a intervalos aproximadamente semanales, desde el 3 de noviembre de 1893 hasta el comienzo de la última enfermedad del autor en enero de 1896», según palabras de la «Introducción» del doctor Mapes. Abarca, pues, el período quizá más importante de la vida y la obra del malogrado gran escritor. Es, por ello, una fundamental contribución para el estudio de su prosa, que hasta la fecha sólo podía hacerse a través de la *Prosa* editada en México en 1898 y 1903, y de los *Artículos* publicados en forma de libro por Carlos Díaz Dufóo, en la misma capital mexicana, en 1912. A este mérito suma la presente obra otro histórico: el del conocimiento de la vida literaria, política, callejera—de la vida diaria, en suma—de una época muy importante, en todos los órdenes. La pluma aguda y graciosa, fina y colorida del gran poeta continental, retrata escenas y personajes de México, nos pasea por los alrededores de la ciudad, nos lleva a los saraos elegantes, y nos da el tono de aristocracia y decadencia de la ciudad mexicana, sin dejar de mostrar a veces el trasfondo sañudo de fuerza estatal y de postración popular del régimen de Don Porfirio. No sólo los estudiosos de Nájera, ni sólo los críticos literarios, sino también el historiador encuentran información y deleite en esta excelente colección de artículos de «Puck». — A. I.

256. Ángel M. Mergal. *Federico Degetau, un orientador de su pueblo*. New York, Hispanic Institute, 1944. 202 págs. \$2.80. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 288-289). Texto firmado por: Andrés Iduarte]⁶

Este trabajo, que el autor inició desde 1937 por sugestión de don Antonio S. Pedreira y que terminó en Nueva York en 1943 bajo la dirección de don Federico de Onís, y presentó en Columbia University como tesis de su doctorado en Filosofía, tiene el doble mérito del fervor y la dedicación. No menos encomiable es que el señor Mergal los haya puesto en presentar a figura tan olvidada, y tan valiosa para su Puerto Rico, como lo es la de don Federico Degetau.

No por descuidada ni por desconocida de muchos, pierde valor el libro. Repetimos que por eso mismo lo gana. Con documentos pacien-

⁶ [Nota del editor]. Esta reseña la publicó también en la revista *La Nueva Democracia*, n. 28, 1948, p. 103.

temente buscados, estudiados y clasificados, y que corrían el peligro de perderse para siempre, Mergal reconstruye la vida de uno de los más austeros orientadores de su pueblo; con entusiasmo revestido de serenidad aquilata su obra escrita, y la significación de su acción y su pensamiento políticos; y, para situar la figura de Degetau, nos lleva a él mediante un valioso examen de la historia puertorriqueña, así como de la etapa antillana, española y norteamericana en que aquél vivió.

Para cualquier estudioso resultará útil e interesante este libro, y especialmente para el hispanoamericano, y de manera particular para el puertorriqueño. Degetau, tan lejano del arrebato de José Martí, tan diferente de Eugenio María de Hostos en muchas actitudes, tiene también la condición de hombre-clave. Todos los temas que preocuparon a los hombres de su tiempo y de su atmósfera, pasan aquí, en muy oportunas citas, con las propias palabras de Degetau, y reciben el comentario atinado de otro puertorriqueño que los desentierra y los analiza. La independencia de las Antillas, a través de la actuación de un puertorriqueño que vive en España y conoce los Estados Unidos, recibe en este tratado emocionado y meditado nueva luz. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

257. David Alfaro Siqueiros. *No hay más ruta que la nuestra. Importancia nacional e internacional de la pintura mexicana moderna.* México, Talleres Gráficos Núm. 1 de la S. E. P., 1945, 130 páginas. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 290). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Contiene el volumen diez artículos de Alfaro Siqueiros publicados en la prensa de México, sobre la "importancia nacional e internacional de la pintura mexicana moderna", a la cual señala como "el primer brote de reforma profunda en las artes plásticas del mundo contemporáneo". Cree Siqueiros que, tras la decadencia pictórica que siguió al Renacimiento, se han producido tres intentos de "liquidación o supresión de esa decadencia: ...el intento de David a Ingres; el intento de Cezanne a Picasso...; y el intento mexicano", al que estudia a través de Atl, Orozco y Rivera, hasta llegar a exponer la tesis general y los propósitos esenciales del Centro de Arte Realista Moderno. La viveza, el tono polémico, el entusiasmo de las afirmaciones de Siqueiros dan interés a su trabajo, aparte del valor que tiene el hecho de poder examinar a uno de los mejores pintores mexicanos entregado al análisis y discusión de su materia. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

258. Rufino J. Cuervo. *Obras inéditas*. Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, Editorial Librería Voluntad, S. A. 1944, 496 páginas. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (p. 291). Texto firmado por: A. I.]

Este importante volumen es el fruto de “largos meses de paciente investigación”, durante los cuales Don Félix Restrepo, S. Director del Instituto Caro y Cuervo, y el profesor español Don Pedro Urbano González de la Calle, estudiaron el archivo que Cuervo dejó a la Biblioteca Nacional de Bogotá. De los trabajos inéditos que revisaron, separaron los tres más importantes, que forman este libro: *Castellano popular y castellano literario*; gran parte de la obra que se creía perdida; y *Las segundas personas de plural en la conjugación castellana* y *Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas*, “trabajos de gran aliento, conocidos ya, pero completamente refundidos y muy ampliados por su autor”. La introducción nos informa de la historia de cada uno de estos trabajos, así como de la tarea realizada por los señores Restrepo y González de la Calle. Esta obra, de cuya trascendencia habla elocuentemente su sola mención, aparece en el primer centenario de Cuervo y como volumen 1º del Instituto Caro y Cuervo. Añadamos solamente que se completa la gloria del ilustre filólogo y se añaden páginas fundamentales al estudio de la lengua española con esta extraordinaria publicación. — A. I.

259. María Rosa Lida. *El cuento popular hispanoamericano y la literatura*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura Latinoamericana, 88 páginas. [Año 11, No. 3/4, Jul. - Oct., 1945, (pp. 291-292). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Divide María Rosa Lida su breve y enjundioso trabajo en tres capítulos: I. *El cuento popular en la literatura grecorromana*; II. *El cuento popular en la literatura española*; y III. *El cuento hispanoamericano y la literatura europea*. La vasta erudición de la autora queda a la vista, como en otros ensayos suyos, de la manera más armónica: la presiden el orden y el buen gusto. La forma tan sabia como atractiva espiga el cuento popular en la literatura antigua, desde la Mitología y Homero hasta la segunda sofística, y en la española, desde Alfonso el Sabio hasta Gracián. Con este acerbo pasa al examen de la tradición literaria europea en el cuento hispanoamericano, apuntando muy valiosas observaciones. Es visible que María Rosa Lida se reserva para más tarde muy amplios materiales, de los que sólo nos da las primicias en este corto capítulo. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

1946

260. JOSÉ RUBÉN ROMERO: RETRATO. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (pp. 1-6). Andrés Iduarte]

CONOCÍ a José Rubén Romero en Barcelona, a fines del trágico año de 1936. Nos unían ya amigos comunes excelentes—como Don Pedro de Alba—y algunas atenciones unilaterales, es decir, de Rubén para mí. Y nos presentó Manuel Antonio Romero, tabasqueño como yo, ligado a mi familia desde, la infancia, que entonces preparaba un ensayo sobre el Romero michoacano. Vivíamos los tres en el horno de España, en una retaguardia iluminada por la noticia del heroísmo popular que llegaba de los frentes, y en la que asomaban a diario sus tremendas fauces la venganza y el desenfreno, secuela inevitable de la traición militar que desmigajó el Gobierno legítimo de la República. Aquellos antecedentes y esta atmósfera iban a producir que dos mexicanos radicados desde hacía años en España—él y yo—nos tratáramos con mayor espontaneidad que la que hubiera habido en circunstancias comunes. Sin embargo, hay que aclarar que no son indispensables estos factores para poder conocer bien a Rubén: su característica esencial es la franqueza, incluso cuando traiciona su interés y aun cuando él se propone vencerla. En nuestro caso se sumó a esa virtud, que es su más alto quilate, el ambiente tenso en que vivíamos, así como el terreno personal ya preparado por muy viejas, amistades.



José Rubén Romero (En la época de la rebelión maderista.)

En el Consulado General de México, que estaba en la esquina de la Rambla de Cataluña y la calle de Córcega, nos vimos por primera vez. A los pocos minutos de conversación le dije, con franqueza pareja a la suya, que no había leído ninguno de sus libros.

Con franqueza igual él me los regaló todos, en seguida. Seguí viéndolo muy a menudo en su oficina y en su casa, y algunas veces tuve el privilegio gastronómico de sentarme a su fabulosa mesa. Por primera vez nos llevó a ella Manuel Antonio Romero, y luego yo correspondí con igual espaldarazo invitando a Pablo Neruda y a otros amigos. No se trata sólo de un paladar enriquecido, sino también del corazón. porque era una alegría hallarse tan lejos de México con familia tan mexicana. Por encima de las delicias que hubieran asombrado al mismo Bernardo de Balbuena estaba la conversación suave, graciosa, medida y aguda de los dueños de la casa y de sus hijos, y la voz y el acento dulcísimos de criadas michoacanas que manejaban con verdadero primor molcajetes y molinillos. Veía yo a Rubén, pues, mucho más de lo que lo leía, porque la tragedia de España poco permitía alejarse de la diaria y gigante agonía; de modo que conocí al hombre de carne y hueso antes que al escritor. Luego fuí viendo que éste era exactamente igual que aquél, sin la menor diferencia entre persona y literatura. Jamás me han interesado los que tienen una cara en la vida y otra en las letras. Y de aquella identidad, descubierta y comprobada en Barcelona, parte mi arraigada admiración por su obra literaria, que tiene como primerísimo mérito el de la más redonda sinceridad.

¡Y qué valiente! Siempre lo es, pero más en el caso de este hombre que saca a flote en sus libros aquellas entretelas del propio corazón que casi todos tapan. Su valiente sinceridad al mostrar los más recónditos pliegues y escondrijos de su vida y de sus sentimientos resultan aun mayor si se tiene en cuenta que es un hombre público y, por añadidura, un funcionario que puede ser blanco, y lo ha sido, de envidias y rivalidades.

Esta condición impetuosa y temeraria no está, por supuesto, sola. Si sólo ímpetu

y osadía formaran la personalidad de Rubén, hoy no sería ni alto funcionario, ni escritor, sino que hubiera muerto en la juventud, moral si no físicamente. No es un atrevido ni un imprudente a secas, sino que lleva muy buenas armas protectoras. Hombre de mucho sentido común y con gran amor por la vida y sus placeres, exhibe sus debilidades

humanas porque tiene muy fuertes escudos, y sabe manejarlos con excepcional destreza. De suicida no tiene nada Rubén, y tampoco de sacrificado; pero es capaz de salir de su trinchera y ponerse en trance de muerte o de fracaso por lo que cree, y sobre todo por lo que siente. Así se explican y se entienden los gestos desconcertantes de este hombre emotivo y audaz en defensa del amigo perseguido y calumniado, frente a la mezquindad poderosa; o los que sostiene de súbito, contra la diplomacia insulsa y soberbia, cuando un principio sagrado nacional y político, está en peligro de ser descuidado, o negado, o envilecido. Así también sus apuestas de jugador de *jai alai*. Cazorro y epicúreo, es, sin embargo, amante del escalofrío de la pelea por lo justo, y del escalofrío de la temeridad a secas.

¿Cuántos hombres y cuántos escritores habrían sido capaces de escribir tan atrevido autorretrato como su «Yo soy así»?:

*Como un pavo real soy vanidoso;
hago alarde de cosas que no tengo;
en el amor soy falso y caprichoso;
cobarde, ante el peligro me detengo.*

*Suelo ser indiscreto o mentiroso;
de toda ofensa sin piedad me vengo,
e indiferente al bien, por perezoso,
con malas artes a vivir me avengo.*

*Tal soy; y en el exceso, sin reparo.
Mas, a veces-contrito lo declaro—
quisiera, desoyendo mi egoísmo,*

*enseñar lo que mi ánimo atesora:
una gran compasión para el que llora
y un poco de rigor para mí mismo.*

(*Tacámbaro y versos viejos*, págs. 239 y 240.)

Semblanza que completan los cinco versos de «Mi silueta»:

*¿Soy bueno? ¿Soy malo? Yo no me lo explico.
Amo a Don Quijote, sigo a Sancho Panza,
la virtud invoco cuando el mal practico;
pero a veces siento que me purifico
en la propia hoguera de mi destemplanza.*

(*Tacámbaro y versos viejos*, pág. 85.)

Gozador y pecador empedernido, movido por el egocentrismo que él apunta, y también por su bondad y su generosidad inalterables, Rubén ha sido aun más valiente de lo que se imagina. Capaz de ceder ante las fuerzas del mal, o de soslayarlas, salta inesperadamente en él la otra mitad del ser humano, y vence a la primera, y ese momento—como en la confesión religiosa, cuando es honda y leal—lo salva para la tierra y para el ciclo. Esta nobleza íntima es su mejor loriga, la que mejor cubre sus descubiertas flaquezas, hasta el punto de que sus enemigos las ven pero no las hieren.

Hablando de un hombre diferente de Rubén, de un antípoda suyo, de José Martí, dije hace ya muchos años, en una primicia crítica: «Su biografía podría escribirse con sus propias palabras... Como todo hombre entero, de personalidad sin costuras, la impersonal literatura no tuvo ningún interés para Martí... Por igualdad y por diferencia se llegaría, leyendo todos sus escritos biográficos, a conocer palmo a palmo la vida del hombre. Como todo aquel que está satisfecho de su vida... Martí vive en cada una de sus páginas desnudo... Como todos los grandes convencidos de sus actos, Martí fué un indiscreto. Vivió en público sin casaca, y no hay que pedir la verdad de su vida a sus camareros—no pudo descender a tenerlos y, de poder, nunca hubiera descendido—, porque tan bien como los que los conocieron en camisa lo conocemos todos los que hayamos leído uno solo de sus libros. Vivió dándose, enseñándose, rasgándose el alma; y quien lo intente podrá tomársela toda entera...» (*Revista Universidad de México*, junio, 1932.) Esta cita, que vino por camino natural, al correr de la pluma, indica cómo la sinceridad hermana a los más distantes seres humanos. Virtud esencial, domina todos los aspectos secundarios.

Otras defensas de menos valor moral, pero de altura intelectual, están presentes en Rubén. Son la gracia y la maña. Su presencia permanente en su vida y en su obra son parte esencial de su triunfo. Cuanto ha escrito tiene risa pícaro y picaresca. A quienes este hombre no pueda conquistar por su franqueza, los avasallará por la simpatía. El Quijote que sale a la liza se recoge luego y con el ingenio de Lázaro y la palabrota del Buscón vence la malquerencia más enconada y derrota el odio más activo. Esto lo ha conseguido todos los días el Rubén hombre y el Rubén escritor. Ese es el segundo secreto de su victoria.



José Rubén Romero (Poeta.)

Las raíces culturales hispánicas, muy vivas y muy visibles en este autodidacta, en este escritor nato —recogidas en su fina provincia michoacana y en toda nuestra tierra de México, más que en sus lecturas— hallaron buen momento para florecer. La Revolución Mexicana, heroica y picaresca, quijotesca y sanchopancesca, sublime y pequeña como toda sacudida social verdadera y profunda, dió ancho campo a este escritor sensible y alegre, creyente y escéptico, trascendental y burlón. Se montó sobre el oleaje, llegó a la mar abierta, bajó a sus revueltos fondos, se purificó en la espuma de sus orillas, conoció y convivió con sus sales, con sus yodos y sus basuras, y sintiendo y llorando y riendo construyó un tipo de novela autobiográfica, o de autobiografía novelasca, que resistirá el paso del tiempo tanto como la obra de Mariano Azuela y la de Martín Luis Guzmán, que forman con él la vanguardia más valiosa de la novelística mexicana. Toda la de Rubén es una continuación de la novela picaresca clásica, de la de España y nuestro *Periquillo*. En *La vida inútil de Pito Pérez* hay ya el propósito—nacido en Romero por sugestión de quienes habían leído sus libros anteriores—de hacer novela picaresca; pero no lo logra ni más ni menos que antes de que lo subconciente se hiciera conciente. La forma, el plan, la organización de las novelas de Rubén es lo que menos importa. Sin

duda es lo menos valioso en sus libros, dañados ligeramente cuando deja de ser él para elaborar la trama o pulir de estilo. Para su fortuna, la presión de sus venas somete al cabo de un rato sus pasajeras preocupaciones escuderas, artificiales, culpables de una que otra página falsa y desteñida. Las costumbres y los tipos de su época, el cuento popular y de chiste más o menos procaz, su natural obsesión sensual, lo vuelven en seguida al buen camino, al suyo. Y con notas personales, diferenciadoras, lo incluyen en el común denominador de la novela picaresca tradicional. que borbotonea a cinismo y carcajadas en medio de toda la utilería peculiar de su tiempo y de su medio.



José Rubén Romero (Novelista)

Este entronque de gran estirpe tiene para México y para la América española en general una excelente aplicación, una gran utilidad como antídoto o revulsivo contra el tono aristocrático del virreinato, que ha llevado la literatura y la lengua de grandes sectores hispanoamericanos a una contención cursi, a un eufemismo empobrecedor. Un mexicano como Rubén, que lleva aires populares clásicos a la literatura, no es nada más que un benefactor. Contra el esmero por escribir palabras suaves, por cuidar de una urbanidad reñida con la naturalidad, este escritor que coincide con Quevedo en fuertes dicharachos y cuentos verdes, sirve y fecunda.

Profunda humanidad, franqueza valiente de héroe y de pícaro, pluma fácil mojada en buena tinta de la tradición hispánica, atenta a la voz popular y a su buen gusto—salvo cortos instantes de rebuscamiento verbal o metafórico—, existencia movida y memoria nostálgica han producido este excelente escritor. Las novelas de Romero sacuden y conmueven por todos los filones puros que sobresalen en el espíritu de su autor, en forma de sentimientos eternos como son su ternura de hijo amante, su cordialidad hacia el pobre y su ataque contra el poderoso, su canto a la revolución mexicana y la condena de sus corrupciones, todo sazonado dentro de una suave tristeza y una sana alegría. «Fresco, neto y profundo», dijo de él, sintéticamente, Gabriela Mistral. Las novelas de Rubén cosquillean hasta la carcajada, a la vez, por su humorismo socarrón, por su desenfado ilímite, por su desgarrado cinismo. Allí está la filiación picaresca, pero también en el diestro y amoroso repaso que hace de los tipos de su hermoso Michoacán, de sus lugares, de sus costumbres: un compendio de observaciones maestras y de largo alcance para las generaciones futuras. De sus novelas se ha dicho que carecen de vigorosa unidad: es que la unidad la da la vida del novelista, que es la mejor novela, como que se ha vivido emocionadamente y se ha contado con gusto y sin susto.

Rubén, en su *Anticipación a la muerte*, aspira a que un día se diga de él: «Pequeño señor, gran señor, fuiste humano en pensamiento y acción, y como humano te recordamos». Así se le recuerda y se le recordará, pero también por la gracia y la fuerza de una pluma temeraria, traviesa y aguda, que recoge la huella de una gran época y un gran pueblo, y que cuenta de su gran dueño lo que ninguna otra ha contado.

ANDRÉS IDUARTE

COLUMBIA UNIVERSITY

261. Lino Novás Calvo. *La luna nona y otros cuentos*. Buenos Aires, Nuevo Rojo Romance, 1942, 238 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 63). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Gallego por el nacimiento y por la emigración a América, cubano por la vida y por el acento de su obra, español por el conocimiento y el amor a la tierra nativa, Lino Novás Calvo presenta este grupo sólido y a la vez múltiple de sus cuentos, firme y hondo al mismo tiempo abigarrado y vario como su vida. El muchacho obrero—cortador de caña

y chofer—a quien descubrieron hace años los jóvenes de la *Revista de Avance* y a quien acogió la prensa madrileña ha llegado a ser, sin duda alguna, uno de los mejores cuentistas de la lengua española. La vida de los chinos cubanos, el drama de unas prostitutas sobre el Golfo de México y la tragedia de los contrabandistas en el cayo perdido, recuerdan su magnífica obra *Pedro Blanco el negrero*; y la intensidad de su conocimiento humano no es menor en sus narraciones choferiles, *Hombre malo* y *La noche de Ramón Yendía*. Esta última, sobre todo, que recoge la trágica expiación del delator en media hora presentada a cámara lenta, no es inferior a las mejores páginas de cualquier gran literatura. La ansiedad matadora, la resignación amarga, la sorda y descoyuntada filosofía del infeliz hombre común, el peso del odio y del apetito sexual, toda la gama de sentimientos dulces e infames del hombre que vive en un mundo impasible, están presentes en la obra de este gran escritor cubano de mucha y profunda vida y de magnífica pluma. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

262. Agustín Loera y Chávez. *El viajero alucinado*. Crónicas de España. México, Editorial Cultura, 1945, 138 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 64). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En pulcra y elegante edición nos llegan estos artículos de Loera y Chávez, reproducción de las que publicó en 1925 en *El Universal de México*, *Social* de La Habana y *La Prensa* de Santiago de Chile, en ocasión de su emocionante viaje por España. Aquellas letras que tanto nos gustaron a los estudiantes que seguíamos al profesor de la Escuela Nacional Preparatoria en su amor a España, no han perdido actualidad, como que se refieren a valores permanentes y eternos. Son, además constancia de la buena labor que él hizo entre los mexicanos de mi generación, despertando en unos y avivando en otros el interés y el amor por España. En atildada prosa logró y logra revivir la atmósfera de las viejas ciudades españolas—Santiago, Salamanca, Sevilla, Granada, Ávila, Toledo, Madrid—, pone delectación conocedora en los rincones artísticos, y entre los latidos humanos que recogió nos regala con la charla apasionada y profunda de Unamuno, y la incisiva y erudita de Don Francisco A. de Icaza. El seguro prólogo de Alfonso Cravioto y las hermosas maderas de Francisco Díaz de León redondean el mérito de tan vivas impresiones de España. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

263. Enrique Molina. *Discursos universitarios*. Segunda edición aumentada. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1945, 220 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 64). Texto firmado por: A. I.]

Recoge este libro catorce discursos universitarios de Don Enrique Molina. Los cinco primeros vienen a ser la historia de la Universidad de Concepción, hitos de su fundación y su desarrollo, a los que va ligada la vida del maestro chileno. De ética, poesía y pintura trata la segunda parte. En la tercera, «Discursos de un cincuentenario», encontramos de manera central, apenas tocada en los anteriores sus ideas filosóficas, sociales, educacionales. Por la importancia de la Universidad de Concepción y del autor de estos discursos, son un tramo de vida chilena interesante para el estudioso de América. — A. I.

264. Enrique Labrador Ruiz. *Manera de vivir*. La Habana, Talleres de «La Mercantil», 1941, 110 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 65). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El joven crítico cubano reúne en este libro—coherente a pesar de la vaciedad de sus temas—cuatro ensayos: «Arte de poca altura» (referente a la novela), «Destruir para crear», «Defensa de mi manera» y «Personas... cosas». Riqueza de expresión, matizada de vocablos y formas que denuncian frecuentes lecturas clásicas españolas; valentía de opinión; agudeza crítica y un desenfado de muy honda raíz cubana. Al bastonazo iconoclasta sigue la preocupación constructiva, al dicerio violento e incisivo el intento de hacer justicia literaria. No peca Labrador al hablar de su manera; la tiene, sin duda, y es de las plumas nuevas que madurarán en riqueza crítica. Tiene los necesarios ingredientes: observación, dedicación y una pluma sin remilgo. Felicitémoslo desde estas páginas. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

265. José G. Montes de Oca. *Mirador*. México-Tenochtitlán, Imprenta Moderna, 1936, 148 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 65). Texto firmado por: A. I.]

El autor presenta en sus diversos capítulos—«Viernes de Dolores», «El Jarabe Tapatío», «La Pirámide de renayuca», «Las Mañanitas», etc.—diversos aspectos de la tradición, de la música, de la vida de México. Historia, costumbrismo, folklore, son el contenido de sus entusiastas

comentarios, en los que el estudioso y el curioso encontrarán útiles datos y buen sabor regional. —A. I.

266. Rafael Heliodoro Valle. *Visión del Perú*. México, Ediciones Llama, 1943, 64 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (pp. 65-66). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Preciosa edición, impresa en los talleres de Adrián Morales y bajo la dirección de Manuel Altolaguirre, con viñeta en la portada de José Sabogal, hace juego con el contenido poético, erudito e hispanoamericano de su contenido. La delicadeza de la tipografía mexicana, el buen gusto del andaluz Altolaguirre, la fuerza que en todo trazo de su mano deja el Sabogal peruano, y el mundo encantado de sensibilidad y ternura, y el conocimiento de infolios y libros de ayer y hoy, y el superior sentido hispanoamericano que integran la personalidad hondureña, mexicana y continental de Rafael Heliodoro Valle, más su chispeante gracia —pariente de la de su amado Ricardo Palma—, más la honda sencillez de la provincia hispánica —no en balde oyó en su juventud a López Velarde, están en todas las páginas de este libro de prosas y versos, quizá el más característico y personal del autor.

Andariego y reconcentrado, curioso y quieto, universal y lugareño a la vez, da Valle su mejor medida en un libro de apuntes de viaje, al que llega con mucho conocimiento del ayer, y al mismo tiempo con yemas vírgenes para tocar las cosas de hoy, y además con pupila visionaria para adivinar las de mañana. Así nos pasea, aprendices emocionados, por paisajes —«La ciudad del reino ilusorio», «Chosica ideal», «El Cusco», «Titikaka»...—, entre finos espíritus —«La sombra de Eguren», «El primer saludo»—, y nos da la estampa del indio, del conquistador, de la limeña y del pirata, de la atmósfera virreinal de Palma, hasta llegar a la revolución de González Prada y de los que le siguen. Está entendida la suave traza del indio, la violencia del atropello conquistador, la fermentación del mestizaje, la pátina del tiempo y la insurrección revolucionaria de nuestros días. Sabiduría y deleite, como debe ser el verdadero libro de viajes, pero —por añadidura extraordinaria y excepcional— también la preocupación de quien añade a la dedicación al estudio y a la posesión de la belleza una palpitación por la justicia y una personalidad hispanoamericana.

No nos sorprende el resultado de un viaje hecho por tan ilustre viajero y a tierra tan grande y hermosa como la peruana. Sabíamos lo que

íbamos a encontrar en las páginas de este libro, escrito con el entendimiento y el amor de América por un centroamericano ecuménico, acompañado en su segundo asomarse al Perú por su esposa, también erudita y exquisita, Emilia Romero. Pero la comprobación del hecho añaden al elogio que hacemos del libro un nuevo entusiasmo: el de verlo como cosa propia, nuestra. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

267. Medardo Vitier. *Estudios, notas y efigies cubanas*. La Habana, Editorial Minerva, 1944, 264 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 67). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Reúne en este volumen el profesor Vitier artículos, conferencias, elogios, retratos, notas sobre literatura y filosofía. Son la obra varia del catedrático y del escritor, pero a la vez de perfecta homogeneidad, lograda por el hilo conductor de sus dedicaciones capitales: el pensamiento filosófico, las letras hispanoamericanas, y Cuba en todos sus aspectos intelectuales.

En el primero de ellos nos interesan particularmente sus trabajos sobre Enrique José Varona y Alejandro Korn, hombres que alcanzan una importancia continental, y los que se titulan «Valoraciones» y «Doctrinas contemporáneas sobre el hombre», en donde está presente el catedrático de filosofía. El ensayista hispanoamericano sobresale en su estudio sobre José Martí—alrededor de quien ha escrito ya otras páginas brillantes—, sobre José María Heredia, sobre Enrique Piñeyro; y, desdoblado en profesor de nuestra literatura continental, nos ofrece sus sugestivas «Notas sobre la literatura hispanoamericana» y «Cómo debe escribirse la literatura de Hispano América». Su consagración a Cuba cobra valor en sus apuntes sobre Caballero, Varela, Saco, Montoro, etcétera.

La lectura de un autor tan devoto de sus materias, tan experimentado en la cátedra, y siempre con propósito de método, y a menudo ameno y original, será un placer y una enseñanza para toda clase de estudios. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

268. Norberto Pinilla. *Biografía de Gabriela Mistral*. Santiago de Chile, Editorial Tegualda, 1946, 132 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 67). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Poco después de conocerse en Chile el alto honor otorgado a Gabriela Mistral—el Premio Nobel de Literatura, 1945—, la Editorial Tegualda pidió al profesor Pinilla que escribiese la presente biografía. En carta

de la poetisa, que el autor cita en su «Prefacio», se mencionan y califican las biografías que sobre ella se han escrito: la de Virgilio Figueroa, la de Saavedra Molina, publicada por el Instituto Hispánico de Columbia University; la de Edwards Matte, aparecida en la revista *Hoy*, y todavía no en forma de libro. Falta todavía—eso se desprende de la cita y del comentario del señor Pinilla—una biografía mayor, mejor, completa. Y es «una verdadera necesidad» el escribirla.

Movido por estas circunstancias el autor recogió recuerdos y organizó datos, y nos ofrece estas páginas. Viejo amigo personal de la poetisa, y crítico avezado, Pinilla logra un trabajo con muchos datos inéditos y valiosas observaciones sobre el carácter de la mujer y de la poetisa. Sus notas bibliográficas y su tabla cronológica serán particularmente útiles a quienes intenten el estudio de la gran escritora chilena. Todos estos méritos del libro no impiden, por supuesto, que sea únicamente un trabajo de momento, con las naturales limitaciones de una obrita escrita por encargo. Sin duda el profesor Pinilla, con materiales reservados en su archivo, con los que agrega en estos momentos, y con más espacio, prepara la gran biografía de Gabriela Mistral que Chile nos debe a los que en todas partes del mundo, y especialmente en los países hispánicos, admirarnos y estudiarnos a la insigne hispanoamericana. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

269. Concha Meléndez. *Asomante. Estudios hispanoamericanos*. San Juan de Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, 1943, 160 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 68). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Recoge la escritora puertorriqueña en este libro varios ensayos sobre su Isla —entre los que destacamos «Hostos y la naturaleza de América» y otros sobre Antonio S. Pedreira—, sobre temas hispanoamericanos—entre ellos nos parecen los más importantes. «Muerte y resurrección de César Vallejo», «La literatura indianista en el Perú de hoy» y «España en el corazón de Pablo Neruda», y varias reseñas de libros. Son el fruto de muchos años dedicados a la enseñanza de la literatura y del contacto con diversos países de América, que revelan la formación de un crítico de categoría. Datos novedosos, entusiasmo y método hacen de este libro vario y bien organizado, tanto para el maestro como para el estudiante, una fuente de información y un honrado intento de jerarquización de los valores de la literatura hispanoamericana. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

270. Emeterio S. Santovenia. *Los presidentes de Cuba libre*. Segunda edición. La Habana, Editorial Trópico, 1943, 106 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 70). Texto firmado por: A. I.]

De manera «breve y sencilla», pero seria y responsable, recoge el señor Santovenia la vida y obra de los presidentes de Cuba, desde Carlos Manuel de Céspedes hasta Bartolomé Masó. La obra, de gran utilidad para cubanos y no cubanos interesados en la Isla, logra ahora su segunda edición. — A. I.

271. Ángel Rosenblat. *La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad*. Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1945, 300 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (pp. 70-71). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El colofón del libro explica: «El 15 de agosto de 1945 se terminó de imprimir este cuaderno de la serie *Stirpe Quaestionis...*, editado por la Institución Cultural Española, en los Tálleres Gráficos de Peuser, S.A., de Buenos Aires, bajo la dirección del Doctor Félix Domenech.» La edición, de mil ejemplares en papel Evensyde, es excepcional por su esmerada y bella impresión. Antes han aparecido en la misma serie—informa otra nota—, los siguientes trabajos: *Presente y futuro de la lengua española en América*, por el Profesor Avelino Herrero Mayor y *El arte en la América española*, por el arquitecto Martín S. Noel. «Completarán la serie otros cinco cuadernos acerca de los elementos técnicos de otro origen en la América española; la estructura político-social; las letras; las ciencias y la religión...» Como se ve, la labor de la Institución Cultural Española de Buenos Aires ha sido y promete seguir siendo muy valiosa.

Después de preguntarse el autor, en su «Introducción», «qué población tenía el Continente americano al entrar en contacto con el hombre occidental», y de recorrer rápidamente las imaginarias cifras que han dado los apóstoles de la leyenda negra, los apologistas del pasado indígena, los detractores y los defensores del conquistador español y anglosajón, y los estudiosos de distintos países y distintas épocas, Rosenblat apunta la dificultad de salir adelante en la tarea que se propuso; pero, amparado en los datos históricos y en la ciencia estadística, «intenta... la empresa». Luego se remonta paso a paso del presente al pasado, de lo conocido a lo desconocido, en cinco capítulos. I. Población indígena en la actualidad; II. La población indígena al declararse

la independencia hispanoamericana (1810- 1825); III. La población indígena hacia 1650; IV. La población indígena hacia 1570; y V. La población americana en 1492. Remata y completa su estudio con el capítulo VI. «Conclusiones generales».

Esta primera parte de la obra, contenida en 111 páginas, se apoya en los amplios y claros apéndices documentales, alusivos a cada época y—en su caso—a cada país, que ocupan el resto del volumen, con dieciséis páginas adicionales de grabados de las castas coloniales del México del siglo XVIII.

La vastedad y la precisión de su información, la diafanidad y lógica de su discurso, la maestría en el manejo de los documentos y la agudeza de sus análisis, la perfección de sus estadísticas y de sus gráficas y el buen sentido de sus juicios, hacen de este libro una obra de extraordinaria utilidad y por todos conceptos admirable. Sin prisa ni cansancio, sin excesiva síntesis ni prolija discusión, con igual proporción en todos sus uniformes capítulos, con entusiasmo y viveza pero sin pasión y, además, en buena prosa española muy por encima de todo tipo de jerga científicoide, Rosenblat llega a conclusiones que aquí tratamos de recoger:

«...la población indígena sometida a un continuo proceso de extinción por el juego de diversos factores destructivos... llega hasta nuestros días acrecida en número, pero muy mermada en su integridad racial... Pero las cifras muestran al mismo tiempo un proceso de reestructuración étnica y cultural. Más que una extinción del indio hay que hablar de una absorción del indio... En cuatro siglos de expansión indoeuropea el continente americano se ha incorporado al mundo occidental... Desde luego, se han incorporado a la vida americana muchos elementos de la cultura material y espiritual del indio, en amplias zonas se conservan poblaciones indígenas casi intactas y en zonas aún más amplias el indio sobrevive en el mestizo (el neo-indio). Pero en conjunto, culturalmente, aun más que étnicamente, el continente está ganado para la raza blanca. ¿Cabe esperar—como hoy tiende a afirmarse—un renacimiento de la cultura autóctona? Después de cuatro siglos de desintegración étnica, política, cultural y lingüística, parece evidente que no. Pero el indio no ha muerto. Si la cultura propiamente indígena quedó paralizada en su desarrollo desde el momento de la conquista, el indio se fué incorporando a la vida social y cultural de América y su aportación fué fecunda desde la primera generación americana. Parece que el porvenir está decidido, y que el pasado ame-

ricano podrá, cuanto más sobrevivir como matiz, como estilo, en la gran obra colectiva y universal de nuestra cultura.»

La «Nota liminar» nos dice que este trabajo apareció, en su primera elaboración en *Tierra Firme*, revista de la Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos de Madrid en 1935, y nos da otros datos sobre el autor, hoy miembro del Instituto de Filología de Buenos Aires. Rosenblat, ecuatoriano de origen, formado en la última institución citada, en el Seminario Románico de la Universidad de Berlín, en el Centro de Estudios Históricos de Madrid y en el Instituto de Etnología de París, es ya una de las más destacadas figuras en el mundo de la historia americana, a pesar de su juventud, y como tal queda consagrado con este libro. Quizá no somos víctimas de ningún injusto olvido al decir que, de su generación, son él y el mexicano Silvio Zavala—fueron compañeros de trabajo en el Centro de Estudios Históricos de Madrid—los historiadores de más relieve y de mejor promesa. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

272. Juan Friede. *El indio en lucha por la tierra. Historia de los resguardos del macizo central colombiano*. Bogotá, ediciones Espiral, 1944, 212 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 71). Texto firmado por: A. I.]

La historia de los resguardos del macizo central colombiano se enriquece con esta obra consagrada a tal tema. Bajo la inspiración del profesor español José María Ots Capdequí y con la ayuda de Don Luis Duque, el autor, buen conocedor directo de la materia, presenta una excelente documentación sobre el desenvolvimiento del resguardo indígena y sus problemas presentes. El investigador hallará en este breve libro datos fundamentales. — A. I.

273. Luis Alberto Sánchez. *El pueblo en la revolución americana*. Buenos Aires, Editorial Americalee, 1942, 230 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 72). Texto firmado por: A. I.]

Estudia el profesor Sánchez la revolución o independencia en el continente, revisando primero las tesis expuestas en diversos tiempos y lugares, y analizándolas después a través de muy variados lentes: el criollo y el peninsular, el indígena, el político; el religioso; el económico. El libro contiene, en zig-zag, una aguda conversación sobre todos los temas li-

gados a la gestación colonial e independiente del Nuevo Mundo. La incógnita americana va siendo despejada mediante el análisis de todos los factores (español, indio, negro), que conjugados hacen América. Finalmente, el señor Sánchez busca, como remate de sus múltiples indagaciones, «el contenido y expresión» de América. Ve «los factores propios y las influencias extrañas», y subraya como no fué una guerra civil, ni ideológica, ni económica a secas... «El movimiento de 1810—concluye—fué una expresión amplia, espontánea, natural y sin mezquindades, de una política americanista verdadera, y más aún de lo que hoy se llama panamericana...»

El libro interesa, sobre todo, por la cantidad de observaciones agudas y audaces, a menudo discutibles pero siempre sugestivas, que caracterizan todos los libros del profesor peruano. — A. I.

274. Medardo Vitier. *La lección de Varona*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociales, 1945, 72 págs. (Jornadas 31.) [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 73). Texto firmado por: A. I.]

Jornadas, órgano del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, agrega a su colección este volumen de Vitier, en que el escritor completa y ordena sus anteriores estudios sobre Varona. La seriedad y el prestigio de la Institución se conjugan con el del autor cubano para dar mayor relieve a estas letras, síntesis y superación de las anteriores, que nos dan una imagen fiel de Don Enrique José Varona. — A. I.

275. *Archivo José Martí*. Núm. 8. La Habana, Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1945, 152 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 73). Texto firmado por: A. I.]

Continúa este número el *Archivo* de cuyos siete primeros números ya dimos cuenta anteriormente. Recoge los trabajos dedicados a Martí, en el cincuentenario de su muerte, en todo el continente americano. Se destacan los nombres de Roberto F. Giusti, Pedro de Alba, Jaime Torres Bodet, José de J. Núñez y Domínguez, Mauricio Magdaleno, Salvador Azuela, Carlos González Peña, Francisco González Guerrero, Alfonso Reyes, Benjamín Jarnés, Luis Fabio Xammar, etc.

Se anuncia la publicación del número 9, que contendrá lo que en el cincuentenario se hizo en Cuba.

El tesorero esfuerzo de Félix Lizaso, iniciador y encargado de esta publicación, sigue cumpliendo su propósito de salvar de la pérdida cuanto sobre Martí se dice y se hace dentro y fuera de su Isla. —A. I.

276. Arturo Torres-Rioseco. *The epic of Latin American Literature*. New York-London-Toronto, Oxford University Press, 1942, 282 págs. \$2.25. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (pp. 73-74). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El profesor Torres-Rioseco nos da en su nueva obra una muy buena introducción a la literatura hispanoamericana y muy buenas traducciones de diferentes autores al inglés: en estos dos hechos descansa el mérito de su libro. Apenas publicado, Don Enrique Díez-Canedo señaló ya tal acierto, no sin poner algunos breves reparos a la proporción que da el autor a sus varios capítulos. Su introducción cronológica «The Colonial Centuries» y «The Romantic Movement»—para llegar al alba de nuestros días, muestran claramente al estudiante cómo una literatura vasta y asentada en un inmenso continente, va de la unidad a la variedad máxima, pero siempre atada a un denominador común. Luego, su estudio por temas—«Gaucho Literature» y «The Spanish American Novel»—, y el otro tajo del mundo literario iberoamericano—«Brazilian Literature»—completan el amplio propósito de Torres-Rioseco. El estudiante tendrá así, en un libro hecho en dos direcciones—cronología e historia—una excelente iniciación en nuestra literatura. La materia todavía informe va encontrando de esta manera sus naturales perfiles, a los que pondrá diques de cemento y acero el investigador del futuro, pero teniendo como base esta labor de pico y pala. Ella da a Torres-Rioseco el indiscutible rango de pionero. Y de pionero extraordinario, porque no es nunca un llena páginas ni un logorreico que hable a tontas y a locas de libros desconocidos, ni un caprichoso que invente valores sin explicarlos, sino el profesor y el estudioso responsable que en diaria brega de veinte años con un arsenal enorme y no clasificado, va hallando y justificando muy útiles casilleros.

Aun admitiendo que hay omisiones de nombres de primera fila, no puede haber reproche para Torres-Rioseco. Era necesario dejar muchos aspectos de lado, y más tratándose de un libro con vistas a la pedagogía. Los que lo hemos leído y utilizado en el mismo país en que Torres-Rioseco ha hecho su obra enfrentados en la cátedra a sus

mismos diarios problemas, no tenemos para este volumen sino agradecimiento y elogio. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

277. Arturo Giménez Pastor. *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires, Editorial Labor, 1945. Tomo I, págs. 1-297; Tomo 11, 298-574. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 74). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Con el propósito, demostrado en cada gráfica, de no hacer crítica «plutarquista», sino de separar la apreciación del legado de cada autor de su importancia cívica o histórica, Don Arturo Giménez Pastor, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, nos da en dos volúmenes manuales y bien presentados la historia de la literatura argentina, desde sus «antecedentes y precursiones coloniales» hasta nuestros días (el último autor mencionado es Eduardo Mallea). La amplia base edificada por Don Ricardo Rojas se estiliza en un deseo de claridad pedagógica, y se universaliza bajo la influencia visible de los juicios de críticos modernos como Pedro Henríquez Ureña. Para el estudiante argentino, así como para el estudioso no nacido en la Argentina, este manual resultará clarificador, sencillo, práctico. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

278. José Asunción Silva. *Poesías completas y sus mejores páginas en prosa*. Buenos Aires, Editorial Elevación, 1944, 232 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 74). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Reúne la Editorial Elevación, con respeto y buen gusto, la obra del gran poeta colombiano. El prólogo de Arturo Capdevila — «José Asunción Silva, el aristócrata» — da mayor prestancia y valor al hermoso volumen. En las páginas de Capdevila, y en las bien escogidas obras dispersas del poeta, sentimos otra vez toda la alteza tierna y dramática del genial joven suicida. Al final del volumen tenemos el privilegio de hallar la letra en prosa que se salvaron del naufragio del *Amérique* en que se perdió la mayor parte de ellas.

Se afirma con esta edición el nuevo trato dado a Silva, en permanente rectificación y ascensión desde que una malhadada y gazmoña edición profanó su extraordinaria obra. Celebrémoslo. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

279. Julio Jiménez Rueda. *Historia de la literatura mexicana*. México, Ediciones Botas, 1946, 350 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (pp. 74-75). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Esta cuarta edición de la conocida y estimada obra de Jiménez Rueda viene enriquecida con un breve prefacio, bueno por los útiles datos que agrega y el atinado criterio que lo preside así como con una bibliografía efectivamente «mucho más completa que la de la edición anterior» y con unas útiles «tablas cronológicas». El sabio profesor mexicano consigue avanzar con paso firme en cada edición de su *Historia de la literatura mexicana*, por lo que el estudioso y el estudiante ven con confianza que logrará realizar los valiosos proyectos literarios que estas páginas ofrecen. Con aplauso, pues, saludamos la cuarta aparición de su libro. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

280. José Martí. *Obras completas*. Edición conmemorativa del cincuentenario de su muerte. Vol. I. La Habana, Editorial Lex, 1946, 2164 págs. \$20.00. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 75). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Cita M. Isidro Méndez, en su prólogo a estas *Obras completas*, una frase de Martí que es, indudablemente, muy aplicable a esta edición: «de vastas páginas, de limpios márgenes, de clara letra». El mérito de este extraordinario esfuerzo ha de agradecerse al Dr. Mariano Sánchez Roca, Director de la Editorial Lex, y a Isidro Méndez, a cuyo cuidado estuvo tan valiosa labor.

Forman este volumen su fervoroso prólogo (de Méndez), su «Síntesis de la vida de José Martí», varias «Resonancias y homenajes en el cincuentenario» — trozos de diversos autores, de ayer y de hoy, cubanos y no cubanos, sobre Martí —, y luego la obra martiana distribuida en tres partes: Primera, «Patria e independencia»; Segunda, «Letras, educación y pintura»; Tercera, «Norteamericanos»; y Cuarta, «Escenas norteamericanas». Siguen un «índice onomástico», un «índice geográfico» y un «índice general». Varios grabados enriquecen el volumen.

La carta que José Martí escribió a Gonzalo de Quesada y Aróstegui el 1º abril de 1895, conocida por «el testamento literario», precede aquí su obra, y norma el criterio de los editores. Aunque puede discutirse la eficacia de aplicar a la publicación de toda la obra de Martí, o cuando menos de gran parte de ella, el criterio que Martí aplicaba sólo a una mínima parte — los

editores y nosotros no somos, ni podemos ser, ni debemos ser tan rigurosos como el autor, consagrado aún más de lo que él supuso—, no cabe duda que estamos ante una edición sistematizada, bien catalogada y con plena dignidad tipográfica, como en su prólogo lo dice Méndez. La valía de este trabajo es excepcional y será completada por el segundo volumen; ya en prensa. Algún día se hará una edición crítica de las obras completas de Martí, con un criterio adecuado a los enormes materiales que él no pensó que se recogerían tan escrupulosamente, y también se hará una edición sintética y medular de la parte fundamental de su obra. Pero entretanto ese día llega, puede considerarse que su estudio va por excelente camino: —la edición primera, limitada pero devota, con valor de primera piedra, de Quesada y Aróstegui; la de la Editorial Trópico, que ha aportado magníficos materiales desconocidos y recogidos otros desperdigados, y ésta de Lex, son una base firme para la confirmación de la «segura inmortalidad» que previó Darío. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

281. Antonio Pagés Larraya. *La iniciación intelectual de Mitre*. Trabajos literarios de 1837. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina, 1943, 200 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 75). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Recoge y estudia el señor Pagés páginas desconocidas de la juventud de Mitre, que van hasta 1837, fecha en que se matea su iniciación literaria. El adolescente que escribe sobre las *Rimas* de Echeverría, que se guarece bajo el seudónimo «El que usted bien conoce» en una polémica del *Diario de la tarde* y que en *El Defensor* publica unas «Reflexiones sobre el teatro», muestra ya la afición al estudio, la curiosidad intelectual múltiple y el ímpetu que caracterizarán luego la vida y la obra del escritor y del gobernante. Esta investigación del señor Pagés tiene la importancia, pues, de revelarnos los ingredientes y los antecedentes culturales del gran hombre argentino. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

282. José Martí. *Obras completas*. Edición conmemorativa del cincuentenario de su muerte. Vol. II. La Habana, Editorial Lex, 1946, 2064 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 76). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Hemos ya reseñado en estas páginas el volumen I de estas *Obras completas*. Este segundo tomo recoge cuanto quedaba de la producción de

José Martí. Contiene una nota preliminar de Don Mariano Sánchez Roca. La obra martiana aparece dividida así: Hispanoamericanos, Nuestra América, Escenas mexicanas, Escenas europeas, La Edad de Oro, Versos, Teatro, Novela, Cuadernos de trabajo, Retorno a Cuba. Se cierra con un epílogo y con índices onomástico y geográfico de Sánchez Roca, y con un índice de materias de Don Rafael Marquina.

En dos tomos de magnífica presentación, en limpias páginas de clara letra, la Editorial Lex ha logrado reunir la obra de Martí. Basta este hecho para felicitar a quienes iniciaron y realizaron tan extraordinaria y útil empresa. Este es un paso más, decisivo, hacia la edición crítica de las obras del gran cubano. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

283. Arturo Berenguer Carisomo. *Los valores eternos en la obra de Enrique Larreta*. Buenos Aires, Editorial Sopena Argentina, 1946, 264 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 76). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El autor advierte que por primera vez se escribe un trabajo orgánico y completo sobre Larreta. Es cierto. Por ello, por abordar con entusiasmo y esmero la valoración de escritor tan conocido y tan discutido, este libro tiene para el estudioso un indudable mérito, cualesquiera que sean las críticas que a su pensamiento y a su método puedan hacersele.

Una introducción sobre «El momento literario de la aparición de Larreta», que pretende abarcar sin conseguirlo aquel lapso literario en la Argentina y fuera de ella, da paso a su cuidadoso estudio—histórico, literario, estilístico—de *La gloria de Don Ramiro*, como creación hispánica y universal, y a *Zogoibi* como vuelta y coronación nacional de su personalidad; para seguir con un juicio vasto y documentado sobre su creación dramática y su creación lírica. Amplia lectura, atención esmerada, conocimiento del hombre y la obra de Larreta, empeño en ser sistemático, equilibran la censura que podría hacerse a las que el autor dirige a métodos literarios diferentes del suyo, como al del ilustre profesor Arturo Marasso, y a varias afirmaciones excesivas sobre «los valores eternos» de Larreta. No es éste, sin duda, a pesar de sus trabajos de largo aliento, comparable a otros grandes argentinos, de mérito realmente universal y permanente; pero tampoco merece el desdén global ni el repudio violento de que ha sido víctima. Este trabajo serio y responsable es camino para restituir las cosas a su justo medio, el justo nivel. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

284. Juan J. Remos y Rumo. *Historia de la literatura cubana*. La Habana, 1945, Cárdenas y Cía., Vol. I, 318 págs.; Vol. II, 736 págs.; Vol. III, 588 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 77). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

«Rigor didáctico» tuvo la *Historia de la Literatura cubana*, en un volumen, que en 1925 publicó el profesor Remos y Rubio; «perfecta madurez» estos tres apretados tomos, con los que amplía ahora su propósito inicial. Así califica el prologuista, Don José María Chacón y Calvo, el esfuerzo del autor.

Divide éste su *Historia* en tres partes: «Orígenes y clasicismo» (siglos XVI, XVII, XVIII y primer tercio del XIX), que ocupa el primer volumen; «Romanticismo» (subdividido en dos partes, antes de 1868 y de 1868 a 1895), que forma el voluminoso segundo tomo; y «Modernismo» (que se inicia con José Martí, y recoge los nombres de los escritores de «la República», hasta nuestros días), que integra el tercero. Además de los índices alfabéticos y de materias que acompañan a cada uno de ellos, el tercero contiene una rica bibliografía de cincuenta páginas.

Consagrado el doctor Remos y Rubio durante largos años, a la cátedra literaria, logra presentar en estas mil quinientas páginas, la historia de las letras cubanas. La objeción que podría hacerse al encasillamiento de sus autores en clásicos o románticos, y la que podría añadirse sobre la dificultad no siempre vencida de valorizar la obra de muchos escritores contemporáneos, varios de ellos aun viven y aun en el período inicial de su labor, resultan secundarias ante la riqueza de datos y el acierto de un buen número de opiniones del autor. Estos reparos son aplicables por otra parte, a todo trabajo de tan amplio alcance. Éste pasa a ser, en resumen, fundamental para quien quiera estudiar la historia de la literatura cubana, al lado de la obra clásica de Aurelio Mitjans. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

285. María Robles y G. de Cosío. *La poesía de Salvador Díaz Mirón*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1941, 175 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 78). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Se trata de la tesis, mimeografiada, que presentó la señorita Robles para obtener el grado de Maestra en Letras. Analiza el «doble aspecto de Díaz Mirón» —el poeta y el hombre—; la influencia del Roman-

ticismo —especialmente los de Byron, Hugo—y la de dos clásicos: Dante y Góngora. Lo sitúa dentro del Modernismo, luego de estudiar las huellas españolas y francesas del Modernismo, subrayando toda la importancia del veracruzano en la nueva pléyade hispanoamericana, para señalar en seguida su rastro en Darío, Villaespesa y Chocano, y terminar con serenas y meditadas apreciaciones sobre la importancia y el mérito de su poeta.

La tesis revela diligencia y buen gusto, sobre todo en lo que se refiere al estudio de los poetas franceses —Hugo, Gautier, Baudelaire, Verlaine—, y logra dar al lector una idea cabal del hombre y el poeta. Más firmes serían sus perfiles si hubiera investigado más y precisado mejor su biografía, y si la bibliografía hubiera sido mejor organizada. Aunque el lector —en este caso los profesores conozcan bien la vida y la obra de Díaz Mirón, faltan los datos humanos y bibliográficos que dan remate a la materia. Estos defectos de método, importantes en una tesis, quedan felizmente vencidos por el análisis, siempre cuidadoso y a menudo fino y atinado, que la señorita Cosío hace de los temas del poeta, de las influencias que recibe y de su colocación en la historia de la poesía. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

286. Julio Jiménez Rueda. *Santa Teresa y Sor Juana. Un paralelo imposible*. México, 1943, 56 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 79). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Se trata del discurso de ingreso en la Academia mexicana, correspondiente de la española, leído por el autor el 23 de octubre de 1942, y la respuesta del académico de número Genaro Fernández Mac Gregor. Con amplia documentación y fino juicio crítico, logra Don Julio un rico estudio, apretado de útiles y sagaces observaciones, sobre las dos grandes mujeres, sobre la época y el lugar en que cada una de ellas vivió, sobre las ideas que las nutrieron y sustentaron su personalidad tan diferente. La comparación entre la Santa de Ávila y la monja de México, tan a menudo tratada, cobra en Jiménez Rueda perfiles nuevos, y le da tema para hacer un útil paseo por el misticismo español y sus orígenes cercanos y remotos. Las apostillas de Fernández Mac Gregor, que contradice la opinión de Jiménez Rueda—éste cree imposible el paralelo y aquél lo considera útil y factible—sirven, precisamente por tomar el punto de vista opuesto, para completar y redondear el interés y el mérito de esta publicación. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

287. Andrés Iduarte. *Martí, escritor*. México, Cuadernos Americanos, 9, 1945, 402 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (pp. 79-80). Texto firmado por: Eugenio Florit]

Este libro del Profesor Andrés Iduarte—escrito como tesis para el doctorado en Filosofía en esta Universidad nuestra de Columbia, y que salió a la luz precisamente en el año en que se cumplieron los cincuenta de la muerte de Martí, bien merece una reseña entusiasmada y llena de agradecimiento. A la serie de estudios, biografías, ensayos críticos en años recientes sobre esta figura máxima de nuestra literatura—no olvidemos los libros de Mañach, Lizaso, Quesada, Isidro Méndez y Rodríguez Embil—hay que agregar éste magnífico de A. I. en el que, a diferencia de los demás, el estudio está especialmente enfocado a lo literario en Martí; dejándose lo puramente biográfico, para entrarse en la selva, en la montaña, en el mundo que es su literatura. Claro está que en Martí vida y letras están de tal modo entrelazadas, que no es posible hablar de una sin tener que acudir a la otra como referencia y punto de apoyo. Es Martí uno de esos hombres en quienes no sólo el «estilo es él», espejo su palabra hablada o escrita de su extraordinaria y originalísima personalidad, sino que además vivió escribiendo prosa o poesía, porque no podía dejar de hacerlo. Es un caso evidente de «necesidad» literaria. Por eso la vida de Martí está toda en su literatura y por eso quien hace un estudio concienzudo y amoroso de su literatura nos está dando, a la vez, la vida misma del hombre.

Ese estudio concienzudo y amoroso, lleno de cuidado y de entusiasmo es éste a que nos referimos. En sus distintas partes: 1. El hombre y su obra; 2. Los géneros; 3. Los temas; 4. Las ideas y 5. Valoración literaria, Iduarte se plantea y resuelve brillantemente todos los problemas que un examen de la obra de Martí puede sugerir. Llevado de su gran devoción por el Maestro, este mexicano a quien Martí hubiera querido, por honrado y por noble, nos escribe haciendo a su vez obra literaria—y ya esto hace subir el libro por encima del nivel seco de las tesis doctorales.

He dicho «mexicano». He aquí una palabra ante la cual estoy cierto que el espíritu de Martí se mueve con aire de infinito amor. Porque si Martí fué de Cuba por el suelo y el martirio y el sacrificio final, fué también de toda nuestra América, de tal modo que pocos hombres de este Continente pueden llevar como él lo lleva tan bien puesto el nombre de «americano total». Y de entre esa total América martiana, fué México

tan amado para él que lo tenía en el pecho como lugar predilecto entre todos. Por eso pienso que este Iduarte mexicano —y este libro tan serio y tan completo de un mexicano de hoy— han de saberle a gloria al Maestro que en vida tuvo «allá en México un amigo».

Volviendo al libro que reseño, quiero decir el cuidado que A. I. ha puesto en el estudio de los géneros literarios en que se expresó Martí—poesía, discursos, artículos y ensayos, cartas y diarios, documentos políticos, teatro, etc.—, dando a cada uno de ellos la importancia que tiene en el cuadro general de la obra, y considerando de un modo especial la poesía—tan importante como expresión genial de su espíritu, y sobre la que aún tengo que escribir—y el lugar que Martí ocupa en las letras de habla castellana como iniciador—más que precursor—, del modernismo. Esa actitud la subraya Iduarte, ilustrándola—como en todo momento a lo largo de su obra hace—con textos apropiados.

De la lectura de este libro nos queda un conocimiento profundo del escritor Martí. El autor no sólo sabe, y conoce y tiene, sino que da; y comunica al lector su sabiduría. Es por lo tanto *Martí, escritor*, una de las pocas obras de crítica literaria que puede recomendarse de un modo absoluto. Está bien hecha, bien organizada, y bien amada. Imprescindible, pues, para el estudio y conocimiento de Martí, vale decir de uno de los escritores más originales del idioma castellano y uno de sus máximos poetas y ensayistas.

El libro lleva, como complemento a su valor, una «Bibliografía», en la que se incluyen los títulos de las ediciones, traducciones de obras extranjeras y estudios. En este grupo, de Estudios, el autor nos da una lista de más de doscientas cincuenta títulos de obras consagradas a la vida o a la obra de Martí. —EUGENIO FLORIT, *Barnard College*.

288. Pedro Grases. *Andrés Bello. El primer humanista de América*. Buenos Aires, Ediciones del Tridente, 1946, 160 págs. \$4.00 m/n. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 81). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

«La inocencia de Andrés Bello», en que se estudia y aclara la calumnia, de delator de la revolución de independencia, que pesó injustamente sobre el gran americano; «La singular historia de un drama y de un soneto de Andrés Bello», buen buceo crítico; «Don Andrés Bello y el poema del Cid», de más largo alcance; y la «Contribución a la bibliografía caraqueña de Don Andrés Bello», investigación muy necesaria y útil

para fijar las raíces continentales del venezolano, forman este excelente volumen del profesor Grases. Método, sabiduría, buen juicio, buen gusto, estricta honradez intelectual y noble pasión hispanoamericana constituyen los méritos de esta obra, que supera, sin duda, las anteriores del autor. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

289. Rufino J. Cuervo. *Cartas de su archivo*. Bogotá, Imprenta del Instituto Gráfico Ltda., 1943. Tomo III, 240 págs.; tomo IV, 252 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (p. 83). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Colombia afirma con estas publicaciones la sólida gloria de su insigne filólogo. Quien lea estas cartas tendrá un ejemplo de vida estudiosa y noble, y muchos datos para seguir en detalle el desarrollo de una gran obra filológica. Cuervo guardó cuidadosamente—hombre metódico, con sentido de responsabilidad humana y científica—las cartas que le venían de distintos rumbos. Se destacan los nombres de Marcelino Menéndez y Pelayo, Joaquín García Icazbalceta, Miguel Antonio Caro—su amigo de siempre—Don Antonio Machado Álvarez, Tamayo y Baus, Ramón de Campoamor, Miguel Cané, Rafael Ángel de la Peña y Reyes, Enrique Piñeyro, Juan Montalvo, Rafael M. Merchán, entre los más conocidos de las letras hispanas. Entre los estudiosos extranjeros: Morel Fatio, Blumentritt, Paul Meyer, Hugo Schuchart, B. de Tannenberg, etc.

El tono de las cartas que recibía Cuervo lo da este trozo de una de las que le dirigió Don Joaquín García Icazbalceta, refiriéndose al Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana: «Quisiera ser juez competente para que pudiera valer algo mi opinión acerca del maravilloso libro de V. Había yo oído hablar de él con elogio; pero por más que el mero hecho de ser trabajo de V. me bastara para esperar cosa de primer orden, confieso que he quedado confundido al recorrer las primeras páginas del cuaderno. No acabo de comprender que eso sea obra de un solo hombre: aun sería mucho para una Academia entera. Cómo ha podido V. ejecutar semejante trabajo! es cosa que no me cabe en el juicio. Decir a usted que le juzgo nuevo, excelente, utilísimo, magistral, sería muy poco: añada usted cuanto quiera, y no llegará a lo que pienso. Me enorgullezco de que tan grandioso monumento, ya que no mexicano, sea hispanoamericano.» Por su parte, Don Marcelino Menéndez y Pelayo le dice sobre sus «Apuntaciones»: «Me asombra en éste como en los demás trabajos filológicos de Vd. la enorme y bien di-

gerida lectura que en ellos se manifiesta, el tono seguro y casi infalible con que procede en las cuestiones dudosas, la sagacidad con que trae a su propósito las más diversas autoridades, y la lucidez con que las interpreta. Pero lo que admiro más es el método y el rigor científico, que si en toda obra humana son dignos de aprecio, mucho más deben serlo en esta materia de la Filología, donde el método lo es todo, y sin él se cae irremisiblemente en lo arbitrario, fantástico y caprichoso, de lo que tenemos en España innumerables ejemplos. Esta obra que para usted no ha sido más que un pasatiempo, y que es sin duda un recreo sabrosísimo para todos los amantes de nuestra habla (puesto que usted no escribe solamente para los bogotanos ni para los colombianos en general, ni para los americanos, sino que nos adoctrina e instruye a todos los que hablamos y escribimos el castellano en ambos mundos) acaba de darme idea de lo que será ese monumental diccionario que usted prepara y cuyas primicias han llenado de admiración a los pocos que entre nosotros tienen autoridad en estas materias.»

No sólo por lo que atañe a la gloria de Cuervo, ni solo por lo que se refiera a su materia sino como una guía íntima de la cultura hispánica, los editores de este volumen merecen el mayor reconocimiento y aplauso. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

290. Norberto Pinilla. *La controversia filológica de 1842*. Santiago de Chile. Prensas de la Universidad, 1945, 120 págs. [Año 12, No. 1/2, Enero - Abril, 1946, (pp. 83-84). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Completa este libro «el cuadro polémico» de aquel año, iniciado con *La polémica del romanticismo en 1842*, del mismo autor, a la que ya hicimos referencia en estas páginas.

Si el anterior tenía vivo interés para todos, éste lo tiene más. Lo integran los artículos publicados en *El Mercurio* de Santiago de Chile por Don Domingo Faustino Sarmiento, Pedro Fernández Garfías—quien con sus dislates fué el punto de partida de la discusión—, Don Andrés Bello, Don José María Núñez, y otros cuyos seudónimos ocultan a personas de mucha significación en la vida intelectual de Chile. Los de Sarmiento y Bello son los más difundidos, a través de obras que el profesor Pinilla señala en su «Prólogo»; pero aquí los tenemos enlazados con siete artículos hasta ahora recogidos en libro, que no son los menos importantes de la conocida y trascendental polémica. La enciende la pasión y el ímpetu de Sarmiento, que lo lleva hasta el error, pero que

aviva las ideas, y termina—mediante los conocimientos y juicios que se barajan en todos los tonos—en el acierto; la modera y organiza la sabiduría de Bello y sus discípulos. Muy importantes puntos filológicos se tratan en el debate, cuya importancia es tal que aun siguen siendo motivo de pelea; y, además, dejan ver estos vivos artículos aspectos muy valiosos de la personalidad de los dos ilustres hispanoamericanos. La lectura de esta antología, debida a la dedicación estudiosa del profesor Pinilla, es esencial para legos y profanos, y apasionante para toda clase de lectores. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

291. Lino Novás Calvo. *En los traspacios*. La Habana, Páginas, S. A. 1946, 72 págs. (Cuadernos Cubanos 1). [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 276). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La editorial Páginas presenta aquí el primer volumen de sus *Cuadernos Cubanos*, primero también de la *Colección del Tabaco*, dedicada a obras narrativas. El propósito de la editorial es «ofrecer, sin periodicidad pero con constancia, muestras apreciables de las letras cubanas de nuestros días, y no sólo de los valores ya cuajados de la cultura vernácula, sino también de los que... se abren camino para llegar a serlo».

En este caso se trata de uno de los más cuajados novelistas cubanos.

Una vida de gente pobre de Cuba, que termina en tragedia, es lo que cuenta aquí Lino Novás Calvo. No hay un grito en el libro, pero no falta un instante el estremecimiento que ya conocíamos en todas sus novelas. La vida es estremecimiento, y estremecido vive el autor, uno de los de más profunda y herida sensibilidad de nuestro tiempo. ¿Inventa Lino sus tramas? ¿Sólo cuenta lo que ve o recuerda? Quizá todo en uno. Es una cera muy fina que recoge y reproduce las más mínimas huellas de un universo múltiple, acongojado, espantoso, y al mismo tiempo simple y común, cubano y universal. Con su voz queda, Lino nos va contando sin prisa, aparentemente sin propósito, lo que le rodea, en la realidad y en la imaginación. Conoce los traspacios, siente la marcha psicológica, sencilla y torturada, de la gente de los traspacios. Hay primor y grandeza en sus páginas: presenta cada segundo—no es que los alargue, es que los segundos son largos y contienen tantas cosas—, abarca todo el drama de sus vidas. Copia o recoge, y también está creando.

Estas notas rápidas son sólo un pasajero apunte de la impresión que nos produce una inteligencia tan lúcida y vasta, una sensibilidad

tan minuciosa y amplia, dotada de una pluma tan bien gobernada, en marcha hacia uno de los sitios literarios mayores de América. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

292. Margarita Urueta. *Ave de sacrificio*. México, ediciones Letras de México, 1945. 132 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (pp. 278-279). Texto firmado por: A. I.]

En el mundo de los aztecas transcurre este drama de amor. La heroína, Nahui, lleva escrito un extraño sino. Tarde ya, encuentra marido en Huitzil, guerrero que lucha al lado del señor de las Tres Flores, padre de Nahui. Parten, una vez más, a la guerra. Entretanto, Nahui y el mancebo consagrado al sacrificio en aras de Tezcatlipoca, recuerdan su viejo amor infantil, y huyen. Los sorprende, al volver derrotado, el señor de las Tres Flores, y atraviesa con su cuchillo de obsidiana de doble filo el corazón del mancebo. Nahui estrecha su cuerpo contra sí, y el mismo cuchillo le da la muerte. Plumos de colores, pájaros delicados, jugo del maguey, guirnalda de flores; sacerdotes negros, peleadores morenos y altivos, doncellas que marchan danzando, y en el fondo el cu de los sacrificios; sangre e hidromiel, fuerza y ternura, violencia y gracia. El cuadro tiene finos marcos, y la escena vivos colores y acción rápida. El diálogo, en muy hermoso español, tiene giros mexicanos que vienen o, cuando menos, pueden venir del universo de primor y de temple a la vez que fué el de los aztecas.

Quizá no logra Margarita Urueta producir una pieza representable. Quizá, decimos, porque estamos en duda ante un ensayo por hacer. Pero sí logra reproducir un escenario humano del que quedan vivos vestigios, con conocimiento amoroso e indudable buen gusto. No en balde tiene herencia y tradición de Sierras y Uruetas. Apuntan sus graciosas páginas un camino mexicanísimo, de muy prometedora meta. —A. I.

293. Xavier Villaurrutia. *Autos profanos*. México, ediciones Letras de México, 1943. 216 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 281). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Reúne aquí Villaurrutia cinco breves obras de teatro: *Parece mentira*, *¿En qué piensas?*, *Ha llegado el momento*, *Sea usted breve* y *El ausente*. «Un enigma, un misterio, una farsa, un epílogo y un mito»: así las define su autor. «Tres de ellas fueron publicadas ya—agrega—en ediciones

limitadas y ahora inhallables. Tres de ellas, también, han sido representadas ya. (¿Cuáles exactamente? ¿Las tres primeras?, se pregunta el lector distante y curioso de la bibliografía del escritor.) Las otras dos esperan aún los intérpretes... » Fueron escritas «en el tiempo heroico de los teatros experimentales—Ulises, Teatro de Orientación, Teatro de Media Noche—que los escritores de mi generación pusimos en pie».

«Autos, ...actos, ...misterios, ...milagros y juegos profanos» llama Villaurrutia a sus ágiles páginas. Las compara, con mucho acierto, «a formas tan concretas, sostenidas y peligrosas como el soneto». Sólo el espectador avisado y versado en este teatro podrá seguirlo; pero todo buen lector lo gustará cumplidamente. Los personajes, a veces vivos, son siempre inteligentes hasta el grado máximo. A menudo quedan diluídos en inteligencia pura. La trabazón de las ideas hace pensar en una perfecta armazón arquitectónica. El idioma es tan bueno que se desliza ante el ojo del que lee, o ante el oído del que escucha. Precisamente su ternura y su transparencia hace que a veces no se sienta su maestría, porque logra el propósito del autor, de ser sólo caballo de luz para su pensamiento de aire. ¿Será necesario decir que en el dramaturgo, como en el poeta Villaurrutia, impera y priva la gracia, la aristocracia, la esbeltez, la aguda intención de la inteligencia mexicana, sobre un conocimiento muy vasto del teatro moderno? —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

294. Instituto Nacional de Estudios de Teatro. Biblioteca teatral. Tomos I a VI, Buenos Aires, 1942-1945. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 281). Texto firmado por: A. I.]

Seis tomos hemos recibido de la importante biblioteca teatral del Instituto: I, *El sargento Palma*, por Martín Coronado; II, *Los mirasoles*, por Julio Sánchez Gardel; III, *Martín Fierro*, por José Hernández, teatralización de José González Castillo; IV, *El hombre de mundo*, por Ventura de la Vega; V, *Los conquistadores del desierto*, por Enrique García Velloso, Folco Testena y José González Castillo; y VI, *Una mujer desconocida*, por Pedro Benjamín Aquino. La buena presentación; los trabajos críticos que preceden a cada una de las obras mencionadas—trabajos originales o reproducción de los que se publicaron en la época en que aquéllas nacieron—; la importancia no sólo argentina sino continental, hispánica y aun universal de autores como Coronado, de la Vega y Hernández; y las sendas notas bibliográficas, algunas de ellas muy completas,

hacen esta colección de primera importancia para el estudioso de la literatura hispanoamericana, y particularmente del que se dedique a su teatro. Nombres como el de don Ricardo Rojas, el de Don Eleuterio Tiscornia y el del Director Nacional de Estudios de Teatro, Don José Antonio Saldías, que conducen o anotan esta serie, bastan para acreditar su mérito. — A. I.

295. Enrique Anderson Imbert. *Ensayos*. Tucumán, Talleres Gráficos Miguel Violetto, 1946, 128 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 282). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Un muy breve tomito, cargado de muchas cosas buenas y de muchas muy discutibles, abigarrado, pletórico, y a la vez ágil y agudo. Comenta a José Martí, a Lope de Vega, a Korn, a Ben Jonson a Américo Castro, a Cervantes, a Unamuno, a Víctor Hugo. Su vivacidad típicamente periodística no le quita aciertos a su juicio: el hallazgo es su característica. Ésta a veces se queda a medias se le pierde o se le rompe en el aire. No sin tino—más atinado por referirse a sí mismo—tituló Anderson a sus primeros ensayos *La flecha en el aire*. Y en éstos, recordándolo, dice: «No digo que mis flechas sean así de prodigiosas, sino que lo que yo estimo de mí mismo son mis disparos imaginativos: la flecha en el aire ardiente y efímera, no la posesión final de un blanco atravesado!» Excelente apreciación de su trabajo alegre y de su juego seductor. A veces, quizá, se deja ir y cae en el exceso, inaceptable como cuando habla de Unamuno. Pero ¡qué importa, si él mismo lo sabe y se contesta! Los años no quitarán nada a este ensayista verdaderamente joven, sino limarán sus aristas y harán de él uno de los más valiosos de América. No es el suyo de los casos en que la edad pueda ser peligro, sino superación. La materia prima es magnífica, y sus arriesgados equilibrios se siguen con encanto y sonrisa de buena estirpe. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

296. Emilio Rodríguez Demorizi. *Dominicanidad de Pedro Enríquez Ureña*. Ciudad Trujillo, Pol Hermanos, 1947, 86 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 283). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Contiene este libro un discurso pronunciado por el autor en la Universidad de Santo Domingo, en el que estudia y exalta la vida y la obra del autor; unos apuntes adicionales, en donde se precisan muy útiles

datos biográficos; y una bibliografía de cincuenta páginas. Rodríguez Demorizi, admirador y amigo de Don Pedro, le rinde aquí uno de los primeros homenajes que la América debe al maestro dominicano. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

297. Augusto Arias. *Vida de Pedro Fermín Cevallos*. Quito, Editorial Escuela Central Técnica, 1946, 104 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 284). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En prosa excelente, con buena información, con método y amor ha escrito Arias la biografía del gran historiador ecuatoriano. Ni novela ni compilación, sino verdadera biografía en la que va enlazado el equilibrado juicio crítico de la obra de Cevallos. En este bien aprovechado centenar de páginas, Arias sigue la vida de Cevallos desde su infancia de Ambato—tierra en la que también nacieron Mera y Montalvo—, sus encuentros o divergencias con tan ilustres coterráneos, las raíces y ramas de su hogar y su trabajo como costumbrista, lingüista, profesor, político e historiador, hasta dejarlo en el término de su longeva vida. No sólo vale el libro por darnos a los de fuera, y con mano capaz, los ignorados datos de la vida del historiador del Ecuador, sino por el ambiente literario y político del tiempo en que aquél fenece. Y hay páginas literarias hermosas, siempre claras y sobrias, como las que dedica—por ejemplo—al elogio de la longevidad, tan condenada por la ilusión de que los que mueren jóvenes son los amados de los dioses. «Los amados de los dioses—dice Arias—caminarán largamente sobre la tierra para fecundarla». Justo tributo a las vidas largas y fecundas, como la de Cevallos. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

298. Laureano Villanueva. *Vida de don Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, 1945, 540 pgs. (Biblioteca venezolana de cultura. Colección «Andrés Bello».) [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (pp. 284-285). Texto firmado por: A. I.]

En conmemoración del 150º aniversario del nacimiento de Sucre se escribió este libro, por decreto del Presidente de Venezuela, General Isaías Medina Angarita. Su autor, el doctor Villanueva, miembro de la Academia Nacional de la Historia, contó para la elaboración de la obra con los archivos oficiales y muchos de los particulares de Vene-

zuela. Esto acredita el valor documental de la obra. Comienza con una apología del Gran Mariscal, subrayando sus excepcionales virtudes—bondad, generosidad, clemencia, valor—y demostrándolas con muy oportunas anécdotas; y sigue con un cuidadoso repaso de la vida del ilustre venezolano. El lector no venezolano, e incluso el conocedor de la noble vida, encontrará aquí documentación para precisar y ampliar sus más ignorados puntos. El doctor Villanueva, devoto admirador de Sucre, interpola a menudo sus alabanzas, legítimamente emocionadas. La pureza de Sucre resplandece mientras más se hurga en todos los aspectos de su vida pública y privada. —A. I.

299. Eva Mouriño Hernández. *El juego en Cuba. Sus factores. Su desenvolvimiento histórico en la época colonial*. La Habana, Úcar, García y Cía., 1947, 352 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 285). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Tesis doctoral de excepción por la cuidadosa investigación, por su rica documentación, por la seguridad de su método, por la facilidad de la prosa de la autora y también por su presentación tipográfica limpia y clara. Un agudo prólogo de Elías Entralgo nos advierte ya el mérito del trabajo, así como las autorizadas opiniones de Mañach, Santovenia, Joaquín Llaverías, Ramiro Guerra, Chacón y Calvo y Félix Lizaso. Documentación en facsímil y grabados le agregan valor al volumen. A través del juego la autora logra un buceo de la sociología y la psicología cubanas, meritorio y prometedor. Valioso en sí, el devoto trabajo de la señorita Mouriño se estima más como un primer paso, firme y seguro, hacia otros aspectos vitales de la vida de Cuba. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

300. Rodolfo Barón Castro. *Españolismo y antiespañolismo en la América Hispana. La población hispanoamericana a partir de la Independencia*. Madrid, Ediciones Atlas, 1945, 120 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (pp. 285-286). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Reúne aquí el señor Barón los dos trabajos—de distintas épocas, pero vinculados por un mismo propósito—que forman el título del libro. En el primero repasa la posición antiespañola de los hispanoamericanos, combatiendo la endeblez de su posición. Una frase del primer capítulo es quizá su distinción más valiosa: «Quienes muestran descontento no se sienten enemigos de la España-Nación sino de la España-Estado.

Hay, empero, una salida: hacer que la España-Estado satisfaga las justas ansias de sus dominios. No hubo satisfacción y vino la Independencia.»

En el segundo ensayo las cifras sobre la población de la América, tema que el autor ha trabajado antes con éxito, le sirven para afirmar su tesis de reconocimiento y aplauso de la obra de España en América.

Aunque a veces el reproche al antiespañolismo en conjunto toma giros puramente polémicos, los escritos del señor Barón se asientan en un buen aparato bibliográfico y dejan ver, además, su tradición: liberal de buena cepa hispanoamericana. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

301. Máximo Soto-Hall. *La niña de Guatemala. El idilio trágico de José Martí*. Guatemala, Tipografía Nacional, 1942, 170 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 290). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Hermoso y útil es el libro del señor Soto-Hall. Lo forman sus recuerdos de niño, que nos pintan a la Guatemala de los setentas y los ochentas, y sitúan dentro de aquel marco la figura tierna y ardiente del joven José Martí. Sus amigos, los intelectuales de la época, la familia García Granados y, de manera particular, María, ocupan sus páginas. «El idilio trágico de José Martí» es el subtítulo del libro y, como en ninguna otra parte, se recuerda y se analiza el amor y la muerte de «la niña de Guatemala». El conocimiento del asunto y el juicio serio y honrado del autor ponen en su sitio un hecho doloroso que a menudo ha sido torcido por la fantasía malévola y la ignorancia audaz. La figura de Martí resalta en toda su generosidad y su simpatía. Otras páginas finales lo pintan también en la visita que el señor Soto-Hall, acompañando a don Domingo Estrada, le hizo a Martí en Nueva York, en 1892. Queda así completa la imagen que le dejó su trato con él, cuando Soto-Hall era un niño.

Para el estudioso de Martí o para el de la historia política y literaria de Guatemala, este libro será agradable y valioso. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

302. Max Henríquez Ureña. *Panorama histórico de la literatura dominicana*. Río de Janeiro, Compahia Brasileira de Artes Gráficas, 1945, 340 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 291). Texto firmado por: A. I.]

Excelente es el estudio del señor Henríquez Ureña: junta el conocimiento maduro de quien tiene cepa como intelectual y como dominicano, el

entusiasmo y el brillo del orador y del conferenciante—de las conferencias dadas en la Universidad del Brasil salió este libro—, y cuidadosa documentación bibliográfica. Abarca desde el descubrimiento y la conquista espiritual hasta las letras de nuestros días. Tiene el mérito capital de enlazar la historia política de Santo Domingo, que el autor conoce muy bien, con la intelectual. Su enumeración de autores es profusa, pero no sin elevar y dar su rango a las figuras verdaderamente importantes. Ellas son los postes de su camino, los puntos de referencia muy bien valorizados. Desde la influencia de Tirso de Molina y Bernardo de Balbuena a la de Salomé Ureña y a la de Hostos, se construye el desarrollo cultural de la primada de América. Para el estudio de la literatura dominicana e hispanoamericana este libro es esencial. — A. I.

303. Carlos García-Prada. *Estudios Hispanoamericanos*. México, El Colegio de México, 1945, 342 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 291). Texto firmado por: A. I.]

Reúne aquí el profesor García-Prada varios nutridos ensayos y un buen grupo de reseñas de libros. Una preocupación señorea todos los trabajos: fortalecer una hispanoamericanidad literaria vital, destruir la concepción regional estéril y suicida. Sus más visibles méritos son el amor por sus temas y la sinceridad de su juicio. Nunca estorbado por pasiones de ninguna especie. Quizá los trabajos más interesantes son los que se refieren a José Asunción Silva, a Guillermo Valencia, a Manuel González Prada, a Porfirio Barba Jacob, a Germán Pardo García. Es curioso que en García-Prada son igualmente vivos la devoción por la poesía como el entusiasmo por el ensayo; aunque sin duda llega a sus autores por aquélla. Libro de estudio y de información hispanoamericana, escrito por quien mira a América en su conjunto desde los Estados Unidos, gustará e interesará a estudiosos profesionales y a aficionados. — A. I.

304. José Martí. *Ideario separatista*. Recopilación y prólogo de Félix Lizaso. La Habana, Publicaciones del Ministerio Educación, Dirección de Cultura, 1947, 188 págs. (Cuadernos de Cultura, séptima serie, 4.) [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (pp. 291-292). Texto firmado por: A. I.]

Recoge aquí Lizaso, tras de hacer un cuidadoso análisis del reformismo, del autonomismo y del separatismo cubanos, los trabajos de Martí que son la síntesis y el meollo de la última tendencia. Desde el folleto

La república española ante la revolución cubana, hasta el *Manifiesto de Montecristi*, a través de artículos, cartas y discursos, se ve la coherencia y el vigor de las tesis martianas. — A. I.

305. Biblioteca de autores cubanos. La Habana, Editorial de la Universidad de la Habana, 1944-1947. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 292). Texto firmado por: A. I.]

Con la *Philosophia electiva* de José Agustín Caballero inicia la Universidad de la Habana su Biblioteca de autores cubanos, y la sigue con la obra de Félix Varela y las de José de la Luz y Caballero. El viejo proyecto, ya realidad firme y en segura marcha, «ha sido confiada al Dr. Roberto Agramonte Pichardo, vicedirector de la Universidad, como director de la nueva institución editora, y al Dr. Elías Entralgo Vallina, profesor de Historia de Cuba y Sociología cubana de la Universidad, como secretario». Como administrador de la empresa figura Don Salvador Vilaseca Forné. Las traducciones latinas han estado a cargo del profesor español don Jenaro Artiles. Aparte de los citados, han colaborado, con diversas notas y estudios preliminares: Don Rafael García Bárcena, Don Medardo Vitier y Don Raimundo Lazo. Se incluyen también un trabajo póstumo de Don Francisco González del Valle—sobre José Agustín Caballero—y las fervorosas páginas de Martí sobre Don José de la Luz. Han prestado también su ayuda Don Francisco de Paula Coronado, director de la Biblioteca Nacional, y Don Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la ciudad de la Habana. Se han reproducido documentos publicados antes o proporcionados ahora por Don José María Chacón y Calvo, por Don Eduardo Martínez Dalmau, obispo de Cienfuegos; por Don Antonio Hernández Travieso, por Don José Antonio Fernández de Castro, por Don Leonardo Gruñón Peralta, por Don Manuel I. Mesa Rodríguez, y han cooperado de diversas maneras Don Gonzalo de Quesada y Miranda, Don Guiseppe¹ Fávole, Don Antonio Regalado, Don Humberto Piñera Llera. Recogemos los nombres mencionados en los doce tomos publicados—uno de José Agustín Caballero, cinco de Varela, seis de José de la Luz— para subrayar el mérito de esta colección, dirigida y apoyada por valores cubanos de prestigio continental. — A. I.

¹ [Nota del editor]. Con una errata en el original, pero claramente se refiere a Giuseppe Fávole Giraudi.

306. Roberto F. Giusti. *Lecciones de Literatura argentina e hispanoamericana y Antología comentada y anotada*. Buenos Aires, Ángel Estrada y Cía., 1947, 514 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 292). Texto firmado por: A. I.]

Completa este libro la serie de textos que el profesor Giusti ha escrito para los estudiantes argentinos. No es común que esta clase de libros tengan por autor a una persona que, además de saber pedagogía y tener experiencia docente, sobresalga por el buen juicio literario y el juicio seguro y fino. Una vez más acierta el valioso crítico. En seis capítulos dedicados a la literatura hispanoamericana y seis a la argentina, logra presentar al alumno un cuadro general en el que destaca y subraya los libros más importantes. La Antología que sigue a cada uno de los autores es un mérito más del presente libro. — A. I.

307. Ventura García Calderón. *Páginas escogidas*. Madrid, Javier Morata, editor, 1947, 1174 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 293). Texto firmado por: A. I.]

Preciosa edición, digna del contenido. En papel biblia, pasta roja de finísima piel con letras doradas, tipo de letra grande y claro, el editor Morata presenta una amplia selección de la obra de García Calderón. Forman el libro los siguientes capítulos: «Versos de juventud y prosas líricas», «Narraciones. Cuentos peruanos», «Otros cuentos», «Semblanzas» —entre las que descuellan sus magníficas páginas sobre Martí—, «Ensayos y crónicas», «Prólogos escogidos», «Teatro», «Lingüística» —en donde se recogen muy agudas observaciones de plena validez actual, desgraciadamente poco conocidas— «El Perú en la obra de García Calderón» y «Bibliografía». A las notas bibliográficas propiamente dichas, muy bien preparadas por León Pacheco, siguen varios estudios críticos: los de Zaldumbide, Zérega Fombona, Gabriela Mistral, Gómez de la Serna, Luis H. Delgado, el conde de Wiart, Raymond Ronze, Núñez y Domínguez, Lillo Catalán, Avilés Ramírez, Claudio de Torre, y las cartas cambiadas con Luis Valcárcel.

Por lo dicho se verá ya que la obrita, tan breve de tamaño como vasta de materia, resulta esencial para el estudio de un cuentista, de un ensayista, de un crítico de la primera fila de la literatura hispanoamericana. — A. I.

308. Diego Manuel Sequeira. *Rubén Darío criollo o Raíz y médula de su creación poética*. Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft Ltda., 1945, 318 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 294). Texto firmado por: A. I.]

«Para mayor gloria de Nicaragua» publica el señor Sequeira estas páginas sobre Rubén Darío, así como muchas páginas olvidadas o desconocidas del gran poeta. Recuerdos de su vida, anécdotas, hechos y fechas ayudan a reconstruir la vida del joven Darío en Centroamérica, hasta su viaje a Chile; versos improvisados, poesías exhumadas de viejos periódicos y revistas de Nicaragua y el Salvador; facsímiles de éstas y de los primeros libros de Darío dan a este libro verdadero valor. El estudioso de Darío encontrará en estas páginas devotas, escritas por quien ha puesto su devoción en el ilustre nicaragüense, deleite y provecho. — A. I.

309. *An Anthology of Spanish American Literature*. Prepared under the Auspices of the Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana by a Committee consisting of E. Herman Hespelt, Chairman and Editor; Irving A. Leonard; John T. Reid; John A. Crow, John E. Englekirk. New York, F. S. Crofts & Company, 1946, 826 págs. [Año 12, No. 3/4, Jul. - Oct., 1946, (p. 297). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La presente antología ambiciosamente abarca toda la literatura hispanoamericana; desde 1519 hasta nuestros días, todos los países y todos los géneros literarios. Sus autores han tenido el buen tino de someterse a la opinión establecida o consagrada. Por ejemplo: comienzan con Cortés, Bernal, Garcilaso y Ercilla; y ya en la Independencia, abren la marcha Olmedo, Bello y Heredia. Siguen los moldes conocidos en vez de atreverse a emplear nuevas escalas, necesarias por cierto, en nuestra literatura, pero que requieren estudios monográficos de mayor hondura, más espacio y más tiempo.

Cualquier lector podrá reprochar a los autores que no hayan dado más páginas a este autor, o que le hayan dado demasiadas a aquél. Blanco inevitable de tiros subjetivos son todas las antologías. Nosotros, verbigracia, hubiéramos querido que se distinguiera entre conquista y colonia, en vez de incluir a Cortés, a Bernal, a Garcilaso y a Ercilla en el período colonial, al lado de Sor Juana, Caviedes, Sigüenza, Concolorcovo y Eslava. Pero ¿qué diferencia trascendental establece este deseo nuestro? En obra de propósito pedagógico, ninguna.

Citamos nuestro criterio y en seguida lo autocriticamos para poner más de la natural tendencia a hacer críticas personales y, en realidad, secundarias, inútiles. En suma: esta antología sufre todas las limitaciones de una materia—la literatura hispanoamericana—poco estudiada, aún mal estudiada Y dentro de esas limitaciones es un trabajo útil cuidadosamente preparado y bien publicado, valioso como divulgación de nuestras letras en los Estados Unidos, por el cual damos a sus autores nuestra felicitación más cordial. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

1947

310. «TERCERA RESIDENCIA», DE PABLO NERUDA. [Año 13, No. 1/2, Enero-Abril, 1947 (pp. 42-43). Andrés Iduarte]¹

Forman la «tercera residencia» de Neruda en la tierra, poemas diversos y distantes, de temas y épocas diferentes, todos unidos—como los primeros que publicó en su adolescencia, como los que publicará mañana—por la fuerte y suave, por la cruda y fina personalidad del gran poeta. Divide en cinco partes su libro, pero, visto por el ojo ajeno y de golpe, son dos en realidad, separadas por estas frases que abren la parte segunda, titulada «Las furias y las penas»: «En 1934 fué escrito este poema. ¡Cuántas cosas han sobrevenido desde entonces! España donde lo escribí es una cintura en ruinas. ¡Ay! si con sólo una gota de poesía o de amor pudiéramos aplacar la ira del mundo, pero eso sólo lo pueden la lucha y el corazón resuelto. El mundo ha cambiado y mi poesía ha cambiado. Una gota de sangre caída en estas líneas quedará viviendo sobre ellas, indeleble como el amor. Marzo de 1939». A «Las furias y las penas» siguen: III. Reunión bajo las nuevas banderas; IV. España en el corazón; y V. varios cantos—los conocidos a Stalingrado, a Tina Modotti, a Bolívar, y otros—y su «Dura elegía», penúltima del libro.

Siempre es el mundo en fermentación y en descomposición—vidrios, sales, ácidos, maderas húmedas, licor de vida, deyecciones—que pueblan el sueño ebrio de Neruda; pero desde España en guerra, abrazándolo todo, una preocupación revolucionaria universal. La maldición de «España en el corazón» alcanza tonos proféticos, su mundo aspectos apocalípticos, y como fruto de ellos otro claro y sonriente, el de la firme y quieta convicción revolucionaria, el de la vegetal seguridad de un mundo mejor. No faltan páginas en que el amor físico, corporal, material, bestial en su desenfreno, humano y eterno en su realidad sin embozos ni engaños, vuelve a la escena de Neruda; pero guerra y revolución, sangre y hacinamiento de países rotos, aurora futura prevista y pregonada, son los estribillos diarios de su canción violenta y feliz.

*Es una sola hora larga como una vena,
y entre el ácido y la paciencia del tiempo arrugado,
transcurrimos,
apartando las sílabas del miedo y la ternura,
interminablemente exterminados*

¹ [Nota de Iduarte en el texto original]. Pablo Neruda, *Tercera residencia*. (1935-1945). Buenos Aires, Losada, 1947. 152 páginas. \$5 m. n.

dice aquel mismo de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*; pero el que sintió en su carne la destrucción de Guernica y siguió viendo por todas partes un universo náufrago y desarbolado es ya otro:

*Yo de los hombres tengo la misma mano herida,
yo sostengo la misma copa roja
e igual asombro enfurecido:
un día
palpitante de sueños
humanos, un salvaje
cereal ha llegado
a mi devoradora noche
para que junte mis pasos de lobo
a los pasos del hombre.*

El hombre de su época es ruso en los cantos de amor a Stalingrado, es alemán en el que hace a los ríos de Alemania, sin por eso no ser esencialmente hispanoamericano universal en el que Bolívar —su versión moderna de Bolívar— le dicta:

*Yo conocí a Bolívar una mañana larga,
en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento,
Padre, le dije, eres o no eres quien eres?
Y mirando el Cuartel de la Montaña, dijo:
«Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo».*

Y el motivo ruso, o alemán, o hispanoamericano está ligado, como en los versos anteriores, siempre, a la España en que su sensibilidad se hizo de nuevo. Quizá nada sea mejor que lo que en ella escribió:

*España, cristal de copa, no diadema
sí machacada piedra, combatida ternura
de trigo, cuero y animal ardiendo.*

El error de una gran parte de la crítica actual, de la negativa y de la afirmativa—en cuanto a Neruda —descansa en que lo combate y lo ensalza como poeta político o, cuando menos, como poeta de la política universal, para unos revolución creadora, para otros partidismo ciego y sectario. Es posible que al mismo Neruda, lanzado por voluntad al oleaje de la hora, sea esa manera de elogio y de deturpación la que más le guste. A nosotros no. No es que desdeñemos su actuación política en Chile y fuera de Chile, ni es que, ante el horror del mundo que vivimos,

seamos de los que ignoran la trascendencia del cataclismo. Muy lejos de eso. Del Neruda político se hablará hoy en todas partes, y más se hablará mañana. Pero no hagamos el agravio de ver a su poesía —a pesar de que nazca de una tragedia política, la española, y de que esté al servicio de sus ideas políticas —como política. Es eso exteriormente, pero sigue siendo poesía, como Neruda lo sabe y lo quiere, y como seguiría siendo aunque amigos y enemigos de Neruda se empeñaran en lo contrario. Y esta poesía de gran voz, de inmenso arranque, de fuerza virginal y a la vez de oscuros fondos corruptos, de ingenuidad niña y de estragos psicológicos de hombre de muchos y muy ásperos y muy elaborados placeres —todo en uno— siente quizá como ninguna otra en lengua española el temblor, el terremoto, la destrucción, el alba, los gérmenes creadores de una época extraordinaria, crítica, verdaderamente atómica. «Rompeola de las eternidades», hoy podrá ser visto Neruda como hombre de partido. En lo futuro no sólo como tal: se le verá como el intérprete natural, nato, auténtico, cargado de la savia turbia y cristalina de la primera mitad del siglo: XX, de nuestro tiempo caótico, temible, prometedor. Por eso este libro es capital en la poesía y para la poesía.

ANDRÉS IDUARTE

COLUMBIA UNIVERSITY

311. Mariano Azuela. *La mujer domada*. México, El Colegio Nacional, 1946, 200 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero-Abril, 1947, (pp. 59-60). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El gran novelista de México sigue en esta novela un tramo de la vida de una señorita provinciana, Serafina o Pinita. Hija de un huevero del mercado de San Francisco de Morelia, niña consentida de padres humildes e ignorantes, asiste a la escuela y se llena de aspiraciones desorbitadas. Ésta es la historia de una víctima típica de ellas. Pasa a México a estudiar y, enferma de un bovarismo universal y humanísimo, pero típicamente mexicano por el ambiente y los personajes, de salsa mexicana bien adobada con el lenguaje de la gente pobre y del mundo estudiantil que Don Mariano conoce tan bien, Finita ambiciona, sufre y fracasa. Los cuadros pobres del México de hoy están pintados de mano maestra, con toda la conocida difícil facilidad de Azuela, como al descuido bajo el cual palpita una inteligencia aguda, vigilante y callada. El profesor de la Facultad de Derecho que cree superar a Grocio, las sórdidas viviendas estudiantiles, los tugurios en que se come mal y

barato, el estudiante *destripado* y bohemio, el horror de las antesalas de las oficinas públicas, el drama humano de querer ser y no poder serlo, todo se ve siguiendo el hilo de esta vida femenina como hay muchas.

La maestría con que se dibuja el cuadro pintoresco y doloroso de la vida estudiantil de la capital no quita fuerza al estudio psicológico de Pinita, en el que Don Mariano, como siempre, cuenta lo que ha observado o recogido paso a paso, sin recetas de escuela literaria de ninguna especie.

Un día la niña pobre y orgullosa vuelve a su Morelia, a su casa pueblerina. La gota de agua de una tinaja, nunca advertida antes, en toda su vida de niña vanidosa, le trae el recuerdo de la madre muerta y el encanto de las pequeñas cosas, y es el comienzo de la paz y el sosiego. Los papeles se invierten porque entonces ella ha de luchar contra los deseos del padre, atrapado por las ambiciones intelectuales de la niña, enredado por las mentiras de «la mujer domada». En Morelia ella encuentra al viejo pretendiente, al tendero sencillo que antes despreciara y en un «guateque» típicamente mexicano ata o reanuda su verdadera personalidad, mata los espejismos que torcieron y atormentaron su vida reciente, pierde por voluntad el tren que habría de llevarle a las mentiras ciudadanas y pseudointelectuales y queda restituída a sí misma por el amor provinciano, natural, suyo.

El paralelo de provincia y capital, la doble fotografía lingüística y psicológica, los dichos estudiantiles y la jerga de los vendedores de mercado, todo es parte del México que tiene en Azuela un extraordinario intérprete. Azuela es producto y parte suya sin mistificación literaria ni retorcimiento cuentista. Todos seguimos estimando a Azuela, sobre todo, por su *Los de abajo*. Pero mañana, a la distancia, su nombre literario de primera fila no descansará sólo en su gran novela de la Revolución sino en el conjunto de su obra, fiel, limpio y colorido espejo de la vida de México en una de sus etapas decisivas. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

312. Ventura García Calderón. *La venganza del cóndor*. París, Casa Editorial Garnier Hermanos, [1948]. [Año 13, No. 1/2, Enero-Abril, 1947, (p. 65). Texto firmado por: A. I.]

Una nota previa aclara al lector que esta edición popular es la reproducción exacta de la publicada en Madrid en 1919 por la Editorial Mundo Latino. Otra nota preliminar nos recuerda el éxito del libro, su

traducción al francés en 1925 y luego a casi todas las lenguas europeas, la posibilidad que hubo de que se otorgara al autor el premio Nobel; y finalmente nos informa que las universidades francesas de Burdeos, Tolosa y Montpellier han decidido adoptar el libro como texto oficial de lengua castellana. Este hecho estas reminiscencias son bien merecidas. Releemos el libro y encontramos en él, bien conservado, el fino sabor gustado cuando por primera vez lo leímos. La fuerza del panorama peruano, la dulzura de sus indios, la brutalidad de sus capataces fué bien recogida por la pluma de García Calderón, cuyo alto prestigio de cuentista y prosista perdura. Aquí nosotros sólo damos cuenta y aplaudimos la reedición de esta obra hermosa y esbelta, tan significativa en la literatura hispanoamericana. — A. I.

313. Victoria Ocampo. *Testimonios*. Tercera serie. Buenos Aires, Editorial Suramericana, 1946, 300 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (p. 66). Texto firmado por: A. I.]

Este es el tercer volumen de los *Testimonios* de la escritora argentina. Viajera y lectora, testigo de muchas cosas materiales y espirituales, sigue añadiendo a los dos primeros volúmenes sus finos testimonios.

Divide el volumen en tres partes: «Lectura», «Francia» y «América». En la primera parte nos interesaron, sobre todo, sus «Lecturas de infancia», recuerdos llenos de claridad y lozanía, y su entusiasta análisis de las cartas de T. E. Lawrence. Su francesismo—explicado a menudo, como respuesta a frecuentes críticas—alcanza alta finura cuando habla con amor de amistad y de letras sobre Paul Valéry, en su muerte; cuando evoca la Francia de ayer en la presentación de una matinée poética de Louis Jouvet; o cuando se refiere al suicidio de Drieu la Rochelle. Interesantes son sus páginas sobre Gabriela Mistral, cuyas charlas personales recuerda con motivo de haber recibido el Premio Nobel la gran americana, y las que dedica a su reciente viaje a los Estados Unidos, que ha intentado entender más que otros viajeros.

En todo el libro se asoman las muchas facetas de esta mujer cosmopolita —característica sólo suya, excepcional en este valle humano—una suerte de satisfacción, de alegría, de contento, de paso feliz y gozoso. El espíritu del lector se regocija, se aligera, al ver tanta y tan auténtica despreocupación, tal desconocimiento de lo que es la angustia humana, y piensa inevitablemente en el reverso de la me-

dalla, en aquel argentino provinciano y pobre, tormentoso y ríspido, impetuoso y preocupado, Don Domingo Faustino Sarmiento, que sólo pudo gozar de la vida «a hurtadillas» — como él dijo — para que otros gozaran plenamente. Y en la frase de Díez-Canedo, que decía, para definir a la Argentina que «nada humano le era ajeno». Todo lector leerá con fruición y contento este caso típico de literatura feliz.
— A. I.

314. Ramiro de Maeztu. *Ensayos*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1948, 400 págs. \$8.00 m/n. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (pp. 66-67). Texto firmado por: A. I.]

Recoge este volumen un buen número de ensayos literarios y filosóficos de Maeztu. La publicación de estas páginas del gran escritor español ha sido un acierto. Marcan una época de España, y un aspecto muy personal dentro de ella, que este libro pone al alcance de los lectores de hoy.

El prólogo inconcluso de María de Maeztu, su hermana, recientemente fallecida en Buenos Aires, es tan fraternal como medido, discreto y cuidadoso. Añade precisión a los datos que tenemos sobre la biografía de don Ramiro. Da, desde luego, mayor valor al que de suyo tiene esta selección. — A. I.

315. José Gabriel. *Walt Whitman. La voz democrática de América*. Montevideo, Ediciones Ceibo, 1944, 280 págs. \$2.50 m/n. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (p. 68). Texto firmado por: A. I.]

Fervor viejo por la persona y la obra de Whitman revela este libro de José Gabriel. Es uno de los buenos casos en que un escritor ve los libros a través del hombre en vez de ver el hombre sólo por los libros, según aconsejaba Unamuno. No le falta tampoco estudio y trabajo, y toda persona de lengua española hallará en este Walt Whitman una útil guía para el entendimiento y conocimiento del norteamericano. José Gabriel muestra en su capítulo sobre «Whitman en nuestra lengua» que no se ha metido en el comentario de Whitman antes de conocer las huellas que lo precedieron, empezando con la ardiente de José Martí. El libro tiene también un valor antológico. Muchos son los poemas citados en el texto y veinticuatro los traducidos al final del libro. — A. I.

316. Leandro J. Cañizares. *Don Porfirio. El gobernante de mente lúcida corazón de patriota y mano de hierro*. La Habana, Editorial Lex, 1946, 344 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (pp. 69-70). Texto firmado por: A. I.]

Este libro, escrito por un cubano que ama profundamente a México, y en su sana y juvenil vejez añora la tierra y la época en que vivió cuatro años de su mocedad, es un elogio del General Díaz. El autor pone empeño en demostrar al lector que no lo guía la pasión, sino la justicia. Desde el prólogo hasta la última página, es visible su preocupación de ser imparcial. Funda sus juicios en lo que vio en México, en las autorizadas opiniones de personas ajenas y aun enemigas del General Porfirio Díaz, y cuando se refiere a sus panegiristas analiza con cuidado sus elogios. Quiere reivindicar ante la historia al caudillo oaxaqueño, y lo quiere por limpia admiración y estimación sincera. En realidad lo que el autor hace en su obra es apuntalar, con reflexiones propias y con juicios de diversos autores, su permanente fe en Don Porfirio. Es un porfirista convencido que desea convencer a sus lectores. El libro tiene el excepcional encanto de haber sido escrito por un hombre de más de sesenta años que brega entusiastamente por lo que cree la verdad. Tiene el mérito, también, de las muchas lecturas que ha llevado a cabo para su propósito.

Tiene toda la razón el autor en decir que Don Porfirio no fué un vulgar tiranuelo, y en señalar muchas excelencias de su vida pública y privada. Sin embargo, y con todo respeto para nuestro viejo amigo don Leandro Cañizares, quien escribe esta reseña—hijo, por cierto, de un probo magistrado porfirista, de un profesor positivista que vivió y creyó en la administración del caudillo piensa que el señor Cañizares puso la razón y el estudio al servicio de su entusiasta simpatía por Don Porfirio. Disentimos de él en varios puntos, aunque en todos nos sentimos emocionados por las palabras de quien escribe con la fuerza de la sinceridad y el desinterés. —A. I.

317. José Luis Romero. *Las ideas políticas en la Argentina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1946, 240 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (pp. 70-71). Texto firmado por: A. I.]

No está el lector frente a un libro común, sino ante un libro de excepcional valor. Romero presenta una interpretación tan propia como bien documentada, tan sesuda como ágil y clara, tan sobria como completa,

tan imparcial como transida del amor y de la angustia de quien tiene convicciones políticas y un amor vivo por su pueblo argentino.

En tres partes lógicas divide la historia argentina, y su libro: «La era colonial»; «La era criolla»; y «La era aluvial». Considera la primera como «la decisiva», por ser el remoto pasado, y el legítimo, de un país que comienza con la colonia: ella es ya la Argentina. Sus caracteres sobreviven y «mantienen su valor representativo». Ve allí dos etapas, la de los Austria, o del autoritarismo, en que «no hay otra forma de pensamiento que la que inspiraba la Iglesia de acuerdo con la más severa de las ortodoxias», «...autocracia real sostenida por el Estado de los Austria; autocracia de los conquistadores y de los funcionarios; autocracia del poblador rural librado a la entereza de su ánimo y a su capacidad para sobreponerse a los mil elementos hostiles». Y sigue en la segunda etapa, la de los Borbones, la conformación del espíritu liberal. En la segunda parte, «la era criolla», ve la preocupación de los grupos ilustrados por «estructurar el país, organizar su régimen político, renovar su fisonomía social y económica», bajo la dirección del grupo porteño, por el que no se sienten fielmente interpretados las masas rurales provincianas sumadas al movimiento. De este conflicto surgen las luchas enconadas de los primeros tiempos hasta que en 1862 triunfa la «tesis transaccional». Dentro de la era criolla sitúa las ideas que van de 1862 a 1880.

La «era aluvial» viene desde entonces y se produce ante el cambio de la tradición liberal, que toma un carácter aristocrático y conservador, cada día más distante de «la masa popular, democrática y coincidente en parte con los ideales del liberalismo, y en parte opuesta a ellos». Cierra este capítulo, y el libro, con estas frases vivas y atinadas: «Hombre de partido, el autor quiere, sin embargo, expresar sus propias convicciones, asentadas en un examen del que cree inferir que sólo la democracia socialista puede ofrecer una positiva solución a la disyuntiva entre demagogia y autocracia: esta disyuntiva parece ser el triste sino de nuestra inequívoca vocación democrática, traicionada cada vez que parecía al borde de su logro. Pero el autor teme que esta afirmación incite a algunos a sospechar de su objetividad y no le otorga otro valor que el de una opinión. Si la confía a este epílogo, es para cumplir con lo que considera un deber de conciencia. El historiador tiene una deuda con la vida presente que sólo puede pagar con la moneda de su verdad, moneda en la que, a veces, funde un poco de su pasión; pero la historia sólo apasiona a quien apasiona la vida...»

La lectura del libro y el «índice de nombres» muestran la cuidadosa investigación del autor, que ha puesto empeño, además, en recoger también los «remedos de ideas» y los impulsos más o menos balbucientes y primitivos. Declara que considera su trabajo «una síntesis del esfuerzo ajeno» y ofrece «el resultado de sus meditaciones, acuñado con su verdad y con su amor». Síntesis trabajada, juicio maduro y original, limpia prosa, hacen de este libro una llave para el entendimiento de las ideas en América. — A. I.

318. María Cadilla de Martínez. *Rememorando el pasado heroico. Arecibo, Puerto Rico, Imprenta Venezuela, 1946, 676 págs.* [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (p. 73). Texto firmado por: A. I.]

El propósito de la señora Cadilla, indicado en su advertencia —dar a los puertorriqueños el aliento heroico de su historia— ha sido cumplido en prosa fácil y amena. Se apoya siempre en numerosas y variadas lecturas, divulga documentos útiles y, en lo que se refiere al pasado inmediato, da a menudo datos novedosos, recogidos por quien ha vivido los acontecimientos de su país y del mundo con amor y atención. El deseo de ligar la vida puertorriqueña con la de los demás países, como orientación para la juventud de su tierra, es uno de los más visibles en este estimable esfuerzo de la señora Cadilla. Como libro entusiasta de divulgación, merece sincero aplauso. — A. I.

319. Feliciano Cereceda, S. J. *Diego Laínez en la Europa religiosa de su tiempo. 1512-1565. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, Tomo I, 1945, 634 págs. Tomo 11, 1946, 586 págs.* [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (p. 73). Texto firmado por: A. I.]

La vida de Diego Laínez, segundo General de la orden de los Jesuitas, aparece aquí bien documentada y vivamente narrada por el Padre Cereceda. El olvido en que había caído el nombre de Laínez—prensado, digámoslo así, por la gloria de Loyola. y de Borja, su antecesor y sucesor—, y los ataques de que fué víctima en vida por «cristiano nuevo», merecían ser vencidos: esta ardua tarea ha sido consumada por el Padre Cereceda en sus mil doscientas páginas, apretadas de citas, cimentadas por el estudio y la reflexión. El aparato bibliográfico y el ceñido sistema no le han quitado calor de humanidad a la recreación psicológica de la interesante figura del famoso hijo de Soria, y son sustento o

base de una valiosa reconstrucción del mundo político e intelectual del siglo XVI. — A. I.

320. Pablo E. Cárdenas Acosta. *Los comuneros. (Reivindicaciones históricas y juicios críticos documentalmente justificados.)* Bogotá, Editorial Minerva, 1945, 308 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (p. 74). Texto firmado por: A. I.]

Dedica el historiador este libro al levantamiento de los Comuneros del Socorro, y lo forman una seria y cuidadosa documentación y una crítica, a menudo violenta, contra los autores que anteriormente han tratado el tema, con la excepción de Don Manuel Briceño. La obra de éste, *Los comuneros. Historia de la insurrección de 1781*, es la única que no considera el señor Cárdenas «inexacta e incompleta», aunque «no exenta de juicios falsos y de equivocaciones sustanciales». — A. I.

321. Pablo E. Cárdenas Acosta. *Del vasallaje a la insurrección de los comuneros. (La provincia de Tunja en el Virreinato.)* Tunja, Colombia, Imprenta del Departamento, 1947, 444 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (pp. 74-75). Texto firmado por: A. I.]

Estudia este libro—del cual, como de todos los de su índole, sólo damos aquí breve noticia—la organización política y administrativa en «el régimen del vasallaje o régimen colonial», la constitución de los pueblos que habitaban Tunja y Santa Fe y las instituciones que regían la servidumbre de los indígenas y luego de los negros. Incluye un estudio del sistema fiscal y una relación sobre los gobiernos de Fernando VI y Carlos III. La investigación juiciosa, la documentación rica y la prosa correcta le dan positivo valor. — A. I.

322. J. Luis Trenti Rocamora. *La cultura en Buenos Aires hasta 1810.* Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1948, 156 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (p. 75). Texto firmado por: A. I.]

Segundo de la serie Divulgación de Nuestra Historia que edita la Universidad de Buenos Aires por intermedio del Departamento de Acción Social Universitaria, este volumen acredita de manera vigorosa la importancia de tales publicaciones. Lo forman muy completos y bien organizados capítulos sobre «La instrucción», «La literatura», «El

periodismo», «El libro», «La imprenta», «La arquitectura», «La pintura», «La escultura y la talla», «La platería», «El grabado», «El teatro», «La música» y «La medicina», cada uno seguido de una bibliografía fundamental. Todo esto hace fundamental el libro entero. El apéndice contiene una «Cronología trascendental de la ciudad de Buenos Aires» otra «de la vida cultural porteña»; los «censos de la ciudad»; y se cierra con una «Bibliografía fundamental» de la misma ciudad, abarcando los cuatro apartados todo el período colonial hasta 1810. Sus 29 láminas—colegios, catedrales, frontispicios de libros, etc.—ilustran efectivamente al lector.

Obra de mucho estudio y de preciso método, corona las bibliografías fundamentales que contiene. Y adquiere la categoría de indispensable para los estudiosos de la cultura hispanoamericana. — A. I.

323. Archivo José Martí. La Habana, Ministerio de Educación, Número 11, 1947, Número 12, 1948. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (p. 77). Texto firmado por: A. I.]

Los dos últimos números del Archivo continúan y afirman el mérito de la ya sostenida tarea. En el número 11 se recogen, entre otras cosas, los diversos artículos y cartas que don Miguel de Unamuno escribió sobre Martí, tan valiosas como poco conocidas. Allí mismo se recoge un artículo de don Emilio Castelar en el que se refiere al gran cubano, y se recoge la conferencia que en Cuba dió en 1928 don Fernando de los Ríos. En el 12 se recogen voces cubanas, hispanoamericanas, muy interesantes.

Esta publicación, al cuidado de Félix Lizaso, sigue realizando, como se ve, su propósito de recoger y divulgar cuanto se ha publicado y se publica sobre Martí. Cada día el gusto y el juicio para escoger son más acertados. — A. I.

324. José Moreno Villa. *Lo mexicano en las artes plásticas*. México, El Colegio de México, 1948, 176 págs. [Año 13, No. 1/2, Enero - Abril, 1947, (pp. 78-79). Texto firmado por: A. I.]

Otro libro valioso del fino artista andaluz sobre su segunda o nueva patria, México. A la gracia y a la agudeza que caracterizaron su *Cornucopia de México*, se añade aquí el hecho de que Moreno Villa navega, con su pluma ágil y su hondo conocimiento de la pintura, en las propias aguas.

Cuando se haga mañana el balance del éxodo de los republicanos españoles a América, tan positivo para ésta como para España; cuando se quiera probar y comprobar cómo esa gran tragedia vino a constituir la perfecta reanudación del lazo tradicional que andaba roto, este libro será una de las evidencias.

Moreno Villa encuentra novedades en las artes mexicanas con sus ojos de hombre que ha venido de fuera, que ha llegado ayer: ve las diferencias; y encuentra las semejanzas, las identidades, con sus ojos de hombre que vuelve, de hombre que toca las ramas y sus injertos después de haber bebido la savia del tronco. Aísla así la escondida incógnita, descubre y define.

Amor y conocimiento de su materia, la pintura, y de su terreno, México, que ha recorrido repetida y cuidadosamente; sabiduría sin academicismo, personalidad sin aparejos formales, que a veces lo llevan hasta la chispa del juego verbal, sugeridor, inquietador, nunca descabellado: hablo de su sal y pimienta andaluzas, patentes aun cuando ande en campos que, para otros, serían tupidos, oscuros y aburridores; y todo presidido por una actitud de sabueso sin vanidad, de conocedor sin aires de dictaminador, y a la vez de maravillado aprendiz. Dudo que antes de la guerra de 1936 se haya tenido nunca, por pluma española, igual actitud, tan certera actitud, sobre las piedras, los colores y las líneas del México hispánico, mestizo e indio. Y todavía no se ha escrito sobre la riqueza literaria de México libro de español recién incorporado, que pueda compararse con éste; cosa explicable porque la riqueza plástica de México tiene más cuerpo, o cuando menos más cuerpo visible, que la literaria.

Sostiene Moreno Villa, entre otras tesis tan novedosas como atractivas, que el desarrollo de las artes mexicanas ha culminado de dos en dos siglos, y con este extraño orden: la escultura en el XVI, la arquitectura en el XVIII, la pintura en el XX. Sobre esa materia, como sobre «Los ángeles en la pintura colonial»; «El tema de la Trinidad en México»; «El tema de la muerte en México y España» (en el que recordamos párrafos magníficos, por ejemplo, sobre Goya y Clemente Orozco); el «Pudor de la pintura española y mexicana» y «Transmisión de las ideas plásticas», escribe Moreno Villa con diáfano acierto y con sutil encanto.

No cabe duda que el injerto de lo español en lo mexicano—injerto que es reanudamiento y confirmación del de ayer— sigue siendo seductor y fecundo.

La edición, hermosa por su material y sus excelentes grabados, hacen otra vez honor al Colegio de México. — A. I.

325. UN LIBRO SOBRE JUAN MONTALVO. [Año 13, No. 3/4, Jul. - Oct., 1947 (pp. 274-276). Andrés Iduarte]

El crítico argentino Enrique Anderson Imbert ha escrito² un estudio sobre Montalvo que puede señalarse como uno de los más metódicos y, a la vez, de los más personales que se hayan escrito sobre un ensayista hispanoamericano. El autor tiene puntos de vista muy propios sobre Juan Montalvo, nacidos del estudio concienzudo de sus obras, y los expone lúcidamente en este volumen, y los funda con amplias y bien escogidas citas, y los desarrolla en 236 nutridas páginas. Es un trabajo de echolar³ y de escritor, en que la rigurosa disciplina no destruye ni estorba la vivacidad y la amenidad del escritor.

Aparte del prólogo breve y claro, Anderson Imbert divide su libro en tres capítulos: I. «Actitud ante la lengua», en el cual indica «el punto de partida del escritor, su situación como hablante dentro de la comunidad»; II. «La composición», en donde analiza a Montalvo en el mismo momento de escribir, hacia qué público lo hace, cómo llega al tipo de ensayo digresivo que lo caracterizó; y III. «Rasgos estilísticos», donde expone «sus intenciones, sus fuerzas y sus aciertos». Dentro de cada capítulo hay una serie numerosa de oportunas citas, la que enriquece al libro con una especie de antología, escogida por mano conocedora. A los tres capítulos le siguen «Notas» muy oportunas, colocadas atinadamente, como se ve, fuera del texto; un útil y minucioso «Cuadro biobibliográfico», una valiosa «bibliografía crítica», y un «índice de autores citados.»

En el prólogo—firmado en Ann Arbor, Universidad de Michigan—nos dice el autor que el libro fué escrito en la Argentina, «al margen de su curso de literatura hispanoamericana de la Universidad de Tucumán», manifiesta su agradecimiento a los «provechosos comentarios» de los profesores Benvenuto A. Terracini y Raimundo Lida; agradece su formación teórica en crítica literaria al profesor Amado Alonso y «dedica todo el libro» a la memoria de Don Pedro Henríquez Ureña, su gran

² [Nota de Iduarte en el texto original]. Enrique Anderson Imbert. *El arte de la prosa en Juan Montalvo*. México, El Colegio de México, 1948, 238 págs.

³ [Nota del editor]. Con errata en el texto original. Se refiere a scholar.

maestro». La valiosa huella de Alonso y Henríquez Ureña es visible, sin que quite espontaneidad ni personalidad propia al joven maestro.

Todos estos datos dan al lector, por sí solos, idea segura del rigor sistemático con que la obra ha sido realizada. Pero sólo la lectura total del libro podrá dársele de la responsabilidad crítica, de la lucidez, de la independencia de criterio, de la novedad y de la originalidad de los juicios del autor.

Hace algunos años, en *Repertorio Americano*, en un artículo titulado «Los Capítulos de Montalvo», decía yo que en América no había crítica literaria, sino montalvismo, sarmientismo, martianismo, rubendarismo a secas. En Anderson Imbert no hay, afortunadamente, ningún ismo, ni positivo ni negativo; aunque, por no haber seguido la corriente común, es posible y aun probable que se le acuse de anti-montalvista. Pero mucho trabajo costará a quien se lance a la polémica destruir o mellar los juicios valientes y bien cimentados de esta obra.

Después de establecer la situación de la literatura y la lengua de Hispanoamérica en el tiempo de Montalvo, y de establecer tan interesantes y sugestivas como discutibles diferencias entre las letras de los países hispanoamericanos que veían hacia Europa, orientales, y los del otro lado no atlántico—el Ecuador entre ellos—Anderson Imbert expone ideas tan numerosas, tan diferentes unas de otras, que aquí sólo podemos mencionar en parte y escogiendo al correr de sus páginas:

Por las herencias más vivas que dejó España durante la colonia y por no recibir luego las constantes oleadas cosmopolitas del Atlántico, las minorías de esa zona americana [la no atlántica] permanecieron más despegadas de la plebe, más fieles al pasado, más respetuosas de las normas castellanas, más decididas a conservar como un bien la unidad de la lengua y literatura. (Pág. 17.)

Montalvo

«mirando al pasado, se prendó de la lengua de Castilla; pero no la veía correr, violenta como la historia, sino que la tenía ante sus ojos, al alcance de sus caricias, dormida» (Pág. 24).

«Por interesados que esté en desarrollar una idea, el interés principal va ante todo hacia la lengua misma. Le interesan las palabras, las colecciona, las mira y remira entre los dedos, y se pone luego a explicarlas, olvidado de lo que estaba diciendo» (Págs. 25-26).

«Montalvo no creía en el habla espontánea, sino en una lengua literaria artificial... Está decidido a estirar su lengua literaria hacia arriba, hacia

excelsos ideales» (Pág. 28). «El arte de escribir es para él una continua inspección sobre la lengua; y esa lengua, aunque a veces humedecida con los jugos vivos del pueblo, tendía hacia lo alto, hacia un cielo común a España y América, hacia ideales literarios cultos» (Pág. 31). «Libertad política, sí; pero no libertad lingüística» (Pág. 38). «La patria lingüística era ideal. Había que salvar la unidad de la lengua; pero no con el modelo concreto y vivo de una región determinada, sino con autoridades, con normas» (Pág. 40). «Hay muchos modos de estudiar una lengua. El que eligió Juan Montalvo consistía en organizar sus estudios en torno a las Academias, que derraman luz sobre el universo» (Pág. 41). «Pero en el fondo de este culto—exterior y ritual como todos los cultos—había una auténtica religiosidad que lo salvó como escritor; porque si bien respetaba la libertad de afuera, lo cierto es que al plasmar su lengua literaria obedecía a una íntima y desbordante vocación creadora» (Página 63).

Sobre para qué público escribía Montalvo, Anderson Imbert hace estas observaciones:

«Montalvo no enfocaba el público concreto; y no lo enfocaba porque, en lo más profundo de sí, se sentía ajeno a la realidad del Ecuador y de América» (Pág. 69). «Su vocación era literaria, no política; pero no había en Ecuador—ni en América—condiciones favorables para una vocación así: ni público, ni imprentas, ni crítica, ni estímulos» (Pág. 70). «Gran parte de su obra la escribió pensando más bien en Europa» (Pág. 75). «Él anhelaba una lengua literaria sin geografía; también un público lector sin geografía» (Pág. 80).

No menos claras y vigorosas son las observaciones de Anderson Imbert sobre las ideas políticas de Montalvo, de

católico-liberal... anterior a la reacción conservadora de Pío IX (Pág. 95);

sobre su cervantismo, consagrado a

la mitad ideal: el símbolo de virtud»,
por lo que lo llama
el anti-Avellaneda (Pág. 105);

sobre su problema interior, íntimo, psíquico, que sin duda rechazarán los montalvistas a ultranza, pero que no podrán refutar fácilmente; así como cuanto dice sobre los factores—lo bonito, lo elocuente, lo truculento—que forman la prosa de Montalvo. Se esté de acuerdo

o no con Anderson Imbert, nadie podrá negarle a su libro auténtico valor por su método, su acuciosidad, su prosa concreta y viva, su bien fundada crítica. Es otro paso en firme hacia la creación de una crítica literaria hispanoamericana, lejos del panegírico como de la diatriba de fuentes sentimentales o políticas.

ANDRÉS IDUARTE

COLUMBIA UNIVERSITY

326. Martí. *Documentos para su vida*. La Habana, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, 1947, 126 págs. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947 (p. 291). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Un prefacio de don M. Isidro Méndez y una introducción de don Joaquín Llaverías, nos adelantan la importancia de este valioso número del Boletín del Archivo Nacional. Ha sido preparado en el cincuentenario de la muerte de Martí, en 1945. Contiene las cartas donadas al archivo por el Dr. Luis Rodríguez Embil y las que esa Institución adquirió del doctor Néstor Carbonell y de los herederos de don Juan Gualberto Gómez. Se reúnen aquí cartas de Martí a su amigo el cónsul uruguayo Enrique Estrázulas, de mucho valor para el conocimiento de su vida en Nueva York; las que dirigió a Juan Gualberto Gómez, gran parte de ellas en clave, muy importantes para completar la historia de la guerra de 1895. A este mismo grupo pertenecen las dirigidas al Gral. Bonachea, a Serafín Sánchez, a Juan Ruiz y a otros patriotas cubanos. Cierran el volumen varias muy útiles o muy interesantes dirigidas a Martí por don Enrique José Varona, Máximo Gómez, Maceo, Crombet, José Gil Fortoul, Magariños Cervantes... Por encima de la información que aquí encontrará el estudioso de la vida y de la obra política y literaria de Martí, está siempre, en primera línea, en todas las frases, la presencia del espíritu superior del gran cubano. Ya lo señala así el señor Méndez, modelo de buenos martianos, en el prólogo del Boletín. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

327. Juan José Arévalo. *Escritos políticos*. Segunda edición. Guatemala, Tipografía Nacional, 1946, 208 págs. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947, (pp. 291-292). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Contiene este volumen diversos ensayos, artículos, discursos y manifiestos del hoy presidente de la república de Guatemala, correspondientes al período que va de 1935 a 1945, esto es, a los años en que peregrinaba

por Europa combatiendo la tiranía del General Ubico—en Europa, en la Argentina—y a los tiempos de su campaña presidencial, que encierra el discurso pronunciado al asumir la presidencia. Algunos de ellos—«Las cuatro raíces del servilismo», «Cultura y posibilidades de cultura en la América Central», «Nazismo europeo y nazismo criollo»—son verdaderos ensayos políticos, preñados del pensamiento serio, sereno y generoso de Arévalo; pero éste está siempre presente, aun en los artículos de periódicos o en las más simples hojas políticas. La tesis del «socialismo espiritualista» que Arévalo sostiene resulta, a través de su sinceridad y su entusiasmo, muy interesante, y el lector deseará siempre verla plenamente, desarrollada en futuros trabajos. Otro mérito que salta a la vista es la unidad y congruencia de la personalidad política e intelectual de Arévalo, su trayectoria firme sin violencia, recta sin sectarismo. El combate político necesita habilidad y tacto, no sólo convicciones, y lo valioso de este libro es que nunca faltan aquéllas. Pero sin por eso traicionar ningún principio fundamental. Deseémosle a Guatemala, a Centroamérica, a Hispanoamérica, muchos presidentes como el actual y, a las letras centroamericanas y al mismo Arévalo, que no renuncie a sus tareas intelectuales. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

328. Ramón Iglesia. *El hombre Colón y otros ensayos*. México, El Colegio de México, 1944. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947, (p. 292). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Tiene el autor méritos extraordinarios, y lo más raro es que se juntan en él los que nunca están juntos: inteligencia penetrante y alerta; información copiosa y, sobre todo, cuidadosa, bien escogida y filtrada; y pluma fácil y amena, sencilla pero sin descuido, libre pero sin libertinaje gramatical ni de léxico. Se da en él el caso peregrino de un estudioso de la historia que no es prisionero de la opinión ajena y famosa, ni de la ficha bibliográfica, ni del tono solemne. El primer capítulo, «El hombre Colón», que le da título al libro, remoja la figura y la pone en el sitio que marca el fiel de la balanza—ni tanto, ni tan poco... Y no es fácil, no, espinarsé con la debatida figura de Colón, tan llena de espinas en su vida y después de su muerte.

No es ese estudio, sin embargo, lo mejor del libro de Iglesia. Mejores son los que dedica a Bernal Díaz, viejo tema suyo, sobre el que le oímos hablar, desentendiéndose de la cruda realidad, en el Madrid guerrero de 1936. Empezó por quererlo y defenderlo con pasión, y allí está su trabajo anterior al exilio; pero luego que vió y vivió la gue-

rra—hecho esencial para entender a quienes lograron en ella nombre y personalidad—, y luego que leyó con el reposo forzado del destierro a Gómara, ya le vió sus faltas, sin dejar de ver sus cualidades. La comparación que Iglesia hace de Bernal, y de Gómara es sencillamente muy original, sin precedentes, obra que adquirió con su fresca perspicacia de historiador ágil que vive tan sesuda como alegremente el pasado. Sin negar a Bernal, expone lo que de negativo había en su conducta de reclamante; sin ponerle por encima a Gómara, lo absuelve de la simple acusación de servilismo ante Cortés y de interés por sus dineros.

Otros capítulos sobre lo que es la historia y sobre lo que debe ser nos ofrecen, dicho por él mismo, lo que nosotros hemos ya dicho de él: no «eruditos-polvo»—recuerdo y parafraseo a Gabriela Mistral—sino «historiadores-lámparas». El polvo necesario, pero la luz que se imponga al polvo.

Y otros trabajos—conferencias, reseñas de libros—hechos en México sobre la aún peligrosa ecuación nuestra, mexicana—Cortés y Cuauhtemoc—, nos presentan a esta lúcida razón que anda en el fuego, y vive en él, sin que lo consuma. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

329. Rómulo D. Carbia. *Historia de la Leyenda Negra hispanoamericana*. Madrid, Publicaciones del Consejo de la Hispanidad, 1944, 264 págs., 25 ilustraciones. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947, (pp. 293-294). Texto firmado por: A. I.]

El historiador documenta aquí, minuciosamente, la tesis que ha sostenido toda su vida: «en ciertas expediciones de la conquista se cometieron excesos... pero para sentenciar acerca de ellos es de todo punto de vista necesario considerar: a) que constituyeron lo excepcional y no lo ordinario de las empresas; b) que en muchos casos los excesos de los españoles fueron la reacción natural de lo que contra ellos hicieron los aborígenes, los cuales distaban mucho de ser los «mansísimos corderos» de que nos habla Las Casas; c) que en toda oportunidad, los desvíos de conducta resultaron de la transgresión de la ley y fueron castigados severamente en virtud de serlo». En suma, la leyenda negra no es más que una «auténtica patraña» nacida del libro de Las Casas, perversamente aprovechado por los enemigos de España y de la Iglesia Católica.

Divide su libro el profesor Carbia en tres partes: Primera: Origen, fuentes generadoras y vehículos de difusión de la leyenda negra; Segunda: La explotación de la leyenda (por los «reformados», los tole-

rantes, los inconformistas y los liberales); y Tercera: La reacción contra la leyenda. Su investigación ha sido vastísima, el orden es ejemplar en su trabajo, su esfuerzo merece el mayor elogio, su propósito de sacar adelante a la España conquistadora está conseguido. Sin embargo, nos parece que se acerca por pasión a la leyenda color de rosa o la leyenda blanca y, a pesar de todo su aparato erudito, a menudo el tono y el contenido de su prosa dan la impresión de que sostiene, para servicio de un grupo banderizo, una tesis política. — A. I.

330. Bartolomé Galíndez. *Historia política argentina. La revolución del 80*. Buenos Aires, Imprenta y casa editora «Coni», 1945, 390 págs. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947, (p. 294). Texto firmado por: A. I.]

Siguiendo a Jean Bodin, autor de *Six Livres de la Republique*, el autor estudia la historia política argentina, concentrando su atención en cuatro problemas: el de la capital de la República, el de los ejércitos provinciales, el de porteños y provincianos y el de la unidad monetaria. Su libro, bien documentado y organizado es un tributo a la obra de la ilustre generación de Sarmiento, Alberdi y Mitre. — A. I.

331. Juan Probst. *Juan Baltazar Maziel, el maestro de la generación de mayo*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1946, 488 págs. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947, (pp. 294-295). Texto firmado por: A. I.]

El autor ahonda en este amplio y sesudo trabajo en la vida y la obra de Maziel, una de las más brillantes figuras de la vida colonial argentina a quien llama «el maestro de la generación de mayo». El deán Funes, José María Gutiérrez y Reynal O'Connor estudiaron antes a Maziel. Sobre la base construida por ellos, más una paciente búsqueda y un juicio bien equilibrado, el señor Probst logra revivir un hombre y una época de valor esencial para el conocimiento de la Argentina colonial y republicana. — A. I.

332. B. Sanín Cano. *Letras colombianas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944, 216 págs. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947, (pp. 295-296). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En su valiosa colección Tierra Firme el «Fondo» de México publica este volumen de historia de la literatura colombiana, sintético, organizado,

sin comisiones injustas y a la vez sin recargo de nombres, debido a la autorizada pluma de Don Baldomero Sanín Cano. Divide su obra en cuatro capítulos: I. La literatura de la Colonia que incluye las letras de los conquistadores; II. Nacimiento de una conciencia americana; III. La literatura en la República, naturalmente el más vasto de todos; y IV. El modernismo desde Juan de Castellanos, y a través de Caldas, Bolívar —el autor incorpora con discutible derecho a los hijos de la Gran Colombia— Bello, Olmedo, José y Miguel Antonio Caro, Carrasquilla, Jorge Isaacs, Rufino José Cuervo, Silva, Valencia hasta Barba Jacob e Ismael Enrique Arciniegas, Sanín Cano define en términos precisos —y con los que casi siempre coincidimos— personalidades y escuelas. Como punto de partida, este ABC de literatura colombiana, tan importante en la hispanoamericana tiene categoría de fundamento. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

333. Emilia Romero. *Juegos del antiguo Perú*. México, Ediciones Llamas, 1943, 40 págs. [Año 13, No. 3/4, Jul.- Oct., 1947, (p. 299). Texto firmado por: Andrés Duarte]

Su amplia cultura histórica y su amor por el folklore ha llevado a Emilia Romero a este cuidadoso y ameno estudio de los juegos precolombianos de su país. Repasando sus buenos libros— de los que nos da cuenta en la bibliografía final— encuentra el punto de partida de muchos juegos que ha visto entre los niños de su país. La seriedad y el método con que emprende todos sus trabajos resultan aquí acompañados por una amenidad que nunca se pierde. Muchos grabados enriquecen esta excursión a la vieja infancia del hombre peruano. — ANDRÉS DUARTE, *Columbia University*.

1948

334. Miguel Ángel Asturias. *El señor Presidente*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1948, 276 págs. [Año 14, No. 1/2, Enero-Abril, 1948, (pp. 103-104). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Losada reedita la gran novela de Asturias. Este hecho tiene que producir regocijo: no ha pasado desapercibida la extraordinaria novela del gran escritor guatemalteco, como podía temerse precisamente por su fuerte originalidad. Madura, cuaja, se remata en vida del autor el prestigio ya ganado con su poesía y sus leyendas, con su siempre viva, viva y a la vez segura producción literaria.

El señor Presidente es un retrato fiel de un ambiente bien conocido por el retratista; pero no por un retratista al uso, sino por quien siente su Guatemala y por quien recogió de su fino e inteligente país y trajo de sus Parises y sus Madrides mucha sabiduría literaria. El buen manejador del idioma que es Asturias, que puede escribirlo límpidamente, imprime con disco hipersensible y reproduce, la charla de sus guatemaltecos. Éste es el español hablado de su tierra. El vocabulario, la fonética, los mismos ruidos y risas están escritos con una memoria y una soltura, con una fidelidad y una naturalidad que conceden al autor la posesión de una especie de sexto sentido. Sólo viviendo profundamente la vida de sus personajes, sólo habiéndola compartido por dentro y por fuera, en la comprensión de sus pasiones y sus grandezas y sus vicios; y sólo teniendo una cabeza y una pluma maestras es posible reproducir aquel mundo de honda tragedia popular, de sórdido drama político, de sangre, de alcohol, de tiranía. Todo lo ha visto el autor, todo lo ha sentido, aunque no lo haya visto, y nos lo da aquí crudo, auténtico, verdadero. No hay quien lo iguale en ello, porque el *Tirano Banderas* de Valle-Inclán, pariente de esta novela, no reproduce sino inventa: Don Ramón no podía hacer lo que hace Asturias, porque su campo de observación fué más limitado en tiempo, y porque no estaba como Asturias, desde la infancia, sumergido en este fuerte caldo hispanoamericano. Por no estarlo adivinó maravillosamente, pero alteró inevitablemente. En este sentido, la novela de Asturias es cabeza de estirpe, pionera, fundadora.

Casi toda está escrita en este trágico diálogo humano. No hay explicaciones ni ataderos, ni condenas morales, ni tesis políticas: allí están, sin sus frases arregladas, sino balbuciendo su subconciencia —atrapada por el oído del gran escritor que es Asturias— el general (¿será Estrada Cabrera o será Ubico?), el servil guardaespaldas Miguel Cara de Ángel—su personaje central—, la dolorosa Camila... En ambiente alcohólico aquel

hablar desorganizado suena todavía más cierto. Y de cuerpo entero, sin que se pierda nunca la ilación, queda grabado en doscientas páginas, clara y dinámicamente, con firmes perfiles y en marcha, un trozo de vida y de muerte hispanoamericanas. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

335. Clemente Pereda. *Rodo's main sources*. San Juan, Puerto Rico, Imprenta Venezuela, 1948, 254 págs. [Año 14, No. 1/2, Enero-Abril, 1948, (p. 107). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En su «Preface» expresa el señor Pereda que el propósito de su trabajo, escrito en inglés, es dar a conocer la vida y obra de Rodó al mundo de lengua inglesa, y señalar sus fuentes. Este segundo punto es la parte original de su esfuerzo. Entre éstas señala a Guyau, Tocqueville, Taine, Sainte-Beuve y Montaigne, y a Amiel, Bagehot y Carlyle. Éstas se estudian por primera vez detalladamente. Señala también la de los escritores españoles: Leopoldo Alas, Menéndez y Pelayo, Valera, Larra, los clásicos, otros críticos, novelistas y poetas. No deja de detenerse en autores de otros países europeos, muy leídos por Rodó, como Goethe, Schiller, Heine, Uhland, Dante, Leopardi, Manzoni, Ibsen; ni en los hispanoamericanos y norteamericanos que pudieron influir en él.

Con buen juicio dedica un capítulo final a señalar el pensamiento original de Rodó, esto es, aquello que, incorporado a sus venas y mezclado con su sangre propia, le pertenece por entero. La buena bibliografía que cierra el volumen, la ausencia de trabajos de esta naturaleza, la larga devoción que hizo posible esta investigación, el fervor del autor por su tema, y la penetración crítica de varias de sus páginas, hacen de este libro un documento de primera para el estudioso de Rodó, y no sólo entre los de lengua inglesa. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

336. José Enrique Rodó. *Obras completas. I. Los escritos de «La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales». Poesías dispersas*. Edición oficial al cuidado de José Pedro Segundo y Juan Antonio Zubillaga. Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1945, XXX-286 páginas. [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 107). Texto firmado por: A. I.]

El extenso prólogo de don José Pedro Segundo sobre «El crítico literario de 1885¹-1897» y sobre «Rodó poeta» da muy valiosos datos sobre

¹ [Nota del editor]. Con una errata en el texto original. Se refiere al periodo 1885-1897.

esta etapa del gran escritor uruguayo, y sitúa las páginas que forman el volumen. Son todas las de *La Revista*, con alguna excepción, y poesías dispersas que corresponden al mismo período. Una fotografía de Rodó, también de la época, adorna este primer tomo. El esmero con que los editores lo presentan hace confiar en los que siguen, muy esperados por quienes hace años esperan la urgente publicación de las Obras Completas del ilustre ensayista. — A. I.

337. Juan Oropesa. 4 siglos de historia venezolana. Caracas, Librería y Editorial del Maestro, 1947, 246 págs. [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 111). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En los cuadernos de la Enciclopedia Popular de la Secretaría de Educación de México apareció, en 1945, una *Breve historia de Venezuela* de Juan Oropesa, que es el punto de partida de esta nueva y más extensa Historia. El deseo de hacer un manual que recogiera y divulgara las grandes líneas del pasado remoto y reciente de Venezuela, queda cumplido en estos dos trabajos. El que tenemos a la vista, escrito en Caracas, está enriquecido con la consulta de obras fundamentales de que el autor no dispuso en su primer intento; aunque insistiendo también aquí en el propósito de evitar todo aparato bibliográfico. Abarca el libro desde el descubrimiento de Colón hasta el Gobierno de don Rómulo Betancourt, a cuyo partido «Acción Democrática» pertenece el autor. Oropesa, activo desde la adolescencia en la lucha contra la dictadura de Juan Vicente Gómez y luego en los afanes políticos de su país, polemiza con afán constructivo en todas sus páginas, y especialmente en las que dedica a los últimos tiempos de Venezuela. Su permanente interés por la historia, la fe que tiene en su pueblo y en la justicia, dan calor y vida a este rápido panorama de la historia de uno de los países más vitales de América. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

338. Vicente Lecuna. Cartas del Libertador. Tomo XI: 1802-1830. New York, The Colonial Press Inc., 1948, 444 págs. [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 113). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Este volumen, editado por el Banco de Venezuela como homenaje al Libertador, se añade a los diez de la colección «Cartas de Bolívar» publicadas por Don Vicente Lecuna en 1929 y 1930. Contiene las que

han aparecido a partir de entonces, publicadas en los Boletines de la Academia de la Historia; las insertas en los apéndices a los tomos IX y X de la Colección; y otras «reunidas a última hora». Como en los tomos anteriores, ha colaborado en este volumen la señorita Esther Barret de Nazarís, para quien, junto a don Vicente Lecuna, ha de ir el agradecimiento y el aplauso de todos por la extraordinaria labor realizada.

Enriquecen el libro un cuidadoso «Índice Analítico» y lo embellecen reproducciones de los cuadros de Tito Salas que se hallan en la casa natal de Bolívar, en Caracas.

Todo papel de Bolívar es importante, desde luego, y no hay carta, personal y política, en donde no esté presente la seducción de su genio. Muchos de los que se hallan en este volumen son importantes, sobre todo los que se refieren a la disputa de Guayaquil. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

339. Emeterio S. Santovenia. *Lincoln en Martí*. La Habana, Editorial Trópico, 1948, 160 págs. [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 115). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Continúa el doctor Santovenia su incesante tarea de estudio e interpretación martianos con este libro en que agrupa lógicamente los pensamientos de Martí sobre Lincoln. «Temblor y llanto», «Naturaleza y hombre», «Poder y revolución», «Victoria y ascensión» y «Duelo y alabanza» son los capítulos con que el señor Santovenia desarrolla su elogio del gran norteamericano: allí, oportuna y naturalmente, sin artificio ni fuerza, va destacando en letra cursiva lo que Martí dijo de Lincoln. Realiza, así, a la vez, un homenaje propio, de la Cuba y América de hoy, al ilustre Presidente, y da cohesión y unidad a cuanto el Apóstol cubano escribió, aisladamente, en diversas ocasiones, sobre aquél. Como no fué poco, como fué muy bueno siempre, como el conocimiento y el entendimiento de Lincoln fueron muy grandes y atinados en Martí, y como se trata de dos elevadas figuras continentales cuya relación es indudable y es útil establecer, el libro del doctor Santovenia nace de un empeño acertado y es una realidad utilísima. El dominio del tema—de Martí, de Lincoln, de las vidas de los dos hombres y de la historia de sus dos países—ha permitido el feliz cumplimiento de su noble propósito. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

340. Luis de Tejada. *Libro de varios tratados y noticias*. Lección y notas de Jorge M. Furt. Buenos Aires, Coni, 1947, 370 págs. (Colección de textos y estudios literarios.) [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 116). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

«El Monasterio de Santa Teresa en Córdoba autorizó—por gestión del doctor Luis F. Savid Carballo—la transcripción del original de Luis de Tejada perteneciente a su archivo. Ello permitió esta copia de su *Libro* leído y anotado por Jorge M. Furt. José R. Peña atendió a la copia de los documentos.» El señor Furt advierte que además de este volumen, que contiene el Texto de la obra de Tejada, ha escrito una «Vida», que permanece inédita. El *Libro de varios tratados*, manuscrito de su autor, ha sido fotografiado íntegramente, y se reproduce a la medida del original. «Ideal edición», llama el señor Furt a ésta, y lo es, en pura justicia. Lo acompañan apostillas literarias e históricas del señor Furt, en las que—como él asegura—se ha ceñido al dato, y ha evitado toda divulgación inútil. La edición resulta valiosísima y el esfuerzo del señor Furt digno del mayor elogio. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

341. José Toribio Medina. *Vida de Escilla*. México, Fondo de Cultura Económica, 1948, 496 págs. (Biblioteca Americana, 6.) [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 116). Texto firmado por: A. I.]

El Fondo de Cultura enriquece su ya valiosa Biblioteca Americana, «proyectada por Pedro Henríquez Ureña y publicada en memoria suya», con esta nueva edición de la obra del polígrafo chileno. Abre el libro un prólogo de don Ricardo Donoso, que presenta la biobibliografía de Medina, deteniéndose en cómo dedicó gran parte de su atención a Ercilla desde su juventud, y cómo realizó sus proyectos de reedición y estudio de Ercilla en 1917. Los editores reproducen enseguida el texto íntegro de aquélla, «seguido de los *Ilustraciones* (I a VI) que con él completan el volumen tercero de la llamada Edición del Centenario. A las notas de J. T. M., que incluyen en la parte final, han añadido algunas otras que localizan cuantas referencias a *La Araucana* quedaban allí sin indicar...».

No es necesario decir más para señalar la importancia de este trabajo del Fondo impreso e ilustrado con su habitual corrección y buen gusto. —A. I.

342. Joaquín de Entrambasaguas. *Estudios sobre Lope de Vega*. Madrid, Consejo de Investigaciones Científicas, 1946-1947, 2 vols. [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (pp. 118-119). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El conocido lopista señor Entrambasaguas recoge en esta hermosa edición sus valiosos ensayos sobre Lope de Vega, a quien ha dedicado buena parte de su vida. En el primer tomo incluye: «Lope de Vega, poeta nacional»; «Localización de la sepultura de Lope de Vega»; la primera parte de «Una guerra literaria del Siglo de Oro»; «Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos». En el segundo tomo: la segunda parte del último trabajo, seguida de un apéndice con dos «Sátiras» inéditas de Lope; «Una traducción latina de Lope»; «Datos acerca de Lope de Vega en una relación de fiestas del siglo XVII»; más el «Índice onomástico» de los dos tomos citados y una fe de erratas. El hecho de que estos estudios hayan sido publicados antes en revistas o libros no siempre de fácil adquisición, el de que aquí aparezcan ampliados y mejorados por útiles notas, los grabados y reproducciones que contiene y su mérito, reconocido por críticos y traductores, de España y de fuera de España, dan la mayor importancia a esta publicación, en la que se anuncia para satisfacción de los estudiosos el tomo tercero, ya en prensa, y otros varios. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

343. Manuel José Andrade. *Folklore de la República Dominicana*. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1948, 2 vols. (Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo). [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 121). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En dos tomos, separados en su publicación por largo período, ha sido publicada esta versión castellana del *Folklore from the Dominican Republic*, publicada en inglés por la American Folklore Society. La traducción pertenece al señor Alfonso Alfán Galván y la edición estuvo al cuidado de Juan Francisco Sánchez, Director de la Sección de Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo. La riqueza del folklore dominicano da materia fresca y amable para estos dos interesantes volúmenes, muy útiles para el estudio del folklore hispanoamericano. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

344. Ernesto Schäfer. *El Consejo Real y Supremo de las Indias. Su historia, organización y labor administrativa hasta la terminación de la Casa de Austria*. Traducción castellana hecha por el autor. Sevilla, 1935-1947, 2 vols. (Universidad de Sevilla. Publicaciones del Centro de Estudios de Historia de América). [Año 14, No. 1/2, Enero - Abril, 1948, (p. 123). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Basta el nombre del ilustre hispanista Schäfer y los títulos y subtítulos de su obra para que el estudioso se de cuenta de toda su importancia. Miembro de la Academia de la Historia de España, desde 1905, Profesor de la Universidad de Sevilla, autor de muchos trabajos sobre la historia de España y de la América española, el Dr. Schäfer logró completar poco antes de morir, en 1947, con su segundo volumen, la versión de su obra sobre el Consejo de Indias, cuyo primer tomo en español apareció en 1935. La trascendencia del Consejo en la vida de las colonias; la ausencia de obras modernas sobre la materia; la sabiduría, la rica investigación y el riguroso método del autor dan primera categoría a estos dos volúmenes. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

345. JORGE CARRERA ANDRADE: ROSTROS Y CLIMAS², [Año 14, No. 3/4, Jul. - Oct., 1948, (pp. 285-287). Andrés Iduarte]

¿Qué escritor contemporáneo de habla española ha viajado más y visto y sentido más en sus viajes que Jorge Carrera Andrade? Más, ninguno; y que haya escrito más finamente sobre sus viajes, quizá también ninguno. Señalemos lo mejor: no viaja para escribir, no recorrer el mundo con el propósito deliberado de archivar observaciones y relatos. Ni tampoco busca a los escritores para hacerles entrevistas, ni entra a la intimidad de ellos para hacerles psicología o psiquiatría. Jorge Carrera Andrade nació con una inquietud que desde joven lo sacó de su aristocrática tierra quiteña—aristocracia indígena y española—, y lo ha llevado, con la sensibilidad por timón, entregado al azar omnipotente, por América, por Europa y por Asia. No recuerdo si también por Africa, pero probablemente sí, en sus viajes mediterráneos, ni sé bien si por Oceanía, pero sospecho que alguna caída

² [Nota de Iduarte en el texto original]. París, Ediciones de la Maison de l'Amérique Latine, 1948.

hacia el Sur habrá dado en sus andanzas japonesas e hindúes. Las ideas políticas; el problema económico y la complicación amorosa allá en su juventud estudiantil; la profesión consular: por ellas pasó del Ecuador a Alemania y a Rusia, volvió a Francia y la recorrió de mar a mar y de montaña a montaña; siguió a Barcelona, donde hizo un alto largo, y entró en contacto con toda España; y luego, ya en representación oficial de su país, con comisión o sin ella, dentro del servicio o temporalmente fuera de él, siguió a Francia, Japón, a los Estados Unidos, a Venezuela, a Inglaterra, y otra vez a París. Llevaba su finura quechua a maridarse con la francesa y con la japonesa por una interna decisión, o por disposición del hado, o—sería mejor decir—de una buena hada madrina; y a su vitalidad española iban a completarla las recias tierras y las broncas gentes españolas, con las que, por cierto, había vivido muy española y muy ecuatorianamente en bronca. Con la bolsa exhausta, a medias llena o bien llena—nunca demasiado, que sería carga demasiado molesta—ha vivido la vida de los distintos pueblos, que ha conocido bien, hondamente, a través de sus campos, sus ciudades, sus escritores, sus músicos y ¡ay! en grande y necesaria medida a través de sus bellas mujeres. Y cuando no ha ido a un país, ha visto sus libros, con una curiosidad intelectual y sensual realmente honda e insaciable. Carrera Andrade ha viajado y amado mucho, pero en todos los sentidos de las dos palabras; cuando no de hecho, a través de sus continuas, aparentemente desordenadas y realmente muy bien organizadas lecturas.

Digo todo esto después de leer sus *Rostros y climas*, que ahora publica en París, y donde nos da una «imagen real del Japón»—allí fué cónsul de su país—, informe tan consular—pudiéramos decir—como poético, en que la realidad está bien vertida, pero no deformada, por su exquisita sensibilidad y su bella prosa; «De New York a la bahía de San Francisco», donde se siente el rumor de las vértebras continentales, la potencia americana, y donde nosotros, residentes de los Estados Unidos, aprendernos muy nuevas cosas sobre este país: Carrera ve largo y hondo; «Poetas jóvenes de los Estados Unidos», en donde el poeta crítico, sin tiesuras de doctor, ni rutina de oficio, interpreta de golpe la poesía norteamericana; en «El Americano nuevo y su actitud poética», que ensancha y completa el cuadro anterior; en «Gandhi, el santo del siglo XX», en que se va con muy claros recuerdos y muy buenos libros, al misterio de la India; y en «Lienzos olvidados de España», donde el lector de Góngora relee y siente. Forma la segunda

parte del libro su «Geopoética del Nuevo Mundo», con varios capítulos sobre las letras, y lo que ellas encierran, de México, del Ecuador; del Uruguay y de Chile: aquí un vivo y agudo elogio de Pablo Neruda. Sabe Carrera, sabe cosas concretas, porque hojea y anota libros; pero cuando no sabe el detalle, acierta por ese extraño maridaje que en él hay de fresca sensibilidad y de inteligencia aguda, de inducción y deducción, de olfato y lógica. La tercera parte del libro, «Retratos de Memoria», trae una evocación, humana a pesar de que el tema y el tono pudieron hacerla libresca, de José Joaquín Olmedo en Caracas; otra de Nicolás Guillén: ¡qué emoción ver encontrarse y entenderse a dos amigos nuestros de tanto talento! ¡quizá hay en ella la vanidad perdonable de sentirnos partes del eslabón que formó esta intimidad, este entendimiento de dos personas de quien fuimos ayer y seguimos siendo íntimos desde lejos!.. La emoción se nos sube a la garganta cuando pasa del grande, sonriente, musical, extroverso cubano, a otro gran espíritu, el de César Vallejo, a cuyo consejo puro, a cuya inmaculada nobleza, a cuya voz elevada tanto consuelo le debemos nosotros. ¡Qué bien define Carrera al «hombre del Perú y ciudadano del Universo», al «camarada del dolor universal», al «mártir moderno»! Y luego hay otro capítulo, «La quinta de Gabriela Mistral» en donde rememora la que ésta tenía en Bedarrides, traza un retrato perfecto y amable de la gran chilena, y repasa cordialmente el tiempo dorado—sólo ilusiones, ninguna torva mirada en el camino, todavía ningún encuentro con los ensalzadores de la sangre o el dinero— en que él y yo nos conocimos y nos hermanamos en la lectura, en el sueño político generoso, y en el amorío—«infatuation» dirían en los Estados Unidos—de dos hermanitas provincianas. Pero aquí paramos, agregando sólo que el poeta vuelve a sus lares, para amar el libro, con un excelente retrato de la ciudad de Quito. Visión, sensación y sentimiento del mundo vivido o leído, vivido de ambas maneras; amor por las cosas y por el espíritu del hombre; hondura psicológica, dolor íntimo; una pluma bien nacida—por temperamento—y bien cortada por clásicos y modernos; un espíritu ordenativo, metódico, dentro de la libertad poética que lleva a Carrera a reunir sus buenos ensayos en libros hermosos. Su experiencia y su testimonio valen hoy mucho, y serán muy recordados mañana.

ANDRÉS IDUARTE

COLUMBIA UNIVERSITY

346. Roberto Agramonte. *Sociología de la Universidad*. México, Universidad Nacional, 1948, 152 págs. (Biblioteca de ensayos sociológicos.) [Año 14, No. 3/4, Jul. - Oct., 1948, (p. 300). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional de México agrega esta obra del prestigioso intelectual cubano a su Biblioteca de Ensayos Sociológicos. Desde el sentido y contenido de la palabra Universidad, y a través de su significado social, de sus funciones, de sus propósitos, hasta temas más precisos y concretos—técnicos—el universitario medita sobre lo que ha sido el ideal y la realidad de su vida, esto es, su consagración de siempre. Su autorizada palabra sobre tema tan vital para Cuba y para toda Hispanoamérica, hacen de este libro de sesudas reflexiones un documento importante para todo universitario. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

347. Rafael Alberto Arrieta. *La literatura argentina y sus vínculos con España*. Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1948, 170 págs. [Año 14, No. 3/4, Jul. - Oct., 1948, (p. 306). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Desde Buenos Aires estudia el ilustre crítico argentino las letras hispánicas y ya dentro de éstas, desde ellas, examina las de la Argentina; esto es, en realidad, su bello y útil libro. Está cumplido el vasto propósito que anuncia el título, pero lógicamente su trabajo abarca otros aspectos inherentes a su tema: la correspondencia de la literatura de la madre patria con la de la Argentina y sus antiguas colonias; la influencia directa y todopoderosa de España en la época colonial; las relaciones de la literatura argentina con los españoles expulsados de España, con los que recorren la América, con los que van a la Argentina en la época ya de divorcio y ataque contra España, y la inserción de otras influencias—francesa, norteamericana—; la proyección argentina en el Uruguay y en Chile, por medio de sus ilustres proscritos; y luego los nuevos contactos con España—el nacimiento de un nuevo entendimiento del modernismo y los hombres del 98—hasta llegar a lo que él llama «Las Españas), con la vieja tradición reanudada en igual estatura e influencia recíproca. Aquí destaca, con mucho acierto, la atinada y simbólica *Antología de la poesía española e hispanoamericana* de Federico de Onís. Familia—la madre y su prole—ruptura, rechace y ataque,

pacificación, influencia de retorno y reconstitución del mundo—ya sin tufos imperiales ni serviles— cultural hispánico, están aquí presentados con erudición y galanura, y juzgados por una mente constructiva y moderna, armonizadora, integradora. El libro vale mucho para el scholar, pero no menos para el ensayista de espíritu creador. Puede considerarse, sin temor de exagerar, como fruto maduro de un mundo consolidado, como una de las primeras manifestaciones de crítica hispánica universal, cosmopolita y a la vez sanamente nacional. Por eso el lector obtiene en esta obra no sólo conocimiento, sino entendimiento de las letras argentinas e hispanoamericanas. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

348. Luis Santullano. *Las mejores páginas del «Quijote»*. Madrid-México-Buenos Aires, 1948, 348 págs. [Año 14, No. 3/4, Jul. - Oct., 1948, (pp. 307-308). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Forman el presente volumen varios ensayos cervantinos, ya publicados o inéditos, del ilustre profesor Santullano y cerca de doscientas páginas entresacadas de la obra, más ocho ilustraciones de los mejores intérpretes y un útil vocabulario cervantino.

Divulgación sabia y amena es este libro. Pero divulgación no quiere decir, como a veces ocurre, falta de juicio crítico ni de método riguroso. Presentes están en las letras introductorias de don Luis Santullano, que muestran un conocimiento viejo y trasegado e incorporado a la circulación de su sangre. No ha leído ni estudiado ayer para escribirlo hoy: es amor y entendimiento asentados y purificados por la larga rememoración, por lo que pudiéramos llamar la cerebración subconsciente. Muy español, españolísimo Don Luis, tiene en cuanto escribe, un fuerte y cordial humorismo, una sabrosa amenidad. Por eso entiende a Cervantes y por eso su interpretación simpática y certera del gran hombre y del gran libro penetra fácil, insensiblemente, en el lector. Su numerosa lectura está presente sin cansar, sin desviar, por lo que podemos atribuirle la definición de cultura, que con razón asigna a Cervantes: culto es el que sabe porque ha estudiado. No más lo enseña en su plática, en su mundología. Y aun cuando hace obligadamente citas y referencias, las hace al pasar, llanamente, quitándose, disimulando y, en consecuencia, honrando y dignificando su bonete de doctor.

En suma, los hermosos y agudos artículos de Santullano son de lo más amable y valioso que hayamos leído sobre Cervantes y su Quijote.

Así, tenía que ser buena la selección, que no mutila, que facilita y aligera la lectura de quien no es ducho en el *Quijote*, y lo conduce a la empresa mayor e indispensable de leerlo entero; y que fija y resalta lo más auténtico, parte de lo más auténtico del libro genial.

Felicitémoslo por esta dura y grata tarea, hecha por él, como todo en su vida, con el ancho corazón asturiano a pecho abierto, y popular y cervantesca risa—risa amorosa—en la charla llanísima. Este libro hace pensar en las dos conocidas palabras: «difícil facilidad». —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

349. Avelino Herrero Mayor. *Presente y futuro de la lengua española en América*. Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1943, 128 págs. [Año 14, No. 3/4, Jul. - Oct., 1948, (pp. 309-310). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El autor, profesor en el Colegio Nacional Juan M. de Pueyrredón, desarrolla en su documentado y ágil libro lo que pudiera calificarse de buena doctrina lingüística. Su afán de estudio está encaminado no sólo a las academias, sino a «una política espiritual hispanoamericana». En sus cinco capítulos llega a justas conclusiones: el decaimiento de la lengua en épocas de postración política de España se ha detenido a fines del siglo XIX por la rehabilitación de sus valores y la influencia americana de retorno; hay un movimiento de aglutinación y unidad lingüística que no excluye las peculiaridades regionales legítimas, contra lo que temió Cuervo sobre la diversificación del idioma; hoy el idioma marcha en ambas orillas atlánticas con semejante proyección, y no se discute negativamente sobre «meridiano», pues lo son los centros espirituales de España y América; las modalidades de las distintas regiones no se excluyen en la unidad, ligadas como están por el origen común, y entroncadas al gremio de la lengua; y la batalla desintegradora queda liquidada, como lo muestra la lengua del *Martín Fierro* en que resucita el *Romancero* «de la etapa castellana traspasado de cadencias y modulaciones de pampa virgen, que son como un nuevo impulso estético para el idioma que ha de ser».

Dos opiniones tan autorizadas como son la de Don Amado Alonso y la de Don Ramón Menéndez Pidal, citada en la «Nota liminar», acreditan esta obra que hace honor a la colección de valiosos «Cuadernos» de la Institución Cultural Española de Buenos Aires. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

1949

350. Unión Panamericana, Departamento de Asuntos Culturales, División de Filosofía, Letras y Ciencias. *Pensamiento de América: La filosofía latinoamericana contemporánea*. Selección y prólogo de Aníbal Sánchez Reulet.—*Escritores de América: Justo Sierra: Educación e historia*. Selección, prólogo y notas de Ermilo Abreu Gómez.—*Carlos Arturo Torres: Hacia el futuro*. Selec. pról. y notas de E. A. G.—*Precursores del Modernismo*. Selec., pról. y notas de Arturo Torres-Rioseco. —*Machado de Assis, romancista*. Sel., pról. y notas de Armando Correa Pacheco. — *Justo Arosemena: Ensayos morales*. Selec. pról. y notas de E. A. G. Washington, Unión Panamericana, 1949. [Año 15, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1949, (pp. 128-130). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

A principios de 1949 se anunció un plausible propósito de la División de Filosofía y Letras de la Unión Panamericana: publicar dos series de libros bajo los títulos de «Escritores de América» y «Pensamiento de América», que habrían de contener «lo más valioso de la expresión literaria y del pensamiento filosófico, social y político de nuestro continente», en su idioma original y en traducciones, precedidas de los estudios y las bibliografías necesarias, y encargadas a conocidos especialistas en la materia.

Al cerrarse el año ya se han publicado los seis volúmenes que encabezan esta nota, y están en marcha muchos más.

Impresos en buen papel en los Talleres Gráficos de la Nación, de México, —que se distinguen por sus limpias y hermosas ediciones— las dos series se inician con plena personalidad tipográfica: en letras rojas y sobrias, la portada del «Pensamiento de América»; en verdes, la de «Escritores.»

El grueso tomo *La filosofía latinoamericana contemporánea* contiene, tras una valiosa introducción del profesor argentino Sánchez Reulet, bien escogidos textos de Enrique José Varona, Alejandro Deústua, Alejandro Korn, Raimundo de Farias Brito, José Pereira de Graça Aranha, Carlos Vaz Ferreira, José Ingenieros, Alberto Rougès, José Vasconcelos, Antonio Caso, Jackson de Figueiredo y Francisco Romero—cada uno de ellos precedidos por una útil nota biográfica y crítica—, y, cerrando el libro, una bibliografía general e individual de veintiuna páginas. El buen juicio crítico del seleccionador y su conocimiento de la materia han logrado dar, en sintética forma, una idea clara de la evolución del pensamiento filosófico americano, a través de un pensador cubano, un

peruano, cuatro argentinos, tres brasileños, uno uruguayo y dos mexicanos. Aunque estas proporciones son discutibles, pues examinando todo el espacio y la historia americana podrían presentarse otras figuras valiosas, no sería justo hacer sobre este punto una crítica negativa: el hecho obedece a que el profesor Sánchez Reulet, argentino, conoce mejor el pensamiento de la zona en que se formó, y a su deseo de tratar, sobre todo, lo que más honda y ampliamente sabe. Por eso sus notas sobre sus autores son muy superiores a las otras, que también demuestran conocimiento, estudio, interés y sentido de responsabilidad.

Entre los libros sobre «Escritores», todos en buenas manos, el proyecto se va realizando atinadamente: el mexicano Sierra, los «precursores» del gran movimiento literario americano—dos cubanos, un mexicano, un colombiano—, el brasileño Machado de Assis, el colombiano Torres y el panameño Arosemena, llenan el natural empeño de incluir en la colección a todos los países, sin lastimar la altura de la colección por preocupación regional o diplomática, cosa en que cae fácilmente esta clase de tareas. Estas breves selecciones, con buenas guías bibliográficas y a veces amplias—como la de Justo Sierra, compilada por la señorita Marian Forero, bibliotecaria de consultas de la Unión Panamericana—, pondrán en las manos de los lectores de unos países la muestra de lo que se ha hecho en los otros, y serán un recordatorio—para los estudiosos de todos ellos—de la urgencia de publicar las obras completas de sus grandes espíritus, la de ponerlos al alcance de todos en bien ordenadas antologías, la de organizar su desperdigada bibliografía. Los prólogos dan noticia clara de los autores y—sobre todo en el caso del ensayo de Abreu Gómez sobre Sierra—presentan estudios de categoría.

Todos los colaboradores en este trabajo de veras panamericano, y especialmente Jorge Basadre y Ermilo Abreu Gómez—quien, de los seis libros publicados, ha hecho íntegramente tres—, así como la Institución a que pertenecen, son acreedores al más alto aplauso. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

351. *Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas. (1839-1898). Serie I. Despachos generales. I. 1839-1841.* México, El Colegio de México, 1949, 384 págs. [Año 15, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1949, (pp. 134-135). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Este primer volumen, prologado por Don Luis Nicolau D'Olwer, Embajador de la República Española en México, y cuya selección, estudio pre-

liminar y notas ha estado a cargo de Javier Malagón Barceló, Enriqueta Lópezlira y José María Miguel i Vergés, contiene una serie de documentos diplomáticos conservados en los Archivos de la Embajada de España en México. Entre ellos, destacan los despachos de Don Ángel Calderón de la Barca, primer embajador de España en México, esenciales para el conocimiento y el entendimiento de las relaciones hispano-mexicanas en los primeros años de la Independencia. El prólogo del señor Nicolau D'Olwer subraya debidamente su trascendencia, y los encargados de la edición la presentan con orden y muy útiles notas. La publicación puede considerarse de primerísima importancia para el historiador de España y de América, y resulta de extraordinaria amenidad y encanto aún para el profano. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

352. Marcelino Menéndez y Pelayo. *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1949, 6 vols. (Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez y Pelayo dirigida por Ángel González Palencia). [Año 15, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1949, (p. 136). Texto firmado por: A. I.]

En hermosa edición se recogen los quince tomos de las *Obras de Lope de Vega* que comenzó en 1890, por encargo de la Real Academia, el ilustre Menéndez y Pelayo. Su «grandioso y final esfuerzo» se distribuyó así en la edición académica—recuerdan los prologuistas señores González Palencia y Sánchez Reyes—: el primero reproducía la «Biografía de Lope de Vega Carpio por D. Cayetano Alberto de la Barrera», con documentos adicionales anotados por Menéndez y Pelayo; los doce siguientes llevaban prólogos suyos, organizando la obra de Lope; los dos últimos tomos—XIX y XX—, publicados en 1913, después de su muerte, no contenían las acostumbradas y esperadas «observaciones preliminares» de Don Marcelino, por no haber sido halladas entre sus papeles.

Esta nueva edición de las obras del eminente montañés reúnen todo lo que escribió sobre Lope en aquella edición monumental. Por poner al alcance de todos una obra escasa y ya de difícil consulta por reunir la obra del más vasto de los grandes ingenios españoles con los estudios que sobre él hizo el más extraordinario de los críticos de la Península; así como por los útiles «Índices generales onomásticos y de materias»¹

¹ [Nota del editor]. Con errata en el texto original al momento de cerrar las comillas, poniendo ' en vez de ».

redactados por don Luis y don Ramón González Palencia bajo la dirección de don Angel² González Palencia; esta nueva edición es acreedora al más alto elogio de los estudiosos de la cultura hispánica. — A. I.

353. Arturo Torres-Rioseco. *New World Literature. Tradition and revolt in Latin America*. Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1949, 250 págs. [Año 15, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1949, (pp. 137-138). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Contiene el presente volumen, además de la introducción, los siguientes capítulos: «Colonial Culture in America», «Sor Juana Inés de la Cruz», «Independence and Romanticism», «Martín Fierro», «The influence of French culture», «A. Reevaluation of Rubén Darío», «José Enrique Rodó», «Social Poetry», «The poetry of the Future» and «The Parallel between Brazil and Spanish American Literature»; más las notas, agrupadas en dieciocho páginas al final del libro, y un útil índice onomástico

La información es cuidadosa y rica, como consecuencia natural de muchos años de cátedra; la exposición, metódica y a la vez fácil y amena, y el mayor mérito del libro consiste en que al esmero académico se junta la libertad, la independencia, a menudo la originalidad de los puntos de vista del profesor chileno. Es la obra de un estudioso y para estudiosos y estudiantes, pero lo es, al mismo tiempo, de un crítico hispanoamericano sensible a la justicia y a la belleza. Recuerda a menudo a los que, como Rodó y Darío, creyeron en «el alba de Oro» de nuestra América, fe sostenida aquí sin afán polémico, sin pasión por convencer o convencerse, sino exponiendo con seguridad y demostrando fácil y a media voz, con hechos, con datos, lo que ya no se duda ni puede dudarse: la señera personalidad de la literatura hispanoamericana. La madura convicción del profesor Torres-Rioseco, hispanoamericano y poeta, catedrático en los Estados Unidos, muestra, además del convencimiento organizado, un temblor de nostalgia.

Vale también el libro por sus armónicas proporciones en cuanto a temas, y en cuanto al tratamiento de los temas. Desde tópicos de la Colonia hasta de la época contemporánea, desde la poesía culta hasta la popular, todo está estudiado con igual interés e igual amor. Tampoco hay cargazón en cuanto a éste o a otro país sino que las cúspides de

² [Nota del editor]. Con errata en el texto original faltando la tilde a Ángel.

todas partes están bien señaladas y consideradas. El cuidado puesto en destacar los méritos de la literatura brasileña no es menor que el que se dedica, a través de todo el libro, a la de los países de habla española. Y hay también armonía — muy visible en la introducción — en el sopeso de lo indígena al lado de lo español, sin la batalla, visible u oculta, que hasta hace poco mostraba las mutilaciones de un continente en debate.

Por todas estas condiciones el nuevo libro de Torres-Rioseco es, para la escuela y para la calle, para los Estados Unidos y para la América de habla española y portuguesa, un libro importante, que es recibido y debe ser recibido con cordial aplauso. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

354. *Vidas mexicanas: Alberto María Carreño. Bernal Díaz del Castillo, descubridor, conquistador y cronista de la Nueva España.* — Sara García Iglesias. *Isabel Moctezuma, la última princesa azteca.* México, Ediciones Xochitl, 1946, 2 vols. [Año 15, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1949, (p. 139). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Siguen cumpliendo las ediciones Xochitl con su propósito de presentar la historia de México de manera fácil y amena, y no por ello descuidada. El distinguido historiador Alberto María Carreño recoge con orden y concierto las noticias que de sí mismo da Bernal, aquí y allá, sobre su persona y su biografía, y añade, gracias a sus conocimientos de la historia de México, otros útiles detalles. Su reconstrucción de la vida de hombre tan extraordinario, tan leído y tan poco estudiado, es meritoria y muy útil.

En fácil prosa, que confirma los premios recibidos recientemente, Sara García Iglesias examina otra vida simbólica de la misma época, ésta, del lado de la raza vencida. A través de Tecuixpo, la hija predilecta de Moctezuma, y de sus reales esposos Cuitlahuac y Cuauhtémoc, del concubinato con Cortés y de sus matrimonios con Alonso Grado, Pedro Gallego de Andrade y Juan Cano, sigue la pelea, la agonía y el llanto de los aztecas. Siente el sollozo de los que caen y el fuerte aliento de los que atacan y triunfan. La niña cinco veces viuda, que asiste en plena niñez a la muerte y al sacrificio de sus dos guerreros, y luego sigue la común senda de los vencidos de estirpe—amante ocasional del capitán y madre de un hijo natural, esposa de soldados adinerados y finalmente madre tierna de sus hijos legítimos—está estudiada con cariño y comprensión. El trágico nexo entre la nobleza azteca y la nobleza española resalta en este bello libro con toda su triste grandeza.

—ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

355. F. Rand Morton. *Los novelistas de la Revolución mexicana*. México, Editorial Cultura, 1949. 272 págs. [Año 15, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1949, (pp. 139-140). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Divide el autor su estudio en tres partes. La primera, «Los escritores de la etapa bélica de la Revolución» —203 páginas— comprende a Mariano Azuela, José Rubén Romero, Gregorio López y Fuentes, Martín Luis Guzmán, Rafael F. Muñoz, Nellie Campobello; a José Mencisidor³ y José Vasconcelos, bajo el rubro de «dos pensadores-novelistas»; y a Francisco L. Urquiza y Manuel W. González, bajo el de «dos militares». La segunda parte, «Los continuadores de la novela de la Revolución», —de 21 páginas— trata de Mauricio Magdaleno, Jorge Ferretis y Agustín Yáñez. La tercera, «Aportaciones menores a la novela de la Revolución» —6 páginas— se refiere, de paso, a Hernán Robleto, Teodoro Torres, Cipriano Campos Alatorre, Xavier Icaza, César Garizurieta, Martín Gómez Palacio, José Guadalupe de Anda, Fernando Robles, Francisco Rojas González, Esteban Maqueo Castellanos, y Alfonso Taracena. Preceden a estos estudios una «Advertencia» y una «Introducción» —sobre «el concepto de la literatura, el arte y la política revolucionarias», sobre lo que debe la evolución cultural de México a su evolución política, y sobre la novela *revolucionaria* antes de 1910— y los sigue una «Conclusión» sobre «los valores social y psicológico, histórico y literario» de la novela de la Revolución, y una bibliografía general de seis páginas. Adornan el libro muy interesantes viñetas de José A. Gómez Rosas.

El autor ha sido estudiante de la Universidad Nacional de México —lo dice en su «Advertencia»—, se ha apoyado en las investigaciones del profesor Ernest R. Moore y ha sido alumno de Don Julio Jiménez Rueda, Don Francisco Monterde, Don Justino Fernández, Don José Luis Martínez y Doña Berta Gamboa de Camino. Su estudio, pues, ha sido realizado sobre la propia tierra mexicana, muestra una cuidadosa lectura de los autores de su primera y su segunda parte y —siguiendo al capítulo dedicado a cada uno de ellos— incluye valiosas bibliografías. Teniendo en cuenta la vastedad y las dificultades del tema, la amplitud y los escollos de su empeño —muy grandes, sin duda, y especialmente para quien no es mexicano— ha de concluirse en justicia que su obra es útil y merece aplauso.

³ [Nota del editor]. Con errata en el texto original, debe decir Mancisidor.

En la solapa del libro escribe J. L. M. (¿José Luis Martínez?) una generosa apreciación crítica, de la que destacamos estas palabras: «Los desajustes de estilo y de apreciaciones que un lector mexicano encontrará en este libro, no invalidan, sin embargo, sus cualidades documentales y críticas. Todas las informaciones críticas y bibliográficas que puede requerir el investigador se han incorporado a su texto, que cuenta, además, con exámenes detenidos y perspicaces de las novelas más importantes de este ciclo y aun con una original interpretación de *lo mexicano*, digna, en no pocas cuestiones, de meditarse.»

El valor del libro descansa en la dedicación del autor al tema, y en el deseo de comprensión de México que anima sus páginas. Es un cordial balbuceo sobre, un importante grupo de novelas y sobre una etapa histórica mexicana que están urgiendo trabajos de plumas mejores, y de culturas más formadas, de escritores más dentro del conocimiento y el entendimiento de México. El autor trata de vencer, y a veces vence, sus naturales limitaciones, aunque a menudo se le escapan errores de forma —en la apreciación del estilo de sus autores— y de fondo. Algunas alusiones a personajes y a hechos de la Revolución Mexicana son totalmente equivocadas. La proporción concedida a cada uno de los autores tratados no es siempre la más atinada. Entre los que figuran en su última parte hay algunos que deberían estar en la primera o la segunda. No son ligerezas del señor Morton, sino simplemente imposibilidad de atrapar en breve tiempo una materia tan numerosa y complicada. La evidencia de lo que decimos, y el deseo de no hacer una crítica negativa de una labor que merece estimación, hacen innecesaria aquí la referencia a puntos concretos. Pero —además de lo dicho— el mayor defecto del libro es el español en que está escrito, español de factura inglesa que pudo ser discretamente mejorado, fácilmente hecho pasable o admisible.

De cualquier modo, el esfuerzo del autor no es baldío; será útil para cuantos estudien la novela de México; es un punto de partida para las indispensables obras mejores. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

356. *El pensamiento vivo de Giner de los Ríos*, presentado por Fernando de los Ríos. Buenos Aires, Editorial Losada, 1949, 274 págs. [Año 15, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1949, (p. 141). Texto firmado por: A. I.]

En un prólogo de cincuenta páginas subraya Don Fernando de los Ríos la trascendencia de la obra de Giner. Quedan allí a la vista el conoci-

miento profundo y minucioso que tiene el autor del pensamiento y la acción de Giner, así como la devoción fervorosa de quien es su discípulo. A la información sustanciosa y a la exégesis justa se suman en este trabajo muchas páginas que sitúan los antecedentes y el desarrollo del Krausismo español, y el pensamiento de sus maestros, de la más brillante manera. El estudio de Don Fernando es «sobre» Giner y los Krausistas y la Institución Libre de Enseñanza, y a la vez pudiéramos decir que es «de» ellos: no sólo los explica Don Fernando, sino que, con autoridad y maestría, habla en su nombre.

Esta voz humanista que clama por el retorno a los ideales de sus maestros y que sigue sosteniéndolos con igual fe que ellos, y la selección de Giner hecha con mano diestra y nunca mutiladora del maestro, hacen de este volumen uno de los mejores de la Biblioteca del Pensamiento Vivo de la Editorial Losada. —A. I.

357. José Manuel Rivas Sacconi. *El latín en Colombia. Bosquejo histórico del humanismo colombiano*. Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1949, 488 págs. [Año 15, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1949, (pp. 142-143). Texto firmado por: A. I.]

Contiene este volumen un material rico y bien ordenado: «noticias acerca de la enseñanza del latín en las aulas colombianas; de las gramáticas latinas compuestas en el país; de la producción de obras científicas y literarias latinas, en verso o en prosa; de las traducciones de clásicos latinos; de los comentarios y ensayos críticos sobre temas de literatura latina; de la influencia de la cultura grecorromana en las letras colombianas y, en general, de la huella clásica en la vida nacional.»

El propósito de presentar un capítulo de la historia cultural colombiana y la existencia de una literatura colombo-latina, paralela a la vulgar, ha quedado bien cumplido. Los tres grandes períodos—colonial, de transición e independiente— ha sido realizado con tanta sabiduría como orden. El profano que sólo quiera informarse del relieve que en este aspecto tienen grandes figuras —como Jiménez de Quesada, como Rufino José Cuervo, como Miguel Antonio Caro— encontrará en esta valiosísima obra una información de primera clase. El libro es nueva honra de la cultura humanística de Colombia y del Instituto Caro y Cuervo que lo edita, y es ejemplo y estímulo para los demás países hispanoamericanos. —A. I.

1950

358. Enrique A. Laguerre. *La resaca (bionovela)*. San Juan de Puerto Rico, Biblioteca de autores puertorriqueños, 1949, 456 págs. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 148-149). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Laguerre afirma su creciente prestigio, en todos aspectos, con esta nueva novela. El prosista de *La resaca* es, sin duda, excelente: escribe con fluidez y amenidad, tanto sus relatos, sus descripciones, como sus diálogos. Su vocabulario es extraordinariamente rico, tanto por los numerosos y sabrosos arcaísmos recogidos del pueblo de su isla, como por el neologismo de ella o de propia factura, siempre atinados, bien colocados. La palabra evangélica de Don Cristo —ésta sobre todo—, la campesina de Dolorito, la española popular de Pasamonte, están reproducidas con acierto, a veces con maestría. Es mejor Laguerre en el habla culta que en la popular, desde luego, y quizá sobre todo en los arranques místicos y poéticos de algunos de sus personajes. A menudo —cuando el autor se entusiasma— ellos hablan como hablaría el profesor Laguerre, el poeta Laguerre. Y entonces es visible la buena influencia de Cervantes, del Quijote, que también se recuerda por el desarrollo de la obra, por las «salidas» de Dolorito, por su recorrido por la Isla entre señores, cabreros y ladrones. Esta impresión que nos deja su prosa se confirma al leer los títulos de sus capítulos.

El novelista no va a la zaga del escritor. La lucha de las haciendas rivales, la batalla entre españolistas o leales al Rey y puertorriqueños, la tragedia social y política, el escenario físico, el monte Yuki-yú y los caminos y playas de Puerto Rico, y, por encima de todo, la humanidad de varios de sus personajes, le dan alta categoría. Don Cristo, el apóstol vencido, el profeta desmayado, es una figura humana, encantadora, que imprimirá su noble huella en el lector. Dolorito, el personaje central, a quien el autor crea y mata como símbolo heroico de las libertades populares puertorriqueñas, en quien él resume la pureza de un movimiento anarquizado —aún no maduro—, no es sólo símbolo, sino carne de pueblo dolorido y rebelde. (¿Por dolorido, acaso, se llama Dolores, Dolorito?). El emigrante español que llega y triunfa, Balbino Pasamonte, aliado luego a la dominación norteamericana, muerto en las aguas, por un nativo, como el conquistador Salcedo, habla y obra como el típico explotador ultramarino. Quizá aun más que ellos, en determinados momentos, otras figuras menores, como el altivo don Pedro Quiroga, como el bueno don Alvaro. No siempre está vivo el hombre, el personaje, sino por momentos es camino para la tesis de fe y rebeldía y esperanza que el autor quiere sustentar: muy a menudo

el personaje está al servicio del símbolo. Pero nunca deja de sentirse el dominio que de la pluma y de su tierra tiene Enrique Laguerre.

Detrás de la serenidad con que Laguerre escribe y desarrolla su obra, está siempre vivo un fuego generoso, hecho del amor al bien y a la patria. No sabemos si esto hace mal a la novela, como novela: lo cierto es que le da al libro una calidad moral, pura y ardorosa, que subyuga al lector y lo une al autor y a la causa de su Puerto Rico. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

359. Daniel Cosío Villegas. *Extremos de América*. México, Tezontle, 1949, 334 págs. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (p. 159). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Muy juiciosa y útil es la reunión de trabajos tan valiosos como los presentes. Lamentable sería que quedaran perdidos u olvidados en las distintas publicaciones que los acogieron, o sólo en el recuerdo de quienes tuvieron la ocasión de oírlos leídos por el autor, en la gaveta de su escritorio. Son todos ellos de lo más penetrante que se ha escrito sobre México y América en los últimos tiempos.

«La crisis de México», «México y los Estados Unidos», «Rusia, Estados Unidos y la América Latina», «Los problemas de América», son, sin duda, los más interesantes. Su mérito radica en la inteligencia clara y fina, de transparencia y agudeza muy mexicanas, verdaderamente altiplaníticas, con que están vistas, discutidas y ordenadas todas las cosas; así como en el sentido de independencia del autor, nunca limitado por partidismos ni sectarismos de ninguna especie. Ni antiyanqui ni proyanqui, ni sovieta ni antisoviético, corta hasta la última fibra de las entrañas americanas con pulso firme y seguro. Y no sólo seguro y firme: audaz, con audacia de buen cirujano: se siente la fruición que experimenta al zajar sin piedad. Acaso—para nuestro gusto—haya a veces un poco de amargor en sus juicios sobre problemas internos de México: llamaríamos negativa su crítica, en algunos momentos, si no tuviéramos en cuenta que está enderezada hacia el bien; y sin duda lo parecerá así al lector que no conozca ni sienta México, que no lleve también dentro de sí—como la lleva Cosío—la lava volcánica que es el asiento del alma mexicana.

Otros ensayos («La riqueza legendaria de México», «El porfiriato: su historiografía o arte histórico», «La industria editorial y la cultura», «España contra América en la industria editorial», «La Conferencia de Chapultepec») dejan ver principalmente la preparación que en distintas

disciplinas tiene el autor, su método y su seguridad de *scholar*, así como el conocimiento sesudo y práctico de las actividades a que ha consagrado su vida. Para el estudioso y para el lector común, para el hombre de hoy, será siempre inquietante esta obra, fríamente apasionada. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

360. Jesús Silva Herzog. *Meditaciones sobre México, ensayos y notas*. México, Cuadernos Americanos, 1948, 272 págs. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 159-160). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Reúne este volumen una serie de trabajos del profesor Silva Herzog, publicados en los últimos años en diversas revistas. El tema central es México, pero México en el mundo, no visto de manera limitada, exclusiva, patrioterica: todo el libro está transido de ideales humanistas. El mexicano ve al mundo presente desde el buen mirador que es México, y también analizan desde fuera al México de hoy. La generosidad no es lo único que campea en estos ensayos y artículos: son, también, producto de una vida dedicada al estudio. Silva Herzog es uno de los economistas mexicanos que más han leído e investigado. «Lo humano, problema esencial», «Crisis humana y postguerra», «¿Es el capitalismo inmortal?», «A propósito del materialismo histórico», «Deberes del intelectual mexicano», «La cultura y la paz» son títulos—de algunos de los trabajos aquí recogidos—que darán al lector idea de las preocupaciones y dedicaciones del autor. «Cuadernos Americanos» ha hecho bien al consagrar este volumen a una obra cuya meta es la justicia social para todos los hombres. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

361. Clásicos Jackson. Segunda serie: Tomo 27, *Historiadores de Indias*. Selección estudio preliminar y notas por Germán Arciniegas. Tomo 28, *Escritores místicos españoles*, Sel., Pról. y notas por José Gaos. Tomo 29, *Poetas dramáticos españoles*, I. Estudio preliminar y edición a cargo de Rafael Alberti. Tomo 30, *Poetas dramáticos españoles*, II. Estudio preliminar y edición a cargo de Jacinto Grau. Tomo 39, *Grandes cuentistas*. Selección, estudio preliminar y notas por Julio Torri. Tomo 40, *Literatura epistolar*. Selección de Ricardo Baeza y Alfonso Reyes. Estudio preliminar por Alfonso Reyes. Buenos Aires, W. M. Jackson, 1949. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 166-167). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La Colección Jackson presenta entre los libros de su segunda serie estos seis volúmenes que totalmente o en parte contienen páginas de literatu-

ra española. El primero citado, o sea el tomo 27, desde Cristóbal Colón hasta Fray Pedro Simón, pasando por Oviedo, las Casas, Garcilaso Inca, Solís, Bernal, Fray Pedro Aguado, Herrera y Pedro Hernández. Los dos Luises y Santa Teresa llevan el 28. Guillén de Castro, Mira de Amescua, Vélez de Guevara y Francisco de Rojas (tomo 29); y Tirso, Alarcón y Moreto, el 30. El tomo 39, contiene desde el cuento XIX de *Panchatantra* y otros de *Las mil y una noches*, siguiendo por Italia, Francia y España hasta las nacionalidades europeas modernas, y hasta rematar en Norteamérica —con Poe, Mark Twain y Henry James—, e Iberoamérica: Machado de Assís y Horacio Quiroga. La *Literatura epistolar* comienza en Grecia, con Platón, y termina —después de una nutrida, ágil y atinada selección de todas las literaturas— con José Martí.

El vasto contenido está bien organizado por sus excelentes seleccionadores, y bien presentado por escritores que conocen y sienten su materia: el colombiano Arciniegas; los españoles Gaos, Alberti y Grau; los mexicanos Reyes y Torri. La edición, dirigida por un Comité Selectivo integrado por Federico de Onís, Reyes, Francisco Romero, Baeza y Arciniegas, cumple —dentro de las limitaciones de recoger en pocas páginas la esencia de cada género— su útil propósito. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

362. Félix Lizaso. *El Pensamiento vivo de Varona*. Buenos Aires, Losada, 1949, 218 págs. \$7.00 m/n. [Año 16, No. 1/4, Enero – Diciembre, 1950, (p. 167). Texto firmado por: A. I.]

La *Biblioteca del pensamiento vivo* agrega a su bien escogida colección este resumen del de Varona, amorosa y hábilmente recogido por Félix Lizaso. El eminente maestro de varias generaciones cubanas habla a través de uno de sus más devotos discípulos, quien, en un estudio de cincuenta páginas fija los antecedentes filosóficos de Varona y lo sitúa en su época y en su medio. Una breve, pero muy cuidada «Nota bibliográfica» de Varona ayudará también mucho, como punto de partida, al estudioso que quiera conocerlo. —A. I.

363. Alfonso Reyes. *The position of America and other essays*. Translated from the Spanish by Harriet de Onís. Foreword by Federico de Onís. New York, Alfred Knopf, 1950, 176 págs. \$5.00. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 144-146). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Acaba de aparecer en Nueva York esta magistral antología, o mejor dicho, esta esencia o *espíritu* de Alfonso Reyes. Por la excelente selec-

ción, por el prólogo agudo y hondo, por la fina traducción —tan fiel como hermosa—, y también por la bella presentación—un monotipo de Bodoni, impecablemente encuadernado por Kingsport Press—esta publicación norteamericana puede calificarse de excepcional. Ningún escritor mexicano, ningún hispanoamericano y pocos europeos han sido presentados en inglés con igual elegancia material, con tan serio conocimiento del autor, con tan amoroso entusiasmo.

Forman el libro selecciones de *Visión de Anáhuac* (1915); de *Última Tule* (1942): «Thought of the American mind», «Epistle to the Pinzon», «Columbus and Amerigo Vespucci», «Social science and social responsibility»; de *Tentativas y orientaciones* (1944): «The position of America», «Virgilio in Mexico»; de *Letras de la Nueva España* (1948): «Native poetry in New Spain»: «The tenth muse of America»; y de *Pasado inmediato* (1941): «In Memoriam: Luis G. Urbina», más un útil, claro y completo «Glossary of proper names».

Lo más característico y brillante de la obra de Reyes ha sido escogido diestramente, y vertido brillantemente al inglés sin traicionar su mensaje, sino haciéndolo fielmente comprensible al oído, a la vista y al gusto de los pueblos de habla inglesa.

Esta condición, que verá quien lea el libro, queda ya patente en el prólogo de don Federico de Onís, ejemplo de orden intelectual y de crítica tan amorosa como ceñida a la verdad. Aunque este prólogo no pierde en esta esmerada traducción de Harriet de Onís, sino que sólo se le apunta hacia los lectores norteamericanos, es lástima que no conozcamos todavía el original español, en donde sus méritos estarán más a la vista, a nuestra vista. (Acaba de ser publicado en español en *Sur*, Buenos Aires, noviembre 1950).

Además de repasar el desarrollo de la obra de Reyes con método académico —aligerado, sin densidad excesiva ni recargo molesto— Onís señala y subraya, quizá mejor que nadie antes de ahora, las excelencias mexicanas, hispánicas y universales de Alfonso Reyes. «El más universal de los escritores en español», «tan europeo», «no es una desviación sino un producto de un gran momento mexicano». «Su cosmopolitismo es mexicano»: Onís ve las raíces de su cultura, las mismas que tocan, del XVI al XVIII, en Zumárraga y Vasco de Quiroga, en Alarcón y Sor Juana, en Clavijero... El estudioso del Arcipreste y de Góngora, el crítico de Mallarmé, de Wilde y de Bernard Shaw, el conocedor de literaturas antiguas y modernas, «ha descubierto, con su gracia especial, la esencial unidad de México». Es [como la x de la palabra

México, de México] un punto de intersección de todas las culturas que convergen y divergen en su espíritu, tomando en él nueva luz y sentido". México es, siempre, «su punto de referencia». La personalidad mexicanísima de Reyes, hecha de contrastes bien engarzados, va de lo popular a lo erudito, de lo folklórico a lo culto, de lo clásico a lo barroco. Su mexicanismo está hecho de «gracia, elegancia y serena melancolía, subrayados por la riqueza del lenguaje». Señala Onís en Reyes, el «orden estético», hecho de una mexicana «cortesía hacia cosas e ideas, escrupuloso cuidado en su trato con ellas, recato en el elogio, gracia en las negaciones y siempre bondad, una bondad estética que consiste en entenderlo todo». El crítico deja lugar al hombre cuando Onís apunta que «el delicado y vivo culto de la amistad es otro rasgo mexicano, y una constante lección que recibimos de Reyes los que no somos mexicanos». Y esto lo lleva a recordar otras amistades mexicanas, que lo han hecho entender la emocionada frase de Martí en uno de sus Versos sencillos: «¡Tengo en México un amigo!».

El maestro salmantino, que fué compañero de trabajo—en Madrid—del maestro regiomontano, señala que Reyes fué visto allá, desde el primer momento, como español, aunque nunca les dejó olvidar que era mexicano; y señala cómo «el mexicano de España se transformó en el español de México». Su vida en toda Hispanoamérica lo hizo «hombre de muchos países y *civis maximus* de América», como a Darío. En prosa emotiva y contenida, Onís explica en su prólogo la «universalidad americana» y la mexicana esencia de quien, como Rodó, fué maestro desde la juventud, desde sus *Cuestiones estéticas*.

México, Hispanoamérica, España tienen que ver con alegría que uno de sus mejores hijos haya sido tan pulcramente presentado al mundo culto de la otra América. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

364. Octavio Paz. *El laberinto de la soledad*. México, Cuadernos Americanos, 1950, 198 págs. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 146-147). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Los ocho ensayos que componen este libro colocan a su autor en la primera fila de los intérpretes del espíritu mexicano. Desde los años de su adolescencia en la Escuela Nacional Preparatoria de México—cuando, con otros brillantes muchachos, publicó la revista *Barandal*—sabíamos que era un fino poeta, y el ascenso firme y seguro de su obra así lo ha confirmado; desde entonces su charla y algún artículo mos-

traban al buen prosista; pero este libro nos enseña que es un ensayista de categoría. Lo es por la buena prosa, por el pensamiento rico y claro, por la vasta lectura universal que sus páginas revelan y, siempre, por su aliento lírico, tan delicado como potente. Octavio Paz se busca y se encuentra buscando y encontrando a nuestro México. Cinco trabajos—«El *pachuco* y otros extremos», «Máscaras mexicanas», «Todos Santos, Día de Muertos», «Los hijos de la Malinche» y «La dialéctica de la soledad»—son buceos sentidos, vibrantes, a menudo doloridos, sobre el alma mexicana, a través de observaciones de la vida diaria, de nuestras fiestas, de nuestra gente, de nuestros mexicanismos lingüísticos; en tanto que en «Conquista y colonia», «De la Independencia a la Revolución» y «Nuestros días» el análisis se hace mediante nuestro proceso histórico, y así llega el autor—sin que falte nunca la intuición poética—a exposiciones razonadas que, con más desarrollo, pueden formar un sistema o una teoría de la historia de México.

El amor del mexicano por la muerte; su desdén por la vida; su hermetismo permanente, que se abre en el ulular de las fiestas, o se rompe dramáticamente en la confidencia; su cortesía y su disimulo, contrapartida, trampolín y compensación de su violencia; y, en suma, su dramática soledad, están estudiados en páginas en que la observación juiciosa y penetrante van engarzadas con la adivinación reservadas a quienes Darío llamó «pararrayos celestes, rompeolas de las eternidades». En ensayos recientes o remotos sobre el tema—desde Humboldt hasta Lawrence, para no citar sino a los extranjeros, pero también pensando en los mexicanos— recordaremos al estudioso, al sabio, al polemista, al economista, al satírico, al demoledor, al costumbrista ... Pero en pocos se encontrará esta mezcla prodigiosa de maestría y de hallazgo, de razón y de poesía.

Sin estar de acuerdo con todas las afirmaciones del autor; sin dejar de apuntar que a veces limita al mexicano lo que es mal del hombre de todas partes; sin olvidar apuntar que hay momentos en que el recuerdo personal se desenvuelve en conclusiones generales, esto es, en que la sensibilidad o *sensitividad* estorba el acierto; sin dejar de pedir al autor que amplíe y consolide su interpretación histórica... el lector cierra el libro con admiración y agradecimiento. Pocos ensayos tan brillantes y serios se han escrito sobre México y el mexicano. Para ser mejor se agrega otra observación que hemos olvidado: su honrado credo liberal, devoto de la Revolución Mexicana, le da una poderosa fuerza afirmativa. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

365. Rafael Sánchez Ocaña. *Confesiones de un desvelado*. México, Ediciones Iberoamericanas, 1943, 420 págs. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre., 1950, (p. 148). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Sin duda Don Rafael Sánchez de Ocaña es uno de los más amenos y valiosos periodistas de la emigración española en América. El término «periodista» no quiere decir, por supuesto, gacetillero: lo usamos porque Sánchez de Ocaña ha publicado en la prensa diaria de México, creo que en su mayoría en *El Nacional*, los artículos que forman este volumen. Su pasmosa fecundidad consigna que su pluma no se adocena, a pesar del rápido trabajo diario. A ninguno de sus artículos le falta gracia, interés, brillo y chispa, y en casi todos, al correr del lápiz, hay atisbos o completos logros de originalidad. Une en ellos la larga memoria de quien mucho ha vivido y el temblor de quien ha vivido intensamente, todo armonizado por una sonriente melancolía y adornado también por la muy vasta y honda lectura.

Este libro, además, tiene para nosotros la importancia de ser reseña de la vida de un español en México, de manera a veces concreta y clara, en otras interna, oculta. Su justa dedicatoria lo enlaza ya con México: «Al Doctor Héctor Pérez Martínez, joven maestro en el gobierno justiciero de las cosas temporales, y señor en las del espíritu». — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

366. Federico Córdova. *Vida y obra de Germán Arciniegas*. La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación, 1950, 416 págs. (Contemporáneos, 1). [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (p. 149). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Don Federico de Córdova, historiador y jurista cubano conocido y respetado por su dedicación al trabajo intelectual y por su vida íntegra y generosa, estudia con devoción—casi podríamos decir con devoción de buen padre—la vida y la obra de Germán Arciniegas, uno de los hispanoamericanos de nuestra época de más penetrante y vivaz inteligencia. En sus «Notas biográficas» presenta útiles datos de la vida del ilustre escritor colombiano y luego sigue, libro por libro, con verdadera delectación y frecuentes aciertos críticos, toda la obra de Arciniegas. La repite y la rehace, desde fuera, y materialmente la recrea y se recrea. Hoy el libro es una cordialísima reconstrucción de esta obra; mañana, cuando el tiempo la haya perfilado más, su utilidad será mayor. El

libro tiene cauces ocultos: a la lectura de Arciniegas añadió un día don Federico el hallazgo de que aquel era descendiente nada menos que de Perucho Figueredo, de una de las ramas cubanas que fueron a cobijarse y a florecer en Colombia. Su admiración se dobló en pasión en el viejo patriota mambí. Se explicó las coincidencias de opinión sobre el problema de América. Y las explicó en un libro que moralmente tiene el raro mérito de saber alabar—como quería y recomendaba José Martí—, veta no común en un mundo intelectual envenenado por la reticencia envidiosa y mezquina. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

367. Ermilo Abreu Gómez. *Semblanzas literarias: I. Cecilia Acosta; II. Horacio Quiroga*. Washington, Unión Panamericana, 1951, 2 vols. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 153-154). Texto firmado por: A. I.]

Esta nueva colección de «semblanzas literarias», de la División de Filosofía, Letras y Ciencias de la Unión Panamericana, debidas a la pluma y a la dirección del escritor mexicano Ermilo Abreu Gómez, aparecen sencillamente en edición mimeográfica. Las semblanzas de los dos autores, en prosa fácil y clara, son una buena interpretación de su vida y su obra, con agudas observaciones críticas, sobre todo la segunda. Las bibliografías, sin ser exhaustivas, proporcionan datos útiles y responden al empeño de divulgación de sus editores. —A. I.

368. Agustín Yáñez. *Don Justo Sierra. Su vida, sus ideas y su obra*. México, Universidad Nacional de México, Centro de Estudios Filosóficos, 1950, 222 págs. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 154-155). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Como lo dice el autor en la introducción «es este el primer intento de comprensión general de don Justo Sierra en vista de sus obras completas; publicadas en quince volúmenes por la Universidad Nacional Autónoma de México» y «pretende ser una biografía de las ideas elaboradas por un espíritu armonioso y tenaz, a lo largo del período que viene del triunfo de la República contra el Imperio, hasta la Revolución».

Luego el doctor Yáñez sigue la vida y la obra de don Justo, por orden cronológico, a través de los siguientes capítulos: «Linaje», «La conquista de México», «En la mitad del camino», «La nueva vida», «Don Justo», «La conquista exterior», «La gran jornada», «El juicio fi-

nal» y «Muerte y gloria». Se va deteniendo en cada punto importante, político o intelectual, de la vida o la obra del ilustre maestro, y en esas digresiones es donde realiza la mejor tarea. Por ella, que es la labor más valiosa del señor Yáñez, así como por los muchos datos desconocidos que agrega, y por la fidelidad y el cuidado de las referencias a las obras completas de Don Justo —a los quince volúmenes que acaban de aparecer publicados por la misma Universidad de México— no hay ninguna duda al afirmar que este es el libro más completo publicado sobre la materia. Lo hacen todavía más rico la gran cantidad de retratos, fotografías y caricaturas que dan imagen fiel y viva de la persona de Don Justo y de su escenario.

Muy armoniosamente están tratados, en las digresiones al libro, el desarrollo de la obra literaria de Don Justo, el sentido de su hermosa tarea educativa, su pensamiento positivista, su emoción religiosa, etc. Pero es indudable que aun queda mucho material de este tipo al señor Yáñez, y que seguramente nos lo dará en un estudio exclusivamente crítico de Don Justo, no mezclado con la biografía que lo distrae en este libro. De todos modos, esta obra logra su doble propósito con acierto que merece el mayor elogio. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

369. Alberto Ravell. *Humanidad*. 2ª ed. Caracas, Avila Gráfica, 1950, 256 págs. (Colección Los Combatientes, 1 y 2). [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (p. 156). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Están formados estos dos libros con los artículos de Alberto Ravell: el primero, recoge diversas estampas, reflexiones, recuerdos; el segundo, el mismo tipo de artículos, pero casi todos referentes al tema político venezolano. Son todos la expresión de un corazón generoso y romántico, dulce y emotivo, con ánimo de misionero y pluma fácil y sencilla. El conocimiento de su vida hará conocer y estimar más sus libros: entró a la¹ cárceles de Juan Vicente Gómez a los quince años y estuvo en ellas un año, para volver a entrar a los dieciocho y salir a los treinta y uno. Esto es, Ravell ha estado los mejores catorce años de sus cuarenta y seis —nació en 1905— en tremendas prisiones, entre mil dolores, ante horribles torturas, rodeado de angustia, hambre, tragedia. Luego, se ha ganado la vida en toda clase de oficios. Inevitablemente, el lector recuerda a Silvio Pellico, a veces, y en otras a Máximo Gorki. La prosa

¹ [Nota del editor]. Con errata en el texto original, debe decir las cárceles.

es buena, la memoria es rica, el sentimiento limpio, y además, los estímulos² están bien organizados. No falta la estampa fuerte ni la interpretación atinada de hombres y psicologías. Por todo eso creemos que en Ravell hay arcilla de buen novelista, y que debe serlo, debe querer serlo. Por encima de todo, ya queda en estas páginas una noble protesta contra la barbarie de la dictadura gomecista y, lo que es mejor, sin odio—aparte de méritos o fallas técnicos o literarios— son un caso de humanidad limpia y valiente. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

370. Vicente Lecuna. *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*. New York. The Colonial Press, 1950, 3 vols. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 157-158). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

«Formada sobre documentos» —nos dice el autor— esta obra ha sido escrita «sin utilizar consejas ni versiones impropias». Así llega —insiste— a «conclusiones de acuerdo con hechos probados, y la naturaleza de las cosas». Con el extraordinario conocimiento que tiene de la vida de Bolívar, citando a cada paso la rica documentación que tiene a su alcance, acostumbrado a manejarla, el señor Lecuna sigue cuidadosamente a Bolívar en sus campañas, cubriendo todas las épocas y todos los detalles, llenando las lagunas que sobre ellos existían. Embellecen el libro muchos retratos y reproducciones de cuadros sobre Bolívar y una profusión de mapas hace más valioso este utilísimo libro. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

371. Ramón Roa. *Con la pluma y el machete*. Compilación, prólogo y notas de Raúl Roa. La Habana, Academia de la Historia de Cuba, Edición auspiciada por el Ministerio de Educación, 1950, 3 Vóls. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (p. 158). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Estos gruesos tomos nacen de la «noble y edificante pasión»—como dice don Emeterio Santovenia en sus palabras de introducción— con que Raúl Roa ha conservado, estudiado y ordenado las letras de su ilustre abuelo. La publicación es importante, en primer término, porque exhuma documentos —libros, cartas, versos— importantes para el conocimiento de la lucha por la independencia cubana; porque saca del olvido páginas muy estimadas en su tiempo—sobre todo *A pie y descal-*

² [Nota del editor]. Con errata en el texto original, debe decir estímulos.

zo—, motivo, poco después, de la invectiva de José Martí, y del incidente que estuvo a punto de terminar en un duelo entre el último y el General Enrique Collazo; y porque a través de esas páginas, así como de las que el nieto escribe sobre el abuelo, se restituye a su verdadera estatura a Ramón Roa, «cubano de mérito real, libertador brillantísimo, poeta en la guerra, historiador en la paz y varón de rango hemisférico», según las palabras de Santovenia. Los originales de Ramón Roa, en primer término; los artículos de Varona, Sanguily, Manuel de la Cruz, etc., que Raúl Roa incluye en el tercer volumen; la información que éste proporciona sobre el choque con Martí — tan comentado a menudo como poco estudiado antes—, y su juicio claro, brillante, emocionado pero justo, objetivo pero vivo y ardiente, son el mejor monumento para quien fué Teniente Coronel de la Guerra de los Diez Años; secretario, en el campo de batalla, de Ignacio Agramonte, Julio Sanguily y Máximo Gómez; secretario—en su juventud de desterrado en Nueva York y en Buenos Aires— de don Domingo Faustino Sarmiento, patriota batallador con la pluma y el machete, prosista de no pocas calidades y bardo de la guerra al que no le faltó, como tal, el elogio de su contradictor Martí.

El libro tiene, en suma positivo valor histórico, aparte del atractivo especial de envolver una plena reivindicación para un hombre ilustre que vivió una polémica enconada, después de su muerte recordada y repetida sin juicio y sin justicia. Además de tales méritos intrínsecos, se agrega el de haber sido preparada con inteligencia y con método por uno de los publicistas cubanos de nuestro tiempo —el Doctor Raúl Roa— de más nervio, de más viva inteligencia y de más acrisolada honradez. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

372. José Martí. *Cartas a una niña*. La Habana, Úcar García y Cía., 1950. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 165-166). Texto firmado por: André Iduarte]

Dedicada «a María Mantilla de Romero, la niña de estas cartas maravillosas», se publica esta preciosa edición facsimilar, de la que sólo se han hecho «300 ejemplares... impresos por el proceso offset y en papel Ticonderoga». Contiene un bello prólogo de Lizaso, tres retratos (el conocido de Martí con María, en 1887; y dos de ésta: uno a sus 8 años; y otro de 1896 ó 1897, en el que resalta su suave belleza criolla); 46 páginas en facsímil de las prodigiosas cartas de Martí a María, y siete de las que dirigió a la hermana mayor de ésta, Carmita, no menos tiernas

ni menos profundas. Roberto Blanco —regente de Úcar García y Cía. —dirigió esta finísima edición.

Alguna vez hemos dicho que si hubiera que preferir una parte entre la obra de Martí, y renunciar a las otras nos quedaríamos con sus cartas y sus diarios, sin ningún género de duda con los que escribió cuando marchaba hacia su muerte en la manigua cubana. Entre ellas está la carta de despedida a su madre, que tan alto elogio recibió de Unamuno, y todas aquellas de las que Boti calificó con certeza diciendo que «van del madrigal a la tragedia». Las presentes, en su propia letra, en el papel—papel de cuadernos, de hoteles—que se usó en su pasión, conservadas y ahora prestadas a Lizaso por la hija amante, no tienen parangón en la literatura epistolar hispanoamericana, y difícilmente lo hallarán en ninguna otra. Ya había entrado Martí en «la luz—así lo decía—y la paz que antes esperaba en vano». Iba sonriente al sacrificio por su pueblo y por el hombre. Padre y maestro, dejaba su dulce y firme testamento a su hija, a sus hijos. Tan pura y humana literatura tiene en esta edición de Lizaso la digna y merecida altura tipográfica. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

373. Archivo José Martí. Nos. 14 y 15. Publicado por el Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1950. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (p. 166). Texto firmado por: A. I.]

Continúa Félix Lizaso, con tenacidad ejemplar, la publicación del *Archivo José Martí*. Siguiendo su empeño de reunir cuanto de interesante se publique y se haya publicado antes y ahora sobre el tema, recoge en estos dos últimos números el magnífico poema de Pablo Neruda sobre el gran cubano—incluído luego en su *Canto general*—, «Martí y su obra política» de Varona, páginas de Juan Pablo Echagüe, de Torres-Bodet, de Luis Alberto Sánchez, de Alberto Palcos, de Andrés Eloy Blanco, de Rafael Heliodoro Valle, de Miguel Otero Silva, de Enrique Serpa, de Oswaldo Bazil, etc., que enriquecen y facilitan el estudio de Martí. —A. I.

374. Bernice T. Matlowsky. Antologías del cuento americano. Guía Bibliográfica. Washington, Unión Panamericana, 1950, 47 págs. (Monografías bibliográficas, III.) [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950 (p. 169). Texto firmado por: A. I.]

La División de Filosofía, Letras y Ciencias de la Unión Panamericana presenta esta edición mimeográfica. Contiene una advertencia de

la autora, un breve trabajo de Ermilo Abreu Gómez sobre «El cuento americano», y una bibliografía general de 28 páginas y un «Índice de autores», de 14. Basada en los materiales recogidos en la Unión Panamericana y en la Biblioteca del Congreso, de Washington, es un útil paso hacia la bibliografía de materia tan amplia e importante de nuestra literatura. — A. I.

375. Manuel Pedro González. *Fuentes para el estudio de José Martí. Ensayo de bibliografía clasificada*. La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1950, 520 págs. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (pp. 169-170). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Aparece dedicada esta obra «a Raúl Roa [director de Cultura del Ministerio de Educación de Cuba] y a Félix Lizaso, fuertes valores de la cultura cubana y martiífilos acendrados, que han hecho posible la publicación de este libro».

No tan temprano como hubiera querido el autor—profesor de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Los Angeles de California—, y como lo deseábamos cuantos conocíamos su larga consagración a Martí, pero a tiempo, muy oportunamente, se recoge esta labor de recolección y ordenación bibliográfica, merecedora de la más alta estimación de los estudiosos de la literatura hispanoamericana y de la gratitud de los martianos.

El prólogo del profesor Raimundo Lazo y el trabajo introductorio—«significación de José Martí»—y sus «Advertencias para la provechosa consulta de la bibliografía», dan marco seguro para quien quiera conocer el desarrollo de la bibliografía martiana, y su estado actual. La «Bibliografía activa—de 277 páginas—contiene, desde «los escritos de José Martí publicados hasta 1875», y las «colecciones en varios volúmenes y Obras Completas», hasta las publicaciones individuales (recopilaciones, versos, epistolarios, discursos, antologías, crestomatías) ediciones de *La edad de oro*, traducciones de Martí, traducciones hechas por Martí, lista de periódicos y revistas en que colaboró e iconografía. La «Bibliografía pasiva»—de 169 páginas—clasifica cuanto de importancia se ha escrito sobre Martí en «El hombre y su role histórico», «Sus ideas», «El artista de la palabra» y «Miscelánea», con sus correspondientes subdivisiones. El cuidadoso apunte de cada obra, los índices recogidos de otras completas de difícil consulta, las

notas aclaratorias necesarias y, en suma, la riqueza de esta bibliografía y el entusiasmo y el orden con que ha sido hecha, le dan primerísima categoría entre las consagradas a escritores hispanoamericanos, y la hacen indispensable, fundamental, ineludible, para todo el que estudie a José Martí. Es esta obra, pues, un fruto maduro de una silenciosa y perseverante devoción espiritual y profesional. Felicitemos al profesor González, y felicitémosnos de contar con su valioso trabajo. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

376. José Bernardo Couto. *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*. México, Fondo de Cultura Económica, 1947, 168 págs. (Biblioteca Americana. Serie de Literatura Moderna, Pensamiento y Acción.) [Año 16, No. 1/4, Enero – Diciembre, 1950, (p. 170). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En limpia y bella edición se publican ahora los clásicos *Diálogos* del ilustre Couto sobre pintura mexicana. La armonía de su prosa y el tino de sus juicios dan valor permanente a esta obra fundamental para quien estudie nuestras artes plásticas. Tanto más que la edición, el prólogo y las notas han sido confiadas a la autoridad de don Manuel Tous-saint. Lo que Couto no dijo, y lo que no dijo con exactitud, y lo que no podía decir porque la información de su época no alcanzaba la nuestra, está completado por la no menor sabiduría y el no inferior juicio del editor. La biografía de Couto, que Toussaint recoge de la colección de Agüero; las ilustraciones; el índice analítico hacen digna esta edición de la memoria del sabio prócer mexicano. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

377. Ralph Roeder. *Juárez and his Mexico. A biographical history*. New York, The Viking Press, 1947, 2 vols. [Año 16, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1950, (p. 183). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El libro de Roeder ha obtenido en los Estados Unidos los favores de la crítica, aunque, desgraciadamente, sólo ha sido leído por la minoría que se interesa en la historia de Hispanoamérica. En ésta, el conocimiento de su obra ha quedado reducido a una minoría todavía más restringida—a la de estudiosos que, a tal categoría, unen la de conocer el idioma inglés. Quiere esto decir que *Juárez and his Mexico* no ha alcanzado aun toda la difusión y todo el elogio que merece.

Como casi toda obra de investigación norteamericana, ésta lleva, como primera y muy acusada virtud, la de ser un estudio serio y sólido de la vida de Juárez. Su repaso de la biografía del patricio mexicano, así como el de la historia de México que lo antecede y lo acompaña siempre, es meticuloso y seguro. Pero no es eso sólo—el autor está transido de admiración por la persona de Juárez y de afecto por el pueblo de México. Sus referencias son oportunas, su bibliografía es vastísima. No posee, es claro, la clarividencia de Justo Sierra, ni el nervio de Francisco Bulnes—no puede poseerlos pues sus raíces no llegan a la sangre del trágico subsuelo mexicano. En cambio, tiene una visión continental e internacional que nunca había sido presentada tan lúcidamente al tratar de un período histórico mexicano. Es esta, sin duda, su mayor calidad—cómo vieron los Estados Unidos, y cómo vió Europa, los acontecimientos de México, y por qué. Los juicios de Marx sobre la situación mexicana son por primera vez bien presentados, bien organizados, en este libro de un norteamericano, al mismo tiempo hombre de libros y hombre del mundo, erudito y universal. Este mérito lo lleva en ocasiones—ligado a su origen no mexicano—a cierto olvido o equivocada interpretación de la sensibilidad del hombre y del país que analiza; pero sin que llegue nunca al absurdo a que nos han acostumbrado extranjeros desaprensivos.

Mucho aprenderá de Juárez y de México el no mexicano que lea esta valiosa obra; y el mexicano, no cabe duda, agregará a su entendimiento natural los innumerables datos foráneos que el autor acumula, y tendrá a la vista el ejemplo de un trabajo admirablemente devoto y metódico. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

1952

378. JOSÉ MARTÍ. PROSA. [Año 18, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1952, (pp. 71-83). Por Andrés Iduarte]

En nuestro libro *Martí escritor*, dijimos que Martí es principalmente un poeta, a pesar de que su producción en verso es muchísimo menos vasta que su producción en prosa, en realidad minúscula en comparación con ésta. Lo afirmamos así porque es indudable que en el verso halló su mayor alegría y puso su máximo entusiasmo, así como porque en él todo es poesía: sus artículos y ensayos, sus discursos, sus cartas y diarios, sus tentativas dramáticas y novelísticas, hasta sus documentos políticos... También señalamos que venciendo toda clase de obstáculos—prisas y pesadumbres—cuidó personalmente de la edición de sus versos y dejó organizados otros cuerpos poéticos armónicos; en cambio, toda su obra en prosa la lanzó al viento, la tiró a manos llenas en la página íntima o política, en folletos, en periódicos y en revistas. De manera que nunca reunió en libros su prosa este profuso prosista, en tanto que sí se cuidó de editar su poesía. Y su importancia en la lírica hispánica ha sido y es considerable.



Martí (1894).

Sin embargo, no hay que confundirse tomando demasiado al pie de la letra esas observaciones. Debe tenerse en cuenta, por lo contrario, que de los setenta tomos de la edición de Trópico, solamente tres contienen íntegramente versos; que no puso su prosa en volúmenes porque era mucho más difícil reunir tan numeroso y disperso material que las colecciones de versos que guardaba en sus gavetas; que éstos eran para él descanso y solaz, totalmente, y la prosa era brega política o medio de vida, pero también solaz y descanso; y que si la influencia de su poesía se ejerció de inmediato, no menos repercusión—sólo menos visible—tuvo en el primer momento su prosa, y acaso mayor alcanzó y alcanza el pensamiento patriótico e hispanoamericano contenido en ella. La mejor luz para valorar la extensión y la distribución de su obra, pueden dárnosla los párrafos alusivos de la carta conocida como su «testamento literario», dirigida, poco antes de su marcha a la guerra de Cuba—el primero de abril de 1895 y desde Montecristi, Santo Domingo—a su discípulo y amigo Gonzalo de Quesada:

...Ni ordene los papeles, ni saque de ellos literaturas; todo eso está muerto, y no hay aquí nada digno de publicación, en prosa ni en verso: son meras notas. De lo impreso, caso de necesidad, con la colección de *La Opinión Nacional*, la de *La Nación*, la del *Partido Liberal*, la de *La América*... y aun luego la del *Economista* podrá irse escogiendo el material de los seis volúmenes principales. Y uno o dos de discursos y artículos cubanos. No desmigaje el pobre *Lalla Rookh* que se quedó en su mesa. Antonio Batres, de Guatemala, tiene un drama mío, o borrador dramático, que en unos cinco días me hizo escribir el gobierno sobre la independencia guatemalteca. La *Edad de Oro*, o algo de ella, sufriría reimpresión. Tengo mucha obra perdida, en periódicos sin cuento: en México del 75 al 77—en la *Revista Venezolana*, donde están los artículos sobre Cecilio Acosta y Miguel Peña—en diarios de Honduras, Uruguay y Chile—en no sé cuantos prólogos: a saber. Si no vuelvo, y usted insiste en poner juntos mis papeles, hágame los tomos como pensábamos: I.—Norte Americanos. II.—Norte Americanos. III.—Hispano Americanos. IV.—Escenas Norte Americanas. V.—Libros sobre América. VI.—Letras, educación y pintura. Y de versos podría hacer otro volumen: *Ismaelillo*, *Versos sencillos*, y lo más cuidado o significativo de unos *Versos libres*, que tiene Carmita. No me los mezcle a otras formas borrosas y menos características...

Material hallará en las fuentes que le digo para otros volúmenes: el IV podría doblarlo, y el VI.

Versos míos no publiqué ninguno antes de *Ismaelillo*: ninguno vale un ápice. Los de después, al fin, ya son unos y sinceros.

Mis *Escenas*, núcleos de dramas, que hubiera podido publicar o hacer representar así, y son un buen número, andan tan revueltas, y en tal taquigrafía, en reversos de cartas y papelucos, que sería imposible sacrlas a luz...

Ahora pienso que del *Lalla Rookh* se podría hacer, tal vez, otro volumen. Por lo menos, la «Introducción» podría ir en el volumen VI. Andará usted apurado para no hacer más que un volumen del material del 6º. *El Dorador* pudiera ser uno de sus artículos, y otro *Vereshagin*, y una reseña de los pintores *impresionistas*, y el Cristo de Munkacsy. Y el prólogo de Sellén —y el de Bonalde, aunque es tan violento, y aquella prosa aun no había cuajado, y estaba como el vino al romper. —Y sólo elegiré, por supuesto, lo durable y esencial.

De lo que podría componerse una especie de *Espíritu*, como decían antes a esta clase de libros, sería de las salidas más pintorescas y jugosas que V. pudiera encontrar en mis artículos ocasionales. ¿Qué habrá escrito sin sangrar, ni pintado sin haberlo visto antes con mis ojos? Aquí hay guardado los *En casa* en un cuaderno grueso: resultan vivos y útiles.

De nuestros Hispano Americanos recuerdo a *San Martín*, *Bolívar*, *Páez*, *Peña*, *Heredia*, *Cecilio Acosta*, *Juan Carlos Gómez*, *Antonio Bachiller*.

De Norte Americanos: *Emerson*, *Beecher*, *Cooper*, *W. Phillips*, *Grant*, *Sheridan*, *Whitman*. Y como estudios menores y más útiles tal vez, hallará en mis correspondencias a *Arthur*, *Hendricks*, *Hancock*, *Conkling*, *Allcott*, y muchos más.

De Garfield escribí la emoción del entierro, pero el hombre no se ve, ni lo conocía yo, así que la celebrada descripción no es más que un párrafo de gacetilla. Y mucho hallará de *Longfellow* y *Lanier*, de *Edison* y *Blaine*, de poetas y políticos y artistas y generales menores. Entre en la selva y no cargue con rama que no tenga fruto.

De Cuba ¿qué no habré escrito?: y ni una página me parece digna de ella; sólo lo que vamos a hacer me parece digno...

Escenas Norteamericanas. De guía para este volumen pudiera servir la idea matriz de elegir para él las correspondencias aquellas que describen un aspecto singular, o momento característico, de la vida de Norte América. Recuerdo ahora, por ejemplo: *Un boxeo*, tal vez la correspondencia que se publicó en *La Nación*. *La Exposición de vacas en Madison Carden...* *El Terremoto de Charleston*. *La Nevada*. *La Ocupación de Oklahoma*. *Los Anarquistas de Chicago*. *Una elección de Presidente*. *La inundación de Yorktown*. *El lynchamiento de los italianos en Nueva Orleans*. *El negro quemado*. *El centenario de Washington*. *El centenario de la Constitución*. *La Estatua de la Libertad*. —Y temas así, culminantes y durables, y de valor humano. (Trópico, LXVII, 146-152.)

Resumiendo su carta, vemos que Martí indicó a Gonzalo de Quesada la publicación de uno o a lo sumo dos volúmenes de versos: el primero con el *Ismaelillo*, *Versos sencillos* y parte de *Versos libres*, así como con los que produjo antes del *Ismaelillo*; y otro—aunque no lo dice explícitamente—con su traducción poética del *Lalla Rookh*, y que, en cambio, le sugirió que editara trece volúmenes en prosa: dos de *Norteamericanos*, uno de *Hispanoamericanos*, uno o dos de *Escenas norteamericanas*, uno de *Libros sobre América*—esto es, de reseñas y comentarios—, dos de *Letras, educación y pintura*, uno o dos de discursos y artículos cubanos, uno con la revista *La Edad de Oro*—publicada por él en Nueva York en el año de 1889, en prosa, salvo unos cuantos versos—, uno formado con sus pensamientos o *salidas* (*Espíritu*), y uno más con el cuaderno *En casa*, noticias y comentarios periodísticos de su revista *Patria*. Podríamos agregar, recogiendo sus recomendaciones, algunos otros volúmenes de prosa: varios con la «muchacha perdida» en la prensa de México, Venezuela, Honduras, Uruguay y Chile; y otro con sus *Escenas* o «núcleos de dramas, que hubiera podido publicar o representar», lo que ya no le parecía posible por la *taquigrafía* y el desorden en que estaban. Esta proporción de mucha prosa y pocos versos que él fija en su «testamento literario» nos confirma la que señalamos en la edición de Trópico, que ha recogido la casi totalidad de su obra.

Subrayemos también que Martí no recuerda con menos cariño sus artículos y ensayos que sus poemas. Y recordemos que si José de Armas y Cárdenas dijo que «sin el problema de la independencia de Cuba que el destino le puso delante y se propuso resolver, hubiera sido, no un libertador sino... un gran poeta erudito como Goethe, con tanta imaginación como sabiduría»¹, y que si Gabriela Mistral insistió en que «nacido en una Cuba adulta, sin urgencia de problemas, tal vez se hubiese quedado en hombre exclusivo de canto mayor y menor, de canto absoluto»², fué Rubén Darío, el brillante joven que iniciaba su vida literaria en Chile, quien dijo en 1888:

...Todos estamos de acuerdo en que los versos que se hacen en prosa, pierden; como toda prosa que se pone en verso, tomando gallardías y alientos nuevos y propios, gana. ¡Si yo pudiera poner en verso las grandezas luminosas de José Martí!...³

¹ [Nota de Iduarte en el texto original]. Carta de 4 de diciembre de 1914, citada por Ángel Augier. *Vida y pensamiento de Martí*, II, 321.

² [Nota de Iduarte en el texto original]. *La lengua de Martí*, La Habana, 1934, p. 30.

³ [Nota de Iduarte en el texto original]. Carta de Rubén Darío a Pedro Nolasco

Y que fué don Domingo Faustino Sarmiento quien escribió, en su ancianidad gloriosa, a Paul Groussac:

... Ahora pídale su concurso para llevar a todas partes, con el francés, que es la lengua universal del espíritu humano, la palabra americana, sintiendo a selva virgen, a cascada de Niágara, a cadena de los Andes, a corrientes de agua del Mississippi o el Plata, a Pampa en fin... Tuvo la inauguración de la Estatua [de la Libertad, en Nueva York]... por historiógrafo a Martí, un cubano, creo... y aquí viene el objeto de esta carta, y es pedirle que traduzca al francés el artículo de Martí, para que el teléfono de las letras lo lleve a Europa, y haga conocer esta elocuencia sudamericana áspera, capitosa, relampagueadora, que se cierne en las alturas sobre nuestras cabezas... En español nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Victor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal... Deseo que le llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y su estilo de Goya, el pintor español de los grandes borrones con que habría descrito el caos...⁴

Sirvan estas citas —podrían hacerse muchas más, en el mismo sentido, de los más ilustres críticos de ayer y de hoy— para insistir en la importancia de la prosa de Martí. Pasamos ahora a mostrar su desarrollo, por géneros —artículos y ensayos, discursos, cartas y diarios, otros géneros— con el propósito de guiar rápidamente al lector a través de ella.

ARTÍCULOS Y ENSAYOS

El artículo y el ensayo periodísticos fueron la expresión más frecuente de Martí, y constituyen alrededor de las cuatro quintas partes de su obra impresa.

Su primera aparición periodística en las páginas de *El Diablo Cojuelo*⁵, publicación estudiantil cuyo primero y único número salió en La Habana el 19 de enero de 1869. El adolescente que había leído a Vélez de Guevara, o que tenía noticia de él, hace gacetilla periodística y diálogo sarcástico contra las autoridades españolas, y hay un bromeo que no reaparecerá nunca en su prosa (ver Edición Trópico, I, 21). Jun-

Prendes, de 12 de noviembre de 1888. Alberto Ghirardo, *El archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Losada, 1943, p. 314.

⁴ [Nota de Iduarte en el texto original]. Carta de Sarmiento a Paul Groussac, publicada en *La Nación* de Buenos Aires, el 4 de enero de 1887. V. *Obras de D. F. Sarmiento*, tomo XLVI, Buenos Aires, 1900, pp. 166-176.

⁵ [Nota del editor]. Una errata en el original. Debe ser *El Diablo Cojuelo*.

to con el drama en verso *Abdala*, publicado en el periódico estudiantil *La Patria Libre* por los mismos días, esta es su primera salida a la liza patriótica. Deportado a España en enero de 1871, apenas llega a Madrid publica *El presidio político en Cuba* (Tróp. I, 33-82), primer ensayo político y literario de gran aliento, en donde el poeta ardiente e iluminado predomina sobre el político, y en donde ya está presente—a pesar de sus cortos dieciocho años—su personalidad entera. Además de varios artículos y una proclama publica *La República española ante la Revolución cubana* (Tróp. I, 81-89), en 1873, folleto más político y menos literario que *El presidio*. Fugado a México a fines de 1874, tan pronto llega a su capital inicia su colaboración, en verso y prosa, en la *Revista Universal*, donde se encarga poco después de los «boletines» o editoriales, y en la que se hace el periodista político y el crítico de arte—de pintura y de teatro—con una profusa colaboración en donde ya hay páginas muy valiosas (Tróp. XLVIII, XLIX y L). Allí inicia su prédica americanista, sin abandonar su causa patriótica. También escribe en *El Federalista* en esta fecunda etapa de 1875 a 1877. De su estancia en *Guatemala*—de febrero de 1877 a julio de 1878—se conservan varios trabajos interesantes, entre los que debe destacarse su ensayo *Guatemala* (Tróp. XIX, 53-129). Tras de su estancia de un año en Cuba y su estancia de dos meses en España—otra vez deportado—pasa a Nueva York, donde permanece de enero de 1880 a enero de 1881, y donde publica crónicas brillantes, en un inglés imperfecto, en *The Hour* y *The Sun* (Tróp. XL, XLVII y L a LV), sobre la vida norteamericana. Durante los cinco meses que vive en Venezuela—de marzo a julio de 1881—publica la *Revista Venezolana*, casi totalmente escrita por él, de la que aparecen sólo dos números, pero llenos de lo más valioso que salió de su joven pluma: hay que señalar su ensayo *Don Miguel Peña*, que inicia sus grandes semblanzas de hispanoamericanos ilustres, y su *Cecilio Acosta*, en donde su prosa más conocida—ferviente y robusta—alcanza la mayor medida (Tróp. XVIII, 9-37 y 39 -60, y XX). Esta es—hasta aquí—su etapa de formación.

Vuelto a Nueva York en agosto de 1881—donde va a residir hasta enero de 1895, salvo cortas ausencias—inicia sus correspondencias periodísticas en *La Opinión Nacional* de Caracas, trascendentales porque se adiestra en el oficio de cronista y porque allí empieza su fama hispanoamericana. Allí aparecieron sus artículos sobre Garfield, sobre Longfellow, que tienen valor de ensayos, y el dedicado a Emerson (Tróp. XV, 9-23), página de antología y clave para conocer forma y fondo de

la prosa de Martí. Por divergencias políticas suspende en junio de 1882 su colaboración en *La Opinión Nacional*; pero un mes después envía su primera crónica a *La Nación* de Buenos Aires, que durará hasta mayo de 1891, y en la que vierte el mayor conjunto de su prosa y desde donde su voz llega a toda Hispanoamérica y conquista admiraciones altas y permanentes como la del viejo Sarmiento y el joven Darío. El grueso de esta correspondencia está contenido en los tomos XV, XVI y XVII («Norteamericanos») y del XXVII al XL («Escenas norteamericanas»), aparte de trabajos sueltos, de otros matices, distribuidos en varios de los demás tomos de la edición de Trópico. Valor especial tienen sus trabajos sobre Peter Cooper, Wendell Phillips, el general Grant, Hendricks, Hancock, Arthur, Henry Ward Beecher, el fundamental sobre Walt Whitman, Páez (XVIII, 133-153), Conkling, Sheridan, y sus crónicas sobre la Conferencia Panamericana de 1889 (XXI). Y extraordinario—sin paralelo en América— las que dedica a la vida diaria de los Estados Unidos, dándolos a conocer en la América de habla española en una prosa vital, y las admoniciones que a ésta dedica en cuanto a sus peligros. Allí está, de cuerpo entero, el gran escritor, el hispanoamericano, el político continental, el neoyorquino cosmopolita.

Coincide esta labor central con la que realiza en *La América*, periódico mensual neoyorquino en el cual empezó a colaborar en 1883 y que dirigió a poco después, labor de parecido tipo—aunque dirigida a otro público—al de *La Nación* (Tróp. XXII-XXIII). Publicó también, de manera periódica o incidental, en *El Almendares*, la *Revista de Cuba*, *La Habana Elegante*, *La Ofrenda de Oro*, de La Habana; en *El Latinoamericano*, *El Economista Americano*—que más o menos ocupó el papel que dejó *La América* al desaparecer—, *El Avisador Cubano*, *La Juventud*, *El Porvenir*, *La Revista Ilustrada*, *The Evening Post*, de Nueva York; en *El Partido Liberal*—colaboración también importante—, la *Revista Azul*, de México, en *La República*, de Honduras, *La Opinión Pública*, del Uruguay, *El Sudamericano*, de la Argentina, etc.

Mención aparte y destacada debe hacerse de *La Edad de Oro*, revista dedicada a los niños y fundada por Martí, en Nueva York, en 1889, cuatro números en que hay valiosos ensayos («Tres héroes», «La Ilíada, de Homero», «El Padre Las Casas», etc.) y artículos de divulgación y divertimento que añaden un nuevo matiz a su obra (Tróp. XXIV). Y del semanario *Patria*, también neoyorquino, consagrado a la independencia de Cuba, que fundó en 1892—y que siguió publicándose después de su muerte, hasta 1898—, en donde reúne todas sus inquietudes.

tudes: artículos literarios (Julián del Casal, «El día de Juárez», Federico Proaño, etc.); declaración de principios sobre el problema racial, económico, religioso; prédica política cubana e hispanoamericana, todo en prosa madura y ardiente. Gran parte del material de *Patria* puede encontrarse en los tomos II-XIV de Trópico.

De particular importancia son su prólogo al *Poema del Niágara*, del venezolano José Antonio Pérez Bonalde, de 1882, aunque su prosa todavía «no había cuajado», como dice el mismo Martí (Tróp. XX, 45-72); su discurso-ensayo o ensayo-discurso sobre Heredia, de 1889 (XII, 139-166); su trabajo del mismo año sobre Antonio Bachiller y Morales (XII, 105-124); y el prólogo a las *Poesías* de Francisco Sellén, de 1890 (XII, 167-192), todos esenciales para conocerlo como crítico. Prosa también importante—muy cerca de la de sus discursos patrióticos—se encontrará en su *Céspedes y Agramonte*, de 1888, y en las semblanzas de Máximo Gómez y Antonio Maceo, de 1893 (X, 221-241).

Artículos y ensayos, cortos o largos, toda esta prosa responde a la categoría de «periodismo magno», como en otra parte la hemos llamado.



Martí y Mantilla, quien colaboró a la revolución en Cayo Hueso, a fines de 1894.

Su producción oratoria es menos vasta que la periodística; pero tiene particular importancia porque en ella volcó Martí, tanto como en sus ensayos, su amor a la belleza, y en ella halló una de las armas principales para su apostolado patriótico. Y como orador lo conocieron y lo amaron los hombres de su tiempo, más que como poeta y como prosista. Su condición de ausente y desterrado—soliloquio, monólogo, cavilación dolorosa— da a sus discursos una riqueza de ideas y una belleza de estallido, de liberación, de ascensión, de un alma encarcelada.

La primera peroración de que se habla es la que pronunció ante el tribunal militar que lo juzgó y lo condenó en 1870. Luego, se mencionan las de Madrid—a sus compañeros cubanos, en las logias masónicas—y su discurso en el *Teatro Principal de Zaragoza*, tras la caída de la República y en beneficio de las viudas y huérfanos de sus defensores. No se conserva ninguno de los que dijo en México, pero sí comentarios al que pronunció en el *Liceo Hidalgo* el 7 de abril de 1875, recogidos por José de J. Núñez y Domínguez⁶. Los mexicanos dijeron del orador de veintidós años que era, ante todo, un poeta, un orador poeta, mucho más que lógico y parlamentario; que conmovía, entusiasmaba, seducía; que estaba hecho para la plaza pública y para el pueblo; y que su viva y vasta imaginación, y su fe de creyente, le daban elocuencia y florida palabra. Allí se señala su ímpetu y su ternura, su condición de arcangélico combativo y de angélico misericordioso, definidoras, entonces y siempre, de su personalidad. De su estancia en Guatemala, a pesar de que adquirió fama de orador—su tropicalismo hizo que se le llamara el *Doctor Torrente*—no se conserva ninguno de sus discursos. De los que pronunció a su vuelta a Cuba quedan el que dedicó en el Liceo de Guanabacoa a la memoria del poeta Alfredo Torroella (Trópico, XII, 9-20), en que la ternura vence al ímpetu, y el brindis pronunciado en el banquete en honor de Adolfo Márquez Sterling (IX, 11-12), contra la política autonomista. Importante ya es su discurso de *Steck Hall*, de Nueva York, pronunciado en 24 de enero de 1880 (IX, 15-65), primer contacto de Martí con la emigración cubana a la que por años va a orientar y a la que finalmente guiará a la guerra de independencia, pieza larga y cargada de razones para fundar su prestigio. Para el conocimiento de Martí argumentador de esa «lectura»—porque el discurso fué escrito y quizá leído en parte—es esencial; pero no como

⁶ [Nota de Iduarte en el texto original]. Núñez y Domínguez, *Martí en México*, México, 1934, pp. 167-169.

característica expresión de su oratoria. Más martiano es el del *Club del Comercio* de Caracas (XXII, 87-104), de 1881, en donde canta las glorias de América y la libertad de Cuba: sus largos párrafos están allí de bulto así como su magnífica fe de apóstol, aunque a punto de caer en lo melodramático, peligro del que después ha de salvarlo la verdad de su causa y la inminencia de su sacrificio.

Su marcha ascendente como orador y organizador político se inicia a su vuelta a Nueva York, y a esa actividad central pertenecen sus discursos de 10 de octubre, lámpara votiva del patriotismo cubano de la que acaba por ser el máximo sacerdote. A ellos hay que agregar los que pronuncia en Tampa y Cayo Hueso en 1891, el que dirige a los emigrados cubanos de Nueva York en febrero de 1892 y el de recepción de su viejo amigo y compañero de prisión Fermín Valdés Domínguez. Todos ellos se conservan en el tomo IX de Trópico. No se conservan, en cambio, los que pronuncia en sus viajes de propaganda por el Golfo y el Caribe, ni ya en la guerra, el último momento antes de morir en la llanura de Dos Ríos.

El orador literario no deja todo el terreno al patriótico. En 1893 comienza con su discurso en el centenario de Bolívar, sigue con el magnífico sobre Heredia en 1889 (Tróp. XII, 139-159) —ya mencionado aquí—, con la famosa pieza dirigida a los representantes hispanoamericanos a la Conferencia Panamericana el mismo año (XXI, 197-212), con los breves y brillantes que en 1891 dedica a México, Centroamérica y Venezuela (XXII, 65-85), para cerrar con otro discurso trascendental en 1893, en honor de Bolívar (XVIII, 181-193).

Su oratoria cubana es más vasta que su oratoria hispanoamericana: la mayoría absoluta de su público era de Cuba y de las otras Antillas. Lo extraordinario es que ante público tan reducido en todos sentidos haya podido producir tan fuertes oraciones. Su excelente discurso sobre Heredia puede citarse como una conjunción de los dos temas, porque al mismo tiempo que habla de la patria se refiere a un poeta de rango continental. Lo mismo puede decirse de su alocución a los delegados panamericanos, en que canta a América y aboga por la libertad de su Isla. En los discursos puramente cubanos empuja y arrastra a la sagrada pelea en que murió, en los hispanoamericanos y literarios deleita; pero en unos y otros está él entero, con su luz de apóstol y su destreza de gran orador. La inspiración y el estado de trance no mataron nunca en este tribuno la armonía. Poeta, dejaba correr la inspiración; guía responsable, hurgaba en la razón, a veces con

exceso. En ninguno de sus discursos falta la preparación remota, la madurez, la reflexión larga, de modo que nunca es un improvisador absoluto ni desenfrenado. Además, nunca habló más que de lo que sabía y sentía. Símil, amplificación, descripciones a grandes brochazos o con exquisita delectación, interrogantes, frase larga pero no descoyuntada, frase corta y sentenciosa, tajantes exclamaciones, el apóstrofe siempre presente, metáfora rica hasta llegar a la alegoría lujosa y múltiple, dominio y cuidado del lenguaje sin llegar al academicismo ni a la afectación, hacen de su oratoria una de las más ricas de su época. Voz, presencia, ademán y acento—todo al servicio de una convicción profunda y de una mística fe—completaban el dominio y la seducción que ejercía sobre su auditorio. Se hablaba—y lo vemos al leer sus discursos—de que en ciertos pasajes había oscuridad, fraseo difícil de seguir, pensamiento complicado, lenguaje sibilino. En hombre de tan variada lectura y de tan fuerte originalidad, en creyente que andaba en «comercios deleitosos» con los maestros de la palabra y en «celestiales coloquios» con mundos poéticos y religiosos, eso es cosa natural. No era virtuosismo, no era artificio. Y la prueba es que un hombre del pueblo que lo oyó, un combatiente cubano, dijo que a veces «no lo comprendían, pero querían morir por él». «Era un mago—decía el general Máximo Gómez—: todo lo podía con la palabra.»⁷ Fué un gran orador precisamente porque fué el polo opuesto del orador profesional. No cultivaba la oratoria como embeleso literario, ni vanidosamente, egoístamente, se solazaba en ella. La utilizaba para altos fines, que es cosa bien distinta. ¿Cómo podríamos calificar su oratoria? ¿Sagrada, popular, política, parlamentaria, militar o académica? Todo junto, y en este orden. Primero la sagrada, y en último término la académica, porque él creía que en este último sitio debía estar. En primer lugar el transporte y la fe religiosos, la transfusión de su llama a los oyentes; y junto con la sagrada, la popular, pues habla al pueblo, y le habla casi en parábolas; y adherida a ellas, como la uña a la carne, la política, porque su reino de los cielos no estaba sólo en otros mundos, sino en éste: creía hacedera la justicia sobre la tierra. Sus largas argumentaciones de hombre que no creía legítimo ni humilde encerrarse en sus intenciones ni sólo seducir mágicamente al prójimo, pueden ser de parlamentario, y mucho hubieran pesado en un parlamento; pero son—con todos los

⁷ [Nota de Iduarte en el texto original]. Andrés Iduarte, *Martí escritor*, 2a. ed., la Habana, 1951, p. 128.

demás ingredientes—, más que parlamentaria. A cada paso hay en su verbo el soplo de la arenga militar: señala el caballo y, yéndose hacia él, invita a todos a que a su lado galopen y peleen. No en uno de sus discursos más violentos, sino en el bien meditado que dirigió a los congresistas panamericanos de 1889, dijo una frase que es aplicable a toda su oratoria: «Pongan otros florones y cascabeles y franjas de oro a sus retóricas; nosotros tenemos esta noche la elocuencia de la Biblia, que es la que mana, inquieta y regocijada como el arroyo natural, de la abundancia del corazón» (Tróp. XXI, 200).

CARTAS Y DIARIOS

La literatura epistolar ocupa gran trecho de su obra: sigue, en extensión, a artículos y ensayos. Se conservan cartas desde su infancia—desde la que a los nueve años dirigió a su madre—hasta la última para su amigo mexicano Manuel Mercado, de 18 de mayo de 1895, interrumpida por la batalla y la muerte, y hasta el último recado para el general Máximo Gómez, escrito horas antes de su caída. Puede recorrerse fácilmente todo este material en el excelente *Epistolario de José Martí*, tres tomos ordenados por Félix Lizaso. O siguiendo la edición Trópico: los ocho primeros tomos contienen cartas relativas a la Revolución cubana; hay otras, literarias, colocadas en el XII; varias, alusivas a temas continentales, del XIX al XXII; el *Epistolario*, que ocupa los tomos LXV, LXVI y LXVII; las *Cartas a Mercado*, LXVIII-LXIX; más otras, importantes, incluidas en el tomo LVI.

El Martí íntimo está en sus cartas, naturalmente, más que en ninguna otra parte, y son las más valiosas para conocerlo y quererlo. Son—entre otras muchas—la que el niño dirige a la madre y al maestro Rafael María de Mendive, las del hermano a la hermana casadera, la del hijo a su cuñado José García a la muerte del padre don Mariano Martí, las de maestro-hermano y maestro y maestro-padre al joven Gonzalo de Quesada y Aróstegui—sobre todo las que manda para él y para Benjamín Guerra desde la manigua, en plena batalla por la Independencia—, las incomparables que desde allí pone a la mujer y a la familia Mantilla de Nueva York (tomos LVI y LXVII). Sobre estas últimas Regino E. Boti tuvo el acierto de decir que «van de madrigal a la tragedia».⁸ No falta en ninguna, por supuesto, su causa apostólica,

⁸ [Nota de Iduarte en el texto original]. Boti. «De Re Martiana.» En *Revista Cubana*, Habana, 1938, núm. 11.



Martí, con Fermín Valdés Domínguez, en Cayo Hueso (1894).

centro de su existencia. Esta es la razón de su correspondencia numerosa, siempre. No escribía Martí para contar cosas de su vida diaria, ni se habla de éstas más que al paso y de una plumada: una llamarada o una queja. Puede llamárselas íntimas porque el amor o la confianza que ponía en los seres queridos nos muestran más, escondrijos de su sensibilidad: la pasión, o el dolor, o a veces, la ira, su tan extraña ira triste. Pero no porque estén dedicadas al manoseo del suceso diario, ni para dar noticias personales. Martí las escribe para consolar, para alentar, para aconsejar, y vacía su alma tan confidencial aun más que en versos, discursos, artículos y ensayos. Las hay también en que abunda la preocupación por graves asuntos personales y que nos dan, en consecuencia, mucha información sobre su vida: las que en 1879 y 1880 dirige al abogado habanero Miguel F. Viondi, desde España y Nueva York, y en donde la confidencia menuda es forzosa porque Viondi, jefe del despacho en que Martí trabajó, es contacto con su mujer—de

quien empezaban a separarlo graves diferencias—; las que en distintas épocas escribe desde Nueva York a su íntimo amigo uruguayo Enrique Estrázulas (LXV a LXVII de Trópico); y las que desde Nueva York pone a su más entrañable amigo, Manuel Mercado, padrino de su matrimonio y confidente de siempre (LXVIII-LXVIX). Y otro filón íntimo nos lo dan las amatorias que en México dirigió a Rosario de la Peña (LXV, 23-27), la musa del poeta suicida Manuel Acuña y de otros artistas de la época, aspecto ardiente de su feliz estancia en el país; y a éstas habría que agregar otros muchos billetes para mujeres en que acaso no sólo es la amistad la que brilla.

De carácter íntimo y, además, político, pueden citarse también las que escribió a sus partidarios fervorosos (Serafín Sánchez y José Dolores Poyo entre otros), y muchas dirigidas a los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo, cuya alma conquistó Martí, en gran medida, gracias a estos hermosos volcamientos de su bondad y de su sinceridad.

Quizá, entre todas sus cartas íntimas, habría que destacar en primerísimo término la que escribió a su madre ya cuando estaba con el pie en el estribo de la guerra, y a la que Unamuno⁹ llamó «una de las más grandes y poéticas oraciones—en ambos sentidos del término oración—que se puede leer en español» (LXVII, 104-105); y dos de las que dirigió, ya en plena guerra, a Carmita Mantilla y a sus hijos (LVI, 157).

Sus cartas políticas tienen gran importancia: sin ellas la guerra de independencia no se hubiera hecho cuando y como se hizo. Convenen a los indecisos, encienden a los tibios, conciertan las voluntades. Forman la mayor parte—nutrida, ansiosa, incansable, múltiple—de su epistolario. Muestran su profunda bondad, su humildad cristiana, su decisión y, en suma, su camino de crucificado: la mención de la cruz está en todas esas páginas. Vemos también en ellas que el hombre del calor y de la franqueza es también el del tacto y el silencio, el de la clave y el buen tino. El juntador y manejador de los fondos para la guerra, el comprador de armamentos, el enviador de delegados sigilosos a los rincones de Cuba, espera sólo la ocasión—y la halló—de pasar de intendente a guerrero y a mártir. Las cartas que dan más clara idea de esta labor incesante de años son las que escribió a Máximo Gómez, a Flor Crombet, a Emilio Núñez, a Poyo, a Serafín Sánchez, a Gonzalo de Quesada, a Juan Gualberto Gómez, a Gerardo Castellanos, compañe-

⁹ [Nota de Iduarte en el texto original]. «Notas de estética». En *Nuevo Mundo*. Madrid, octubre 10, 1919.

ros suyos en la emigración y representantes de la conspiración dentro de la Isla. Algunas de estas cartas son de exclusivo programa político, como las que dirige a Gómez y a Maceo, en 1882, para invitarlos a formar un partido poderoso, y las que les pone en 1884 separándose de sus planes y precisando con tajante energía los puntos de desacuerdo. Para luego, en el momento oportuno, sacrificar todas sus divergencias, y llamarlos para darles la jefatura del movimiento por él organizado.

Muy importantes también son sus cartas dirigidas a Hispanoamérica, íntimas u oficiales, que precisan su sentido hispanoamericanista. Podrían citarse, como brevísimo ejemplo, la que dirigió a Fausto Teodoro de Aldrey al dejar Venezuela en 1881 (XXXIII, 113); la conocida como su testamento político, para don Federico Henríquez Carvajal (VIII, 187-190); y la que el día anterior a su muerte escribió, y quedó trunca, para Manuel Mercado (270-276).

Si sólo sus cartas hubiera escrito Martí, o si se hubieran perdido sus versos, artículos y ensayos, y nunca hubiera pronunciado un discurso, bastarían para asegurarle la «segura inmortalidad» de que habló Rubén Darío. Nos atrevemos a decir que, puestos en el trance de quedarnos con una sola parte de su obra, escogeríamos su epistolario y sus diarios.

Estos no son sino una prolongación de aquél. El diario que escribió en Santo Domingo y Haití (comenzado en Montecristi el 14 de febrero de 1895 y terminado en Cabo Haitiano el 8 de abril), y el que escribió en Cuba (comenzado el 9 de abril y terminado el 17 de mayo, dos días antes de su muerte), forman una sola unidad con las cartas escritas a su madre, a Gonzalo de Quesada y a Benjamín Guerra, a Carmen Mantilla y sus hijos, y a Tomás Estrada Palma. Tienen el mismo propósito: guión de hechos y cosas, aliento a los seres queridos y orientación y noticiario para los redactores de *Patria*, el órgano de la guerra que aparecía en Nueva York. Allí está el mejor Martí, integrado por el sacrificio, sin diapasón subido, en la sordina redentora que deseaba, en la guerra amorosa que tanto soñó, en su tierra cubana y en su plena naturaleza. En esas páginas vemos que se cumple el acierto de Gabriela Mistral: «veía y vivía lo trascendente mezclado con lo familiar.»¹⁰

OTROS GÉNEROS

En toda la obra de Martí —lo repetimos— está presente su causa patriótica; pero hay documentos principalmente políticos, esenciales para

¹⁰ [Nota de Iduarte en el texto original]. *La Lengua de Martí*, 16.

conocer su personalidad. Valor de punto de partida tienen su artículo de *El Diablo Cojuelo*, su drama *Abdala* publicado en *La Patria Libre*, y la carta admonitoria que a Carlos de Castro, compañero de estudios al servicio de España, dirige en 1869, y le cuesta la entrada a presidio (LXV, 14). Luego, ya en España, a la revelación apostólica que es *El presidio político en Cuba* se suma el pensamiento político serio y bien organizado de *La República española ante la Revolución cubana*. Hay documentos de alguna importancia—artículos, discursos—en su vida de México, Guatemala y Cuba—1875 a 1879—; pero mayor la tiene su lectura de *Steck Hall*, en Nueva York, ya mencionada, de 1880. En su carácter de presidente interino del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, escribe algunas circulares y dos proclamas, apoyando la llamada *guerra chiquita* y, fracasado el movimiento, una carta al general Emilio Núñez, útiles (I, 175-200). Tras de su viaje a Venezuela y la fijación de su residencia en Nueva York, intenta la formación de un partido serio y de una guerra eficaz, y expone sus ideas contra la anexión a los Estados Unidos en varios documentos importantes: los más, son sus cartas a Gómez y Maceo, de 1882 (I, 201-213); y también lo es la que en 1884 dirige a Gómez, rechazando todo caudillismo (I, 215 -222). La etapa que sigue, de aparente inacción política, puede apreciarse en su carta a Ricardo Rodríguez Otero (I, 235-242). Ya se han mencionado sus discursos de 10 de octubre, comenzados en 1884, reanudados en 1887. Varias cartas políticas de este año son importantes para conocer cómo se empeña en reorganizar la campaña insurreccional, especialmente la dirigida a Gómez (II, 36-46). De 1887 a 1891, años de preparación, ha de conocerse su folleto *Cuba y los Estados Unidos*, polémica antianexionista que precisa su actitud ante los Estados Unidos (II, 53-72). De la etapa de organización de la guerra, esto es, de 1891 en adelante, son importantes las «Resoluciones tomadas por la emigración de Tampa» (II, 107-111), de 1891, y las «Bases del Partido Revolucionario Cubano» (116-122), de 1892, donde puede apreciarse cómo los puntos de vista que Martí sostuvo siempre se convierten en guía de los insurrectos. Trascendental es cuanto escribe en *Patria*, la publicación patriótica-literaria fundada en 1892. Son de capital interés su «Manifiesto del Partido Revolucionario Cubano» de 1893 (V, 57-83), donde frena el alzamiento, y —como expresión opuesta— la «Orden de levantamiento» (VIII, 95 -98) y el famoso «Manifiesto de Montecristi» (159-176), firmado por Martí y por Gómez, que abren la guerra. Ya en Cuba escribe circulares a los jefes y a la población de la Isla, cartas al agente consular británico

y al *New York Herald*, y otros documentos que son, al mismo tiempo, hábiles llamamientos y estímulos para la dignidad cubana: se contienen en el tomo VIII de la *Estímulos de Trópico*.

No debe dejarse de conocer su novelita *Amistad funesta*, publicada en 1885 en el periódico neoyorquino *El Latinoamericano* (XXV). Puede tener alguna utilidad para conocer al personaje y, sin duda, presenta una prosa diferente, muy característica de la época. Tampoco carecen de valor los cuentos de Martí que aparecieron en *La Edad de Oro* en 1889 — «Bebé y el señor don Pomposo» (68-72), «Nené traviesa» (98-103) y «La muñeca negra» (225-235) —, ciertos escritos como desde una mentalidad infantil» según don Pedro Henríquez Ureña.¹¹ Hay allí mismo otros cuentos traducidos, de Laboulaye y Andersen, que han de mencionarse junto a sus traducciones mayores: *Mis hijos*, de Victor Hugo, publicada en México, en 1875 (LXI, 141-179); *Antigüedades griegas*, de Mahaffy (LXI, 1-140), y *Antigüedades romanas*, de A. S. Wilkins (LX), publicadas por Appleton en Nueva York, en 1883; las *Nociones de lógica*, de W. Stanley Jevons (LIX), *Called Back* de Hugo Conway con el título de *Misterio* (LVIII), y *Ramona* de Hellen Hunt Jackson (LVII), editadas por la misma casa en 1885, 1886 y 1887. También tradujo Martí, en 1888, *Lallah Rookh*, de Thomas Moore, que se quedó inédito y está perdido. No se ha hecho, por cierto, ningún estudio de Martí como traductor, y valdría la pena hacerlo.

Repasando su obra completa, esto es, los setenta tomos de la Editorial Trópico, encontraremos todavía aspectos interesantes: sus *Viajes* (LV-LVI), en donde se suman a los diarios de Santo Domingo y Cuba otras páginas de parecido sabor sobre México, Centroamérica y Venezuela; y sus *Apuntes* (LXIII-LXIV) donde hay utilísimos y valiosos fragmentos.

379. JOSÉ MARTÍ. 4. AMÉRICA, [Año 18, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1952, (pp. 83-113). Por Andrés Iduarte]

En escritor tan rico y profuso como José Martí, son muchos y muy diversos los temas en que puso su atención y su pasión; pero, en primerísimo término y abarcándolos todos, está el de América. Nacido en Cuba y consagrado desde su adolescencia habanera a la causa de su libertad, la ve muy pronto como grano y remate de la del Continente;

¹¹ [Nota de Iduarte en el texto original]. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1949, p. 168.

formado en España—en función americana, en México y Guatemala y Venezuela, en Nueva York—la gran creación cosmopolita de los Estados Unidos—, para Hispanoamérica vive, estudia, escribe y combate, y por ella muere en la llanura de Dos Ríos, según lo quiso durante toda su existencia y según lo precisó en vísperas de su caída; y los Estados Unidos son, como anverso y reverso, como posible ejemplo y como peligro cierto, preocupación permanente y definidora. Difícilmente se encontrará, pues, otra figura del sur o del norte del Continente que merezca tanto como Martí la designación de hombre de América.

Para examinar y entender el esencial tema americano de José Martí cabe seguir esos círculos concéntricos: Cuba, o la patria; la España del colonial rebelde; Hispanoamérica en general, «nuestra América» como él la llamó; y los Estados Unidos.

CUBA

Fuera del tema siempre presente de la independencia cubana, los asuntos concretamente cubanos no son los más numerosos en la obra de Martí; pero este cálculo aritmético no debe inducir a error. Cuba es en su obra la raíz y el fruto, la razón de su ser y su meta humana. Repetimos lo ya dicho en otra ocasión: no es posible, ni vale la pena, ponerse a repasar cómo la veía, cómo la recordaba física o materialmente: o se cita su obra toda, o se le mutila. Cuba es más que su realidad: es su suprarrealidad, aunque—hombre del siglo XIX y jefe de un movimiento político—vivió empeñado en demostrar que esa suprarrealidad era una realidad auténtica, tangible y hasta común y corriente, sencilla y cotidiana. Cuba es, en suma, la Dulcinea omnipresente de este gran Quijote americano.

No hay que olvidar nunca que Martí nació en Cuba, y en ella estudió las primeras letras y recibió la mejor tradición intelectual y política de la Isla a través del ilustre maestro Rafael María de Mendive; que ésta sobrevive en él luminosamente, por encima de toda otra huella; que la Cuba de Mendive está siempre en él como un trasfondo inevitable, como el hueso y el tuétano de su espina dorsal. Una frase suya precisa mejor lo que deseamos decir: «Y si esto me pasa a mí que siento por mi patria más que por Dios» (III, 31).¹² Ha de insistirse en que aquel espíritu religioso fundió en una sola entidad a Dios y a su patria, e in-

¹² [Nota de Iduarte en el texto original]. Todas las citas de tomo y página se refieren a las *Obras completas de Martí*, Editorial Trópico, La Habana, 1936-1947.

cluso citó a la patria por encima de Dios. Muchas ideas tuvo y muchos ideales lo sacudieron, pero nunca dejó de pensar que «su almohada era la muerte, y Cuba su único sueño» (IV, 26). Lo que no es concepto provinciano ni chauvinista, como tuvo buen cuidado de aclararlo:

Cada cual se ha de poner a la obra del mundo, a lo que tiene de más cerca, no porque lo suyo sea, por ser suyo, superior a lo ajeno, y más fino y virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor, y más naturalmente, en aquello que conoce, y de donde le viene inmediata pena o gusto; y ese repartimiento de la labor humana, y no más, es el verdadero e inexpugnable concepto de patria... Patria es humanidad... (XIV, 195).

Todas las palabras de Martí sobre Cuba se entenderán mejor si se recuerda que la ve a través de la nostalgia. «Quemante y creadora» la ha llamado Jorge Mañach; «creadora... pues por la sublimación de su Isla vedada... pudo henchir de promesa la imagen de la patria futura y comunicar su convicción de que valía la pena de ser ganada».¹³

También ha de tenerse en cuenta que al sentimiento sigue la razón. Martí vivió uno de los momentos más vitales de los cubanos y más indecisos de los españoles. La España anterior al 98, aparentemente desilusionada y derrotada, sin duda desorientada e inerte, presentaba un aspecto menos animador que el del pueblo cubano, enhiesto en la emigración y altivo dentro de la Isla, adornado por el heroísmo que derrochó en la guerra del 68 y que iba a colmar en la del 95. Es indudable que Martí, unas veces por delirio de enamorado y otras por deber y necesidad de jefe político, recargó mucho los méritos de sus hombres, o se negó a ver o cuando menos a mencionar sus defectos; pero no todo es optimismo ciego ni optimismo táctico, sino feliz coincidencia de su sueño con la realidad. Sus conceptos de amor, de justicia, de belleza, se asientan sobre esa Cuba infortunada y batalladora. La llevará toda la vida en su pecho—amada, explicada, divinizada—y ya en ella, integrado en su naturaleza, bajo su sol ardiente y sobre sus verdes campos, tendrá la muerte dichosa que buscaba. Sin esta Cuba por la que vive, canta y muere no se entenderá una palabra de la obra de Martí.

ESPAÑA

¹³ [Nota de Iduarte en el texto original]. Jorge Mañach, *El pensamiento político y social de Martí*, La Habana, 1941, p. 8.

También ha de tenerse siempre presente que José Martí fué hijo de españoles —padre valenciano, madre canaria—, que pasó dos años de la infancia en la Península, que fué española su educación y que al lado del pueblo de España vivió los cuatro años más permeables de su vida. Como *pendant* de Cuba Martí lleva siempre consigo a esa España. Y como escritor y líder político maneja su lengua y estudia sus letras y sus instituciones.

Y al mismo tiempo ha de recordarse que Martí nace en una Isla malgobernada por España, que recibe brutal castigo por su noble rebeldía, y que vive en Madrid y en Zaragoza una de las más críticas épocas de los errores y los crímenes de la administración española. Desde niño fué separatista: «O Yara o Madrid» (I, 25), o independencia total o servilismo pleno, vió claramente a los dieciséis años. En *El presidio político en Cuba* y en *La República española ante la Revolución cubana* se encontrará su repudio por el gobierno colonial y por el metropolitano. «Esta España de acá—escribe—tan injusta, tan indiferente, tan semejante a la España repelente y desbordada de más allá del mar» (I, 37). Su pasajera esperanza en los republicanos españoles desaparece para siempre al ver que «hasta los hombres que sueñan con la federación universal, como el átomo libre dentro de la molécula libre, con el respeto de la independencia ajena como base de la fuerza y la independencia propias, anatematizaron la petición de los derechos que ellos piden, sancionaron la opresión de la independencia que ellos predicán» (I, 35). Y en Zaragoza le toca ver caer la República popular a manos del triunfante y consagrado espadón que cayó sobre él en Cuba. La posibilidad de entendimiento con la España política queda rota para siempre, confirmando su adolescente criterio separatista, que se recrudecerá más cada día, hasta la guerra y la muerte.

Violentemente condena la conquista y la colonia, por conquista y por española, esto es, por principio moral y jurídico y, a la vez, como motor necesario para echar a andar nuevamente al pueblo cubano en contra del régimen que lo oprime. Tampoco deja pasar ocasión de señalar las responsabilidades de la Iglesia Católica en la conquista y la dominación de América, en el pasado y el presente, como esclavizadora y como enemiga jurada de la independencia y la justicia. Insistentemente repite sus malos recuerdos del Madrid frívolo y del cuartelero, del parásito y del soldadón. A la España gobernadora le hace siempre una guerra sin cuartel. A través de todas las páginas de su obra se encontrarán los ataques bien fundados y los apasionados dicterios. Nun-

ca condesciende, jamás contemporiza. Esmeradamente evita cualquier referencia a España que pueda mal interpretarse, confundir o entibiar a los cubanos en su pelea.

Pudo, sin embargo, conciliar esta posición fuerte y cristalina con su amor de familiar, de hispano, por las esencias puras de España. Mucho es lo que escribe sobre España—sobre sus letras y sus artes, sobre su pueblo—en México, en Venezuela, en los Estados Unidos. Su conocimiento del teatro español, su admiración por los grandes escritores que fueron base de su estilo, su cariño por los maestros krausistas, la memoria emocionada del buen pueblo español, nunca faltan en sus páginas. «Que se marque al que no ame—escribe—para que la pena lo convierta. Por española no hemos de querer mal a Santa Teresa, que fué quien dijo que el diablo era el que no sabía amar» (X, 143). Distingue a cada paso los dos tipos de español: «los que prefieren la España del alcalde de Móstoles a la de Felipe II» (IV, 50), y los «que quisieran sentarse, desgredados y humeantes, sobre las ruinas del mundo» (IV, 51). Aclara muy precisamente el sentido de la guerra: «la guerra no se ha de hacer, en un país de españoles y criollos, contra los españoles que viven en el país, sino contra la dependencia de una nación incapaz de gobernar un pueblo que sólo puede ser feliz sin ella» (II, 149). «La guerra nueva no será de cubanos contra españoles, sino de los amigos de su libertad contra sus enemigos» (III, 142). «Hay que ligarse con los españoles buenos; no con los españoles pagados, del último sudor de Cuba, para ahogar en sangre a los españoles y cubanos que aspiren en ella a ser felices, y a verla feliz» (IV, 87). Exclama en otro de sus discursos:

¿Temer al español liberal y bueno, a mi padre valenciano, a mi fiador montañés, al gaditano que me velaba el sueño febril, al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huír con sus vestidos, al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano impotente, al gallego que muere en la nieve extranjera al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? ¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles los atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida! (IX, 167).

Impera en Martí el respeto al hombre y el amor al bueno, por encima de razas y credos; y guarda además la gratitud personal por cada acción generosa de que fué objeto o testigo. El párrafo anterior—es visible—está hecho de hondos recuerdos.

Enemigo de la dominación española en América, partidario y jefe de la Independencia cubana, es consecuente en todos sus actos y sus palabras. No maneja los pensamientos como barajas, ni gusta—cosa tan común en el intelectual embarcado en la política—de llegar «por comprensión» a ser más grato al adversario que al correligionario. Ni miedo ni alcahuetería relajan su mente lúcida.

Salió Martí más airoso que nadie del conflicto en que estuvieron todos los hispanoamericanos anteriores al 98. Era difícil manifestarse devoto de las letras españolas sin que se malentendiese que estaba con la opresión, y sin que los que la ejercían no aprovecharan inmediatamente los elogios para justificar la tutela sobre América. Era necesario hacer repetidos distingos entre una cosa y otra para no parecer un hispanoamericano servil o colonial. Recrudecía más su problema, su oposición a la política norteamericana, su fe en «nuestra América». ¿Cómo llamar a ésta? ¿Cómo decir «la América española» sin dar pie al enemigo para contestar que por encima de lo accidental y transitorio de una guerra pequeña estaba lo fundamental y eterno de una cultura? Sin traicionarse, se atrevió a decir:

Las familias de pueblos, como los partidos políticos, frente al peligro común, aprietan sus lazos. Acaso lave la culpa histórica de la conquista española en América, en la corriente de los siglos, el haber poblado el Continente del porvenir con naciones de una misma familia que, en cuanto salga de la infancia brutal, sólo para estrechárselas tendrán las manos (XXI, 104).

...A España se la puede amar, y los mismos que sentimos sus latigazos sobre el hígado, la queremos bien; pero no por lo que fué ni por lo que violó..., sino por la hermosura de su tierra, carácter sincero y romántico de sus hijos, ardorosa voluntad con que entra en el concierto humano y razones históricas que a todos alcanzan... (XX, 129-130).

Así eran las dos Españas que Martí recordaba y sentía:

...la España podrida de la monarquía conquistadora en que renace apenas la España estancada de las nacionalidades (IX, 238).

En el fiel de esta balanza de justicia, Martí supo ser un peleador de nervio y sin odio.

MÉXICO

México estaba, desde su adolescencia en La Habana, en el corazón de Martí. La defensa de la patria y el liberalismo mexicano, simbolizados en Juárez, conmovieron a todos los rebeldes cubanos. Esa es la razón—aparte de la cercanía a Cuba—que lo hace emigrar a México a fines de 1874, al terminar sus estudios de Derecho y Letras en la Universidad de Zaragoza. Con extraordinaria emoción toca al puerto yucateco de Progreso, y el de Campeche, antes de llegar—el 8 de febrero de 1875—a Veracruz. Con ojos maravillados sube a la altiplanicie. Un pasmo poético, que recuerda el de Bernal Díaz, le hace escribir estas primeras palabras sobre el paisaje mexicano:

La tierra se abre a los pies, honda, verdadera, serpeada a cuartones, a fajas verdes, verdeoscuras, amarillo de oro, con su verdor crespo en la tierra negruzca, con su hilo de techos y árboles por lo largo del camino, y los montes alrededor, prendida la sombra de un pico a otro, o cogida de un hombro... La india de rebozo azul ofrece por la ventanilla una cesta de granados... Por los cortes rojos va bajando, sujetando su aliento, la locomotora. Una ave parda cruza en lo alto del abismo. Por una caída, como cosida a pespunte, está la tierra cultivada... (LV, 21).

No es poco el tiempo que vive en México—dos años, dos años profundos—, no poco lo que ve, ni poco lo que hace. El 29 de diciembre de 1876 sale de la capital de México, tocando otra vez Veracruz, rumbo a La Habana, y el 24 de febrero de 1877 vuelve al puerto jarocho, para continuar su viaje a Guatemala; y entonces ve una isla mexicana, la de Mujeres, y una tierra bajo mando inglés, Honduras Británica o Belice, para completar su segundo contacto con el mundo maya en la República de Guatemala. Nueve meses después da otro gran jalón en su conocimiento de la geografía y el espíritu de México al trasladarse—para contraer matrimonio—del puerto guatemalteco de San José a Acapulco, por barco; y en mula, en diligencia y en ferrocarril a la ciudad de México. De regreso por la misma vía a Guatemala, acompañado de su esposa, acaba de conocer el trópico mexicano del Pacífico. Años más tarde, en 1894, hizo una nueva visita a México, tocando dos veces Veracruz. En sus artículos de la época, y en los de después, se verá la amplitud de su conocimiento de la tierra mexicana, y la profunda huella que dejó en su espíritu sensible de joven de veintidós años.

En México hace vida política y literaria muy activas. Colabora diariamente en su prensa, interviene con sus artículos en la defensa del amenazado régimen juarista de Lerdo de Tejada, se codea con gentes

de pensamiento y de pluma, conoce y escribe sobre teatro y pintura. La importancia de México en la vida sentimental, intelectual y política del cubano es muy grande: vivió feliz como hombre, se ganó bien el pan, amó y fué amado, se sintió ciudadano sin perder un ápice de su cubanidad—en torno a la independencia de Cuba sostuvo continuas polémicas—, sumó a su formación la de los hombres de la Reforma juarista, vió helada a la raza india y soñó con deshelarla, convivió con indios sabios e ilustres—Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano— y habló de la capacidad de su pueblo, tocó los restos imponentes de las culturas azteca y mayaquiché y halló en todo ello—pasado grandioso, presente batallador, finura indígena, revolución política—la base fundamental para levantar su fe americanista.

Sus artículos anticlericales tienen el acento que caracteriza a los más chinacos de los mexicanos de la época. No menos sus admoniciones al general Porfirio Díaz, ya jefe de la oposición al gobierno lerdistas.

De su vida y su actuación en México sacó Martí el temor y el repudio del caudillismo militar, que lo previno contra el presidente de Guatemala, Rufino Barrios, y lo hizo enfrentarse al de Venezuela, Antonio Guzmán Blanco, e inspiró su política cubana desde su ruptura con Máximo Gómez en 1884 hasta su discusión con Antonio Maceo en la hacienda de La Mejorana poco antes de su muerte; y también de su



Dos Ríos, donde murió Martí.

estancia en México partió su decidida oposición a la Iglesia Católica como poder político, a la que siempre señaló—desde entonces—como cómplice de la explotación del indio durante la Colonia y la Independencia, y cuyas contradicciones va a examinar continuamente en sus artículos de los Estados Unidos. Su americanismo anticaudillista y anticonfesional tiene los cimientos en México, y Martí lo deja ver, complacido, a cada paso.

Otro ingrediente fundamental del americanismo de Martí es su indigenismo, nacido en México y confirmado en Guatemala. Tiene vanas facetas, trascendentales en la obra del escritor y del político. En sus colaboraciones periodísticas de la ciudad de México se conduce sin cesar de la pobreza del indio, de su postración, de sus dolores:

«Y esto—dice—es un pueblo entero; esta es una raza olvidada: esta es la sin ventura población indígena de México» (XLVIII, 166-167). Al lado de los hombres de la Reforma, Martí pide para el indio pan y enseñanza, redención y dignificación profundas.

Su indigenismo mexicano no sólo descansa en la aspiración de justicia para el olvidado y el explotado, no sólo se asienta en una caritativa emoción cristiana; es de más quilates: cree en la energía, en la capacidad, en la inteligencia, en la bondad del indio.

«Un indio que sabe leer—escribe en México puede ser Benito Juárez...» (XLIX, 156). Y en los Estados Unidos, cuando Charles Dudley Warner habla de «las piernas pobres» del indio mexicano, le contesta: «...Conque las piernas fuertes hacen los corazones animosos!... ¡Esa nación ha nacido de esas piernas pobres! ¡Más ha hecho México en subir donde está, que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo, de donde vinieron! ¡Piernas pobres! Davides han hecho más que Goliat; ...las piernas pobres no arremetieron mal el Cinco de Mayo...» Y recuerda al guía que lo llevaba una vez a Acapulco, y se enfrentó a cierto francés corpulento con sus piernas pobres. En otra ocasión, rememora al cacique indio que le decía al jefe blanco: «Tú te sometiste ... Yo no me sometí; yo no tengo amo.» De Juárez dice en otra ocasión: «Aquel indio egregio y soberano, que se sentará perpetuamente a los ojos de los hombres al lado de Bolívar [y] en quien el alma humana tomó el temple y el brillo del bronce» (XXIII, 139). Vive en la admiración de Juárez, nacida en Cuba—su maestro Mendive le dedicó una «Oda»—, y multiplicada en México, pareja a la que siente por Ignacio Ramírez, el liberal de la política y el clasicista de las letras, y por Ignacio Manuel Altamirano, cuya nota de «indio, americano y demócrata»—puesta

tras de su firma en los versos que dirigió a Betances—lo conmueve y lo orienta. El indio vivo de México impregnó su indigenismo de fe en las altas virtudes de la raza americana.

También le dió fe en el indio el pasado maya de Yucatán y de Guatemala, y el azteca de la altiplanicie: tras de ver sus ruinas, y respirar su aire, hizo sobre ellos muchas y continuas lecturas. «¡Qué instituciones tenía Tlaxcala! —escribió—. ¡Qué bravos, Mayapán! Teotitlán ¡qué escuelas! México ¡qué talleres, plazas y acueductos! Zempoala ¡qué templos! Los Andes ¡qué calzadas! El espíritu de los hombres flota sobre la tierra y se le respira! ... Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamoni... La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América?...» (XXIII, 112-113).

Martí saca así de México la buena doctrina indigenista, que en su tiempo solo podía darle el grupo avanzado de los hombres de la Reforma. Otros países le hubieran dado una impresión enana del pasado indígena, y otros la sensación de una decadencia irremediable. Con algunas asperezas antiespañolas no sólo justificables sino loables en quien estaba en guerra con la Península, Martí profesó el indigenismo mejor, cabal, con muy positiva emoción moral y estética, de signo constructivo, frente y contra la posición muerta e infecunda de españoles imperialistas y de hispanoamericanos coloniales o «malinchistas». Ya se ve que ante el caudillismo, ante la Iglesia como poder político y ante el indio, es un mexicano del 57.

Nacido y criado cerca de mulatos y negros cubanos, y dentro del grupo liberal de Mendive, Martí fué antirracista desde su infancia. Aunque en su obra anterior a su estancia en México hay sólo alusiones personales a los negros—sus compañeros de presidio en Cuba—es indudable que allí se inició, al fuego de la primera guerra de independencia cubana, su amor por la otra raza esclavizada; pero también lo es que el México de la Reforma le dió los más copiosos y puros materiales antidiscriminatorios que lo llevarían a su prédica de igualdad absoluta de blancos y negros. No es de poca monta este criterio en su americanismo continental y universal.

Por estos caminos—la contemplación y el estudio de las grandes civilizaciones indígenas de México, el doloroso espectáculo del indio vencido, la estimulante lección del indio enérgico y del indio sabio—llega Martí a muy trascendentales conclusiones. El indio americano

es historia imponente y su postración es entuerto por desfacer; y los indios ilustres de su época—Juárez, en primer término—son el asiento de su esperanza y el ejemplo de cómo se conquista la libertad y la justicia dentro de América y frente a los peligros exteriores. Son muchas las frases suyas que habría que destacar:

...y el indio Benito Juárez, que echó un imperio al mar... y reconquistó y aseguró la independencia de su tierra (V, 11 3). ...La invasión de un poder europeo en América... el espantapájaros que mató de una vez Juárez (II, 84). ...la muerte por el derecho del país funde, al fuego de la Reforma, al indio y al criollo; y se alza Juárez, cruzado de brazos, como fragua encendida en las entrañas de una roca (XXII, 75). Juárez, el indio descalzo..., echó el cadáver de Maximiliano sobre la última conspiración clerical contra la libertad del nuevo Continente... Hasta ahora no había América... la tierra mestiza anuncia al mundo que ya es nación el indio solo de los treinta fieles (XVIII, 207-209).

Esto es: Juárez y la Reforma son la independencia de México; son la independencia de América frente a los poderes europeos y las conspiraciones clericales, son —pues—el liberalismo triunfante; Juárez, «el indio solo», «ya es nación»; la Reforma funde al indio, y al criollo y así nace la tierra mestiza; y eso es América, que «hasta ahora no había». México forma en Martí un concepto de americanismo patriótico, liberal y mestizo, asentado sobre un indigenismo ético y estético. Lo indio, lo americano y lo demócrata—las tres esencias de Altamirano—forman en Martí una pieza entera y decisiva.

Punto de la mayor importancia es también la presencia de Martí en los cenáculos literarios de México, cuando se iniciaba la revolución modernista, en donde convive con Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera, y otros renovadores y orientadores de la nueva literatura mexicana. Si a alguna rama del Modernismo habría que incorporar a Martí, sería a la nuestra. Allí—entre las letras mexicanas, ante la pintura mexicana—escribe sus primeras prédicas de americanismo literario y artístico:

México necesita una literatura mexicana ¿Cómo quiere tener vida propia y altiva el pueblo que paga y sufre la influencia de los decaimientos y desnudeces repugnantes de la gastada vida ajena (XLVIII, 23) ... México tiene su vida: tenga su teatro. ¿Por qué en la tierra nueva americana se ha de vivir la vieja vida europea? (83). ...Todo anda y se transforma... Imagínese y créese; pero no se ate la imaginación a épocas muertas, ni se obligue al pincel a mojarse en los colores del siglo XI y del XIV. Co-

píen la luz en el Ximantécatl y el dolor en el rostro de Cuauhtemotzin... Hay grandeza y originalidad en nuestra historia: haya vida original y potente en nuestra pintura... (L, 83-84).

Se piensa, leyéndolo, en el movimiento literario y, sobre todo, en la pintura mexicana de nuestro tiempo. De modo que no sólo recibía de México, sino daba. De la entraña de México y de la Reforma recoge Martí, sin que haya la menor duda, los gérmenes del americanismo que presidiría su obra política y literaria y que regaría, desde sus colaboraciones de Nueva York, por todo el Continente.

De México también se llevó los pensamientos que hicieron su posición antianexionista y antimperialista respecto a los Estados Unidos. Su amor por México lo lleva a escribir muchas de sus páginas más hermosas y más violentas:

¡Oh México querido, oh México adorado, ve los peligros que te cercan!
¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti! Por el Norte un vecino avieso se cuaja. Tú te ordenarás, tú entenderás; tú te guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte; pero si tus manos flaqueasen, y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas, como un hijo, clavado a su ataúd, ve que un gusano le come a la madre las entrañas (LV, 23).

Y muy claramente dijo su predilección por México, aun en comparación con «los buenos Estados Unidos», con los democráticos:

...Y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho... es más grande porque es la nuestra y ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez

Y la última carta que escribió en su vida, fechada en el campamento de Dos Ríos el 18 de mayo de 1895, en vísperas de la última escaramuza guerrera y de su muerte, va dirigida a su entrañable amigo mexicano don Manuel Mercado—el más íntimo de todos, la más vieja y permanente amistad de las muchas que lo acompañaron desde lejos.

En suma: por ser México la primera tierra americana independiente en que vivió Martí, por haberla él elegido para emigrar desde su destierro en España, por las ligas liberales que con ella tenía desde su adolescencia habanera, por la vida plena y activa que en ella hizo,

por haberle tocado en suerte una hora mexicana trascendental en lo político y en lo literario—la madurez de la Reforma, los umbrales del Modernismo—, por haberle dado México su profunda enseñanza de liberalismo anticaudillista y anticlerical, de independencia nacional, de indigenismo justiciero y estético, es el jalón más importante en su pensamiento americanista.

GUATEMALA Y VENEZUELA

También muy importantes son, en la formación del americanismo de Martí, el año y medio que vivió en Guatemala—de febrero de 1877 a julio de 1878—y sus cinco intensos meses venezolanos—de marzo a 28 de julio de 1881.

En Guatemala escribió una obra dramática de aliento continental sobre la independencia del país—de la que sólo se conservan fragmentos—y su ensayo *Guatemala* (XIX, 53-128), aparte de otros trabajos menores. En México se hizo el periodista político y asomó el crítico de literatura y de pintura; en Guatemala dió muchos pasos adelante el profesor y el orador. Su indigenismo y su anticaudillismo adquirieron con la experiencia de Guatemala otro firme pilar donde asentarse. La civilización maya-quiché, entrevista al pasar por tierras yucatecas, estuvo a su vista después de la azteca, y queda ligada a su conocimiento y a su sensibilidad tanto como ésta. El indio de Guatemala, aun más postrado que el de México, hirió su sentido de justicia. En Guatemala nace su fe en la conveniencia y en la posibilidad de la unión centroamericana, que defenderá siempre, y sobre la que escribirá muy a menudo. El espectáculo grandioso de las montañas guatemaltecas dejará también honda huella en su espíritu.

Se ve que, por mil motivos, Guatemala entró también en la sangre de Martí, y a través de su obra se comprueba que le tuvo un amor permanente y fervoroso.

Allí en Guatemala es donde llama «Madre» a la América:

...Aquí en mi madre América la Hermosura besa en la mejilla a cada mujer que nace; la Poesía besa en el corazón de cada hombre. El indómito gaucho canta su rencoroso cielito; el tapatío mexicano, su pintoresco jarabe; su punto enamorado, el guajiro de Cuba. Y más que las sombrías arboledas europeas, que abre a la caza el clásico día de San Humberto, hablan al alma las selvas bravas, junto al río; los palmares tupidos, junto al monte. La fantasía, virgen desnuda, tiene en América el casto seno henchido (XIX, 148).

En su conocida carta a José Joaquín Palma, redobra su profesión de fe americanista:

...Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar: tenemos agraviada a la legión de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos. Dormir sobre Musset; apegarse a las alas de Víctor Hugo; herirse con el cilicio de Gustavo Bécquer; arrojar en las cimas de Manfred; abrazarse a las ninfas del Danubio; ser propio y querer ser ajeno; desdeñar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa; trocar las palmas por los fresnos, los lirios del Cautillo por la amapola pálida del Darro, vale tanto ¡oh amigo mío!, tanto como apostatar. Apostasías en literatura, que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas de la patria. Así comprometeremos sus destinos, torciéndola a ser copia de historia y pueblos extraños (XII, 27).

Elogia a Palma porque «nació en Bayamo, y es poeta bayamés»; porque «no corre en sus versos el aire frío del Norte: no hay en ellos la amargura postiza del Lied, el mal culpable de Byron, el dolor perfumado de Musset» (XII, 26). Su americanismo rechaza lo europeo y, sin precisar todavía claramente, el aire frío del Norte.

Acepta lo español mezclado a lo indígena americano: «de indios y blancos se ha hecho un pueblo perezoso, vivaz, batallador; artístico por indio, por español terco y osado... de aquéllos tuvimos brío, tenacidad, histórica arrogancia; de los de obscura tez, tenemos amor a las artes, constancia singular, afable dulzura, original concepto de las cosas y cuanto a tierra nueva trae una raza nueva, detenida en su estado de larva ¡larva de águila! Ella será soberbia mariposa» (XIX, 59).

Así se va condensando en Guatemala este americanismo hecho de tierra y raza nuevas y potentes, sin desconocer las raíces españolas ya enlazadas y sumadas al tronco indígena:

Pero ¿qué haremos, indiferentes, hostiles, desunidos? ¿Qué haremos para dar todos más color a las dormidas alas del insecto? Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de América. Pizarro conquistó el Perú cuando Atahualpa guerreaba a Huáscar, Cortés venció a Cuauhtémoc porque Xicoténcatl lo ayudó en la empresa, entró Alvarado en Guatemala porque los quichéos rodeaban a los zutijiles. Puesto que la desunión fué nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino, ha menester que se le diga que la unión depende de nuestra vida? (XIX, 59-60).

Le preocupa que todos repiten esta idea, pero «no se buscan soluciones prácticas». El sí quiere buscarlas. Nace así, en estas páginas más claramente que en las anteriores de México, un nuevo apostolado continental, que no excluye sino completa el patriótico. Con la pasión de sus veinticuatro años lo dice: «Para unir vivo lo que la mala fortuna desunió. Más acá ha de saberse lo que más allá se hace y se vale, más allá de la frontera chiapaneca. Las manos están tendidas; ésta es la hora» (XIX, 61).

De Guatemala siguió a Honduras, donde sólo estuvo dos meses. Del 3 de enero de 1880 a febrero de 1881 estuvo en Nueva York, y en marzo de 1881 sale Martí hacia Caracas, en su tercera experiencia hispanoamericana. En la *Edad de Oro* recuerda Martí:

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, sólo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como llora un padre cuando se le acerca un hijo (XXIV, 14).

Y en su discurso del *Club del Comercio*, apenas llegado a Caracas, dijo:

...Luché en mi patria, y fuí vencido. Se sabe que al poema de 1810 falta una estrofa, y yo, cuando sus verdaderos poetas habían desaparecido, quise escribirla (XXII, 94).

Siempre consideró a Venezuela «la cuna, como la Grecia de las razas latinas de Europa, de los pueblos americanos» (XX, 75). En la *Revista Venezolana* menciona a Carabobo como la batalla «donde muere Hernán Cortés» (XX, 17). En Venezuela nace, pues, la América libre. La gloria de Bolívar, el ardor épico de su batallar, lo seducen y enfiebrece por encima de todo, y cuando escribe o habla sobre él alcanza su mayor elocuencia y su más alta voz americanista. Mucho y bueno puede seleccionarse en la obra de Martí; pero nada será superior a su extraordinario discurso de 1893 sobre Bolívar. A la carta que dirigió antes de su muerte a don Federico Henríquez Carvajal se le ha llamado su testamento-político; a la que dirigió a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, su testamento-literario; a ese discurso puede llamársele con igual razón su testamento-americano. No toma partido—Martí no sufría de mutilaciones—en el «duelo entre muertos» que ha disminuido a los grandes de América, por supuesto: no por la admiración a Bolívar

deja de reconocer el ejemplo de San Martín, que «no fué el menos grande», ni descendiendo su cariño por don Miguel Hidalgo: esos son sus «tres héroes». Y sin duda se siente más cerca, en ciertos aspectos, de Juárez, por pobre y por indio. Su fe no veda su juicio: apunta que «Bolívar no pudo, por no tenerla en el redaño, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular...» (XVIII, 192). Pero el fragor de la guerra a muerte y el vuelo romántico de Bolívar tenían que ser los resortes más vivos en José Martí. Venezuela es la cuna de América y Bolívar el padre de la libertad del Continente: el visionario cubano va a Caracas a recibir el espaldarazo, se acerca al héroe como un hijo, sale que le toca escribir la última estrofa del poema en que Bolívar escribió la primera y más ardiente.

No olvida nunca, además, la deuda cubana con Venezuela, con Bolívar y con Páez. Aparece en toda su obra, aquí y allá. En su discurso sobre Heredia, dice en 1889:

...Y ya ponía el pie en el estribo, cuando un hombre que hablaba inglés, y que venía del Norte con papeles de gobierno, le asió el caballo de la brida, y le habló así: «¡Yo soy libre, y tú eres libre; pero ese pueblo que ha de ser mío, porque lo quiero para mí, no puede ser libre!» Y al ver Heredia criminal a la libertad, y ambiciosa como la tiranía, se cubrió el rostro con la capa de la tempestad, y comenzó a morir (XII, 152).

Un año después, en un artículo de *El Porvenir*, escribe:

...¿Podrá un cubano, a quien estos recuerdos estremecen, olvidar que cuando tras de dieciséis años de pelea, descansaba por fin la lanza de Páez en el Palacio de la Presidencia de Venezuela, a una voz de Bolívar saltó sobre la cuja, dispuesta a cruzar el mar con el batallón de «Junín», que va magnífico, para caer en un puerto cubano, dar libres a los negros y coronar así su gloria de redentores con una hazaña que impidieron la sublevación de Bustamante en el Perú, adonde «Junín» tuvo que volver a marchas prontas, y la protesta del gobierno de Washington, que «no deseaba cambio alguno en la condición ni en la posición política de Cuba»? Bolívar sí lo deseaba, que, solicitado por los cubanos de México y ayudado por los mexicanos, quiso a la vez dar empleo feliz al ejército ocioso y sacar de la servidumbre, para seguridad y adelanto de la América, a la isla que parece salir, en nombre de ella, a contar su hermosura y a brindar sus asilos al viajero cansado de la mar! Páez sí lo deseaba, que al oír, ya cano y viejo, renovarse la lucha de América en su isla ¡volvió a pedir su caballo y su lanza! (XVIII, 152-153).

Y hasta en una nota volandera de *Patria*, dice en 1894:

...Mucho recuerdo hay en que andan juntos el general Páez y los cubanos, y a no ser por los vecinos del Norte, en Cuba habría rematado el llanero su cabalgata de libertador (XVIII, 203).

Con amor recordará la geografía de Venezuela, «donde los montes plegados parecen, más que dobleces de la tierra, los mantos abandonados por los héroes al ir a dar cuenta al cielo de sus batallas por la libertad» (XII, 157), no dejará de señalar—porque amor no quita conocimiento—«que lleva aun en el hueso... el déspota» (XXI, 104), ni faltarán en sus palabras los giros y términos venezolanos, sabrosos y útiles, que oye en su diaria vida neoyorquina. Lleva a Venezuela en lo más hondo de su naturaleza. En 1881, al dejarla rumbo a Nueva York, escribe su carta a Fausto Teodoro de Aldrey, que es una profesión de fe venezolanista:

...Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra... De América soy hijo: a ella me debo. Y de América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo (XX, 114).

Y no sin intención pronunció en Nueva York, en la «Sociedad Literaria Hispanoamericana», en 1891 —cuando empezaba a sentirse ya de salida de este mundo, y quería pagar sus deudas—sus tres breves y hermosos discursos sobre Centroamérica, México y Venezuela. De ésta dijo:

...Porque yo no sé que haya derecho más grato que el de admirar como hijo al pueblo por donde América mostró al mundo cómo la libertad vence desnuda, sin más cureña que el lomo del caballo ni más rancho que recortes de cuero... de venerar como hijo a la tierra que nos ha dado en nuestro primer guerrero a nuestro primer político, y el más profundo de nuestros legisladores en el más terso y artístico de nuestros poetas; de amar como hijo a la república donde las almas, a modo de espada de fábrica finísima, son todas de acero, que pica frente a frente para quien les pellizca la dignidad o les rebana la tierra del país, y para el que afuera va a pedirles techo y pan son todas puños de oro... ¡Héroes tuyo Venezuela, bellos como banderas desgarradas, y como el potro fiero de su escudo, y como el rayo primero del sol, en la pelea

sobrenatural de la Independencia! ¡y héroes ha tenido, no menos útiles por ser menos gloriosos, en esta brega de amasar, con cadáveres, y con desterrados, y con presos, los cimientos firmes e incommovibles de una verdadera república! ... Entonces fué cuando se enseñó... en sus quila-tes mayores, el alma de la mujer de Venezuela, palma en el salón, y sol suave en la casa, y amiga en la adversidad; de aquella mujer que sabe unir, sin egoísmo ni rudeza, el albedrío al decoro... Y al mirar al pie de esta bandera, más limpia de sangre inocente que ninguna otra de las grandes banderas del mundo, y más empapada de sangre gloriosa, los hijos agradecidos de nuestra familia de pueblos, que vienen a poner las almas, atónitas aun de admiración, ante la madre de nuestras repúblicas, siento que en las botas de pelear, que no se ha quitado todavía, se pone en pie el genio de América, y mira satisfecho, con el fuego vivífico de sus ojos, a los que de buena voluntad para todos los pueblos buenos de la Tierra, cumplen, sin comprometerlo con coqueterías de salto atrás ni con deslumbramientos pueriles, su legado de juntar en un haz las hijas todas de nuestra alma de América (XXII, 78-85).

NUESTRA AMÉRICA

Su hispanoamericanidad—ya se ha visto—nace en México y se acendra en Guatemala y en Venezuela. De Cuba va Martí a América, de la cubanidad a la hispanoamericanidad, y luego, en el mejor sentido, a la americanidad total: esto es, por firmes y sustanciosas etapas. No hay saltos de frivolidad ni de oportunismo. Ya Cuba, por sí misma, le había dado parte de los guarismos que forman el sumando de América: el español colonial, el negro y el norteamericano; en España despejó incógnitas fundamentales, tocó— las raíces culturales y los problemas políticos; en México conoció y admiró al indio, tomó fe en él y ganó pasión para su causa, y entró hondo en la batalla política contra caudillismo, clericalismo y peligro extranjero; en Guatemala confirmó la enseñanza, y en Venezuela recogió las raíces de la independencia gloriosa. De Cuba, pues, va a los países del Golfo y del Caribe, de la cubanidad a la hispanoamericanidad, a una hispanoamericanidad total de concepto, aunque geográficamente restringida. En la cosmopolita ciudad de Nueva York—donde reside, salvo cortos viajes, por quince años—su hispanoamericanidad se completará en todos sentidos. Allí conocerá a personas de todo el Continente, tanto en su vida íntima como en la pública. Leerá libros de toda América, escribirá en los periódicos de todos sus países. Su colaboración de diez años en *La Nación* de Buenos Aires lo pondrá en estrecho contacto con el Sur del

Continente. Nombrado en 1887 cónsul del Uruguay en Nueva York, y de la Argentina y el Paraguay en 1890, vivirá ligado a esos países. De Caracas, del Salvador, de Bogotá, de México, de Honduras, de todas partes se le hacen distinciones. Será a la vez un cónsul de Hispanoamérica, «para sostener a lo lejos lo que de su patria anda por allí rozando con intereses extraños»—cosa que Sarmiento le pedía que no fuese,¹⁴ como ya se verá luego y «un veedor fiel [y] un decidor leal» en cuanto a los Estados Unidos. Es, al mismo tiempo, un ciudadano hispanoamericano y un ciudadano neoyorquino, en fusión excepcional que ningún otro hispanoamericano ha alcanzado nunca tanto como él.

El impetuoso panorama de América—con el que se encuentra por primera vez en México—forma el capítulo inicial de su americanismo. Allí dice en 1875:

...No somos aún bastante americanos. Todo continente debe tener su expresión propia: tenemos una vida legada y una literatura balbuciente. Hay en América hombres perfectos en literatura europea; pero no tenemos un literato exclusivamente americano. Ha de haber un poeta que se cierna sobre las cumbres de los Alpes de nuestra sierra, de nuestros altivos Rocallosos; un historiador potente más digno de Bolívar que de Washington, porque la América es el exabrupto, la brotación, las revelaciones, la vehemencia, y Washington es el héroe de la calma: formidable, pero sosegado; sublime, pero tranquilo (XLIX, 157).

Desde entonces se le ve inclinado a eliminar de lo hispanoamericano a los Estados Unidos, a pesar de la mención de «nuestros altivos Rocallosos»; pero pronto abundarán las frases definitorias: «Del Bravo al Plata—exclama años después—no hay más que un solo pueblo» (XVIII, 86). Y en seguida:

...Como niñas en estación de amor echan los ojos ansiosos por el aire azul, en busca de gallardo novio, así vivimos suspensos de toda idea y grandeza ajena que trae cuño de Francia o de Norteamérica... Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América Latina. Vemos colosales peligros; vemos manera fácil y brillante de evitarlos; adivinamos, en la nueva acomodación de las fuerzas nacionales del mundo, siempre en movimiento, y ahora aceleradas, el agrupamiento necesario y majestuoso de todos los miem-

¹⁴ [Nota de Iduarte en el texto original]. D. F. Sarmiento. *Obras completas*, tomo XLVI, Buenos Aires, 1900, pp. 175-176.

bros de la familia nacional americana. Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto (XX, 165).

Continúa en 1884:

...Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América, aun cuando no quisiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo en una colosal acción espiritual, se amarán luego... para asombro de las edades y hogar amable de los hombres... surgirá en el porvenir de América, aunque no lo divisen todavía los ojos débiles, la nación latina; ya no conquistadora como en Roma, sino hospitalaria (XXIII, 87).

Su artículo *Nuestra América*, tan difundido por periódicos y antologías, es el más esencial para este tema. Ya está maduro su hispanoamericanismo:

...Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas en la almohada... Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos... ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! ... A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses... No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol... A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras *yankees* o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen... La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra... Pero «estos países se salvarán», como anunció Rivadavia el argentino... Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisense, el chaquetón de Norte América y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor... El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón... El campesino, el creador, se revolvió, ciego de indignación contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza... Ni el libro europeo, ni el libro *yankee*, daban la clave del enigma hispanoamericano... Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América... El deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante... El

desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América... ¡Porque ya suena el himno unánime: la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora: del Bravo al Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del Continente, la semilla de la América nueva! (XIX, 9-22).

«Del Bravo al Plata», del «Bravo a la Patagonia», «del Bravo al Magallanes» es su delimitación geográfica. Un solo pueblo ve, «aun cuando no quisiera serlo», y cree que «acabará por estar junto». «Familia nacional americana» llama a la «América latina», y «nación latina» a su conjunto. Pero con independencia total, no sólo de los Estados Unidos, sino de Francia. Ese es su hispanoamericanismo auténtico.

No hay duda alguna—para quien lee con atención a Martí—que para él lo español es fundamental en América, y la lengua que él tan bien manejaba el gran lazo de unión. Pero no lo decía mucho, para evitar una confusión que le repugnaba moralmente, y que políticamente podría dañar su causa patriótica. Repudiaba el canto a la conquista, a toda conquista, y sabía que los cubanos podrían desorientarse si él insistía en la raíz española de América, y que los hispanoamericanos coloniales inclinados a España en cuanto a la lucha de Cuba—no eran pocos—podrían sentirse justificados en su antiamericana actitud. Pero no por su justa vigilancia política llegó a negar la realidad. «Hispanoamérica» e «hispanoamericanos» son los términos que más usaba. «Los países que nacieron de las mismas entrañas dolorosas» (XIII, 137), decía. Evitaba la palabra *española*, porque *español* era el enemigo a quien combatía. Para no decir *América española* dice a veces *América latina*, a pesar de ser hombre despreocupado de la latinidad. A menudo—cosa curiosa para quien no quiera explicársela—usa el término *castellana*, en el que podrían encontrar sabor imperial quienes conocieran historia, pero no los cubanos que le acompañaban en la lucha, generalmente hombres ajenos a tales matices. «Cuando descansen al fin de sus convulsiones..., la América que habla castellano ¡qué semillero de maravillas no va a salir a la luz del sol!» (XII, 31). En la misma ocasión dice: «Los pueblos castellanos de América han de volverse a juntar pronto, donde se vea, o donde no se vea. El corazón se los pide» (XII, 103). Allí, en el Congreso Panamericano de Washington, enfrentado a los intereses de los Estados Unidos, llama a los delegados de «su América», «los delegados castellanos», y a un acuerdo de ellos «el acuerdo feliz de la América castellana» (XXI, 106-107). Y poco después, en un documento

político dirigido a sus compatriotas cubanos, se refiere a «las naciones de la lengua castellana en América» (III, 60). Buen acierto, porque decía la verdad sin dar facilidades de ataque a los españolistas que revisaban con dolo sus palabras.

Su hispanoamericanismo está edificado en el indio, siempre; y en la gloria de la independencia y en las letras hispanoamericanas.



Nueva tumba de Martí en el cementerio de Santa Efigenia, Santiago de Cuba.

«Ni en Temístocles, ni en Pisistrato, ni en César, ni en el astuto Napoleón, ni en el honrado Washington halla alguno a Bolívar semejante» (XVIII, 32). La figura de Bolívar, al lado de la de Juárez, es la que más usa para acicatear a la América española, para darle fe en sí misma: «Hombre solar a quien no concibe la imaginación sino cabalgando en carrera frenética, con la cabeza rayana en las nubes, sobre caballo de fuego, asido del rayo, sembrando naciones» (XVIII, 75) ... «¡Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella: de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojito de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a sus pies! (84). Además de Bolívar, en su ejemplificación ardiente aparecen a cada momento Hidalgo, San Martín, Sucre, todos los fundadores de América. Vivió admirándolos, dándolos en vueltos en su admiración, iluminando la grandeza animadora del pasado, y no sin descubrir toda grandeza de su presente. Cuando Rubén Darío pasa por Nueva York, lo honra y le llama «hijo», palabra que el gran

nicaragüense recordaba con honda emoción. Trataba Martí de edificar un hispanoamericanismo glorioso en las armas y en las letras, por la libertad y por la belleza, para deshelar a los tímidos y eliminar a los negadores y a los pesimistas. Escribe en 1884:

...Buena lengua nos dió España, pero nos parece que no ha de quejarse de que se la maltratemos ; quien quiera oír a Tirsos y Argensolas, ni en Valladolid mismo los busque, aunque es fama que hablan muy bien español los valisoletanos¹⁵: búsquelos entre las mozas apuestas y mancebos humildes de la América del Centro, donde aún se llama galán a un hombre hermoso; o en Caracas, donde a las contribuciones dicen pechos; o en México altivo, donde al trabajar llaman, como Moreto en una comedia, «hacer la lucha». Y en cuanto a las leyes de la lengua, no hay duda de que Baralt, Bello y Cuervo son sus más avisados legisladores (XXIII, 89).

Y también la lengua de los escritores de América—no sólo la de su pueblo—le sirve para sostener nuestros quilates:

...Crece la lengua dentro de sus propios cauces, y cada espíritu trae sus formas nuevas; que a no haber sido lícito variar las formas, haciendo versos estaríamos hoy a la manera de los de la Danza de la Muerte. Lengua áurea, vibrante y caudalosa habla el espíritu de América, cual conviene a su luminosidad, opulencia y hermosura. O la literatura es cosa vacía de sentido, o es la expresión del pueblo que la crea; los que se limitan a copiar el espíritu de los poetas de allende ¿no ven que con eso reconocen que no tienen patria, ni espíritu propio, ni son más que sombras de sí mismos que de limosna andan vivos por la tierra? ¡Ah! Es que por cada siglo que los pueblos han llevado cadenas, tardan por lo menos otro en quitárselas de encima (XX, 133).

Hemos dicho antes que no hay página de Martí en donde no se mencione o no se piense en Cuba. Lo mismo podemos decir de Hispanoamérica. Historia, literatura, lengua, artes, hombres, cosas, todo le interesó, todo lo estudió, todo lo exaltó, todo lo divulgó. Su América, «nuestra América» está hecha de hispanoamericanismo literario y político; de letras y gloria épica; de un mestizaje de tierra, poblador aborigen y mestizo y criollo y cultura española; de una fusión de buenas tradiciones y un impulso de progreso y de modernidad; de la unión del Bravo al Magallanes como feliz realidad del «Continente del porvenir».

ESTADOS UNIDOS

¹⁵ [Nota del editor]. Con errata en el original. Debe ser "vallisoletanos".

Por haber sido los Estados Unidos el centro de operaciones de Martí durante quince años, y por haber ejercido sobre Cuba e Hispanoamérica en general tan decisiva influencia, tienen capital importancia en su vida y en su obra. Baste decir que sus colaboraciones sobre los Estados Unidos ocupan diecisiete volúmenes de la edición de Trópico: tres con el rubro de «Norteamericanos» (XV a XVII) y catorce con el de «Escenas norteamericanas» (XXVII a XL), sin contar los incontables trabajos y cartas, contenidos en los demás tomos, que se refieren concretamente, o de paso, al mismo tema. Vivió entre norteamericanos y, en gran medida, dentro de su literatura, pendiente de su marcha política, sumergido en su ambiente. Hay una comprensión o correspondencia entre este hombre universal y moderno, incansable y progresista, y la ciudad atronadora, cosmopolita y en frenética marcha. Tanto Martí como Nueva York son tumultuosos y volcánicos. Fué un *film* genial, descomunal y barroco al mismo tiempo lo que escribió sobre la vida diaria de los Estados Unidos para la prensa de Hispanoamérica. Rubén Darío dijo en el artículo necrológico sobre Martí:

...Allí aparecía Martí pensador, Martí filósofo, Martí pintor, Martí músico, Martí, poeta siempre. Con una magia incomparable hacía ver unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas. Aquella *Nación* colosal, la «sábana» de antaño, presentaba en sus columnas, a cada correo de Nueva York, espesas inundaciones de tinta. Los Estados Unidos de Bourget deleitan y divierten; los Estados Unidos de Groussac hacen pensar; los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama que casi se diría aumenta el color de la visión real. Mi memoria se pierde en aquella montaña de imágenes, pero bien recuerdo un Grant marcial y un Sherman heroico, que no he visto más bellos en otra parte; una llegada de héroes del Polo; un puente de Brooklyn literario igual al de hierro; una hercúlea descripción de una exposición agrícola, vasta como los establos de Augías; unas primaveras floridas y unos veranos ¡oh, sí! mejores que los naturales; unos indios sioux que hablaban en lengua de Martí como si Manitu mismo les inspirase; unas nevadas que daban frío verdadero y un Walt Whitman patriarcal, prestigioso, líricamente augusto, antes, mucho antes de que Francia conociera por Sarrazin al bíblico autor de las *Hojas de hierba*.¹⁶

Allí están—además de lo que Darío dice—los placeres gregarios de Caney Island, la peculiar fiesta de *Christmas*, el Año Nuevo de la

¹⁶ [Nota de Iduarte en el texto original]. *Los raros*, Mundo Latino, 1918, pp. 233-243.

muchedumbre, los deportes bárbaros como el boxeo, los finos como el *tennis*, las grandes huelgas y los problemas del capital y el trabajo, la ejecución de los obreros de Chicago, la inmigración europea vaciándose en muelles y ciudades, las mujeres que quieren votar, los barrios miserables y los opulentos de Nueva York, los judíos, los irlandeses, los rusos, los polacos, los italianos, los chinos, el terremoto de Charleston, los accidentes del elevado, el *Thanksgiving Day*, los *commencements* de los colegios y las universidades, los católicos y la excomunión del padre MacGlynn, los linchamientos y las grandes óperas, el retorno de los héroes de la Jennette, la voladura de Floack Rock, el *Decoration Day* y el casamiento de Cleveland, la invasión de Oklahoma, el Circo Barnum, Buffalo Bill y Jesse James, el teatro chino, Delmónico y su buena comida, las exposiciones de flores y caballos y toros, los boxeadores, los políticos, los banqueros, los gobernantes, los sabios, los artistas, los poetas, los actores, los apóstoles y los bandidos. Por sus páginas vaga siempre la figura de Lincoln redimiendo hombres, o la de Edison «que atraviesa como un símbolo la tierra» (III, 163).

Así presenta Martí su Nueva York:

...La vida en Venecia es una góndola; en París, un carruaje dorado; en Madrid, un ramo de flores; en Nueva York, una locomotora de penacho humeante y entrañas encendidas. La mente, aturdida, continúa su labor en las horas de la noche dentro del cráneo iluminado. Se siente en las fauces, polvo; en la mente, trastorno; en el corazón, anhelo. Aquella calma conventual de las ciudades de la América del Sur... en esta tierra es vida. Se vive a caballo en una rueda. Se duerme sobre una rueda ardiente. Aquí los hombres no mueren, sino se derrumban: no son organismos que se desgastan, sino Icaros que caen... (XXIX, 167).

En otra crónica, de paso, resume:

...Aquí se coge la flor de la selva y se respira el vapor del antro. En esta colosal redoma, por maravillosa alquimia, se renueva la vida (XXIX, 68).

Martí desborda de entusiasmo por lo que él llama el «rebaño de reyes» (LXV, 97). La vida de los Estados Unidos le parece admirable porque es un himno al trabajo. No deja su sueño de Cuba, ni se nubla su fidelidad a Hispanoamérica, pero vive y estudia los Estados Unidos. Sabe ver lo grande, y elogiarlo, y distinguir lo pequeño, y condenarlo. Su obra sobre los Estados Unidos es de elogio, a menudo exaltado, a veces reverente; de amarga censura cuando ve caminos contrarios a

la libertad en el país que—insistentemente lo repite—se fundó sobre ella; y de ataque, claro y aun virulento, cuando la contradicción de las buenas tradiciones de los Estados Unidos cae como amenaza sobre su Cuba y su Hispanoamérica.

Estos ataques fueron causa de críticas y de tropiezos. El director de *La Opinión Nacional* de Caracas, le escribió en 1882: «procure en sus juicios críticos no tocar con acerbos conceptos a los vicios y costumbres de ese pueblo, porque esto no gusta aquí, y me perjudicaría».¹⁷ Por esto y, definitivamente, por otro incidente en relación con las críticas de Martí para el Papa, tuvo que suspender su colaboración en el diario venezolano. Y luego Bartolomé Mitre y Vedia, dueño de *La Nación* de Buenos Aires, le llamó también la atención y suprimió parte de una de sus cartas porque «encerrando verdades innegables, podía inducir en el error de creer que se abría una campaña de *denunciation* contra los Estados Unidos como cuerpo político, como entidad social, como centro económico, con prescindencia de las grandes lecciones que da diariamente a la humanidad esa inmensa agrupación de hombres».¹⁸ A éste, Martí le contestó:

...Cierto que me parecería cosa dolorosísima ver morir una tórtola a manos de un ogro. Pero ni la naturaleza humana es de ley tan ruin que la oscurezcan y encobren malas ligas meramente accidentales; ni lo que piense un cenáculo de ultraaguilistas es el pensar de todo un pueblo heterogéneo, trabajador, conservador, entretenido en sí, y por sus mismas fuerzas varias, equilibrado; ni cabe de unas cuantas plumadas pretenciosas dar juicio cabal de una nación en que se han dado cita, al reclamo de la libertad, como todos los hombres, todos los problemas. Ni ante espectáculos magníficos, y contrapeso saludable de influencias libres, y resurrecciones del derecho humano, aquí mismo a veces alestargado, —cumple a un veedor fiel cerrar los ojos, ni a un decidor leal decir menos de las maravillas que está viendo. Hoy, sobre todo... urge sacar a luz con todas sus magnificencias, y poner en relieve con todas sus fuerzas, esta espléndida lidia de hombres (LXV, 99-100).

No cejó en su método de alabar más que atacar y de no injuriar, por el placer de injuriar, nunca; pero tampoco el de callar ante la injusticia. Nunca fué un pobre colono deslumbrado ni servil, ni un cómplice de

¹⁷ [Nota de Iduarte en el texto original]. *Papeles de Martí. Archivo G. de Quesada*. Habana, 1933, III, p. 41.

¹⁸ [Nota de Iduarte en el texto original]. *Id.*, III, p. 84.

lo indebido, ni con la mentira ni con el silencio. Martí creía que lo esencial para la América española era saber la verdad de los Estados Unidos: la buena, porque era ejemplo y estímulo; la mala, porque convenía que «nuestra América» no se considerase la única pecadora, porque era útil que supiera que otros pueblos—y no sólo los de ella—también tenían lacras; y, además, en cuanto los defectos de los Estados Unidos podrían convertir o eran ya peligros para Hispanoamérica. Exaltación de los nobles ejemplos, cura del complejo de inferioridad hispanoamericano y advertencia de los riesgos que sobre él se cernían, hacen el magno periodismo de Martí. Otros hispanoamericanos ilustres, situados en otras latitudes, con diferentes problemas, insistieron en llamarle la atención. El más ilustre de todos fué don Domingo Faustino Sarmiento, quien tanto admira su prosa y su canto a la Estatua de la Libertad, pero quien en 1885 escribe:

...Quisiera que Martí nos diera menos Martí, menos latino, menos español de raza y menos americano del Sur, por un poco más del yankee, el nuevo tipo del hombre moderno, hijo de aquella libertad cuya colosal estatua nos ha hecho admirar al lado de aquel puente de Brooklyn, que parecen responder a la cascada del Niágara por los tamaños... *El Corresponsal* no es nuestro cónsul, para sostener a lo lejos lo que de su patria anda por allí rozando con intereses extraños. Debiera ser un ojo nuestro que contemple el movimiento humano donde es más acelerado, más intelectual, más libre, más bien dirigido hacia los fines de la sociedad, para corregir nuestros extravíos, para señalarnos el buen camino.¹⁹

La diferencia es que Sarmiento idealizaba a los Estados Unidos, para señalar «el buen camino» y para «corregir los extravíos» de los argentinos, por los que luchaba y con quienes se batía todos los días; en tanto que Martí, sin dejar de compartir ese punto de vista, veía y tocaba lo que Sarmiento había sólo conocido en su rápido viaje de 1847 y en sus tres años de Ministro de la Argentina en Washington, veinte años antes... Más equilibrado resulta el comentario antifonal o doble—en el buen sentido de la palabra—de Martí. Y su empeño en señalar el mal no le quita ninguna fuerza a los párrafos en que dice del bien. Por ejemplo, éste:

...Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting (II, 65).

¹⁹ [Nota de Iduarte en el texto original]. D. F. Sarmiento, *Obras completas*, XLVI, pp. 175-176.

«La patria de Lincoln» podemos llamar a los buenos Estados Unidos, a cuanto de ellos quiso y admiró Martí. En sus párrafos sobre los grandes norteamericanos—Emerson y Whitman como ejemplo—y sobre las grandes gestas democráticas de los Estados Unidos, se hallará lo mejor. No los canta con menos emoción que los grandes hechos y las grandes figuras hispanoamericanas. Sin duda en ellos—al lado de los que dedicó a Bolívar y a Juárez—alcanzó el prosista de la fiebre los más altos acentos. De Washington dijo, entre otras cosas: «Aquel hombre perfecto, tallado en virtudes... Washington aplacó, Madison preparó, Hamilton hacendó, Franklin aconsejó y espoleó Jefferson» (XXIX, 30). Así se refería a la «homeriada americana». Y de Lincoln: «Carácter nacido de la naturaleza» (XV, 46). «¿A quién no vencía aquella santa grandeza de Abraham Lincoln? Cada acto de aquel varón sublime le asegura su hospedaje en lo mejor del corazón» (XVII, 17). «Aquel hijo sublime de los de abajo» (XVI, 48), lo llama más tarde. Martí sufrirá cambios en cuanto a su posición respecto a los Estados Unidos, verá en ellos más negaciones a la virtud mientras su poder se sale más de sus fronteras; pero su admiración por Lincoln no disminuirá. Está entre los santos y los héroes que hacen su mundo moral. Lo pinta grande, entre el juego peligroso y bajo de la política, natural en medio de la mentira y el artificio del mando, tierno a pesar de las pasiones desencadenadas por la guerra, hijo de los de abajo, labrador de la tierra que salva y purifica, descalzo y pobre.

Nadie, sólo Juárez—y sobre todos Juárez por ser una raza vencida—podía estar tan dentro del corazón de Martí. Bolívar es el ímpetu dionisiaco; Cecilio Acosta, la pureza recatada; Emerson y Whitman, los altos acentos del pensamiento y la poesía; pero Lincoln es, además, la sencillez y la santa pobreza. Admiraba sus escritos porque eran buenos y grandes, no profesionalmente literarios. Más alto lo ve que a Washington «cuyo estilo, aunque siempre señor, no tuvo la intensidad y robustez con que, sin más maestros que la Biblia, Milton y Shakespeare, escribió luego Lincoln» (XVII, 161). Y si a Washington le tocó fundar el gran pueblo, Lincoln tuvo misión mayor: la de pelear por la libertad mancillada en su propio suelo. «La independencia de los Estados Unidos vino cuando Washington; y la revolución cuando Lincoln» (IV, 120). Y tiene por él agradecimiento de cubano: «Aquel—dice—que no bien puso el ancho pie de leñador en la casa de las leyes, acusó con nobles voces de justicia la guerra que el presidente Polk, hombre del Sur, envía contra México» (XXVIII, 142). En suma, como un trasfondo está

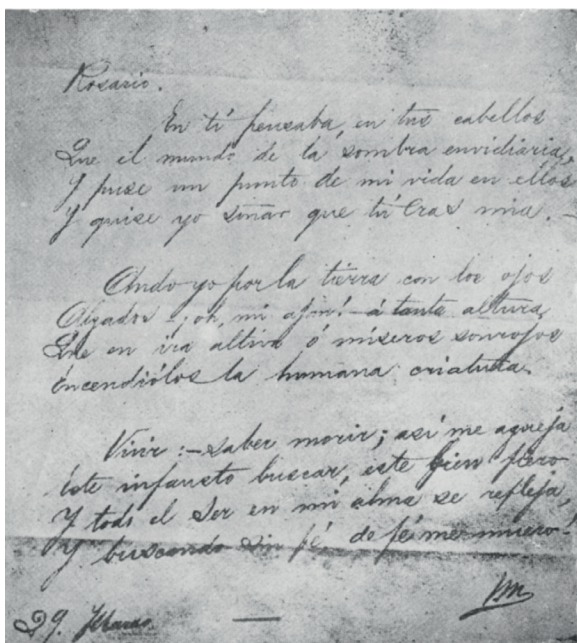
el espíritu de Lincoln cuando Martí habla de los Estados Unidos con elogio. Cuenta en 1884 de cómo recibió Cleveland la noticia de selección a la Presidencia de los Estados Unidos: «Que la pluma le tembló al Gobernador en la mano es seguro, porque nadie recibe sin temblar la noticia que le pone en camino de ser jefe del pueblo más grandioso y libre de la tierra» (XVI, 171). En 1887, a pesar de la espina de la política exterior norteamericana, con la que ya está enfrentado abiertamente, dice: «Jamás, como que jamás fué la libertad tan verdadera, adelantaron tanto los hombres en cien años» (XVII, 49). Refiriéndose a Henry Ward Beecher: «Su pueblo, que es aún la mejor casa de la libertad, se reflejó en él como era, amigo del hombre, colosal y astuto» (XV, 54). Y diecisiete días antes de su caída en Dos Ríos, a modo de llamamiento y de apóstrofe — pues entonces era más lo que temía que lo que esperaba de los Estados Unidos — dice al *New York Herald*:

«No es en los Estados Unidos, ciertamente, donde los hombres osarían buscar sementales para la tiranía» (VIII, 254).

Unía a Martí con los Estados Unidos su afición, desde adolescente, a las letras inglesas y norteamericanas, y luego su conocimiento y su inmersión en la vida cultural de Nueva York. Desde Cuba estudió el inglés al lado de su maestro Rafael María de Mendive, traductor de Byron y de Thomas Moore. En 1880, llegado a Nueva York, emprendió la «lucha por dominar este hermoso y bello inglés» (LXV, 69). Como traductor de la casa Appleton, como reseñador de libros norteamericanos, entró en la lengua y en el espíritu del pueblo que la hablaba. José de Armas y Cárdenas, buen testigo, recordaba la conversación que con él tuvo en 1887 en Nueva York: «fué poco a poco extendiéndose sobre la importancia, originalidad y arte de la literatura contemporánea de los Estados Unidos, tan desconocida e injustamente menospreciada en los países hispanoamericanos. Su erudición literaria era portentosa, y su dominio de las dos lenguas, verdaderamente notable».²⁰ Conocía sobre todo la actualidad literaria, pero también los clásicos ingleses. Shakespeare está entre sus ídolos, intentó traducirlo en la juventud, y sin duda lo leyó íntegramente cuando llegó a poseer el idioma. Buen ejemplo de su atención por las letras inglesas contemporáneas son las que dedicó a Byron (LIII, 9-15); a Shelley (LXIV, 179); a Oscar Wilde, con motivo de su visita a los Estados Unidos (XXVIII, 65-69 y LIII, 19

²⁰ [Nota de Iduarte en el texto original]. *Ensayos críticos de literatura inglesa y española*. Madrid, V. Suárez, 1910, pp. 207-214.

-32), a Carlyle (XXIX, 125 y LIII, 51-54), y a sus grandes figuras filosóficas y científicas, por ejemplo, a Spencer (LIII, 55-65) y a Darwin (35-50). Sus más vitales ensayos son los dedicados a Emerson y a Whitman; pero no sólo en ellos, sino en otros menores, se apreciará la vastedad de sus lecturas norteamericanas y el acierto para definirlas: ya hace un repaso de los oradores norteamericanos, como señala la importancia de *La cabaña del Tío Tom*, como delinea la personalidad de George Cable, o la de Charles Dana, o la de Mark Twain, a quien oyó y de quien hace un trazo magistral (XXX, 147-149). También estudió con apasionado interés la historia y las instituciones políticas de los Estados Unidos, y esto le abrió otros horizontes: sus hombres más ilustres—Washington, Jefferson, Hamilton, Lincoln—y sus historiadores—Bancroft, Prescott—han dejado en la obra de Martí no sólo su estampa física—para Hispanoamérica los retrataba el gran escritor—sino la huella de su pensamiento político. Gran aficionado Martí al teatro y a la música, conoció en Nueva York a los actores y cantantes más famosos de la época. Y hombre ansiosamente apasionado por el espectáculo del mundo, lo compartió por tres lustros con los norteamericanos. La revolución industrial de los Estados Unidos, los comienzos de su expansión fi-



Poesía autógrafa de Martí

nanciera, las organizaciones obreras, las grandes huelgas—como la de Chicago—, el ahorcamiento de sus líderes, todo lo vivió de cerca Martí. Consagrado a una lucha nacional liberadora, formado por los krausistas españoles, no llegó a hacerse marxista, ni anarquista, pero sintió la batalla y anunció en sus escritos una gran convulsión universal. Su residencia de quince años en Nueva York hizo de él un caso especial, sui géneris, muy diferente de los demás grandes escritores hispanoamericanos que vivían distantes de la «espléndida lidia de hombres». Martí pertenece a Nueva York, cuya ciudadanía ejerció vivamente, sin que esto quite un ápice a su hispanoamericanidad medular y esencial.

Por eso es que con autoridad elogia a «la patria de Lincoln», y con autoridad acusa a «la patria de Cutting», «periodista aventurero y de poca vergüenza» (XXXIII, 9) que en 1886 creó un serio incidente entre México y el país del Norte, y a quien utiliza en su citada frase como símbolo de «los malos Estados Unidos». Ya desde México aprendió a temerles. Allí escribe sus primeras alusiones hostiles. Les llama «la tierra, para el arte árida, de Hamilton y Penn» (L, 47). Y dice:

...No deduzco yo de los vítores que sean reconocidos por los Estados Unidos los derechos cubanos... Ni esperamos su reconocimiento, ni lo necesitamos para vencer... A tener conciencia de sí misma, enrojeceríase el acta de 4 de julio de 1776 viéndose olvidada por sus hijos de cien años; tal parece que aquella acta fué escrita para nuestros dolores y nuestra justificación, y ésta se nos niega y aquéllos son desconocidos por los mismos que merced a ellos se alzaron pueblo libre de la atormentada colonia de Inglaterra. Pero si los gobiernos se hacen egoístas, y los pueblos se apegan a su riqueza y obran como avaros viejos, la humanidad es en cambio perpetuamente joven. El entusiasmo no ha tenido nunca canas. Así, en los Estados Unidos, los que nos rechazan como combinación mercantil, nos celebran como tenaces y valerosos... (I, 171-172).

Cuatro años después de vivir en Nueva York—1884—sus temores arrecian, aunque se empeñe en rechazarlos: «Y el pueblo que ha sido la casa de la libertad no ha de convertirse ¡no, por Dios! en dragón en que cabalgue la conquista, ni en nueva tumba del hombre, como los pueblos despóticos o corrompidos que han envilecido o dominado al Universo» (XXVI, 187). Su preocupación mayor es la expansión de los Estados Unidos sobre las Antillas y toda la América española, pero también se inquieta por los asuntos internos del país. En el proteccionismo económico ve el mayor de los males, la raíz de la amenaza a las

libertades de dentro y de fuera: «El proteccionismo ha dado su fruto. Se ha creado un colosal pueblo industrial que no tiene mercados donde colocar sus industrias imperfectas» (XXIX, 237); «sobre lo venidero ha vivido la industria americana, contando que cuando se le acabase el consumo interior, siempre podría vaciar la producción excesiva en las tierras flojas de la América del Sur» (VI, 74). La situación del negro le duele y le irrita: «Y con el brazo izquierdo—dice de Henry Garnet en 1882—desviaba de la cabeza de los negros todo golpe que a ellos enderezasen los blancos que los desdeñan sin razón, porque los ven víctimas del mal que les hicieron» (XVI, 121); «la Constitución de este país estaba manchada por un vicio original: había transigido con la esclavitud de una raza» (XXX, 121). En 1884 estudia las elecciones y ve con pena los fraudes electorales: «Tammany Hall es el nombre de una poderosa organización del Partido Demócrata de Nueva York. Son como los caciques del voto; y sus compromisos tan estrechos como los de una sociedad secreta... El corcel está en casa del Gobernador; pero las riendas, las espuelas y el látigo, están en Tammamy» (XVI, 1 84). La inmigración europea lo aflige porque ve en ella una espada de dos filos: de un lado, gente desesperada, violenta y, a menudo, con pésima educación política; del otro, trabajadores fuertes, simples y puros. «Colosales rufianes», «plaga de la República», «presidio ambulante» y «bandidos» a los banqueros.

La celebración de la primera Conferencia Panamericana, celebrada en Washington en 1889, y a la que Martí asiste como observador y en la que indirectamente interviene a través de la delegación argentina y quizá de la mexicana y de otras, es el acontecimiento que más influye en él. Los Estados Unidos no apoyan la independencia de Cuba. Martí escribe en *La Nación*: «...un pueblo que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad, que es aspiración universal y perenne del hombre, y a invocarla para privar a los pueblos de ella» (XXI, 50). Martí ha sentido en su carne de cubano las contradicciones de la política exterior de los Estados Unidos. En 1891 va a sentirlas más: el gobierno de España protesta por el hecho de que el insurrecto cubano José Martí sea el cónsul de la Argentina en Nueva York, ante una nación amiga de España. A pesar de la estimación que por Martí tenía el Ministro de la Argentina en Washington, el conocido historiador don Vicente G. Quesada, se ve obligado a aceptar la renuncia que de su cargo le presentó Martí en seguida. En enero de 1892 hay otro incidente que—precisamente por no herir sus intereses personales, sino los de compatriotas pobres—lo

lanza a una actitud permanente de irritación contra los Estados Unidos: hay una huelga de obreros cubanos en Tampa, y son sustituidos por obreros españoles traídos de Cuba. Desde ese momento Martí continúa su lucha independentista a escondidas de las autoridades norteamericanas, no sin caer a menudo bajo su vigilancia, como cuando en enero de 1895 es denunciado en la Fernandina y decomisada parte de su expedición guerrera. Sus palabras sobre los Estados Unidos alcanzan en esos años el mismo tono de condena bíblica que contra España usó cuando salió del presidio. Niega que Cuba quiera incorporarse a «un pueblo de antecedentes, naturaleza, clima y métodos políticos distintos, que ha manejado su propia república de modo que lleva en las entrañas todas las soberbias y peligros de la monarquía» (III, 243). «... Este Norte—escribe—adonde por fantasmagoría vinimos a vivir, y por el engaño de tomar a los pueblos por sus palabras y a las realidades de una nación por lo que cuentan de ella sus sermones de domingo y sus libros de lectura... este país erizado y ansioso, que al choque primero de sus intereses, como que no tiene más liga que ellos, enseña sin vergüenza sus grietas profundas...» (V, 126). «...El Norte ha sido injusto y codicioso; ha pensado más en asegurar a unos pocos la fortuna que en crear un pueblo para el bien de todos; ha mudado a la tierra nueva americana los odios todos y todos los problemas de las antiguas monarquías... del Norte, como de tierra extranjera, saldrán a la hora del espanto sus propios hijos» (V, 106). En 1894, exclama: «¡Es el horror mayor e irremediable: ver infame o indigno lo que amábamos! ... ¿Es así, sin amor, sin caridad, sin amistad, sin gratitud, sin respeto, sin leyes, es así la primer república del mundo? ¡No hay, pues, asilo, ni en la primer república del mundo, para los pueblos que andan huyendo de la servidumbre! ...

¿A qué, tiranía de España, te abandonamos, si hemos de encontrar en una república americana todos tus horrores? No hay más patria, cubanos, que aquella que se conquista con el propio esfuerzo. Es de sangre la mar extranjera. El único suelo firme en el universo es el suelo en que se nació. ¡O valientes, o errantes...! ¡A Cuba! ...» (VI, 77 -80). Hay una condena concreta para muchos aspectos de «la patria de Cutting»; pero hay también la búsqueda de un argumento más que anime a los cubanos a partir a la guerra. Martí halla en la falta de simpatía por la independencia de Cuba, y en la abierta hostilidad del mundo oficial norteamericano, un acicate más para su causa. Martí cree siempre, profundamente, lo que dice; pero lo abulta, natural y sinceramente, para

animar a los cubanos a dejar los Estados Unidos, haciéndoles profecías tan negras para el Norte como sonrientes para su Isla.

Martí fué siempre hispanoamericano. Nunca fué panamericanista en el sentido común y vulgar de la palabra. El panamericanismo le parece «un concepto falso y criminal de americanismo»:

En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de una cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; de la otra está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo (XIX, 199).

Esta frase de madurez se la decía a los hondureños, desde su revista *Patria*, en 1894; pero siempre estuvo convencido de que había dos Américas: «Es estéril el consorcio de dos razas opuestas» (XX, 163), escribió en 1881 en *La América*. Lo que no impedía que creyera posible—ya se ha visto—una decorosa amistad. Cuando se tendió el ferrocarril entre México y los Estados Unidos, en 1884, dijo:

...Este es acontecimiento grato si del lado latino de la frontera viene acompañado de una desapasionada previsión, habilidosa vigilancia y permanente entereza. Con todo eso, será el ferrocarril cosa excelente. Sin eso, pudiera no serlo... (XXII, 209).

Y en su famoso artículo *Nuestra América*, de 1891:

...El desdén del vecino formidable, que no la conoce. es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en el hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien; les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad (XIX, 21).

Cada experiencia norteamericana le sirve para insistir en la urgencia en que Hispanoamérica está de enseñarse bien ante los Estados Unidos, y en la inconveniencia de toda alianza mientras éstos no la

conozcan y respeten en toda su medida. En la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, en 1891, a la que asistió como delegado del Uruguay, escribió:

...Creen [los Estados Unidos] en la superioridad incontrastable de la raza anglosajona sobre la raza latina. Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos, y la respeten más, como con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz de nuestros elementos y recursos podrían llegar a respetarla, ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos? (XXII, 28).

La actitud de las dos Américas es diferente y aun opuesta: «Una quiere ponerse sobre el mundo, mientras que la otra le quiere abrir los brazos» (XXI, 108). No predica a Hispanoamérica un odio negativo contra los Estados Unidos, pero tampoco la imitación ciega, ni menos el servilismo, ni mucho menos la alianza: «¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar contra el resto del mundo?» (XXI, 59). La proposición de alianza sólo «podrá celebrarla sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas [y] podrá recibirla como una merced el político venal o demente, [y] glorificarla con palabras serviles dos cóndores, o dos corderos, se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero» (XXII, 25-26). Los Estados Unidos desean la alianza sólo para «buscar un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva». Por eso «...cuando... Sáenz Peña dijo, como quien reta, la última frase de su discurso sobre el *zollverein*... ‘Sea la América para la humanidad’, todos, como agradecidos, se pusieron en pie, comprendieron lo que se decía, y le tendieron las manos» (XXI, 105).

Como cubano siempre fué violentamente antianexionista. Nunca dejó de reprochar a los Estados Unidos que, a la vez que predicaban la doctrina Monroe, permitían la presencia de España en Cuba, estorbaban la independencia cubana y obstaculizaban la acción de los patriotas cubanos. No sólo veía en esto contradicción política, sino malos manejos y torvos designios. Cree que los Estados Unidos sólo intervienen en las cosas de Cuba por simple conveniencia: cuando envían «una expe-

dición infeliz» es porque «la mayoría esclavista de los Estados Unidos necesitaba un Estado más para asegurarse» (III, 173); cuando retardan la independencia, porque no es momento propicio para meter las manos y quedarse con el botín. De esta convicción parte uno de sus más firmes propósitos, y es el de no desencadenar la guerra sino hasta estar seguro de que será de corta duración y de seguro triunfo, de manera que los Estados Unidos no tengan ocasión de intervenir en lo más mínimo. Dirá que la idea de la anexión es «el peligro mayor tal vez de todos los peligros», sostenida por «todos los tímidos, todos los irresolutos, todos los observadores ligeros, todos los apegados a la riqueza [que] quisiera gozar de los beneficios de la libertad sin pagarlos con su sangriento precio... Así halagan su conciencia de patriotas, y su miedo de serlo verdaderamente. Pero como esa es la naturaleza humana, no hemos de ver con desdén estoico sus tentaciones, sino de atajarlas» (I, 207). A veces teme lo peor: «Tal vez sea nuestra suerte que un vecino hábil y poderoso nos deje sangrar a sus umbrales, para poner al cabo, sobre lo que quede de abono para la tierra, sus manos hostiles, sin manos egoístas e irrespetuosas» (I, 243). Cuando el Congreso Panamericano de 1889, escribe a Gonzalo de Quesada: «¿Morir para dar pie en que levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio?» (XXI, 194). En 1892, repite a Serafín Bello, compañero de lucha: «Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre el Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las Islas del Pacífico y sobre las Antillas, sobre nosotros... La corriente es mucha y nunca han estado tan al converger los anexionistas ciegos de la Isla, y los anexionistas yanquis. Para mí, sería morir...» (II, 92). Pasar del dominio de España a los Estados Unidos lo ve «como huir de un espantapájaros» para echarse «en un horno encendido» (X, 167). Junto con los veteranos «tiembla de pensar que pueda caer la tierra por que sangraron, en manos burdas y desdeñosas, que hagan botones con los huesos de nuestros muertos» (X, 168). Le repugna el «ingreso limosnero» a los Estados Unidos, y ver a Cuba convertida, «si se le acaba el honor, en provincia ruinosa de una nación estéril o en factoría o pontón de un desdeñoso vecino» (V, 83). Pero tampoco quiere la enemistad de los Estados Unidos, sino la amistad «como intuitiva obediencia a la política de la amistad y del trabajo, que reemplazará al sueño caduco y rudimentario de la anexión, creado en buena fe por nuestros padres en la época idílica y desvanecida de la república norteamericana» (IV, 239).

El cubano claramente anexionista es, con igual claridad, un hispanoamericano antimperialista. Sobre el Congreso de 1889 escribe: «La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad, o ponen en riesgo la de nuestra patria» (XXI, 41). En sus últimos meses de Nueva York—cuando tantas frases lapidarias escribe—dice: «De nuestra sociología se sabe poco, y de esas leyes, tan precisas como esta otra: los pueblos de América son más libres y prósperos mientras más se apartan de los Estados Unidos» (XIX, 37). En el citado Congreso ha escrito una crónica:

...Desde la cuna soñó en estos dominios el pueblo del Norte, con el «nada sería más conveniente», de Jefferson; con «los trece gobiernos destinados», de Adams; con «la visión profética», de Clay; con «la gran luz del Norte», de Webster; con «el bien es cierto y el comercio tributario», de Sumner; con el verso de Sewall, que va de boca en boca: «vuestro es el continente entero y sin límites»; con «la unificación continental», de Everett; con «la unión comercial», de Douglas; con «el resultado inevitable», de Ingalls, «hasta el istmo y el polo»... (XXI, 40-41).

Condenó siempre la guerra de Texas (XV, 117), y la llamó «una guerra infame» (XVI, 34). Dice al referirse a las guerras injustas: «Aunque luego de hechas no haya de faltar quien las tache de crimen, como a la de Texas, que llaman crimen a secas Dana, y Janvier, y los biógrafos de Lincoln, por más que fuera mejor impedir las antes de ser, que lamentarlas cuando han sido» (XXI, 64). En plena celebración del Congreso Panamericano, el *Sun* de Nueva York ha dicho: «El que no quiera que lo aplaste el Juggernaut, súbase en su carro.» Subirse al carro le parece a Martí oportunismo, cobardía y, además, torpeza: «Mejor será cerrarle el camino. Para eso es el genio: para vencer la fuerza con la habilidad. Al carro se subieron los tejanos y, con el incendio a la espalda, como zorros rabiosos, o con los muertos de la casa a la grupa, tuvieron que salir, descalzos y hambrientos, de la tierra de Texas» (XXI, 50-51). Cerrar el camino al Juggernaut, darle «una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América» (XXI, 38). Teme que la venalidad y la debilidad interiores de los países hispanoamericanos puedan facilitar el avance de los Estados Unidos, a los que llama «un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y

Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del Universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio» (XXI, 33). El Congreso violenta su lenguaje, agria sus palabras, pero años antes ha dicho lo mismo: «Y vendrán los Estados Unidos a ser, como que les tendrán toda su hacienda, los señores pacíficos y proveedores forzosos de todas las Antillas. Y como sin querella con Francia e Inglaterra no hubieran podido poner estorbo al canal del Istmo de Panamá, por donde querían, como quien aprieta a su seno con un brazo, esta parte de arriba de nuestra América, intentan ahora, con asentimiento imprevisor acaso de nuestra propia gente, pasar el brazo por el corazón de la América central» (XXIII, 176).

Y aun más que el problema de los canales centroamericanos, le inquieta el de la bahía de San Nicolás, haitiana, y el de la de Samaná, dominicana. Las Antillas y Centroamérica son la llave del Continente, y ve la llave en manos de los Estados Unidos, por ataque o por contubernio final con España, por atentado o por política corruptora: «en algo substancioso se le ha de mostrar buena voluntad a Guatemala, para ir demorando con su apoyo, so pretexto de ponerla en su cabeza, la unión de Centroamérica, y avivando los odios aldeanos de las cinco repúblicas, y soplando para que la influencia fraternal de México no crezca en Centroamérica» (XXIII, 198). El 25 de marzo de 1895, en vísperas de trasladarse a Cuba y a la guerra, escribe a Federico Henríquez Carvajal: «...mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aun puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo... Esto es aquello, y con con aquello²¹... Hagamos por sobre la mar, a sangre y cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino... si caigo, será también por la independencia de su patria ...» (VIII, 189-190). Y el 18 de mayo, un día antes de morir, escribe su carta a Manuel Mercado, ya antes citada.

El hispanoamericanista—no hay duda de ello—no es panamericanista, sino lo contrario. La misma palabra panamericanismo le suena mal: «Estos días han sido de recepciones y visitas para los hispanoa-

²¹ [Nota del editor]. Es una errata al copiar la cita original, que dice: Esto es aquello y va con aquello.

americanos—escribe sobre el Congreso tantas veces citado—. Unos venían de Europa a presentar sus credenciales al Congreso que llaman aquí de Panamérica, aunque ya no será de toda, porque Haití, como que el gobierno de Washington exige que le den en dominio la península estratégica de San Nicolás, no muestra deseos de enviar sus negros elocuentes a la conferencia de naciones; ni Santo Domingo ha aceptado el convite, porque dice que no puede venir a sentarse a la mesa de los que le piden a mano armada su bahía de Samaná, y en castigo de su resistencia le imponen derechos subidos a la caoba» (XXI, 11). Su antipanamericanismo recordaba agravios, señalaba amenazas, aceptaba una amistad prudente, clamaba contra toda alianza económica y subrayaba diariamente la diferencia de orígenes, de maneras, de actitudes y de propósitos.

Por eso combatió el arbitraje «como pacto de abdicación, de vasallaje... de sometimiento», y aplaudió el acuerdo en que se establecía que «todas y cada una de las naciones americanas conservarán la dirección exclusiva de su destino político con absoluta prescindencia exclusiva de las demás» (XXI, 124) y se felicitó de que «sin ira, sin desvarío, sin imprudencia» hubiera sido derrotado «por la unión de los pueblos cautos y decorosos de América... el plan norteamericano de arbitraje continental y compulsorio sobre las repúblicas de América, con tribunal continuo e inapelable residente en Washington» (122). Por lo mismo atacó siempre la Doctrina Monroe, afirmó que nada se ganaba con dominio yanqui en vez de europeo, y desnudó la espada de dos filos con estas palabras: «Aparte de lo histórico, en cuanto al espantapájaros que mató de una vez Juárez, a la invasión de un poder europeo en América ¿no está Europa en las Antillas? ¿Francia? ¿Inglaterra?: ¿pudieron, por tener la Isla, conquistar la América los españoles, ni cuando Barradas, ni cuando Méndez Núñez? ... Y una vez en Cuba los Estados Unidos ¿quién los saca de ella? (II, 84).

Cuba e Hispanoamérica—ya lo hemos visto en sus palabras, y lo seguimos viendo— son para él la misma patria. Cuando lucha en México, en Guatemala, en Venezuela, lucha por Cuba; cuando muere en ésta, es América la que defiende. En documento público le dice al *New York Herald*, el 2 de mayo de 1895:

Plenamente conocedor de sus obligaciones con América y con el mundo, el pueblo de Cuba sangra hoy a bala española, por empresa de abrir a los tres continentes, en una tierra de hombres, la república indepen-

diente que ha de ofrecer casa amiga y comercio libre al género humano... A los pueblos de la América española no pedimos ayuda, porque firmará su deshonra aquel que nos la niegue. Al pueblo de los Estados Unidos mostramos en silencio, para que haga lo que debe, estas legiones de hombres que pelean por lo que pelearon ellos ayer, y marchan sin ayuda a la conquista de la libertad que ha de abrir a los Estados Unidos la Isla que hoy le cierra el interés español (VIII, 260).

Con lo que Martí hace pública su devoción hispanoamericana, que no veda ni limita su sentido de comunión internacional en el cual entran, por su puesto, los Estados Unidos.

Como recapitulación conviene subrayar que ningún otro escritor de habla española—de Hispanoamérica o de España—ha sentido y conocido los Estados Unidos tanto como Martí; y que difícilmente se le encontrará par en otras lenguas. Nadie ha admirado tan emocionadamente la grandeza de su independencia y de los primeros tiempos de la República, la creación de un mundo nuevo y colosal, el heroísmo y la significación social de su guerra de Secesión, el himno al trabajo y a la disciplina que es la edificadora vida diaria del norteamericano, su sustancial amor al cimiento fundador y su desprecio por el ornamento hueco, su brioso espíritu de empresa y sus conquistas en la ciencia. Quien lea cuidadosamente a Martí encontrará su profunda reverencia por la cuna de los Estados Unidos, alguna esperanza de que renazca su grandeza democrática, y una admiración mezclada de temor por el crecimiento fabuloso, sudoroso y atlético que realizan en su época. Teme a unos nuevos Estados Unidos que se repletan de emigrantes ansiosos de riqueza, y a la consecuencia natural de este apetito: el agotamiento de los bienes nacionales, la ambición extendida a tierras ajenas. Ve con horror la preterición del cultivo de las letras y de las artes, el triunfo del espíritu cartaginés por encima del que engendró la República, la sequedad y el individualismo en las relaciones familiares y amistosas, la corrupción de las elecciones y los fraudes de la banca. En la inmigración tumultuosa ve la causa del paso de unos Estados Unidos demócratas a unos Estados Unidos imperiales, pero ve también en ella la brotación de un primer pueblo cosmopolita y universal. «De Europa viene a este país—dice—la savia y el veneno» (XXVIII, 151). Sin embargo, a menudo se inclina al optimismo: él mismo es un inmigrante.

Su permanencia en los Estados Unidos y su admiración por sus virtudes no impusieron silencio a su corazón de hispanoamericano, de cubano. Por eso vió a la vez desde dentro y desde fuera. Hizo campaña

de elogio para los Estados Unidos populares y vitales, pero siempre, al lado de ella, otra mayor de denuncia de los Estados Unidos expansionistas y conquistadores. Su indignación ante el atropello militar de ayer y ante el financiero de su época, y el espanto ante una Hispanoamérica y una Cuba mañana encadenadas, lo llevaron al dictorio enconado.

La gama de ternuras, de caricias y latigazos, de admiración y resentimiento que pueblan sus crónicas, y el profundo acento de honradez de todas sus palabras, hacen de ellas un documento literario y humano de valor único.

380. UNA NUEVA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA, [Año 18, No. 1/4, Enero - Diciembre, 1952, (pp. 162-164). Andrés Iduarte]²²

Luis Enrique Erro acaba de publicar una novela, *Los pies descalzos* (México, 1951) que por el tema, por la, manera de tratarlo y por el pensamiento generoso que anima todas sus páginas, podemos calificarla de excepcional y aplaudirla con el más cálido entusiasmo.

«...Narra este relato—nos dice su autor en las primeras páginas—cómo dos españoles, marido y mujer, y una india, aglutinaron sus vidas y vivieron más de un tercio de siglo en mutua compañía... Eran ellos emigrantes y vinieron a nuestro México con largos años de diferencia. Primero él, y ella después, a hacerle casa y hogar. Oriundos de diversas y nada semejantes tierrucas, humildes de origen, ninguna otra cosa trajeron que su deseo de trabajar y su ambición de hacer fortuna, como tantos y tantos otros...»

«El esposo—don Fermín—joven leñador, vigoroso y sencillo, va un día a Barcelona por motivo de negocios, conoce—en visita a una familia ligada con la suya por la amistad de los abuelos—a la linda y frágil rubia, Genoveva, se enamora, la corteja, y tras de breves y castos amores marcha a América con el sólo objeto de hacer fortuna y fundar un hogar con ella. Diez años es el plazo que se dan como máximo de la espera. En México desempeña el vasco rudos oficios, como el de trojero de una hacienda del Estado de Morelos, y por su valentía y su capacidad de trabajo alcanza el puesto de administrador y el respeto

²² [Nota del editor]. Este texto fue publicado también en Andrés Iduarte, " Los pies descalzos: gran novela méxicoespañola", *Cuadernos Americanos*, mayo - junio 1952, pp. 241-260 y en el libro Andrés Iduarte, *Hispanismo e Hispanoamericanismo*. México, Joaquín Mortiz, 1983, pp. 37-55.

de todos. Cuando los diez años ya están casi expirando, y sin haber escrito una sola carta—la promesa firme no necesita de abonos—vuelve directamente a Barcelona, donde la novia lo espera, y se casan. Vuelve él a la hacienda morelense, le prepara la casa, y hacen allí, por años, una vida dulce y quieta. Lo sería totalmente si en la catalana, sensitiva e hija de anarquistas y separatistas, no empezara a producir primero dolor, y luego temores, y a veces terror, el cuadro social que México presenta. Advierte al marido—que no hace más que lo que los jefes le ordenan, que está con sus españoles como en país conquistado, que con fuerte voz y enérgicos planazos de espada toledana maneja a «la indiada» vencida—y prevé la sublevación que amenaza al país. Entiende al indio a través de sus criados, y llega a amarlos, a apoyarlos dentro de su hogar, a defenderlos de la inmensa injusticia que sobre ellos pesa. Un día le nace el único hijo, para el que se busca una nodriza: se encuentra a Juana, india robusta y hermosa que es madre de una niña recién nacida, se le propone que la entregue a sus familiares indígenas y se consagre al españolito, ella se cambia el nombre de Juana por el de Luz, y entra como apéndice al matrimonio Azkue—éste es el apellido de don Fermín—para siempre: adorará al niño por encima de todo, admirará con devoción estética a la señora a quien llama «la muñequita de cera», respetará profundamente al hombre rudo y bueno. Los seguirá en sus avatares: por la advertencia de la mujer, don Fermín deja la hacienda y entra a negocios de minas en un Estado del Pacífico, y Juana y Genoveva viven solas en la capital del Estado, más estrechamente unidas, protegiendo juntas al niño; los negocios marchan mal, y fracasan, y juntos desafían los malos tiempos de la Revolución en la capital de México: Juana recuerda, a veces, a la criada galdosiana de *Misericordia*; luego los acompaña a bien morir, en el doloroso y largo padecimiento de Genoveva, en la quieta y serena extinción del vasco. Y ha de vivir también la frívola orfandad del joven Paquito, «el Maño», a quien la riqueza vino por unos terrenos comprados por la previsión de Genoveva, cuyo precio se multiplicó con la expansión y el engrandecimiento de la ciudad de México: sin los amos, en manos del mal criollito, sin tener a quien cuidar, la india buena perderá la razón y morirá físicamente deshecha y mentalmente perdida. Esa es la trama.

Los personajes están vivos y son fuertes. Lo es don Fermín en su rudeza y su honestidad de vasco. Lo es Genoveva en su belleza, su inteligencia y el noble sentido revolucionario. Lo es Luz en su entrega de esclava, en su amor maternal de nana, en su abnegación de india. Los

tres personajes centrales están presentados y desenvueltos con hondura y con ternura; pero sin que el buceo en su psicología ni el temblor emocionado hagan perder al autor, nunca, su magnífica sobriedad. Como agregados, figuran el ingeniero andaluz de la hacienda, Villaverde: le sirve a Erro para el diálogo sobre la situación mexicana, vista por este granadino mundano y culto y bohemio; el ingeniero Chávez, mexicano, revolucionario, antirreeleccionista, que en el período minero de don Fermín avanza un poco el alcance de las observaciones políticas que presagian la Revolución, y que será después caudillo y líder (algunos toques hacen pensar en Chávez García, el de la realidad); don Salustiano, Sámamo, Lucindo, a quienes se aprovecha—son, desde luego, seres vivos—hasta donde conviene y cuando viene bien. Paquito, el hijo parásito y superficial, está tratado con antipatía y casi con repugnancia: el autor castiga cuanto, a la luz de la madurez, le parece y es fatal para México. No ahonda mucho en el personaje, pero se ve que puede hacerlo. No se lo permitía ya la extensión de la novela, pero puede hacer con él—y con su época—otra excelente.

El cuadro social que presenta es real, vibrante, sugestivo. La vida del México de las haciendas está trazado²³ con muy buen pulso, con ojo profundo, con generosidad palpitante, con emoción segura y dominada. La estampa del capataz sordo a la injusticia, brazo y mano duras que obedecen sin discusión al mal elaborado arriba, en capas sociales que no conoce y que, cuando las entrevé, desprecia; los peones sumisos pero amenazadores en su sumisión, sumidos en el canto consolador del *Alabado*, amenazadores en su silencio y en su quieta mirada; el castillo feudal que es la finca; los procedimientos para arrancar a los indios de sus tierras; y luego el fermento revolucionario que va subiendo lenta pero incesantemente de los campos, están presentados en páginas sólidas, claras, elocuentes precisamente por sobrias. El autor ha contado su mundo a golpes o a borbotones de memoria. Sencillamente ha ido presentando—sin cuidado de la cronología—los distintos momentos y los distintos espacios; pero el hilo conductor—la vida de sus tres personajes, y sobre todo la de Luz—es tan fuerte que el lector tiene bien enlazado todo aquel universo rico y doloroso.

El tono de la narración, el modo, las aclaraciones del autor desde fuera, señalan como inspiración vieja a la novela realista española, quizá sobre todo la de don Benito Pérez Galdós; pero Erro, apartado

²³ [Nota del editor]. Con errata en el original, pues debería decir “trazada”.

siempre del cultivo profesional de las letras—no de la lectura, por supuesto—está libre de cualquier sospecha de imitación o de escuelería. Quien lo conozca personalmente sabe que tiene mucho arsenal guardado, y que lo expresa con facundia y a la vez con agudeza. Su prosa es buena y maciza, y su idioma es excepcionalmente rico: tiene todos los matices del mexicano más los del español de la Península, bien combinados, bien engarzados. Cuando habla don Fermín, ahí está el vasco; cuando Genoveva, está la catalana; cuando Paquito «el Maño», burla burlando nos da Erro el idioma de quien ha perdido la pulpa del idioma de España y de México y usa un falso lenguaje, una jerga un poco de torero de mala gracia.

No recordamos ninguna otra novela en que se pinte a una familia española ante la Revolución mexicana. Dudamos que haya otra novela mexicana en que se vea con tanto amor y comprensión al pueblo de México, sin propaganda y sin sectarismo. Ninguna otra presenta con igual honradez y emoción la vida de dos españoles y de una india y varios mexicanos, todos tratados con profunda emoción. La vida de Luz o Juana, la nana, es sencillamente la dolorosa y honda tragedia de México, vista, a la vez, desde fuera y desde dentro por unos ojos inteligentes, bondadosos y honrados. No se exagera, pues, al decir que esta es una gran novela mexicoespañola.

ANDRÉS IDUARTE

COLUMBIA UNIVERSITY

1954

381. Alfonso Reyes. *Verdad y mentira*. Madrid, Aguilar, 1950, 440 págs. [Año 20, No. 1/2, Enero - Abril, 1954, (p. 85). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La preciosa edición en miniatura es un alarde de rico contenido en brevísimo espacio. Reproduce cuentos escritos entre 1910 y 1914; y publicados en 1920 en *El plano oblicuo*; *La casa del grillo*, de 1918, editada en 1945; *Los siete sobre Deva*, de 1923, impresa en 1943; *El testimonio de Juan Peña*, escrito en 1923 y publicado en 1930; el relato *Donde Indalecio aparece y desaparece*, de 1932; *De Cuitzeo, ni sombra*, de 1941; y presenta *La fea*, trabajo inédito escrito en Río de Janeiro en 1953.

La selección no puede ser más interesante. El humorismo finísimo, la agilidad incomparable, la gracia típicamente mexicana—y tan universal—la vasta cultura de Reyes están bien representados en este volumen de bolsillo. Y los subraya y facilita su entendimiento, el excelente prólogo de José María González de Mendoza, uno de los críticos literarios más cultos y talentosos con que México cuenta. Su estudio es—sin aparato bibliográfico, sin complicación ni fatiga—un modelo de conocimiento del tema, de síntesis, de buen juicio y de buen gusto, y añade positivo mérito a la magnífica selección de la editorial Aguilar.
—ANDRÉS IDUARTE, COLUMBIA UNIVERSITY.

382. Baltasar Dromundo. *Mi barrio de San Miguel*. México, Antigua Librería Robredo, 1951, 138 págs. [Año 20, No. 3, Jul., 1954, (pp. 235-236). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El escritor mexicano Baltasar Dromundo evoca en este libro uno de los barrios tradicionales y típicos de la ciudad de México. Nacido y crecido en él, conoce sus rincones, recuerda a sus personajes, traza su historia colonial y evoca, punto por punto, la que en él vió transcurrir. Desfilan en ella su padre, que partió a la Revolución, montado en su buen caballo; un campeón de boxeo, que sacudió de entusiasmo al niño; se destaca la estampa de don Nicolás Zúñiga y—Miranda, encasacado y enchisterado, empecinado candidato a la presidencia de la República; Agustín Lara, el hoy famoso autor de canciones muy conocidas; «Cantinflas», el gran cómico mexicano, que acaso recogió en el Barrio de San Miguel la chispa de sus pelados o léperos; y otras figuras de la intimidad familiar y el cariño amistoso del autor. Piedras labradas, casas coloniales, edificios carcomidos por el tiempo, tiendas, gentes de

todo color y pelaje, ruidos, olores, emociones puras de la niñez, palpitaciones de la adolescencia, quietud del virreinal pasado, ansiedades y esperanzas del mundo revolucionario, todo aparece en una prosa estremecida y, al mismo tiempo, muy trabajada. Quizá las páginas más emotivas sean las que Dromundo dedica a su noble, estudiosa y abnegada madre, Margarita Chorné: el título del capítulo que se refiere a ella es solamente «Margarita». La ternura va dejándose sentir poco a poco, creciendo en intensidad y ganando en calidad: de pronto nos damos cuenta de que estamos ante la madre, que primeros nos iluminó como mujer culta, adelantada a su tiempo, y como amiga protectora.

Por presentar con conocimiento, con mimo y con detalle una época y un rincón de México, y por ser una biografía conmovida y sentida, el libro de Dromundo tiene extraordinario interés histórico y literario.

—ANDRÉS IDUARTE, COLUMBIA UNIVERSITY.

383. José Moreno Villa. *Los autores como actores y otros intereses literarios de acá y de allá*. México, El Colegio de México, 1951, 282 págs. [Año 20, No. 3, Jul., 1954, (pp. 236-237). Texto firmado por: A. I.]

Cuatro secciones forman este libro: “Los autores como actores en la vida”, «Pensando en contemporáneos españoles», «Pensando en contemporáneos americanos» y «Estudios sobre autores del pasado». La primera sección tiene veinte artículos, tan curiosos como el que se titula «Las mujeres de mis contemporáneos», tan hondo como «Los pintores de la España negra», tan emotivos como «Instantes musicales de García Lorca», tan brillantes como «De Bergson a Valery». En la segunda son importantes los tres que forman: «Autobiografías y memorias de españoles en el siglo XX», «Manuel Machado, la manolería y el cambio» y «Palabras sobre Antonio Machado». En la tercera inquietan y seducen sus estudios de las manos de escritores mexicanos, su ensayo de quirosología, y son muy penetrantes y muy frescas sus impresiones sobre Gabriela Mistral, Germán Arciniegas y Nicolás Guillén. Y novedosos, originales, ágiles y fecundos son sus buceos de la cuarta sección donde aparentemente de paso, pero alcanzando muy hondos fondos con su sonda, sabia y audaz, toca a Tirso, Lope de Rueda, Juan de Valdés y Espronceda. Mucho aprende el lector, de manera tan inesperada como definitiva, con los ensayos de este andaluz —¡tan andaluz!— en el que se unen la inteligencia, la sensibilidad y la cultura. Finísimo, estremecido, documentado, su lápiz va diciendo cuanto se le ocurre.

Su simpatía no es en ningún momento desenfado, su divagación no es nunca chabacanería. Podrá el lector rechazar, tras serena meditación, algunos de los puntos de vista más traviesos; pero no dirá nunca que el lanzamiento a la cuerda floja no haya sido rejuvenecedor y lleno de sugerencias. Dan ganas de tomar papel y pluma y decirle al ingenioso malagueño que hable un día de tal o cual tema olvidado u oscuro. Todo lo renueva y a todo le da nuevo vigor este hombre que ha leído y conocido a tantos de Europa y de América. — A. I.

1956

384. Medardo Vitier. *Martí. Estudio integral*. Premio del Centenario. La Habana, Publicaciones de la Comisión Nacional Organizadora de los actos y ediciones del Centenario y del Monumento a Martí, 1954, 338 págs. [Año 22, No. 2, Abril, 1956, (pp. 158-159). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El libro del doctor Vitier obtuvo el premio del concurso convocado por la Comisión del Centenario en el capítulo de ensayos escritos por autores cubanos. Tanto el conocido catedrático como quienes formaron el jurado—los señores José Manuel Pérez Cabrera, Félix Lizaso y Dionisio de Lara—merecen cumplida felicitación de los estudiosos de Martí. No se trata de un ensayo escrito rápida y ocasionalmente para un concurso, sino del fruto de una larga y entusiasta dedicación al tema, logrado gracias a una amplia y sólida formación intelectual y realizado con método riguroso y buena prosa castellana.

Además de la breve nota preliminar, lo forman quince capítulos: uno, con la brevedad correspondiente al propósito del autor, sobre la vida de Martí; cuatro sobre los caracteres de su cubanidad, de su americanidad, de su hispanidad y de su universalidad; tres sobre los temas esenciales, subalternos y ocasionales de sus obras; uno sobre «Arte y revelación en la poesía de Martí», el noveno; el décimo sobre el «Estudio técnico de su estilo en prosa»; el undécimo, sobre «Los lineamientos formales e ideológicos de sus discursos»; el decimotercero, sobre «Formas de la religiosidad en Martí»; el decimocuarto, «Dimensión filosófica»; y el decimoquinto, titulado «Martí rebasa su circunstancia histórica: figura de la Humanidad», que termina con una oración fervorosa y a la vez asentada en la investigación y la argumentación de todos sus capítulos. Nos han interesado, particularmente, aquéllos de los que hemos citado el título completo, así como el que trata de la universalidad de Martí. En todos ellos el autor estudia y medita, logrando añadir muy originales y valiosos puntos de vista sobre el gran cubano. No una reseña, sino muchos artículos y ensayos, amerita su obra. Baste decir aquí que se aparta y supera el tipo frecuente de canto apasionado y exegetico, y se coloca en primera fila de la bibliografía martiana. — ANDRÉS IDUARTE, COLUMBIA UNIVERSITY.

385. Andrés Iduarte. *Veinte años con Rómulo Gallegos*. México, Ediciones Humanismo, 1954, 81 págs. [Año 22, No. 2 (Abril, 1956), p. 159. Texto firmado por: Gregory Rabassa.]

La colección de ensayos de Andrés Iduarte sobre sus veinte años de amistad con Rómulo Gallegos da nuevas perspectivas a la vida del

gran novelista de Venezuela. Este libro no es una biografía, sino un grupo de artículos aparecidos en la prensa y varios discursos. En ellos vemos a Gallegos en varios momentos de su vida, especialmente durante su estancia en España poco antes de la guerra civil. El profesor Iduarte nos muestra la posición de Rómulo Gallegos como mentor de la juventud hispanoamericana de paso por España y Europa en aquel tiempo. Algunos llegaron desterrados como el mismo Gallegos, mientras otros hacían su peregrinaje intelectual o sentimental al viejo continente. Otro ensayo de la colección presenta la tragedia personal de Gallegos, resultado de su elección a la presidencia de su patria y del cuartelazo que dió fin a sus proyectos e ideales para una patria mejor. La colección comienza con un análisis de la novela *Cantaclaro* y sigue con otro estudio crítico de la obra de Gallegos. Conociendo muy íntimamente a Gallegos, Iduarte puede ver con más claridad su obra como el reflejo de los anhelos de una vida mejor para su pueblo. Cuando se haga la biografía definitiva de Rómulo Gallegos, el autor debe ser alguien que no sólo conozca a fondo su obra, sino al hombre mismo, alguien como Andrés Iduarte. —GREGORY RABASSA, COLUMBIA UNIVERSITY.

386. Fermín Peraza y Sarausa. *Bibliografía martiana. 1853-1953*. Edición del Centenario. La Habana, Comisión Nacional Organizadora de los actos y ediciones del Centenario y del Monumento de Martí, 1954, 692 págs. [Año 22, No. 2 (Abril, 1956), (pp. 164-165). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Presenta el prestigioso bibliógrafo cubano una introducción que contiene una breve biografía de Martí, un también sintético comentario sobre «su mensaje» y una nota que nos informa que integran esta compilación «los trabajos bibliográficos que, dedicados a la vida y la obra de José Martí, comenzamos a publicar en el año de 1940, como una sección del *Anuario bibliográfico cubano*, primero, y en tomos anuales después, formando parte de las publicaciones de la Biblioteca Municipal de La Habana. En total—dice el autor— han aparecido hasta la fecha catorce tomos de esas *Bibliografías martianas* anuales... Además del material a que nos referimos en el párrafo anterior incluye esta *Bibliografía martiana*—agrega—la información correspondiente a los años anteriores a las bibliografías anuales publicadas, reuniendo así, por primera vez, en un solo cuerpo, la totalidad de las investigaciones

bibliográficas que hemos dedicado a la vida y la obra de José Martí, a través de la producción impresa, cubana y extranjera.»

Siguen una «Bibliografía activa» de la obra de Martí, por orden alfabético, de 166 páginas; una «Bibliografía pasiva», que reúne en 466 páginas 8,383 papeletas sobre la obra; un índice de títulos de 22 páginas, que incluye «todos los trabajos escritos por José Martí y que aparecen en la primera y segunda parte de esta bibliografía»; y una cronología de la obra martiana, con las fechas de cuanto Martí escribió o, en su defecto, con la fecha de publicación de todos los trabajos recogidos en este volumen, tanto en lo publicado en vida como después de su muerte, y que se inicia en 1862 y termina en 1953. El libro se cierra con los datos biográficos y bibliográficos del doctor Peraza y Sarauza.

Su trabajo paciente y tesorero de tantos años de consagración a la bibliografía y en particular a la de Martí, y su escrupuloso método, dan a esta obra la categoría de fundamental para el estudio del tema, y hacen digno al autor y a los editores del más alto reconocimiento. —
ANDRÉS IDUARTE, COLUMBIA UNIVERSITY.

387. Alfonso Reyes: *Vida y Obra*. I. EL HOMBRE Y SU MUNDO. (pp. 197-248), [Año 22, No. 3/4, Jul. - Oct., 1956. Andrés Iduarte.]¹

SOBRIEDAD y armonía son las características de la obra de Alfonso Reyes; y no sólo de la obra, sino de su vida. A tal punto que, cuando se habla de ellas, viene a las mientes el «dejadlo así, que así es la rosa» de Juan Ramón Jiménez. Lo atinado sería decir a todos: léala, conózcalo... Porque cualquier comentario es inferior a ellas: el pulso no llega a repetir la línea impecable, el ojo no logra recoger la tersura del lienzo, ni definir un contenido tan vasto como primorosamente organizado. Y, sin embargo, se escribe sobre Alfonso todos los días y desde hace muchos años. Nadie ignora que es imposible asir y desmenuzar el aire, pero todos lo intentan, por devoción, a pesar de la seguridad del fracaso. El amor intelectual, ya que no el cabal entendimiento, es el premio de la personalidad seductora.

¹ Este artículo fue publicado también como una separata por el Hispanic Institute in the United States, New York, 1956 y en la Revista Letras, Instituto Pedagógico Departamento de Castellano, Literatura y Latín, Centro de Estudios Andrés Bello, Caracas, 1969, pp. 7-40.



Alfonso Reyes, Presidente De "El Colegio De Mexico".

Uno de los elogios más justos y precisos que Alfonso ha recibido es el que le hizo su compañero de juventud, Antonio Caso, en 1924, cuando ya el primero era el maestro en las letras y el segundo en las aulas de la generación mexicana que hoy anda en la madurez:

Alfonso posee la curiosidad de las ideas, sobre todo de las ideas bellas y sutiles. Las capta, las acaricia, las exorna sin prostituirlas, las compone en ramilletes de gusto exquisito, las echa a volar. Después las llama de nuevo a su corazón, les sacude el polvo de las alas y las deja bien avenidas entre sí, como si fueran una misma, a pesar de su constante variedad y de su multicolora expresión. Las ideas, estos aflileres² lúcidos y enigmáticos como chispas eléctricas, con que todo lo medimos, el ser y el no ser y el llegar a ser; el Bien y el Mal, que se cambian uno en otro, como dice Renan, a la manera de los matices tornasolados del cuello de las palomas! Este es el gran bien, del solo bien del humanista. Mas no penséis por ello que Alfonso sea un mandarín, es decir, un desocupado de talento que juega con los pensamientos como los niños con el agua. No: ni escribe sobre arena, ni funda castillos en el aire. Este ideólogo es un estilista de América, pero el estilista y el ideólogo sabe que, de todas

² [Nota del editor]. Con una errata en la cita, debe ser "aflileres".



Su padre, el general Bernardo Reyes

las entrañas humanas, el cerebro es una víscera suprema y el corazón un músculo hueco lleno de amor. ¡Ay de aquel que ponga sobre el sentimiento la inteligencia! ¡El pensamiento sólo es brújula, el corazón es el motor! ... En: (*Páginas sobre Alfonso Reyes*, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1955, págs. 65-66).

Y quizá la mejor estampa escrita es la de Juan Ramón Jiménez:

Lo conocí en la plataforma de un tranvía amarillo de «Salamanca», Madrid, que cruzaba la Castellana por la Biblioteca. Subía yo adivinándolo y él me sonreía. Sí, su sonrisa, como luego siempre, en su pisito bajo el General Pardiñas, en su piso principal de Serrano, en el Centro de Estudios Históricos, en la Embajada de México, en mi misma casa, me recibió fina, tersa, subida a los ojos. Entonces ¿lo recuerdo bien? Alfonso usaba un bigotillo mexicano lacio y de curva caída que armonizaba con los cálidos ojos pillastres y los hoyitos de la mejilla, fuente de su sonrisa. El hombre breve y lleno era todavía, y me parece que lo seguirá siendo, un niño travieso y ya un insigne veterano, en un joven propio... Hombre trino y uno Alfonso Reyes, superior de espíritu, diferencia, cultura, conciencia, despejo, tolerancia. Una cabeza entera. ¿Desde dónde venía, así preparado de lo ajeno, de dónde le llegó lo diferente que él

mismo le añadía, se incorporaba, se donaba? Bello caso de destino fatal resuelto. Tres razas por lo menos, sumadas en cuenta final. ¿Cuánto? Su prosa, su verso lo dirán a quien lo conozca de vista. Las siete personalidades, la oblicua, la redonda, la recta, la picuda, la cuadrada, la horizontal, la vertical. Caminos indígenas, españoles, mejicanos hacia lo total permanente. Y todos caminados por lo sumo, con entrega y con análisis, con profundidad y con alegría, con decisión y con serenidad, sin perder nada, ni una coma, del tránsito internacional y universal.

...Y un castillo gracioso donde quiera que se pare, y una tienda de campaña, por si acaso, que lo libre si anda fuera del castillo, en la intemperie mayor donde brota la sencilla y más rica verdad. Llega al lugar necesario o gustoso, planta su receptor o su emisor, y a dar y a recibir con entusiasmo. Oídlo ahora reír y cantar. (Estuvo serio) ... (*Españoles de tres mundos*, Buenos Aires, Losada, 1942, págs. 90-91, en: *Páginas sobre Alfonso Reyes*, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1955, págs. 264-265).



Su madre, Aurelia Ochoa De Reyes

La «sonrisa... fina, tersa, subida a los ojos» y «los cálidos ojos pillastres» del «niño travieso» y del «insigne veterano» de Juan Ramón, los vió así otra gran veedora, Gabriela Mistral:

¡Desconcertante Alfonso Reyes, hombre salido de nuestra América y en el cual no están los defectos del hombre de nuestros valles: la ve-

hemencia, la intolerancia, la cultura unilateral! Al revés de eso, una cordialidad *fabulosa* hacia los hombres y las cosas, especie de amistad amorosa del mundo; paralela con el amor de las criaturas, una riqueza de conocimiento del cual vive ese amor.

El ojo es el documento... La caricatura da la gordura de Reyes, la pipa de Reyes, la sonrisa de Reyes. Deja lo principal: el ojo húmedo de simpatía que no olvidará nunca quien lo haya visto.

La conversación, una fiesta. ¿Qué fiesta? La del paisaje de Anáhuac que él ha reproducido en una prosa de esmalte: la luz aguda, el aire delgado, las formas vegetales heráldicas. Solidez y finura; antipatía, siempre presente, del exceso. Y la bondad, la bondad circulando por los motivos, suavizando aristas de juicios rotundos. Bondad sin los azúcares de la cortesanía y sin penacho retórico, también como de sangre que corre escondida, pero que se siente tibia y presente.

Pero no sólo la frase coloreada, que el buen americano tiene siempre, sino otras cosas además: la gravidez del pensamiento en cada rima de la frase. Una vida interior que se revela a cada paso, sin que él—que también es un pudoroso de su excelencia interior—lo busque. Detrás de la sonrisa se le descubre la tortura, que podemos llamar, en español, *unamunesca*, del hombre que la introspección sangra cotidianamente. Yo suelo recordar, oyéndolo, «la camisa de mil puntas cruenta», que dijo Rubén... («Un hombre de México», *El Mercurio*, Santiago de Chile, 18 abril 1926, en: *Páginas sobre Alfonso Reyes*, Monterrey, Universidad de Nuevo León 1955, pág. 92).

Todo está en esa pupila que ha escapado a caricaturistas y a fotógrafos. Brilla y tiembla, llora y sonríe, «mofa y consiente» como la misma Gabriela vió en la risa india de México. Ni el cuerpo pequeño, ni la gran cabeza, ni las finas manos, ni el bigotillo que subraya se recuerdan tanto como el ojo del regiomontano. Aparece la gran compañera que le regaló generosamente la vida, Manuela, tan amada de todo el que ame a Alfonso Reyes, y cambia el enfoque, en un parpadeo; otro, y es diferente: el hijo y las nietas adorables están presentes. No es el mismo cuando habla de Grecia o Francia, y de México o España, y de Montevideo o Buenos Aires, y de La Habana o Málaga... Se anima cuando el sibarita repasa guisos y antojos mexicanos, vinos de Italia o del Rhin, especias de Oriente y frutos del trópico, e innumerables son los matices cuando su alegría plural y celeste menciona a cada uno de los amantes de su «¡Celeste Adelaida!»—el pariente Luis, el gacetillero Filemón, el viejo Juan, Sebastián o el asno con dinero, Fermín el influyente, Paquiro el torero—y, sobre todo, cuando ella contesta por qué ama al travieso preguntón:

—Y a mí ¿por qué? —La cosa es diferente:
a ti... pues nada más porque te quiero.

(Obra poética, México, Fondo de Cultura, 1952, pág. 375)

O cuando apunta que no se llevan la mejor parte de la vida los vendedores de vinos y metales:

*Es justo que algo quede a los poetas;
pues mientras ellos tratan en dineros,
nosotros disfrutamos las secretas*

*miradas, que son vinos verdaderos,
y el filoso metal de las saetas
que se disparan de los dos arqueros.*

(Obra poética, pág. 369)

O cuando siente viva la juventud:

*De noche, en casa, el duermela vago,
el dulceamargo de las emociones,
y aquel paladearlas trago a trago;
suspirar, revolcarse en sus jubones,
y ver que siguen vivos —aunque apago—
dos ojos, como dos palpitaciones.*

(Obra poética, pág. 369)

Y cuando junta todos los sabores de la vida en su «Salambona»:

*¡Ay, Salambó, Salambona,
ya probé de tu persona!*

*¿Y sabes a lo que sabes?
Sabes a piña y a miel,
sabes a vino de dátiles,
a naranja y a clavel,
a canela y a azafrán,
a cacao y a café,
a perejil y tomillo,
higo blanco y dura nuez.*

*Alianza del mito ibérico
y el mito cartaginés,
tienes el gusto del mar
tan antiguo como es
.....*

*Sabes a yerba mojada,
sabes al amanecer.
Sabes a égloga pura cantada con el rabel.
Sabes a leña olorosa, pino, resina y laurel.
A moza junto a la fuente
que cada noche es mujer.
Al aire de mis montañas
donde un tiempo cabalgué.
Sabes a lo que sabía
la infancia que se me fué.
.....*

*Sabes al abecedario
tan antiguo como es.
Sabes a vida y a muerte
y a gloria e infierno, amén.
(Obra poética, págs. 128 -130)*

En el arco iris del Mediterráneo, Madrid, París, Río de Janeiro, el Plata, La Habana y Nueva York están siempre presentes, girando, haciendo el blanco general y único, dominador, los recuerdos del neoleonés Cerro de la Silla, ardientes, y los de la altiplanicie mexicana, depurados. Y el ojo mundano se hace tierno y profundo cuando vuelve, a cada rato, al grande y vitalicio amor:

*¡Loda la virtud, amiga mía,
que enlazó para siempre nuestras manos
para más enlazarlas cada día!
(Obra poética, pág. 122)*

Otro puerto seguro y fiel, de partida y de retorno, es la devoción por el padre. «Estuvo serio», recordó Juan Ramón, cuando lo oía reír y cantar:

*¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,
desde qué pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
sangre manando en la mitad del día?*

*Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidabas
y, Cristo militar, te nos morías...*

*Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces
es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empellones,
en el afán de poseerte tanto.
(Obra poética, pág. 122)*

La mención es siempre recatada y lacerante. «Et toi que je n'ose nommer», dice en *Calendario* (p. 140): «piadosa palabra de Racine... al evocar el recuerdo de su padre». O vuelve a la infancia y cuenta las hazañas del militar y del guerrillero, y repasa la historia de México sin que falten nunca el escalofrío de la ternura y de la tragedia, pero sin pasión ni resentimiento. Porque otro aspecto extraordinario del espíritu de Alfonso está a la vista: embarcado en el mar proceloso de la vida —«bello caso de destino fatal resuelto», acertó Juan Ramón—, crecido en medio de una de las mayores tempestades de nuestra historia mexicana, colo-

cado por el nacimiento en una de las puntas del huracán, nunca perdió el equilibrio del bien. Inteligente hasta poseer la luz cegadora, atinado hasta la precisión matemática, pudo eludir el choque perturbador con el mal, y lo ha vencido. Puede decirse que este hombre de espíritu transparente como el aire de nuestra altiplanicie mexicana, le ha sacado siempre las vueltas al diablo, al cercano y al lejano, al de al lado y al de enfrente, y se ha reído de él y también con él. Hablo del viento sombrío que sopla, en la vida pública y en la privada, desde todos los rincones, desde los propios y desde los ajenos. Ha volado por encima de él, sin quemarse; ha serenado a los violentos; ha evadido a los mercaderes; ha salido ileso de furias y emboscadas... Se lo debe a una rienda sutil y divina que su Ángel de la Guarda le puso desde niño entre los dedos, y a una mano sensitiva que defiende mejor que espada y mandoble. Ha logrado el «día puro y libre» que quería Fray Luis, alto ideal de todos los buenos, pero en cuya búsqueda muchos dejan la vida o la dicha. Por dentro, venció siempre al demonio: no lo dejó entrar; y, por fuera, supo torearlo, y, cuando no hubo otro camino, lo dejó embestir y lo derrotó hasta el descabello. Con él ha estado, siempre, fuerte y alegre, el ángel. No sin razón, sino con ella, y por muchas, muy viejas y largas, quiso mucho y fué muy querido de Amado Nervo. Alfonso dijo de él: «Nunca perdía aquella cortesía suave de indio, aquella cortesía en que ponemos algunos el mejor orgullo de la raza». Y añadió:

¡Hijo exquisito de tu raza, amigo querido! Querías ungir de suavidad, de dulzura el mundo... —En una carta me propone toda una doctrina de la cortesía trascendental, que él asociaba al recuerdo de la patria. ¿No ve usted—me dice—que hasta nuestra propia tierra es cortés en la abundancia y la variedad de sus dones? Yo conozco raíces como la *charauesca* michaocana, y flores como una especie de floripondio, exclusivamente destinadas por aquella naturaleza a dar de beber al caminante sediento... («El camino de Amado Nervo», *Simpatías y diferencias*, Tercera serie, Madrid, Teodoro, 1922, págs. 31-51).

Don Federico de Onís ha insistido en esta filosofía de la bondad y de la sonrisa

—«sin los azúcares de la cortesanía y sin penacho retórico», aclaró bien Gabriela— que es una de las excelencias de hombre y obra:

El culto delicado y cariñoso de la amistad es otro rasgo que en la vida de Reyes ha sido una lección constante para todos los que no somos mexicanos. En el trato con él y con otros mexicanos he sentido lo que quería decir otro

gran americano, el cubano Martí: «Tengo en México un amigo». Mucho de lo mejor que Reyes ha escrito afortunadamente ya reunido en libros—está en esa literatura íntima escrita para los amigos y no para el público.

Sus amigos están en todos los sitios donde vivió o por donde viajó...

...No es fácil conocer y apreciar todo el valor de Reyes mediante la lectura de una selección de su obra, por acertada que ésta sea. Su principal valor es de orden estético y está en cada detalle de su totalidad. Su actitud estética rehuye la afirmación rotunda y busca los medios tonos, los matices sutiles, la multiplicidad de caras que contiene cada idea o cada cosa, grande o pequeña. Se acerca a las ideas y a las cosas con una mirada ondulante, inquisitiva y cariñosa, con una amplitud liberal que sólo podríamos definir con un término que no parece tener relación ni con la filosofía ni con la estética, pero que sí tiene especial significación mexicana: cortesía. Cortesía con las cosas y con las ideas, cuidado escurpulososo en el trato con ellas, mesura en elogio, gracia en la negación, y siempre bondad, una bondad estética que consiste en comprenderlo todo. Así es como Reyes ha logrado convertir en materia poética todo lo que han visto sus ojos y su espíritu. (Traducción de la introducción a Alfonso Reyes, *The position of America, and other essays*, New York, Knopf, 1950, en: Federico de Onís, *España en América*, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1955, págs. 662-664).



1902. Alfonso Con Su Hermano Alejandro

En materia poética, en verdad, ha transformado Alfonso su propia vida y la de cuantos han entrado en ella o se han rozado con ella. *Cortesía* [México, Cultura, 1948] titula uno de sus libros, en donde recoge mucho más y mejor que lo anunciado en el prólogo, «versos de circunstancia», pues en ellos y en recados, billetes, dedicatorias, plática en verso y mil renglones graciosos está el palpar de su corazón de amigo, y de los de muchos otros finos espíritus, desde y hacia los cuatro puntos cardinales. En otros curiosos volúmenes de prosa o verso, esenciales para conocer al hombre y al escritor, aparecerá también la múltiple gama del amor y del afecto, del estímulo y la admiración, de la simpatía y de la diferencia positiva y sonriente. Se piensa en aquel precioso artículo de José Martí, «Los oficios de la alabanza»:

La generosidad congrega a los hombres y la aspereza lo, aparta. El elogio oportuno fomenta el mérito; y la falta de elogio oportuno lo desanima. Sólo el corazón heroico puede prescindir de la aprobación humana; y la falta de aprobación mina el mismo corazón heroico. El velero de mejor maderamen cubre más millas cuando lleva el viento con las velas que cuando lo lleva contra las velas. Fué suave el yugo de Jesús, que juntó a los hombres. La adulación es vil, y necesaria la alabanza.

La alabanza justa regocija al hombre bueno, y molesta al envidioso... Los que desean toda la alabanza para sí, se enojan de ver repartida la alabanza entre los demás. El vicio tiene tantos cómplices en el mundo, que es necesario que tenga algunos cómplices la virtud... Al corazón se le han de poner alas, y no anclas... (En: *Obras completas de José Martí*, La Habana, Editorial Trópico, 11, págs. 218-220).

Alfonso abre *Cortesía* con una cita de *Razón de amor*: «Moró mucho en Lombardía —para aprender cortesía»; y otra de Lope de Vega: «Sabed por cosa cierta que ha venido — la curiosa princesa Cortesía». Y subraya los siglos, el XIII y el XVI: quiere decir que en todos los tiempos y en todas partes están las fuentes del concepto cordial y tierno de las relaciones humanas. Su devoción va para aquéllos que fueron santos o casi santos, y así ve él a Justo Sierra, a Pedro Henríquez Ureña y a Francisco Giner de los Ríos. De éste dice desde Madrid, poco después de su muerte:

Se le recuerda como un viejecito pequeño, junto a una estufa: como un viejecito siempre joven. Un alma fina de rondeño, una aristocracia nativa... Era un hombre de temple apostólico. ¿Su fuerza? La sonrisa. Desconfiad —hallo en el libro de mis proverbios— de la puntualidad

de aquéllos que adelantan el reloj, y desconfiad de la energía de los que se enojan. En efecto, la amabilidad es la mayor fuerza y la mayor disciplina.

...En otro siglo, a este viejecito ágil le hubieran llamado San Francisco Giner. Y él mismo comprendía lo místico de su misión. Dicen que él decía ejercer el sacramento de la palabra, y que su función social era hablar. Hablaba—o mejor, conversaba—de la mañana a la noche. Hablaba para consolar a los afligidos: así, como suena y sin literatura... Ministraba la confesión laica. ¿Sonreís? ¿No creéis en la profesión de ser bueno?... Rezagados andáis. Mas, tranquilizaos, era también bueno por espontaneidad generosa.

...En las dos o tres conquistas de la gente nueva él ha intervenido. Es a saber: en política, sustitución de la listeza por la honradez; en la ciencia, sustitución de la fantasía por la exactitud; en el trato humano, abolición de lo público teatral. Los hombres se salvarán por la intimidad, por el trato de hombre a hombre. (*Cartones de Madrid*, México, Cultura, 1917, págs. 95-99).

Cortesía y cordialidad que no deben llevar a confusiones, muy bien vistas, por cierto, en estas palabras de Amado Alonso:

Me gusta reconocer su cortesía mexicana en esa sordina instrumental de su prosa narrativa; pero hay mucho más que cortesía. Prosa no mate, sino matizada; no sorda, sino con sordina; no con voz débil, sino a media voz. Quien haya podido hablar una vez con Alfonso Reyes ya tiene, por la voz y por el rostro, el secreto de su estilo: el diapasón un poco rebajado, las modulaciones e inflexiones nunca escapadas hacia arriba de su tono normal, a veces extremadas a lo grave; la intensidad aspiratoria ligeramente reprimida; la voz contendidamente llena, no rebalsada; es voz tensa con calor de intimidad; sólo de atenderla se os tensa concorde el espíritu. La dicción nítida, sin borrosidad. Tan dueño de sus registros, la más leve variación, sólo insinuada, se llena de sentido intencional: toda la materia es expresión. Y lo mismo el gesto. Nunca gesticulaciones, pero el rostro de peregrina movilidad insinuada, recogiendo y dejando el pulso de la intención...

Así su prosa. Tensa y medida, pensada en voz mesurada, transparente en el pensamiento de línea pura, y rezumando jugos vitales de emoción y de estimación: la fantasía sujeta a la arquitectura estimativa y emocional. El lector siente esta prosa como dirigida a él inmediatamente; el autor lo atrae a su intimidad... Aquí ya estamos más adentro de la histórica cortesía de los mexicanos: Alfonso Reyes practica la literatura como un ejercicio de intimidad; una intimidad a la que no

se llega desnudándole de su cortesía, de su modernidad y de su saber antiguo, porque estas cualidades no son ropajes que envuelven su intimidad, sino que están en ella misma, en su autenticidad...

Hay, sin embargo, un último reducto en la literatura de Alfonso Reyes donde ya no se puede hablar de cortesía... Aquí su admirable maestría del idioma llega a la más genuina creación... (En: *Páginas sobre Alfonso Reyes*, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1955, págs. 332-333).

Su cortesía—está a la vista— no fué nunca simple protocolo diplomático, ni afabilidad social a secas. Es sangre y esencia del hombre y del escritor, del humanista de una pieza. Con mucho acierto dice el malogrado profesor chileno Manuel Olgún en su valioso libro *Alfonso Reyes, ensayista*, (México, Ediciones de Andrea, 1956, págs. 139-140), aparecido una semana después de su trágica muerte:

Tan intenso como su interés por la palabra y por todas las artes y disciplinas fundadas en ella, es su amor a las ideas, su necesidad de claridad y coherencia lógicas, su afán de verlo todo en amplias perspectivas que pongan de manifiesto las relaciones entre los diversos órdenes de fenómenos, su entusiasmo ante el descubrimiento de un devenir racional en la historia. Y no menos intenso es, por último, su interés en aplicar los principios de su filosofía social al estudio del pasado: valoración de la persona humana, fe en la perfectibilidad ética de las³ sociedad por el camino de la inteligencia, necesidad de la tradición o continuidad de la cultura como tradición de progreso, vigencia de los valores humanos fundamentales de la cultura latina en la nuestra americana, etc. De este modo, la visión que Reyes nos da de la antigüedad no es la de un puro esteta o un mero erudito, sino la de un filósofo de la cultura o un sociólogo del saber, perfectamente compenetrado de sus deberes de ciudadano del mundo y de su patria americana. Se comprueba así en el humanismo clásico de Reyes lo que él mismo ha señalado como característica distintiva del humanismo de nuestros días: «El término humanismo en la Europa moderna vino a significar simplemente el estudio de la Antigüedad clásica. Hoy se vuelve al concepto de la responsabilidad social en el nuevo humanismo.»

Palabras todavía más claras de Alfonso Reyes son éstas:

³ [Nota del editor]. Es una errata en el original, debe decir “la sociedad”.

Hay que predicar—por encima de todas las disidencias teológicas en cuanto a la proyección natural de la vida humana—algo como una religión terrestre, que nos despierte al sentido ético de nuestra misión natural. Ayuden todos los sacerdocios, todos los hombres de buena voluntad, todos los que usan el arte de hablar y escribir. (*Tentativas y orientaciones*, México, Nuevo Mundo, 1944, págs. 221-222).



En Deva, 1916.

Insensiblemente, todos pasamos a hablar de su prosa y de su pensamiento cuando estamos ante el hombre de carne y hueso. Personalidad sobria y armónica, vertebrada, Alfonso Reyes no es un «erudito-polvo» sino un «encendedor de lámparas», como los quería Gabriela Mistral. Así lo muestran su estampa física y moral y así lo confirma el camino de su vida.

Hijo del general Bernardo Reyes y de doña Aurelia Ochoa, Alfonso nació en Monterrey, capital de Nuevo León, el 17 de mayo de 1889, cuando su padre era el Gobernador del Estado. Acaba de cumplir, pues, solamente sesenta y siete años. Fecha y cifra tienen importancia porque, calculando su edad por la vasta obra realizada y por su gran prestigio intelectual, en alguna ocasión se le añadieron no pocos años,

error que él rectificó en seguida en gracia a la verdad histórica y a la seguridad, ya cumplida y en marcha ascendente, de ganar nuevas y brillantes batallas en el campo de las letras.

También cabe subrayar el sitio del nacimiento porque no es un hecho casual y sin consecuencias, como ocurre en otros casos y como podría pensarlo quien juzgara nada más por el poco tiempo que Alfonso ha vivido en su Monterrey. Muy presente lleva a la ciudad y a la provincia nativas en la cordial memoria. Entre continuas evocaciones hechas cerca o lejos de ellas, que a cada momento enternecen prosa y verso, recordamos su correo literario *Monterrey*, tan conocido y celebrado, que recorrió y enlazó el mundo de las letras mexicanas e hispanoamericanas con los de todas partes, así como la graciosa viñeta y los evocadores versos: «Hermoso cerro de la Silla / quien estuviera en tu horqueta / una pata pa' Monterrey / y la otra pa' Cadereyta». El Abate J. M. González de Mendoza dice más:

Testimonio de nostalgia era el dibujo. En cada número se anunciaba: «El cerro cae en la página tantos». Una nota personal es eso, muy de Alfonso Reyes, una sonrisa, un toquecillo de intimidad. Y hasta diría yo: un impulso catequístico en beneficio de lo nuestro. Porque, a los amigos extranjeros, la persistencia en la indicación les invitaba a pensar un momento en aquel paisaje; les llevaba, aunque somerísima, una representación de la tierra mexicana.

Es oportuno recordar ahora un pormenor que descubre cuán fervoroso es en Alfonso Reyes el amor a Monterrey. Alude a Kant en Reloj de Sol y le llama «el otro regiomontano ilustre», dando por sentado que el regiomontano ilustre por antonomasia es fray Servando de Teresa y Mier Noriega y Guerra. Pronto se divulgó esa perífrasis. Tal vez alguien creyera que el autor aludía a sí mismo, pero... se refería al filósofo nacido en Koenigsberg, que vale por Del-Rey-Monte, Monterrey. Por cierto que se adelantó Alfonso Reyes a José Ortega y Gasset⁴, quien en su ensayo *Filosofía Pura*, recogido en *Tríptico*, dice: «los grandes libros de exégesis kantiana» aparecidos hacia 1870, «siguen siendo los libros canónicos sobre el pensador regiomontano». («Los temas mexicanos en la obra de Alfonso Reyes», *Excelsior*, México, 17 noviembre, 1945, en: *Páginas sobre Alfonso Reyes*, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1955, págs. 555-556).

⁴ [Nota del editor]. Con una errata al citar el original, donde se cita correctamente el apellido Gasset.



Manuelita y los dos alfonso. 1918.

Las fuertes tierras del Norte de México, como contrapartida de una infancia feliz y una vida en que no han sido pocas las satisfacciones, están presentes en el carácter de este hombre que, siendo muy dulce y cariñoso, ha sabido mantener el pulso sereno y acompasada la marcha en una tormenta y bajo algunos nubarrones. Como todo verdadero cosmopolita, —esto es, sin descastamiento, se le ve la matriz provinciana, sin que esto quiera decir que no sea la capital de México, en uno de los más brillantes momentos de su historia, el vario y fecundo semillero de su cultura.

Monterrey es, además, para el gran recordador, para el fiel organizador de recuerdos, la familia mexicana de siglos y el padre marcial y poderoso y, a través de ellos, la patria de leyendas heroicas. Al azar encuentro dos de sus «evocaciones paternas», «Charlas de la siesta» y «Las siete llagas» (*Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 20 septiembre y 20 octubre 1948), y se me aclara y precisa un Alfonso Reyes insospechado para los que no lo conocen personalmente. ¿Es Alfonso Reyes, hoy, el que pensó ser cuando era niño? Sí, pero sólo en parte. Tradición rica, hogar acomodado y feliz, estudios bien dirigidos, el más alto ambiente de cultura en muchas partes del mundo, talento como don natural y disciplina aprendida en el esfuerzo y mantenida sin quiebres, sensibilidad para gozar de los placeres de la vida y entereza ante sus crueldades y, no menos que lo demás, el tino para prever

y evitar emboscadas de toda laya, y la simpatía y la ternura para ganarse el corazón de los hombres, han hecho de él, en todos sentidos, un verdadero vencedor. Amargado no ha estado nunca y, mutilado en alguna forma como todos los seres humanos, ha florecido y crecido hasta el mismo punto doloroso de sus hachazos. Posee todo eso, y más que eso: sus memorias escritas y alguna frase perdida en su plática íntima, hacen sospechar que este hombre no llegó a ser un hombre público, un mandatario, sino por imposición del «ciego y estúpido azar» que lo puso para siempre, fuera del ruedo político. Así ocurrió, y la vida quizá le ha dado y nos ha dado más de lo perdido. Pero el impulso detenido y sabiamente consagrado, luego, a los amplios caminos que quedaban abiertos, está allí, y se siente cuando cuenta las hazañas del padre guerrillero y, quizá todavía más, cuando, al pasar, nos dice en la «Historia documental de mis libros» I, (*Universidad de México*, 1955. IX, no. 5):

Pero yo, que a esas horas (1911) habitaba con mi familia y junto a mi padre recién desembarcado de Europa en la casa No. 44 de las Estaciones, la cual por instantes quiso convertirse en fortaleza, tenía que dormir—oh tiempos aciagos—con el 30-30 a la cabecera de la cama, cuando me nos para satisfacer las reglas del género, la retórica del instante.

Por «la retórica del instante» o «para satisfacer las reglas del género», el ático ateneísta, mexicano de la época, tuvo también su 30-30, y no fue sólo por vocación a las letras que no lo siguió teniendo por almohada. «Lo que ha callado por más de ocho lustros» y que empieza a contar, mostrará el Alfonso Reyes que por las mientes se le pasó ser un día, allá en la niñez de Monterrey, en la adolescencia y la juventud de la altiplanicie. ¿Cómo podrán haberse borrado tan ardientes ilusiones de tan sensitivo corazón y de tan nítida memoria?... Dice:

Los antiguos hablan mucho del Leteo, río infernal del olvido. Pero ¿y el torrente de la memoria? Quien se deja azotar por sus aguas paradisíacas parece bañarse en sí mismo, y sale siempre recobrado. Esta ablución purificadora debiera practicarse metódicamente como un ejercicio espiritual. Acaso la vida tenga por fin inmediato el crear un pozo de recordaciones. La persona es una unidad algo movediza, y como el mismo «mero patrón» necesita rectificarse periódicamente comparándose consigo misma. El cronómetro de la conciencia padece infinitesimales desvíos. No hay que dejar que se adicione: un buen día suman ya una cantidad computable, y entonces es tarde para el remedio. A

veces, olvidar es dulce, pero siempre es aventurado: al que olvida se lo llevan los pájaros. A veces, recordar es amargo, pero nunca inútil, salvo en los trances enfermizos de la idea fija...

Y luego habla devotamente de su padre:

...La posteridad recogió los rasgos más ostensibles de aquella existencia al servicio del país. En él se celebra el guerrero de la Mojonera, Santiago Ixcuintla, Tamiapa, Villa de Unión; se admira al organizador del ejército; se respeta al administrador honrado y al gobernante de profunda visión; se discute al político del último instante. Pero en esa su justicia explosiva y ruda, la fama desconoce implacablemente la intimidad estudiantina de aquel amigo de las letras humanas que, en sus contados ocios, no desdeñaba el escribir, aparte de monografías y discursos políticos—tal su historia militar de México, tal su biografía de Díaz recién desenterrada— páginas de mera literatura en prosa y verso. Se informaba con inteligente curiosidad de los libros nuevos. Supo de las inquietudes poéticas de su tiempo, desde el Romanticismo al Modernismo, al punto de que recitaba de coro *El estudiante de Salamanca* y *El diablo mundo*, y Rubén Darío más tarde—cuyos ejemplares tengo anotados de puño y letra de mi padre—lo llamó su amigo y, a su muerte, le consagró una página en *La Nación* de Buenos Aires, comparándolo con los capitanes romanos de Shakespeare. Siendo coronel de caballería, educaba a su regimiento con ciertas *Conversaciones militares* de sentido moral, y no sólo con ejercicios tácticos (*Academias de táctica de caballería*). Su *Ensayo sobre el reclutamiento*, que data de su mando en San Luis Potosí, será base de su futura comisión en Europa y quedó arrumbado en los archivos de la Defensa, y acaso haya inspirado las últimas leyes militares. Para aliviar la vida del cuartel, una vez que hubo desempeñado cierta comisión en el norte de la República, resumió en un volumen toda la *Historia Universal* de César Cantú. La heroica antigüedad era su constante pasto espiritual, y el arte una afición sólo interrumpida por los apremios del deber público.

Yo no he hurtado mi vocación. En mí, simplemente, había de desarrollarse una de las posibilidades del ser paterno. Después de todo, América, como solía decir Rubén Darío, es tierra de poetas y generales... («Evocación paterna. Charlas de la siesta», *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 20 septiembre 1948).

Monterrey y el padre son en Alfonso la misma raíz. Viva también está, como una prolongación de ella, Jalisco, donde nacieron don Bernardo y doña Aurelia. Y por otras se va a toda la patria mexicana, y hasta Nicaragua, de donde vino a intervenir en batallas mexicanas el abuelo también liberal y guerrillero.

Por supuesto que, intelectualmente, más profunda huella que sus estudios primarios y secundarios en Monterrey, se la dejaron la Escuela Nacional Preparatoria, donde estudió a partir de 1905, y la Escuela Nacional de Altos Estudios, donde trabajó y profesó en 1912, y los cenáculos y empresas literarias que cuajaron su vocación. Quien le eche un vistazo a su tesis de licenciado en Derecho, *Teoría de la sanción*—cuando yo fui consejero universitario en México, en 1932, uno de mis primeros pasos de muchacho curioso y de admirador de Alfonso Reyes fue examinar su expediente escolar—, y quien revise su expediente de diplomático, apreciará la marca de la Facultad de Derecho, más fuerte de lo que se supone en Alfonso y en otros muchos escritores mexicanos. No en balde representan derecho y cánones una fuerte tradición en los países hispánicos y, muy acusadamente, en la Nueva España. No llegamos al extremo de suponer que nuestro autor, como Stendhal, haya acostumbrado leer el Código Civil para depurar su estilo; pero sí que la disciplina jurídica puso su toque de sobriedad y concisión en quien también es su hijo.

En una entrevista reciente con Aurora Reyes, Alfonso resume lo ya dicho en *Pasado inmediato*, *Dos caminos*, *La experiencia literaria* y en numerosos artículos:

La llamada Generación del Centenario, con la que dí mis primeros pasos en las letras, se preocupaba, desde luego, por la cultura universal, pero se aplicó al instante a los problemas nacionales e hispanoamericanos. Ya he contado esta historia dividiéndola en dos campañas y comenzando antes de 1910.

Las principales etapas de la primera campaña fueron: la publicación de la revista *Savia Moderna*; la exposición de pintura revolucionaria mexicana organizada por el Dr. Atl, bajo los auspicios de esa revista; la manifestación Gutiérrez Nájera [en memoria de Gutiérrez Nájera] por el arte libre; la Sociedad de Conferencias que inició sus labores en el Casino de Santa María; la manifestación en memoria de Barreda, que resultó el anuncio de una nueva conciencia nacional; el segundo ciclo de conferencias en el Conservatorio; el curso de Antonio Caso en la Preparatoria, en que enjuició la filosofía positivista; la fundación del Ateneo de la Juventud, y las conferencias de 1910, todas sobre asuntos hispanoamericanos, en que yo diserté sobre Othón; el ingreso del grupo a la flamante Escuela de Altos Estudios, donde dimos cátedras gratuitas...

En la segunda campaña se afianza nuestra penetración en la Universidad, fundamos la Universidad Popular y llevamos conferencias a los

talleres y, por último, vino otro ciclo de conferencias en la librería de Gamoneda, al que yo ya no contribuí por haberme ausentado de México. («Entrevista al Maestro Reyes», *Excelsior*, México, 16 octubre 1955).



Con su hijo junto a la Catedral de Toledo.

La revista *Savia Moderna*, fundada en 1906 por Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón, es el punto de partida de la Generación del Centenario. Sin dejar de advertir que entre las figuras aparentemente secundarias hay valores cuyo estudio no se ha hecho y que, acaso, cobrarán primerísimo lugar cuando se haga, es indudable que, para nosotros, los de mayor importancia son Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, José Vasconcelos y el benjamín del grupo, Alfonso Reyes.

La más grande admiración de Alfonso está puesta en el dominicano. «Dos países de América—dice en *Grata compañía*, págs. 205-206—, los dos pequeños, han tenido el privilegio de ofrecer la cuna, en la segunda mitad del pasado siglo y en poco menos de veinte años, a dos hombres universales en las letras y el pensamiento... Rubén Darío... Pedro Henríquez Ureña». A la sangre centroamericana que por un abuelo viene a Alfonso se van a sumar la amistad de Henríquez Ureña y la admiración por Darío para facilitarle el sentido mayor de lo hispanoamericano, la estimación por los pequeños países y la defensa del trópico, de las tierras calientes, calumniadas por los caídos en prejuicios

y clisés. En Pedro, «mentalmente maduro desde la infancia... cerebro arquitecturado... y corazón cabal..., hombre recto y bueno como pocos, casi santo», encarnará su ya viva devoción por Andrés Bello, «ese gran civilizador, peregrino del justo saber y del justo pensar» y por don Marcelino Menéndez y Pelayo, «cuyo humanismo no entró nunca en conflicto con su sobrehumanismo». (*Los trabajos y los días*, pág. 225).

En medio del positivismo imperante en México aparece el dominicano ejemplar como reforzador de la cultura humanista. No es el único, pues las viejas fuentes clásicas de México estaban ocultas pero no muertas, pero por lo que dejó y por lo que incorporó a su personalidad y llevó con ella a todos los sitios donde transcurrió su fecunda vida, merece, más allá de la muerte, la carta de naturalización y el rescate de México, que no se oponen ni excluyen su ciudadanía dominicana y de toda Hispanoamérica. Un estudio acucioso y un homenaje significativo espera su nombre de nosotros los mexicanos.

Henríquez Ureña escribió años después sobre Alfonso y su época:



De ministro en Buenos Aires.

Su cultura era, en parte, fruto de la severa disciplina de la antigua e ilustre Escuela Preparatoria de México; en parte, reacción contra ella. Ser «preparatoriano» en el México anterior a 1910 fue blasón comparable al de *normalien* en Francia. Privilegio de pocos era aquella enseñanza, y quizá por eso escaso bien para el país: a quienes alcanzó les dió fundamentos de solidez mental insuperable. De acuerdo con la tradición positivista, la escala de las ciencias ocupaba el centro de aquella construcción; hombres de recia contextura mental, discípulos de Barreda, el fundador vigilaban y dirigían el gradual ascenso del estudiante por aquella escala. A la mayoría, el paso a través de aquellas aulas los impregnó de positivismo para siempre. Pero Alfonso Reyes fue uno de los rebeldes: aceptó íntegramente, alegremente, toda la ciencia y toda su disciplina; rechazó la filosofía imperante y se echó a buscar en la rosa de los vientos hacia dónde soplaban el espíritu. Cuando se alejó de su *alma mater*, en 1907, bullían los gérmenes de revolución doctrinal entre la juventud apasionada de filosofía. Tres, cuatro años más y el positivismo se desvanece en México, cuando en la política se desvanece el antiguo régimen...

Fuera de su escuela, olvidadiza o parca para las humanidades, hubo de buscar también sus orientaciones literarias. Lector voraz, pero certero, sin errores de elección; impetuoso que no se niega a sus impulsos, pero les busca el cauce mejor, su preocupación fue no saber nada a medias. Hizo—hicimos—largas excursiones a través de la lengua y la literatura españolas. Las excursiones tenían la excitación peligrosa de las cacerías prohibidas; en América, la interpretación de toda tradición española estaba bajo la vigilancia de espíritus académicos, apostados en su siglo XVIII (¡reglas! ¡géneros! ¡escuelas!) y la juventud huía de la España antigua creyendo inútil el intento de revisar valores o significados. De aquellas excursiones nacieron los primeros trabajos de Alfonso Reyes sobre Góngora, explicándolo por el impulso lírico que en él tendía «a fundir colores y ritmos en una manifestación superior», y sobre Diego de San Pedro, definiendo su *Cárcel de amor* como novela perfecta en la elección del foco, al colocarse el autor dentro de la obra, pero sólo como espectador. Y de los temas españoles se extendió a los mexicanos: en uno de esos estudios, inconcluso y ahora sepulto entre folletos inaccesibles, *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX*, apuntó observaciones preciosas entre la literatura y el ambiente físico en América.

De aquellas excursiones pudo pasar, en 1913, a desempeñar la primera cátedra de filología española que existió en México, en aquella quijotesca jornada en que creamos, sin ayuda oficial, los cursos superiores de humanidades en la Universidad... (*Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires-Madrid, Bebel, 1928, págs.119-133, en; *Páginas sobre Alfonso Reyes*, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1955, págs. 150- 151).

El deseo de reunir testimonios directos nos lleva a recoger lo que Alfonso Reyes dijo de Antonio Caso en *Pasado inmediato*—más amplias son las emocionadas palabras que escribió al morir el extraordinario maestro—y de José Vasconcelos:

...La filosofía positivista mexicana, que recibió de Gómez Robelo los primeros ataques, había de desvanecerse bajo la palabra elocuente de Antonio Caso, quien difundiría por las aulas las nuevas verdades. No hay una teoría, una afirmación o una duda que él no haya hecho suya siquiera un instante para penetrarlas con aquel íntimo conocimiento que es el amor intelectual. La historia de la filosofía, él ha querido y sabido vivirla. Con tal experiencia de las ideas, y el vigor lógico que las organiza, su cátedra sería, más tarde, el orgullo de nuestro mundo universitario. Su elocuencia, su eficacia mental, su naturaleza irresistible, lo convertirían en el director público de la juventud...

José Vasconcelos era el representante de la filosofía anti-occidental, que alguien ha llamado «la filosofía molesta». La mezclaba ingeniosamente con las enseñanzas extraídas de Bergson, y en los instantes que la cólera civil le dejaba libres, esbozaba ensayos de una rara musicalidad ideológica (no verbal). Hace veinticinco años se dijo de él: «Mucho esperamos de sus dones de creación estética y filosófica, si las Furias Políticas nos lo dejan ileso. Es dogmático: Oaxaca, su Estado natal, ha sido cuna de las tiranías ilustradas (Juárez, Díaz). Es asiático: tenemos en nuestro país dos océanos, a elección; algunos están por el Atlántico; él, por el Pacífico». (*Pasado inmediato*, 1941, págs. 44-45).

Se preveía el sitio de maestro de conciencias puras que sería Caso; se sentía el de batallador político de Vasconcelos, a quien «las Furias Políticas» no lo dejaron ileso, como Alfonso temía, pero dieron a su vida el fuego del combate y, después, el crepitar de la desesperación para siempre, recogidos en su conmovedor *Ulises criollo*. «Super-muchacho», como se le llamó, «super-muchachos» todos ellos, no sólo los que están hoy a nuestra vista, puede decirse del gran cuadrilátero—Henríquez Ureña, Caso, Vasconcelos y Reyes—lo que Goethe dijo de sí mismo en relación con Alemania: «Cuando tenían veinte años, México tenía veinte años». Noble edad generosa y creadora en uno de los momentos más sobrecogedores de la historia de México. Ellos hicieron mucho por su país y su América, hijos legítimos de su fragua.

«Los símbolos de la cronología quieren cobrar vida objetiva», dice Alfonso al conmemorar, en 1939 con su *Pasado inmediato*—el

aniversario del Primer Congreso Nacional de Estudiantes. «La vaga sensación de la etapa se insinúa en los corazones y en las mentes para volverse realidad... Se trata de dar un sentido al tiempo, un valor al signo de la centuria: de probarnos a nosotros mismos que algo nuevo tiene que acontecer, que se ha completado una mayoría de edad... Se celebra el Primer Centenario, y cunden los primeros latidos de la Revolución... El dictador había entrado francamente en esa senda de soledad que es la vejez. Entre él y su pueblo se ahonda un abismo cronológico... El problema de una ineludible sucesión era ya angustioso... No se es dictador en vano. La dictadura, como el tósigo, es recurso desesperado que, de perpetuarse, lo mismo envenena al que la ejerce que a los que la padecen. El dictador tenía celos de sus propias criaturas y las devoraba como Saturno, conforme las iba proponiendo a la aceptación del sentir público. Y entonces acudía a figuras sin relieve, que no merecieron el acatamiento de la nación... Y el pueblo, en el despertar de un sueño prolongado, quería ya escoger por sí mismo, quería ejercitar sus propias manos y saberse dueño de sus músculos» [págs. 4-6]. Alfonso Reyes cuenta e interpreta la historia de México, aguda y serenamente, como siempre, pero la escribe con sangre, con su propia sangre. Es la historia de la patria, y la de su padre, y la suya propia. El general Bernardo Reyes sería una de las criaturas devoradas.

En *Pasado inmediato* añade Alfonso:

...Porque es cierto que la Revolución Mexicana brotó mucho más de un impulso que de una idea... No es la aplicación de un cuadro de principios, sino un crecimiento natural. Los programas previos quedaban ahogados en su torrente y nunca pudieron gobernarla. Se fue esclareciendo sola conforme andaba... No fue preparada por enciclopedistas y filósofos, más o menos conscientes de las consecuencias de su doctrina, como la Revolución Francesa. No fué organizada por los dialécticos de la guerra social, como la Revolución Rusa... Su gran empeño inmediato, derrocar a Porfirio Díaz, que parecía a los comienzos todo su propósito, sólo fue su breve prefacio... La inteligencia la acompaña, no la produce; a veces tan sólo la padece, mientras llega el día en que la ilumine... (págs. 8-10).

Y entonces marca el síntoma que fue el Congreso de Estudiantes, habla de la «grandeza y decadencia de la Escuela Preparatoria» en donde sobrevivía caduco el positivismo, señala los vicios oratorios de

«la Escuela de los tribunos», habla del aislamiento en que la dictadura colocaba a México en cuanto a los países hispanoamericanos y a España, se refiere a la influencia de Rodó en la juventud mexicana, y luego cuenta el proceso de lucha y creación a partir de la fundación de *Savia Moderna*. Y hace una cita de Pedro Henríquez Ureña que nos da la esencia de aquella renovación de ideas:

Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia Moderna. Leíamos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte *pompier*: nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas: al volver, estaban en aptitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico. (Pedro Henríquez Ureña, *La influencia de la revolución en la vida intelectual de México*, en: A. Reyes, *Pasado inmediato*, págs. 48-49).

Era, sin duda alguna, la revolución de la inteligencia: «...no es inexacto decir—dice Alfonso refiriéndose a la manifestación de 1908 en memoria de Gabino Barreda—que allí amanecía la Revolución...» Se comunicaba por un río de lava subterráneo, aunque los mismos que estaban sobre él no supieran ni adónde iba ni de dónde venía. En un artículo publicado en 1933 dice Alfonso:

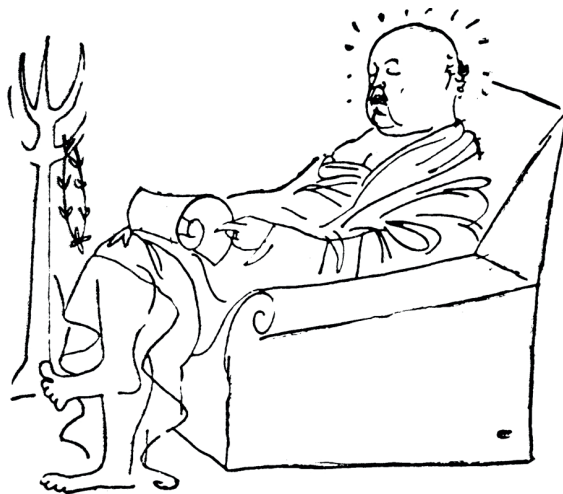
...Vinieron acciones y reacciones. El antiguo ejército no quería darse por vencido sin combatir. La oligarquía de los *intereses* y todas las fuerzas conservadoras adherentes se resistieron. Y tras del golpe de mano de Victoriano Huerta, la verdadera revolución que había marchado de norte a sur, con Madero, entre aclamaciones y banderas, volvió a emprender igual camino con Carranza, pero ahora entre sangre y fuego.

La revolución triunfa en un instante... La revolución llevaba diez años de buscarse a sí propia... Faltaba enderezarlo todo... Y, sobre todo, escuelas. Una gran cruzada por la enseñanza electrizó el ánimo de la gente. No se ha visto igual en América. Será en la historia el mayor honor para México...

...Hubo que sacarlo todo de la propia sustancia, y entonces el país se dió cuenta de sus grandes posibilidades genuinas. Fue como descubrir los propios tesoros ya olvidados; como desenterrar el oro escondido de Cuauhtémoc. ¿De suerte que todo esto teníamos en casa, y los descastadores públicos de nuestra cultura habían hecho descuidarlo?

Algunos nos han compadecido con cierta conmiseración. Ha llegado la hora de compadecerlos a nuestro turno. ¡Ay de los que no han osado descubrirse a sí mismos, porque aún ignoran los dolores de este alumbramiento! (*Eurindia*, México, 1933, IV, núms. 5-6).

Los que desde 1906 tuvieron, en la revista *Savia Moderna*, «aquel entusiasmo por lo nacional» ¿no se cuentan entre los precursores de la Revolución Mexicana? *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX* de Alfonso Reyes y la *Visión de Anáhuac*, ¿no es «descubrir los propios tesoros ya olvidados»? La vuelta a lo auténtico, la bandera del arte libre, la efervescencia intelectual, la afición a Grecia y la tendencia humanística, la emancipación política de los jóvenes, la vuelta a los temas mexicanos e hispanoamericanos, la fundación del Ateneo, de la Escuela de Altos Estudios y de la Universidad Popular ¿no son batallas ganadas por la Revolución Mexicana? Antonio Caso prolongará el impulso, como maestro, a través de muchas generaciones; Vasconcelos «electrizará el ánimo de la gente» y llegará, como Caso, a través de los estudiantes de entonces, hasta hoy mismo; y Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, sobre todo este último por su condición de mexicano, ausentes, «salvan en el seno los dioses de la patria» chica y de la patria grande. ¿Ha tenido México, antes y después, mejores voceros en el extranjero?... Alfonso, como trabajador en Madrid, como diplomático en España y Francia, en la Argentina y en el Brasil, va a atar el mundo de las letras y las artes, el de la cultura, dando y recibiendo por muchos años, sumando y multiplicando, para reunir y sembrar desde su gabinete y sus institutos de México a partir de 1939, con una vivacidad y un tesón que nadie ha superado en América. ¿Fue pobre la semilla, es parvo el fruto?... Tiene derecho a decir que «el país cobró conciencia de su carácter propio» y que «el año del centenario... entre sus vagidos y titubeos, abrió la salida al porvenir...» (*Pasado inmediato*, páginas 63-64).



Dibujo De Elvira Gascón

Finalmente se incorpora Vasconcelos, un día, a la Revolución. Alfonso lo sabe porque el amigo quedó en dejarle en prenda su *Encyclopedia Britannica*, cuando se fuera, y una mañana la encuentra en su mesa. «E hice pasar la contraseña convenida con los compañeros: Mambrú se fue a la guerra» (*Pasado inmediato*, pág. 58). Desde lejos ve también en ella a Martín Luis Guzmán — «mente clara, pluma de primera» [pág. 59] — que al volver de los Estados Unidos se había sumado al brillante grupo del Ateneo y de la Universidad Popular. Hace poco Alfonso ha contado:



La Biblioteca de Alfonso Reyes

Acontecieron desgracias y tremendas convulsiones sociales. A Díaz sucedió De la Barra, y a éste, Madero. Me casé en 1911. Nació mi hijo al año siguiente. Llegó la Navidad de 1912, y con ella la rendición de Linares, en que la estrella de mi padre declinó para siempre. Vino la calle de la Amargura, el confinamiento en Santiago Tlaltelolco, de donde mi padre salió para caer frente a la Puerta Mariana, Palacio Nacional, 9 de febrero de 1913, entre seis y siete de la mañana. Poco antes, aquel intachable liberal me había permitido aceptar el cargo de Secretario en la Escuela de Altos Estudios, cargo para el cual me había nombrado Pino Suárez... «Sigue tu camino—me había dicho mi padre—. El mío se apresura ya a su término y no tengo derecho a atravesarme en tu carrera».

Todavía el Presidente Madero—a través de Alberto J. Pani y por mediación de Martín Luis Guzmán—llegó a ofrecerme la libertad del General Reyes, si yo le daba mi palabra de que se retiraría a la vida privada. Pero yo no pude hacerlo porque no era mi opinión—dada mi extrema juventud—la que podía dominar otras influencias y otros compromisos que arrastraron a mi pobre padre.

Cuando a su vez cayeron Madero y Pino Suárez, hice lo que estaba en mi mano: renuncié la secretaría de Altos Estudios... y sólo conservé el contacto con esa Escuela para fundar y desempeñar gratuitamente... la primer cátedra de Historia de la Lengua y la Literatura Españolas. Pedro Henríquez Ureña, que era muy pobre, me trajo todos sus ahorros para que no se me obligara a cambiar de actitud... Acompañado de Pedro Henríquez Ureña, solicité de cierto amigo muy querido y muy admirado que se apartara de un cargo público, lo que no pude lograr. Inútilmente hice otros esfuerzos y aun rechacé la oferta de una alta secretaría particular. Anhelé poner tierra y mar de por medio y alejarme de la *vendetta*. (Léase, entre líneas, mi *Ifigenia cruel*).

Obtuve el título de abogado el 12 de julio de 1913. Me nombraron segundo secretario de nuestra Legación en París (hoy Embajada), nombramiento con su poquillo de destierro honorable. Empecé el viaje a París a bordo del paquebote *Espagne* (un barco que muchos mexicanos recuerdan), el cual salió rumbo a Saint-Nazaire el 12 de agosto. Y en París permanecí hasta agosto del siguiente año, poco después de comenzada la guerra... (*Historia documental de mis libros*, II, *Universidad de México*, 1955, IX, no. 7).

La suerte está echada. Alfonso Reyes deja, físicamente, a su México; pero—hay que decirlo aunque sea un lugar común—se lo lleva en la cabeza y en el corazón: las bases de su cultura humanística, ya están consolidadas; sobre ellas descansa su pensamiento político liberal, insobornable, de savias que vienen de las de Juárez y de las de Justo Sie-

rra ; «la sonrisa como actitud, en el sentido en que puede ser sonriente un diálogo de Platón» (Martín Luis Guzmán, en: *Páginas sobre Alfonso Reyes*, Monterrey, Universidad de Nuevo León, págs. 484-486). La cortés y cordial sonrisa mexicana, será perenne; hasta su manera crítica, que junta la dedicación al estudio y el respeto al método con el vuelo y la gracia de la inteligencia, serán las mismas de su iniciación: añadirá, perfilará, pero quedará la marca de fábrica; y el apego a lo suyo, la fiel memoria y la cruzada por el prestigio de su pueblo, serán fervorosas y constantes. Dice en una polémica:

Pero todos los elogios literarios, fructífera y largamente bebidos, no podrían compensarme de que me quieran arrebatarse la única virtud que aquí defiende, y es la de ser un mexicano. Cuiden de otra cosa los hijos de las naciones que ya están de vuelta en la historia. Para nosotros, la nación es todavía un hecho patético, y por eso nos debemos todos a ella. En el vasto deber humano, nos ha incumbido una porción que todavía va a darnos mucho que hacer. Yo diría, trocando la frase de Martí, que Hidalgo todavía no se quita las botas de campaña (*A vuelta de correo*, edición privada, Río de Janeiro, 30 mayo 1932, en: *México y lo mexicano*, México, Porrúa y Obregón, 1952, p. 69).

Y en otra ocasión:

El fondo inerradicable, inconsciente e involuntario, está en mi ser mexicano: es un hecho y no una virtud. No sólo ha sido causa de alegrías, sino también de sangrientas lágrimas. No necesito invocarlo en cada página para halago de necios, ni me place descontar con el fraude patriótico el pago de mi modesta obra. Sin esfuerzo mío o sin mérito propio, ello se revela en todos mis libros y empapa como humedad vegetativa todos mis pensamientos. Ello se cuida solo. Por mi parte, no deseo el peso de ninguna tradición limitada. La herencia general es mía por derecho de amor y por afán de estudio y trabajo, únicos títulos auténticos. (De *Pueblo americano*, en el libro inédito de memorias *Parentalia*, en: *México y lo mexicano*, pág. 89).

Sólo tiene veinticuatro años cuando sale de México; pero, como cuando a los veintinueve salió Andrés Bello de Venezuela, ya está hecho. Mucho tiene que saber, todo queda por pulir; pero ya de una pieza es su personalidad. Se lleva la dicha de los valles y de las montañas de México, que no es poca, sino extraordinaria; un mundo mágico de líneas y colores, de pirámides y catedrales, regados en todo lo ancho de su tierra por protectores dioses cobrizos y blancos; y un dolor hondo,

cruento, que nada más conocen los que tienen sentido de patria y de servicio social: tener que quitar de la edificación la mano que con tanta fiebre acababa de ponerse en ella; y otro más, no menos lacerante: ver cómo sigue manando, gota a gota, la sangre querida, sin poder añadirle la propia, porque nada es exactamente igual al punto de donde venimos, y porque los minutos son siglos en el que piensa; y otro aun más paralizador—porque en el huracán pocos oídos pueden escuchar—el de sentir las dentelladas de las pasiones, tan naturales, tan lógicas, tan explicables... Compunge más tener corazón para saberlas así, aunque fortalezca la seguridad de que un día se verá que eran de equivocada puntería. La equis de México es la incógnita, el enigma de la vida y la muerte, el ser mismo. Años después escribirá Alfonso:

O *x* mía, minúscula en ti misma, pero inmensa en las direcciones cardinales que apuntas: tú fuiste un crucero del destino. (*Simpatías y diferencias*, 2 a. ed., México, 11, pág. 58).



Reyes y Antonio Caso (1945)

Y no sólo crucero, sino cruz, cuando se la pierde. Lo digo pensando en lo que le oí al poeta Juan Larrea, inmerso en tantos misterios, gran buceador de hallazgos: que San Hipólito, patrón de México porque en su día entraron a la antigua Tenochtitlán los conquistadores, fue crucificado en una X. Cuando se la deja atrás, sin haber querido dejarla—es el caso de Alfonso Reyes—, son tres los clavos que remachan manos y pies, y un ardiente lanzazo el que atraviesa el corazón. Pero como Mé-

xico es sabio y tierno, el lienzo de la Verónica enjuga al día siguiente, y la imagen en él vive y perdura.

«Podrán mis encantadores quitarme la ventura—dijo Don Quijote—, pero el esfuerzo y el ánimo, será imposible». Con ese estado de ánimo empezó a vivir Alfonso su larga ausencia, primero en París, en «un provechoso desconcierto»:

...Eran mis primeros tiempos en tierra extraña... La fácil síntesis de Francia que yo me había forjado desde mi tierra se me quiso despedazar al choque de aquella realidad enorme y compleja. En mis ratos de mal humor, me sentía yo más lejos de París que cuando, en la Avenida del Cinco de Mayo, de México, visitaba yo la Librería Bouret. Queda un poco de esta desazón en mi artículo «París cubista» (El cazador) ... Yo echaba mucho de menos a los amigos de mi tierra. ¿Por qué no decir que los soñaba y lloraba en sueños? ¿Es esto un desdoro? Los hermanos Francisco y Ventura García Calderón vinieron a ocupar su sitio... (*Historia documental de mis libros*, II, Universidad de México, 1955, IX, no. 7).

Y, después de recordar su trato con Foulché-Delbosc y Ernest Martinenche, con Jules Supervielle y Chales Lesca, vemos el siguiente paso de su destino:

Apenas comenzaba yo a comprender mi idea elemental de Francia, cuando sobrevinieron dos accidentes que me obligaron a cruzar la frontera y radicarme en España. Uno fue la Guerra Europea (1914-1918), y otro, la supresión en masa del Cuerpo Diplomático y Consular Mexicano en el extranjero... Ya sabía yo, desde que salí de México, que mi situación era precaria, y pronto traté con las casas Ollendorf y Garnier, que en principio se manifestaron dispuestas a darme trabajo llegado el momento. Pero la guerra cerró las puertas de ambas oficinas editoriales y, de paso, a mí también me las cerró. ¿Qué podía yo hacer en París, extranjero de veinticinco años? ¿Podía yo regresar a México para mostrar mi alma por la calle y dar explicaciones de lo que he callado más de ocho lustros? Además, yo no tenía recursos para el viaje y, la verdad, quería seguir mi senda propia. «Ya no existen los Pirineos», me dije, y emprendí ese viaje a España de que he dejado la crónica en «Rumbo al Sur» (*Las vísperas de España*). De una vez cito estas páginas, que se relacionan con todo lo que ha de seguir, así como «El reverso de un libro» (*Pasado inmediato*). [id.]

El hispanoamericano de su época—¡qué duda cabe!—prefería siempre París. Y hasta — los de la nuestra: la rosa de los vientos cambió con

la República española, de 1931 a 1936. Ciertamente es que a Francia lo llevó una comisión diplomática; pero no fue sólo su voluntad lo que lo condujo tan pronto a España, como queda a la vista. Ya Darío había dicho que «su esposa era de su tierra; y su querida, de París», y me parece que Alfonso, a pesar del peso de la tragedia, estaba en la edad en que importa más el tránsito que la eternidad. Muy sabio fue el destino porque el vivaz y ágil ingenio necesitaba más, entonces, de los puertos seguros de la austera meseta castellana que de las embriagadoras flores de Lutecia. Volvería a ellas, maduro, acorazado, diez años después, no para mariposear, aunque le gustara hacer creer que mariposeaba — tentador y peligroso derecho de juventud —, sino para hincar finamente el abejón ya templado en el Centro de Estudios Históricos.

En San Sebastián, donde hace un alto, frecuenta a Azorín, amistad permanente, que años después elogiará su *Visión de Anáhuac*. Seguirá con Ángel Zárraga a Madrid donde «lo esperaba, con toda la profundidad del vocablo», Jesús Acevedo, compañero de *Savia Moderna*. Y allí también otro del mismo grupo, Eduardo Colín. Luego llegará Martín Luis Guzmán. En compañía de su esposa y de su hijito recorrerá Alfonso, pagando el noviciado, no pocas posadas. Será un trabajador esforzado: triunfará en la prueba.

Poco después el buen amigo Diego Redo, otro mexicano de la emigración, rica familia de hacendados y dueños de ingenios, inventó, para ayudarme yo creo, que íbamos a escribir una obra sobre el cultivo de la caña y la fabricación del azúcar, y trabajé en ello varios meses.

— Pues verá usted — me dijo sonriendo Enrique Díez-Canedo —. Yo me hallé una vez en trance de escribir algo sobre el cacao. Tal vez entre ambos podremos elaborar mañana un estupendo chocolate. [id.]

Luis Ruiz Contreras le encargará traducir la *Historia de la Guerra Europea* de Hanoteaux. Rodeado de familiares y amigos mexicanos pasará los primeros tiempos. Alarcón va a ser su padrino en la vida madrileña:

Tiene el gusto de dirigiros la palabra [dirá años después, cuando ya tiene voz para ser oído] un vecino de la Villa y Corte, que... disfruta de su hospitalidad y trato incomparable. Yo me consagraba precisamente a buscar... a un hijo de la Nueva España, un gran mexicano que se atrevió a competir con Lope en los corrales de la Comedia: Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, vecino de Madrid entre 1635 y 1639, cuyo nombre invoco, a manera de santo y seña, al penetrar en la Casa de la Ciudad... (*Calendario*, Madrid, Cuadernos Literarios, 1924, págs. 10-11).



Manuelita y Alfonso en su comedor (Foto G. Freud).

El amante de los clásicos empieza, naturalmente, por conocer al pueblo. Su palpitación está en los preciosos *Cartones de Madrid* (México, Cultura, 1917); pero va a acompañarlo, ya, por toda la vida: no se vive en balde en la villa fuerte y heroica. Entiende «la burla espesa y buena», «la gloria de los mendigos», «el infierno de los ciegos»: ama a «la nación de teólogos armados». «Conducido por Ángel Zárraga... comienza a acercarse por las tardes al Ateneo». ¿Cómo no iba a frecuentar el liberal mexicano el centro del republicanismo español, donde Pérez Galdós vió y pintó a Eugenio María de Hostos? ... «Verdadero hogar» acierta al llamarle a aquella casa de cultura y humanidad, que no olvidará nunca quien la haya vivido. (—¿De qué provincia española es usted?... —le preguntaban a un mexicano en España. —Soy de México; pero si usted se empeña, le diré que soy de la provincia del Ateneo...) Colabora en periódicos y en editoriales. Y, de 1914 a 1919, trabaja en el Centro de Estudios Históricos bajo la dirección de Menéndez Pidal y en compañía de Américo Castro, Federico de Onís, Tomás Navarro y Antonio Solalinde. ¿A quiénes conoce en España?... Más fácil sería contestar a quiénes no conoce. Porque, a la primera pregunta, tendríamos

que citar a todas las generaciones de escritores, artistas, periodistas, políticos, desde Unamuno a García Lorca, desde Valle Inclán a Salinas, desde Ortega a Guillén, desde Azaña a Bergamín. Sólo quiero señalar, como enlace de lo mexicano y lo español mejor, a don Francisco A. de Icaza, el otro residente madrileño, su ilustre amigo y antecesor.

Amor no quita conocimiento: lo exige, y saltan las gratas diferencias:

Advierto, desde que piso tierra de España, que se apodera de mi mente un esfuerzo de traducción. ¡Y soy un discípulo de las disciplinas lingüísticas del siglo de oro! ... «Siento que siento» en una lengua levemente distinta de la peninsular. En esta levedad del matiz está el conflicto... El hijo que alcanza la mayoría es, a los ojos del padre, un dialecto de la familia. Se le parece: se diferencia, apenas. De este «apenas» nace, irredimible, la guerra entre el padre y el hijo, que es el fermento de la Historia... (*Calendario*, págs. 141- 146).

Y se pone a buscar «aquellos cristales de la lengua—frases hechas, monedas de la expresión corriente—que han perdido su equivalencia, o nunca la tuvieron en el seno de la lengua madre», y encuentra el mexicano «Hora que me acuerdo», sobre el que escribe un agudo artículo. Su amigo José Moreno Villa hará muchos años después, al llegar el éxodo de 1939, en *Cornucopia* de México, la misma labor en sentido inverso: Alfonso lo apunta en *Marginalia*. (México, Tezontle, 1952).

De sus pláticas con Solalinde cuenta en «El reverso de un libro»:

A veces discutíamos sobre mis maneras mexicanas de hablar. Yo lo acusaba, burlescamente, de vivir preso entre los muros del «dialecto castellano» y no querer salirse de ellos. Porque el hecho de que en España se haya dado preferencia en el habla corriente a la palabra «estrecho» sobre la palabra «angosto» no significa que ésta deje de ser perfectamente legítima. Y él se amparaba en su prosapia toresana:

—¡Señor, venir a decirme a mí lo que es el castellano, a mí que soy de Toro! ¿Ha oído usted hablar de las «Leyes de Toro»?

Y se vengaba diciéndome que yo pronunciaba «Atlántico» a la manera azteca. Porque él se empeñaba en decir «Ad-lántico»—que no pasa de ser un feo popularismo peninsular—, y fue necesario acudir a la autoridad de Ramón Menéndez Pidal para que se me concediera el triunfo.

Entre mis resabios nacionales, yo solía decir: «¡No más eso faltaba!», en vez del castizo y directo: «¡No faltaba más!» Y él me caricaturizaba así:

—¡Vaya un modo alambicado de hablar! ¿A quién se le ocurre decir: «No faltaba sino que nada más que eso?» (*Pasado inmediato*, págs. 107- 108).

Y sigue contando las «travesuras sin veneno», las parodia de un «autor ignoto» —que no es sino el mismo Reyes— sobre sus buenos compañeros españoles... Bromas que marcan el camino de las veras, de la buena doctrina cultural, histórica, política, lingüística, literaria, que sólo tiene quien concibe el mundo hispánico como entidad única y varia, y no se queda rezagado ni mutilado en nacionalismos y barricadas. Tengo la impresión de que Alfonso ya la llevaba, porque la había aprendido del más ilustre de sus maestros, don Justo Sierra, y porque la había seguido en Martí y en Darío. Escribe en un artículo volandero sobre la consulta de con qué pronunciación debe hablarse en la radio:

El modo del país, hemos dicho. Pero, por regla también (salvo escenas de costumbrismo, etc.) no el modo vulgar, sino el culto, el recibido, el «decente». No vamos a exagerar, aceptando, por ejemplo, que un locutor regiomontano, escudándose en el habla baja de San Luisito, diga «sia» y «riyo», en vez de «silla» y «río». (Que son leonesismos en España, como neoleonesismos en México: dato para el filólogo o para el estudioso de nuestros orígenes regionales).

Pero tampoco vamos a pretender que ningún locutor mexicano se esfuerce, innecesariamente, por pronunciar la «z» y la «ll», lo que verdaderamente no vale la pena y sería cosa orillada a deslices. Pues, en efecto, en el hablar postizo o hechizo tanto se equivoca el culto como el inculto.

...Conozco gente cultísima de esa tierra americana, primada de las Indias y predilecta de Colón—la Isla de Santo Domingo—que se ha empeñado en pronunciar a la española en los actos públicos. El resultado es siempre una mezcla de «corasón» y «meza», un quitar la «z» de donde está o ponerla donde no corresponde... Conozco a un filólogo hispano de primera fuerza que, en el habla corriente, todavía deja salir el andaluz sumergido que lleva en la sangre, y, en su afán de pronunciar bien la «z», suele decir «ezsena» por «escena»... Lo mejor es no hacer piruetas forzadas y hablar tal y como se habla en la vida: «En román paladino; en el que suele el pueblo hablar a su vecino». El principio tal vez no pueda generalizarse a todos los casos. Para la radio, es obvio.

Las hablas americanas, como la andaluza, son hablas económicas: ahorran esfuerzos. En tal sentido, representan, según la autorizada opinión de mi maestro Menéndez Pidal, el porvenir de la lengua. Muchas de nuestras peculiaridades mexicanas, lejos de ser peculiaridades, representan ya la regla, si no por la calidad, sí cuantitativamente y por las zonas que abarcan.

...queda como afirmación un hecho indiscutible. El habla americana —amén de ser indispensable en la radio americana— no es ya exótica en

ninguna parte del mundo. Abunda tanto, que la madre Castilla tiene ya que cerrar los ojos (o las orejas). («La radio y el habla americana», *Los trabajos y los días*, México, Occidente, 1945, págs. 299- 302).

Palabras incidentales de Reyes que cito precisamente por eso, por estar hechas al paso y en la prensa: en ternas de lengua y patria los hombres más ilustres hablan a veces como banderizos y endemoniados. De la misma manera atempera y encajona las exaltadas opiniones de Remy de Gourmont en favor de Hispanoamérica y contra España («Remy de Gourmont y la lengua española», *Simpatías y diferencias*, Tercera Serie, Madrid, Teodoro, 1921, págs. 105-118). A menudo insiste en que «hay que reconciliar a las Américas con su antigua metrópoli. Hay que descubrir el ideal, el afán común en que España y las Nuevas Españas se den la mano» (*Tentativas y orientaciones*). Naturalmente, será uno de los más firmes amigos de los republicanos españoles:

Los defensores de la República Española—derrotados por la confabulación del mundo—merecen, cuando menos, el respeto de todos los mexicanos, sin distinción alguna. Aquí también hemos visto a la patria dividida en dos bandos, y a uno de ellos acudir al auxilio extranjero, de que resultó una funesta intervención y un imperio efímero. Y nadie puede poner seriamente en duda de qué lado estuvo el camino de la salvación nacional... El valor y la constancia en un ideal, que arrostran todos los sacrificios, siempre merecieron y siempre deben merecer la veneración de un pueblo como el nuestro, que sabe bien lo que es defenderse sin alimentos y sin armas, bajo la campana neumática que le crea el recelo del mundo... Entre la barbarie descontrolada, que estalla de repente, aquí y allá, a modo de mal inevitable, pero—eso sí—nunca sancionado, y la barbarie organizada y metódica, dictada por autoridades responsables, hay una distancia moral que a nadie se le oculta... Por lo tanto, sólo hay que juntar la voluntad para desear que España se recupere y emancipe de unos y otros tutores. España no ha sido del todo acompañada en sus luchas por las repúblicas hermanas de América.

¿La causa? La misma: el pavor de la revolución social. Que sea, al menos, acompañada en su duelo por la reverencia para sus héroes y a sus víctimas.

«Es que hay vencedores» —oigo decir—. ¡Ay! Que entren en su corazón los vencedores, en la intimidad insobornable de su conciencia, y digan al mundo si esta es la victoria que apetecían. Frente a sus ojos, en la devastación de aquel vergel que era España, se extienden las llanuras «encanecidas de huesos», como en la llorosa palabra de Quevedo; y

se oyen venir, a la espalda, las botas implacables: ¡Oh, vencedores de siniestros agüeros, devolvednos a España! («El llanto de España», *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 17 junio 1939).



Dibujo De Elvira Gascón

Canta a Castilla no menos que a México; intenta restituir a don Marcelino Menéndez y Pelayo a los grupos liberales en uno de sus ingeniosos e iluminadores artículos periodísticos (*Los trabajos y los días*, págs. 161 y 253); y le toca fundar y dirigir el Colegio de México (primer Casa de España) donde acoge a no pocos de sus compañeros de España, y donde realiza una de las más valiosas labores de su vida. España le dió su sol a Alfonso Reyes en años para él aciagos; y México y su gran hijo, veinticinco años después, le han dado el suyo a muchos miles de españoles. Pueblo y hombre han enlazado las puntas del mundo hispánico, y ya se mide, y pronto podrá medirse cabalmente, la trascendencia inusitada de este reanudamiento.

Alfonso dice: «mi larga permanencia en la Villa y Corte puede dividirse en dos etapas: la primera, de fines de 1914 a fines de 1919, en que me sostengo exclusivamente de mi pluma, en pobreza y libertad; y la segunda, de 1920 a 1924, en que, tras de haber sido unos meses secretario de la Comisión Histórica Paso y Troncoso... me reintegro al servicio diplomático —en nuestra Legación de Madrid (10 de junio de

1920) y... me quedo cerca de cinco años como Encargado de Negocios, ad- int. ...» Y exclama:

¡Diez años de intensa actividad en Madrid! ¡Y qué Madrid el de aquel entonces, qué Atenas a los pies de la sierra carpetovetónica! Mi época madrileña coincidió, con rara y providencial exactitud, a mis anhelos de emancipación. Quise ser quien era, y no remolque de voluntades ajenas. Gracias a Madrid, lo logré. Cuando emprendí el viaje de San Sebastián a Madrid, pude sentir lo que sintió Goethe al tomar el coche para Weimar. (*Historia documental de mis libros, II, Universidad de México, 1955, IX, no. 7*).



Reyes en su biblioteca (Foto Gisel Freund).

Miradas de todos y de todas partes nos han venido señalando los valores universales de Alfonso Reyes, al mismo tiempo que su mexicanísima creencia. La huella de su país—suelo, pueblo, sangre, tradición, belleza, justicia—es profunda, indeleble. y la refuerzan y la resaltan las numerosas y potentes que lo alcanzan en su recorrido por tierras y espíritus. España confirma y precisa, enseña y fortalece: Alfonso se la lleva, para siempre, completa, sin guerra regionalista en el corazón. Sentidor, entendedor y estudioso de lo propio—de lo indígena, de lo español—lo remirará desde muchos ángulos y, sin falsificarlo, lo pondrá en las corrientes universales. Y el caminante de Europa y de América, el delegado auténtico de México en ellas, un día pondrá la tienda—su maravillosa biblioteca, el Colegio de México, la Universidad, el Colegio Nacional—en el sitio en donde nació y en donde desapareció el padre

y, en su aire, se reunirá consigo mismo, definitivamente. «No hay uno solo [de sus libros] en que no aparezcan el recuerdo, la preocupación o la discusión directa del tema mexicano» (*La x en la frente*, pág. 43), dijo de los publicados cuando andaba por otras patrias, y ahora no habrá uno solo, entre los que en México escribe, que no presente una inquietud y una fe universales. Hoy como ayer, «sin alaridos», dará el ejemplo a diestra y siniestra, a chauvinistas, y a descastados. «Yo tendría mucho que decir—escribió hace tiempo, y cumplió antes y después—contra quienes, ignorando los altos intereses nacionales, se encierran, enquistan y aíslan en pequeñas luchas nacionales, sin importárseles un ardite, no digamos ya la figura que México haga ante el mundo—porque no es cosa de mera vanidad—, sino la necesidad inapelable de vivir atados con todos los demás pueblos, como todos los pueblos viven» (Id., pp. 44-45). El *Juan Peña*, *Los dos augures*, *Discurso por Virgilio* y tantas otras páginas fueron México en el extranjero; ahora, en el reverso completador, serán Góngora, Goethe o Mallarmé en México, Homero en Cuernavaca, Grecia en América. «...¿De modo que por ser mexicano tengo que desentenderme de lo demás; —seguirá diciendo con hechos—. Al contrario: ... mantener una pica en Flandes, una compañía en Italia y un tercio en Indias ¡eso sí sería un orgullo! ... No: nadie ha prohibido a mis paisanos... el interés por cuantas cosas interesan a la humanidad... Cuanto pueda robustecer y nutrir el alma mexicana... debe ser puesto a disposición de las nuevas generaciones... no y mil veces no: nada puede sernos ajeno sino lo que ignoramos... (Ibd., págs. 53 -59).

El mexicano humanista no ignora nada cercano ni lejano, porque nada quiere ignorar. ¿Puede haber elogio mayor y más justo para Alfonso Reyes? ...

ANDRÉS IDUARTE

COLUMBIA UNIVERSITY

388. *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*. [Año 22, No. 3/4, Jul. - Oct., 1956. (pp. 311-312). Texto firmado por: Andrés Iduarte.]⁵

De excepcional mérito es este voluminoso libro, de seiscientas amplias y apretadas páginas. Fruto de largas y cuidadosas lecturas de toda una vida dedicada al estudio de la cultura de Hispanoamérica, el doctor

⁵ [Nota de Iduarte en el texto original]. Sobre ALBERTO ZUM FELDE. *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*, *La ensayística*. México, Editoria Guaranía, 1954, 608 págs.

Zum Felde entra con paso de pionero —esto es su libro— en la peregrinación y la crítica del ensayo: cobra así trascendencia de primera en terreno casi virgen y, realmente, virgen del todo en lo que hace a ordenamiento y valoración de materiales profusos y desperdigados. Nuestra afirmación no implica olvido ni injusticia para anteriores intentos realizados por plumas autorizadas y valiosas: señala, con gran satisfacción hispanoamericana, que el ilustre profesor uruguayo ha llegado, con tenacidad y valentía, más lejos que nadie. Punto ambicioso de partida, en su libro habrán de asentarse los estudios particulares y generales que urgen sobre el ensayo hispanoamericano, y que ya se ven venir. Su esfuerzo es la prueba de que la crítica de la literatura hispanoamericana empieza a alcanzar —en su descuidado sector ensayístico— una verdadera mayoría de edad; y es, al mismo tiempo, semilla germinadora.

Establece el doctor Zum Felde, en su introducción, «como hecho general», que la temática nacional y continental predomina en el ensayo hispanoamericano: «Conocerse, comprenderse a sí misma —dice—, a través de una heroica autocrítica, que... veces llega a parecer masoquismo... tal es el más alto sentido de la ensayística hispanoamericana... Su término medio está en ese otro esfuerzo de solución de los problemas sociológicos más inmediatos». Y que el tema seduce también a los extranjeros como Keyserling, Siegfried, Waldo Frank: «... así en lo que yerran como en lo que aciertan... prueban que tal tema existe específicamente, con sus propios problemas, en los cuales la inteligencia europea y norteamericana irá interesándose mayormente en lo futuro...» Más claramente: «...el pensamiento americano tiene su reino, enteramente propio (aunque no exclusivamente suyo), y es el tema de América». Así lo señala en todos los grandes ensayistas hispanoamericanos, ilustrando su afirmación en Rodó: «El libro suyo que ha alcanzado mayor predicamento magisterial en todo el ámbito hispanoamericano y, puede asegurarse, el ensayo que entre todos los escritos en América ha alcanzado mayor difusión y autoridad —¿es necesario decir que nos referimos a Ariel? — asume una función directiva y profética con respecto a la intelectualidad continental y a la definición de su estilo de cultura... América es el eje de toda su ensayística...»

Lo que no quiere decir que el ensayo hispanoamericano no haya abordado temas de temática universal, ni que «no haya aportado una crítica propia y aun conceptos originales y nuevos puntos de vista...», pero —agrega— «la cultura universitaria prosigue nutriéndose en las fuentes y las corrientes del pensamiento europeo». No todo es, tampo-

co, sociología, ni toda la crítica literaria se reduce a la propia literatura americana: también a la extranjera, aunque—insiste— «la mayoría se aplica a la exégesis de lo vernáculo... lo que no es una característica hispanoamericana». E, inmediatamente después, «la bibliografía crítica acusa preferencia por la literatura española, y dentro de ésta, por el llamado Siglo de Oro; luego, por la llamada 'generación del 900', en lo cual ha de verse, desde luego, una obvia razón idiomática». Hechos ciertos percibidos por todo el que haya leído a los ensayistas de Hispanoamérica, pero ahora demostrados, escalonados y enjuiciados en esta obra de aliento.

Tras de decirnos que sus apuntes «están situados en el plano de una crítica rigurosa, ajena a toda retórica del americanismo protocolar»; que no han de ser de «índole apologética»; y que no van «por el rumbo de la fácil exaltación y de la mitopeya verbal, sino por el de la revisión severa de valores y la palabra más estricta: midiéndonos con medida universal, la única que puede darnos la verdadera dimensión de lo que somos», el autor logra felizmente su propósito en los siguientes «libros»: «...primero: Del ensayo en la época colonial; ...segundo, [sin título, en tres capítulos: «Los fundadores», «Del idealismo al realismo», «La crítica literaria bajo el Romanticismo»]; ...tercero: El imperio del positivismo científico; ...cuarto: Restauración de la metafísica». El conocimiento de la materia tratada es patente en todas sus páginas; la elaboración ha sido lenta, a menudo es madura y brillante, muy excepcionalmente apresurada; y el desarrollo, meditado y coherente. Supera Zum Felde el escollo que desafía y limita a casi todos los hispanoamericanos y a cuantos escriben sobre Hispanoamérica, y que es, naturalmente, la información desigual sobre la patria y la región del autor y sobre las demás: casi todos saben lo que tienen cerca, e ignoran lo lejano de este continente lingüístico tan vasto y tan mal relacionado entre sí. Lo suyo, lo uruguayo y lo austral, revela, como es lógico, más soltura, y es allí donde están sus mejores aciertos; pero en lo distante, en lo mexicano y lo cubano, por ejemplo, logra muy buenas páginas: de fresca perspectiva, de ángulo novedoso, de revelación original.

Para nuestro gusto, su censura, llega, en ocasiones, a desentonar con la índole del libro. Por ejemplo, cuando arremete, con razón, contra «la garrulería de feria» y «el horroroso floripondio», «...pues, tales para cuales, frutos del mismo árbol, no dejarán de existir y apestar hasta que el nivel de la cultura haya subido» (pág. 551), o en la embestida

contra José Vasconcelos, en donde hay mucho de justo y atinado, pero en la que el lenguaje no corresponde a obra de esta categoría.

En suma: transido de fervor hispanoamericano refrenado y bien dirigido por el estudio, mostrando insistentemente su conocimiento y su preocupación filosóficos, el doctor Zum Felde ha hecho una extraordinaria contribución a la bibliografía crítica hispanoamericana. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

389. Roberto Fernández Retamar. *La poesía contemporánea de Cuba (1927- 1953)*. La Habana, Orígenes, 1954, 132 págs. [Año 22, No. 3/4, Jul. - Oct., 1956, (p. 317). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Tesis presentada en 1953 para optar al grado de doctor en filosofía y letras en la Universidad de La Habana, publicada en su «forma escolar», sin alteraciones, muestra la «condición didáctica», el «sentido esquemático» y la «cargazón de citas» —el autor nos lo advierte en su breve y honrada «Noticia»— no sólo explicables en trabajo de esta naturaleza, sino necesarios y útiles: le dan la buscada «virtud de la claridad», a menudo ausente de empeños menos modestos.

Acertada, también, es su declaración —hecha en su primer capítulo, «Breve esquema inicial», y reiterada en el último, «Conclusiones»— de que esta «aplicación... de la teoría generacional a... nuestra poesía de los últimos veinticinco años» la hace «consciente de su provisionalidad, de su calidad hipotética. No puede adelantarse —dice— éstas *son* las generaciones; pero bien puede decirse: *si éstas fueran...*; y aun: *éstas parecen ser*».

La prudencia con que entra en materia, sigue presente en todos sus ordenados y bien compuestos capítulos: «Segunda generación republicana», «Poesía vanguardista» —a partir de éste es cuidadoso su estudio de la «denominación», la «aparición», los poetas integrantes, las «características generales» y las «direcciones» de cada grupo—, «Poesía pura» en donde brevemente estudia a Mariano Brull, a Eugenio Florit y a Emilio Ballagas—, «Poesía negra» y «Poesía social» en los que repetidamente destaca a Nicolás Guillén—, «Otras tendencias», «Tercera generación republicana» y «Poesía trascendentalista», penúltimo y el más amplio de todos, en el cual dedica diez páginas a José Lezama Lima, a quien considera «el guía de esta generación».

Los reparos de fondo y forma de cualquier lector, inevitables y numerosos en tema tan vasto y delicado, no quitan a este pequeño libro

el valor que le dan el entusiasmo puesto en el estudio, la honestidad de sus juicios y la recopilación de datos de difícil obtención fuera de Cuba. — ANDRÉS IDUARTE, COLUMBIA UNIVERSITY.

390. Baldomero Sanín Cano. *El humanismo y el progreso del hombre*. Buenos Aires, Losada, 1955, 266 págs. [Año 22, No. 3/4, Jul. - Oct., 1956, (p. 321). Texto firmado por: Andrés Iduarte.]

Reúne este volumen treinta ensayos del ilustre maestro colombiano. De distintas épocas, algunos muy recordados y queridos por los hispanoamericanos de nuestra generación—en ellos aprendíamos de las letras de ayer y de hoy, y de todas partes: Goethe, Nietzsche, Taine, Gide, Wordsworth, Mark Twain, Chesterton, Bernard Shaw, Elliot, Papini—, otros ahora exhumados de periódicos que sólo alcanzaron a un breve grupo nacional de lectores, otros más sobre temas hoy palpitantes—sobre «el drama de la postguerra», en torno al libro de Germán Arciniegas, o sobre «¿Qué cosa es la hispanidad?», sobre el de Latorre Cabal—, presentan de manera armónica una valiosa parte de la vastísima obra de este escritor hispanoamericano, cuya longevidad física e intelectual no es sólo ejemplar y admirable en sí misma, sino por su altísima pureza moral y política. Quien quiera seguir una vida y una pluma consagradas al estudio y a la exaltación de la fe liberal más noble, hallará en este volumen estímulo y esparcimiento.— ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

391. Eugenio María de Hostos. *España y América*. París, Ediciones literarias y artísticas, 1954, 630 págs. — *Peregrino del ideal*. París, Ediciones literarias y artísticas, 1954, 464 págs. [Año 22, No. 3/4, Jul. - Oct., 1956, (p. 322). Texto firmado por: Andrés Iduarte.]

Estos dos nuevos volúmenes son muestra del fervor inagotable que ha puesto don Eugenio Carlos de Hostos, residente en Madrid, en recopilar y dar a conocer la obra, todavía inédita o perdida en archivos y bibliotecas, de su ilustre padre, así como cuanto de valor biográfico y crítico se ha escrito sobre él. Gracias a su esfuerzo, la bibliografía de Hostos ha sido poderosamente enriquecida en los últimos años.

Con un prólogo de don Francisco Elías de Tejada, catedrático de la Universidad de Sevilla, *España y América*, contiene sesenta y ocho de los trabajos publicados por Hostos, de 1863 a 1869, en la prensa espa-

ñola. Arreglados en dos partes, de tres capítulos la primera y de dos la segunda, permiten completar el conocimiento de la brega que realizó el gran puertorriqueño en tan importante etapa española de su vida. Al azar citaremos «Las capitanías generales en Cuba y Puerto Rico», «La táctica del gobierno con los periódicos liberales en las Antillas», «La insurrección en Cuba», «Por qué Cuba tiene más enemigos que Puerto Rico y por qué Puerto Rico es menos atendida que Cuba», «La abolición de la esclavitud en Puerto Rico», «La confederación colombiana (americana)» y los siete que forman el capítulo «crítica», sobre libros o temas literarios. Estos títulos dan idea de lo que queda a la mano del estudioso de Hostos.

En Peregrino del ideal se encontrarán páginas de diversos autores sobre «Hostos y la filosofía», «Hostos y Hamlet», «El ciudadano de América», «Hostos en Puerto Rico», «... en Santo Domingo» y «... en Cuba», entre los que se cuentan Federico García Godoy, Hugo D. Barbagelata, Américo Lugo, David Vela, Miguel Ángel Asturias, J. A. Balseiro, Federico Henríquez Carvajal y Sotero Figueroa, más un útil apéndice, integrado por un «esquema biográfico»; una lista de «revistas y periódicos que Hostos fundó, dirigió o redactó, o en los cuales escribió»; y bibliografías activa y crítica del autor. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

392. *Diccionario de literatura española. (Segunda edición). Madrid, Revista de Occidente, 1953, 928 págs. [Año 22, No. 3/4, Jul. - Oct., 1956, (p. 330). Texto firmado por: Andrés Iduarte.]*

Dirigido por Germán Bleiberg y Julián Marías, con la colaboración de quince escritores y eruditos de reconocido mérito, trata este *Diccionario* de los siguientes temas: «movimientos espirituales, términos relativos a la difusión de las letras, temas y tipos literarios, filosofía del arte, géneros literarios, arte dramático, sociología de la vida literaria, cronología literaria e instituciones culturales... Contiene, además, un amplio repertorio de conceptos de retórica, poética y métrica... Estudia con atención preferente, desde un punto de vista bibliográfico y crítico, a los autores españoles e hispanoamericanos, a los hispanistas y a los autores extranjeros que han influido en las letras hispanas... E incluye, asimismo, noticias sobre obras anónimas de nuestra literatura. Un índice alfabético de obras escritas por autores tratados en el *Diccionario* y una cronología detallada constituyen los dos apéndices de este li-

bro-máquina», según reza la nota introductoria. Muy fácil sería señalar descuidos, olvidos y desacuerdos, inevitables cuando se trata de obra de tanta vastedad, especialmente en cuanto se refiere a la literatura hispanoamericana y a nombres o aspectos controvertibles de las letras contemporáneas; pero aquí nos limitamos a dar cuenta de la segunda edición de este *Diccionario*, indudablemente útil, fruto de un empeño largo y entusiasta. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

1957

393. José Zorrilla. *México y los mexicanos (1855-1957)*. México, Studium, 1955, 160 págs. (Colección Studium, 9). [Año 23, No. 1, Enero, 1957, (p. 60). Texto firmado por: A. I.]

Con un buen prólogo de Andrés Henestrosa, «Zorrilla en México», las ediciones De Andrea presentan este atractivo volumen, desgajado de *La flor de los recuerdos* del gran poeta romántico. Aspectos olvidados de su vida—el viaje a Francia, su partida a América, su estancia en México desde enero de 1855 hasta junio de 1865, su corto viaje a La Habana en 1859—cobran toda la importancia que en ella tuvieron, y su magnífica descripción del valle de México, su cordial juicio sobre los mexicanos—que más tarde sería tan adverso—y su amplia y a menudo acertada reseña de nuestras letras retienen la atención del lector desde la primera hasta la última página, y lo llevan a aplaudir esta justa exhumación con positivo entusiasmo. —A. I.

394. Pedro Grases. *Temas de bibliografía y cultura venezolanas*. Buenos Aires, Editorial Nova, 1953, 228 págs. *La primera versión castellana de Atala*, Caracas, Cromotip, 1955, 44 págs. *La primera editorial inglesa para Hispanoamérica*. Caracas, Cromotip, 1955, 32 págs. *Tres empresas periodísticas de Andrés Bello*, Caracas, Cromotip, 1955, 68 págs. [Año 23, No. 1, Enero, 1957, (p. 60). Texto firmado por: A. I.]

El infatigable estudioso don Pedro Grases, presenta en el primero de estos volúmenes el camino y el fruto de sus numerosas y variadas investigaciones: «Algo más sobre el primer problema bibliográfico venezolano», «Sobre un impreso del P. Gumilla», «El himno a Bolívar de Pistrucci», «Un texto primerizo de Rafael María Baralt», «Pérez Bonalde y Menéndez y Pelayo a propósito del *Cancionero* de Heine» y «En el cincuentenario de *El Cojo Ilustrado*», son, entre otros, de los que llamarán más la atención del lector.

En los tres libros siguientes insiste en que la primera versión castellana de *Atala* es de don Simón Rodríguez, cuyas ideas estudia, así como el importante tema «*Atala* y el Romanticismo en castellano»; la editorial y la vida de Rudolf Ackerman; y tres empresas periodísticas de Bello, esto es, *El Lucero* de Caracas, *La Biblioteca Americana* y *El Repertorio Americano* de Londres y *El Araucano* de Santiago de Chile.

No es necesario añadir, porque queda a la vista, que la acuciosidad del investigador y el buen juicio del crítico ponen nueva luz en éstos y otros puntos de la cultura hispanoamericana. —A. I.

395. *Textos de Orozco. Con un estudio y un apéndice por Justino Fernández, México, Instituto de investigaciones estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1955, 160 págs. (Estudios y fuentes del arte en México, IV). [Año 23, No. 1, Enero, 1957, (p. 61). Texto firmado por: A. I.]*

Contiene este volumen un estudio y un apéndice de Justino Fernández, frutos finales del curso que dió en la Facultad de Filosofía de México en 1954, y los textos de Orozco en él utilizados. Declaraciones hechas por el pintor en diversas circunstancias, artículos polémicos, parte de su *Autobiografía*—cuya publicación se anuncia y todo lector esperará ansiosamente—y quince cartas a su amigo Justino Fernández, le dan importancia primerísima, no sólo para los estudiosos del gran pintor mexicano, ni únicamente para los especialistas en la materia, sino para quien quiera conocer la vida artística de México, y aun la política, a través de uno de sus hijos más ilustres. Le añade valor al libro, además, el hecho de que Fernández, que tan devotamente se ha consagrado al estudio de Orozco, no pierde objetividad en sus juicios, ni calla sus divergencias de criterio. — A. I.

396. EL ENSAYO DE ALFONSO REYES. [Año 23, No. 2, Abril, 1957 (pp. 162-163). Texto firmado por: Andrés Iduarte]¹

Este excelente estudio del joven profesor chileno Manuel Olgúín, catedrático de la Universidad de California, aparece con signo trágico, que a todos sus compañeros nos conmueve: su autor se suicidó días antes de su publicación. A sus trabajos sobre *Marcelino Menéndez y Pelayo's Theory of Arts, Aesthetics and Criticism* y a su *Breve historia de la literatura chilena*, que coronaron un largo y devoto esfuerzo, viene a sumarse tras de su muerte una de las más cuidadosas revisiones de la obra del ilustre ensayista mexicano.

Olgúín sigue a Reyes, con información de primera mano y con ejemplar minuciosidad, en cuatro etapas claras y seguras: «...México (1906-1913)... España (1914- 1924)... Francia e Hispanoamérica (1925-1938)... /y/ Regreso definitivo a México (1939)». Cierra el libro una rica «Bibliografía: A) Obras de Alfonso Reyes /y/ B) Crítica sobre Alfonso Reyes» de diecinueve nutridas páginas.

Su dedicación de varios años al tema, y la amplia y generosa amistad de don Alfonso, le permitieron precisar fechas y datos de una bio-

¹ [Nota de Iduarte en el texto original]. Sobre: MANUEL OLGUÍN. *Alfonso Reyes, ensayista. Vida y pensamiento*. México, Studium, 1956, 232 págs. (Colección Studium, 11).

grafía hasta hoy imperfectamente conocida; y la experiencia de Olguín en los ambientes y en las disciplinas donde se ha movido la vida y la pluma del mexicano, le facilitaron cumplir un buen rastreo de su producción y de su pensamiento, sobre todo en los capítulos que se refieren a México y a España. Nuestra impresión—que aquí no llega a opinión fundamentada—nos dice que queda bastante por decir todavía en cuanto a las relaciones de Reyes con las letras de Francia y de Hispanoamérica en sus trece años de peregrinación diplomática, de emocionado y curioso visitante, de divulgador de las letras mexicanas e hispanoamericanas, así como acerca del camino y la meta de sus estudios sobre Grecia. El natural empeño didáctico de ordenar, llevó al malogrado investigador chileno a alguna clasificación quizá excesiva e innecesaria de la producción ensayística de su autor en la etapa madrileña (págs. 67 y 68), la que, por un momento, confina su libro en la categoría de tesis doctoral al uso; pero estas pequeñeces quedan compensadas y vencidas por los muchos y positivos méritos del libro.

Acierta cuando en sus «Preliminares» define con claridad lo que es el ensayo; cuando ve en todos los trabajos de Reyes «el mismo revolver del pensamiento, el mismo libre juego de la imaginación y de las ideas, el mismo afán de convertir la anécdota en categoría», al estudiar los ensayos que «marcan un hito importante por contener los primeros intentos de formulación de la filosofía social y de la cultura que desde los años del Centenario impulsa a Reyes como humanista, diplomático y maestro» (pág. 74); cuando señala el juego armonioso que en Reyes hay de cosmopolitismo y tradición; cuando insiste en cómo fue el impulso de la Revolución Mexicana, en cuyo seno nació Reyes aun cuando no haya militado en sus fragores, el que guía su personalidad de humanista, y el que la matiza; cuando señala todo lo que Reyes recoge en sus fecundos años españoles; cuando va precisando los soportes latinos de su cultura... Casi no hay página desperdiciada en el libro, y sin duda ni una sola línea es inútil. Nadie podría decir más y mejor sobre la vasta obra y la poliédrica personalidad de Reyes en un pequeño libro de doscientas páginas. Mucho debemos a Olguín cuantos hemos escrito sobre Reyes después de leer este volumen; y todos los que quieran conocer al mexicano, al hispanista, al americanista, al promotor de cultura, tendrán que recurrir a esta breve y enjundiosa obra.

No como crespón de luto, pues ése lo llevamos en el corazón, sino con justicia y objetividad, decimos lo dicho sobre este metódico y original esfuerzo. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

397. José Martí. *Sección constante. Historia, letras, biografía, curiosidades y ciencia.* Artículos aparecidos en *La Opinión Nacional* de Caracas desde el 4 de noviembre de 1881 al 15 de junio de Pedro Grases. Caracas, 1955, 451 págs. [Año 23, No. 2, Abril, 1957, (pp. 171-172). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

A sugestión de don Isidro Méndez y bajo el patrocinio del gobierno venezolano fue llevada a cabo esta recopilación, como homenaje a Martí en el primer centenario de su nacimiento. «Hay un solo artículo con el título de *Sección Constante* en las *Obras Completas* de la Editorial Lex —nos dice el prologuista— pero que no apareció en *La Opinión Nacional*», de manera que eran desconocidos ciento diez de los ciento once artículos que integran el volumen. Por ello, en primer término, es de capital importancia. Se la dan, también, la gran variedad de temas tratados por Martí—«naturaleza, economía, lenguaje, libros, historia, medicina, inventos, comercio, arte, música, pintura, teatro, novela, ensayo, ciencia, acontecimientos públicos, política, poesía y costumbres, personajes, filosofía, derecho, instituciones, navegación, telégrafo, electricidad, anécdotas, sentencias, investigaciones...», en una de las etapas más fecundas de su vida, en los años de su asentamiento en Nueva York. Completa, o añade mucho cuando menos, a la visión que Martí tenía de los Estados Unidos y de Hispanoamérica. Y los cuidadosos índices —«temático, onomástico, de nombres geográficos...»—justifican la calificación que el señor Méndez dió a esta nueva labor hispanoamericanista del doctor Grases: «la nota más intensa y pura de fraternidad hispanoamericana en el centenario del nacimiento del más insigne cantor de Bolívar». —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

398. Francisco Sánchez Flores. *La vida y la muerte entre los tlajomulcas.* Guadalajara [Jalisco, México], Instituto Tecnológico de la Universidad de Guadalajara, 1956, 124 págs. (Biblioteca de autores jaliscienses modernos). [Año 23, No. 2, Abril, 1957, (pp. 177-178). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El esmero de esta edición—proyectada y cuidada por Adalberto Navarro Sánchez—, la policromía de la portada que reproduce un cuadro original del autor, y la veintena de grabados en linóleo del pintor Antonio Treja, hacen honor a la tipografía jalisciense y a la Biblioteca de sus autores modernos que inicia este volumen.

De Francisco Sánchez Flores y de su Tlajomulco dice el prestigioso prologuista Agustín Yáñez: «Alma vegetal... Taita, topil, sipil y aun

tiempo jocoyote: cacique blanco, aunque moreno... Bailador y pintor; hechicero... En el señorío de Tlajomulco, su Tierra... Tierra que tiene al Gato por totem, y por paisaje nativo la hechicería... Tierra de convenciones seculares hechas formas de vida... Tierra de continua liturgia. En el centro, la Virgen y el Gato. En la periferia, los taitas, mayordomos, topiles. Los pastores. Los cortejos del Santo Entierro. La blanca caravana de ceras decoradas... Producto de su Tierra, [Sánchez Flores] la lleva en su sangre no sólo a los actos y preferencias: a cada movimiento de su existir... brota en sus giros de bailador, en la luz de sus cuadros ensombrecidos... Nativo y docto en todos los menesteres de la liturgia popular, ...en todos los aires del recuerdo local—músicas, usos, costumbres, bocados, antojos, composturas y toda ortodoxia suntuaria... Maestro de ceremonias y obras, albañil también... cuando pinta es fácil hallar... caras de tierra, de piedra, de arbustos; cuerpos de adobe, calicanto, cantera, retoques y aplanados de zoquite; tonos de pintura municipal... Conoce, como si se los hubiera dado, los nombres de las piedras, de los árboles, de las flores, de los frutos, de los pájaros, de los peces, de los ríos, de los valles, de los montes; casi todas sus leyendas, y muchas de sus virtudes...»

No sin razón el libro está dedicado en las últimas palabras de gratitud a la Sociedad de Antropología e Historia: pasado y presente están graciosa y sabiamente recogidos por quien es parte de Tlajomulco, de Jalisco, buena función de lo mejor español y de lo mejor indígena, y por quien la ha estudiado y logra verla, también, desde fuera. Pero no sólo el antropólogo estimará este libro: la facilidad para relatar lo sitúan en el buen costumbrismo, la corrección de la lengua y la vivacidad del diálogo lo colocan por encima de la pura conversación local.

Pecado pequeño, pero que debe corregir la biblioteca de autores jaliscienses es la total ausencia de paginación de este valioso y bello volumen. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

399. LA ESPAÑA Y EL MUNDO DRAMÁTICOS DE SERRANO PONCELA [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (pp. 320-322). Texto firmado por: Andrés Iduarte]²

Los ocho relatos de *La venda*, el último libro de Segundo Serrano Poncela, le dan señalado sitio de relieve entre los mejores escritores es-

² [Nota de Iduarte en el texto original]. Sobre: S. SERRANO PONCELA. *La venda*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1956, 280 págs.

pañoles de hoy. Y digo *de hoy*, no para excluir el ayer, sino porque, muy español de siempre, con hondas raíces en la gran literatura de su patria, es hijo legítimo y muy diestro intérprete de la generación que vivió la guerra de 1936 y, en el caviloso peregrinaje, conservó íntegras las savias vitales de su tierra y de su pueblo. En este libro nos las da de manera tan emocionada como serena y segura.

Cuatro de esos relatos—«El encuentro», «Prisioneros de guerra», «El retorno» y «Fraulein Inka»—tratan específicamente de la guerra y de sus huellas; pero todos son espejo y camino para ver y seguir la dramática época. De los otros cuatro, «La venda», que abre y da título al volumen, se ocupa del amor humano, desviación o resolución del divino, que un joven religioso siente por una enferma en el leprocomio adonde lo condujo su fe; «Amore amaro» y «El incubo», del mundillo literario, en todos sus recovecos de envidia, mezquindad y maledicencia; y «Un susto» de un episodio, no por común, corriente, que parece ser de un tiempo madrileño posterior. Personas de carne y hueso, de España y de cualquier parte del mundo, en su realidad humana, sin caricatura mal intencionada, sin ofensa para nadie; y, al mismo tiempo, la frase ingeniosa, la gracia rápida, la sal fuerte de un medio conocido en detalle y vivido con pasión.

Sacude y subyuga, desde la primera hasta la última página, y quizá sobre todo en las de «La venda», un examen empecinado del bien y del mal, siempre dicho entre líneas, sin fárrago y sin prédica, que muestra las remotas pero vivas raíces religiosas hechas hondura moral sin etiqueta en este escritor con los ojos tan abiertos al mundo como metido, buen español, en sí mismo. Serrano Poncela termina así la primera historia, la del buen e irremediable pecador:

De modo que amaneció y vino la total luz del día cuando extendió con cuidado la sábana, alargando el embozo hasta cubrir el inmediato pasado inmóvil. Este simple gesto mecánico bastó para que todo se pusiera en marcha. —¡Dios mío, Dios mío!, articuló apenas. Y escapó corriendo al jardín, al tiempo, a la historia de los hombres, al horror.

Pasado inmóvil y horror es la historia de los hombres. Ese remate, al final o en medio de sus capítulos, en párrafos que siguen el recuerdo o de pronto lo interrumpen, se verá siempre presente en esta obra cargada de angustia y aligerada de ella por una mano firme y salvadora.

Si ha de preferirse alguno, yo prefiero «El encuentro». ¿No es el drama de todos los que en la juventud quisieron salvar del diablo a su

pueblo y a la humanidad, y luego, un día, se vieron comprando un billete de viaje más corto, a sitio menos luminoso que el de la belleza y la justicia?... El refugiado está, en Nueva York, «en ‘La Bilbaína’ de Juancho Iturralde, una especie de consulado y agrupación gremial para los hispanos del bajo Manhattan». Allí se topa, como tenía que toparse, con «una mujer, una rubia de ojos claros», y sólo eso sería—«El encuentro»—para quien no trajera consigo una veta dramática, moral, de siglos, y una tragedia colectiva, sangrante, haciéndole y deshaciéndole el ser. En el relato doble, antifonal, se mezclan y confunden el espanto de ayer no más, el gran amor de la gran hora, con el nuevo camino, con la vereda que la vida marca:

...se oía el primer silbido; un especial y terrible e incongruente silbido ... y las casas se derrumbaban y las calles se entreabrían y los muertos quedaban repartidos bajo los escombros... Y la explosión ensordeció sus tímpanos y la carne pareció sentir el desgarrón... Y ella estaba tendida, inmóvil, sangrantes las mejillas, la boca, el cuello; sin un solo quejido, ladeada la cara y puesta bajo el brazo...

El héroe, el mártir —¡son tantos! —se llamaba Esteban, «un bárbaro joven». Ella, la rubia, le preguntó si podría llamarle Steve. Sí, a él le gustaría:

...Y pensó: —Para ella seré Steve; ¿pero yo, volveré a ser yo? Mas no se formuló claramente su pensamiento porque algo, desde dentro, le apretaba la garganta. Estaba comenzando a sentirse un poco mejor.

Después, sin ira, también visto desde mañana y desde arriba, y con una atormentada y sonriente delectación en el gesto mínimo, sin gota de tremendismo, cuenta en «Prisioneros de guerra» el calvario que inicia «la paz, siniestra y desconocida»: el aire frío y seco que viene de Castilla estimula, el húmedo de Levante embriaga, y en todos, en los presos y en los aprehensores, se oye la entera palabra del buen pueblo español en mortal riña. Más estrujantes todavía son las emociones del que se atreve a volver en «El retorno», y ve con sabor de ceniza lo que ayer vió con juvenil pujanza, y marcha a la cárcel final y a la muerte cuando gozaba de la tarasca madrileña, olorosa a pueblo, bajo el amado cielo, impasible y puro. Y un respiro, en este ahogo del sufrimiento humano de hoy y de todos los tiempos, es el amor de Fraulein Inka, la bella aventurera, en las playas sensuales del Peñón de Ifach, cuando la vida fue vida en España y en el hombre.

Debe subrayarse que no hay propaganda, ni partidismo, ni odio en ninguno de estos relatos: sin énfasis se dice lo que se creyó y lo que se cree, más allá del nombre incidental. También, que muy cuidadoso estudio merece la domeñada técnica, evocadora de los mejores nombres de España y de fuera, bien trasegados, incorporados, sólo como natural lectura. Y ha de insistirse en que este palpitante drama español, de la persona y del pueblo, tiene el mérito de alcanzar a todos los sitios y a todos los tiempos, más allá de la anécdota individual y de la historieta pueblerina, en la pluma de un hombre que, caso excepcional, ha vivido y sabe escribir. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

400. Félix Pita Rodríguez. *Tobías*. La Habana, Editorial Lex, 1955, 144 págs. [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (pp. 331-332). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

En hermoso y claro volumen en cuarto, adornado por siete finos dibujos de Jorge Rigol—gran amigo del autor, identificado con su obra y con su espíritu—aparece esta colección de cuentos. La crítica cubana, inmediata y justificadamente, ha dicho que no se trata de un libro más, sino de la expresión tierna y honda, sonriente y torturada, de un poeta que escribe en muy buena prosa y que maneja el diálogo, tan americano como universal, con seguro gobierno.

Pita Rodríguez, cubano esencial por el nacimiento y por su devoto amor a la tierra y al pueblo de la Isla, y español de Galicia por sus largas y sentidas estancias y por sus apasionados recorridos de la España que ha defendido en la paz y en la guerra, aparece aquí, en toda su rica personalidad. Las saudades y los íntimos laberintos que le vienen de sus galleguísimos padres y de las colinas embrujadas y verdes que tan profundamente conoce, quizá sean más visibles en sus relatos que el fuego del sol antillano; pero éste está presente, como México y Centroamérica, en la ensoñada recreación de los hombres del pueblo que conoció en su aventurera y sensitiva juventud. Sin que ni por un instante trate de imitar a D. Ramón del Valle-Inclán y sin que ni siquiera se haya dedicado especialmente a su estudio—buen conocedor de la literatura española es Pita, pero no menos de la francesa, dentro de la cual vivió por años—, el lector lo recuerda, lo siente en esta nueva palpitación de raíces galaicas en tierra de América. No inventa genialmente, sino amorosamente dice en lengua natural y sávida lo mucho que ha vivido.

Tobías, Cosme y Damián—que obtuvo el premio literario Hernández Catá—, *El del Basora*, *El amigo*, *La recompensa* y *El despojado* están situados en tierra americana, y a partir de *Montecallado* —*Stella; Forella; Nina, hija del agua; Alarico, alfarero; San Abul, de Montecallado; y La campana de plata*—en este país irreal, que es siempre el del autor porque es el de la poesía. Dice: «...Total y repentina, sin ambages discordantes, como la reconstrucción de un sueño en la vigilia, surgió la fórmula tan agónicamente perseguida, en una suma deslumbradora: Montecallado estaba, porque algo no puede ser sacado de la nada y todo lo que nos rodea y lo que está en nosotros es como el sumo de un deslizamiento inmenso, que abarca a lo que fue y a lo que será...» Con palabras de pueblo que golpean por dichas y vividas, en rápidos y delicados trazos con que Pita nos da diestramente a sus personajes de carne y hueso y espíritu—«dos moneditas azules, cortadas por el párpado muy abajo, por la costumbre de estar evitando el humo del cigarrillo», presenta de cuerpo entero a su Tobías—, en un mundo cargado de dolor y de belleza, palpitante e impávido, el cubano—gallego ha escrito un libro que requiere mucho más detenido examen que el que se hace en esta minúscula reseña. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

401. Alfonso Méndez Plancarte. *Cuestiúnculas gongorinas*. México, Ediciones De Andrea, 1955, 98 págs. (Colección Studium, 8.) [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (p. 335). Texto firmado por: A. I.]

El prólogo de Alfonso Junco sobre la persona y la obra del ilustre eclesiástico mexicano, que rinde justo homenaje al autor y nos presenta muy valiosos e inéditos datos biográficos y bibliográficos, bastaría para celebrar esta nueva publicación de la colección Studium. Menos conocido fuera de México que su gran hermano Gabriel, ya también fallecido, para luto de la erudición mexicana, pocos años antes que Alfonso Méndez Plancarte, éste es otro ejemplo de virtudes morales e intelectuales. Su «envío a Dámaso Alonso, en la Nueva España», y su «Horacio en Góngora», su «La Octava XI de Polifemo», y los otros cuatro artículos que forman el volumen, dejan al lector con la impaciencia de que pronto aparezcan los trabajos dispersos o inéditos del humanista, que aquí nos anuncia su amigo y albacea don Alfonso Junco. —A. I.

402. Repertorio bibliográfico de la literatura latinoamericana, dirigido por Luis Alberto Sánchez. Santiago, Universidad de Chile, Fascículo IV del Tomo I, 1955, 126 págs. [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (pp. 335-336). Texto firmado por: A. I.]

«La Universidad de Chile resolvió en 1953—nos informa la nota de introducción a este necesario e importante trabajo—, reunir, analizar y publicar el mayor número de fichas a su alcance en el campo de la literatura latinoamericana. Encomendó la dirección de esta tarea a un reputado especialista, quien ha formulado el plan y emprendido su realización. La obra proyectada comprende los siguientes rubros: Primera parte: Historia crítica y antología de la literatura latinoamericana: Sección I. Historia y crítica generales; II. Antologías generales; III. Historia y crítica nacionales; IV. Antologías nacionales; V. Antologías individuales. Segunda parte: Sección I. Bibliografía general de la literatura latinoamericana; II. Bibliografías nacionales y especiales; III. Lingüística (considerada tan sólo en relación con la literatura). Tercera parte: Sección I. Novelas; II. Ensayos; III. Poesías; IV. Cuentos; V. Teatro. Cuarta parte: Sección I. Temas generales (por ej. el mar, la sierra, el indio, el negro, etc.); II. Temas nacionales. Quinta parte: Sección I. Traducciones de idiomas extranjeros al castellano por americanos; II. Traducciones de obras americanas a idiomas extranjeros.

El doctor Sánchez, en su «Advertencia», nos dice luego que se le ha confiado «formar, organizar y publicar un *Repertorio o Guía General de la literatura hispanoamericana...*» y advierte que «la abrumadora extensión del encargo excusa, en gran parte, la modestia e imperfección de lo realizado hasta aquí». Nos da también cuenta de las fuentes, norteamericanas e hispanoamericanas, de que se ha servido, y de los estudiosos que le prestan y prestarán su cooperación en todos los países de América; y nos explica que esta parte de su trabajo «la ha dividido en varias secciones: ...una referente a las historias críticas literarias y las antologías americanas o generales; otra agrupa las historias y antologías nacionales, y las que reúnen no más que piezas escogidas de un autor determinado». Otras observaciones del profesor Sánchez acaban de enterarnos del criterio puesto en tan valioso proyecto, aquí ya en marcha.

Muy numerosas son las fichas reunidas, a menudo muy acertados los comentarios que el autor hace de casi todos los libros mencionados y, siempre, muy útiles. El índice onomástico es cuidadoso. Se aprecia la vastedad de lecturas del autor a través de toda una vida dedicada al estudio de nuestra literatura. «En realidad —como el mismo lo dice— una obra de tal magnitud requeriría la cooperación del mayor número

de personas». Es de lamentarse que la edición, en papel corriente, no corresponda a la importancia de la obra; pero este hecho, que marca una limitación material, subraya el mérito de sus autores. En suma: cualesquiera que sean los defectos de esta empresa —previstos y señalados por el mismo doctor Sánchez— y los obstáculos que puedan presentarse en su desarrollo, responde a una urgente necesidad, se inicia con el más generoso espíritu y es ejemplo y llamamiento imperioso para países e instituciones que sin duda lo imitarán y lo apoyarán. — A. I.

403. Manuel Pedro González. I. *Iniciación de Rubén Darío en el culto a Martí*. II. *Resonancias de la prosa martiana en la de Darío*. Publicación de la Comisión Nacional Organizadora de los actos y ediciones del Centenario de José Martí. La Habana, Úcar García, S. A., 1953, 68 págs.-*José Martí, anticlerical irreductible*. México, Ediciones Humanismo, 1954, 80 págs. *Aspectos inexplorados en la obra de José Martí. Tirada aparte de Cursos y Conferencias*. Buenos Aires, 1955, 16 págs. [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (pp. 336-337). Texto firmado por: A. I.]

Con estos cuatro trabajos se muestra una vez más el culto que don Manuel Pedro González ha consagrado a José Martí durante toda su vida. Su autoridad en la materia queda a la vista en sus dos estudios sobre Darío y el gran cubano, punto ya tocado por varios autores —a quienes el profesor González conoce bien y cita oportunamente—pero ahora examinado de manera más amplia y cuidadosa; no menos evidente es su conocimiento del pensamiento de Martí en el trabajo sobre su anticlericalismo, repasado y glosado con esmero; y muy útil es su último escrito, donde sugiere asuntos a menudo aludidos pero incompletamente abordados: el arte de su prosa y sus valores estilísticos, su léxico, su relación con las literaturas extranjeras, sus ideas sobre el verso y la prosa, su influencia sobre los escritores hispanoamericanos, la naturaleza en su obra, el dolor el humor, la evasión, su contenido elegíaco, su ideal dionisiaco y apolíneo... Estos fascículos, pues, son una enseñanza para cuantos se interesan en Martí y una guía para quienes a su estudio se dedican. — A. I.

404. Roberto F. Giusti. *Ensayos*. Buenos Aires, Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino, 1955, 360 págs. [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (pp. 337-338). Texto firmado por: A. I.]

De inestimable valor para conocer la obra del ilustre crítico argentino es esta «selección publicada por los amigos y discípulos celebrando las

bodas de oro del autor con la profesión literaria», cuyo millar de nombres aparece al final del volumen. Como almendra de su obra crítica, sabia y penetrante, larga y profunda, honesta y devota, se presentan aquí, tras su juvenil estudio sobre Enrique Banchs, otros sobre escritores argentinos—Fernández Moreno, Benito Lynch, Alfonsina Storni, Alfredo A. Bianchi y Ricardo Gutiérrez—, sobre hispanoamericanos y españoles—Rodó, Silva, Ortega y Gasset, Antonio Machado, Fernando de Rojas y Cervantes—, sobre extranjeros— Amiel, Anatole France, William James y Henri Bergson, Eça de Queiroz, Diderot, Leopardi y Giuseppe Giusti—, sobre temas generales como «Los libros de cabecera» «Panorama del siglo XIX» y, el último, al parecer, sobre la infancia italiana del autor y su incorporación a la patria argentina, con el significativo título de «Dos almas fundidas en una». El prólogo del profesor Giusti y, sobre todo, sus notas, particularmente las noticias bibliográficas y complementarias que nos da sobre los trabajos aquí incluídos, agregan información de primera mano al placer de leer esta armónica antología de uno de los mejores ensayistas de Hispanoamérica. — A. I.

405. Roberto Esquenazi Mayo. *Ensayos y apuntes*. La Habana, Editorial Selecta, 1956, 208 págs. [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (p. 338). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

El joven autor de las *Memorias de un estudiante soldado*, por cuya obra recibió el Premio Nacional de Literatura de Cuba en 1951, reúne en este volumen algunos de los numerosos trabajos que ha venido publicando en medio de su esforzada vida de escritor, de profesor, de periodista, de conferenciante y, en suma, de hombre atento al mundo e inquieto y apasionado por la América y su patria cubana.

Todos estos ensayos y apuntes están presididos, sin excepción, por un fervoroso impulso de servicio social y por una efusión tropical, generosas características de los cubanos; y, al mismo tiempo, por el bien logrado empeño de asentarlas en amplia y clara información y en el de realizarlas en prosa ágil y limpia. Esquenazi los ha colocado en tres secciones:

«Cuba internacional... Literarias... [y] Miscelánea», y el lector los dividirá, en cuanto al tema, en continentales—que se refieren a las relaciones políticas e intelectuales de las Américas—, en norteamericanos—natural y útil consecuencia del conocimiento que el autor tiene de los Estados Unidos, donde vive y trabaja desde hace años—y

en hispanoamericanos, donde ponemos en primer término los que tratan de Cuba.

Esquenazi nos dice en su prólogo que este libro es «un pretexto de obra» para llenar el vacío que lo separa de otras de largo aliento. Es como un adelanto del escritor a quien demora en sus más altas y queridas tareas la ardua lucha por la vida, y un pagaré que sabemos que será cubierto todos los días y definitivamente. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

406. Robert G. Mead Jr. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, México, Ediciones De Andrea, 1956, 144 págs. (Manuales Studium; 3.) [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (pp. 339-340). Texto firmado por: A. I.]

De empeñoso se debe calificarse el esfuerzo del autor, y de muy útil su breve historia del ensayo hispanoamericano. Verdaderamente como pionero— así lo advierte en la primera página— entra en el estudio de la vasta producción ensayística de Hispanoamérica, y con sostenido entusiasmo la organiza y la presenta. En su primer capítulo, «El ensayo como género literario», define y sitúa su materia con juicio claro y prometedor, sin duda alguna, de obras de mayor aliento. Conoce bien a varios de sus ensayistas, y de ninguno escribe, ni aun de los que visiblemente le son menos familiares, sin información ni cuidado. Puede asegurarse, desde la primera lectura, que este trabajo es fruto de años de devoción por el tema y de esmerada dedicación pedagógica.

Como el mismo profesor Mead lo anticipa, son muchas las objeciones que pueden hacerse. Es discutible la validez de su capítulo segundo, «La prosa de la colonia y de la emancipación», como punto de partida de su tema, especialmente de algunos nombres— Colón, los conquistadores, los misioneros, Sor Juana, Lizardi— pero se explica la revisión de la prosa por su propósito didáctico; no pueden dejar de lamentarse algunas importantes omisiones, ni algunas inclusiones generosas— el propio autor prevé esta crítica—; no siempre hace juego su preocupación cronológica individual con el guión por épocas literarias que se propuso; y a veces su lenguaje no es acertado en las calificaciones: se echa de ver, naturalmente, que el doctor Mead es de habla inglesa. Pero todos estos pecados son menores, inevitables hasta para los estudiosos hispanoamericanos y españoles que han escrito o escriben sobre el ensayo, por lo que el libro del joven y valioso hispanista norteamericano, y la Editorial Studium, merecen el más cordial reconocimiento. — A. I.

407. *Toma de razón. 1810 a 1812. Registro de nombramiento y actos oficiales emanados de la Primera Junta Patriótica y de la Primera República de Venezuela.* Caracas, Casa natal del Libertador, Ministerio de Relaciones Interiores, Imprenta Nacional, 1955, 508 págs. [Año 23, No. 3/4, Jul. - Oct., 1957, (p. 341). Texto firmado por: A. I.]

Esta es la primera obra publicada por la oficina de compilación, clasificación y publicación del Archivo del Libertador, cuyo jefe, don Ángel Grisanti, ofrece en bien cuidado volumen a los estudiosos de Bolívar en el centésimo vigésimo quinto aniversario de su muerte. *Toma de razón*, del Tribunal de Cuentas, contiene «numerosas piezas inéditas emanadas de la Junta Suprema que en 1810 se subrogó en el poder a las autoridades monárquicas; y luego, a los tres poderes que formaron el Estado venezolano en 1811». A la utilidad específica de estos documentos se suma el mérito de los venezolanos que mantienen viva con su publicación la gloria del ilustre prócer hispanoamericano. — A. I.

408. “INSTITUTO HISPÁNICO. HOMENAJE A GABRIELA MISTRAL. (Celebrado el 8 de abril de 1957). *Palabras de Andrés Iduarte.*”. [Año 23, No. 3/4 (Jul. - Oct., 1957), pp. 388-390.]³

Por encargo de don Ángel del Río, director del Instituto Hispánico de la Universidad de Columbia, y como vicedirector del mismo y encargado de su sección hispanoamericana, me toca el honor de presidir este homenaje, en el que oiremos a los profesores Germán Arciniegas, de Colombia, y Eugenio Florit, de Cuba.

Hoy — como en ocasiones anteriores — en la fecha académica más cercana al 14 de abril, Día Panamericano instituido desde 1931, juntamos su celebración con el homenaje a quienes han hecho que las Américas se estimen y se respeten, a quienes prestigian al Continente en el mundo. Años antes, a Bolívar, a Sarmiento, a don Justo Sierra, a José Martí, a don Manuel González Prada...; y ahora, naturalmente, a la gran chilena que acaba de morir en Nueva York, en la muerte que ella quiso y, como tantas otras cosas, adivinó: «de una muerte callada y extranjera».

No es ajena a la fecha quien cantó, con más profundidad ecuménica que nadie, a la tierra y al hombre de América. Trajo con voz cansada

³ [Nota del editor]. Se han transcrito solo las palabras de Iduarte, sin agregar las de Germán Arciniegas ni las de Eugenio Florit.

repecho de montaña andina» a su «Anáhuac dorado», y con «mexicana luz en el ojo agrandado» los llevó a España, «grave de reverencia», y al mundo. Puso su fe desde «el hombre del maíz» que «se juega y no se pierde», hasta el del lago Yanquihue, «su capitán», «agua fija como el indio, y como él fría y ardiente», a través, en paso lento, de las amadas islas sin veneno «caribe y siboney... claras en los turnos de la caña, sombrías en discos de la ceiba»; y su carne y su vida cayeron con «la indiada inocente», con «la mártir indiada» del Sur y del Norte. «Padre mío» le llamó al americano mejor, al de «la Isla de centella», a José Martí, que en Caracas llamó padre— a su turno — a Bolívar, y quien en Nueva York llamó hijo a Rubén Darío. Ni un solo rincón de América, ni el último árbol, ni la yerba más pobre de la tierra mis yerma, ni el último americano en la pena—negros, cholos, mulatos, indios, mestizos o blancos— padecieron de su olvido. Vió «la gracia nuestra» en el volcán Osorno, y en «la pampa de la hierba... el viento de la fe». Por allí miró pasar, como a Abel y a Set, «quemados de sales» y «abrasados en mies» a San Martín y a O'Higgins, a Bolívar y a Hidalgo y a Juárez.

Su mitología de la tierra y de la sangre fueron, con su gran corazón, a España. Siempre habló y hablaría después «del azteca español, del quechua español, del araucano español». «Cruzando Castilla la miró tajeada—aquí parafraseo—de sed como su lengua: como la volteadura de sus entrañas era su ancha desoladura». Se sintió suya: «arden dentro de la España apasionada, como el diente en el rojo millón de granada». Mucho antes, desde 1924, había escrito que «el toque de la gracia unitario caído sobre estos veinte pueblos, y de donde parten todos los bienes actuales y venideros de la unidad, es el de la lengua, y ya es tiempo de que así sea considerado y sobre este hecho se tracen los planes y se sueñen los sueños...» Y en la hora de la verdad, la de la batalla, cuando le preguntaron si creía en la salvación de los pueblos débiles, dijo su gran «creo en las catacumbas; creo en la rehusa del alma delante de éxito físico, carnal y material; creo en la santa testarudez de los primeros cristianos» y sostuvo y contagió su admiración por un «pueblo que defiende su territorio y lucha con tanto heroísmo». Y en la otra hora de la verdad, en la mayor, en la doliente, movió la tierra y el cielo con sus artículos y en su profusa e incansable correspondencia en favor «de los profesores huídos de su patria y en los niños que andan desparramados por Europa». Envuelta en España, como en América, en pleitos de familia, como tales los vió: a los mismos hispanoamericanos les pedía «justicia para su América total»

y les decía que «su siembra de desprecio o de sarcasmo los morderá en carne propia».

Cuando en 1929 fue sembrada la ceiba de la amistad en La Habana, dijo: «Yo tengo muchos deseos de que la ceiba se les seque», y atacó a los hispanoamericanos «peores», que son «quienes pidan que la policía extranjera les arregle la reyerta». Cuando en 1941 le pidieron que precisara sus temores por la libertad: «Hay un clima evidente de totalitarismo... Si... entregan la libertad como primera prenda, lo que ceden son las llaves del castillo, como el centinela dormido o golpeado en la nuca, es decir, entontecido». Y a la alusión ya dicha a las catacumbas, agregó: «...creo en la respetabilidad que adquieren los pueblos al defenderse. Recuerde usted a Finlandia, y ahora mire a Grecia. No se acaban los pueblos que luchan...» Y a la insinuación de si su amor a Europa—Francia, primero, y luego y más permanentemente Italia fueron, en el viejo mundo, sus dos amores—combatió el «resentimiento ácido» y dijo: «Podemos no estar al día de mañana con los yanquis, pero en esta coyuntura del destino es un acto natural, casi instintivo, el estar a su lado, defendiendo una común tradición de libertad. Doscientos millones de cristianos del Nuevo Mundo pueden contar por algo o por mucho en los negocios de la pobre tierra desgarrada por los frenéticos». Y su fe continental y humana, de horizonte, no dejó nunca de tener como último fondo el amor al pueblo, al campesino, al obrero. De sus manos, dijo: «Jesucristo las coge y retiene—entre las suyas hasta el alma». Y a la patria y al derecho: «No es cosa de discutir la invasión: se parece a la mordida de la carne, y se parece al toque de fuego. Eso no se piensa; no se hacen discursos; no hay minuto entre el recibir y el responder. Pero hay más que la invasión de la tierra; hay la infección del alma; hay el abandono de una vida, que es la nuestra...»

Padraza, como la llamé yo, recordando a Unamuno y su Santa Teresa; *matriarca*, como la llamó, con más justeza, Jorge Carrera Andrade; santa a la jineta, como la habría llamado Rodó; de la estirpe de Santiago, como la verá un día Juan Larrea... Mucho más podría decirse de la mujer arcángelica que alzaba la espada contra los soberbios.

Mucho, también, de la mujer angélica que nunca dejó de vivir en su naturaleza batalladora: de la que daba de beber al sediento, amparaba al desvalido, abría corazón y casa para los que sufrían persecución de la justicia y de la injusticia, bañaba de luz el camino de quien estaba en la selva oscura, alzaba con la esperanza al caído y con el aliento al escéptico... «Rostros y climas», viejos y niños, pueblos y ciudades, li-

bros y papeles, trozos de sus cartas, su voz y sus ojos, todo nos va asaltando, rodeando, cubriendo, mientras escribimos y hablamos. Pero es tan larga y tan honda la historia —la conocí en 1928, y desde entonces nuestras vidas se tocaron, divergieron se cruzaron...— que no se trata de un estudio, sino de la existencia misma, del bien y del mal, de la tierra y del cielo, de cuanto fuimos, de como somos, de lo que seremos. No es este el día, ni la palabra es bastante.

Sólo diré que, como mexicano, estos versos, que están en la masa de nuestra sangre, son los de la esperanza:

*Ley vieja del maíz
caída no perece,
y el hombre del maíz
se juega, no se pierde.
Ahora es en Anáhuac,
Y ya fue en el Oriente:
¡eternidades van
y eternidades vienen!*

Y éstos, los del consuelo y el legado:

*Yo soy vieja como las piedras para oírte,
profunda como el musgo de cuarenta años,
para oírte;
con el rostro sin asombro y sin cólera,
cargado de piedad desde hace muchas vidas,
para oírte.*

.....
*Dí la confesión para irme con ella
y dejarte puro.*

.....
*Pero siéntate un día
en otro duna, al sol, como me hallaste,
cuando tu hijo tenga ya treinta años,
y oye al otro que llega,
cargado como de alga el borde de la boca.*

*Pregúntale también con la cabeza baja
y después no preguntes, sino escucha
tres días y tres noches.
¡Y recibe su culpa como ropas
cargadas de sudor y de vergüenza,
sobre tus dos rodillas!*

Para terminar con lo único, intrascendente, que pude escribir a la hora de su muerte:

Gabriela Mistral no fue sólo una gran poetisa, sino un extraordinario valor humano. No sólo están de luto las letras de Hispanoamérica, el Continente americano y el mundo de habla española, sino el espíritu misionero del bien. Nosotros los mexicanos lo estamos en primer término, porque con fervor y con devoción excepcionales sirvió a nuestra patria, amó a nuestros indios y defendió nuestros más nobles ideales. Los que tuvimos el privilegio de conocerla de cerca en nuestra juventud, cuando fue para nosotros una amiga generosa y una maestra de bondad y de rectitud en su retiro de Avignon y en su casa de Madrid, le somos deudores de las más puras orientaciones de nuestra vida. La muerte de esta mujer angélica y arcangélica es para los pueblos hispanoamericanos uno de los más profundos duelos de su historia.

1958

409. UNA FIEL Y TIERNA SEMBLANZA DE HORACIO QUIROGA. [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (pp. 49-50). Texto firmado por: Andrés Iduarte]¹

«El hombre, a veces, no es menos interesante que la obra. Y hasta parece completarla», son las palabras de Roberto Ibáñez —Director del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios del Uruguay— con que abre este libro de Ezequiel Martínez Estrada. «Esa imagen—agrega—atrae más cuando el testigo fué íntimo amigo del personaje evocado; y puede alcanzar inusitada trascendencia cuando el amigo íntimo es también un creador». Sin duda se dan aquí todas las circunstancias que hacen de una semblanza la mejor guía para entender la obra de un gran escritor. El «hermano menor», el «hermano gratisimo», el «hermano Estrada» —así lo llamaba Quiroga en su correspondencia, cuyos fragmentos dan valor de extraordinario documento a este libro— nos lo presenta en quince breves y vivos capítulos. Quiroga y él fueron «astillas del mismo palo», nos precisa, citando el Martín Fierro.

«Hay que ver lo que es esto—le escribe Quiroga—de poder abrir el alma a un amigo —el AMIGO—supremo hallazgo de una eterna vida... Desde hace treinta años no escribo a varón alguno cartas tan largas y confidenciales». La vida en común fue íntima en San Ignacio—el retiro de Quiroga, a donde invitaba al amigo—, en Buenos Aires, en todas partes. «Mi casa sería la suya mucho más que mía la de él—nos dice Martínez Estrada—porque en su hogar se había producido ya una grieta en el más sólido de los muros, amagando el hundimiento definitivo ... De tarde en tarde yo daría un concierto para analfabetos... Conversaríamos de lo terrestre y lo celestial con igual intrepidez ...» No se realizó el proyecto más que en frecuentes visitas, pero, de cerca y de lejos, vivió poco a poco aquella vida en dramático desgarramiento.

«¿Tenemos, acaso—se pregunta—su imagen de escritor debidamente perfilada? ¿Quién era?» Quien y cómo era Quiroga nos lo da Martínez Estrada con fidelidad y con ternura, en trazos firmes y fieles, de mano maestra y, además, tierna y conmovida. De este relato de intimidad crece y se ahonda la figura del narrador.

«En la amistad—nos dice—Quiroga no hacía cuestión de méritos o cualidades técnicas del saber, sino de las condiciones morales que

¹ [Nota de Iduarte en el texto original]. Sobre: EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA. *El hermano Quiroga*. Montevideo, Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, 1957, 94 págs. (Serie II. Estudios y Testimonios: 4).

lo emparentaban inesperadamente con algún bracero de la selva... No apreciaba a las personas por la talla sino por la altura... Prefería el trato de mujeres, de las que constantemente obtenía enseñanzas de rompecabezas psicológicos. En las novelas atraía la mujer más que el hombre, cuando entran en juego pasiones y estratagemas». Al conocer al hombre, como ocurre siempre en el caso de un ser auténtico, vamos comprendiendo la obra. «No es un hombre 'raro'... sino que su fisonomía acusa una fraternal semejanza con los de su clase. Podría parecerse a Dostoiewski, a Lawrence o a Tolstoi por su talento literario, pero más se le asemejaba por la urdimbre endiablada de su alma... Se puede hablar lícitamente de su tendencia a dramatizar los hechos de su vida cotidiana, natural y congénita inclinación a llevarse a sí mismo hasta los bordes de lo irremediable, a destruir lo que amaba (deleitábase en recordarme la 'Balada de la Cárcel de Reading'). Y lo reconocía en una carta»:

Yo soy un poco inclinado a poner las cosas en blanco. Soy —como decía mi personaje— capaz de romper un corazón para ver lo que tiene dentro. A trueque de matarme yo mismo sobre los restos de ese corazón... Tengo más necesidad de cariño que de comida...

El gozo de la emoción violenta, «el peligro como fin y finalidad» de sus excursiones embarcado sobre río y mar o corriendo en automóvil por las calles de la ciudad, donde sufrió un accidente; su afición a la música, desde luego en estadio anterior al de Martínez Estrada; sus desvariados proyectos financieros; media hora en la iracundia; su estoicismo ante las crueldades de la vida, que para él fueron muchas, y lacerantes; cómo y por qué escribía; su fiera independencia personal, literaria y política; sus trabajos manuales de leñador, albañil, carpintero y sastre; sus maestros en las letras, sus predilecciones y sus fobias; su convicción liberal, asentada «en la noción de los derechos del hombre a realizar su experiencia vital sin cepos ni mordazas»; su curiosidad por la muerte, «un poco romántica —dice el mismo Quiroga— por el fantástico viaje». «Día más, día menos —le escribía al hermano— usted también llegará a considerar como un refugio que nadie nos puede escamotear ese rinconcito de olvido y paz»: todo eso, y más, se encuentra en esta sustanciosa y documentada evocación de un hombre y un escritor en carne viva. Las magníficas y desconocidas fotografías que cierran el libro terminan dándonoslo de cuerpo entero. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

410. LAS OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES, [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (pp. 52-53). Texto firmado por: Andrés Iduarte]²

Un extraordinario acontecimiento es la publicación de las *Obras Completas* del ilustre escritor mexicano, iniciada por el Fondo de Cultura Económica de México en 1955 y seguida en 1956 con tres volúmenes, y con el quinto ahora, en 1957. Su presentación elegante y sobria y las claras y autorizadas notas que la acompañan no desmerecen del valioso contenido. En cuidadoso orden lógico, cuando no cronológico, se nos dan las más conocidas páginas de Alfonso Reyes junto con otras inéditas o perdidas en la prensa de varios países o en ediciones agotadas y de imposible alcance para los lectores que no pueden consultar las más ricas bibliotecas de Europa y América. Esta colección viene a precisar y a esclarecer no pocos datos confusos de la bibliografía del infatigable escritor, y nos va poniendo ante los ojos lo que, sin duda alguna, puede llamarse uno de los más preciosos legados de las letras mexicanas de nuestra época. Pocos cincuentenarios de vida literaria pública han sido tan entusiasta y profusamente celebrados como el de don Alfonso: esta edición lo realza y lo corona. Las 372 páginas del primer volumen contiene, tras el breve proemio del autor, sus *Cuestiones estéticas*, el sólido estudio que en tan temprana juventud—en 1911, a sus veintidós años lo encaminó al prestigio literario dentro y fuera de México; los *Capítulos de literatura mexicana*—nuevo título de la serie de sus libros, según precisa la «noticia» correspondiente—donde se recogen «todos aquellos ensayos y artículos referentes a las letras o a los escritores mexicanos que andaban dispersos en folletos, revistas, o tal vez inéditos»: entre ellos, su conocido «El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX y «apuntes varios» que lo completan—tan valiosos todos como el que trata, en primer término, de Eugenio de Salazar— y «páginas sueltas»; y *Varia*, donde encontramos desde una «alocución de aniversario» del estudiante de nuestra Escuela Nacional Preparatoria hasta un periodístico «...recuerdo del *Diario de México*». El «apéndice bibliográfico» y los índices—de nombres, y general—enmarcan y organizan así se hará en todos los tomos—este material que no es drama de colegio sino rica fuente del crítico y el erudito. Repetidamente condena el desenfado y los excesos de su labor juvenil, pero sin falsificarla en ningún momento.

² [Nota de Iduarte en el texto original]. Sobre: ALFONSO REYES. *Obras completas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1955- 1957, 5 vols.

El tomo segundo, de igual extensión que el primero, nos da su famosa *Visión de Anáhuac*, *Las vísperas de España* (*Cartones de Madrid* y otros seis títulos) y *Calendario* (seis subtítulos), en donde el lector olvidado encontrará no sólo al viajero y al cronista sino al escritor preocupado de los problemas sociales que Reyes nunca ha dejado de ser. Ya aparecen aquí las «correcciones al tomo...» anterior, con las que, con el debido detalle, el autor limpia y pule siempre su obra.

Este Alfonso Reyes, tan mexicano y tan hondamente sumergido en España y en Francia, prosigue en el tercer volumen—de más de quinientas páginas—con *El plano oblicuo*, *El cazador* y *El suicida*, publicados en Madrid de 1917 a 1921 con textos escritos en México y en París, y con *Aquellos días*—publicado en Santiago de Chile— y *Retratos reales e imaginarios*, aparecido en México. «La cena», «los restos del incendio» y «En las repúblicas de Soconusco»—de *El plano oblicuo*—cautivarán—es nuestra experiencia—de manera especial al que los lea, en su ángulo novedoso o a veces olvidado, y el nuevo orden que introduce el autor para presentar estos libros añadirá nuevas luces para el buen conocimiento de su producción.

Crónica, ensayo, recuerdos, reseñas, comentarios de libros y acontecimientos de todo tipo ocupan el cuarto volumen, de más de seiscientas páginas: son las cinco series de sus *Simpatías y diferencias*, con adiciones y supresiones pertinentes. No por ser este Alfonso Reyes el más conocido del público, resulta su nueva lectura menor deleitosa y esclarecedora.

El tomo quinto recoge la *Historia de un siglo*—«inédito en buena parte y, como conjunto, un libro nuevo para el lector»—en donde el buen conocedor del XIX enlaza armoniosamente tantos artículos y trabajos en experiencia dispersos cuando fueron publicados, y *Las mesas de plomo*, que viene a ser la revelación del gran periodismo—si así puede llamarse a obra de tanta calidad—del humanista.

No intenta esta reseña sino dar, en el menor espacio, una breve relación de la vasta y magnífica tarea que lleva a cabo el Fondo de Cultura en su colección de *Letras mexicanas*. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

411. Frank Dauster. *Breve historia de la poesía mexicana*. México, Ediciones de Andrea, 1956, 200 págs. (Manuales Stadium, 4). [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (pp. 61-62). Texto firmado por: A. I.]

En ocho capítulos, una «conclusión», una «bibliografía crítica selecta» que con acierto lo es, un buen «índice de poetas mexicanos» y el «de materias», divide su estudio el profesor de Rutgers University. El vastísimo

tema está bien resumido y en correcta prosa didáctica, en la que no faltan valiosos atisbos personales. Sigue, por supuesto, a los críticos consagrados, y los pone, honesta y atinadamente, en las manos del estudiante en las «lecturas» y «crítica» que va recomendando a lo largo de su libro en oportunos apartes. Cumple su tarea de presentar en un breviario, con conocimiento y amor, la historia de la poesía mexicana, y sus limitaciones no son sino las que le ha impuesto el mismo propósito. — A. I.

412. José Ramón Medina. *Examen de la poesía venezolana contemporánea*. Caracas, Ministerio de Educación, 1956, 56 págs. (Colección Letras Venezolanas, 4). [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (p. 62) Texto firmado por: A. I.]

La brevedad de estos trabajos, con los que continúa la Dirección de Cultura y Bellas Artes de Venezuela sus ciudades y manuales ediciones, no les quita mérito sino, por lo contrario, les da el que se ha propuesto y se necesita, esto, es, la difusión de las letras del país.

El joven poeta José Ramón Medina, partiendo de la importante generación literaria del año 18, y no sin intentar una «ojeada retrospectiva» de la poesía venezolana, llega hasta más acá del año 50 en su entusiasta exaltación. Una serie de notas proporciona datos poco conocidos fuera de Venezuela al estudioso de esta materia. — A. I.

413. Willis Knapp Jones. *Breve historia del teatro latinoamericano*. México, Ediciones De Andrea, 1956, 240 págs. (Manuales Studium, 5). [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (pp. 66-67). Texto firmado por: A. I.]

Cuidadosa información, pasión por su materia y orden didáctico para presentarla quedan a la vista en el manual del profesor de la Universidad de Miami. Un prefacio y una conclusión muy objetivos y bien razonados enmarcan los cuidadosos capítulos que organizan su tema: «Primer período colonial», «Período colonial posterior», «Epoca independiente», «Período moderno: Argentina», «Otros países», «América Central y las Antillas», «México», «Brasil» y «Teatro experimental y de aficionados». De gran utilidad son sus «Libros de consulta», «Bibliografía general» e «Índice de dramaturgos y obras latinoamericanas», resultando de una dedicación prolongada y un tenaz esmero. Y, precisamente por ser la producción dramática de Hispanoamérica «la cenicienta» de nuestra literatura, el trabajo del doctor Jones merece el más amplio reconocimiento. — A. I.

414. Luis Reyes de la Maz. *El teatro en 1857 y sus antecedentes (1855-1856)*. Prólogo de José Rojas Garcidueñas. México, Imprenta Universitaria, 1956, 438 págs. [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (p. 67). Texto firmado por: A. I.]

El Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México solemniza el centenario de la Constitución de 1857 con esta obra de recopilación. Con orden y cuidado ejemplares reunió el autor programas y crónicas de los periódicos de la época, «con una pequeña visión de cada uno de ellos, para una futura historia del teatro en México». Sus capítulos introductorios sobre el movimiento teatral en los años de 1855, 1856 y 1857; su «Catálogo alfabético de las obras presentadas...» entonces; y el autorizado prólogo del maestro Rojas Garcidueñas cumplen debidamente, en esta cuidada edición, el propósito de poner a la mano de los estudiosos uno de los aspectos de época tan trascendental en la historia mexicana. — A. I.

415. Francisco Monterde. *Díaz Mirón. El hombre. La obra*. México, Ediciones De Andrea, 1956, 110 págs. (Colección Studium, 14). [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (p. 68). Texto firmado por: André Iduarte]

Su esmero de investigador de la literatura mexicana e hispanoamericana, su juicio crítico tan claro como mesurado, su cuidada prosa y su sabiduría y método de maestro están presentes en este nuevo estudio del catedrático de la Universidad Nacional Autónoma de México. Con objetividad uniforme, sin caer por la admiración literaria en el falseamiento de la verdad ni tampoco en el manoseo de las tragedias que se sucedieron en la vida del gran poeta veracruzano, Monterde García Icazbalceta nos da en su breve capítulo «Salvador Díaz Mirón» y en su «Cronología»³ cuanto es necesario saber del hombre para seguir y conocer su obra poética, trascendental en la literatura de América. Esta la estudia en seis capitulillos — «De lo romántico a lo realista», «Hacia el realismo poético», «Lo realista en *Idilio*», «Lo estético en la poesía erótica»⁴, «Premodernismo y post-

³ [Nota del editor]. Una errata en el texto original al momento de cerrar las comillas y poner ' en vez de ».

⁴ [Nota del editor]. Una errata en el texto original al momento de cerrar las comillas y poner ' en vez de ».

modernismo» y «En la última etapa»—, pequeños por ceñidos, con muchos datos desconocidos u olvidados y muy organizado discurso, en donde el estudioso encontrará, paso a paso, el camino del poeta en nuestra literatura. Muy bien los conoce el autor, y por muchos años y con tanta modestia como capacidad los ha enseñado en sus cátedras y seminarios, lo que explica la ausencia total de hojarasca palabrera en este trabajo ejemplar. Su bibliografía final, divididas en «Obras de Salvador Díaz Mirón»—con la oportuna aclaración de que «no se hace mención de las antologías de poesía mexicana e hispanoamericana ni de las selecciones de carácter popular» y en «Estudios y artículos», que se contrae a los «publicados en revistas», completan el valor de esta contribución crítica. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

416. *El Colegio Nacional a Alfonso Reyes (Uno de sus miembros fundadores) en su cincuentenario de escritor, [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (p. 73). Texto firmado por: A. I.]*

Entre los numerosos homenajes rendidos en México a Alfonso Reyes con motivo de su cincuentenario de escritor, se destaca el que con este volumen le ofrecen sus compañeros del Colegio Nacional. Muy útiles para los estudiosos del ensayista mexicano son el prólogo, breve y acertado, y el apéndice, que contiene una cuidadosa y autorizada bibliografía (en ella «se prescinde de las publicaciones no recogidas aún en volumen o de que no hay tirada aparte»). No menos importantes, en nuestro campo, son algunos de los trabajos incluidos: «Las ideas de Salvador Díaz Mirón», por Antonio Castro Leal; «Las bucólicas VIII y X de Virgilio, traducidas por el padre Diego José Abad», por Manuel Toussaint, hace poco fallecido; y «El día de Reyes», por Jaime Torres Bodet, y «Tres aproximaciones al jubileo de Alfonso Reyes», por Agustín Yáñez, que agregan valiosos puntos de vista y datos de interés en cuanto a la vida y obra de don Alfonso. De mérito son, también, las demás colaboraciones, referentes a asuntos de la especialidad de sus autores —arqueológico, musical, médico, astronómico, estético, sociológico, físico, político e histórico— amparadas, como las ya citadas, por firmas mexicanas de primera categoría: Alfonso Caso, Carlos Chávez, Ignacio González Guzmán, Guillermo Haro, Samuel Ramos, Arturo Rosenblueth, Manuel Sandoval Vallarta, Jesús Silva Herzog, José Vasconcelos y Silvio Zavala. —A. I.

417. Ramón Díaz Sánchez. *Evolución de la historiografía en Venezuela*. Caracas, Ministerio de Educación, 1956, 20 págs. (Colección Letras Venezolanas, 3). [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (pp. 74-75). Texto firmado por: A. I.]

El conocido escritor Díaz Sánchez toma como «momento de referencia» la afirmación que en 1895 hizo el doctor Seijas: «No es extraño que Venezuela no tenga todavía una historia completa» y en seis capitulillos la examina, desde Oviedo y Baños hasta «una juventud que enarbola la bandera científica de la historia... y reclama otros métodos y otras metas». El repaso es juicioso, autorizado y nutrido y demuestra, sin loas ni adjetivos, sin decírnoslo, cómo Venezuela es de los pueblos hispanoamericanos que más han cuidado su historia. — A. I.

418. Ángel Grisanti. *El archivo del Libertador*. Vol. I. Índice, Colección O'Leary. Vol. II: Índice, Colección de Documentos obtenidos en el Archivo Nacional y procedentes de otras fuentes. Caracas, Casa Natal del Libertador, Imprenta Nacional, 1956, 234 págs. y 108 págs. [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (p. 75). Texto firmado por: A. I.]

El historiador don Ángel Grisanti, jefe de la oficina de compilación, clasificación y publicación del Archivo del Libertador en la Casa Natal del héroe, ha realizado la tarea extraordinaria a él encomendada. Estos dos volúmenes presentan de manera organizada gran parte de los archivos de Bolívar, poniendo a la mano de todos documentos nada o poco conocidos, así como retratos y reproducciones o cuadros del gran caraqueño o de quienes estuvieron o están ligados a él por la sangre, la historia o el estudio.

Tan admirable y valioso esfuerzo aparece presidido por unas palabras de recuerdo y homenaje a don Vicente Lecuna, «albacea de la gloria del Libertador», quien «si... no hubiera existido—dice el señor Grisanti—no existiría el Archivo del Libertador». — A. I.

419. Carl Van Doren. *Benjamín Franklin*. Buenos Aires, Ediciones Antonio Zamora, 1956, 704 págs. [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (p. 77). Texto firmado por: A. I.]

Como octavo volumen de la Colección de Los Genios de las ediciones argentinas de Zamora, y en cuidada versión castellana de Arnaldo de

Ruiseñada, aparece ahora la excelente biografía del doctor Van Doren, durante muchos años catedrático de la Universidad de Columbia. El gran norteamericano Benjamín Franklin, entre cuyas glorias está la de haber sido inspirador de don Domingo Faustino Sarmiento durante su esforzada juventud, alcanza nueva y debida actualidad en el mundo de habla española con esta obra exhaustiva, que recibió el Premio Pulitzer de Biografía en los Estados Unidos. — A. I.

420. Claudio Linati. *Trajes civiles, militares y religiosos de México*. (1828). México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma, 1956, 68 págs. 48 textos y láminas de Linati. [Año 24, No. 1, Enero, 1958, (pp. 77-78). Texto firmado por: A. I.]

Con su modestia habitual, Manuel Toussaint dice en su prólogo: «Entre las publicaciones con que el Instituto de Investigaciones Estéticas... conmemora su vigésimo año de existencia, este libro será de los mejor acogidos». En realidad, esta preciosa edición honra a cuantos tomaron parte en ella: al ilustre prologuista, ya muerto; a Justino Fernández, cuya introducción, y cuyo estudio sobre Linati y cuya traducción son modelos de conocimiento y buen gusto; al personal de la casa Tostado, grabador, s.a. y del impresor Eduardo Casas; a la Editorial de Arte, S. A. y a su director Eugenio Fischgrund; al director general de Publicaciones de la Universidad, Enrique González Casanova y a Francisco González Guerrero y Manuel T. Moreno, de la Imprenta Universitaria, a Madita Block, que colaboró en la traducción y a José Antonio Pérez Porrúa, que facilitó a Fernández otro ejemplar de la obra original; y, naturalmente, a las altas autoridades de la Universidad de México.

Se trata de una reproducción facsimilar del libro de Linati publicado en Bruselas en 1828, *Costumes civils, militaires et religieux du Mexique*. «Joya bibliográfica ... por su importancia para el arte—nos dice Fernández—y para nuestra historia social y política». «Visión de la vida y costumbres del país, según se encontraba pocos años después de haber con sumado la Independencia». Es la segunda edición completa y la primera traducción al español, y «a más de un siglo de distancia... viene a constituir un homenaje al artista italiano que introdujo la litografía en México. — A. I.

1959

421. Carlos Fuentes. *La región más transparente*. México, Fondo de Cultura Económica, 1958, 464 págs. (Colección Letras Mexicanas núm. 38). [Año 25, No. 1/2, Enero - Abril, 1959, (pp. 110-111). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

La publicación de esta novela coloca a su autor en la primera fila de los escritores jóvenes de México. Su nombre, antes sólo conocido en el marco de su nueva generación literaria, ha pasado al gran público en el mismo instante de la aparición de su libro, a la vez calurosamente elogiado y violentamente combatido. Ningún otro, desde hace mucho tiempo, había producido una polémica tan acre y apasionada. La causa del escándalo está tanto en su forma como en su fondo. La novedad de su estructura, la audacia de su lenguaje y la presentación descarnada de algunos aspectos de la capital de México han producido extrañeza en la prensa y la crítica, cuando no repulsa e indignación, y por otra parte indudable reconocimiento de que ha aparecido un escritor diestro en la pluma y valiente en sus ideas.

La inversión y la simultaneidad del tiempo, la acción directa, que ocurre en el año 1951, y la retrospectiva, que va hasta los años de la Revolución en que nacieron sus personajes mezcladas, entrelazadas a veces hasta la exageración en los mismos párrafos, pero nunca sin maestría, no es capricho ni invención del autor, sino demuestra su conocimiento de la literatura de otros países. El reproche de quienes no la conocen está viciado de ignorancia, en primer término, y en segundo de ceguera reaccionaria frente a un intento literario ágil y renovador.

La procacidad del lenguaje de los bajos fondos mexicanos, así como la perversidad y el cinismo del de una nueva burguesía semiletrada y enriquecida, han levantado también la polvareda. Muchos de los ataques dirigidos a Fuentes nacen de una equivocada actitud nacionalista o, más precisamente, de una susceptibilidad patriótica desmesurada. Se le ha dicho que eso no es México, sino lo peor de México, y sin duda es así; pero reproducirlo es el oficio del escritor y nada menos que el deber del ciudadano. Quien lea atentamente estas páginas no encontrará ningún regodeo en las llagas de los ambientes que presenta, sino una fría y despiadada censura que, de hecho, es más constructiva que el silencio y el encubrimiento; y a cada paso, con pulso y discreción muy mexicanos, la fe del escritor en los más altos valores de su pueblo.

Las manchas de una época y la vergüenza de algunos personajes no justifican la vehemencia de los condenadores de *La región más transpa-*

rente. Eso hay en México pero no sólo eso hay en México, ni eso ocurre sólo en México. Bajo su luz transparente hay sombras, como la hay bajo las brumas de otros países, como en todas partes. No es esta obra un poema, no es un canto a las bellezas de la tierra ni a las virtudes de los mexicanos, sino una novela panorámica, una fotografía clara, una crítica incisiva. La que se le ha hecho vale, sin duda, menos que la suya, porque no puede presentar en su abono una obra tan bien escrita y tan vivamente organizada.

Soltura, fuerza y gracia tiene la prosa de Carlos Fuentes. Muy a menudo la señorea una amarga ironía, que a veces llega al más cruento sarcasmo. Su prosa es correcta y vigorosa a pesar de no pocas palabras extranjeras, casi siempre deliberada y sabiamente manejadas por el autor, aunque a veces se le escape algún anglicismo mal gobernado a quien, hijo de diplomático, ha vivido mucho tiempo en el extranjero. La plática de los salones elegantes está recogida con exactitud feroz: la desvergüenza pública o íntima, la ambición económica y la ambigüedad sexual, el descaro vestido de mundanismo, la prostitución envuelta en riquezas, aparecen y asquean. Profanan la cultura la cita retorcida que de grandes escritores hacen labios nauseabundos, la artera mención de ideas fríamente trastornadas, frívolamente envilecidas. Se oyen las voces perfumadas de hombres y mujeres corrompidos, para pasar de un golpe al giro pintoresco y a la palabrota del chofer y la prostituta. Los personajes, pocos de alto relieve moral, casi sin excepción infames o cobardes, son de carne y hueso. Hueso y carne mexicanos, pero—ya se ha dicho—no peores que los del ancho mundo en todos sus rincones.

Larga y riquísima, esta novela daría tema para un extenso estudio, útil para el literato, el novelista, el filólogo, el historiador, el psicólogo, el político. Es, indiscutiblemente, un trozo de realidad humana. Y debe hacerse, y pronto para que la justa y legítima alabanza ayude a conducir a su autor a la gran obra literaria que de él esperamos. —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

422. Teatro gauchesco primitivo. Buenos Aires, Ediciones Losange, 1957, 128 págs. (Colección teatro argentino). [Año 25, No. 1/2, Enero - Abril, 1959, (p. 114). Texto firmado por: A. I.]

Dirigida esta colección por Juan Carlos Ghiano, y con un amplio y documentado prólogo suyo, recoge cuatro obras del teatro gauches-

co primitivo —*El amor de la estanciera*, de 1780 a 1795; *El detalle de la acción de Maipú*, de poco tiempo después de esa acción guerrera, abril de 1818; *Las bodas de Chivico y Pancha*, más o menos de 1826; y el conocido drama hablado *Juan Moreira*, que dio fama al escritor Eduardo Gutiérrez en 1886 y al actor José J. Podestá—, cada una precedidas de datos y explicaciones muy útiles para los lectores no argentinos. «El teatro gauchesco—dice el señor Ghiano—no ha dado a la literatura rioplatense ninguna obra de la originalidad de los poemas del mismo género, ni ha completado una evolución consecuente en las transformaciones sociales, como la novela. Sus estrenos no pasan de proyectos bien intencionados, que interpretaban ciertos motivos regionales y ciertas posibilidades de comunicación con el público. Sin embargo, estos intentos destacan una originalidad, pronto desechada, que pudo ser la base de una auténtica dramática popular. En las relaciones de los dramaturgos con los cómicos y con el público deben rastrearse las causas que motivaron la ruina del teatro gauchesco, apresurada agonía que le impidió depurar los motivos». Señala el autor cómo y por qué el teatro argentino nació en los más decididos años de la independencia y renació en el más optimista de la reorganización argentina; destaca lo gauchesco en su ambiente, en sus temas, en sus diálogos; señala la vuelta a sancionadas retóricas, muy de la hora en toda América; hasta llegar a la pantomima *Juan Moreira*, a su matiz revolucionario, de la que sigue su marcha triunfante del circo al teatro. Podría llamarse este volumen el teatro gauchesco en la historia argentina y, sin duda, el señor Ghiano nos reserva obra mayor, esencial para el conocimiento y valoración de uno de los aspectos más importantes de la literatura hispanoamericana. —A. I.

423. *La cultura y la literatura iberoamericanas*. Memoria del Séptimo Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Berkeley and Los Angeles, University of California Press, y México, Ediciones De Andrea, 1957, 240 págs. (Colección Studium Núm. 16.) [Año 25, No. 1/2, Enero - Abril, 1959, (p. 121). Texto firmado por: A. I.]

En edición esmeradamente cuidada, con una breve «advertencia preliminar» de Luis Monguió, presidente de la Comisión de Trabajos del Congreso, esta Memoria reúne los veintiún trabajos leídos en Berkeley, en agosto de 1955, alrededor del tema central «La cultura iberoamericana vista a través de la literatura». Los precede y organiza el de Artu-

ro Torres-Rioseco, presidente saliente del Instituto, en el que, después de un detenido análisis y muy agudas observaciones, hace la defensa de la libertad de pensamiento y expresión en América, muy necesaria y oportuna siempre y de manera especial en aquel momento. Los dieciséis estudios correspondientes a la sección hispanoamericana, y los cuatro de la brasileña, juntan la aportación de eruditos y escritores de todo el Continente—María de Villarino, Enrique Anderson-Imbert, José Ferrer Canales, Kurt L. Levy, Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde, Max Henríquez Ureña, Bernardo Gicovate, George D. Schade, Edmundo García-Girón, Donald F. Fogelquist, David Bary, Hugo Rodríguez Alcalá, Alfredo Roggiano, Augusto Tamayo Vargas, Gustavo Correa, Jack H. Parker, Leo Kirschenbaum, Gerald M. Mosser y Erico Verissimo—al conocimiento de autores—José Hernández, Zorrilla de San Martín, Varona, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Huidobro, Ricardo Güiraldes, Sanín Cano, Mariátegui, Monteforte Toledo, Manuel Antonio de Almeida, Marques Rebelo, Bandeira—y temas generales de trascendencia. Hombres, obras, épocas y géneros y, en suma, las ideas y las letras de nuestros países aparecen vistos con devoción, autoridad y acierto en este utilísimo volumen. —A. I.

424. Alberto Ruz Lhuillier. *La civilización de los antiguos mayas*. Santiago de Cuba, Universidad de Oriente, Departamento de Extensión y Relaciones Culturales, 1957, 198 págs., 33 ilustraciones. [Año 25, No. 1/2, Enero - Abril, 1959, (p. 122). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Este volumen es el fruto de la esforzada y larga estancia del doctor Felipe Martínez Arango en México, dedicado a su vocación arqueológica, quien presenta al autor, invitado a la Universidad de Oriente para dar un cursillo de conferencias; y es una nueva muestra de la sabiduría de Alberto Ruz Lhuillier en la materia a que ha con sagrado su vida.

«Cultura mesoamericana», «Historia y cultura mayas», «Arte maya» y «Palenque y su tumba real» se titulan los capítulos de esta obra de divulgación, en la que el estudioso encontrará autorizados datos y muy originales puntos de vista, y en donde el lector común hallará un claro y ágil *abc* para el conocimiento de una de las más extraordinarias culturas de América. Además, las «Palabras de presentación» de Martínez Arango y la «Introducción» de Ruz tienen para todos el especial interés de que dan noticias poco conocidas sobre la vida y la obra del autor, tan ligado a Cuba como a México. «Gracias también a

la Universidad de Oriente—dice Ruz—he vuelto a ver a Cuba, tierra en donde nacieron mis antepasados paternos y en donde viví los mejores años de mi juventud; tierra cuyo drama histórico despertó ideales aún vigentes en mí, y en donde he dejado lazos indisolubles, pedazos de mí mismo». Aparte del mérito y la utilidad intrínseca de esta obra, quedan a la vista los de una universidad tan joven, tan viva y tan prometedora como es la de Oriente, cuyos profesores y estudiantes no abandonan la dedicación a las más altas tareas científicas a la vez que persisten en la defensa de los más nobles ideales. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

1960

425. Miguel Ángel Calcagno. *El pensamiento de González Prada*. Montevideo, Universidad de la República, 1958, 40 págs. [Año 26, No. 3/4, Jul. - Oct., 1960, (pp. 169-170). Texto firmado por: A. I.]

Forman este volumen cinco ensayos escritos para la mayor gloria de don Manuel González Prada, en los que la devoción va bien acompañada de un esmerado ordenamiento de sus ideas, aun cuando peca de brevedad esquemática. «La problemática peruana», «González Prada: ideoclasta», «Sus ideas políticas y sociales», «Posición religiosa y ética» y «Panorama de la estilística pradiana», son empeños tan apasionadamente emprendidos y acertadamente cumplidos como demasiado ambiciosos para tan breve espacio. El ambiente en que don Manuel desarrollaría su batalladora vida, las armas y las fuentes de las armas que esgrimió contra todo lo viejo y caduco en busca de un Perú vivo y libre, su filiación en el pensamiento y la prosa, están presentados con conocimiento de la materia y agilidad de pensamiento y de palabra, a menudo con originales puntos de vista que rectifican y suman en cuanto a lo que sobre el ilustre peruano se ha escrito hasta ahora. Con seguridad que éstas son las primicias de un libro mayor, en donde el señor Calcagno las completará con la buena orientación ya evidente. — A. I.

1961

426. Juan Larrea. *César Vallejo o HispanoAmérica en la cruz de su razón*. Córdoba, Argentina, Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, 1958, 284 págs. — Xavier Abril. *Vallejo*. Buenos Aires, Front, 1958, 264 págs. (Colección Ensayos, núm. 1: Poetas de hoy y de siempre). — Saúl Yurkievich. *Valoración de Vallejo*. Buenos Aires, Universidad Nacional del Nordeste, Escuela de Humanidades, 1958, 76 págs. [Año 27, No. 1, Enero, 1961, (pp. 45-46). Texto firmado por: A. I.]

A los veinte años de la muerte de César Vallejo, ocurrida en París el 15 de abril de 1938, la amistad entrañable de Juan Larrea y de Xavier Abril nos dan estas páginas transidas del más puro amor humano y de la más devota admiración literaria, y Saúl Yurkievich añade otras en que el empeño de objetividad crítica no estorba el estremecimiento con el que todos, ayer y hoy, han escrito sobre una vida y una obra en las que el elemento mágico sigue sobreponiéndose a sus excelencias estéticas. Quiere esto decir que el tiempo y la distancia no varían sino confirman y enaltecen, aun en los homenajes universitarios, esa seducción metafísica que caracteriza la voz del fino y hondo poeta peruano.

El libro de Larrea reúne la conferencia que le da título y que su autor sustentó en la Universidad de Córdoba el 15 de abril de 1957, maduración y síntesis, articulación mayor de la convergencia de circunstancias significativas en que ha fundado su consagración a «uno de los poetas, si no el poeta más auténtica y sustancialmente metafísico de cuantos conozco», seguida de notas tan bien enlazadas y tan iluminadoramente poéticas como la conferencia misma; un ensayo cronológico de la vida de Vallejo, «en el que se amplían los datos recogidos en las biografías anteriores y se corrigen algunos», y una selección de juicios y testimonios, preparados por los estudiantes Paiva, Zárate y Roldán de la Universidad de Córdoba; el artículo inédito de Vallejo, «Los enunciados populares de la guerra española»; la transcripción de los poemas del mismo que Larrea citó en su conferencia; una carta autógrafa e inédita; los tres dibujos en stencil, uno de ellos inédito, que de él hizo, tras de su muerte, Pablo Picasso; y «varias fotografías de las cuales dos nunca, hasta ahora, fueron publicadas».

Con no menor riqueza documental se abre el libro de Xavier Abril: tres retratos de Vallejo—cuando publicó *Los heraldos negros*, en 1918; en Versalles, en 1929; en *Madrid*, en 1931—, el stencil más conocido de Picasso, el retrato en su lecho de muerte y la mascarilla postmortem;

fotos de los hoteles de París donde vivió, de los cafés que frecuentaba, de *Les Presses Modernes* donde se editó su obra póstuma, de la clínica del Boulevard Arago donde murió, de su tumba en el cementerio de Mont-Rouge; una carta autógrafa dirigida a Xavier Abril y una copia del asiento de su ingreso y muerte en el hospital. Forman el texto dieciocho capítulos sobre la vida y la obra del poeta: «Los datos vitales», «Destinodolor», «El hombre», «La cárcel», «La muerte», «*Trilce y Poemas humanos*», «Darío y Vallejo», «Eguren y Vallejo», «Huidobro y Vallejo», «La influencia de Quevedo», «La enfermedad», «El espíritu de París» son títulos y subtítulos que pueden dar una idea del contenido de esta obra empeñosa y varia.

El libro de Saúl Yurkievich intenta, en cuatro capítulos sobre *Los heraldos negros*, *Trilce*, *Poemas humanos* y *España, aparta de mí este cáliz*, «comprender y valorar [su obra] en toda su medida..., andar el camino de Vallejo y revivir su aventura creadora». Sin las palpitantes raíces de conocimiento íntimo que dan un valor capital a los libros de Larrea y Abril, el de Yurkievich tiene el mérito de ser un estudio escolástico, de otra manera pero no menos fervorosamente realizado.

En lo que coincidirán todos los apasionados de Vallejo, lo sean por la huella directa que en ellos dejó el hombre bueno y profundo, o a través del fuerte y doloroso mensaje de su obra, es en celebrar esta creciente y viva presencia de su espíritu. — A. I.

427. Luis Córdova. *Lupe Lope y otros cuentos*. México, de Andrea, 1959, 70 págs. (Colección Los Presentes, 72.) [Año 27, No. 1, Enero, 1961, (pp. 49-50). Texto firmado por: A. I.]

Amor y valentía, ternura y violencia son el trasfondo de estos cuatro mexicanísimos cuentos de Luis Córdova —«Lupe Lope, la del Barrio de los Príncipes», «Cartucho quemado», «Don Gato» y «Elba, la del café de chinos»— en donde vertiginosamente pasan la vida y la muerte. En prosa suelta y fácil, en diálogos auténticos en cuanto a la psicología y a la expresión de sus personajes, con un muy bien retenido y limpiamente desenlazado elemento de suspensión, Córdova nos da la palpación de—los lugares—Oaxaca, Michoacán, la capital de México—, la estampa hierática de las mujeres de Tehuantepec, su fiel devoción por el amado, la firmeza del hombre contra la brutalidad del politiquero, la fría mano y la socarrona palabra de los matones y, al final, un cuadro común y corriente, como hay muchos, en un trazo vivo de cuatro pá-

ginas. Todas éstas, además de las antes publicadas, le dan sitio visible en el relato mexicano, de procedencia realista de la mejor especie, que hace recordar los mejores momentos—si no nos equivocamos—de don José López Portillo y Rojas. —A. I.

428. Octavio Paz. *El laberinto de la soledad*. Segunda edición revisada y aumentada. México, Fondo de Cultura Económica, 1959, 196 págs. (Colección Vida y pensamiento de México.) [Año 27, No. 1, Enero, 1961, (pp. 53-54). Texto firmado por: A. I.]

Nueve años después de la primera edición reaparece esta obra, cuya trascendencia señalamos entonces en estas mismas páginas. El ceñido discurso mental, la exquisita sensibilidad, la intuición poética, la prosa tan estremecida como bien gobernada, cuanto de clarividente y de hermoso hay en *El laberinto*, vuelven a subyugarnos y nos sorprenden tanto como antes. Parece como si el libro hubiera crecido, como si su autor hubiera dado ahora más hacia el centro del blanco. Esta sensación se explica por el valor permanente del libro, porque los perfiles de México se precisan día por día y porque, al mismo paso, se ha fortalecido y renovado el prestigio del ensayista y del poeta. No cabía duda—y menos duda cabe hoy—de que estos capítulos de Octavio Paz marcan una culminación y un punto de partida, a la vez, en el buceo que los mexicanos venimos haciendo en el alma de nuestro pueblo. —A. I.

429. *Cartas del Libertador*. Tomo XII (1803-1830) Compilación y notas de Manuel Pérez Vila. Caracas, Fundación John Boulton, 1959, 470 págs. [Año 27, No. 2, Abril, 1961, (p. 173). Texto firmado por: A. I.]

Como homenaje de la Fundación Boulton al historiador venezolano don Vicente Lecuna, fallecido hace cinco años, aparece este volumen, importante por cuanto agrega y aclara sobre la vida de Simón Bolívar, a la vista del lector con la sola lectura de la documentada introducción, «Las grandes colecciones bolivarianas» y las cuidadosas notas de don Manuel Pérez Vila. El mayor núcleo lo forman las cartas inéditas microfilmadas en Bogotá y transcritas en Caracas por la Fundación Boulton; las que el doctor Lecuna publicó en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, ahora facilitadas por la Fundación Lecuna y aquí ordenadas; y los documentos, no menos valiosos, localizados, en su mayor parte en los Estados Unidos, por el doctor J. León Elguera, del

North Carolina State College, amén de numerosas aportaciones menores. El índice de personas, materias y lugares, y el de documentos, permiten el rápido estudio y cotejo de estas páginas, sin duda fundamentales para el mejor conocimiento del Libertador en todas sus ricas facetas. —A. I.

430. Ángel Bassols Batalla. *Mi teniente Ambrosio y otros relatos*. México, De Andrea, 1960, 80 págs. (Los Presentes, 78). [Año 27, No. 3/4, Jul. - Oct., 1961, (p. 355). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Una profunda emoción ante la belleza de la tierra mexicana—descrita aquí, a menudo, con maestría de geógrafo—, una fe absoluta en los destinos de su pueblo y un juvenil fervor por las luchas sociales de esta hora, inspiran los ocho títulos de este libro. Más relatos que cuentos, todos autobiográficos, y casi siempre de prédica revolucionaria, muestran ya el buen escritor en ciernes que en 1954 vimos en sus *Relatos mexicanos*, que ahora se supera en la estoica y tierna «Despedida de mi padre». —ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

431. Frederik S. Stimson. *Orígenes del hispanismo norteamericano*. México, De Andrea, 1961, 136 págs., (Colección Studium, 29). [Año 27, No. 3/4, Jul. - Oct., 1961, (p. 361). Texto firmado por: A. I.]

Destaca el profesor Stimson los cuatro períodos de la preocupación norteamericana por el mundo español y de la influencia literaria que éste ha ejercido en los Estados Unidos: antes de 1830—al que está consagrado su libro, salvo las páginas sobre «Influencia cubana» y «Plácido en los Estados Unidos»—, de 1831 a 1864, hasta la guerra del 98, y después de ella; y divide su estudio en los siguientes capítulos: «Influencia hispánica en las primeras novelas»—muy valioso y sugestivo es cuanto dice de Francis Berriam y la influencia hispánica en el romanticismo norteamericano—, «Influencia hispánica en las primeras obras teatrales» [y] «...en las primeras poesías», y «Fuentes literarias utilizadas por los novelistas, dramaturgos y poetas». El hondo y sostenido entusiasmo del autor, su conocimiento de «las tres fuentes principales, España, Hispanoamérica y el oeste de los Estados Unidos», la investigación esmerada y el dato seguro, hacen desear que su trabajo cubra pronto, para bien de nuestra común historia cultural, el amplio tema que con tanta autoridad maneja. —A. I.

432. Fernando Alegría. *Breve historia de la novela hispanoamericana*. México, De Andrea, 1959, 280 págs. (Manuales Studium, 10.) [Año 27, No. 3/4, Jul. - Oct., 1961, (p. 364). Texto firmado por: Andrés Iduarte]

Con justo aplauso ha recibido la crítica este trabajo del escritor chileno Fernando Alegría, profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de California. A la larga acumulación de papeletas y a su juiciosa selección, al equilibrio de sus capítulos, a la cita oportuna y sobria y a la sencillez de los índices—está a la vista el estudioso experimentado en la biblioteca y la cátedra—, se suman el entusiasmo de una mente tan madura como juvenil y la agilidad de una pluma que nos solaza con digresiones pertinentes y enfoques tan novedosos que a veces parecen lindar con el atrevimiento.

El autor ha logrado lo que pretendía: un estudio vivo, no una bibliografía «con ojo de notario», ni un tedioso encadenamiento de referencias, sin que por ello falte solidez ni haya apresuramiento o descuido. Sin dejar de tener presentes sus bien escogidas fuentes, añade aquilatación —por ejemplo— al tema de los orígenes, enriquece la discusión sobre Fernández de Lizardi, muestra información de primera, y entendimiento de mexicano, ante la novela de la Revolución, recorre con tino la del XIX y con seguridad la contemporánea y siempre sobrepasa, lo que es verdaderamente excepcional, las limitaciones nacionales tan frecuentes en los manuales hispanoamericanos.

No una reseña, sino capítulos y hasta libros de comentarios y respuestas puede suscitar el de Alegría. Aquí baste decir que pega en el blanco, tanto en cuanto al estudiante como al lector común: les da una autorizada y brillante guía para la exploración de nuestra novela. — ANDRÉS IDUARTE, *Columbia University*.

433. *Los toros en la literatura contemporánea*. Madrid, Taurus, 1959, 312 págs. [Año 27, No. 3/4, Jul. - Oct., 1961, (p. 365). Texto firmado por: A. I.]

La recopilación de Miguel de Salabert y la portada y las ilustraciones de Francisco Moreno Galván, al cuidado de Jorge Campos, nos dan este bello y nuevo libro, hecho en Maribel Artes Gráficas, sobre el viejo tema de los toros en la literatura. De Larra a Camilo José Cela, en páginas tan españolas como las de Galdós, Blasco Ibáñez, Valle-Inclán, Baroja, el uruguayo Carlos Reyles, y al lado de las de Papini, Waldo Frank y Hemingway, Peyré y Montherlant, aparece toda la fuerza y la gracia del tremendo espectáculo visto desde dentro y desde fuera. — A. I.

434. Daniel Moreno. *Figuras de la Revolución Mexicana*. México, De Andrea, 1960, 112 págs. (Biblioteca Mínima Mexicana, 33.) [Año 27, No. 3/4, Jul. - Oct., 1961, (p. 370). Texto firmado por: A. I.]

Por estas breves páginas hace desfilar Daniel Moreno a los más importantes hombres de la Revolución Mexicana, desde «Los precursores», y a través de «los del Maderismo», «...de pensamiento», «...de armas», de «La lucha social», y hasta los de «La Revolución en el poder», para cerrarlas con el escenario—las caballerías, los ferrocarriles, las soldaderas—y una noticia sobre la literatura de la época. El tema, vastísimo, no ha impedido que el autor ponga esmero en la biografía de sus personajes, y aun en las sintéticas pero útiles bibliografías. — A. I.

1963

435. Arturo Usler Pietri. *La ciudad de nadie*. Buenos Aires, Losada, 1960, 172 págs. [Año 29, No. 1, Enero, 1963, (p. 76). Texto firmado por: A. I.]

Ensueño y realidad, paseo y estudio, emoción y pensamiento, hallazgo y análisis, todo eso está en el libro de viaje del agudo crítico venezolano. Las sesenta primeras páginas, que le dan título, son lo más amplio y elaborado, y resisten la comparación con cuanto de bueno se ha escrito sobre Nueva York, desde José Martí a Paul Morand; pero, sin embargo, no son lo mejor del libro. A pesar de los años que Usler vivió aquí, su barca se desliza mejor por Europa, en la España que conoce y ama, en la Italia que estudia y venera, en el París que lo fascinó desde su feliz juventud, en el Cercano Oriente donde se le juntan el atisbo original y el recuerdo de sus lecturas de estudioso incansable. Sobre tierras y hombres hay páginas de antología que vienen a sumar no poco a la obra firme y brillante de este alerta y emocionado escritor que se supera a cada empeño. — A. I.

436. *Algunos aspectos de la cultura literaria de Mayo*. Buenos Aires, Universidad Nacional de la Plata, 1961, 312 págs. [Año 29, No. 1, Enero, 1963, (p. 79). Texto firmado por: A. I.]

Homenaje de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la educación de la Universidad Nacional de la Plata en el sesquicentenario de la Revolución de Mayo, esta obra cumple su propósito de evocar aspectos relacionados con las manifestaciones culturales en los días de la independencia argentina. El ciclo de conferencias que aquí se recoge logra un análisis de la literatura de la época y de su posterior desarrollo. Muy valiosos son, entre otros trabajos, «Los modos expresivos de la literatura de Mayo» de Ángel J. Battistessa, «Bartolomé Hidalgo entre los poetas de Mayo» de Juan Carlos Ghiano, «Mayo y el romanticismo literario» de Ángel H. Aceves, y los que tratan del «aporte poético de Rubén Darío», de María C. Garat, de Lugones y Banchs de Nelva E. Zingoli y de Alfieri en el teatro de Juan Cruz Varela, de Alma Novella Marani, amén de otros consagrados a temas más distantes del lector no argentino. — A. I.

437. Carlos B. Quiroga. *Sarmiento (hacia la reconstrucción del espíritu argentino)*. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1961, 292 págs. [Año 29, No. 1, Enero, 1963, (p. 79). Texto firmado por: A. I.]

Nadie leerá este libro sin emoción. Lo primero que le saltará a los ojos, y lo interesará desde antes de abrirlo, es que un Quiroga escriba sobre

Sarmiento, así como Sarmiento escribió sobre Quiroga. No olvidamos que el apellido, de rango en la Argentina, está en el propio árbol genealógico de don Domingo, sino señalamos que estos dos nombres coinciden otra vez, al revés, en la literatura.

Y la emoción y el interés aumentarán a medida que entremos en la obra. Muy estudiado está el tema, no es fácil revelar novedades en tomo a la obra del gran argentino: con esos escollos se encuentra el autor al repasar su vida, sus libros y sus ideas. Pero, aun en lo muy trillado, su pasión agrega sugerencias y luces, y muy vivamente en los capítulos sobre la «Psicología de Sarmiento», «Polémica», «Nuestra polémica con otros autores» y «Juicio sobre Sarmiento». El desembarazo y el ímpetu del biógrafo no hubieran desagradado al biografiado. — A. I.

438. *Antología crítica de José Martí. Recopilación, introducción y notas de Manuel Pedro González. México, Publicaciones de la Editorial Cultura, 1960, 546 págs. José Martí, esquema ideológico. Selección, prefacio, glosas y notas por Manuel Pedro González e Iván A. Schulman. México, Publicaciones de la Editorial Cultura, 1961, 556 págs. [Año 29, No. 1, Enero, 1963, (pp. 79-80). Texto firmado por: A. I.]*

Estos dos libros «mellizos» —como, con razón, el profesor González los llama— merecen el más cálido aplauso, naturalmente dirigido a quienes los formaron con tanto fervor como pericia, al Departamento de Actividades Culturales de la Universidad de Oriente, a la Comisión Nacional del Centenario de José Martí y a cuantas instituciones y personas ayudaron a que se publicaran. Sin exageración puede decirse que quien quiera conocer lo fundamental de la obra de Martí y de lo que sobre ella se ha escrito, podrá encontrarlo en estas mil ricas y bien organizadas páginas.

En buena síntesis y con infalible acierto han sido recogidos en el primer volumen los trabajos de Darío, Unamuno, De los Ríos, Onís, Gabriela Mistral, Chacón y Calvo, Juan Ramón Jiménez, Jorge Mañach, Medardo Vitier, entre otros destacados críticos, que fijan el alto sitio que el cubano tiene en las letras hispánicas; y, de igual manera, se ha puesto en el segundo cuanto aquél escribió de más mérito en verso y prosa, y lo más característico de su pensamiento sobre teoría y expresión literarias, filosofía, estética, política.

La combativa prosa del profesor González será causa natural de no pocas polémicas; pero aquí no tenemos por qué entrar en ellas, sino

dejar constancia de nuestra admiración a una noble labor, esforzada y sabiamente cumplida. — A. I.

439. Juan Liscano. *Rómulo Gallegos y su tiempo*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961, 269 págs. (Biblioteca de Cultura Universitaria, No. 5). [Año 29, No. 1, Enero, 1963, (p. 81). Texto firmado por: A. I.]

Tres excelencias resaltan en todas las páginas de este libro: el conocimiento hondo y directo que el autor tiene de la persona y la obra de Rómulo Gallegos, el amor que ha puesto en su trabajo y una fina sensibilidad poética dentro de una buena preparación en las letras contemporáneas de Europa y América. Alguien pensará a primera vista que, precisamente por la amistad que une al joven Liscano con el maestro Gallegos, puede haber aquí pecado de subjetivismo. Lo extraordinario es que no hace juicio sin apoyatura en numerosos hechos y sólidas razones, y que algunos de aquéllos alcanzan extremos de severidad.

Lo más valioso del estudio de Liscano está en haber hecho a la vez crítica y biografía, como lo promete desde sus primeras líneas. Si siempre es lamentable convertir al escritor en un insecto bajo la lupa impertinentemente clasificadora, en el caso de Gallegos lo sería aún más. El perfecto ensamble de su vida y su pensamiento, de su guía apostólica y su alegoría novelesca, aparece ahora expuesto e interpretado como en ninguno de los libros que se le han dedicado. La sabana, doña Bárbara, la dictadura; Luzardo, la enseñanza, la democracia; la literatura cívica y el apostolado moral de un escritor venezolano sabio y valiente se nos dan aquí en una sola pieza sin que la crítica se transforme en simple alegato o elogio político. La numerosa cantidad de datos desconocidos sobre la vida íntima y pública de Gallegos y en lo que se refiere a la elaboración de sus obras dan rango de fundamental a este estudio de un escritor de buena prosa y ágil inteligencia sobre uno de los grandes maestros de América. — A. I.

1964

440. Demetrio Aguilera Malta. *La caballeresa del sol. El gran amor de Bolívar. Novela histórica. Episodios americanos 1.* Madrid, Ediciones Guadarrama, 1964, 416 págs. [Año 30, No. 3/4, Jul. - Oct., 1964, (p. 309). Texto firmado por: A. I.]

En cuatro grandes partes —«Torbellino», «El triángulo», «La Coronela» y «Derrumbe»—, que ciertamente son las que forman la novelesca vida de Doña Manuela Sáenz, nos regala Aguilera Malta una viva imagen de la extraordinaria mujer y de su tiempo. Bien adentrado en el conocimiento de la época, larga y cuidadosamente documentado en cuanto a los personajes que al lado de ella maneja y sin que falle su juicio crítico en la admiración de la egregia figura del Libertador Simón Bolívar, nos ofrece aquí la más seductora estampa de su heroína. Ninguno de los estudios ni ninguna de las páginas novelescas que se han escrito sobre ella supera en interés, en gracia y en fuerza este episodio americano. «Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio» — como Rodó vio a Bolívar, como éste lo fue — aparece en todas sus páginas y, junto a él, su gran amor de la madurez. En su género, este libro, sin duda, es un triunfo indiscutible, buen anuncio de los demás volúmenes que seguirán y que ya esperamos entusiastamente sus lectores. — A. I.

441. Julio César Chaves. *Unamuno y América.* Edición de homenaje del Instituto de Cultura Hispánica a Don Miguel de Unamuno en el primer centenario de su nacimiento. Prólogo de Joaquín Ruíz-Giménez. Madrid, Talleres sucesores de Rivadeneyra, 1964, 572 págs. [Año 30, No. 3/4, Jul. - Oct., 1964, (p. 315). Texto firmado por: A. I.]

Una honda devoción y un largo esfuerzo hizo posible la publicación de este valioso volumen, en el que cooperaron de diversa manera el doctor Gregorio Marañón, doña Felisa de Unamuno, don Manuel García Blanco, don Arturo Capdevila y muchas personas más, de España y América, conocedores o en alguna forma relacionados con la vida y la *papelería* — como Martí dijera de la suya — de don Miguel, a quienes el autor menciona en acción de gracias. En treinta y ocho capítulos nos presenta cuanto Unamuno dijo de nuestra América y nos lo hace vivir por día en su correspondencia o en su trato con hispanoamericanos de todas las latitudes. Es extraordinario y digno del mayor elogio que el señor Chaves haya podido organizar, con disciplina y claridad de muy pocas y pasajeras fallas, el inmenso material recogido sobre don Miguel y América en años de lectura,

investigación, consulta y factura. Destaca aquí y ahora, más que nunca, la continua dedicación de don Miguel a los temas hispanoamericanos Y, a través de los más altos valores literarios y cívicos de nuestra historia, queda más unido a Hispanoamérica de lo que creen quienes superficialmente conocen su obra y su espíritu. De casi todos los escritores hispanoamericanos habló, no se le escapó ninguno de mérito, y en el más alto pedestal están, como deben estar, Bolívar, Sarmiento y Martí. Su buena doctrina literaria y lingüística, sobreespañola, panhispánica, queda a la vista en este tesonero estudio, y exige que otros autores acometan su continuación y su revisión. Unamuno y América y, no menos, América en Unamuno, completaría el conocimiento de su vida y su obra extraordinarias, y sería, al mismo tiempo, la más lúcida expresión del monólogo y el diálogo de España y América durante un siglo de ruptura y de reencuentro. — A. I.

442. Emilio Bobadilla (Fray Candil). *Selección de poemas*. La Habana, Universidad de La Habana, 1962, Vol. I, 330 págs.; *Crítica y sátira*. 1964, Vol. II, 372 págs. (Biblioteca de Autores Cubanos.) [Año 30, No. 3/4, Jul. - Oct., 1964, (p. 316). Texto firmado por: A. I.]

Contiene el primer volumen cincuenta y ocho poemas de Fray Candil, tomados de sus hoy inconseguibles libros *Relámpagos*, *Mostaza*, *Fiebres*, *Vórtice* y *Rojeces de Marte*, así como de la revista *El Fígaro*. El exhaustivo trabajo que Elías Entralgo leyó en la Academia de la Historia de Cuba en 1957, ocupa las primeras 228 páginas.

Forman el segundo volumen treinta y ocho artículos recogidos de *Reflejos*, *Escaramuzas*, *Al través de mis nervios*, *Triquitraques*, *Solfeo*, *Baturrillo*, *Grafomanos de América*, *Sintiéndome vivir* y *Muecas*, otro artículo del semanario *El Ensayo* y una de sus «Cartas integristas. De Perfecto a Vitorino», de *La República Cubana*.

La exhumación de la obra de Fray Candil es muy acertada y se imponía desde hace mucho tiempo. Además de la independencia de su criterio, de su valentía crítica, de su gracia siempre viva aunque a veces caiga en el exceso, de su constante y buena información de las letras y aun de las ciencias europeas, Fray Candil cubre una brillante y vasta época de las relaciones literarias entre Hispanoamérica, España y Francia. Mucho aprenderá de ella quien se asome a este hispanoamericano y español de Francia, a este raro y admirable caso de parisiense que conoció y saboreó lo mejor de Europa sin perder su hondo patriotismo cubano ni su justo sentido hispánico. — A. I.

1965

443. CON RÓMULO GALLEGOS EN ESPAÑA. [Año 31, No. 1/4, Enero - Octubre, 1965, Homenaje a Ángel del Río, (pp. 230-235). Texto firmado por Andrés Iduarte]¹

¿Dónde, cuándo nos llegó su nombre? ¿En el París de 1928, durante su segundo viaje por Europa?... Quizá en la librería de mi noble amigo aragonés Juan Vicéns de la Llave, generoso divulgador de las letras de España y América entre los jóvenes que allí formamos el más amado círculo de nuestra vida. O más probablemente —porque su prestigio estaba todavía limitado a Venezuela— en mis frecuentes pláticas con los estudiantes antigomecistas del Barrio Latino. ¿O hasta la primavera de 1929, acabada de salir *Doña Bárbara* de las prensas de la Editorial Araluce?...

Sí sé que no me la llevé en mis cajones de libros a la quinta de Gabriela Mistral en Bédarrides de Vaucluse, que no la leí en los cuatro meses —de abril a agosto— que allí pasé, y que la dueña de la casa nunca la comentó en nuestras conversaciones. Es un hecho que aún no situaba a Gallegos en «el abecedario que todo hispanoamericano debe deletrear de día y de noche» —son palabras suyas—, esto es, al lado de José Eustasio Rivera y Ricardo Güiraldes, dos de sus más permanentes devociones. Ya en el Madrid de 1933 la oí repetirle a todo el mundo que en la gran novela ella encontró la más vigorosa expresión de su propia y constante prédica contra la violencia americana. Yo adquirí *Doña Bárbara* en la *Librairie Espagnole* de Vicéns en octubre o noviembre, cuando me enteré del premio que en septiembre le otorgó en Madrid aquel jurado de escritores de primerísima fila. Y creo que Gabriela la leyó por estos mismos meses.

De 1930 a 1932, de vuelta en México, tuve más amplias noticias de Gallegos por Diego Córdoba y otros amigos venezolanos con los que me reunía en la casa de mi acaudalado y pintoresco coterráneo y pariente don Antenor Sala. Allí me enteré de cuanto había que leer de él, además de *Doña Bárbara*, y de lo que más nos importó a mí y a los estudiantes que en ella fundamos el Centro de Lecturas y Conferencias: que ya estaba en destierro por decreto suyo espontáneo, el fuerte brazo apretado al de sus discípulos, encarcelados, torturados y asesinados en la Rotonda y el Castillo de Puerto Cabello.

¹ Este artículo se encuentra en el volumen Andrés Iduarte, *Veinte años con Rómulo Gallegos*. México, Ediciones Humanismo en Homenaje a Rómulo Gallegos, 1954 y en la edición venezolana de Caracas, Monte Ávila Editores, 1969, pp. 55-82.

¡Así lo queríamos!... Nos entusiasmaban la prosa vital, el amor al campo y al pueblo de América y su mensaje civilizador, que desde el primer momento supimos hermanado con el de Sarmiento. También nosotros nos sentíamos en pugna con la barbarie, y en el propio contorno y en la propia sangre veíamos bullir a Santos Luzardo. Santidad y luz y ardimiento, pureza y cultura y combate ¿no eran los sueños y los ideales de mi generación universitaria?... El defensor de las libertades humanas nos sedujo tanto o más que el escritor o, dicho mejor en uno, el escritor como defensor de las libertades humanas. Para eso estudiábamos, para eso había que vivir: para «desbravadores de la selva». ¿Quién lo era tanto como Rómulo Gallegos? ¿Y quién —preguntamos ahora— lo ha sido más?...

Entonces empezó a entrar en el santuario hispanoamericano donde, en alto y en el centro, estaba José Martí. En ese sitio colocó al gran cubano la semilla dejada en México por los patriotas que allí hicieron casa desde la Guerra de Diez Años, la semilla regada por don Justo Sierra en la hora de Dos Ríos y, años más tarde, por Pedro Henríquez Ureña en el Ateneo de la Juventud. Así comenzó Rómulo Gallegos a ser el rector de nuestra fraternidad con los venezolanos, nacida cuando Vasconcelos puso su bandera en nuestras manos todavía infantiles, y crecida en el fuego de la prosa de Rufino Blanco Fombona cuando en el rescoldo de la Revolución Mexicana empezamos a vivir, a arder. Pero fue en Madrid, recién desembarcados en 1933 de nuestro segundo viaje a Europa, donde entró de lleno y más que nadie en nuestra sangre. Esta era tierra abonada para recibir su enseñanza de reflexión, de serenidad, de verdadera fortaleza. Muy jóvenes aún y en pleno, abierto y peligroso camino, pero también en el de regreso porque llevábamos heridas que a su lado se hicieron firmes cicatrices.

En Martí y en Gabriela habíamos hallado ya la luz de la buena pelea, de la pelea sin odio; pero aun en ellos mismos alumbraban y quemaban los soles y los rayos de la polémica. No iba Rómulo a quitarnoslos, porque para su fortuna y la de su patria nunca salieron de su corazón de héroe civil, pero sí a darnoslos cernidos y gobernados por la templanza y la bondad bien maridadas. Hallazgo, premio, bendición, camino de Damasco fueron su callada cercanía, su silenciosa vigilancia, su discreta docencia —respetuosa aun de las mayores discrepancias, de los peores yerros—, su protectora amistad. La guía y el consuelo nos llegaban con la mejor elocuencia: el rostro plácido, la insinuación recatada, la alusión aparentemente casual, la advertencia por

carambola, el cuento campesino y la sabia y honda moraleja con más o menos clara dedicatoria, y —cuando era indispensable— la llamada de atención enérgica y redonda, llana, llanera. Sí, así, sólo así se expresan la hombría y la hombría de bien.

El ató las puntas rotas de nuestras dudas, juntó los cachos que pudieron quedar sueltos. ¿Qué regalo más milagrosamente oportuno que el encuentro con Rómulo Gallegos? ... Llegó en el momento preciso para mí y para todos los jóvenes que en España lo rodeábamos.

Ya he contado cómo lo conocí en la Casa de las Flores de Madrid, en su apartamento de la calle de Hilarión Eslava. En una habitación sencilla y soleada me recibió sin cumplidos ni literaturas, sentado ante su mesita de escribir, máquina *Underwood* en ristre. No hablamos sólo de las tiranías de América, sino de los más íntimos torcedores, como si nos hubiéramos conocido toda la vida. Sentí sobre mí, sólo por un instante, su ojeada de maestro y de novelista, de conocedor y creador de hombres. Sabía entender las palabras y descifrar los silencios de los jóvenes. Él tenía entonces cincuenta y un años; yo, veintiséis. Me reconfortaron la mirada quieta, la mano firme, la voz varonil, la palabra breve, el oído atento, la risa bondadosa y aquel terminar con una cordialidad segura, entera, animadora:

—Aquí hará usted su vida, como la estoy haciendo yo. No regrese a París, quédese en Madrid... Y aquí está su casa.

Y apareció su esposa, blanca y pálida, sencilla sin timidez, dulce sin mieles, de tiernos ojos que sin ser religiosos de observancia ya miraban al cielo, que siempre miraron al cielo. Era doña Teotiste Arocha, la compañera, la hermana, la hija, la administradora de la poca renta que dan el trabajo y la integridad, la suave heroína de todos los trances de ayer y de mañana:

—Se quedará a comer... Hay un buen mondongo venezolano.

—Sí, sólo nosotros... y los muchachos.

Eran Gonzalo Barrios, inteligente y sagaz, alegría y simpatía en los ojos penetrantes y vivaces, de palabra aparentemente precipitada en la que cada una venía de muy lejos y daba certeramente en el blanco; y Juan Oropesa, «el hermano Juan» —así lo llamamos siempre—, lento de movimientos y cordial de rostro y ademanes, cargado de libros y de ideas, envuelto en carnes muy mayores que las del mexicano largo, flaco y colorado, que se excusaba:

—Pues traiga otro día a su esposa. Y habrá mondongo... o habrá lo que haya.

Vengan.

Y el hombre, y la compañera, y los hermanos menores, me dieron la primera sensación de casa mía en tierra española tan amada pero tan lejana de las nuestras del Golfo y el Caribe.

Fue en los veraneos de Beluso de Galicia, en 1934 y 1935, donde estuve más cerca de él. Ya lo conté, y él también lo contó en ocasión memorable: «Nos conocimos sufriendo destierro tú y yo —dijo en México, en 1954—, nos acercamos la mutua intimidad, atormentada y dolorida, en la dulce Galicia pescadora y labradora de ría serena y frutosa huerta; oímos la canción andariega por los floridos senderos de monte abajo, hacia el marino remanso donde hubiese fondeado la barca del pescador que algo traería, o de cuesta arriba, a través de la serena soledad del pinar, con silbos de mirlo adornado el saudoso silencio, y a la tonada morriñosa del cantar marinero y campesino en la vieja lengua añoradora, le acercamos la nostalgia de tu México y mi Venezuela, para que nos la acariciara». Sí, ambulábamos por carreiriños y playas, yo buscándole consuelo, y él dándomelo con su charla sobria, tranquila, segura. Por la calle madrileña sólo anduve con él en grupo, y en grupo estábamos siempre en la mesa de su casa. Si no me engaña la memoria, en las largas caminatas madrileñas lo acompañaban Gonzalo Barrios o Alberto Fernández Mezquita, nuestro entrañable amigo gallego. Eran los únicos que lo trataban de tú (Rómulo nos tueaba², naturalmente, a todos). Recuerdo varias salidas con toda la familia —Rómulo, doña Teo y los muchachos—: para darle lectura a varios capítulos de *Canaima* en la Sociedad de Escritores y Artistas; cuando le rindieron homenaje en el Hogar Americano, poco antes de su regreso a Venezuela; y, en compañía de Gonzalo Barrios y Víctor García Maldonado, a invitación del Licenciado Narciso Bassols, para comer en el Mesón del Segoviano. De esta reunión, en la que hombres tan valiosos en el orden moral y en el intelectual departieron sobre el momento y el porvenir de España y América vistos desde ángulos políticos distintos, hablaré largamente otro día. Pero, solos los dos, creo que sólo salimos en Madrid para visitar a Gabriela Mistral.

Veo muy clara la escena en el Consulado de Chile, en la calle de Menéndez y Pelayo. Gabriela en un silloncito, iluminada por la sonrisa que hacía de ella la mejor Gabriela; y Rómulo en una silla, un poco serio y adusto, como siempre que no está en la más absoluta intimidad.

² [Nota del editor]. Con una errata en el original, debe decir “tuteaba”.

Hablamos de nuestros males y nuestras esperanzas hispanoamericanas y españolas, como quien habla en familia de las desgracias y alegrías de la casa. Gabriela pasaba a menudo de su luminosa sonrisa a la espada flamígera que tan bien manejaba, y Rómulo le quitaba ímpetu a sus mandobles arcangélicos suavizando condenas, mitigando reproches, llevándonos a todos a tierras de realidad, con la visión objetiva y el empeño incesante de ser justo que caracterizan su obra política y literaria. Y llegado el momento de cambiar la conversación —conocíamos bien su infalible sistema— el hombre reservado se abría y hablaba largo, en frases insinuantes como las de sus más venezolanos personajes, abarcando y enlazando todo lo dicho como quien alza y gira el brazo, lanza la cuerda y tumba y maniata la bestia encabritada de la palabra. No tengo a mano—aquí en Nueva York— todos mis apuntes de entonces, pero habrá ocasión de reconstruir ésa y otras charlas.

Ahora me lleva a aquella tarde un sugestivo artículo de Pedro Juan Labarthe, publicado en la muerte de Gabriela, en 1957, en donde cuenta que, tras la primera entrevista de los dos grandes americanos —concertada por Labarthe aquí en Nueva York—, la gran chilena le confió que veía en Rómulo un «centauro tímido», por supuesto que de la manera más admirativa. La frase es preciosa, pero sería mejor decir «centauro domeñado por sí mismo», porque la timidez de Rómulo existe hasta que él quiere, hasta que cree llegado el momento de soltar la rienda y entrar a saco en donde sea necesario y justo entrar. Al mistral de pasión profética de Gabriela le acercaba Rómulo el milagro de la razón, y ella lo acogía alegre y calurosamente. Y en lo que digo no hay ni puede haber ninguna disminución de una mujer a quien Rómulo admiró y admira tanto, y tan decisiva en mi vida entonces y años antes de lo que cuento, sino el propósito de verlo a cada uno en su peculiar grandeza—¡qué bien les queda esta palabra a los dos, qué mal a tantos!—, Gabriela poniendo luz y fuego en cuanto tocaba, y Rómulo tomándolos con las fuertes manos para que fueran útiles y eficaces.

Allí le dijo Gabriela a Rómulo (ahora sé, por el artículo de Labarthe, que era en ella vieja preocupación):

—¿Y por qué me llama *Doña*, Doña Gabriela?

—Por el respeto y la admiración que le tengo.

—Entonces voy yo a llamarle a usted don Rómulo.

—Bien. Llámeme como quiera. Pero yo tercié:

—Y si a los dos les digo yo por su primer nombre desde que los conozco, Gabriela y Rómulo, ¿por qué no van a hacerlo ustedes?

—Tenía que ser un mexicano quien tendiera el puente —dijo Gabriela, otra vez con su mejor sonrisa.

Y allí se rompió el turrón, sin llegar, es claro, hasta el tuteo.

Se habló de un amigo de Rómulo que en las calles de Caracas había matado a su agresor en legítima defensa de su vida, y entramos al tema de la violencia americana, de la roja gloria del matador, de *Canaima* — ya Rómulo había escrito algo de ella, y la traía en el entrecejo —, de la sombría deidad de los guaicas y los maquiritares, y Gabriela dijo:

—¿No estaría usted más contento, y su amigo también, si se hubiese dejado matar?

Rómulo contestó:

—No, no tanto. Para Venezuela, para su familia y para nosotros, es mejor que él, que es el bueno y fue el agredido, viva, y no que viviera el malo que produjo el lance. ¿No le parece?

—Pero ¿y su alma?

Y Gabriela encaminó la conversación hacia el tema religioso, al que entró Rómulo hasta el momento de echar el lazo y maniatarlo.

De vuelta en su casa, Rómulo me dijo:

—Gabriela tiene, además de su genio poético, dignidad, magestad espiritual. Pero en ese punto exagera: ¿crees, tú que la conoces, que ella se dejaba dar más de un alfilerazo?...

En el cuarto de los muchachos de la quinta de Beluso discutíamos, hasta sacar chispas, otro visitante y yo. Atribuía los males del México de entonces a la raza aborígen, y yo hacía su elogio seguro de sus muy altos quilates de ayer y de hoy, primero entristecido y luego molesto de ver el pobre prejuicio en persona de mi afecto:

—Parece mentira que tú, vasco y francés de sangre y de cara, reniegues y te empeñes en ser indio.

—No, renegar nunca, de nada. Soy mexicano, por siglos lo han sido mis abuelos de allá y de aquí, en mis venas y en mi espíritu están lo maya y todo México. Soy mexicano, y muy a gusto.

El tono se fue amargando:

—Cuando a México vaya un millón de europeos que meta en cintura a tus indios rellenos de ají, México andaré.

Mi respuesta fue inmediata, la suya peor y muy personal, la mía otro tanto. Subimos el diapasón y empezábamos a acercarnos cuando resonó lejos, luego más cerca, una voz bronca:

—¿Qué pasa?...

Y la corpulenta figura de Rómulo ocupó la escena:

—¿Qué pasa aquí?... Habla tú.

—Que insultó a México y contesté.

—Sí, pero él fue el primero en insultarme a mí, y yo no tolero...

—Silencio. Aquí el que no tolera soy yo... Y pasado el peor momento:

—Aquí se acabó la historia. Y se piden perdón, y se dan la mano. Tú primero porque eres venezolano, y esta casa es Venezuela. Y hasta se dan un abrazo... —agregó ya riendo, al ver, feliz, que había apagado el fuego.

Cuando me han dicho que Rómulo no tiene condiciones de mando, mi memoria repasa esta escena y otras mayores, y sonrío. «¿Centauro tímido?»... Sí, hasta que debe serlo, hasta que le da la gana.

Todos los mediodías nos bañábamos en las heladas aguas de Beluso —a nosotros, tropicales, así nos lo parecían—, Gonzalo Barrios y algún otro atravesaban las rías en dos y tres horas de nado, y los más perezosos y los neófitos nos quedábamos cerca de las barcas y de la playa.

Gonzalo gritó:

—Ahí viene Rómulo nadando. ¡Bravo!... Pero Andrés lo va alcanzando. ¡Viva Andrés, el campeón del Grijalva!

—¡Viva don *Rómbalo*, el campeón del Orinoco!

Y aplausos y risas quisieron llevar adelante la competencia. Pero Rómulo llegó a tierra muy serio. Y antes de seguir para la casa, nos dijo alzando el brazo y sacudiendo el índice:

—Soy escritor, no nadador.

Y hubo murmullos y risas contenidas cuando alguien recordó dos palabras, «capripedas e hirsutas» —así dice Juan Liscano—, inventadas en el Liceo Caracas.

En la comida, todos serios, Rómulo más que nadie. Hasta que —de pronto—rompió a reír de su buen momento infantil y de las dos chuscas palabras, reconoció mi triunfo como nadador y lo celebramos con sendos vasitos del mejor Rivadavia. Queda mucho por contar. Rómulo Gallegos en Madrid y Galicia; en Washington y Nueva York, siendo presidente de la República, y en Villa de Cura, San Juan de los Morros, Miraflores, el Chacao; otra vez en destierro —La Habana, Nueva York, México, Guanajuato, Morelia, Monterrey—; en el retorno a Caracas, libertada por el pueblo... Lo que le oí de la selva y los palos del monte; de España cuando a nuestros pies crecía el volcán; de América en su destierro, en el poder, en la caída, en la reconquista; del amor y la amistad, de la pura mujer sobre la tierra en su vida y en su muerte... Un curso de historia y un decálogo surgen de estos hitos, de tantos y tan hondos mo-

mentos. Y él queda como lo que es, como lo que en su tierra venezolana llaman «un palo de hombre». Samán, roble, ahuehuate y ceiba es y será el gran americano, y son y serán enseñanza, estímulo y ejemplo, su gran literatura y su vida pura y grande—nunca sobra la palabra grandeza cuando de él se habla—, y aun la historieta íntima y aparentemente trivial que ayer recogimos y que aquí vamos repitiendo.

ANDRÉS IDUARTE

COLUMBIA UNIVERSITY

1968

444. DON FEDERICO DE ONÍS EN VIDA Y EN MUERTE¹. [Año 34, No. 1/2, Enero - Abril, 1968, Homenaje a Federico de Onís (1885-1966) Volumen I, (pp. 20-24). Andrés Iduarte]

La estampa que Juan Ramón Jiménez trazó de don Federico se superponía, en mi memoria, a la que guardaba yo de cuando lo vi, por primera vez, en el México de 1921. ¿Por qué? ¿Por qué la estampa escrita más que la estampa viva?... Por la maestría del poeta, sin duda alguna; y también porque a mis catorce años mexicanos no estaba yo en el aura de España, esencial para entender al hombre español, tan cercano a nosotros en lo medular, pero tan distinto en modos y maneras. En pleno centro de Madrid, en los viejos pupitres del Ateneo que de 1933 a 1936 compartí con don Carlos Pereyra y con Lino Novás Calvo, lo sentí más que en los tiempos *preespañoles* de mi adolescencia y mi juventud de México.

Conocía yo sus ensayos, y me gustaban mucho; pero mi libro de cabecera fue por largo tiempo su *Rebeldía y disciplina*, que entró en mi sangre porque ésta lo necesitaba. Rebeldía por encima de todo, contra todo, incluso contra lo tradicional y lo consagrado, como toda mi generación hispanoamericana, fui a ser estudiante en Madrid ya en el segundo lustro de la veintena de mi vida, en 1933. Me sabía yo no pocos párrafos, con esa memoria en la que pensamiento y palabra brotan como propios de nuestro corazón. *Par coeur*, dicen, con acierto, los franceses. Y el que más a menudo aparecía era éste: «Sin espíritu de disciplina, es decir, sin amor, sin sumisión y respeto a la ley de cada cosa, a la ley de todas las cosas, no hay espíritu de rebeldía, conciencia de la propia ley: hay sólo, con apariencia de tal, un castillo roquero, sin puertas ni ventanas, que encierra el aire podrido de la hostilidad, de la envidia y del rencor. Sin espíritu de rebeldía, en cambio, no hay disciplina; hay sólo, con apariencia de tal, la innoble sumisión a los poderes extraños».

¿Podríamos salir del castillo roquero en que estábamos metidos todos los lectores de *Sachka Yegulev* de Andreiev, aquel anárquico breviarario que incendió el alma de los que en Hispanoamérica tenemos hoy más de cincuenta años? ¿Podrían salvarse de los aires mefíticos de un castillo peor los que habían ido más allá, los caídos en el tremendo *Sanin* de Miguel Artzybachev?... Antes de conocer a Federico de Onís,

¹ [Nota del editor]. Este texto fue publicado posteriormente en el libro Andrés Iduarte. *Semblanzas*. México, Joaquín Mortiz, 1984, pp. 61-68.

disciplina era lo que para nosotros simbolizaba, sin dejar de ver también en él la rebeldía que cantaba en fuertes y redondas palabras castellanas. Su *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, publicada en 1934 por el Centro de Estudios Históricos de Madrid, nos ponía en las manos, además, el libro que hubiéramos querido escribir, con nuestra concepción de la cultura hispánica como suma y como injerto, como denominador común de fuertes numeradores. Estábamos ya en la madurez moral de quien quiere a quien se le ha adelantado, y la admiración por don Federico se convertía en cariño.

Ya he contado cómo nos encontramos con él en el INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS de la Universidad de Columbia en 1939, y cómo, por invitación y estímulo suyos, comenzó nuestra colaboración diaria de trece años. Allí tuve ante mí, por primera vez, la vigorosa estampa «de torpe aliño indumentario» que nos había pintado Juan Ramón, y de la que acababa de hablamos en Rocafort de Valencia el propio don Antonio Machado. El pelo gris, ligeramente escaso tras una nutrida empalizada rebeldemente alzada hacia el cielo; las cejas hirsutas y profusas, de hombre de mal genio, como las de don Domingo Faustino Sarmiento; los ojos tan melancólicos y tiernos que, junto con el cuadrado mostacho recortado —como lo apuntó el poeta de Huelva— recordaban vagamente a Charles Chaplin en los momentos de su bondad para todos los hombres y todas las cosas; la boca y el mentón firmes; la nariz, sensual; y todo en una piel de mucho sol, fina pero requemada por sus trabajos campesinos en los aires secos de León y Castilla y en las nieves y los calores de su finca neoyorquina de Newburgh. El torso cuadrado, ancho y a la vez seco y enjuto, sin grasas, eliminadas por una actividad física y mental constante—don Federico llegaba a las diez al INSTITUTO y, salvo la hora del *lunch*, volvía a su casa más allá de la media noche— y brazos y piernas tan vigorosos que parecían cortos y le daban apariencia de hombre pequeño, siendo, más bien, alto. Los modales, aunque fuertes por los elásticos músculos, eran mesurados por la herencia hidalga que le venía desde mucho más allá de su bisabuelo don Luis de Onís, el Embajador de España en los Estados Unidos. La palabra clara y emotiva, la voz de trueno en momentos de enojo y mando, dulce y hasta quebrada cuando se le agolpaba en el pecho la ternura, o cuando leía, magistralmente, a sus poetas españoles e hispanoamericanos. Y la marcha, cuando iba acompañado de sus perros «Mr. Jackson» o «Rumi» —famosos en el *campus* de Columbia University—, rápida y acompasada; o agitada y cambiante, llena de inesperadas pausas en

las charlas ambulatorias que sostenía en Broadway, bajo nieve y cierzo, lluvia o ventisca, con sus amigos y colaboradores.

En público, en el aula, era el mismo de la charla íntima, con la mirada aparentemente errabunda, tocando, a cada instante, repetidamente, el punto central, fundamental, capital. Siempre me dio la impresión del cazador que, distraído y a zancadas marcha sobre la hojarasca y que, de pronto, como sin quererlo, casi sin mirar ni apuntar, alza la escopeta y tumba un hermoso pájaro, uno tras otro. Era la sabiduría y la maestría disimuladas, tímidas de mostrarse, deseosas de no exhibirse. Era la vieja y sólida cultura, con la rienda floja de quien adivina el camino, y sólo tira o cede cuando es indispensable. Sus pláticas, en el buen idioma que no es academia pedantesca ni parloteo vulgar, ejercían permanente seducción sobre el estudiante y dejaban en su cabeza, sin que éste lo percibiera, cuatro verdades, cuatro aciertos, para siempre enseñados, definitivamente aprendidos; y su juicio crítico certero se sentía, sobre todo, en los seminarios. Con el libro o las papeletas en la mano, trazaba en una sesión todo el camino que conduce a la tesis acabada; y luego, en semanas y meses y años, no se apartaba un punto de él, y no había quien pudiera torcer ni desviar su criterio. Dentro de una exterior tiranía intelectual, soltaba por momentos al estudiante talentoso y rebelde, y admitía y transigía, con absoluto respeto para los diferentes criterios filosóficos o políticos, pero para volver enseguida a sus normadoras exigencias, por encima de toda consideración de diplomática cortesía. Igual era en sus horas de trabajo administrativo o bibliográfico en el Instituto, en las que fatigaba a los más jóvenes y fuertes trabajadores, mientras sus largos sesenta años se conservaban enhiestos; y lo mismo ocurría en sus inacabables ensayos como director dramático. Repaso trece años de labor cotidiana y me pregunto: ¿lo ví cansado alguna vez? No, nunca.

Quedan en mi memoria, fiel memoria de discípulo y amigo, sus batallas por cualquier discrepancia de criterio, sobre cualquier punto, con sus numerosos colaboradores; pero más que ellas, el cambio súbito, el salto que lo llevaba, en un segundo, a una ternura recatada, disimulada. La que tuvo por México me ligó a él, profundamente, desde el momento en que nos encontramos en Nueva York:

—Me acompaña siempre —me dijo— el recuerdo de Icaza, de Francisco A. de Icaza. Fue uno de mis mejores amigos, por muchos años. Fue mi gran amigo mexicano. También tengo presentes a Alfonso Reyes y a Martín Luis Guzmán. Con nadie me entiendo como con ustedes los mexicanos.

A través del folklore, estudiando y cantando nuestros corridos, recordando a Pancho Villa, a Felipe Ángeles, a Pánfilo Natera, vivía, desde Nueva York, dentro de México. Era su mundo más presente, o el más visible, porque el de su Salamanca y toda España lo llevaba, precisamente por doloroso, en silencio. Cuando volvió de un paseo por Chihuahua, nos decía en la chihuahuense casa de Alberto Rembao:

—¡Qué gente más fina!... Eso es aristocracia de verdad. Nuestra cocinera, una muchachita linda, podría darle lecciones de educación a cualquier marquesa. ¡Y qué idioma!... Fíjese, es cosa curiosa: son los países de más porcentaje indígena los que hablan un español más claro y hermoso, mejor que el de muchos españoles y, sin duda, no menos bueno que el más bueno de España.

Mucho puede escribirse sobre México en Federico de Onís. A mí me decía:

— Antes de conocerle a usted, Tabasco era para mí un nombre bonito del mapa de México. No sabía yo sino que por allí anduvo Juan de Grijalva y que allí le regalaron a Cortés su famosa Malinche... Otros no saben sino que es el nombre de una salsa americana.

Y agregaba, no sin broma:

— En el trato diario con usted he llegado a mirar a Tabasco, sin esfuerzo, como el centro del mundo. Hay un punto de encuentro, profundo, entre la raíz tabasqueña de usted y la mía salamanquina, y por eso coincidimos en la apreciación de la cultura de España y América.

Esto mismo lo escribió, años después, en su prólogo a mi libro *Pláticas hispanoamericanas*.

Los ojos se le enturbiaban de emoción cuando, pensando en nosotros, repetía en sus clases los versos de José Martí:

*Tiene el conde su abolengo:
tiene su aurora el mendigo:
tiene ala el ave: ¡yo tengo
allá en México un amigo!...*

México, sin duda alguna, era su pasión mayor. Lo seducían la violencia y la justicia de la Revolución Mexicana, y en ella hubiera querido vivir y morir. A nadie que lo vio alguna vez, se le oculta que este charro salmantino, ejecutivo y cazurro, estaba hecho para ser jefe de hombres en batalla y gobernador de pueblos revolucionarios. No lo ofendo — pues pienso como pienso — al decir que aun siendo un excelente maestro hubiera dado mayor y mejor medida como combatiente

y como caudillo. Así se explica su pasión por los héroes del gran movimiento social de México. Se le aflautaba la voz y se le nublaban los entornados ojos cuando cantaba en sus clases de folklore:

*El día 21 de junio
fue de luto nacional,
mataron a Pancho Villa
en Hidalgo del Parral...*

O cuando recordaba, como pena propia,

*Que en Chihuahua fusilaron
a un general muy valiente...*

En su carne sentía la pelea mexicana por la tierra —él, campesino auténtico— y siguiendo y persiguiendo libros y canciones vivió en México, desde los Estados Unidos, no menos que en España.

Pero no sólo en México sino en toda la América española. El *Martín Fierro* fue una de sus devociones más constantes y de su divulgación en las universidades norteamericanas es el primer padrino. Con Sarmiento se identificaba más que con nadie por su condición de letrado en mangas de camisa, de misionero de las letras, de labriego doblado en escritor, de polemista temperamental, vital y aun tempestuoso. Los cursos que sobre él dio sólo tienen parangón con los que dedicó a José Martí, otra de sus consagraciones hasta el día de su muerte. Su conocimiento de la poesía, de la novela y del ensayo era amplio y profundo, hecho en la lectura copiosa que inició a la vera de Unamuno, y cuajado en su trato diario e íntimo con hispanoamericanos del Norte y del Sur, desde los de primera fila hasta los más humildes.

Veía a cada país, a cada región de Hispanoamérica, como otro gajo de la naranja hispánica. Si ha habido un español sin la menor sombra de paternalismo sobre la América, ése fue Federico de Onís. Más que él, ningún otro. En este sentido, es insuperable. Su fobia contra el proteccionismo lingüístico y literario en cuanto a Hispanoamérica lo llevaba a arremeter con furia contra sus más tiesos y caducos contendores; pero siempre es limpia y saludable la furia cuando se endereza al bien de todos. Es sabido que a alguien que le preguntó quiénes eran, a su juicio, los mejores escritores de Hispanoamérica, le contestó que Cervantes, Santa Teresa, Fray Luis... La pobre idea de que la cultura española debe ser monopolio de los españoles de España o la de que les

pertenece más que a los del Nuevo Mundo, lo llevaba a la más violenta indignación. Y este españolismo sobreespañol, este sobreespañolismo de legítimo cuño unamunesco, es la única respuesta creadora contra la mutiladora negación de españoles que desconocen y desprecian a nuestra América y de hispanoamericanos que desconocen y odian a nuestra España.

Precisamente por tener puesta su flecha en el blanco pudo lograr en la Universidad de Columbia la aglutinación y la armonía de los mejores españoles e hispanoamericanos de todas las regiones y de todas las tendencias. Es posible que su labor se haya apartado en alguna forma del modelo académico, pero es un hecho que acertó a darle el más alto valor político, humanista. Todavía no se ha elogiado bastante su excepcional obra de reunión y difusión de lo español y lo hispanoamericano, venciendo antagonismos, indiferencias y mezquindades, y aun sobreponiéndose a sus propias preferencias. No era don Federico, desde luego, hombre de fe revolucionaria ni de actitud subversiva; pero su entendimiento de la Nueva York trepidante y arrolladora y del hombre de todos los climas le permitió sumar a su trabajo, o adecuar a él, aun los lenguajes más demoledores y las posturas más iconoclastas. Y otro tanto en la dirección contraria y en todas las direcciones. Su hijo José me decía entonces, hace largos años: «mi padre no entiende lo que todos entienden y, sin embargo, entiende lo que nadie entendería jamás...». Frase ciertamente atinada que da la clave de la personalidad de este hombre extraordinario.

Toda su vida lo fue, de pies a cabeza. Luz y sombra dijo alguien que había en él; pero sólo en cortos momentos de eclipse. Y su partida no fue uno de éstos, sino todo lo contrario. No, Don Federico murió de su muerte.

En el verano de 1966 recibí en México una extraña carta suya, la última de nuestro largo epistolario, en la que me agradecía una postal reciente y se quejaba de manera breve, seca, escueta, de algunos achaques de «la senda de soledad» que empezaba a alterar su firme paso por la vida. Le contesté de Fortín de las Flores pidiéndole que se trasladara en seguida a ese jardín para que se recuperase pescando, cazando y cantando en una de las regiones más lindas y al lado de uno de los pueblos —el veracruzano— más cordiales y simpáticos del mundo. No me contestó, y me llené de inquieta sospecha: don Federico no iba a someterse —pensé—, sino iba a alzarse con salud y vida, en cuerpo y espíritu. Al volver yo a Nueva York el 29 de septiembre y bajar de

un taxi en la calle 117, me topé con que era ya realidad la anunciada demolición de la Casa Hispánica. No quedaba piedra sobre piedra, y sentí que tampoco iban a quedar, que tampoco quedaban ya en el corazón de don Federico. Como acto simbólico, arrojé a las ruinas la llave con que había yo abierto la gran puerta española desde septiembre de 1939. Y luego, en conversación con viejos compañeros, supe más de los males que penosamente lo aquejaban y que comenzaban a doblegar la intacta energía juvenil que lo acompañó hasta los ochenta años. No quiero decir que presentí, pero sí que medí, pesé y deduje. Sin sorpresa recibí el 15 de octubre la noticia de su voluntaria muerte, el día anterior, en San Juan de Puerto Rico.

Con mi viejo amigo chileno Guillermo Brown, le rezamos su responso, íntimo y viril, como a él le hubiera gustado. Y mi amigo me repitió la frase que don Federico escribió a la muerte de don Miguel de Unamuno: «Murió de pie, como un toro español, de cara al vacío y a la muerte».

Durante más de un año ha sonado la dinamita rompiendo la roca viva de Manhattan, cavando hasta lo que será cimiento de un colosal edificio de la Universidad de Columbia. «Suenan tanto —le decía yo a un compañero— porque muy honda fue la huella de don Federico». Con amor o sin él, nadie que lo conoció puede olvidarla ni negarla. Era un hombre, lo fue en la vida y en la muerte.

ANDRÉS IDUARTE

COLUMBIA UNIVERSITY

Ringraziamenti

En la última fase del proyecto CIVIS 3I-MSCA (First Call. Grant agreement No. 101034324) desarrollado, he aprendido muchas habilidades profesionales, digitales, científicas, lingüísticas, pedagógicas y comportamentales para desarrollar una investigación de alta calidad, en el marco de la Comisión Europea y de los estándares de acceso abierto para crear, difundir y multiplicar el conocimiento científico. Subrayo la necesidad de respetar el ámbito propio de las Humanidades, cuando no sea posible seguir los protocolos y metodologías de las Ciencias Exactas. Creo que podemos llegar a un entendimiento adecuado entre las dos esferas y promover más colaboraciones a través de universidades e instituciones no académicas. La triple supervisión proporcionada por el programa CIVIS 3i ha sido esencial para mí para trabajar con diferentes perspectivas y marcos teóricos al mismo tiempo, para lograr los objetivos que esperaba. Me gustaría agradecer a las responsables del programa postdoctoral, las profesoras Joana Ruela Boavida y Javiera Tejerina Risso de la Universidad de Aix-Marseille y a la Doctora Rosa Di Stefano en la Universidad “La Sapienza” de Roma por toda su amabilidad y profesionalidad. A mi institución de acogida, el Departamento de Estudios Europeos, Americanos e Interculturales de la Universidad “La Sapienza” de Roma: con mi supervisor, el Profesor Stefano Tedeschi, por su dirección y acompañamiento académico de altísimo nivel, a la responsable de investigación científica, la Doctora Orietta Boldrini, a Alessandro Filippetti, Tomasso Longo, Alessandro Taddei, Chiara Bigiotti, Rosella Barbato, Angela Gazzillo, Tomasso Malaponti, Giovanni Imperi, Antonella Fulli y todo el equipo administrativo por su eficacia y su paciencia para proceder con todos los trámites de la manera más adecuada. Gracias a la que fuera Directora

del Departamento cuando comencé el proyecto, la Profesora Camilla Miglio y al actual Director, el Profesor Simone Celani. A la School of Modern Languages and Cultures de la University of Glasgow por recibirme como "co-host institution": mi co-supervisor el Profesor Nathaniel Gardner, quien fue esencial para conocer la recepción de la literatura latinoamericana en el mundo anglosajón y por su bienvenida y disposición constante durante mi estancia allí desarrollada. A la responsable de la biblioteca, la Doctora Suzanne Hartley, por su enorme colaboración para acceder a los ricos fondos bibliográficos y hemerográficos de la universidad. A la Profesora Beatriz Gutiérrez Müller del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélaz Pliego" de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, por su invaluable guía y seguimiento desde México, a su equipo de investigación liderado por la Profesora Gabriela Pulido y a todos los archivos nacionales que nos proporcionaron la documentación necesaria para completar el estudio sobre la figura de Andrés Iduarte. Agradezco también al Embajador de México para Italia y Albania, el Doctor Carlos García de Alba y a la Red de Mexicanistas en Italia liderada por los profesores Juncia Avilés Cavasola y Manuel Valiente Quevedo, por su inmensa gentileza y ayuda en la promoción de la cultura mexicana en Europa. Particularmente, extendiendo mi gratitud para la casa editora Sapienza Università Editrice, a las doctoras Silvia Cossetti y Eleonora Carletti por todo su trabajo de coordinación y supervisión de la publicación, así como al Doctor Luzio Marinelli por su enorme dedicación en el proceso de maquetación y diseño del libro. Un reconocimiento especial va dedicado para la Revista Hispánica Moderna, de la Universidad de Columbia en Nueva York. Especialmente a su antiguo director, el Dr. Hernán Díaz y, por supuesto, a su actual directora, la Dra. Elvira Blanco, por su inmediata disposición e interés en el proyecto. Esperamos que el legado de Andrés Iduarte, quien tuvo una vocación europeísta y americanista tan consolidada, pueda ser mayormente reconocido por el público mexicano e internacional. A nivel personal, una dedicación especial a mi abuelo el Doctor Manuel López Mella (Q.E.P.D.) quien ya no pudo ver esta obra, a mis padres Sonia y Andrés, mi hermano Andrés y a su compañera Yamel, a Rita y Giancarlo por su hospitalidad romana, a Vero por su apoyo incondicional y afecto y ampliamente a toda la familia mexicana e italiana por su acompañamiento desde el otro lado del Océano Atlántico y en la cercanía.

CONSIGLIO SCIENTIFICO-EDITORIALE
SAPIENZA UNIVERSITÀ EDITRICE

Presidente

AUGUSTO ROCA DE AMICIS

Membri

MARCELLO ARCA

ORAZIO CARPENZANO

MARIANNA FERRARA

CRISTINA LIMATOLA

ENRICO ROGORA

FRANCESCO SAITTO

COMITATO SCIENTIFICO
SERIE STUDI LATINOAMERICANI

Responsabile

STEFANO TEDESCHI (Roma, Sapienza)

Membri

CHIARA BOLOGNESE (Roma, Sapienza)

SONIA NETTO SALOMAO (Roma, Sapienza)

ALESSANDRA CIATTINI (Roma, Sapienza)

SERGIO BOTTA (Roma, Sapienza)

LUCIANO VASAPOLLO (Roma, Sapienza)

COLLANA MATERIALI E DOCUMENTI

Per informazioni sui volumi precedenti della collana, consultare il sito:
www.editricesapienza.it | *For information on the previous volumes included
in the series, please visit the following website: www.editricesapienza.it*

110. Dialoghi sull'Architettura II

Dottorato di Ricerca in Storia, Disegno e Restauro dell'Architettura
a cura di Andrea Califano, Rinaldo D'Alessandro, Antonio Schiavo

111. FORUM

Strutture, funzioni e sviluppo degli impianti forensi in Italia
(IV sec. a.C.-I sec. d.C.)
Atti del Convegno (Roma – Sapienza Università di Roma, 9 dicembre
2013 –British School at Rome, 10 dicembre 2013)
a cura di Attilio Mastrocinque, Giorgio Piras, Christopher Smith

112. Casi di Marketing Vol. XVIII

Quaderni del Master Universitario in Marketing Management
A cura di Cecilia Grieco

113. Finanziarizzare la sostenibilità

Attori, processi e rappresentazioni della finanza sostenibile in Italia
Tiziana Nupieri

114. La forma della continuità

Poetica e pratica del riuso
Alessandra Capanna e Giampiero Mele

115. Osserva, rappresenta, immagina

La lettura del paesaggio attraverso le lastre fotografiche conservate
presso il Museo della Geografia di Roma
Sandra Leonardi

116. *Andrés Iduarte Foucher. En el alma de nuestro pueblo*

Artículos y reseñas en la Revista Hispánica Moderna
(Instituto de las Españas, Columbia University, Nueva York) 1939-1968
edición de Manuel López Forjas



Esta antología contiene los textos que el escritor mexicano Andrés Iduarte Foucher (1907-1984) publicó en la *Revista Hispánica Moderna* entre 1939 y 1968, adscrita al “Instituto de Las Españas” de la Universidad de Columbia de Nueva York. Se trata de 30 años de difusión de las novedades literarias y académicas del ámbito hispanoamericano. Destacan reseñas a libros de Alfonso Reyes, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Miguel Ángel Asturias, Juan Ramón Jiménez, José Moreno Villa, Juan Rejano, Ramón J. Sender, Lydia Cabrera, Jorge Icaza, Jorge Mañach, Manuel González Prada, Ciro Alegría; además de varios estudios en español y en inglés sobre la cultura hispanoamericana. También incluye ensayos donde profundiza en detalles biográficos o estéticos de Gabriela Mistral, José Martí, Alfonso Reyes, Eugenio María de Hostos y Federico de Onís. En la introducción hay una semblanza de Iduarte con algunas claves sobre la *Revista Hispánica Moderna* y de unos de los Departamentos de Español más activos en los Estados Unidos del siglo XX.

Manuel López Forjas es originario de Córdoba, Veracruz y ha sido investigador postdoctoral en el Departamento de Estudios Europeos, Americanos e Interculturales de la Universidad “La Sapienza” de Roma, donde desarrolló un proyecto sobre el hispanoamericanismo de Andrés Iduarte, con un contrato europeo “CIVIS3i-MARIE CURIE” Grant agreement N°101034324. Es Doctor en Estudios Hispánicos con Mención Internacional por la Universidad Autónoma de Madrid y Miembro del Sistema Nacional de Investigadores de México Nivel I. Entre sus publicaciones destaca el libro “El joven Joaquín Costa. Filosofía, cultura y educación (1864-1881)”, editado por el Instituto de Estudios Altoaragoneses y el rescate de los manuscritos de José Ortega y Gasset sobre el humanismo europeo.

ISBN 978-88-9377-376-8



9 788893 773768

